THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7297
.M3
S6
1900

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10000710795

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
JUL 14 1994			
JUL 06 94			

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elsoldemayomemor00mate

EL SOL DE MAYO
por
J. A. MATEOS

EL SOL DE MAYO

Juan A. Mateos.

JUAN A. MATEOS

EL SOL DE MAYO

MEMORIAS DE LA INTERVENCIÓN

Novela histórica

Al Sr. D. Mariano Riva Palacio, como una ofrenda de amistad y respeto, dedica las desaliñadas páginas de este libro

EL AUTOR.

México, 15 de Julio 1868.

NOVÍSIMA EDICIÓN

adornada de numerosos fotograbados

intercalados en el texto

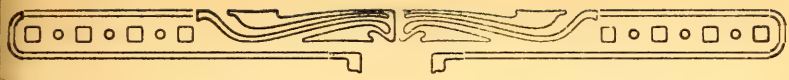
CASAS EDITORIALES

MAUCCI HERMANOS
MÉXICO
Primera del Relox. 1

MAUCCI HERM.os é HIJOS
BUENOS-AIRES
Calle Rivadavia. 1435

PROPIEDAD LITERARIA RESERVADA
Á LAS CASAS EDITORIALES
DE
MAUCCI HERMANOS México (ciudad)
MAUCCI Hos é HIJOS Buenos Aires

PQ 7297
.M3
S6
1900



A Juan Antonio Mateos

PARA LA PRIMERA HOJA DE « EL SOL DE MAYO »

Hace dias tuvo V. la bondad de pedirme cuatro palabras con que abrir el primer capítulo de su elegante novela intitulada EL SOL DE MAYO.

Yo, Juan, no soy un genio para poder pronunciar ese mágico Sésamo (*ábrete*) *del cuento árabe.*

Como la heroina de Victor Hugo escribió un nombre sobre la nieve, apenas podré estampar en la blanca página que V. me ofrece esa eterna palabra que le ha servido para condensar la epopeya que forma el argumento de su magnífico romance ¡EL SOL DE MAYO!

EL SOL DE MAYO, *he aquí el* verbo *adonde se ha encarnado nuestra patria: verbo que significa una historia completa de dolores, de sacrificios, de sangre, de heroísmo, de victorias, de traiciones y de un mrtirio sin peso y sin medida.*

EL SOL DE MAYO *con sus rayos chispeantes de triunfo bañando el pabellon tricolor de la república, besando con su luz dorada la frente de Zaragoza tostada por el fuego del combate; el sol de Mayo eclipsado por ias nubes de la traicion, de la derrota y del desaliento nacional, debia hacer fecundar en todo corazon patriota un gérmen de inspiracion y de entusiasmo que se tradujera por la obra mas ar-*

8146— 412

diente de la imaginacion, y pasara en ella á las generaciones futuras como la mas tierna de las tradiciones patrias.

Usted, Juan, fué el primero que recibió la accion generadora de ese recuerdo. Y con su rica inventiva y su pluma fácil ha producido la novela que pasará de mano en mano hasta las de los nietos de nuestros nietos, como el monumento de nuestras glorias nacionales adornado con las joyas mas ricas del talento y las flores mas perfumadas del corazon.

De suerte, amigo, que con la invitacion de V. yo soy el único favorecido, puesto que, escrito en el prólogo de su obra, con ella pasará á la posteridad un nombre tan oscuro como el mio, condenado á perecer en las sombras.

Usted, por el contrario, ha alcanzado un título á la eterna gratitud de México, porque al enriquecer su literatura con una produccion mas, consigna en ella uno de los episodios mas épicos de nuestra historia.

Feliz usted, Juan, que supo ligar su nombre de una manera indeleble á ese recuerdo de México que se llama EL SOL DE MAYO.

México Diciembre 29 de 1868.

HILARION FRIAS Y SOTO.

LIBRO PRIMERO

LA CABEZA DEL BAUTISTA

CAPITULO I.

De cómo apareció en el cielo el primer aviso de la intervencion extrangera.

I.

El Palacio nacional de México, alcázar del conquistador Hernando de Cortes y antigua estancia de los vireyes, es hoy la residencia del presidente de la República y en uno de sus departamentos celebra sus sesiones el Congreso de la Union.

El Palacio, desconocido por el génio de las artes, es un monumento histórico.

A mediados del siglo XVI fué vendido por la familia de Cortes al gobierno de España, y reedificado á fines del siglo XVII.

Las variaciones que ha sufrido no han alterado su estructura, y aun permanece con las insignias heráldicas de la *edad media.*

Sobre la cornisa hay una serie de almenas, que significaban en aquellos tiempos la casa fuerte en que habitaba un señor de vasallos y de *horca* y *cuchillo.*

En medio se levanta la torre de reloj sobre la cual se enarbolaba el pendon de Castilla y hoy la bandera de los tres colores con el águila mexicana.

El Palacio ocupa todo el costado de la Plaza de Armas, en donde á principios del siglo se veia la estátua ecuestre de S. M. Cárlos IV.

El edificio mira al ocaso, y las vías principales de la ciudad desembocan á su frente y costados.

En el piso alto y principal se ven mochetas de cantería y balaustrados de hierro.

En los entresuelos hay ventanas colocadas con poca simetría.

El pátio principal y las tres puertas de la fachada, son magníficas.

El jardin es raquítico y mal dispuesto.

Al proclamarse la independencia pasó el edificio al poder de la nacion y siguió su destino.

En 1821 fué la residencia imperial de Agustin de Iturbide.

II.

El primer Congreso se instaló en el templo de San Pedro y San Pablo.

En aquel lugar, desierto hoy al culto del cristianismo y de la política, se dió el primer *Golpe de Estado* cuyo epílogo terminó en Padilla el 19 de Mayo de 1824.

¡Bajo las bóvedas del templo de los Santos Apóstoles resonó el acento terrible de Zavala y la voz conmovedora del padre Mier y de Quintana Roo!

La Cámara de diputados se trasladó al Palacio nacional en el año de 1829.

El salon es de un gusto arquitectónico esquisito: tiene la figura de un semicírculo, en cuyo centro se alza un sólio sobre una elegante gradería.

Bajo el dosel está colocada la acta original de la Independencia Mexicana.

La mesa presidencial, que tiene en sus tallados la muerte de Sócrates, es obra de nuestro estatuario Miranda.

Los asientos de los diputados están colocados en la curva del semicírculo teniendo delante una barandilla de caoba.

En la parte alta hay dos galerías destinadas al público, sostenidas por columnas de estuco acanaladas, y entre el espacio que miden, sobre lápidas de mármol negro, se hallan escritos con letras de oro los nombres de los héroes.

En lo alto de aquel salon y abrazando la circunferencia y el diámetro, hay una sucesion de ventanas con vidrios de colores que dan paso á una luz blanda y azulada que tiñe el blanco mate de las pilastras.

Aquel salon es un pensamiento nuevo, una idea lúcida en el cráneo viejo de aquel edificio, monumento de la *edad de hierro.*

III.

Contigua al palacio y en la línea norte del cuadrilátero de la Plaza, se levanta magnífica la Catedral de México, el primero y mas suntuoso de los templos de América.

S. M. D. Felipe II mandó edificarla en 1552, pero su *cédula* no se obedeció sino hasta veintiun años despues.

Si el fundador de San Lorenzo del Escorial hubiera podido ver su obra grandiosa, hubiera quedado tambien satisfecha su piedad cristiana.

El átrio de la basílica está cerrado por pilastras de cantería enlazadas por fuertes cadenas de hierro que se estienden á lo largo del cementerio.

Frente á las pilastras hay asientos de cantería y una hilera de snos hermosísimos, que convidan con su sombra en los dias urosos del estío y en las tibias y perfumadas noches del verano.

En la época en que comienza nuestra novela, no existian los ciosos jardines de la Plaza, ni esas fuentes de agua purísima entándose con elegancia en los juegos hidráulicos.

La Plaza estaba escueta: solo en su centro se veía el zócalo de proyectado monumento, parecido segun las tradiciones azte- á la *piedra de los sacrificios.*

IV.

Cerraba la noche del 15 de Julio de 1861 con una fuerte lluvia.

Los paseantes del átrio se habian refugiado en los portales, erando á que se calmase el aguacero para continuar en esa tulia que se establece en cada uno de los banquillos y en torno cada fresno.

Entre aquella multitud alojada en el portal de Mercaderes ia un grupo de estudiantes apoderados de una alacena, sobre o mostrador habian asentado sus reales.

—Felipe Cuevas,—decia un pilluelo delgado y macilento,— ntanos alguna de tus historias mientras pasa esa maldita via.

—Aguardémonos,—respondió un estudiante moreno de ojos vi- y de semblante serio;—la luna va á salir y yo solo á su luz me nto inspirado.

—Es que en las noches oscuras nos has contado algunas cosas aces de aterrorizar á un difunto.

—Es que Cuevas se amilana con el agua,—dijo otro estudiante.

—¿Yo amilanarme?—respondió el apostrofado,—ustedes no sa- lo que se pesca; yo he sufrido naufragios espantosos en mi je á Nueva-York; el buque quedó encallado en la isla de las Tor- as, y ahí permanecimos ocho dias.

—¿Y qué tal sopa de tortuga tomaste?

—Este Mondoñedo todo lo echa á la broma; precisamente lle- á los Estados-Unidos cuando Arrangoiz se tomaba la *gota de a* de los millones de la Mesilla, y vean ustedes, si yo he queri- me soplo algo de ese dinerito.

—Este Cuevas no es de principios fijos, puesto que no aprove- una ocasion tan magnífica.

—Es que no me lo ofrecieron seriamente.

—Eso es otra cosa,—repuso Mondoñedo, que era el estudiante endiablado de la escuela de medicina.

—¿Y cómo fuiste á dar á la tierra anglo-sajona?

—Estaba enamorado de una muchacha mas linda que los mi- es de la Mesilla, hermana de un infernal jesuita, y para arran- me de esa pasion me enviaron fuera de la República, porque í, donde ustedes me ven, he sido expatriado por amores.

—Cada dia me felicito de que Rosa no tenga mas parientes su padre y la estufa de la parroquia de San Miguel.

—Es que tu novia,—dijo Cuevas,—pertenece á las *manos muertas.*

—Por esa razon la quiero *desamortizar.*

—¿Aguardas á recibirte de médico para practicar la desvinculacion?

—Precisamente; cuando llegue á la altura de Jimenez ó de Lucio, la pido en matrimonio al sacristan, á quién le haré el honor de hacerlo mi suegro.

—Amigo Mondoñedo, el mayordomo de Regina oye muchas misas en San Miguel, y es de temerse que no quiera sacar otra alma del purgatorio, sino á tu novia.

—Ya... ya...

—Mientras que tú te la pasas destrozando muertos en el anfiteatro, pueden soplarte á la dama.

—Ese mayordomo corre riesgo de que le haga yo la autopsia como siga oyendo misas en mi parroquia.

—El agua ha terminado y tendremos una luna hermosísima: marchemos al cementerio á tomar el aire, este portal es abominable.

El grupo de estudiantes se dirigió al átrio tomando por asalto las gradas de la cruz que está en el ángulo del cementerio.

V.

Los balcones del Palacio, que se alcanzan á ver desde la plaza, estaban cerrados, excepto los del departamento de la Guerra, de donde se desprendia una luz opaca y se veian algunas sombras que cruzaban por el gabinete del ministro.

A pesar del silencio que se notaba en el palacio, multitud de carruajes se detenian á su puerta, y se notaba una afluencia de personas extraña á tales horas en ese recinto.

—¡Qué demonio!—decia Mondoñedo,—algo pasa en las regiones oficiales; la gente de política acude al nido de los enredos, tenemos novedad.

—No lo creo,—dijo Cuevas,—la República está tranquila; excepto esa chusma de ladrones acaudillada por *Cinco de Oros*, nada inquieta al gobierno de Juarez.

—¿Quién es *Cinco de Oros?*—preguntó un estudiante.

—Es un general que de tahur pasó á presidente de la reaccion.

—Ya caigo, el que traicionó á Santa-Anna y á Comonfort.

—El mismo; pertenece á la camarilla de los del *Golpe de Estado.*

—No hablemos mas.

—Insisto,—gritó Mondoñedo,—en que andan revueltas esas gentes. Yo voy á *tomar lengua;* tengo amistad con los porteros, he de averiguar este negocio hasta dejarlo como un cabello.

—Compañero Cuevas, si quieren ustedes quédense á *pastorear* á las chicas, mientras nosotros vamos á adquirir noticias.

Levantáronse los dos estudiantes, atravesaron el tramo de la plaza, y penetraron al interior del palacio.

—Todos estos señores se dirigen á la Cámara, deben ser diputados; nos mezclaremos entre ellos para tener libre la entrada al salon.

Mondoñedo tenia amistad con el portero, como se lo habia anunciado á sus colegas.

—¿Qué hace por aquí la estudiantina?—dijo el portero.

—Nada, amigo, nos trae la curiosidad.

—Pues yo no puedo satisfacerla,—dijo el portero,—la cosa es muy delicada.

—Está bien; no pretendemos arrancar el secreto.

—Es que no lo diré ni por todo el oro del mundo.

—Nosotros no insistiremos.

—Ademas, que si llega á saberse antes de... ¡no! ¡imposible! Yo les ruego á ustedes que no me obliguen.

—No lo pretendemos,—decia Mondoñedo conociendo que al portero se le salia el alma por contar el misterio de la sesion.

—A ustedes, que son mis amigos, puedo resolverme á hablarles con franqueza, pero á otro ni por las minas del Potosí.

—No oiremos á usted, esto seria un abuso,—insistia el estudiante dándole un bromazo al hablador del portero.

—Vengan ustedes por aquí, vengan, es una imprudencia tratar estas cuestiones delante de gentes.

—Vamos,—dijeron los estudiantes, y se internaron con el portero en la curva del pasillo.

—Señor Mondoñedo,—dijo misteriosamente el portero,—hay un asunto esta noche que segun he oido decir á los diputados, puede traer una *guerra extrangera.*

—¡Cáscaras!—dijo Mondoñedo sacudiendo los dedos.

—Se trata de suspender los pagos de las *convenciones.*

—Malo, malo, estos demonios de ingleses van á poner el grito en el cielo y son capaces de traer escuadras y sacarnos el dinero á cañonazos.

—Yo,—dijo Cuevas con una imperturbable sangre fria,—he visto á los chinos fumar el opio en son de guerra, obligados por la Gran Bretaña.

—Esto lo sabrás de oidas, amigo mio, porque dificulto que hayas estado en el Celeste Imperio.

—Estuve unas cuantas horas, fué por invitacion de un capitan de buque, y me regresé en el acto.

—Vamos al caso,—prosiguió el portero dejando á un lado el viaje á China del señor Cuevas;—si se vota esta noche la ley somos gente perdida.

—¿Y no podremos colarnos á la galería?

—Eso sí que no; equivaldria á vender la soberanía nacional ó burlar la fé depositada en mi persona.

—Le ofrecemos á usted escondernos en el fondo de un palco y ni chistar, ni respirar.

—Pídanme ustedes lo que quieran, menos eso.

—Yo quiero oir para contarle á usted cuanto pase, porque usted no puede entrar en el salon.

—Eso es otra cosa; entren ustedes con mucho cuidado y escóndanse lo mejor que puedan, porque donde sean descubiertos van á la cárcel y yo pierdo el destino.

Mondoñedo y Cuevas subieron recatadamente por la escalera que conduce á la galería alta; se colocaron en el fondo de un palco y esperaron á que comenzase la sesion.

—Yo he asistido,—decia Cuevas en voz baja á su compañero,—á las sesiones del congreso de Washington: aquellos hombres son atroces, varias veces acabó la discusion á puñetazos.

—Ese es buen modo de resolver las cuestiones.

—En Paris todo se vuelve dicterios y gritos, interrupciones y campanillazos.

—¿Y tambien has estado en Paris?

—No llegué á la ciudad imperial, estuve en Liverpool.

—Me parece que puedes escribir las memorias del *Viagero universal.*

—Es cierto.

—¿Y desde Liverpool asististe á las sesiones?

—No, pero da lo mismo; un amigo mio las presenció todas: figúrate que es frances.

—¡Ah! ¡sí! siendo frances, se da por sentado que debe haber asistido al parlamento.

—Esto es lógico.

—¿Y cuándo es el jurado de Payno?

—El dia veinte.

—Nos vamos á divertir mucho, es en sesion pública.

—Me parece que lo absuelven.

—Seria injusticia no hacerlo, cuando todos los héroes de ese mamotreto ya están libres de culpa y pena.

—Este Payno tiene el *Fistol del Diablo,* siempre sale bien de todas sus empresas.

—¡Demonio! ya pasan lista, creo que hay número suficiente para comenzar la sesion.

—Aquel señor de la barba entrecana es el ministro.

—Somos perdidos,—dijo Mondoñedo en voz muy baja á su compañero,—oigo pasos en la galería; esta noche dormimos en la Diputacion.

Efectivamente, dos embozados se detuvieron á la puerta del palco.

Mondoñedo entreabrió la puerta con suma precaucion y se puso á escuchar.

VI.

Los embozados seguian acalorados una conversacion comenzada.

—El ministro,—decia uno de ellos,—espera de usted que haya visto á su amigo para que sostenga la discusion; va en ello todo el interes de la empresa.

—Han conocido toda la gravedad de este negocio, y hay empeño en evitar un rompimiento con las naciones extrangeras.

—En eso consiste el golpe de audacia que se necesita; los millones de Jecker deben hacernos muy ricos.

—Yo haré cuanto esté de mi parte; hablaré del derecho en que se encuentra toda nacion de suspender sus pagos, y orillaremos el conflicto.

—La fortuna es que el negocio halaga el orgullo nacional sin presentir el abismo en que va á caer.

—Sé que ha habido una conferencia con el ministro de Relaciones.

—Es cierto; se le ha hecho creer que las naciones extrangeras pasarán por la suspension.

—¿Y nada consta por escrito?

—Eso fuera una imprudencia.

—Yo cumpliré con mi compromiso.

—No nos hemos aventurado á ver á ningun otro diputado por temor de ser descubiertos; ademas, que ninguna de las personas que se sientan en los escaños de este Congreso se prestaria á la combinacion, creerian ver un atentado de lesa nacionalidad.

—La idea está lanzada, veremos como se dispone el campo; el ministro no halla otro modo de arreglar la hacienda que la *suspension*, y ni hay otro en el terreno de lo posible.

—Vamos en pos del *pretesto*, y la oportunidad no puede ser mas favorable.

—Diga usted á esos señores que concluida la sesion estaré con ellos.

—Está bien.

—Nos veremos.

Los dos embozados se alejaron tomando la puerta de salida.

Mondoñedo abrió la puerta del palco y se fué de puntillas tras ellos.

Bajaron la escalera, y á la luz de la lámpara que estaba en la mesa del portero, reconoció á los dos individuos que pactaban impíamente la ruina de la nacion.

VII.

—¡Bribones! ya los conozco,—dijo el estudiante volviendo al sitio donde lo esperaba con ánsia su compañero.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada.

—Te veo amostazado.

—¡Estoy que me llevan los diablos! pero no hay enemigo pequeño, ya les tocará su turno.

La sesion habia comenzado.

La Cámara estaba alumbrada por luz de esperma, y el salon parecia envuelto en tinieblas.

El ministro de Relaciones concurria á la citacion hecha por la Asamblea.

El secretario subió á la tribuna y leyó el fatal artículo de la ley que debia enturbiar el sereno cielo de la política.

«Art. 1.° Desde la fecha de esta ley el gobierno de la Union percibirá todo el producto líquido de las rentas federales, deduciéndose tan solo los gastos de administracion de las oficinas recaudadoras, y quedando suspensos por el término de dos años todos los pagos, inclusos los de las asignaciones destinadas para la deuda contraida en Lóndres y para las convenciones extrangeras.»

Interpelaron algunos diputados al ministro para que dijera si la suspension no traeria un conflicto internacional.

El ministro, con esa facilidad admirable que tiene para la tribuna, manifestó que el único medio de salvar la crísis, era el propuesto en la ley que estaba á discusion; que habia tenido algunas conferencias con los ministros extrangeros y recibido seguridades de que los gobiernos europeos no llevarian á mal la medida propuesta por el gabinete.

El diputado á quien habian aludido en la conversacion los desconocidos, tomó la palabra, y con ardor patriótico sostuvo con arranques verdaderamente oratorios, lo alta que se pondria la nacion con un golpe de Estado á las naciones europeas en el aplazamiento de la deuda.

Mondoñedo sentia retortijones de tripas al escuchar al inocente cómplice de Saligny, y juraba por todos los santos que lo habia de descubrir en la primera oportunidad.

Bajo la fé de la palabra del ministro y no sin mostrar recelo, se aprobó la memorable ley que vió la luz pública el 16 de Julio de 1861.

En uno de los escaños de la Cámara y con una tenaz atencion á las menores palabras de los oradores, estaba un hombre de fisonomía adusta, frente despejada, rostro lleno, lábios delgados, cabello negro, el cútis moreno y sus pupilas veladas por los cristales de los anteojos que llevaba con varillas de oro.

Parecia un busto, segun su inmovilidad.

Aquel hombre era el general Zaragoza.

VIII.

—Han hecho un pan como unas hostias,—decia Mondoñedo á su colega;—no saben que han caido en un lazo infernal; este suizo de Jecker es el móvil; sus millones son la manzana de la discordia: este señor Saligny, con todo y su coñac, es mas pícaro que *Garatuza*.

Los estudiantes llegaron al átrio de la Catedral, donde los esperaban impacientes sus compañeros.

—Nada entre dos platos, amigos mios; chismes de Congreso y nada mas.

Mondoñedo permanecia cabizbajo, pensando en todo aquello que habia visto y oido; le parecia sueño aquella horrible cábala y no comprendia, sin embargo, toda la espantosa verdad de aquel desastre que amenazaba de muerte la nacionalidad mexicana.

Un murmullo que se levantó instantáneamente en todos los ángulos de la plaza lo sacó de su prolongada abstraccion.

Preguntó qué pasaba, y por respuesta le señalaron el espacio.

¡Era un espectáculo magnífico!

El aire de la noche habia arrollado las nubes tempestuosas dejando ver un cielo azul tachonado de estrellas pálidas con el fulgor deslumbrante de la luna en su cuarto para la *llena*.

En el fondo de aquel cielo purísimo se destacaba como el soberano de aquellas regiones un *cometa* gigante, sacudiendo su cabellera de plata y abarcando la mitad del horizonte con su cauda abrillantada.

Caminaba sereno en aquel oceano de luceros asombrando á la tierra con su magestad.

Aquel viajero misterioso anunciaba, segun las tradiciones populares, una época de infortunios y de vicisitudes.

No podia ser mas casual la coincidencia.

—¡Demonio!—dijo Mondoñedo,—puede tocarnos un colazo.

CAPITULO II.

En donde se dá cuenta de quien era Mondonego y de los hábitos y costumbres de este histórico personage.

I.

El dia primero de Enero del año del Señor 1838, se presentó á las oraciones de la noche en la parroquia de San José un español natural de Galicia á pedir las aguas bautismales para un niño recien nacido.

Púsose á la mesa el señor notario; abrió un gran libro grasiento y lleno de borrones; calose los anteojos y le dijo al gallego:

—¿Cómo se llama el párvulo?

—¿Qué cosa es párvulo?—preguntó el gallego.

—Este hombre es muy bruto,—mormuró el notario,—párvulo,—añadió en voz alta,—es una criatura.

—¡Ah!—dijo el español,—pues el párvulo no se llama de ninguna manera.

—Bien, pero diga usted cómo se ha de llamar.

—Como le dé la gana al cura.

—¿Qué dia nació?

—No sé.

—¿Pues qué no es usted el padrino?

—¡Sí, pero no soy su madre!

—Lo dicho,—pensaba el notario,—es un bruto este hombre.

—¿No tiene usted algun santo de su devocion?

—Sí, Santa Clotilde.

—Pues no puede llamarse *Clotildo*.

—Qué mas dá.

—¿Le parece á usted que le pongamos el santo del dia?

—Me parece.

—Diga usted cómo se llaman sus padres.

—¿Qué diablos, sé yo como se llaman? no me acuerdo ni del los mios y quiere el buen hombre que sepa el de personas que conozco.

—¿Cómo está eso?—preguntó el notario quitándose las gaf

—La cosa es clara, hace una hora que introdujeron á es chico en mi casa puesto en un canasto y enviándomelo de rega me avisaban en un papel que no estaba bautizado, yo no pod decirle que se marchara y no hay mas que bautizarle.

—Traigan á ese niño,—dijo el notario.

La mujer que le servia de ama de cria lo presentó.

—Trae camisa y pañales de cambray, este inocente debe s de padres de alto kirio, deben haberle á usted acompañado algu cantidad de dinero.

El gallego se rascó una oreja y dijo:

—Pongan pronto el escrito y échenle el agua.

—¿Y cuánto ofrece usted á la Santa Madre Iglesia?—dijo c remoniosamente el notario.

—Cuatro duros.

—Bien, estenderé el acta de bautismo y le pondrémos al ı ño Manuel, ¿y de apellido?

—Le prestaré el mio mientras aparece el suyo: apunte uste Mondoñedo, natural de Galicia, hijo de padres gallegos.

—Basta, basta.

Al cuarto de hora el infeliz expósito recibia las aguas d Jordan dando unos gritos capaces de azorar la feligresía.

El gallego tornó á su casa con el hijo adoptivo.

II.

Manuel Mondoñedo, alimentado por un regimiento de *amó de leche*, llegó á los tres años, y como era natural, á los seis año mas que trascurrieron contaba nueve de edad.

El padre adoptivo dedicó á su hijo á la carrera de artista; a efecto lo entregó como aprendiz en una zapateria.

Como el desgraciado hijo de Luis XVI, tenia un maestro bru tal, que lo vapulaba cuantas veces Manuel equivocaba una medid ó no majaba bien una suela.

Aburrido de ser artista y no encontrando apoyo en la autor dad paterna, abandonó al gallego y desapareció sin que nadie l echase de menos.

Mondoñedo desesperado contra *Galicia* se refugió en la *Mon taña*, buscó á un tal don Justo Rodriguez natural de Argoños comerciante en México, pidióle proteccion y la encontró franca leal.

Siguió la carrera de las letras, y ya había comenzado á estu diar medicina cuando Rodriguez su protector quebró y tuvo qu marcharse para su tierra.

Manuel quedó entonces abandonado y en la miseria.

Entonces comenzó á vivir sobre el país sin abandonar sus es tudios.

Comerciaba en libros, les despachaba sus negocios á los alumnos internos, y acabó por contratarse con el cocinero del colegio cambiando *comida* por *instruccion* á los hijos de éste.

Manuel les enseñaba á leer y escribir, vivia con unos compañeros en una vivienda de casa de vecindad que habia pertenecido al clero, y Mondoñedo tocaba la guitarra y armaba tertulias en la vecindad.

Habia juegos de prendas y charadas, y hablar mal del prójimo que era una gloria.

En la época en que lo encontramos, se ocupaba en preparar los cadáveres para la cátedra de anatomía.

Llegaba al anfiteatro antes que sus compañeros, se quitaba la levita, se arremangaba la camisa y comenzaba á platicar con el muerto mientras lo colocaba en la *plataforma.*

Si el cadáver era de mujer, Mondoñedo le ponia un papel (si acaso era una horrible vieja) con un gran letrero: :Soy la novia del maestro Miguel Jimenez» ú otra chuscada por el estilo.

Llegaba el maestro, veia el anónimo y lanzaba una mirada oblícua al estudiante.

Mondoñedo tenia aburrida, fastidiada á la vecindad con sus bromas.

No habia noche que no llevara una calavera, un pedazo de costilla, un fragmento de tripa en una botellita con aguardiente, ú otra curiosidad de esas que revolvian la bilis á los vecinos.

Comenzó por hacerse odioso y acabó por simpatizar; porque el buen estudiante curaba gratis á los de la casa: cierto es que el vecino del número 8 habia muerto en sus manos; pero eso nada tenia de particular, el pobre hombre se untó las *cucharadas* y se bebió la *friega.*

Hipócrates no habla de ese caso en sus *aforismos.*

El vecino del número 3 perdió la pierna; pero eso fué porque Mondoñedo se la cortó por si le entraba la *gangrena.*

Es verdad tambien que la señora del número 1 se murió de apoplegía; Manuel no tuva la culpa, sino la mujer que se dejó dar un baño de vapor en aquellos momentos en que le subia la sangre.

El casero llegó un dia á cobrar la renta, el pobre hombre tenia un dolor de muelas espantoso.

El estudiante le sentó en una silla y en dos por tres le sacó precisamente la muela que no le dolia, insistió en la operacion, el casero bufaba como un tigre hasta que el estudiante le estrajo á pedazos la muela cariada con un buen trozo de quijada.

Esta operacion por ser muy difícil subió al precio de la renta, y por ese mes quedó libre de la paga.

El casero se fué muy adolorido y agraviado, y Mondoñedo se quedó rogando á todos los santos del cielo que al siguiente dia primero, volviese el dolor á las muelas del propietario.

El aprendiz de médico tomó la costumbre de llevarse á su cuarto la vela del farol de la escalera para estudiar.

Los novios de las vecinas estaban sumamente agradecidos por este servicio.

Mondoñedo no habia enamorado á ninguna de las muchachas de la vecindad, porque decia que era muy malo tener al *enemigo* en casa.

El estudiante, sin embargo, estaba profundamente apasionado.

En sus escursiones habia dado con una jóven hermosísima asistente á la misa conventual de Regina.

Mondoñedo sintió por primera vez verse tan pobre y en un estado de ropa lamentable.

Los compañeros de cuarto contemplaron con asombro que el colega acepillaba su levita raida, daba betun á los zapatos y recortaba los cuellos de la camisa.

Felipe Cuevas contó con ese motivo varias historias aducentes al hecho, poniendo testigos como él decia, á personas *vivas*, cierto que todas estaban radicadas en Nueva-York.

La muchacha vivia en un costado de la iglesia como el ángel custodio del templo.

Rosa, que así se llamaba la jóven, tenia un rostro pálido é interesante, unos ojos negros resplandecientes, velados por unas pestañas caidas bajo los arcos bien delineados de las cejas; una boca con una eterna y apacible sonrisa dejando ver un hilera de perlas de un oriente admirable, un pequeño bozo como una leve sombra se estendia sobre el labio nacarado, su frente era ovalada, y su cabello finísimo daba un fondo á aquel busto donde aparecian las líneas mas correctas de la escultura griega.

Como el tallo del almendro era aquel cuerpo soberano, moviéndose con una elegancia esquisita; aquel conjunto descansaba sobre unos pies pequeños como los de la Vénus de la Concha.

El acento de aquella mujer tenia un timbre particular de altivez dominadora.

Tal era la novia, es decir, la pretendida de Mondoñedo el estudiante.

El desgraciado neófito se ocultaba tras un confes onario á ver de hito en hito aquella imágen, á contemplar tanta hermosura, á admirar tanta belleza.

Así pasaba una hora todos los dias en aquel éxtasis amoroso, en aquel sueño de los cielos.

A fuerza de ver á aquella mujer, de beberla con el aliento, de absorberla con las miradas, acabó de apasionarse como un loco.

El estudiante no osaba preguntar nada acerca de ella, temia que le dijesen algo que le desgarrara el corazon.

Vivia así mas tranquilo con el misterio de su amor desgraciado.

Un dia al salir de la iglesia, la jóven se encontró con una amiga que le dió un beso en la megilla.

El estudiante sintió el dardo de los celos.

—Adios, *Rosa*,—dijo al despedirse.

Mondoñedo no pronunciaba otro nombre que el de Rosa.

—No podia llamarse de otra manera,—pensaba el estudiante.

Desde aquel dia en los libros de la clínica, en los de la botá-

nica, en las paredes del colegio, en las puertas de los zaguanes, en el portal de las escaleras, en todas partes donde se detenia un instante, ponía el nombre de Rosa; y es que aquellas cuatro letras las tenia grabadas en el corazon.

El estudiante se permitió detenerse frente al balcon de su adorada tres horas.

Rosa ni se apercibió de su presencia.

Otra ocasion la jóven arrojó un ramo marchito por sus balcones, y el estudiante lo recojió en el acto, y guardaba las flores con mas cuidado que las culebras que tenia en frasquitos con aguardiente.

Llevaba ya mucho tiempo de abstinencia, cuando se le antojó comenzar sus indagaciones sobre la jóven.

Encontró por única y sola explicacion, que era huérfana ó pasaba por tal, y estaba á cargo del sacristan de Regina, quien la tenía con tales consideraciones como de un servidor á su señora.

El estudiante se embrollaba en cálculos y se sentia alejar mas y mas del objeto de su cariño.

Si Mondoñedo hubiera estado haciendo la ronda á los balcones de su amada, en vez de estar haciendo calendarios sobre el orígen de aquella aparicion, hubiera visto que en punto de las doce de la noche, se abria el balcon y un embozado se deslizaba bajo la cornisa, y entablaba una plática apasionada de amores con la jóven.

Hubiera visto que se cambiaban algunas flores y obsequios, y despues agitando un pañuelo se alejaba el embozado y el balcon se cerraba hasta la noche siguiente.

Rosa estaba pálida como las flores del crepúsculo, invadida de un amor intenso, y esto hacia aparecer mas interesante aquel rostro encantador que tenia loco á Mondoñedo.

El estudiante se resolvió á escribir una esquela, se aventuró á dejársela á su adorada junto á la banca donde oia misa.

Mondoñedo se apostó en una de las columnas de la iglesia y esperó á que llegase el momento crítico en que aquella mano delicada tomase el papel.

Desgraciadamente una vieja tomó el lugar y le echó garra al billetito.

Mondoñedo se tiró de los cabellos y tornó á escribir buscando mejor fortuna.

Esta vez, Rosa, llevada por la curiosidad abrió la carta, la leyó, se sonrió y la guardó en su horario.

Mondoñedo se hincó á darle gracias á Dios, se dió golpes de pecho y creyó firmemente que el cielo le protejia viéndole con ojos de piedad.

Rosa, con esa perspicacia con que Dios ha dotado el genio de la mujer, paseó una mirada por el templo y la detuvo en la figura exótica del estudiante.

Aquella mirada penetró hasta el fondo del alma de Mondoñedo.

A la mañana siguiente la jóven dejó deslizar un papel de su libro de misa.

El colegial se lanzó como una raposa y tomó el billete, que estaba concebido en estos términos:—«Mañana á las diez lo espero á usted en casa.»

Mondoñedo se fué en pos de un amigo en solicitud de un traje, toda la noche se estuvo acicalando, estudiando las palabras, las caravanas, los modales mas elegantes, las frases mas pomposas é inventando discursos floridos y declaraciones cómico-trágicas.

Se rasuró á las dos de la mañana, se puso hecho un dandy, y esperó desde esa hora á que diesen las diez, hora feliz en que debia presentarse en la casa de su amada.

—Me ama, ha comprendido mi pasion, ha leido en mis ojos todo el fuego latente que hay dentro de mí; soy un bruto, yo debia haberme declarado, ¡qué hermosa es! ¡es el ídolo de mi alma! ¡Rosa! ¡Rosa!

A fuerza de pensar en la jóven, el estudiante fué vencido por el sueño, su cabeza se inclinó y con la barba estrujó los cuellos almidonados de la camisa, descargó el brazo sobre la mesa que tenia un cabo de sebo, que se imprimió en el frac ajeno, y á las seis de la mañana se despertó sobresaltado creyendo oir las *diez* en todos los relojes de la ciudad.

CAPITULO III.

De cómo es una verdad de á fólio el refran antiguo de que la soga se revienta por lo mas delgado.

I.

El 21 de Julio de 1861 la Cámara de representantes se erigia en *Gran Jurado* para determinar sobre la causa formada contra Payno, ministro del presidente Comonfort.

El héroe de Ayutla á quien el voto de la nacion habia elevado á la suprema magistratura, paró el movimiento progresivo de la revolucion reformista y su torrente lo arrastró como una hoja en el ímpetu del oceano.

El ministro Payno, con esa capacidad que ha hecho de su cerebro un faro de luz perenne, cedió á la condicion humana y aceptó el mas funesto de los errores; quiso como Josué detener la marcha del sol y se encontró perdido en las tinieblas de una densa noche.

Estar en el esplendor de la grandeza, contar con la voluntad de un pueblo, con un ejército leal y con el espíritu del siglo para llevar adelante las ideas iniciadas por la revolucion, ese pensamiento que ha atravesado medio siglo de sangre y de vicisitudes para entronizarse, y quererlo ahogar la misma mano á quien se habia confiado, era una demencia del espíritu humano.

Comonfort y los que le acompañaban abdicaron de esa fuerza de voluntad salvadora de la revolucion, y dieron el *Golpe de*

Estado que se registra en la página sombría del 17 de Diciembre de 1857.

II.

Tres años de luto y de sangre responden á ese acto injustificable.

La reaccion conservadora caia otra vez á los pies de la reforma, y los hombres de 1857 comparecian ante el jurado nacional á responder los cargos formulados por los hombres de la revolucion.

Comonfort, que habia permanecido en el extrangero, llegaba á las fronteras en aquellos mismos momentos en que se juzgaba á su ministro de Estado y venia á pedir una tumba á su patria; estaba en su derecho.

Dos de los acusados habian sido absueltos y Payno debia contar con este antecedente para su porvenir en la Cámara; porque todos los fautores del golpe de Estado estaban en un mismo grado de culpabilidad.

III.

El lector conoce ya la Cámara de diputados.

Desde las diez de la mañana la gente se habia agolpado á las galerías, porque el negocio metia bulla en las regiones populares.

La misma hilaridad que domina en los teatros antes de comenzar el espectáculo, discurria en el público asistente al gran jurado.

Mondoñedo, con su inseparable amigo Felipe Cuevas y otros estudiantes, se habia apoderado de un palco donde estaba un militar inválido, último resto de los veteranos de 1810.

Los estudiantes la tomaron con el viejo, que era nervioso y exaltado como un demonio.

Llamábase el veterano don Fernando Torre-Mellada, y era coronel jubilado.

Felipe Cuevas, que era amigo de contar historias, recordaba á propósito del Jurado de Payno, el *golpe de Estado* de Iturbide, y estaba ya á punto de decir que habia sido testigo presencial, á pesar de no tener mas que veintiocho años, cuando Torre-Mellada pegó un muletazo contra la barandilla.

—¡Cuerno de Lucifer!—gritó con voz aguardentosa,—no hay que tocarme al emperador, porque echo uno á uno de estos estudiantes al salon de los diputados.

—No se exalte usted, caballero,—dijo Cuevas creyendo á puño cerrado las amenazas del soldadon,—se trata de un punto histórico.

—¡Pues para historias estamos!—repuso el inválido,—digan cuanto les diere la gana, menos que Iturbide hizo mal en echar á ese Congreso de habladores como Roca-Fuerte y Fagoaga; lo digo y lo sostengo donde quieran, aquellos diputadillos no valian un comino donde estaba la espada cortante del emperador.

—No me parece muy exacto lo que usted dice, señor coronel,—dijo Mondoñedo.—S. M. tenia un hijo punto menos que fenómeno.

—¡Qué salida!

—Déjeme usted concluir.

—Siga usted.

—Como los golpes de Estado son una especie de fenómenos, ahí tiene usted la razon por qué Iturbide dió á luz al segundo mónstruo.

—¿Si se querrá usted burlar? sepa usted, amiguito, que no tolero bromitas y le abro la fé del bautismo con la muleta.

—Orden, señores,—dijo Felipe Cuevas,—no demos un escándalo.

—Que mas escándalo,—gritaba el veterano,—que juzgar al señor Payno; cuando era ministro de hacienda los pensionistas estábamos pagados, y ahora con ese señor poeta que han embaulado al ministerio, estamos á racion de hambre.

—¿Por qué no dijo usted eso antes?—dijo muy sério Mondoñedo;—vamos, estreche usted estos cinco.

—Bien, hagamos las paces, pero al que hable una palabra lo estrangulo.

—Puede ser que este viejo tenga alguna hija bonita, es necesario respetarlo,—dijo por lo bajo uno de los estudiantes.

—Pues señor Torre-Mellada, en la calle de la Merced número 24 tiene usted su *casa*.

—Me alegro,—contestó el veterano,—en la mia nadie pone los piés, yo tengo niñas á quienes cuidar.

—Lo dicho, tiene niñas,—murmuró Felipe.

—Luego que salga nos pondremos en acecho, el viejo tiene buena cara, puede que las chicas sean regularcillas.

IV.

En otro de los palcos habia dos viudas, pensionistas del erario.

—Niña,—decia una de ellas,—el señor Payno es muy jóven.

—Sí, es muy niño para dar esos *golpes* tan fuertes.

—Yo,—insistia la primera,—quiero que lo absuelvan, porque hace unos versos muy bonitos.

—Sobre todo, su *Fistol del Diablo*.

—Yo no quiero que castiguen á los literatos, nos quedamos sin distraccion.

—¿Y qué tenemos de nuevo?

—¡Nada! ese maldito gallego me da una vida infernal, no me he causado por no perder la pension.

—Ese señor Mondoñedo me parece un infernal dragon.

—Hace muchos años que se le ha extraviado un hijo y todos los dias lo recuerda con desesperacion, ha dado en tomar coñac, y cuando se ataranta, ha llegado hasta ponerme encima la mano. Y la tiene muy fuerte.

—Pues ha tenido usted desgracia, porque su primer marido observaba la misma conducta.

—El gallego tiene mucho dinero, recibe mensualmente de España una cantidad.

—¿Y no sabe usted quién se la envía?

—Es un secreto que no ha querido revelarme, quema las cartas en acabando de leerlas, y no he podido husmear nada.

—Pues yo paso una vida muy tranquila: de mi casa á la tesorería el dia de quincena hago fiestas reales, doy un convite y bailamos, tengo visitas muy particulares; entre ellas un jóven elegante, fino, caballeroso, que se llama don Fernando Moncada, es uno de los hijos del conde del Jaral.

—Será muy rico.

—Riquísimo y disipado como él solo.

—¿Y cómo hizo usted las amistades?

—Vivo enfrente de la casa de una jóven novia de don Fernando, pasaba todos los dias, me saludaba, una vez se puso á platicarme, le ofrecí la casa, y desde entonces somos buenos amigos.

—¿Todavía vive usted en Regina?

—Sí, allí estoy para servir á usted.

—Mil gracias.

V.

En uno de los palcos adyacentes al de las pensionistas habia tres jóvenes elegantes de esa sociedad calavera y disipada de México.

—Se ocupaban en hablar de todos los diputados y de las personas conocidas de las galerías.

—Allí está Mondoñedo en gran conversacion,—decia uno de los jóvenes.

—¿Y no te ha contado la aventura á que asistió con el frac que le prestaste?

—Ha guardado una reserva profunda.

—Algo guarda ese diablillo.

—¡Demonio! y el viejo Torre-Mellada está en el mismo palco.

—No es malo que se divierta el veterano, ya que va á llevar un susto de primer órden.

—Siempre esta noche, seguramente, todo lo tenemos dispuesto, el plan no puede ser mas bien combinado.

—La chica merece la pena, Fernando es un hombre irresistible.

—Como que acompaña á su figura la piedra filosofal.

—Tiene mucho dinero.

—Lo podemos decir nosotros que somos sus inseparables.

—Es necesario reservar algo para la seca.

—¡Hola! doña Juliana y su amiga la comandanta.

—Son abonadas á la galería.

—Parece que Fernando proteje mucho á la doña Juliana.

—Como que en su casa ha dispuesto las baterías para tomar la casa del sacristan de Regina.

—¡Qué muchacha tan linda!

—¿Quién, el sacristan?

—No, hombre, su hija.

—Ya.

—Parece que está completo el número de los diputados, va á comenzar el gran jurado.

—Me parece que Payno va á salir mal.

—Ese hombre siempre está bien.

—Mientras que Comonfort llega á la frontera, como dicen los periódicos, sin meter ruido con los acicates, su infeliz ministro carga con la responsabilidad del *golpe de Estado.*

—¿Y los otros comprometidos?

—Todos han tomado las aguas del bautismo revolucionario.

—No está mal pensado.

—Comienza el relato de la causa, oigamos.

VI.

El Congreso se erigió en gran jurado y los secretarios dieron lectura á la acusacion y descargos del reo.

Terminados los documentos, entre los que figuraban una carta de Payno á los gobernadores invitándoles á un movimiento que diera por resultado la muerte del pacto constitucional, y la confesion explícita y terminante del ministro de Comonfort, su defensor, el licenciado Parada, pronunció un discurso terminando con las palabras del orador romano: «Conservad para la república al hombre.»

Payno subió á la tribuna.

Un silencio profundo y solemne reinaba en la asamblea y en las galerías.

Aquel hombre se presentaba con valor y respeto ante sus jueces.

Iba á pedir *olvido* y *absolucion para un error.*

No era el político que va lleno de subterfugios ante los tribunales, á declinar la responsabilidad en sus cómplices ni á llamarse á engaño.

Payno es hombre de capacidad y aceptó la situacion en aquellos terribles momentos.

Irguióse en la tribuna, tomó una entonacion solemne y conmovedora y explicó su conducta en estas palabras que la mano del destino habia escrito en su conciencia la memorable noche del 16 al 17 de Diciembre de 1857.

«El *golpe de Estado es*, en resúmen, el miedo á la sangre y la duda que los hombres de 1857 tuvieron de la obra atrevida de la juventud indomable, que realizó el partido *puro* de 1860.

«Los hombres de 1857 quedamos atras espantados del camino de muerte y de combates que iban á recorrer los hombres de 1861.

«Entre estos dos períodos cortos hay sin embargo una distancia infinita. Son dos generaciones distintas, la una vencida, ó confundida en el olvido por su vacilacion, y la otra triunfante y con el porvenir y los destinos de la patria en sus manos.»

Concluyó su defensa encomendando su porvenir y el de sus hijos á la clemencia del gran jurado.

VII.

Se abrió el debate.

Altamirano tomó la palabra y comenzó á lanzar rayos terribles sobre el acusado, formuló cargos, hizo una reseña de los acontecimientos y dijo con voz atronadora, que el cráneo del ministro hacia tiempo que debia estarse emblanqueciendo en una picota.

La tormenta estaba iniciada.

Diputados y auditorio se dividieron en bandos y los aplausos y las interrupciones se pusieron á la órden del dia.

Suarez Navarro dice que no *está clasificado el delito*, que no hay pruebas suficientes.

Otro diputado habla del golpe de Estado de Napoleon, trae á cuento la muerte de Pelegrino Rossi, en 1848, cuenta pasajes históricos y acaba pidiendo que se cumpla con las promesas que trae la revolucion en sus estandartes.

Murmuran los partidarios de Payno, aplauden los contrarios y apenas se escucha la voz de Montellano que insiste en la idea de que no está clasificado el delito.

En medio de aquel huracan, Gamboa con gritos desaforados se hace oir de la Cámara, dice que la *chicana* no debe permitirse, que basta la confesion de Payno para sentenciarle; que solo recuerda que el gabinete de 1857 puso las bayonetas en el pecho á la representacion nacional.

Montes, ministro de Comonfort, clama con voz sonora porque el señor Gamboa pruebe que *todo* el gabinete era cómplice, que de no hacerlo se le tendria por un vil calumniador.

Aplausos y silbidos prolongados se oyen en las galerías.

El inválido Torre-Mellada es partidario de Payno y la estudiantina está en contra metiendo una bulla horrible.

El diputado Arredondo desafia en plena Cámara á los diputados de la derecha.

El orador concluye en medio de una tempestad de gritos.

El presidente manda leer el artículo del reglamento para conservar el órden.

Altamirano se opone diciendo que alguna vez se le permita al pueblo *algo* de libertad.

Los aplausos se redoblan.

Se declara por la asamblea el dictámen suficientemente discutido.

Mateos y Riva Palacio formulan proposiciones para la concesion de la palabra.

Las proposiciones son desechadas en medio de aquel huracan atronador.

Repentinamente, aquel mar irritado entró en calma, y el silencio discurrió en todo el recinto.

El dictámen se habia sometido á votacion.

Por 83 votos contra 22, fué declarado culpable don Manuel

Payno ministro del presidente Comonfort, por su participación en el *golpe de Estado.*

—¡Lo dicho,—gritó el inválido,—la soga se revienta por lo mas delgado!

CAPITULO IV.

De còmo los ojos negros de una muchacha pueden ocasionar mas estrago que dos bombas de á catorce pulgadas.

I.

No habian dado las nueve de la mañana, cuando el estudiante Mondoñedo ya rondaba las cuatro calles que encierran el templo de Regina.

No pasaba un solo transeunte con reloj, á quien el galan enamorado no le preguntase la hora.

Estaba, como suele decirse, dándole dos cuartos al pregonero.

El tiempo caminaba con pies de plomo, y la péndola de los relojes se mecia con una indolencia desesperante.

Mondoñedo se entró en la iglesia, leyó todos los retablos, los convites religiosos, oyó misa, platicó con el monaguillo, y sin embargo las diez no parecian.

El estudiante sintió un calosfrio terrible: sonaba en el campanario el primer toque de las diez.

Mondoñedo se sacudió los botines, arregló los cuellos de la camisa, se repuso de la emocion y entró decidido en la casa de la señora de sus pensamientos.

Subió temblando la escalera, puso la mano sobre la tosca puerta del corredor y dió un toquito tan suave que no fué escuchado.

Aventuró despues de un minuto un segundo golpe.

La puerta giró sobre sus goznes y apareció en el dintel lo que menos aguardaba al galan.

El sacristan con su cara de vinagre.

El estudiante se quitó instintivamente el sombrero, hizo una caravana, balbutió algunas palabras y se quedó hecho un estúpido.

—Pase usted,—dijo el sacristan,—si es acaso Manuel Mondoñedo.

—Servidor de usted.

El sacristan dió la vuelta y el enamorado jóven echó á andar tras él.

Entraron en una sala adornada con muebles antiguos de cedro con asientos de baqueta.

—Aguarde á que lo llamen,—dijo el sacristan con voz de cataarro, y dejó plantado á Mondoñedo.

El estudiante no sabia qué pensar de aquella aventura, estaba profundamente inquieto.

No oia nada, ni una voz, ni un rechinido de puerta; parecia que la casa estaba abandonada.

De repente la puerta vidriera que daba á las piezas que tenian balcones á la calle, se abrió.

—Pase usted,—dijo una voz que hizo estremecer al estudiante.

Levantóse como tocado de un resorte y adelantó al aposento de donde habia salido aquel acento del cielo.

Unas cortinas de encaje con goteras de seda carmesí velaban la luz que entraba por los cristales del balcon.

A la pared del fondo estaban dos estantes de nogal primorosamente tallados, el uno contenia libros de historia, el otro las novelas mas distinguidas de Walter Scott, Victor Hugo, Dumas y Fernandez y Gonzalez.

Un bufete tambien de nogal, mediaba entre los libreros.

Habia algunos papeles esparcidos en la carpeta, y periódicos europeos.

En lo alto de la pared y á igual distancia de los estantes estaba colgado un cuadro de ébano con una pintura al óleo magnífica.

Representaba á Herodías con su semblante hermoso y terrible, llevando en una fuente de plata la cabeza lívida y ensangrentada de San Juan Bautista.

Aquel cuadro se destacaba sombrío en el fondo nácar y oro de los tapices.

El infeliz novio permanecia con la mirada vaga, en busca de la jóven.

—Por aquí,—dijo Rosa señalando una silla al estudiante.

Los muebles todos del aposento eran á la Luis XV, con asientos carmesíes.

II.

Rosa llevaba una bata de cachemira atada á la cintura con un cordon de seda, que despues de ceñir el talle se descolgaba por el frente hasta el borde del vestido, rematando en dos borlas elegantísimas.

Una camisola de batista con un cuello encarrujado dejaba ver la torneada garganta de la jóven.

Sus manos pálidas y surcadas de venas azuladas, jugaban con las borlas del peinador.

Mondoñedo que habia pasado la noche estudiando discursos, no encontró una palabra ni un monosílabo que decir á su adorada.

Magnetizado ante aquella mujer, como el pájaro delante de la serpiente, solo se diferenciaba de una estátua en la respiracion agitada de su pecho.

La jóven le había puesto encima la mirada, y el desgraciado estudiante dudaba hasta de su existencia.

—Caballero,—dijo al fin la hada de aquel retrete,—espero me repita usted las frases que ha estampado en este papel.

Mondoñedo sintió helársele la sangre y paralizarse los latidos de su corazon.

—Hable usted, caballero, abandone ese retraimiento, que está usted en presencia de una persona que desea ser la mejor de sus amigas.

Un zumbido de oidos llevó el vértigo al cerebro del estudiante.

—¡Hum!—murmuró,—he sido muy atrevido en dirigirme á usted, pero... en fin... yo estaba... yo soy... Manuel Mondoñedo, un servidor de usted.

La jóven se sonrió al ver la turbacion del adolescente.

—Acérquese usted,—le dijo con una voz argentina.

El infeliz colegial acercó media pulgada su asiento al de la jóven.

—Todavia mas cerca, caballero.

Mondoñedo no se movió.

—Puesto que usted no quiere hablar...—dijo Rosa.

—No, no, ya voy, me estoy reponiendo porque la impresion es tan fuerte, tan irresistible que me siento morir ante usted.

—Serénese usted, que ya lo escucho.

—Yo he visto á usted en la iglesia,—dijo haciéndose una gran violencia el estudiante,—hace un mes que no sueño mas que con usted, que la veo en todas partes, en la cátedra, en el anfiteatro, en el hospital...

Rosa no pudo contener una sonrisa.

—Tal vez digo barbaridades; pero todo es cierto, absolutamente cierto. Muchas veces me he dicho: es tan hermosa y yo tan horriblemente feo que no podrá amarme nunca, ademas soy tan pobre, porque usted ignora que yo soy huérfano, que no conozco á mis padres aunque sospecho que viven, que me mantiene la Providencia, y no me explico como se pasan los dias, estudio sin cesar y me faltan dos años, dos años mortales para ser médico, yo no quiero engañar usted, entonces seré rico; porque dicen que tengo capacidad para la medicina; vea usted, yo trabajaré mucho desde hoy, yo no quiero mentir, esta ropa que traigo no es mia, me la ha prestado un amigo íntimo de un señor don Fernando Moncada, nieto del conde de Jaral.

Rosa se puso densamente lívida.

—¿Le sucede á usted algo, señorita?

—No, nada, esa franqueza con que usted me habla me ha conmovido hondamente, prosiga usted, me intereso en sus desgracias.

—No tengo mas que añadir; señorita, mi presente es malo, pero mi porvenir es brillante.

—¿Y esos señores amigos de Fernando no lo protejen á usted?

—Yo no he buscado nunca mas proteccion que la del trabajo; solo el amor á usted me ha obligado hasta á pedir este frac, que desgraciadamente lo he manchado.

—Tiene un buen corazon,—pensó la jóven.

—Si yo fuera de esos parásitos que viven á costa de esos señores despilfarrados, sería otra mi suerte: sin ir mas léjos, el señor conde me distingue en su aprecio, con una sola de las sumas

que gasta en sus locuras, tendria para vivir un año descansadamente.

—No habia oido mentar al nieto del conde.

—Es muy conocido,—dijo con inocencia Mondoñedo,—sus aventuras son ruidosas, tiene un gran partido entre las damas, es duelista de profesion y siempre está de conquista.

El semblante de la jóven se cubrió con una nube sombría.

—¿Cómo dice usted que se llama?

—Fernando Moncada.

—Bien, hablemos de nuestros asuntos.

—Sí, yo espero de usted una sola palabra de esperanza, eso me basta para ser feliz.

—Caballero,—dijo Rosa,—por ocurrencias que yo no puedo revelar á usted y le ruego no me pregunte jamás, me encuentro en esta casa al abrigo de este buen hombre que me guarda, pero mi familia es rica y distinguida: para que usted pueda alguna vez tener acceso en ella es necesario que usted brille en el gran mundo y frise en la alta aristocracia.

—Señora, me pide usted un imposible.

—No lo es toda vez que usted cuente conmigo.

Levantóse Mondoñedo con el rostro enrojecido por la vergüenza.

—Acaso,—dijo con voz entrecortada,—con mi franqueza he dado lugar á esta humillacion.

Siéntese usted, caballero, y escuche.

El estudiante obedeció.

—El misterio de mi posicion me obliga á contar con una persona que me auxilie, es necesario que no me sea sospechosa, porque yo necesito saber cosas, que nadie puede decirme en este recinto; usted me ama...

—Y estoy pronto á sacrificarme por usted.

—Bien, las noticias que me son del todo necesarias, solamente usted podrá adquirirlas. Dios dirá del porvenir, si usted me sirve lealmente.

—Señora, la palabra de usted es irresistible, me constituyo desde hoy en esclavo de este cariño.

—Bien, Mondoñedo, desde hoy podrá usted rivalizar, y yo le mando que lo haga, con lo mas grande y lujoso de la aristocrácia, estreche usted su amistad con ese conde de quien habla con tanto entusiasmo, acompáñele siempre, sea usted su inseparable, y deme usted cuenta de todo lo que pase en ese mundo del brillo y del incienso.

Levantóse la jóven, acercóse al bufete, abrió uno de los secretos y sacó una cartera que entregó al estudiante á quien le parecia todo aquello un sueño de felicidad.

—Señora, dijo Mondoñedo con el alborozo de una profunda chajadería,—vea usted qué casualidad, la cabeza del San Juan Bautista es ni mas ni menos la del nieto del conde del Jaral.

—Bien, bien,—dijo la jóven, y tendió la mano al estudiante que la besó con respeto y salió medio loco del aposento de aquella mujer irresistible.

III.

Luego que el colegial hubo desaparecido, la jóven se encaró al cuadro de la Herodías y fijando una mirada de despecho en la cabeza del Bautista tan parecida á la de su amante, dijo con acento terrible:

—¡Tengo celos!... ¡tengo celos!...

CAPITULO V.

De còmo una equivocacion elevada á la cuarta potencia puede costarle á un prójimo la fractura de una costilla.

I.

Cerca de la garita del Niño Perdido hay una casita marcada con el número 17.

Este edificio por estar en los suburbios de la ciudad no tiene el mérito que realzaría en una de las calles del centro.

Un zaguan ámplio da entrada á un patio dividido por rejas de palo, de un modesto jardin donde hay árboles seculares y flores hermosísimas.

De ahí se pasa á un llano que se estiende con algunas interrupciones hasta el triste y abandonado cementerio del Campo Florido.

La pared que cierra dos costados del jardin sostiene un corredor que da paso á las entradas principales de las piezas interiores.

En uno de los aposentos hay un escudo de armas, que no es un adorno sino el descanso de aquellos útiles de guerra cubiertos con el orin de los años y cuyas armas brillaron en los campos revueltos de la insurgencia.

Una montura vieja con adornos de metal amarillo está puesta sobre un caballete, y en lo alto de un ropero se adivina tras una caja de madera blanca, la figura exigua de un gorro montado de la época de los brigadieres.

Un catre de campaña, pero de campaña en 1819, está en un rincon del aposento.

Todos los muebles y su colocacion denuncian al viejo inválido, y eso sin haber reparado en un retrato al óleo detestablemente ejecutado.

La pintura representaba á un jóven teniente coronel vestido de riguroso uniforme.

Casaca azul sumamente ajustada, solapa verde, boton dorado, charreteras con canelones esponjados formando la figura de una tarántula, y multitud de condecoraciones.

En cuanto á la figura del militar, dirémos que el artista no habia hecho jugar sombra alguna, pero sí recargado de ócre los cabellos y de rojo las megillas y lagrimales de la víctima, es decir del retratado.

Al frente de ese cuadro estaba otro aun mas detestablemente pintado.

Era la imágen de una señora sonriendo con pretension y con una mirada oblícua.

Una peineta de carey á la altura de un *metro* (como hoy se dice segun el sistema decimal) se elevaba como un muro sobre la cabeza de la señora, y sus aretes de diamantes montados en estaño, caian hasta una especie de gola que el pintor habia llenado de adornos y que hacia aparecer á la infeliz señora como metida en una funda de almohada.

Abajo de la pintura se leian estos renglones:

«La señora Brigadiera doña Tomasa Riva de Neyra y Ximenez de Torre-Mellada, á su esposo en su compleaños, 1823.»

El retrato del teniente coronel tenia tambien su inscripcion:

«El comandante don Fernando Torre-Mellada servidor que fué del rey y despues de S. M. I. Agustin I. 1821.»

Aquello equivalia á una historia.

II.

No tenemos necesidad de avisar al lector que se encuentra en la casa del veterano Torre-Mellada.

El viejo soldado está arrellanado en un sillon de baqueta y puesta su pierna de palo sobre un banquillo.

Fuma un puro costeño de á diez reales el ciento, que arroja un humo denso y un aroma de yerba seca.

En una mesa cuadrada de madera blanca está una vela de sebo sobre palmatoria de metal.

Una jóven alegre y bulliciosa cose á la luz de aquella abominable vela, que espabila cada medio minuto.

Un viejo tambien retirado, hace la tertulia, y los dos amigos se complacen en referir sus chuscadas de cadetes y sus campañas de veteranos, mientras la jóven finje coser y no despega los ojos del reloj de madera, cuya péndola suena como la del reloj de San Diego.

—Tenia yo un coronel,—decia Torre-Mellada,—que consentia la tropa de una manera horrible: una vez salia un soldado de una casuca con un gallo robado, el ladron le ocultaba bajo el faldon de la levita; pero el animal era muy grande y dejaba ver sus patas con todo y espolones.

—¿Qué llevas ahí?—preguntó el coronel al soldado.

—Señor, es una guitarra.

—Pues tápale las clavijas,—respondió el coronel con la mayor seriedad del mundo.

—Ese hombre era de mi cuerda, mis soldados eran los niños consentidos, eso sí, en tratándose de pelear, entraban como unos endiablados.

Las nueve sonaron pausadamente en el reloj de la sala.

—Me voy, señor Torre-Mellada.

—Va usted á tomar una taza de té y una copita de catalan. Isabel, sírvenos algo.

La jóven dejó la costura y fué á disponer el té y el catalan.

Luego que la jóven hubo desaparecido, el amigo del inválido acercó su sillon, y dando una mirada recelosa en torno suyo dijo al soldado:

—Amigo Torre-Mellada, el negocio anda mal.

—Como que es dia tres y aun no han dado la quincena.

—No es eso.

—¿Van á cambiar ministro de la guerra?

—Eso importaria muy poco.

—¿Entonces qué, con mil diablos?

—Es un negocio que atañe á su familia.

—¡Con doscientos de á caballo hable usted pronto!—gritó el veterano dando un muletazo contra la mesa.

—Si mete usted ruido no hablo.

—Ya estoy callado ¡con una carretada de satanases!

—Pues he visto rondar dos embozados por la calle, no hace mucho asomaron la cara por los cristales de la ventana, estoy seguro que acechan.

—Voy á traer mis pistolas y al primero que asome las narices, se las vuelo de un balazo.

—Eso es violento, amigo mio.

—Pues señor de Lopez, que lo sea, yo no me dejo manosear los bigotes por nadie.

—Deben ser enamorados de Isabel.

—Razon de mas, á mi hija nadie le hace cucamonas, porque lo descuartizo como esta luz que nos está alumbrando.

—Vea usted, vea usted,—dijo en voz baja Lopez,—ya... ya.

—¿Ya qué?

—Ya no.

—Vea usted, amigo Lopez, está usted esta noche insoportable, tome el té y lárguese antes de que arme una de Dios es Cristo.

—He visto hace un momento al jóven de la ronda.

—Todo esto se quita con llamar á mi hija y no separarme de ella un momento: ¡Isabel... Isabel!

III.

Daban el toque de ánimas las campanas del Campo-Florido cuando llegaba un coche cerca de las bardas del cementerio.

El lugar no podia estar mas en silencio.

Detúvose el carruaje á un costado del átrio.

Dos jóvenes bajaron despues de media hora y se echaron á andar atravesando el llano y en direccion á la garita del Niño Perdido.

—Está la noche oscurísima.

—Sí, muy á propósito para el negocio.

—Donde el viejo husmee la trampa fracasamos.

—Se le han caido los dientes al viejo lobo, no hay cuidado ¡Demonio de tierra, toda está empapada!

General Leandro Valle.

—Eso importaria muy poco, si no tuviésemos encima la tormenta.

Efectivamente, las nubes se iban condensando, y los relámpagos comenzaban.

—Por aquí, Cárlos, por aquí.

—Ya iba yo en direccion á esa maldita zanja.

—Ya estamos cerca.

—Mira, Luis, como tú no me dirijas, vamos á perder la pista.

—Esta es la puerta, si no me engaño.

— Si, ella es.

—Esperémos las nueve.

—Dan en este momento.

Hemos dicho que sonaba esa hora cuando Isabel dejó la sala pretestando disponer el té para el compañero de su padre.

Dirigióse con precipitacion á su aposento, sacó alguna ropa, se la puso al brazo, envolvióse en un albornoz rojo, echóse la capucha y salió resuelta por la puerta del jardin.

Sin volver la cara y decidida á cualesquier lance, abrió la puerta que conducia al llano, y dió una señal particular.

Dos embozados se aproximaron, y sin hablar una palabra le ofrecieron el brazo y se adelantaron violentamente hasta donde estaba el carruaje.

—Hemos llegado con felicidad,—dijo Isabel.

—Así parece,—respondió Cárlos.

—¿No se ofrece algo?

—No,—dijo la jóven,—sino que partamos lo mas pronto posible.

El coche llevado por la velocidad de los caballos desapareció entre la oscura sombra de la noche.

IV.

Felipe Cuevas, historiógrafo de la estudiantina, habia seguido al señor Torre-Mellada, luego que terminó el gran jurado.

El viejo comenzó á andar calles y el estudiante á seguirlo dándole caza.

—Este zorro tiene la guarida muy lejos,—decia Cuevas á uno de sus acompañantes llamado Gonzalez.

—Me parece que vive en el Pedregal.

—Pues entonces que enamore á su hija el guarda-caminos.

—Dicen que es hermosísima.

—Eso vamos á ver, una ocasion me puse á seguir...

—Por supuesto,—dijo Gonzalez,—que toda la aventura va á pasar en los Estados Unidos.

—Cabalmente, — respondió Cuevas sin desconcertarse, — todo aconteció en la Quinta Avenida.

—Adelante.

—Pues como decia...

—Pero el señor Torre-Mellada la lleva larga.

aconteció en la Quinta Avenida.

—Ya hemos atravesado las calles de San Juan y ahora nos embaula en la plazuela ¡demonio con este diablo cojuelo!

—Decia pues, que iba en seguimiento de una tapada, andando como un desesperado, cuando...

—Se ha detenido un poco el viejo junto al acueducto; descansemos tambien nosotros, que ya sacamos la lengua de cansancio.

—Pues continúo.

—Querido Cuevas, yo quiero algo de historia mexicana, ya la de los Estados Unidos me tiene reventado.

—Está bien, te has perdido de una cosa buena.

El inválido continuó calle adelante.

—Debemos estar cerca de la casa, y la razon es clara: si este hombre vive en un edificio tiene que detenerse en la calle siguiente, porque lo demas es llano y camino real.

Efectivamente el veterano recorrió la calle del Niño Perdido, y ya cerca de la garita se entró en la casa que ya conocen nuestros lectores.

Acercáronse los estudiantes y vieron asomada á una de las rejas, una muchacha simpática, de ojos de fuego, lábios encarnados y frescas mejillas.

Tenia una bata de muselina azul perfectamente entallada, y una cruz de azabache al cuello con una cinta del color del vestido.

Felipe Cuevas y Gonzalez se situaron en el zaguan del frente y comenzaron á hacerle señas y telégrafos.

La muchacha se reia á dos carrillos.

—Adelanto que es una gloria,—decia Cuevas.

—Estás de conquista, amigo mio, la chica se rie de los dos que es un gusto.

—Caballero, distingamos, se rie conmigo y al mismo tiempo se burla de tí

—¿Y por qué no la tomas por el contrario?

—Se amplía lo favorable y se restringe lo odioso.

—Eso será en la cátedra, aquí la verdad es que estamos en ridículo.

—No lo creo, te voy á contar una historia muy parecida á este lance.

—Mira, Cuevas, es mejor que no me la cuentes.

—Está bien, pero entre paréntesis te prohibo acompañarme á esta aventurilla; temo que se truequen los papeles y la hija de Torre-Mellada se enamore de tí.

—Me basta esa confesion, te dejo el campo.

Desde entonces el estudiante rondaba dia y noche las ventanas de Isabel, sabia como se llamaba, le escribia cartas y versos copiados de Espronceda, llenos de fuego y entusiasmo.

Le arrojaba flores por la ventana, y á veces se permitia el lujo de pagar una peseta al italiano del *organito* para dar una serenata á la jovencilla.

Andaba Cuevas tan poco atinado que escojió el órgano que tenia entre su repertorio «*Los Cangrejos*».

Luego que el viejo reaccionario escuchó la sonata salió á la

ventana y dijo tantos horrores y blasfemias, que el italiano se fué con la música á otra parte.

Hemos dicho que Cuevas rondaba la calle; pero dejaba descubierto el flanco que daba á los llanos del Campo Florido, por donde Isabel daba citas á su novio.

¡Pobre estudiante! mientras él dirijía con una entonacion trágica estos versos que habia robado de un album:

«*Felice tú que en el paterno nido*
Yaces tranquila en apacible sueño,»

la muchacha saltaba del nido y se pasaba las horas en sabrosa plática de amores.

V.

A la hora precisamente en que Isabel abandonaba aquel *paterno nido*, que tan dulcemente cantaba Felipe Cuevas, éste se hallaba gastando las piedras del embanquetado con sus paseos.

El viejo Torre-Mellada gritaba desesperadamente á su hija, que ya no podia oirle.

Alarmado con la tardanza de Isabel, paróse el veterano, recorrió las piezas todas de la casa, asomóse al corredor, gritó con mas fuerza aun, llamando á su hija hasta convencerse de su desaparicion.

—¡Todita á su madre!—dijo el veterano, y tomando su sombrero y envolviéndose en su capa salió á la calle hecho una centella.

Lo primero con que dió fué con el estudiante que estaba encaramado en la reja de la ventana.

—Aquí está el bribon,—dijo, y le plantó un muletazo tan fuerte que le fracturó una costilla.

—¡Muerto soy!—exclamó Felipe Cuevas, y cayó el desgraciado sobre las losas.

—Señor Torre-Mellada,—dijo Lopez,—si este hombre se hubiera robado á Isabel no estaria acechándola desde la calle.

—Tiene usted razon,—y luego volviéndose á Cuevas que se quejaba espantosamente, le dijo:—Usted dispense, me he equivocado.

—¡Maldito seas tú y toda tu casta, viejo estúpido!—exclamó Felipe que habia escuchado lo del rapto;—uno se sopla la dama y yo recibo la paliza.

—Esta historia sí que no ha pasado en Nueva-York,—dijo Gonzalez, cargando con su desgraciado amigo á su zaquizamí de la calle de la Merced.

CAPITULO VI.

Donde verá el lector por sus propios ojos cómo se confeccionan los pasteles diplomáticos.

I.

En la calle de Vergara, y á corta distancia del Teatro Nacional, en un edificio de todo lujo, estaba la *legacion francesa.*

Dos piezas tenia la casa, que encerraban lo mas interesante de la oficina diplomática.

En una estaban los espedientes de las *reclamaciones* contra México, y en la otra los *caldos* que servian al uso y costumbre de S. E. Dubois de Saligny, conde y ministro plenipotenciario de S. M. Napoleon III.

Paseábase el hombre de Estado con una satisfaccion salvaje y una agitacion febril.

La agitacion se explicaba fácilmente: el señor conde acababa de dejar la mesa.

La campana anunció que llegaba alguna persona.

Saligny se entró en la antesala á recibir al personaje, que se dejó ver haciendo genuflexiones y caravanas.

—Pasad, Borel, tenemos mucho que arreglar.

—Segun eso, S. E. ha recibido ya la correspondencia.

—Precisamente.

En aquellos momentos se presentó el emisario que el lector ha visto en la galería de la Cámara la noche del 15 de Julio.

Saligny dió órden á su servidumbre de que no se le interrumpiese bajo ningun pretesto y se encerró en la sala con sus dos amigos.

Los tres personajes aceptaron para su conversacion la lengua francesa.

—Caballeros,—dijo el ministro,—el golpe está dado: la ley de suspension de pagos ha hecho su efecto; la *intervencion* es cosa decidida.

Los interlocutores de Saligny se sorprendieron con la noticia.

—Los gobiernos de España é Inglaterra han tomado cartas en el negocio. La España, con su viveza de carácter, ha llevado hasta un extremo increible este asunto; ha llegado á ofrecer la monarquía mexicana á D. Juan de Borbon.

—Ese hombre es la pesadilla del trono.

—No importa,—repuso Saligny,—ya está en la liga lo mismo que la sesuda Inglaterra, donde la ley ha conmovido los libros de caja.

—¿Qué dicen nuestros enviados?

—Han pagado á la prensa, que ya se desata terrible contra México.

El frances Borel observó que los escritores se hacian pagar muy alto.

—No importa,—dijo el emisario,—los millones de Jecker y los de otras reclamaciones, dan para comprar cuantas plumas se necesiten.

—La fiebre,—dijo el ministro,—ha invadido á la prensa, ya no es negocio nuestro, se ha vuelto de interes público.

—¿Qué hay de España?

—En la casa de la Montijo se ha introducido nuestro agente mexicano y trabaja con un éxito admirable.

—Ahí está el hilo que va á dar hasta las Tullerías. ¿Y la Francia?

—Hay personas que están cerca de las gradas del trono, que ven acercarse el momento de recibir cantidades inmensas.

—¿Y la Inglaterra?

—A esa le basta con los intereses que ya tenia de antemano, y no perderá un *chelin* en la cuestion; se abonará hasta las notas diplomáticas.

—Temo,—dijo el emisario,—que tratándose de esa cuestion insignificante, la Francia ajuste algun convenio con México.

—Caballero,—repuso picado Saligny,—quitémonos la careta de hoy para siempre; la Francia no aprecia en nada la deuda miserable de las convenciones, va mas allá en su pensamiento; quiere dar el golpe de muerte al coloso americano que se destroza en su gigante guerra civil; necesita apoderarse de México como punto de apoyo, y arrastrar en su empresa á la Europa entera.

El emisario se refugió en un silencio terrible; comenzaba á ver claro, y le remordia la conciencia al servir *por dinero* al extrangero para la venta de su patria.

El ministro continuó con mas entusiasmo:

—Gabriac, Almonte y Mon han sido recibidos por el emperador; una convencion se ajustará en Inglaterra y las escuadras aliadas emprenderán bien pronto su marcha para México.

—En mi correspondencia,—dijo Borel,—me avisan que la España ha enviado ya instrucciones á Serrano, capitan general de la Isla de Cuba, para el arreglo de su contingente; temo que abarque la empresa como suya y nos deje fuera del cuadro.

—Oiga usted,—dijo Saligny,—lo que dice un periódico oficial de Madrid despues de consignar la noticia de que la escuadra española se ha detenido hasta el completo acuerdo de la convencion.

Saligny tomó un periódico de su bufete, y leyó en voz alta el siguiente párrafo de un diario publicado en la Península:

«No es esta cuestion de partido, sino de honra nacional; y la prensa entera aplaudirá sin duda cuando sepa que los *leones* de Castilla se unen á las *águilas* francesas y á los *leopardos* británicos, para la hermosa mision de llevar á nuestros hermanos de América la calma, la tranquilidad, el órden, la buena y honrada administracion de que por tanto tiempo se han visto desposeidos.»

—La España sola,—dijo el emisario,—se estrellaria en Amé-

rica; necesita el apoyo europeo, y creo que el arrojar candidaturas y hablar de monarquía es una imprudencia.

—En Francia,—dijo Saligny,—se habla de Petterson para la monarquía mexicana.

—¿Y quién es ese Petterson?

—Un hijo de Gerónimo Bonaparte.

—Quiera Dios,—dijo el emisario,—que no sigan las postulaciones, porque la lista va siendo larga y desprestigiada.

—Dejemos delirar á la prensa, que ni las naciones signatarias podrán asegurar el fin de la espedicion segun los acontecimientos que deben irse desarrollando.

—Concretémonos,—dijo Borel,—á nuestros trabajos; yo desearia que algun acontecimiento viniese á poner de peor condicion este negocio para México.

—Las notas que he dirigido al gobierno son duras, y su lenguaje es ageno á la diplomacia; el ministro ingles ha seguido la misma conducta: hemos provocado una ruptura violenta suspendiendo las relaciones y exigiendo la pronta derogacion de esa ley.

—El gobierno mexicano,—dijo el agente,—insistirá en ello, lo ha vuelto punto de honor nacional.

—El ministro de Relaciones cayó en el garlito cuando nos habló sobre el proyecto de hacernos creer en que era un asunto arreglado, y hoy se encuentra en una situacion excepcional.

—Insisto,—dijo Borel,—en que se necesita un escándalo, algo que lleve mas y mas á un buen terreno este asunto. Hace pocos dias inventé el pretendido *asesinato*, y la noticia ha causado profunda sensacion en Europa; esto ha dado lugar á que se crea que México es un país de asesinos, y se considere como urgente la necesidad de establecer un nuevo órden de cosas.

—Ya tengo pensado otro Golpe de Estado, amigo mio, y no pasa de esta noche; entretanto, demos instrucciones á Vaneneli que se halla en Madrid, para que agite sin cesar al partido intervencionista.

Levantáronse Borel y su compañero para retirarse.

—Os necesito,—dijo Saligny á Borel, y tendió la mano al emisario que abandonó la casa de la legacion.

—Acompañadme,—dijo,—esta es noche del paseo de Todos Santos en la Plaza;—y tomando su sombrero, dió el brazo á Borel, y se dirigieron al *Zócalo* despues de refrescar las fauces con un excelente vino de Jamaica.

II.

En la Plaza Mayor se levanta una gigante tienda de campaña sobre el zócalo del centro, formando un salon hermosísimo que sirve de punto de reunion á una elegante sociedad las noches de *Todos Santos y Muertos*.

En las vigas que sirven de apoyo á la tienda, colocan lámparas, y de la cúspide cuelga otra lámpara de luces resplandecientes, alumbrando las mil flores de la pirámide que se alza en el centro del zócalo.

En todo el perímetro se colocan multitud de asientos que se llenan instantáneamente.

Media entre la circunferencia y la pirámide una zona ámplia para el paseo.

Jóvenes elegantes y hermosas comienzan á girar en torno de las flores y de las luces, como las huríes al atravesar uno de los siete cielos del profeta.

En las vías de la Plaza, que afluyen al zócalo como los rádios de una estrella, se improvisan tiendas de dulces, y allí se hace una venta considerable.

Todo paseante está en obligacion de obsequiar á su pareja, y los regalos están á la órden de la noche.

La entrada al salon es de paga, así es que las otras calles donde el paseo es *grátis*, las ocupan las familias pobres, los enamorados en quiebra, y los colegiales cuyos fondos no están á la altura de los precios fijados á los billetes de entrada.

III.

En uno de los banquillos de la Plaza, habia un grupo de señoras acompañadas de dos estudiantes de medicina.

—Crea usted, señorita,—decia la voz conocida de Felipe Cuevas,—que á usted le debo tener fracturada la cuarta costilla del lado izquierdo.

—Yo lo siento mucho, pero no he tenido la culpa.

—Ya, quien la tiene soy yo que me dejé dar el palo.

—Lo casual fué,—observó Gonzalez,—que cayese tan bien la muleta que...

—Que me hizo ver el cometa,—respondió vivamente Felipe Cuevas.

—Isabelita,—dijo Gonzalez,—la observo á usted de buen humor esta noche.

—Ya tenia gana de reirme; he pasado un mes tan atroz, que si no hubiera sido por su hermana de usted, mi buena amiga Loreto, me estaria muriendo de tristeza.

—Te agradezco la galantería,—respondió la jóven que acompañaba á Isabel.

—Con tu amistad he olvidado mis recuerdos, que son bien amargos.

—¡Sopla!—murmuró Felipe.

Acercóse un dulcero al banquillo ofreciendo unos alcartaces á las muchachas.

Felipe Cuevas, que no tenia un centavo, sintió que le daban un golpe eléctrico.

—No tomamos nada,—dijo Isabel.

Felipe Cuevas respiró.

—Algo me han de tomar las señoritas,—insistió el dulcero.

Felipe comenzó á sudar como si estuviera en Yucatan.

El dulcero no se retiraba.

Loreto, conociendo lo crítico del lance, dijo con enfado:

—Retírese usted, ya le hemos dicho que nada deseamos.

El dulcero se alejó y Felipe Cuevas sintió un fresco tan agradable como si lo sumergieran en la alberca de Chapultepec.

Despues dijo con el mayor descaro del mundo:

—Me han desairado, está bien; no lo esperaba de usted.

—No sea usted susceptible,—respondió Isabel;—ademas, que sobran dulces y tiempo para comprarlos.

Felipe Cuevas se rascó una oreja.

De repente la jóven lanzó un grito de sorpresa.

Acababa de ver á D. Fernando con una señorita resplandeciente de belleza y elegancia, que tomaba rumbo al salon.

—¿Qué pasa?—preguntó Felipe.

—Nada, que estoy indispuesta.

—¿Quiere usted que la lleve á su casa?

—Precisamente se lo iba á suplicar.

—Vámonos,—dijo Loreto.

Y tomando el brazo de su amiga, tiraron á andar rumbo á las calles del Cármen.

—¡Me he salvado en una tabla!—dijo el estudiante sacudiendo los dedos; y siguió á las jóvenes en su camino.

IV.

Don Fernando llevaba del brazo á la señorita Eloisa Mons, su prometida.

Eloisa era una de aquellas hermosuras veladas siempre por una nube de espiritualismo encantador.

Un cutis trasparente como las hojas de la azucena; una mirada intensa, apacible, de sensación; la frente de marfil purísima, la nariz recta y los lábios entreabiertos, dejando ver la blancura trasparente de unos dientes diminutos como uno de esos juguetes esquisitos de la manufactura china.

Eloisa llevaba una *kabila* que envolvia aquel cuerpo magestuoso, que ondulaba como el arbusto al soplo de las brisas primaverales.

Penetró en el salon aquella magnífica pareja.

Levantóse en toda aquella concurrencia un murmullo.

Eloisa no tenia rival en el mundo elegante.

La luz artificial levantaba su belleza á un grado extraordinario.

La conquista de don Fernando tenia tanto mérito como la de Granada.

Los hombres todos le envidiaban rindiendo un justo homenaje á la hermosura de Eloisa, y las señoras confesaban que los atractivos de la jóven eran punto menos que irresistibles.

Mondoñedo, que se hallaba en un grupo de jóvenes de la aristocracia, no pudo contener un arranque cómico, y dijo casi en voz alta aquel verso de Bermudez de Castro:

Como la luna en el coro
De las pálidas estrellas,
En la patria de las bellas
Te llamaban reina á tí!

—¡Es encantadora!—exclamó don Luis;—es necesario convenir en que el conde es hombre de mucho gusto.

—Sí,—repuso Cárlos;—ademas, que la señorita Mons tiene un dote del medio millon de pesos, con cuyo apéndice es un buen partido para matrimonio.

—¿Se casará el conde?—interrogó Mondoñedo.

—Como que está apasionado profundamente de Eloisa.

—Ella por su parte,—dijo Cárlos,—ama con delirio á Fernando.

—Ya tengo,—dijo para sí el estudiante,—algo que contarle á Rosa, ávida de cuanto pasa en el gran mundo.

—Vea usted, algo pasa,—dijo don Luis,—allí se forma un círculo de gente; acerquémonos.

—Sí, veamos,—repuso con ansiedad Mondoñedo.

Acercáronse los tres amigos al grupo de curiosos, y presenciaron el espectáculo grotesco dado esa noche por el ministro frances.

S. E. habia tomado rom de Jamaica para darse valor.

Se trataba de provocar un lance que pasase como un atentado al ministro de Napoleon III.

Saligny, atarantado por los espíritus del alcohol, y excitato por su intencion perversa, comenzó en voz alta á injuriar á México y á los mexicanos.

Era ya mucho el descaro del ministro en sus ultrajes.

Un jóven se acercó á Saligny haciéndole una reconvencion por su falta de sociedad.

El ministro redobló sus insultos hasta enardecer al jóven, que lo tomó por la solapa de la casaca y lo arrojó á dos varas de distancia.

—He aquí mi *negocio*,—murmuró Saligny; y levantando la voz dijo que se habia atentado contra su persona é inmunidad diplomática.

La policía intervino, y M. de Saligny abandonó el paseo, agravando con su conducta ruin el conflicto que existia entre México y las naciones europeas.

La sociedad toda levantó un grito de indignacion contra aquel miserable, comprendiendo que habia algo tras aquella conducta inesplicable.

El agente de la intervencion, que iba del brazo de Saligny, le dijo cuando estuvieron fuera del recinto de la Plaza:

—No en vano S. M. Napoleon III os ha enviado á la legación de México, sois todo un diplomático.

—Yo le cobraré á la casa de Jecker el estrujon que he llevado, —respondió el ministro: y se marchó á la legacion á dormir el sueño del... *justo.*

CAPITULO VII.

De lo que el vulgo y los peritos en la materia llaman "Crónica escandalosa,,.

I.

Allá en los tiempos de la dominacion española, cuando cada propietario era un señor feudal que disponía de las vidas y haciendas de sus vasallos, queremos decir, sus jornaleros, uno de los primitivos condes del Jaral habia establecido su bajalato en las hermosas haciendas que desde entonces llevan el nombre de familia.

El susodicho bajalato, en honor de la verdad, no estaba montado á la usanza de aquellos tiempos en materia de tiranía, y los trabajadores gozaban de ámplia libertad, los mayordomos del derecho de hacerse solos las cuentas, y las aldeanas del de ser requebradas por el señor de aquellos dominios.

Aconteció una vez, que el señor conde venia de recorrer uno de sus campos, cuando acosado por los calores se detuvo á la puerta de una casuca que todavía se conserva en la hacienda del Jaral.

—¡Muchacha, un vaso de refresco!—gritó la voz sonora del conde.

Como por aquellos terrenos la hospitalidad es la virtud mas dominante, una preciosa aldeana fresca como una rosa de Castilla, salió de las piezas interiores con un vaso de *colonche.*

El *colonche* es un licor sacado de la *tuna cardona,* tiene un color de granate hermosísimo, y solo á su vista se despierta un deseo inmenso de apurarle.

Cierto es que á los que no están acostumbrados á aquella bebida fermentada les produce un dolor espantoso de cabeza, pero aquello es el *noviciado,* por el que han pasado los que hoy se jactan de ser los mas ardientes adoradores del *colonche.*

Deciamos que la muchacha, que era linda como una perla, salió apresuradamente á dar de beber al *cristiano.*

—Venga el vaso,—dijo el conde fijándose demasiado en aquella samaritana.

La muchacha levantó la vista, reconoció al señor feudal y trastornóse de tal manera, que el cristal se deslizó de su mano y cayó al suelo haciéndose pedazos y derramando en la tierra el puro y fresquísimo *colonche.*

. . . . . .

No cuenta la historia si el señor conde insistió en refrescarse; lo cierto es que en el testamentó apareció un legado de tierras y numerario á don Juan de Moncada, que á su vez lo dejó á su único hijo don Fernando.

II.

El nieto del conde del Jaral era un arrogante mancebo de treinta y dos años, alto, bien formado.

Llevaba toda la barba, negra como el ébano, y su cabello tirado hácia atras dejaba ver una frente despejada.

La mirada era audaz y sus movimientos todos revelaban al elegante sin pretension.

En la fisonomía de don Fernando se marcaba de una manera precisa al hombre que habia atravesado por las borrascas de la vida y perdido el corazon en las aventuras.

Don Fernando se habia educado en Europa, no habia recibido de los labios de una madre esas palabras santas de ternura que determinan los sentimientos del alma.

Entregado á la ruda existencia del educando, habia aprendido mucho, todo lo que se pude saber en las aulas, pero le faltaba á su capacidad ese rayo dulcísimo que alumbra al corazon en las vicisitudes y que encamina el saber del hombre al bien y á la filosofía; le faltaba el sentimiento religioso.

El nieto del conde poseía en alto grado la ciencia militar, habia servido en el ejército frances.

Comenzó á batirse contra los republicanos en 848, y tornó á sus banderas el dia del *golpe de Estado*, metamórfosis del presidente de una república en tercer vástago de la familia de un usurpador.

Fastidiado de la carrera militar y ya con la cruz de la Legion de Honor y las condecoraciones de Sebastopol, se retiró á vivir á Paris, llevando una existencia sumergida en el mar muerto de las pasiones.

El nieto del conde sabia que la *intervencion* se preparaba en Europa, y queriendo volver á la casa solariega, para gozar del brillo de una monarquía, con sus antecedentes de nobleza, regresó á su patria para asistir á la restauracion monárquica y vestirse del esplendor que ambicionaba en su profundo hastío de la existencia.

Estaba en contacto con los principales agentes de la intervencion en Europa, y venia como emisario á ponerse de acuerdo con la reaccion en América.

Don Fernando fué aceptado en la buena sociedad, aunque mal visto en el fondo; porque la sociedad mexicana, sean cuales fueren los principios políticos y creencias religiosas mas ó ménos exajeradas, conserva un fondo de moralidad y hasta cierto punto de pureza en las costumbres, quizá porque la ilustracion no ha echado muchas raices en nuestro suelo.

III.

Don Fernando, como todos los hombres ricos y despilfarrados, tenia un gran círculo de amigos inseparables.

Los mas predilectos eran Cárlos y Luis, que le servian como lacayos en sus calaveradas.

La misma noche en que la hija de Torre-Mellada habia sido extraida por su voluntad de la casa paterna, Mondoñedo daba una cena á don Fernando y á sus colegas.

La invitacion se habia reservado para despues del teatro, y ya los cuatro amigos estaban á la mesa cuando apénas habian dado las doce de la noche.

El estudiante habia sufrido una completa variacion.

Los harapos del sopista se habian trocado por magníficos trajes hechos por el acreditado español Rafael Salin, rey de los sastres habidos y por haber.

Cierto es que el estudiante habia pasado su momento de mortificacion; porque al presentarse en la famosa sastrería con su raido traje, le preguntaron si conservaba sus *medidas*.

—Creo no haber aumentado de volúmen,—dijo con inocencia Mondoñedo.

El infeliz no habia estrenado jamas una pieza de ropa.

Salin procedió á levantar el plano del individuo y le arregló trajes del mejor gusto y elegancia.

El estudiante pasó á rejuvenecerse á la peluquería.

Al verlo entrar madame Escabasse hizo un jesto de disgusto muy pronunciado.

Mondoñedo esperimentó la tijera francesa y quedó hecho un dandy á vuelta de pocos dias.

IV.

El banquete estaba admirablemente servido.

—Cuéntanos, amigo Mondoñedo,—decia don Fernando:—cuéntanos la historia de esa fortuna improvisada.

—Es muy sencilla, tenia un pariente en España que ha muerto sin sucesion, dejándome en el pleno goce de una gran fortuna.

—No hagas lo que los ricos improvisados; gasta hasta arruinarte, el dinero va y viene, es el reflujo de la fortuna.

—Así lo haré, señores,—decia Mondoñedo entusiasmado, no sin encomendarse á todos los santos por que no se acabase la proteccion de la hermosísima Rosa.

—¿Y ya tienes novia?

—No, pero pienso buscar media docena por el tiempo que he estado vacante.

—A propósito de amoríos, ya habiamos olvidado el negocio de Isabel.

—¡Ah!—dijo con indolencia don Fernando,—no habia vuelto á recordarla.

—Pues ya la sacamos del poder de ese cafre de inválido,—dijo Cárlos.

—¡Psch! ¿y dónde la han coocado?

—En una magnífica habitacion del hotel Iturbide.

—Les confieso con entera franqueza, que esa mujer me tiene fastidiado.

—Yo creia,—dijo Luis,—que te prestábamos un servicio con robarla para tus amores.

—Eres un imprudente, en estos momentos me hace un mal horrible, es necesario que vuelva á su casa.

—¿Y de qué manera?

—Volviendo.

—Piénsalo bien.

—Díganle que estoy fuera de la capital y que no volveré hasta dentro de un año.

—¿De quién se trata, señores?

—De Isabel, la hija del viejo estúpido Torre-Mellada.

—¡Voto al diablo!—gritó Mondoñedo,—esa muchacha es la pasion de Felipe Cuevas, y va á morir de pesadumbre.

—Entonces,—dijo don Fernando,—le daremos aviso al colegial y una libranza de cien duros para que cargue con la prenda.

—Eso ya es mas pasadero,—dijo Luis.

—En cuanto á nosotros, no la volveremos á ver.

—Es una muchacha original,—dijo don Fernando,—la enamoré por broma en un bailecito de candil, y solo con un recado abandona su casa.

—Pensaba casarse contigo.

—No hablemos mas del negocio, arréglenlo como queda dicho.

Siguieron los ponches y el champaña destapado y bebido en honor del supuesto heredero, y al amanecer se separaron los concurrentes á la invitacion y Mondoñedo quedó bajo la mesa atarantado, por la falta de costumbre en el uso de los licores.

—Se conoce que es novicio en el arte,—dijo don Fernando, y salió riéndose del estudiante.

V.

Despertóse Mondoñedo á las once del dia, todo adolorido por haber dormido en las tablas del suelo.

Acicalóse lo mejor que pudo, y se fué en busca de sus antiguos compañeros, á quienes habia abandonado sin darles cuenta de su singular aventura y cambio de suerte.

Felipe Cuevas ya estaba restablecido de la contusion causada por el viejo inválido, y Gonzalez le hacia los honores de la enfermedad, ya en un estado de desnudez lamentable.

Luego que Mondoñedo se presentó en su antigua habitacion, fué saludado ceremoniosamente por sus concolegas, que al principio lo desconocieron.

Levantóse Felipe como Lázaro, todo asustado de ver la metamórfosis de su camarada.

—¿Eres tú?

—¿Estoy soñando?

—No, queridos,—dijo Mondoñedo tomando su antiguo carácter,—soy yo, el mismo de siempre con algo mas, que es el dinero.

—¿Te ha caido la lotería?

—Punto menos: he heredado una gran fortuna. Han de saber que tenia un tio en España, á quien se le ha dado la gana de morirse, y conforme á las sábias leyas de la Península ibérica, me ha hecho dueño de un inmenso capital.

—¿Luego estás en aptitud de prestarnos cuatro reales para desayunarnos?

Mondoñedo sacó el portamoneda y de él una moneda de oro.

Felipe Cuevas y Gonzalez se lanzaron como dos gavilanes sobre la onza.

—¡Alto ahí! es necesario que se reparta entre ambos.

—De todas maneras lo hubiéramos hecho, amigo mio.

—Vamos, que el señor de Mondoñedo es todo un Creso,—dijo Gonzalez quitándose lo que el llamaba sombrero.

—Traigo un negocio de mucho interes con Felipe.

—¿En qué puedo servir á S. E.?—se apresuró á contestar Cuevas.

—Vamos al grano.

—Vamos.

—¿Estás enamorado?

—Como un pichon, amigo mio; pero has de saber que se han robado á mi novia.

—Ya lo sabia, y este negocio me trae punto menos que atarantado.

—¡Habla, por Dios!

—Has de saber que la muchacha recibió un recado de tu parte para abandonar su casa; la chica se ha enamorado perdidamente de tí.

—¿Esas tenemos?... pues mira, yo renuncio á ese amor de *quid pro quo.*

—Los infames que tomaron tu nombre, han recibido de ella un desaire espantoso, no se atreverán á volverla á ver.

—Prosigue.

—Si tú quieres recuperar á tu novia, te proporcionaré fondos y cuanto necesites.

—Bien; necesito de pronto cien duros: me parece que una muchacha y cien pesos no son de desperdiciarse.

Mondoñedo sacó una libranza y la entregó al estudiante.

—¿No hay por esos mundos,—dijo Gonzalez,—otra chica robada que pueda yo *recuperar* de la misma manera?

—Puede que se ofrezca mas adelante.

—Ya estoy en ascuas.

—Hablemos francamente; te juro, bajo mi palabra de honor, y te digo en nombre de nuestra amistad, que esa muchacha aun no ha visto al hombre por quien cree haber sido robada.

—No te comprendo.

—Los aduladores del conde del Jaral sabian que tenia amores pasageros con Isabel, y la han robado con un recado supuesto.

—¡Ya pareció aquello!

—Es necesario no engañar á los amigos.

—Siempre es bueno saber á qué atenerse.

—Isabel está en el hotel Iturbide, y probablemente desesperada de no ver parecer al conde, que ni aun la recuerda.

—Me presentaré como su salvador, hago un paso trágico, y cargo con ella, ¿no es esto?

—Precisamente.

—¿Y cuando se acaban los dineros?

—Entonces mi bolsa estará siempre abierta para tí.

—Punto final, amigo mio.

—En cuanto á tí, querido Gonzalez, cuenta desde hoy con mi proteccion.

—Siempre esperé de Mondoñedo una conducta tan... tan...

—Tan etcétera; nos veremos, y mañana pasaré á ver el resultado del negocio.

Salióse Mondoñedo muy ufano de su comision, y Felipe Cuevas, tomando su sombrero, se dirigió al hotel Iturbide repitiendo entre dientes:

—¡Cien duros y una muchacha!... cien duros y una muchacha!...

CAPITULO VIII.

De la manera sencilla con que vuela una muchacha y cien patacones.

I.

El hotel Iturbide es uno de los mejores edificios de la capital

La antigua casa del emperador, cuyo nombre conserva, no ha perdido el aspecto de munificencia primitiva.

La puerta de fachada es bellísima, así como el primer pátio, cercado por arcos elegantes.

El segundo piso conserva el mismo órden que el primero, y sus estancias son magníficas.

En aquel palacio fué proclamado el general Iturbide emperador de México.

En aquellos balcones se exhibió cien veces cuando el pueblo lo aclamaba como la primera piedra de la dinastía nacional.

Mas ¡ay! ¡tambien de aquel régio edificio salió para no volver!

. . . . . .

El palacio imperial se ha trasformado en hotel, conservando la supremacía sobre los establecimientos de su género.

La preocupacion que tiene el público acerca de los hoteles, no comprende al de Iturbide, donde reina el mejor órden y circunspeccion, á pesar del gran flujo y reflujo de pasageros.

En una de sus magníficas habitaciones permanecia la desgraciada hija de Torre-Mellada en la mas completa desolacion.

Habia pasado la noche en vela esperando á don Fernando, y ya comenzaba á alarmarse por su situacion, cuando dos toquidos dados con reserva, le anunciaron la llegada de alguna persona.

El estudiante Felipe Cuevas se encontró frente á frente con su novia.

—Pase usted, caballero.

—Señora, si le es permitido á un buen amigo de usted hablarle una palabra, le suplico no me lo niegue.

Felipe Cuevas quedó ufano de su exordio.

—Pase usted, señor...

—Felipe Cuevas, servidor de usted.

Entróse el estudiante y tomó el asiento que Isabel le indicó visibilmente inquieta.

Permanecieron un momento en silencio.

—Ya escucho, caballero.

—Seré franco con usted.

—Sí, pero suplico á usted encarecidamente que sea pronto.

—Seré breve. ¿Usted es la hija del señor don Fernando Torre-Mellada?

—¿Eso es todo lo que tiene usted que decirme?

—Continúo: el conde del Jaral ha requerido á usted de amores.

—Bien; adelante.

—Usted incautamente ha caido en la red.

—No comprendo bien, caballero.

—Ya irá usted comprendiendo. Los amigos del conde le han hecho á usted creer que necesitaba de un escándalo como el de un rapto para poder contraer un matrimonio, imposible de otra manera.

—Es cierto, señor Cuevas; yo que comprendia esa dificultad, no la he tenido para prestarme, como usted ha dicho, incautamente, á un plan que hoy veo irrealizable.

—Esa es la palabra, señorita.

—Espero que usted me explique el participio que ha tomado en este negocio, y el objeto de su visita.

—Usted notará, señorita, que voy sobre áscuas; pero es necesario terminar este enojoso asunto. El conde no ha tenido participio en nada de lo que ha pasado; ha reprendido hecho tan imprudente, y me envía á decir á usted que debe volver á la casa de su padre, á quien le hará una franca explicacion.

—¡Esto es horroroso!—exclamó Isabel;—he sido víctima de una burla espantosa.

—¡Sí, horrible! —murmuró Cuevas.

—¿Y ese hombre me propone semejante absurdo?

—Usted no sabe el cinismo de estos señores.

—¡Estoy perdida!

—Señora,—dijo el estudiante tomando un aire cómico,—yo he amado á usted con vehemencia, he recibido un desengaño de usted y una paliza del señor su padre; sin embargo, yo le ofrezco á usted desinteresadamente mi proteccion.

—Caballero, yo la acepto, no tengo otro remedio; estoy al borde de un abismo.

—No la dejaré á usted rodar por él, señorita.

—Salgamos de aquí, creo que este lugar me es fatal.

—Salgamos.

—No tengo con que pagar.

—Yo tengo, señora, para todo lo que usted necesite.

II.

Felipe Cuevas y la desgraciada Isabel dejaron el hotel Iturbide.

—¿Dónde llevaré á usted, señorita?—decia el estudiante;—yo vivo en un cuarto donde duermen tres de mis compañeros.

—Usted hará lo que guste, yo no tengo mas apoyo que usted.

—Me ocurre una idea; mi amigo Gonzalez tiene una hermana; si usted quiere pasar algunos dias en su sompañía...

—Estoy en el caso de aceptarlo todo.

—Pues andando,—dijo Felipe Cuevas; y se dirigió á la calle del Cármen, donde tenia una pequeña vivienda Santiago Gonzalez el concolega.

Llamó á la puerta y apareció el estudiante.

—Querido, tú sabes ya la desgraciada historia de la señorita, y como su honra está comprometida, la pongo bajo la salvaguardia de tu hogar.

—¡Loreto!—gritó Gonzalez,—ya tienes antecedentes de lo que ha pasado; recibe á la señorita.

La hermana de Gonzalez, que tenia una alma de ángel, acogió con cariño á la desventurada jóven, que adolecia de una tristeza mortal.

—La dejo á usted en la casa de un buen amigo, mientras vemos lo que Dios dice.

—Caballero, yo no tengo con que pagar tanta solicitud.

—No hablemos mas,—dijo Cuevas, y llamando á Loreto le entregó los cien pesos para los gastos de Isabel.

—En otras circunstancias rehusaria este dinero; pero hoy me veo obligada á pasar por esta humillacion.

—Vamos, que son ustedes susceptibles.

Gonzalez se lamía los bigotes de gusto al ver á la muchacha en su casa, y se disponia á emprender la conquista.

III.

Cuevas salió á la calle, y con el aire libre comenzó á reflexionar que habia hecho un pan como unas hóstias.

—Soy un bruto de profesion, esa muchacha me hubiera seguido al fin del mundo... tan buenos discursos que he pronunciado, y todo ¿para qué?... para entregarla tal vez á mi concolega Gonzalez, porque ese maldito es mas enamorado que el diablo; al fin hubiera concluido por amarme, y sobre todo, ¿para cuándo se hicieron los abusos?... no, eso es inmoral; pero con todo y moralidad debia yo tener esa muchacha conmigo, yo he contraido cierta obligacion con mi conciencia y no debia abandonar á Isabel... estoy por volverme... sucede otra desgracia... no, yo soy una especie de tutor de esa niña, el muletazo es otro motivo mas para interesarme.

Iba entregado al laberinto de sus ideas cuando lo sacó de su absorcion la alegre voz de Mondoñedo.

—¿Qué pasa, querido?

—Nada y mucho,—dijo el estudiante.

—¿Ya está el pájaro en el nido?

—Yo sí que soy un pájaro maltratado.

—Estás hoy con todo lo colegial en la cabeza.

—¡Esa es la palabra, *colegial!*

—Estoy inquieto por saber tu aventura.

—Pues dala por sabida, llegué como César, ví y vencí.

—¡Bravo!

—No muy bravo, porque me amansé como un carnero y he llevado á la chica á una casa respetable en vez de... vamos, hazme favor de confesar que hoy merezco mas la paliza de ese viejo lagarto, que la pasada noche.

—Culpa tuya es y nada mas, yo te la entregué y tú has malversado la negociacion.

—He aquí una mujer por quien recibo muletazos, desaires, desengaños, y á quien tengo que servir como un lacayo.

—¿Y tu amor?

—Si vuelves á pronunciar esa palabra reñimos sériamente.

—No veo el motivo.

—Hablar de amor á un hombre en mis circunstancias, es lo mismo que enseñarle la cruz al diablo.

—Vamos, ten un momento de sentido comun, y podrémos hablar.

—Yo no tengo mas negocio que ahorcarme.

—Es de fácil arreglo.

—Estoy tan *arrancado* que no puedo ni aun suicidarme.

—Déjate caer de lo alto de la torre de la Catedral.

—Si no tuviera que pagarse algo al campanero, ya hubiera llevado á su término ese pensamiento.

—Pues entonces déjate morir de hambre.

—Ya la suerte se ha encargado de ese negocio.

Felipe Cuevas tenia hidrofóbia.

—Yo puedo calmar tus padecimientos,—dijo sériamente Mondoñedo,—si quieres dividir tu suerte con la mia.

—Hombre, no te estés burlando, porque cometo una barrabasada.

—Hablo con formalidad.

—Lárgate con mil diablos y no te burles de un desgraciado en son de tu riqueza.

—Tendré que reñirte si no dejas ese tono.

—¿En qué puedo servirte?

—No puedo decirte nada aquí.

—Lleguémonos á tu alojamiento.

—Andando.

IV.

Los dos amigos se dirijieron al hotel Iturbide y entraron en el cuarto de Mondoñedo.

El estudiante cerró la puerta y dijo á su compañero con aquella ruda franqueza de un antiguo camarada:

—Felipe Cuevas, estoy envuelto en una trama espantosa.

—No te comprendo.

—Esta riqueza, este boato que me has visto desplegar de una manera tan repentina, es un misterio que acabará por volverme loco.

—Me dejas confuso, abismado.

—Comenzaré por decirte que lo de la herencia es una ruin mentira, que soy solo un instrumento que debe obedecer ciegamente, sin preguntar, sin inquirir... sin pensar...

—Me parece un sueño cuanto estoy escuchando.

—Hay una mujer á quien amo apasionadamente, por quien cometería hasta un crimen, pera esta mujer no la percibo á pesar de estar á su lado; sus palabras son enigmas, sus mandatos son leyes, su voluntad el aliento del destino.

—¿Y bien?

—Yo la decia amores, ella me ha llamado, ha puesto á mi disposicion su oro, sus riquezas que deben ser muy grandes, me ha hecho comprender la distancia que media entre los dos.

—No comprendo todavía.

—Felipe Cuevas, soy el instrumento de algo muy grave.

—Sí, el misterio es grande.

—La mision que me ha dado esa mujer, es la de *espía.*

—¿Y la has aceptado?

—Sí, porque no ejerzo espionaje con persona determinada, soy el espía de la sociedad; hombres y mujeres le interesan á esa mujer, está en los menores detalles, conoce á todo el mundo, las personas mas insignificantes le son familiares y no es agena á la política; acaso es su pasion dominante.

—¿Y puedes permanecer al lado de ese misterio?

—Sí, porque mi vida está pendiente de sus ojos... si yo supiera que no la habia de volver á ver me pegaria un tiro! ¡Sí, Felipe, no preveo el fin que tenga esta aventura, mi corazon me avisa que voy á ser muy desgraciado, sí, muy desgraciado!

Dos gruesas lágrimas asomaron á las pupilas del estudiante.

—No me atrevo,—dijo Felipe,—á aventurar una palabra, yo haria lo mismo que tú.

—¡Mi carrera, mi porvenír, todo está perdido, tengo un velo delante de la existencia!

—Es necesaria una reaccion violenta, atrevida: huyamos, Mondoñedo.

—No, eso seria anticipar el destino.

—Entonces cierra los ojos y camina sin preguntar á donde vas.

Mondoñedo inclinó la cabeza sumerjido en el mar inquieto de sus pensamientos.

—Es original,—pensaba Felipe,—todo lo que acontece á mi amigo; yo ya hubiera... no, no hubiera hecho nada, ya me tengo esperimentado... abandonar á Isabel, y perder cien duros, vamos que es estupidez mas estúpida que he hecho en mi vida, y que ya cuento algunas en mi repertorio.

—Yo tengo á veces miedo,—dijo Mondoñedo,—me encuentro solo en una situacion excepcional.

—Si necesitas de los oficios de un buen amigo, ya sabes, Mondoñedo, que siempre te he visto como á un hermano.

—Sí, Felipe, es necesario que no te separes de mí, pues algo terrible debe sucederme.

—Al menos serémos dos.

—Sí, desde hoy seguirémos, como hace tantos años, nuestro destino.

—Bien, Mondoñedo, yo velaré por tí.

—Y yo te confiaré cuanto me pase.

Los dos amigos se estrecharon con efusion.

V.

Dos toquitos dados á la puerta, con intencion, interrumpieron aquella fraternal escena.

—Veamos quien es,—dijo Felipe Cuevas; pero su compañero lo detuvo por el brazo violentamente.

—¿Qué pasa?—preguntó Cuevas con extrañeza.

—Me llaman.

—Sí, pero veamos quien te llama.

—Es inútil,—repuso Mondoñedo.

Felipe abrió la puerta.

El corredor estaba desierto.

—¡Demonio! en esto hay algo de brujería.

—Esa mujer tiene el talisman del oro.

—Entonces no hay remedio, es necesario estar alerta.

—Si revelas este secreto me pierdes.

—¡Eso nunca!—dijo Felipe,—ya tienes una muestra en este asunto de Isabel, aunque es cierto que no tenia á quien contárselo sino á Gonzalez y ya lo sabe, estoy arrepentito hasta los tuétanos.

—Me voy, nos veremos esta noche, te contaré lo que haya pasado; cuando esa mujer me llama es siempre para algo interesante. Adios, ahí te dejo dinero, deseo que no vuelvas á tener apuraciones ni compromisos.

—Gracias.

Mondoñedo salió precipitadamente de su alojamiento.

Despues de un rato, Felipe bajaba las escaleras del hotel, mientras un individuo tomaba nota de sus señas y del tiempo que habia permanecido en el cuarto de Mondoñedo.

—Escabullirse la dama y volar los cien morlacos, he aquí una fatal combinacion,—pensaba el estudiante;—peor sería que la muchacha se hubiera quedado y la libranza desaparecido... estoy seguro de que ya Santiago Gonzalez le plantó la primera declaracion.

CAPITULO IX.

De la operacion química por la que un hombre se petrifica y una mujer se exhala.

I.

Nuestros lectores conocen ya la habitacion de Rosa, en la espalda del templo de Regina.

Aquella casa ignorada, desapercibida para el público, contenia nada menos que á la heroina de una novela.

Habian dado ya las nueve de la noche, cuando dos embozados llegaron al zaguan del edificio.

El sacristan salió á abrir prévia una seña convenida, y aquellos hombres penetraron en el interior de los aposentos, hasta detenerse en el de los estantes de nogal donde Rosa habia recibido al estudiante Mondoñedo.

Descubriéronse los embozados.

El uno era rubio, de ojos azules, llevaba bigote y pera, y en sus ademanes se conocia al político aventurero.

El otro era moreno, de patillas, frente mezquina, los ojos encontrados y los lábios sumamente delgados, que revelaban el mas alto grado de susceptibilidad.

—Esoy terriblemente inquieto,—dijo el rubio;—necesitamos saber cuanto ha pasado porque la empresa está en un hilo.

—No hay que desconfiar; es negocio enteramente arreglado.

—Es que la España no debia haberse detenido ante la iniciacion del pacto tripartito, sino haber avanzado sola, enteramente sola.

—Esa es cuestion de poco momento: la España ha iniciado el pensamiento y será la dueña de la empresa; desde luego se ha propuesto al candidato para la monarquía, que no es otro que don Juan de Borbon.

—He aquí el punto de nuestras aspiraciones, este cambio de tronos.

—Isabel II no entregará el de San Fernando á su primo; pero en cambio sostendrá su candidatura en el sólio de México.

—Así se acabarán sus inquietudes.

—Y sobre todo las nuestras, amigo mio.

II.

La puerta vidriera crugió sobre sus goznes, y Rosa se presento á los desconocidos.

Levantáronse los caballeros, y adelantándose á la jóven la saludaron con profundo respeto.

—¿Manzanedo,—dijo Rosa,—has recibido tu correspondencia?

—Una sola carta, en que se me anuncia que la señora condesa me participaria lo que creyese conveniente en este importante negocio.

—Bien; ¿y tú, Wask?

—He recibido—dijo el jóven rubio—un ejemplar en la del señor Manzanedo.

—Pues bien; mi padre se encuentra satisfecho de la marcha política; la Inglaterra y la Francia han entrado en la convencion que se ha firmado en Lóndres.

—¿Está firmada?—interrogó Wask sin poder contener su alegría.

—En el mes pasado.

—¿Y la señora condesa podrá decirnos los términos de la convencion?

—Ya los sabréis mas tarde.

—He visto á M. de Saligny,—dijo Manzanedo,—y no sabia aún de cierto lo que hemos tenido la satisfaccion de oir de lábios de V. E.

—Ese señor Saligny es un imbécil—dijo la jóven con desprecio;—se ha hecho abofetear en público para darse mas importancia en el momento de la *ocupacion.*

—¿Luego vendrán pronto las escuadras?

—A estas fechas deben haber salido de los puertos europeos.

—Por supuesto—dijo Wask—que las reclamaciones se harán efectivas, y percibiremos las cantidades asignadas.

—Ese es asunto vuestro, caballeros; los mios aun son de mas alta estima.

—Perdone S. E., señora condesa; pero nuestro porvenir está interesado.

—Lo comprendo; cada uno trabaja por su cuenta.

—¿Y no sabe V. E. algo de candidaturas?

—Sé lo que ya no es un secreto; que don Juan de Borbon es el postulado.

—¿Y aceptará?

—¿Creen por ventura los hombres débiles y los ilusos que don Juan dejará pasar esta oportunidad que lo hace de elementos para sus futuros planes? ¿Ignoran que un país con entrañas de oro puede abrirle camino para sentarse en el trono de su padre usurpado por Isabel de Borbon?... Caballeros, la hora ha llegado para los enemigos de don Cárlos: ese vástago proscrito, errante en las cortes extrangeras, se levanta poderoso, y sitúa el punto de apoyo en América para la reparacion en el porvenir.

—La Francia y la Inglaterra tendrán tambien sus aspiraciones.

—¿Y qué importa? Napoleon III ha entrado en el delirio político, sueña con la division de los Estados-Unidos, sueño insensato, irrealizable, quimérico... la Inglaterra va en pos del oro; dejad esas ambiciones de mala ley y sigamos el principio político, él nos dará cuanto deseamos, ¡nombre, gloria, riqueza, porvenir!

—Mis aspiraciones son conocidas—dijo Wask.

—Tú, siguiendo el carácter de tu raza, no te habla al corazon

mas que el dinero; lo tendrás hasta ahogarte en él; y tú, Manzanedo, que has acompañado tantos años á mi padre adoptivo, llegas á la cúspide de tus ambiciones; ¡tienes sed de mando, yo la calmaré!... el conde de Morella, el sostenedor de la lucha *Carlista*, te tiene en un alto concepto, eres su secretario particular; pero no te satisface la intimidad ni el silencio, quieres ostentarte y tienes razon; un hombre de talento para la política como tú, debe brillar; don Juan de Borbon te llevará á su lado, has vivido en el olvido en la Gran Bretaña, tu nombre sonará en México, he aquí el campo todo nuestro, nuestro hasta regresar á España, cuando la revolucion llame al trono á sus legítimos señores!

La jóven plegó el ceño, como quien recuerda algo enojoso, y continuó:

—Manzanedo, tú has nacido en América, no te espante esa palabra *traicion;* tu conciencia busca la felicidad de tu patria; no te detengas en esa vía por la que has comenzado á dar pasos agigantados.

Manzanedo se estremeció; habia algo en su corazon que le decia:—Vender la patria es un crímen.

Manzanedo y Wask se sentian desaparecer delante de aquel espíritu superior, que se exhalaba en un arranque terrible de ambicion.

—Nada han sido los peligros,—continuaba la jóven—nada la inmensidad de los mares; todo lo he arrostrado por sacar á Don Juan de esa inerte postracion en que yace; sus amigos le abandonan, la revolucion en España se sofoca y sus fondos languidecen; la herencia de mi padre no es suficiente para la empresa; se necesita algo mas grande, por eso yo le he aconsejado la *aceptacion.* Don Juan vacila empeñado en no salir de Inglaterra sino para la España, ignorando que las líneas rectas son desconocidas en la ciencia política. Cuando desde la vieja Europa se le vea en el pedestal de un trono, su figura proyectará una sombra sobre el suelo patrio, cuando hoy no se le percibe entre las nieblas del Támesis. Sobre ese pedestal podrá acaso leerse en letras de oro: *Hispaniarum et Indiarum Rex.*

Los ojos de aquella muger brillaban con una irradiacion maravillosa.

—Seguid, señores, en pos de los proyectos del enviado de Napoleon; recoged la menor palabra que pueda alumbrarnos en esta crísis, y cuidad de no ser descubiertos.

—¿Teme algo la señora condesa?

—Un pueblo que ve en peligro su independencia, puede á la menor sospecha hacer un ejemplar terrible, y está en su derecho; es necesario no olvidar que son de nuestra raza, de aquellos hombres de 808, de los que prodigaron su sangre en el 2 de Mayo sin retroceder ante la espada de Murat.

Levantáronse los dos caballeros, besaron con respeto la mano á la condesa, é influenciados por la voz de aquella muger, bajaron en silencio las escaleras y desaparecieron entre las pesadas sombras de la noche.

III.

Luego que los confidentes de la condesa se alejaron del aposento, el semblante de la jóven tomó un aspcto de melancolía y tristeza.

El relámpago habia desaparecido de sus ojos; sus lábios desdeñosos tomaron el tinte apacible de la sonrisa.

Sentóse en uno de los sillones, apoyó su brazo en el bufete, y quedó hundida en una dulce contemplacion.

Las once daban en el reloj del aposento.

—¡Es la hora!—murmuró la jóven;—no debe dilatar, saldré de esta terrible ansiedad que me devora.

De repente se dejó oir un ruido de espadas, y voces en la calle.

Rosa apagó la luz y se asomó á los cristales del balcon.

Dos hombres cruzaban sus aceros con furia horrible.

—No importa,—decia uno de ellos jadeante de cansancio,—la herida no vale la pena.

—Sigamos—decia el otro procurando apagar el timbre de su voz.

—¡Adelante!—continuaba el herido, y la lucha se hacia mas empeñada.

—¿En qué terminará este duelo?—se preguntaba Rosa, llena de ansiedad,—¿qué le habrá motivado?

No pudiendo calmar su impaciencia, llegóse entre las tinieblas del aposento y tiró del cordon de la campanilla.

La puerta se abrió instantáneamente.

—Ved lo que pasa en la calle, y evitad, si es posible, una desgracia.

El criado salió y poco despues se oyó redoblar la algazara de gritos y estocadas.

Despues todo quedó en silencio.

—Creo que lo he matado—dijo uno de los contendientes al ver trastabillar á su enemigo;—verémos si la sangre me dice en la hoja de la espada hasta donde ha penetrado;—y con el acero descubierto se alejó, entrándose por los suburbios de la ciudad.

IV.

El sacristan penetró en el aposento llevando luces, y entregó á Rosa una targeta.

—¡Ya estaba impaciente por su llegada! que pase este caballero.

Pocos momentos despues entró un hombre como de cuarenta y seis años, robusto, apuesto, elegante, de color moreno, bigote y perilla cuidadosamente acicalados, frente despejada, mirada inteligente y exquisitos modales.

—La señora condesa me tiene á sus órdenes.

—Caballero,—dijo la dama, y le tendió la mano con predileccion,—antes de vuestra partida he querido deciros algunas palabras.

—Supongo que por el paquete recibiríais cartas del rey don Juan.

—Sí, me habla de la candidatura; pero noto en sus expresiones algo de vacilacion.

Quedóse pensativo el caballero.

—Qué os parece de esta conducta?—insistió la dama.

—Que veo muy oscuro el porvenir, y creo ademas que la liga europea trae otro pensamiento que aun no se revela claramente.

—Es que hay compromisos...

—Que acaso no se cumplirán.

—Caballero, no me hagais dudar de mi propia existencia.

—Es muy jóven aún la señora condesa para poder apreciar á los hombres en el juego siempre desleal de la política.

—Pero vos sabeis tanto como yo, el empeño que hay en España para que don Juan acepte el trono de México.

—¿Sabeis lo que se le exije?

—No os comprendo bien, tened la bondad de ser mas explícito.

—La España, es decir, doña Isabel II se ve amenazada de una constante rebelion, por los derechos que los hijos de don Cárlos creen tener al trono español.

—Y que tienen, caballero.

—No es esto una cuestion mia.

—Proseguid.

—Luego que don Juan abdique de sus derechos la revolucion quedará decapitada.

—Don Juan de Borbon no renunciará jamas á la herencia de sus abuelos, él es el único rey de España, aunque doña Isabel se siente en el escaño de la usurpacion.

—Insisto en que soy ageno á esa cuestion.

—Concluid, caballero.

—Pues bien, se le exije á don Juan la *renuncia* absoluta de sus derechos en su nombre y en el de sus descendientes.

—¡Villanía, infamia!

—Esa es la política, señora.

—Si la liga sostiene la candidatura, la España no podrá oponerse ni tener esas exigencias bastardas.

—Es que la España no se prestaria á dar su contingente de sangre para levar á su mas terrible enemigo, ni ayudaria á levantarlo á esa altura para volver de un hombre un jigante.

—Nada dicen las correspondencias europeas.

—Acaso las vuestras no lo consignen, pero en las mias se explica perfectamente este asunto.

—Yo creo, señor general, que los mexicanos que trabajan por la *intervencion*, no encontrarán inconveniente en aceptar al príncipe don Juan como rey de México.

—Al convocarme á esta cita, fiando á mi honor el secreto de vuestra permanencia en este país, debo responder con entera franqueza y caballerosidad.

Inquietóse vivamente la dama con este preámbulo que nada bueno le auguraba.

—Ya tengo el honor de escucharos.

—El gobierno actual de la república con sus tendencias y sus hombres, están fuera de mi sentir político; creo que el país se desborda en ese huracan en que lo envuelve la reforma, sin que esto quiera decir que mis ideas se inclinen al régimen del retroceso.

La fisonomía de la jóven se enturbiaba por momentos.

—Creo, señora, que mi patria no puede llegar á la altura de mis deseos ni al de sus destinos, sino variando completamente de rumbo.

—Esa es la creencia y la conviccion de los hombres de Estado europeos.

—Las naciones aliadas,—continuó el general,—han pactado que no intervendrán en los asuntos interiores del país.

—Ya sabeis, caballero, que hay mucho tras esa carátula que se llama convencion de Lóndres.

—Señora, estoy al tanto de todo, pero hay estipulaciones que comprometen y tienen al fin que llevarse al cabo.

—No comprendo bien, señor general.

—Decia, señora, que la liga sostendrá el gobierno que la nacion quiera darse.

—Ahí está todo el juego diplomático.

—Precisamente es la razon por la que todo mexicano está en obligacion de concurrir, para que no se extravíe el juicio nacional.

—¿Y bien?

—Yo marcho á Veracruz para apersonarme con los aliados, y dispongo mis trabajos para el establecimiento de un órden en el cual no se comprometa la independencia de México.

—¿Y creeis, señor general, que podeis ser una entidad?

—Creo, señora, en todo lo que mi deber me impone; creo que México no podrá resistir el empuje de las tres naciones mas poderosas del viejo continente, y que es necesario aprovecharse de esa libre eleccion para la forma de gobierno y las personas que deben regir los destinos del país.

—Luego pensais en alguna candidatura mexicana.

—Precisamente; la convencion nos ofrece apoyar al gobierno que la nacion se designe, veamos si podemos establecerlo segun nuestras urgentes necesidades en el estado actual del siglo y de la civilizacion.

—Señor general, esas ideas y sentimientos no os librarán ante el partido de la República de esa fea nota de... no me quiero permitir el decir la palabra.

—Señora, no hay temor de pronunciarla; puedo estar en un error, acaso la pasion política haya llegado á poner una venda sobre mis ojos, y las apariencias todas me acusen; pero yo os juro por mi honor, que no busco sino la felicidad de mi patria.

—¿Ignorais las leyes todas que condenan como antipatrióticos, una accion, una palabra, un pensamiento, que tienda á apersonarse con el extrangero?

—Todo lo sé y lo comprendo, juego en esta lucha hasta mi nombre allende la tumba.

—Veo por la explicacion franca que hemos tenido, que el príncipe don Juan no contará con vuestra influencia en el partido intervencionista.

—Ya he tenido el honor de manifestar mis convicciones.

—¿Y si don Juan de Borbon os ofreciese el mas brillante porvenir de nombre y honra que se pueda alcanzar despues del monarca, qué diríais?

—Diria que la liga con el extrangero...

—¿Y no vais á entrar acaso en un pacto con las naciones de la liga?

—Siento deciros, señora, que no apreciamos de la misma manera los hechos ni las situaciones.

—¡De pié, señor general!—dijo la jóven con altanería;—el príncipe don Juan no necesita de vuestra alianza, estais en libertad para descubrir nuestros planes, el secreto está en vuestra mano.

Aquel hombre caballeroso se quedó confuso ante ofensa tan palpitante, sus ojos se fijaron en los de la joven y sus labios no pudieron pronunciar por mucho tiempo una sola palabra.

—¡Hemos concluido, señor general, sigo sola en la lucha, no me amedrentan las contrariedades, y de hoy mas os tendré como al mayor de los enemigos de mi causa. Yo no acepto términos medios, el todo por el todo, ó conmigo ó contra mí!

—Dios os guarde, señora.

El general salió de aquel recinto espantado de tanta audacia.

Aquel personaje, lleno de caballerosidad y adornado con las prominentes dotes del saber y del valor, impulsado por la fatalidad humana en uno de sus errores mas espantosos, iba en pos de las naciones aliadas, á pactar con el extrangero para la consecucion de sus fines políticos, sin sospechar que la mano de su destino irrevocable lo conducia á las gradas de un cadalso.

Aquel hombre era el general don Manuel Robles Pezuela.

La condesa quedó largo tiempo con la mirada fija en la puerta por la que acababa de salir aquel personaje, y despues, con la mano trémula por la emocion, agitó la campanilla.

CAPITULO X.

Donde se ve que la herida cuando viene de mano de estudiante no trae aparejada amputacion.

I.

Felipe Cuevas tenia dos pensamientos, el uno era conseguir á todo trance el amor de Isabel, y el otro desenmarañar la tela que envolvia á su buen amigo Mondoñedo.

Dirigióse el estudiante á la casa de Santiago Gonzalez, que era una pequeña viviendita de casa de vecindad.

Gonzalez vivia con su hermana Loreto, que se mantenia, y

de paso mantenia á su hermano, con el trabajo ingratísimo de la aguja.

Habia dos razones para que Loreto no se hubiera casado; la primera, que era fea de *primo cartelo;* y la segunda, que era pobre.

He aquí dos razones mas que suficientes para alejar al sexo feo.

Loreto era una buena muchacha, honrada por supuesto; eran tan pocas las tentaciones, que el diablo debia estar desesperado de aquella virtud sin acechanzas ni enemigos.

Felipe Cuevas era medio literato; ya sabemos por esperiencia lo que valen las cosas á *medias.*

El estudiante sabia versos de memoria y trozos de comedias; ponia cartas de amores con perfeccion, y sabia galantear á una dama á las mil maravillas.

Santiago Gonzalez estaba, en la época á que se refiere esta verídica historia, en un estado tan triste, que solo visitaba por las noches, y eso pretestando enfermedad de la vista, para estar en la penumbra y no poner de manifiesto sus destrozados vestidos.

Gonzalez tenia buen cuerpo, sabia llevar perfectamente la levita, cuando la tenia, y cuando no, no la llevaba de ninguna manera.

Loreto le compraba todos los dias los cigarros, y cada año los libros.

Santiago concurria con puntualidad á sus cátedras de clínica, y al hospital; se chanceaba con las Hermanas de la Caridad, se hacia obsequiar de ellas y hasta les perdia prestados algunos reales á la superiora.

Sor Dolores se reia de las ocurrencias de Gonzalez, y lo tenia por un gran calavera, y no permitia mucha intimidad con las muchachuelas.

Cuando el estudiante comprendia que Loreto no contaba con un centavo, empeñaba el libro en la esquina del Colegio de Niñas, donde un español le prestaba cuatro reales sobre cuatro volúmenes.

A los pocos dias el estudiante sacaba sus *autores* hasta mejor oportunidad.

La llegada de Felipe Cuevas con Isabel, lo hizo saltar de gozo; le llevaban á su casa, á su propia casa, á una muchacha; aquello era entrar un ángel por la chimenea.

El primer dia, Santiago Gonzalez estuvo retirado, no puso los pies en la casa hasta muy de noche, en que fingiendo que tenia mucho que estudiar se retiró á su cuarto.

A la mañana siguiente se ofreció á la órden de Isabel; el tercer dia estuvo toda la tarde con ella, y ya desde el cuarto tomó tal confianza que solo salia á las horas de cátedra.

II.

Felipe Cuevas llegó con aire de tutor á la casa de depósito.

Isabel le preguntó noticias de don Fernando.

—¡Bonito papel estoy haciendo!—dijo para sí el estudiante.

—No puede prolongarse esta situación, señor Cuevas,—decia la jóven abandonada.

—Ya lo creo; pero no encuentro como variarla, á menos que usted no quiera volver á la casa paterna.

—Me mataria mi padre.

—Y tendria razon.

—No está malo el consuelo.

—Yo tenia algo mas que proponer á usted.

—Deseo oir cualquier cosa por extraña que sea.

—Pues bien, yo... me... la...

—Siga usted.

—En fin, yo quiero casarme con usted.

A pesar del estado de impaciencia que guardaba la jóven, comenzó á reirse de una manera tan tenaz y estrepitosa, que el estudiante quedó desconcertado.

—No veo, dijo,—motivo para una alegría tan inusitada.

Isabel se reia con mas gana.

—No creo que sea esto una burla; la propuesta de matrimonio es un negocio muy sério para echarlo á risitas.

—Hable usted con formalidad, amigo mio, no estamos para broma.

—¿Le parece á usted bromita un sacramento?

—No el sacramento, sino el sacramentado.

—Señorita Isabel, espero que usted reflexione y se resuelva en el término de tres dias.

—Usted se chancea, señor Cuevas, y tenemos mucho de que tratar.

—Yo de nada entiendo; elija usted: la casa del señor Torre-Mellada, y en ese caso va usted sola, porque yo no sano aún del muletazo, ó se casa usted conmigo y *pax christi.*

—Vea usted, hablando con franqueza, no acepto ninguna de las dos propuestas por inconvenientes; yo me encargo de resolver sobre mi porvenir.

—Me mataré.

—Lo sentiré mucho.

—Dejaré un papel declarando que usted ha sido la causa de la catástrofe.

—Y yo lo negaré, caballero.

—Y yo lo afirmaré.

—¿Despues de muerto?

—No importa.

—Señor Cuevas, lo que yo siento hácia usted es gratitud por sus atenciones, reconocimiento profundo por una conducta tan noble aunque no tan desinteresada.

—Hablemos claro, lo que yo sospecho va con fundamento es que Santiago Gonzalez le está haciendo á usted el amor.

—¿Y que tiene de particular?

—Para usted nada.

—El señor Gonzalez lo que hace es entretenerme con el relato de versos y la representacion de dramas.

—Vea usted, Isabel, es mejor que no la entretenga á usted, en eso hay un peligro que usted no percibe, ese hombre se arrastra como una serpiente boa en pos del cariño de usted y acabará por conseguirlo.

—Se engaña usted, yo tengo un amor desgraciado pero inolvidable.

—Ríase usted de ello, ese Santiago Gonzalez es un fenómeno en materia de amores.

—Confieso que es simpático.

—Lo dicho, ya está enyerbada, ese hombre me la roba, á mí, á mí que he sufrido un muletazo paterno que me fracturó una costilla, á mí que la he respetado como á una imágen!

—Señor Cuevas, sosiéguese usted, vea que pueden oirlo y ponerme en una situacion horrible.

—Es verdad, soy un bruto; ¿á cómo estamos hoy?

—A veintidos.

—Bien.

Felipe Cuevas sacó una cartera y apuntó la fecha.

—¿Qué apunta usted?

—Nada, es una antigua costumbre, yo conservo en esta cartera la memoria de lo que me sucede mas espantoso, y lo que veo de mas raro. Pase usted la vista, hágame usted el favor.

Isabel tomó la cartera y leyó:

«Dia 1, 2 y 3 no tuve que comer.»

«Dia primero de Octobre de 1854 ví mil monos en la casa de fieras de Nueva-York, entre ellos uno verde esmeralda.»

Isabel volvió á reirse.

—¡Así se rie usted de la desgracia!

—No, hombre, de los mil monos americanos.

—Es cierto, ciertísimo, y un cocodrilo mas carnívoro que mi casero.

—Es usted un hombre célebre.

—Sí, mucho, sobre todo cuando se me desaira; vea usted, mejor estaria entre los horrores del museo que en esta situacion.

—No desespere tan pronto.

—Es decir que hay alguna esperanza.

—No digo tanto.

—Bien, esperaré hasta que usted se decida á aceptar mi mano.

III.

Entró en ese momento Santiago Gonzalez con una botella de anisete y unos pasteles.

—¡Loreto! ¡Isabelita!—llegó diciendo el muy socarron.

—¡Hola! ¿tú por aquí, compañero?

—Sí,—dijo Cuevas con solemnidad,—tengo el cargo mas difícil, el cuidado de esta jóven infeliz.

—Déjate de trajedias y vamos á hacer la colacion de la noche.

—Este bribon,—pensó Cuevas,—está gastando los cien duros de la libranza.

Loreto llegó á completar la tertulia.

Isabel, que por ser muy jóven olvidaba con frecuencia el hasco que le habian dado los parasitos de Don Fernando, tenia momentos alegres.

—El primer brindis por Isabelita,—dijo Gonzalez.

—Lo estimo mucho,—respondió la muchacha.

—¿Con que usted se alegra?—dijo intencionalmente Cuevas.

—No hay motivo para entristecerse.

Las copas se vaciaron.

—Brindemos por tu hermana Loreto que es un ángel, un ángel sacrificado por tus barbaridades.

La segunda edicion del vino se consumió.

Siguieron los pasteles, que tambien terminaron.

Las jóvenes suspendieron las libaciones, pero Felipe Cuevas continuó impávido, diciendo que el cuatro de Julio, aniversario de la independencia de los Estados-Unidos, habia tomado todo el dia patriótico, con interrupcion de algunos minutos, botellas de coñac en memoria de Washington sin atarantarse.

Santiago se perturbó algo y comenzó á requebrar descaradamente á Isabel.

Alteróse Felipe Cuevas, mas no teniendo derecho para retar á su amigo, se salió rechinando los dientes como un condenado.

Apoderóse de su cerebro exaltado una idea verdaderamente extraña.

Fué á su casa, sacó un florete perteneciente á Mondoñedo y se dirijió lleno de brio en busca del estudiante, á quien hacía en la casa del templo de Regina.

Larga es la distancia que media entre la apartada calle donde vivia Santiago Gonzalez y la plazuela de Regina.

Felipe Cuevas llevado entre los vapores del vino, atravesaba las calles sin estar seguro del terreno que pisaba, porque los edificios parecian bamboiear á su paso y las banquetas hundirse.

Algo lo refrescó el aire frio que soplaba, pero una circunstancia acabó de dar al traste con la cabeza del estudiante.

Al pasar por el café Fulcheri, lo detuvieron varios compañeros de escuela, á quienes Cuevas ni habia conocido entregado á sus proyectos y reflexiones.

—¿Dónde irá ese pájaro?

—Al infierno,—contestó Felipe, sin saber quien le hablaba.

—Pues deténgase el embozado.

—¡No me dá la gana!

—Es que hay algo que beber.

—Esa es otra cosa, acepto.

Reunióse Felipe con los estudiantes y entraron á uno de los gabinetes elegantísimos de Fulcheri.

—No me gustan estos establecimientos,—dijo Cuevas;—mucha luz, mucho oro en los tapices y mármol y terciopelo; pero nada de sustancia.

—El coñac es famoso,—observó uno de la estudiantina.

—En todas partes es lo mismo, con la diferencia que aquí vale un real la copa, y en la vinatería una cuartilla.

—Es que no lo has probado.

—Pues probémoslo si hay quien lo pague, y si no que se quede á deber; pero siempre que lo traigan.

Diciendo esto dió furibundas palmadas sobre la mesa.

—Poca repercusion tiene la piedra; ¡canario! en el café de la calle de las Ratas el primer golpe se oye en la Plaza de Armas.

—Como que las mesas son de madera.

Presentóse inmediatamente un criado y le ordenaron trajese seis copas de coñac.

Luego que las trajeron, Felipe despachó la suya con aire campechano.

—Por los calzones del Mal-ladron, que esto parece un jerez.

—Te lo habia dicho.

—Bien recomendado, que me traigan otra, necesito templarme á la heróica.

—¿Hay aventura pendiente?

—Siempre traigo alguna en sal, pero nunca como la de esta noche, ved.

Felipe Cuevas enseñó el puño del florete.

—¿Cuchilladas tenemos?

—Sí, ya saben que tengo estudiada una formidable estocada, uñas abajo, uñas arriba y á fondo.

—Hombre muerto.

—Tan muerto que ya vereis mañana algo parecido.

—¿Es algun rival?

—No, á esos los veo poco mas ó menos, ellos no tienen la culpa.

—¿Pues de qué se trata?

—De romper con este florete una telaraña.

—Esa es cuestion de poco momento.

—Es que la telaraña es de acero.

—Varía la cuestion de aspecto, amigo mio.

—Para romper telarañas comunes basta una escoba; mi proyecto es mas vasto, mas heróico y piramidal.

—¿Necesitas compañía?

—Bastante compañía es la del coñac.

—Eso es lógico.

—Con que los abandono.

—Que Dios te lleve por buen camino y no pases la noche en la Diputacion.

—No hay cuidado.

Salióse Felipe Cuevas mas atarantado aún de lo que habia entrado, y siguió su rumbo á la plazuela donde habia puesto la proa.

IV.

La noche era densamente oscura y el viento silbaba azotando á los transeuntes y á los edificios.

—¡Demonio!—decia Felipe,—cada instante me descubre el viento, y temo que vea algun curioso mi tizona.

Seguia calle adelante hasta detenerse frente á la iglesia.

General Ignacio Zaragoza.

El barrio de Regina tiene un aspecto sombrío, la torre se destaca entre las sombras como un fantasma y reinaba en torno del templo un silencio sepulcral.

El estudiante rondó algunos minutos la casa de Rosa.

—Allí debe estar mi amigo, es preciso salvarle, yo no debo dejarle perecer impunemente: bastante me indicó que necesitaba del auxilio de un brazo; ademas que Mondoñedo es un mancebo atado y pobre de espíritu. Estoy por llamar á esa puerta y romper el misterio.

Estaba Felipe Cuevas á punto de cometer una barbaridad, cuando al sonar la primera campanada de las once, la vidriera del balcon de Rosa se abrió pausadamente, pero sin dejar ver bulto alguno.

El estudiante se puso en acecho desde un zaguan del frente.

Oyéronse pasos lejanos.

El ruido se iba percibiendo con mas claridad.

Un caballero embozado hasta los ojos se detuvo bajo los balcones.

Asomóse una mujer y dijo en voz baja al caballero:

—La señorita está ocupada en este momento; que aguarde usted unos minutos.

—Bien.

El embozado comenzó á pasearse á lo largo de la calle.

Felipe Cuevas, á quien estaba haciendo todo su efecto el alcohol, se le metió en la cholla que se tramaba algo contra su amigo, y que aquel embozado era un satélite de la dama á quien era preciso retar en duelo.

Llevado por el estrabismo de sus argumentos se dirigió al embozado y le dijo con altanería:

—¿Se servirá usted decir á quien ronda la calle?

—Algo debe importar al que pregunta de una manera tan arrogante.

—Algo y mucho; si no se echa fuera de la calle reñimos.

—Sea,—dijo el caballero, que llevaba una espada de buen temple.

Despojáronse de sus cápas aquellos dos calaveras y comenzaron á reñir como si tuviesen ofensa que vengar.

Al ruido de las armas fué cuando Rosa se acercó á su balcon, de donde se desprendió llena de inquietud con la vista del general.

Estaban en lo mas empeñado de la lucha, cuando el portero se acercó á los contendientes sin atreverse á interrumpirlos.

El florete del estudiante penetró en el brazo del desconocido y la espada se le escapó de la mano.

Felipe Cuevas, que vió retroceder á su enemigo, se apresuró á huir por los intrincados callejones del barrio.

—Ese hombre está loco,—dijo la voz conocida de don Fernando,—el brazo me libró de una estocada mortal.—Y envolviéndose en la capa esperó con el mayor reposo la hora de la cita.

CAPITULO XI.

De cómo es preferible tener una estocada en el brazo, que un dardo en el corazon.

I.

Hemos visto á la jóven condesa levantarse terrible y amenazante al convencerse de que el general no entraría en sus planes sobre la candidatura de Don Juan de Borbon para el trono de México.

Luego que el general abandonó la estancia, dejando rotas del todo sus relaciones con los agentes del conde de Montemolin, la dama se acercó al bufete y escribió con mano segura estos renglones:

«El general Robles Pezuela sale mañana de la capital á una de las fincas de campo de las inmediaciones, á esperar la llegada de las escuadras europeas. Luego que las fuerzas hayan desembarcado, partirá á Veracruz para ponerse de acuerdo con el general Almonte. Robles Pezuela es un hombre muy peligroso.»

Tornó á tocar la campanilla.

—Un hombre de toda confianza,—dijo á su viejo guardador,—llevará este billete al ministro de la guerra.

El viejo tomó la carta y dijo á la condesa:

—El señor de Mondoñedo hace tres horas que espera su turno.

—Me habia olvidado, que pase.

II.

El estudiante habia acudido al llamado de la jóven despues de revelar su secreto á Felipe Cuevas.

Pensaba Mondoñedo en el fin que debia tener aquella aventura singular y en el cariño inmenso que se habia apoderado de su alma al contacto de aquella mujer encantadora.

El estudiante soñaba con el amor de Rosa y ese velo de poesía misteriosa que la circundaba.

La altivez de la jóven, sus ademanes majestuosos, sus firmes resoluciones, su carácter impetuoso y su energía obstinada, formaban un contraste con aquel rostro de serafin.

Rosa aparecia á los ojos de Mondoñedo como un ser excepcional, grande y sublime; así era tambien el amor creado sobre aquella forma gigante.

El amor brotado en el alma del estudiante, era una de esas plantas venenosas que pueden dar la vida como ocasionar la muerte; era un sentimiento impío luego que se concentraba en un solo objeto para olvidar todo lo que le rodeaba, y una idea religiosa al mismo tiempo; porque amaba á Dios y bendecia su hechura sobre la tierra en la forma encantadora de la jóven.

A fuerza de hablar con ella, de aspirar su aliento, de recibir

el rayo de su miradas en el silencio eterno de su alma, la pasion mas sombría se apoderó del corazon vírgen aun á esas impresiones terribles de la vida.

Mondoñedo era un sonámbulo, andaba en medio del sueño, veia á Rosa; la llamaba y aquella sombra entraba en el misticismo de su creencia.

Habia un sol en el mundo de sus ilusiones, una luz vivísima que caia en llama eterna sobre su pensamiento.

Oia por acaso el nombre de su ídolo, y se estremecia terriblemente.

Buscaba en el susurro del viento las palabras de Rosa, queria que el aire perpetuase los ecos argentinos de aquella voz cuyo timbre lo tenia despierto aún en sueños; porque durante sus vigilias prolongadas la vision se presentaba coronada de estrellas á turbar los mares tempestuosos que rugian en el fondo de su alma.

Arrastrado por aquel torbellino, esperaba el mundo de los acontecimientos que rompiese el hilo misterioso que lo ataba á la jóven con una fuerza irresistible.

Como la hoja moviéndose al menor soplo de viento, aquella alma obedecia á una voz imperiosa, iman de sus acciones y pensamientos.

Era el amor imposible en todas sus faces; porque el estudiante se habia forjado lo irrealizable; porque el giro de la imaginacion y el avance de la fantasía no los alcanza ni la luz!

III.

Presentóse Mondoñedo procurando conservar algo de aliento.

A la sola vista de la jóven, el estudiante no pudo articular una palabra.

Rosa tomó su aspecto familiar y le indicó asiento; él aceptó temblando.

Nadie hubiera conocido tras aquella sonrisa angelical la tormenta que acababa de cruzar por el corazon de la condesa.

—Deseaba,—dijo con un acento encantador,—que me contárais algo de ese mundo en que os habeis lanzado con tan buen éxito.

—Señora, bien poco tengo que referir, si no es una aventura graciosa por lo excéntrica.

—¿Se trata tal vez del conde vuestro amigo?

—Precisamente.

Una nube lijera pasó por el semblante de la jóven.

—Cuente el señor estudiante, que debe ser muy divertida.

—Es el caso que don Fernando le hacia el amor á una muchachuela hija de un inválido llamado Torre-Mellada.

Rosa se mordió ligeramente su labio inferior.

—¿Conque le hacia el amor?

—Sí, pero solamente por broma, figúrese usted que la señorita no merece la pena.

—Adelante.

—Los amigos del conde tuvieron la ocurrencia de robar á Isabel, que así se llama la heroina.

—¿Y consumaron el rapto?

—Fué una cosa muy sencilla: con un recado de don Fernando abandonó el hogar y se entregó á su destino.

—Continuad.

—Los amigos del conde le fueron á dar parte para que acudiese á ver á la dama.

¿Y fué el conde?—preguntó con acento desconcrtado la con desa.

—¿Algo le pasa á usted, señora?

—Me conmueve ver á una jóven presa del engaño y de la perfidia.

—Efectivamente es doloroso.

—¿Vuestro amigo correría en pos de Isabel?

—No, eso es lo excéntrico de que hablaba.

Serenóse el semblante de Rosa.

—El conde reprendió á sus amigos y ordenó que la entregasen á un estudiante que estaba enamorado de la muchacha.

—Es una órden singular.

—Don Fernando no quiso ni aún verla.

—Es muy tarde,—dijo Rosa,—y tengo deseos de reposar; he pasado un dia muy inquieto.

—Señora, dijo Mondoñedo sin poderse contener, yo no sé lo que pasa por mí; cada vez que salgo de esta casa, me siento loco y profundamente abatido; es que no está en mi arbitrio contener el torrente desbordado de mi cariño; compadézcase usted de mis sufrimientos!

—Tengo un sueño horrible,—dijo Rosa;— otra vez hablarémos, tenga usted calma.

— Es que estoy al borde de un abismo y acabaré por quitarme la existencia.

—Le prohibo á usted disponer de una vida que me pertenece.

—Es cierto, señora.

—Venga usted mañana, que tenemos algo que arreglar.

Salióse Mondoñedo pensando en las palabras de la jóven: «Le prohibo á usted disponer de una vida que me pertenece.»

El lector, si ha sufrido mal de amores, comprenderá todo el cúmulo de deducciones que sacaria un sofista enamorado, de aquellas frases misteriosas que nada querian decir entre dos platos.

—Le prohibo á usted disponer (luego me manda), de una existencia (luego yo existo) que me *pertenece*... Aquí... aquí está la ponzoña!

¡Pobre estudiante! ignoraba que la ponzoña la llevaba en el corazon.

IV.

Luego que salió Mondoñedo la jóven se asomó al balcon, dió una ligera palmada y el caballero de la calle se acercó recatadamente.

—¿Sois vos?

—Sí, alma mia,—respondió el conde.

—¿Qué ha pasado?

—Casi nada.

—He oido el choque de espadas.

—Me encontré á un hombre que me disputó el paso y me atacó inmediatamente.

—¿Has sufrido algo?

—Una ligera herida en el brazo.

—¡Dios mio!

—No hay cuidado.

—He oido algo en que tu nombre está mezclado.

—¡Demonio!—murmuró el conde,—ya sabe lo de la señorita Mons;—y luego, alzando la voz, dijo:—No des crédito á esas especies que se propalan con ánimo de desprestigiarme.

—Es que no solo son rumores.

—Te juro, alma mia, que en la tertulia del señor Mons no tengo interes alguno.

—Pues me lo han asegurado,—insistió la jóven, que sorprendió el hilo de una nueva aventura de su amante.

—Cierto es que concurro á sus diversiones y aun mas te diré: le he dirigido galanteos de sociedad á Eloisa, y nada mas.

—Aun hay mas todavía,—tornó á insistir la jóven enamorada, cuya voz comenzaba á hacerse trémula.

—Te habrán dicho que acompañé á la familia al paseo de Todos Santos, dándole el brazo á Eloisa; pero todo ello fué obra de la casualidad.

—Retiraos, caballero,—dijo Rosa con severidad,—os habeis hecho insufrible.

—Por Dios, Rosa,—decia el galan,—no sospeches de mi cariño.

—Idos, y no me volvais á ver, —dijo la jóven con altanería, y cerró precipitadamente la vidriera de su balcon.

—¡Demonio! todo se lo llevó la trampa,—exclamó don Fernando,—y esta herida que ya se explica con un dolorcillo mas que regular.

Envolvióse el brazo fuertemente con el pañuelo.

Ya habia dado algunos pasos para retirarse, cuando volvió á abrirse el balcon.

—¿Os marchais, caballero?

—Me habeis despedido de una manera cruel.

—Explicadme todo y acaso os perdonaré.

—Rosa mia, la sociedad tiene sus exigencias, y no he podido escusarme.

—¿Pero no teneis interes alguno por esa mujer?

—No tengo mas aliciente que tu cariño.

—¿Y es hermosa la señorita Mons?

—Delante de tí no hay mas que tú.

—Gracias, caballero, pero no os creo; habíais de pensar que yo soy una muger desgraciada; que vivo en el silencio de este retiro porque mi padre prefiere el ostracismo á permanecer en Inglaterra despues del derrumbamiento de su fortuna.

—Es cierto, pero yo te amo con delirio.
—Indagaré si es cierto lo que me decís.
—Soy hombre muerto,—murmuró el conde.
—¿No os molesta la herida?
—Comienza á fastidiarme.
—Pues idos.
—¡Adios, Rosa!
—¡Adios!
—¿Me amas?
—Mañana podré contestaros
—Una palabra nada mas.
—Mañana.
—Rosa, por compasion.
—Bien, os amo.
—¡Gracias!
—¡Adios!

V.

—¡Oh!—dijo la jóven reclinándose sobre los almohadones de su lecho,—ese hombre es mi vida, los celos me arrebatan, pero acrecientan mi cariño. Cuando se iba á marchar sentí que me faltaba la existencia y le detuve; esta debilidad es horrible; pero no soy dueña de mi voluntad. Le amo con toda el alma.

Quedóse la jóven sumerjida en una indolencia profunda.

Volvió despues la reaccion de su espíritu, y dijo con voz alta, á pesar de hallarse enteramente sola:

—Es necesario revelarle todo, este secreto me pesa sobre el corazon, le diré quien soy para que una el respeto á su cariño. Me cree hija de un comerciante y esto humilla su ser aristócrata; ademas que sus tendencias políticas son las mismas que me han arrojado á este país.

Despues de algunos momentos prosiguió:

—Este necio de Mondoñedo me ha puesto al tanto de todo lo insignificante, nada me ha hablado de esa señorita Mons... no importa, el amor que he despertado en el corazon de ese miserable, pone su vida á mi disposicion, los acontecimientos se succeden rápidamente y puedo necesitarle... ¡Dios mio! este amor me ha subyugado á un extremo irresistible: si otro hombre se hubiese permitido levantar la vista á una mujer... ¡le hubiera arrojado de mi corazon para siempre!... ¡pero entonces yo no hubiera sufrido este tormento, al verlo ausentar, ni le tendria miedo á una separacion que sería mi muerte!

Dos lágrimas como gotas de rocío se desprendieron de las ardientes pupilas de la jóven.

CAPITULO XII.

De cómo el inválido Torre Mellada por darle al violin le dió al violon.

I.

El viejo soldado estaba con hipocondría; cierto es que no predominaba en su alma el amor filial, sino el sentimiento del orgullo al verse burlado por una rapazuela.

El inválido abandonó su casa del Niño Perdido y se marchó al pueblo de Mixcoac, diciendo á su casero que iba á tomar temperamento.

La vecindad supo el cuento y de secreto en secreto y de cuchicheo en cuchicheo, se enteró todo el barrio, y del barrio salió en alas de la crónica hasta perderse en ese *mare magnum* de historias que tiene la gran ciudad de los aztecas.

Aquella exclamacion de Torre-Mellada que se habia arrancado de su pecho y de su memoria era muy significativa.

El viejo habia dicho al saber la fuga de su hija: «¡Igual á su madre!»; esto queria decir que la buena de su esposa la brigadiera doña Tomasa Riva de Neira y Ximenez de Torre-Mellada habia tomado las de Villadiego.

No era extraño que la cónyuge del inválido se hubiera revestido de todo el valor heróico para un paso tan formidable, si se atiende á que el inválido era un hombre punto mas que insoportable.

A los asistentes y gentes de tropa los trataba como á su consorte, y queria ser servido conforme á ordenanza aún en los casos mas íntimos de la vida doméstica.

Así es que á la señora brigadiera doña Tomasa Riva de Neira Ximenez de Torre-Mellada, la levantaba al toque de *diana*, y la hacia acostar al de *silencio*, y comer á la hora de *rancho*.

La infeliz cónyuge no andaba sino que *marchaba*, y como el inválido era soldado de caballería, hacía que sus infelices criados trotaran ó anduvieran á escape ó galope segun la prisa que tenia Torre-Mellada en sus asuntos.

Sucedió lo que habia de suceder, que la brigadiera tocó trote y se escapó con el ayudante, y Torre-Mellada la borró de la lista de revista apuntándola como desertora en campaña, y decimos que en campaña, porque el día y parte de la noche la pasaban en reyertas domésticas que subian á tal grado, que hubo vez en que la brigadiera desplumó el sombrero montado de Torre-Mellada y el inválido hizo pedazos el peineton de carey en las mejillas de su consorte.

El soldado dió á criar á su hija Isabel á una señora de la vecindad y ya que estuvo crecida la llevó á su casa.

La chica se educó entre los soldados asistentes, y estaba entregada á las diversiones contrarias á su sexo.

Isabel se ponia una cachucha de su padre, se montaba en un

carrizo, y con espada en mano recorria las viviendas agenas haciendo destrozos.

Si los vecinos se quejaban, el viejo echaba, (como vulgarmente se dice) sapos y culebras por aquella boca de infierno.

La niña recibia una reprension y añadia á su catálogo dos ó tres palabras no muy edificantes del vocabulario del veterano.

Isabel fué haciéndose señorita; pero con un carácter impetuoso y terrible, aunque predominaba en ella el género burlesco.

Desatendida la jóven por su padre, su educacion era mala y no podia parar en bien.

En un bailecito de *candil*, como habia dicho don Fernando, se habia encontrado con el vástago del conde del Jaral.

El título la deslumbró, soñó un instante con ser condesa y comenzó á coquetear con el calavera, que pasó con la chica un rato agradable de conversacion.

Don Fernando la pidió una cita.

Isabel no pudo negarla y el conde por no tener en qué ocuparse, acudió á perder un rato al lado de Isabel.

Los amigos de don Fernando le dieron á la muchacha un recado supuesto, ella lo creyó, y sin reflexionar un momento sobre el paso que iba á dar, se salió de su casa como han visto nuestros lectores, creyendo hallar tras este escándalo un casamiento.

II.

El viejo Torre-Mellada, á pesar de ser un bruto de primera fuerza, comenzó á husmear sobre el paradero de su hija y comenzó por seguir á los estudiantes, calculando que ellos debian estar sobre la pista.

Indagó en la escuela de medicina donde vivia Felipe Cuevas y siguió al estudiante como una sombra.

La noche que don Fernando y el estudiante riñeron á estocadas, Torre-Mellada se habia emboscado en la plazuela de Regina y sacado por consecuencia que aquellos dos atronados se disputaban el amor de una dama.

Al inválido se le pasó por las mientes que podia tratarse de su hija y rondó la calle sin adelantar cosa alguna.

Le llamó la atencion el misterio de la casa, y se le metió en la cabeza que habia visto tras de los cristales del balcon á su hija ó á una persona muy parecida.

Probó á entrar; pero el gesto ágrio del guardador de Rosa lo rechazó.

Entonces se encaró al sacristan y le dijo con voz de trueno:

—Señor mio, entrégueme usted pronto á mi hija.

—¿Qué hija?

—La que tiene usted encerrada en ese chiribitil.

—Yo no conozco á usted ni sé lo que está diciendo.

—¡Por Barrabás que me esplico demasiado!—exclamó Torre-Mellada.

—Váyase el buen hombre y no moleste.

—¡Yo no soy un buen hombre, sacristan del infierno!

—Vea el señor soldado que á pesar de pertenecer á la Iglesia tengo unos puños que...

—¿Luego usted me amenaza?

—Yo no amenazo á ninguno.

—¡Pues sepa el monigote, que de un muletazo le puedo hundir el cráneo!

El sacristan, que por motivos que despues sabrán nuestros lectores, ignoraba quien era Rosa, temió que fuese la hija del veterano y se propuso llevar hasta donde pudiera el negocio en paz.

—Amigo mio,—dijo procurando dulcificar su voz de catarro,—no hay para que reñir, usted se ha equivocado y santas pascuas.

—Puede ser que yo le dé esas pascuas á garrotazos, si no me satisface de lo que llama con tanta *sobrepopeya* error.

El viejo guardian de la iglesia, que era un hombre bilioso en extremo y acostumbrado á regañar á los beatos de ambos sexos sin contradiccion, se sentia estallar por momentos.

—Insisto,—prosiguió Torre-Mellada,—en que usted, si no es el raptor de mi hija, es el medianero en sus amoríos escandalosos.

Esto era mas de lo que un hombre como el sacristan podia sufrir.

Levantó sin poderse contener el brazo derecho y lo descargó á plomo sobre el carrillo del inválido.

El inválido, como en «Llueven bofetones,» lo primero que hizo fué recibirlo y en segunda contestarlo con tan furioso muletazo que dejó sin aliento al sacristan.

Estos dos golpes fueron los primeros; pero nosotros no podemos contar los que se sucedieron; porque el *clero* y el *ejército* rodaron por el suelo en medio de tal zurribamba de palos, trompones y desvergüenzas, que acudió la primera autoridad al lugar de la riña. La primera autoridad fué el *ayudante de acera*, barbero de profesion y tinterillo distinguido del barrio de Regina.

—Señores,—exclamaba el agente de justicia,—contengan ustedes su furor, reflexionen que la constitucion de 1857 prohibe los duelos, no les falten á las autoridades dimanadas del código fundamental en una de sus leyes reglamentarias, no me pongan en el duro caso de apelar á la fuerza de las armas para separarlos.

Sin prestar atencion á la proclama del alcalde auxiliar seguia la frasca con encarnizamiento.

—¡Ea!—gritaba el barbero,—se están violando las garantías individuales de que habla la ley en su primera seccion; esto es atentatorio, recuerden ustedes que están en un país libre, pero donde se conserva el fuero de la inviolabilidad del ciudadano.

La policía acudió al zaguan de la casa cural, y á fuerza de tirones y esfuerzos supremos desataron el nudo ó masa compacta que habian formado aquellos hombres, empeñados cuando menos en estrangularse.

—Señores,—decia el barbero,—son dos contendientes y solo se perciben tres piernas.

—Esto es horrible,—dijo una vieja,—seguramente el señor sacristan ha logrado arrancarle un miembro á ese soldado infernal.

Bañados en sangre, llenos de contusiones, pero sin mediar herida alguna grave, se levantaron el sacristan y Torre-Mellada.

—Esta es una cuestion canónica,—dijo el barbero,—la riña ha tenido lugar en un sitio sagrado, el recinto está violado.

—Este hombre es un infame,—gritaba el inválido,—pero ya llevó su merecido.

—Quien lo ha llevado es usted, viejo estúpido,—contestó el sacristan jadeando de fatiga.

—Ya que están en paz,—dijo solemnemente el alcalde,—voy á hacerles saber la pena en que han incurrido.

—Usted no tiene que mezclarse conmigo,—exclamó el inválido.

—¿Cómo que no?

—Yo soy un coronel del ejército, y las leyes civiles no han comprendido nunca á los aforados.

—Eso era en los tiempos bárbaros, hoy somos todos iguales y en negocios de policía no hay fueros.

—Yo no seré nunca igual á ese sacristan.

—Distingo,—dijo el alcalde,—ante la ley sí, en el campo de batalla no.

—El señor tiene una pierna y yo dos, la igualdad es imposible,—dijo el sacristan por herir al inválido.

—Pero vale por tres,—gritó Torre-Mellada.

—Subsiste la misma diferencia,—observó el alcalde,—pero aquí no se trata sino de saber el motivo de la riña sin hacer balance de los miembros que les faltan á los contendientes.

—El señor,—dijo el soldado,—tiene oculta en su casa á mi hija.

—No es cierto.

—Yo la he visto, y pido que se haga un escrupuloso cateo en toda la casa y cuatro cuadras en contorno.

El alcalde reflexionó, y como cada vez que reflexiona un alcalde es para hacer una barbaridad, sin mas trámite se dirijió á allanar la casa seguido de sus tinterillos.

El sacristan protestó contra la providencia; pero no se le hizo aprecio; y el barbero penetró en los aposentos que conocen nuestros lectores.

Luego que el alcalde vió los magníficos estantes de nogal y el rico bufete y los muebles suntuosos, que jamas pudo imaginarse existiesen en una casa de tan modesta apariencia, comenzó á sospechar algo.

Rosa salió al encuentro de la autoridad, y la autoridad quedó sorprendida de su actitud distinguida y de su belleza.

—Señora,—dijo el barbero,—es necesario que usted vaya á un depósito.

—Supongo,—dijo la dama,—que estará usted suficientemente autorizado para ese procedimiento.

—Como usted ha abandonado al señor su padre fugándose de la casa.

—Alcalde, está usted delirando, yo no tengo padre y no tengo mas casa que esta.

—Su padre está inconsolable, reflexione usted que ya es viejo y no es justo darle esas pesadumbres; todo podrá arreglarse satisfactoriamente: yo no le seguiré per juicio alguno al sacristan; se casará usted con su raptor.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó la jóven,—este hombre no sabe lo que habla.

Mosqueóse el alcalde y queriendo echársela de autoridad, respondió con altanería:

—Voy á proceder al cateo;—y se apoderó de un legajo de papeles que tenia puesto sobre la faja este rótulo: «Asuntos de México.»

Palideció la jóven y dijo con acento turbado:

—Dejad esos papeles, caballero, son negocios de familia que á nadie interesan.

—Los presentaré á mis superiores,—respondió el alcalde,—y en cuanto á usted, haré entrar al señor su padre para que la vuelva á la casa.

Diciendo esto bajó al pátio é hizo subir al inválido que exclamaba lleno de gozo:

—¡Ya la tengo!... ¡ya la encontré!

Entráronse el alcalde y el soldado á la habitacion.

—Vamos,—dijo la autoridad,—cargue usted con su hija; y en honor de la recta administracion de justicia, declare usted que me he portado como un buen servidor de la ley.

—Yo no conozco á la señorita.

—¿Lo oye usted, alcalde?

—¿Qué no la conoce usted?

—No, esta señorita no es mi hija.

—¿Si es estarán burlando de la autoridad?

—Repito que jamas he visto á esta dama, y que á la persona que yo busco es á Isabel Torre-Mellada.

—Yo sí que estoy mellado,—pensó el alcalde,—sólo estos papeles pueden disculpar una medida tan violenta.

—Supongo que deshecha la equivocacion me dejará usted en paz.

—Bien, accedo á la peticion de usted, y yo no he tenido la culpa, sino el señor que afirmó estar en esta casa la señorita su hija.

—La denuncia tenia todo los visos de certeza, yo pido perdon á esta señora.

—Señores, ruego á ustedes salgan de esta casa, los curiosos están llegando y van á creer en cosas que aquí no pasan.

El alcalde hizo una reverencia y se marchó directamente al ministerio de la guerra con el legajo de papeles.

Torre-Mellada, desesperado de haber errado el golpe y adolorido por los golpes del sacristan, se marchó en busca de mejores datos, decidido á seguir en la vía penosa de las indagaciones.

III.

Luego que la gente de justicia hubo desaparecido, la jóven se dejó caer en uno de los sillones y cubriéndose el rostro con las manos exclamó:

—¡Estoy perdida!

El viejo sacristan contemplaba á aquella interesante criatura en su abatimiento.

Volvió en sí, y pensó en conjurar la tormenta próxima á estallar sobre su existencia.

—Haced que traigan un carruaje inmediatamente.

El sacristan salió con violencia.

—Recojamos,—dijo,—los papeles mas importantes,—y comenzó á abrir los cajones del bufete.

Recojió los billetes y cuanto estimó de algun valor é interes y esperó la llegada del coche.

Despues, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Dios mio! ¡se me olvidaba!—y se dirigió con presteza hácia el cuadro de la Herodías, lo descolgó, y despegando el lienzo de la madera, lo arrolló cuidadosamente, no sin pasar sus lábios delicados por la cabeza del San Juan Bautista.

—Señora,—dijo el sacristan,—el carruaje está á la disposicion de usted.

—Bien, tú me acompañarás.

—Como usted guste.

La jóven, seguida del anciano, se entró en el carruaje.

Rosa dió su direccion al conductor y poco despues se perdieron en las calles de la ciudad.

IV.

Llegó el alcalde á la estancia del ministro de la guerra anunciándose misteriosamente.

El general Zaragoza recibió á aquel hombre, que ignoraba la trascendencia que iba á tener su imprudente conducta.

Presentóle los papeles que Zaragoza leyó con profunda atencion. Cuando llegó á unas cartas, tomó un billete anónimo que estaba sobre el bufete y cotejó la letra.

—Es cosa singular,—murmuró el ministro, y ordenando al alcalde que procediera á un escrupuloso cateo y á la detencion de las personas que se encontrasen en la casa, se dirijió á la sala presidencial.

El alcalde se fué lleno de alegría y de satisfaccion, tomó una media docena de agentes de policía, y dándoles instrucciones reservadas, comenzó por circunvalar la casa, apostar centinelas en las boca-calles, y seguido de sus testigos de asistencia, tornó á penetrar en la casa del sacristan.

Llegóse con sigilo queriendo dar un golpe de teatro, y aventando la puerta con todo el aire del alcalde Ronquillo, gritó:

—¡Daos todos á prision!

Como las casas no hablan, nadie respondió á la intimacion gubernativa.

Entonces la autoridad recorrió los aposentos, esculcó los estantes con nímia escrupulosidad y encontró despues de sus pesquisas un traje elegante de señora.

—Aquí está la ponzoña, aquí el cuerpo del delito, este traje hablará.

En aquellos momentos el estudiante Mondoñedo, deseando saber lo que acontecia, penetró en la casa dispuesto á comprometer su existencia si era necesario, por salvar á aquella mujer á quien amaba violentamente.

—¡Ya habló el traje!—gritó el alcalde,—aprehendan al señor.

—¿A mí?—preguntó confuso el estudiante.

—A usted, caballero, á usted, y en nombre del ministro de la guerra.

Los policías se apoderaron de Mondoñedo y lo condujeron á la Diputacion con el parte correspondiente.

V.

Al dia siguiente, las beatas del barrio se aglomeraban en la puerta del templo de Regina para averiguar por qué habian enmudecido los bronces del campanario. Súpose por toda cosa que el sacristan habia desaparecido y que la casa cural quedaba cerrada bajo los sellos de la justicia.

CAPITULO XIII.

Historia del ultimatum frances y sus efectos sobre la respetable persona de un gallego.

I.

El ministro frances habia lanzado la primera chispa de ese incendio que mas tarde envolvió á la nacion en las llamas asoladoras de la conquista.

Saligny envió un *ultimatum* al gobierno mexicano en términos indecorosos, que de aceptarlos se hubiera arrastrado por el suelo el honor nacional.

Juarez rechazó indignado la nota del plenipotenciario y las relaciones quedaron interrumpidas, tal vez para reanudarse bajo el reinado de otros hombres y otro siglo.

Aquella inmotivada y violenta determinacion exaltó los ánimos y la palabra de *guerra* fué pronunciada por los labios palpitantes de los mexicanos.

La noticia de la triple alianza aun no se daba como definitiva, y solo se sabia que la España, despues de desairar al embajador Pacheco, que se presentó demandando justicia en las Córtes, provocando un conflicto internacional, habia dado órden al capitan general de la isla de Cuba para que tuviese dispuesta una escuadra pronta á darse á la vela rumbo á las playas mexicanas.

Los antiguos ódios entre el conquistador y la raza conquistada se despertaron con mas ardor aún que en 1810.

Recordáronse los hechos gloriosos de nuestros padres, se expusieron los cuadros mas sangrientos de las devastadoras escenas de

Hernan Cortés, se invocó el patriotismo de Guautimotzin sobre la hoguera, y se sacó á la luz purísima de la libertad el venerado estandarte de Dolores!

II.

Juarez aún no llamaba con su voz autorizada á la nacion en torno de sus banderas.

Limitóse el presidente á poner el ejército en pié de guerra, solicitando el contingente de sangre de los Estados, y preparó en silencio la defensa de la nacion.

Juarez luchaba en aquellos momentos por restablecer las relaciones con la Gran Bretaña, queria aceptar la guerra con el ejército de Isabel II, y encontrarse frente á frente, pero solos en la lucha, y renovar los dias gloriosos de la independencia.

México no retrocederia ante el peligro, no tenia que ofrecerle á la libertad mas que su sangre, era ya tiempo de que se derramara en torrentes por su tierra bendita, para refrescar los laureles que crecen en las tumbas de nuestros abuelos!

El ministro de Relaciones ajustaba una convencion con la Inglaterra para conjurar la tormenta que rujía allende el oceano.

Esa proposicion de Wyke en que se vilipendiaba la honra del país y se escarnecía el decoro de México, cayó en pedazos bajo la tribuna donde se alzó majestuosa la prominente figura de Lerdo de Tejada, profeta inspirado de nuestra nacionalidad!

III.

La victoria alcanzada en las cumbres del Real del Monte sobre los restos ensangrentados y deformes de la reaccion, alentó mas y mas el espíritu público, y la nacion entera yacia nerviosa y calenturienta esperando el primer toque para entrar en la pelea.

Levantáronse las guardias nacionales, aumentóse el pié de ejército, las maestranzas se pusieron en juego, y todo aquel aparato denunciaba un gran acontecimiento.

Entretanto, el coloso americano dejaba oir el ruido gigante de sus *monitores*, y Edmundo Lee brillaba como un astro en los campos victoriosos de Springfield y Bull's-Rum!

El continente entero estaba envuelto en el turbion revolucionario, y la sentencia del Evangelio próxima á realizarse: «Todo pueblo dividido perecerá.»

IV.

El ministro Saligny anunció su salida para el 6 de Diciembre y multitud de españoles que creian espuestas sus vidas y haciendas agregaron sus sillas de posta á la cabalgata del ministro para abandonar definitivamente sus antiguos hogares.

Hay un personaje de nuestra novela que tal vez hayan olvidado nuestros lectores; pero que nosotros tendremos el honor de recordarles.

Se trata nada ménos que de aquel infeliz gallego, padre adoptivo de Mondoñedo.

Este ciudadano español, natural de Galicia, tenia la historia vulgar de muchos colonos.

Heráclio Mondoñedo habia nacido en la Coruña y sus padres eran labradores.

Aconteció que un señor español propietario en México, pidió brazos para su tienda de abarrotes, recomendando que fuesen robustos, no los abarrotes, sino los brazos.

El padre de Mondoñedo llamó á su hijo y hablándole en buen gallego, le dijo:

—Heráclio, mañana te embarcas para las Indias, te despacho á hacer fortuna, aprovecha la oportunidad de ir formando parte del *lastre* del buque, y que Dios te ayude; no dejes de mandarnos algo de lo que ganes.

La madre de Heráclio le arregló alguna ropa que colocó en un baul del tiempo de doña Urraca, le colgó al cuello un escapulario de Santiago de Compostela y lo acompañó hasta el embarcadero.

Heráclio fué recibido por el capitan como un bulto consignado á Veracruz.

Dióse el buque á la vela y las playas natales desaparecieron sin que Mondoñedo lo notase, por la sencilla razon de haberse mareado á las primeras viradas del buque.

El «Pájaro de Galicia», que así se llamaba el barco, hizo con toda rapidez y felicidad treinta dias de navegacion.

Heráclio Mondoñedo saltó á tierra como un bobo y fué entregado á la casa del consignatario, para que lo remitiese en compañía de otros asturianos y montañeses á la gran Tenoxtitlan.

La casa comisionista empaquetó en un carro á los *brazos fuertes* que pedia el corresponsal, y en doce dias los plantó en la calle del Seminario de México, casa de don José Carrujo y compañía.

Varios propietarios fueron á elegir sus dependientes y á Mondoñedo le tocó la casa de don Cándido Guerra.

Mondoñedo comenzó por barrer la calle, despues se limitó al interior de la tienda, en cuya escala calzó la primera chaqueta y dejó la montera y el chaleco colorado.

Mondoñedo tenia el pensamiento *largo* y *angosto;* pero un instinto mediano para el comercio.

Despues de algunos años consiguió el patron que Heráclio se pusiera levita.

Ese dia el gallego no estaba en sí, le parecia que álguien le seguia, que le sobraban faldones, que aquello era el *post scriptum* de la chaqueta, un pecado contra su traje nacional, una falta de respeto á los gallegos.

El patron le regaló un reloj de plata como una sartén.

Mondoñedo estaba á punto de volverse loco; llegó á gastar la bolsa del chaleco de tanto envainar y desenvainar aquella muestra jigante.

Mondoñedo á los diez meses ya sabia perfectamente la combinacion del horario y el minutero, aunque conservaba alguna duda sobre los números romanos.

Al principio queria leer la carátula del reloj.

Heráclio formó de una talega de cuero su caja de ahorros, y primero se dejaba sacar una muela que un ochavo.

Una Semana Santa fué á tomar un vaso de nieve, le pareció muy caro el precio y la nieve muy fria.

No volvió ni á pasar por el establecimiento.

Heráclio asistia como dependiente á los magníficos convites de la casa de su patron don Cándido Guerra, le gustaban algunas de las jóvenes concurrentes; pero jamas se atrevió á decirles ni una palabra, mientras sus compañeros se manifestaban algo atrevidillos.

Receloso, como de fama pública son los gallegos, desconfiaba de todo el mundo.

Cuando ya su fortuna estaba en disposicion de girarse por sí sola, su patron, que era un gran protector de los españoles, le planteó una negociacion de abarrotes y lo dejó en vía de hacer su suerte.

Mondoñedo comenzó á menguar, debido á caprichos estúpidos, y su capital estaba á punto de desaparecer, cuando llegó, en un canasto como Moises, nuestro conocido y simpático estudiante.

Dentro el canasto habia una libranza de mil pesos y una carta con instrucciones, en que se le decia entre otras cosas, que recibiría doscientos duros mensuales para la educacion del expósito.

Ya sabemos qué clase de educacion le dió á Mondoñedo, y la fuga de éste, por salir de las garras del gallego.

V.

Heráclio Mondoñedo recibió un dia una série de billetes que importaban veinte mil pesos, y otra carta en que se le encargaba entregar diez y seis mil al jóven y reservar cuatro como premio de sus buenos oficios.

Heráclio hizo un argumento gallego: Diez y seis mil pesos que debia entregar y que no entregó, y cuatro mil que me corresponden, son los veinte mil que me guardo.

El infernal gallego no quiso cobrar las letras, porque veía acercarse el momento de la revolucion.

Algo le inquietaba el pensar en un viaje á España, que de ahí venian las mesadas y las últimas letras.

Creia el gallego en la posibilidad de que se le reclamase el dinero y el chico.

Heráclio realizó lo poco que le habia quedado de su bancarrota, y todo lo depositó en una cartera, cosiéndola perfectamente para evitar una pérdida.

Dispuso la marcha en compañía de esa falange que seguiria como escolta al ministro Saligny, y donde iria con toda seguridad.

Súpose en el barrio el viaje de Mondoñedo, y los vecinos le levantaron el falso testimonio de haber hablado mal de México y sus moradores.

Heráclio vivia con una tal doña Petra, á quien amaba hasta el grado de apalearla cuatro ó cinco veces por trimestre.

La vieja olió el viaje de su amante, y alborotó el barrio con sus lamentos, y mas aún con sus chismes.

Felipe Cuevas fué convidado por otros perdularios para acompañar al viajero á la casa de postas.

Toda la turba se puso en acecho del gallego, que desde las cinco de la mañana se encaminó á tomar asiento en la diligencia.

Luego que salió de su casa, al grito de: «Santiago y cierra España,» le dieron una de naranjazos, que ya pedia misericordia.

—¡Muera Mondoñedo!—gritó la voz conocida de doña Petra.

—¡Muera Mondoñedo!—repitieron los estudiantes.

—¿Cómo es eso de Mondoñedo?—preguntó Felipe;—este debe ser pariente de nuestro amigo;—¡alto el fuego!

Cesó el aguacero de naranjas, y Felipe Cuevas se adelantó con aire marcial al desgraciado Heráclio.

—¿Usted se llama Mondoñedo?

—Así dicen,—respondió el aturdido.

—Amigo mio,—continuó Felipe,—yo quiero una respuesta categórica: ¿á qué Mondoñedos pertenece usted?

—A los de mi casa.

—Bien, ya eso es algo; ¿y dónde está la casa de usted?

—¡Toma! en la Coruña; pues ¿adónde habia de estar?

—Eso es muy lógico. ¿Y no tiene usted hijo en México?

Vaciló un momento y despues dijo de una manera segura:

—¡No!

—¿Entonces, no es usted pariente de Manuel Mondoñedo?

El gallego palideció.

—Vamos, la respuesta.

Heráclio creyó que su fortuna iba á desaparecer, y tornó á contestar con rudeza:

—No, yo no tengo parientes sino en la Coruña.

—Este hombre no nos pertenece,—gritó el estudiante;—¡fuego!

Siguió la jácara y los naranjazos.

El gallego, casi en fuga y jadeando de cansancio, llegó á la casa de diligencias á tomar iglesia.

VI.

A las once de la mañana llegó Saligny con una turba de franceses y españoles, que bien pronto estarian de retorno al suelo hospitalario, á confesar contritos, que habian soñado al creer que en México se consumaria un acto de barbárie con los extrangeros.

El señor ministro habia comido *fuerte*, y venia hablando como un desesperado, ostentándose como un Cid Campeador.

Entróse en el carruaje, y toda la turbamulta en los suyos; sonó el látigo de los conductores, y una chifla espantosa fué el último adios que recibieron los viajeros.

VII.

Sigamos á Heráclio Mondoñedo, que fingiendo una gran pobreza, fué sobre los fondos de los amigos hasta Veracruz, y tornó,

como treinta años atras, á tomar pasage sobre cubierta, al retorno de la patria.

En esas noches tranquilas del océano, Mondoñedo, acurrucado en un rincon del barco, acariciaba su cartera, de la que no se separaba un solo instante.

El «Fénix» caminaba tranquilo, pero los nortes de Diciembre inquietaban á los pasageros.

El capitan habia anunciado que al dia siguiente estarian á la vista del puerto.

Estas son unas palabras mágicas para quien acaba de atravesar las soledades magestuosas del Océano.

Reinaba una gran alegría en la cámara y cubierta del vapor.

Todos los pasageros alistaban sus equipajes, hablaban de sus proyectos, y unánimemente sentian haber dejado las playas de la República.

Como á las cuatro de la tarde, el capitan subió á cubierta y comenzó á examinar el cielo y el mar.

—Amigos,—dijo un frances,—el gesto de nuestro capitan no me gusta mucho.

—Es que los marinos españoles son desconfiados.

—¡Demonio!—añadió un asturiano,—como que este buque merece la pena.

—Es uno de los mas hermosos.

—Sentiria una desgracia, doblemente cuando ya percibimos la tierra.

—Estas costas de Cantabria son endiabladas.

—Han acontecido muchos accidentes marítimos.

—¡Diablo!—insistió el asturiano,—no sé por qué toda la tripulacion anda revuelta; el comandante se ha secreteado con el capitan, y los oficiales reconocen la máquina; seguramente hay novedad.

—¡Hola! señor capitan,—dijo un montañes;—¿tendremos buen tiempo?

El capitan meneó la cabeza.

—¡Malo!

—El norte se anuncia: no sería malo que se entrasen en la cámara.

Los pasageros obedecieron la indicacion del capitan, que tenia todos los honores de una órden.

El mar comenzó á oscurecerse, y las nubes á envolverse en el horizonte.

El viento crugia azotando la lona de las velas, que se plegaron á una señal del contramaestre.

—Esa máquina está muy cargada,—dijo el capitán.

Un oficial dió órden al maquinista para que hiciese mas lento el giro de las ruedas.

Las olas azotaban los costados del buque y amenazaban llevarse la obra muerta.

A las dos horas soplaba un norte deshecho y el buque habia perdido el palo de *mesana.*

—¡Mas lenta esa máquina!—gritaba el capitan.

De repente el buque chocó contra un arrecife, dejando una de sus ruedas hecha pedazos entre las rocas.

El maquinista, que se habia cargado de coñac, llevaba el buque con toda la fuerza del vapor.

El movimiento causado por el choque introdujo un desórden espantoso en la cámara, todos creyeron llegada la última hora.

El agua comenzó á penetrar por los rotos costados de la nave.

—¡Los botes al mar!—gritó el capitan, que fué obedecido instantáneamente.

Los pasageros se lanzaron sobre cubierta aterrorizados.

El marino español no perdió un instante su sangre fria: hizo embarcar á los niños, á las señoras, á los ancianos y despues á los jóvenes, quedándose solo con la tripulacion hasta el último momento.

VIII.

Mientras se efectuaba aquel siniestro pasage, Heráclio Mondoñedo escribió rápidamente algunas líneas en una hoja de su cartera que habia sacado de su escondite, y con esa calma sombría que da la desesperacion, encendió un fósforo y con él un mechero de cera; tomó una botella, metió en su cavidad los billetes de banco que hacian toda su fortuna, la tapó perfectamente con lacre, y se la puso á la cintura atada al cincho de cuero.

Salió despues á la cubierta lleno de angustia, y saltó el último á los botes.

El capitán, que poseia uno de esos corazones que Dios eleva hasta lo sublime, y pone en los hombres que luchan con los grandes y terribles elementos de la creacion, se paró en la cubierta en pos de una esperanza.

Se le hacia doloroso perder aquella nave tan querida para él.

¿Cómo llegar al puerto, náufrago y avergonzado, sin el tesoro que se le habia confiado?

La sangre se agolpó á su cerebro, dos lágrimas aparecieron en sus pupilas, y presa del vértigo montó una de sus pistolas para abrirse las puertas del infinito.

El océano y la eternidad se tocan en el horizonte.

Los mástiles habian desaparecido y el buque debia sepultarse dentro de breves instantes.

—¡Al bote!—exclamó el capitan dirigiéndose á sus marineros.

Estos, que veían que su capitan se quedaba en cubierta, permanecieron impasibles.

—¡Al bote!—tornó á decir el bravo marino.

—¿Y vos, capitan?—dijo uno de los jóvenes.

—Yo, me quedo.

—Pues nosotros no entraremos en el bote.

—Entrad, amigos mios, el buque anuncia que pronto nos abandona.

—Salvaos, capitan,—dijeron los marinos; y comprendiendo la grandeza de aquel corazon se arrodillaron delante de él.

—Alzad y salvaos vosotros, quizá es tiempo todavía.

La máquina hizo explosion en aquel momento angustioso; la cubierta saltó en pedazos, y los marineros desaparecieron en brazos de la muerte.

El capitan quedó un instante sobre los rotos pedazos de su buque, que se hundia pausadamente.

—¡Adios!—dijo el marino tornando una mirada hácia el puerto, cuyas luces comenzaban á destacarse entre las sombras, y arrancando de su corazon una última plegaria, bajó al abismo del océano, sirviéndole de ataud las maderas de la perdida nave!

IX.

El vigía del puerto habia anunciado ya al caer de la tarde que un buque estaba á la vista.

Lo terrible del norte hizo comprender al gefe de la capitanía que el buque pasaba un mal momento, y dispuso lo necesario para auxiliarlo.

Pasóse la noche en la mayor angustia, y al clarear la luz se vieron tres botes luchando con las embravecidas olas del océano.

Darles auxilio era imposible.

Cuando los esfuerzos del hombre son impotentes, se acude al cielo.

Las sagradas campanas de los *Santos Mártires* tocaban rogativa para los náufragos, y la piedad cristiana elevaba sus súplicas al Creador del universo.

De repente una lancha desapareció.

Habia zozobrado luchando con la muerte; el mar habia salido vencedor.

Heráclio Mondoñedo iba desgraciadamente en aquella lancha.

Al caer entre las olas desprendió valientemente de su cintura la botella, que comenzó á burlarse de la tempestad, jugando entre las olas.

Mondoñedo al sepultarse en el abismo dejó su secreto sobre la superficie del océano.

El registro marítimo señaló una catástrofe mas en los peligrosos mares de la Cantabria.

CAPITULO XIV.

Donde se da á conocer una prenda viviente de la guerra de los carlistas.

I.

El 29 de Setiembre del año de 1833, S. M. Fernando VII pagó á la naturaleza el tributo debido á la miserable condicion humana.

El cadáver estuvo expuesto durante algunos dias y el génio de la guerra fratricida volaba en torno de aquel féretro.

El nombre del rey habia sido victoreado en Bailen y Zaragoza y maldecido delante del cadalso de Riego.

El reinado de Fernando fué una crísis perpetua, una fiebre continua con sus sueños de sangre y de matanza.

Ninguno como ese terrible monarca, enseñó á la humanidad la parte sombría del corazon del hombre.

A sus mayores amigos, á los que le habian acompañado en las vicisitudes y alentado en sus horas de infortunio, á la hora de su grandeza los arrojó al destierro, é hizo subir al cadalso.

Es imposible juzgar á Fernando sin severidad, pues basta para que le condenen los corazones honrados esta simple consignacion de hechos sucesivos: intrigas del Escorial; motines de Aranjuez; viaje de Francia; humillaciones de Bayona; felicitaciones á Napoleon y peticion de una esposa; decreto del 4 de Mayo en Valencia y persecuciones. Jura la constitucion y conspira contra ella; manifiesto de Cádiz y decreto del puerto de Santa María; comisiones militares y cadalsos.

Hijo, conspira contra su padre; rey cautivo, es cobarde é innoble; rey rescatado, es ingrato; rey constitucional, es perjuro; rey absoluto, es déspota receloso y vengativo; ni respeta las leyes ni atiende á la razon ó sigue la prudencia; hombre, es artero, inconsecuente y desleal.

Reyes como Fernando son sin duda una calamidad para los pueblos, y hacen odiosa la institucion que los produce. Con razon al juzgarle un eminente escritor termina con este pensamiento: «*¡Que descanse en paz!*»

Es todo lo que pudieron decir los menos rencorosos.

Porque en efecto, vivió sin gozar un dia de reposo, y murió sin dejar sobre la tierra un amigo que llorase su muerte.

Aquel hombre que habia hecho estremecer á España y que se habia estremecido á su vez á la presencia del menor peligro, yacia puesto en un ataud y próximo á ocupar los tres palmos de tierra para dormir el sueño eterno.

II.

El cadáver fué conducido á San Lorenzo del Escorial, seguido de un suntuoso cortejo.

El mayordomo mayor, depositario de las llaves del féretro, abre la caja exterior y levantando una puertecilla de la vicera, por un cristal que tiene la segunda examina en presencia del notario mayor de los reinos si contenia efectivamente el cadáver del rey.

Acércase toda aquella muchedumbre, y asomados al cristal siniestro, ven todavia con espanto el severo rostro de Fernando VII.

Conserva aún despues de la muerte ese tinte de crueldad y desden que fué la predestinacion de su reinado.

Pregunta el mayordomo, y los monteros de Espinosa juran ser aquel el cuerpo que se les ha entregado.

En seguida el capitan de guardias de la real persona, se acerca al féretro y clama tres veces: *¡señor! ¡señor! ¡señor!*

Entonces toda aquella multitud queda inmóvil creyendo que va

á salir de los lábios del rey muerto aquel acento que escuchó un pueblo de rodillas.

Y despues de un momento añade el capitan de guardias:

—*Pues que S. M. no responde, verdaderamente está muerto.*

Rompe entonces en dos pedazos el baston que él usaba en señal de mando, y los arroja á los pies del túmulo.

El mayordomo cierra la caja, y entrega la llave al prior; con lo cual concluye el acto solemne, retirándose todos y cesando las descargas de la tropa y el fúnebre doblar de las campanas, que no ha cesado durante toda la ceremonia.

III.

Sobre aquella tumba se lanzó el primer alarido de la guerra civil.

El príncipe don Cárlos, hermano de Fernando VII, quiso arrebatar el cetro de la fuerte mano de María Cristina, y la sangre comenzó á correr á torrentes en la tierra del Cid y de Pelayo.

Los hermanos se levantaron contra los hermanos, los padres contra los hijos, y un vapor de sangre cubria la península con un sudario de muerte.

Sin tregua, sin cuartel, sin descanso, se luchaba en los campos y en las ciudades, y las disputas y los ódios se ejercian hasta en el seno del hogar doméstico.

Los años pasaban envueltos en sombras y llevando tras sí la sangre y las maldiciones de un pueblo dividido.

María Cristina marchaba á la vanguardia de la civilizacion, mientras don Cárlos renovaba los dias aciagos del rey don Felipe II.

Con María Cristina iba el siglo, el porvenir, la libertad.

Con don Cárlos el misticismo, la hipocresía, la barbárie.

Ese monarca trashumante, tenia á su lado varios hombres de capacidad y arrojo militar: entre ellos descollaba el general Cabrera conde de Morella, lanzado á la revolucion acaso en contra de sus opiniones y solo por satisfacer una venganza.

Triunfante á veces la revolucion *carlista*, pero batida las mas, menguaba insensiblemente perdiendo la sangre de sus artérias.

Cabrera se disgustaba con la política de don Cárlos y mas aún de los hombres que le rodeaban.

El real habia aumentado prodigiosamente; el infante don Sebastian habia llegado hacía algunos meses con parte de su servidumbre; antiguos criados de palacio se presentaban continuamente; nuevos gentiles-hombres, mayordomos de semana y ayudas de cámara servian en las régias habitaciones con envidia de los que hasta entonces lo habian hecho.

Títulos de Castilla y algun grande de España ornaban la corte, con disgusto de los humildes cortesanos que antes la habian formado.

Guardias de honor de infantería y caballería para las personas reales; guardias de corps para el estandarte de la *Generalísima*,

la Vírgen de los Dolores; músicas, libreas, caballos, ministerios, juntas oficiales de secretaría, famosas bolsas del despacho, ídolos de los pretendientes; besamanos, audiencias, extrangeros que iban y volvian; intrigas, enemistades, vicios: todo, todo se encontraba en el real de don Cárlos; y como á cada corte la distingue un gusto y una fisonomía particular que la domina desde el mismo trono, la corte *carlista* tuvo tambien un carácter propio y exclusivo.

Don Cárlos, religioso de práctica, asistia á todos los oficios divinos; los cortesanos siguieron en tropel el mismo camino, y poblaron los templos.

Don Cárlos gustaba de novenas, de funciones de iglesia; los palaciegos las fomentaron, é hicieron de ellas la diversion constante de la corte; los ingenios se ocuparon en piadosas composiciones, y altos empleados cantaron gozos y letanías; don Cárlos usaba de un lenguaje místico, y en la corte se habló como en un monasterio.

Don Cárlos lo esperaba todo de la *Generalísima*, y los cortesanos en nada contaban para los triunfos con el arrojo del soldado, pues los creian seguros é infalibles con la proteccion divina y las virtudes del rey.

La hipocresía dominó, en fin, en público, y los desórdenes de todo género crecieron en la vida privada.

IV.

El 4 de Junio de 1840, sufria una derrota sangrienta el ejército *carlista* en una de las plazas fuertes de Cataluña.

Espartero, el valiente duque de la Victoria, y el conde de Morella, esos dos génios de los combates, se encontraban frente á frente en la última batalla.

El destino habia lanzado á la revolucion *carlista* en una pendiente horrible, y aquel ejército valeroso fué derrotado completamente por los defensores de Isabel II.

El príncipe don Cárlos María Luis de Borbon, sucesor de su padre en los derechos al trono de Felipe V, se habia retirado lleno de desesperacion del campo de la derrota, mientras el general Cabrera procuraba salvar los restos del ejército realista.

Despues de correr algunas leguas, y ya creyéndose libre de todo peligro, detúvose don Cárlos en el pueblo de*** adonde llegó con un pobre cortejo.

Súpose inmediatamente la llegada del titulado hijo del rey de España, y se le ofreció alojamiento en una de las principales casas de la poblacion.

Hízole los honores don Rodrigo Villasana, furibundo enemigo de María Cristina y carlista de profesion.

—Amigo Villasana,—dijo el príncipe,—necesito descansar algunas horas.

—S. M. tiene señalado un aposento.

—Haced que nos sirvan algo de comer, nada hemos podido tomar durante el dia que ha durado esta infernal batalla.

—V. M. habrá salido, como siempre, vencedor.

—Sí, pero á Cabrera se le ha antojado que nos retirásemos despues de la victoria.

—Malo,—pensó Villasana,—estamos derrotados;—y luego añadió en voz alta:

—El general Cabrera es un hábil soldado y V. M. debe estar tranquilo con respecto á los movimientos del ejército.

—Bien, bien, lo que importa por ahora es cenar, luego hablaremos, tengo que darte algunas órdenes.

—Estoy á las de V. M.

Villasana salió del aposento persuadido de que el ejército de don Cárlos habia perdido una batalla.

V.

Entróse el hidalgo en la habitacion de su esposa, y le dijo al oido con misterio:

—Aurora, el príncipe Luis está en casa y viene derrotado.

La dama palideció.

—Te ha causado una grande emocion la noticia.

—Sí, Villasana, tú sabes que somos partidarios de don Cárlos y este desastre nos contraría de una manera espantosa.

—Hagámosle la corte á S. M., que debe salir dentro de breves horas.

Entróse doña Aurora al salon donde estaba don Luis.

—Señor,—dijo con voz trémula,—nos haceis mucho honor en alojaros en esta casa.

El príncipe tendió la mano á doña Aurora, y la dama pudo notar el temblor que agitaba al caballero.

—¿Cómo se encuentra la familia augusta de V. M.?

—Parece que ya todo está dispuesto,—dijo el rey esquivando la respuesta;—cenemos, que quiero dormir algunas horas.

Púsose á la mesa don Luis acompañado solamente de sus huéspedes.

Luego que Villasana salió á dar algunas órdenes, el príncipe tomó una mano de Aurora y le dijo con profunda ternura:

—Nos han separado los acontecimientos; pero yo no he olvidado tu cariño.

—Señor, recordad...

—Sí, que el rango de mi nombre puso una barrera entre nosotros; pero que mi alma permanece fiel al amor de Aurora.

—Olvidad todo, señor.

—Aurora,—dijo don Luis con exaltacion,—tú no sabes que estoy perdido, solo, abandonado; que hoy acabamos de perder una batalla y estoy á punto de dejar mi existencia en manos de mis enemigos.

—¡Me haceis temblar!

—¿Y cuando voy arrastrado por la fatalidad, sin amparo y proscrito, me cierras el único puerto de unas esperanzas deshojadas por el infortunio?

—¡Señor!

—Tú sabes que mi amor hácia tí ha sido grande, inmenso, arrebatado, que he comprendido todo lo noble de tu sacrificio al desposarte con este viejo servidor de mi familia.

—¡Por Dios, callad!

—¡Aurora, rechazado por tí! ¡voy á partir inmediatamente á entregarme á mis enemigos, á morir!

—¡Príncipe don Luis, tened compasion de una infeliz mujer!

—¡En nombre de aquellos dias de apacible tranquilidad y de delirios de amor, compadécete del hombre á quien has amado por primera vez!

—No traigais esos recuerdos porque siento morirme.

La jóven apoyó su hermosa frente en el pecho del príncipe, y el mancebo besó con entusiasmo aquella cabeza inclinada ante el poder mágico de las primeras impresiones.

VI.

Doña Aurora era hija de una dama de honor de María Luisa; el príncipe don Luis se habia apasionado de ella terriblemente; Cárlos María Isidoro comprendió la pasion de su hijo y casó á la jóven con Villasana.

Don Luis la habia seguido; pero siempre doña Aurora resistia á las seducciones de aquel hombre á quien amaba violentamente.

La mujer es grande aun en sus faltas.

Cuando don Luis brillaba junto al sitial del trono, Aurora procuraba olvidarle, matar ese amor que se rebelaba en el fondo de su pecho.

Pugnaba por arrancar la imágen que la seguia sin cesar, y con las manos en el corazon y las lágrimas en los ojos pedia al cielo misericordia. Cuando lo vió en la desgracia tornó á concederle su cariño, cedió ante el infortunio y enjugó las lágrimas de su amante.

Don Cárlos procuró encerrar en el silencio su amor, pero no se apartaba de su mente la sombra de aquella mujer de quien lo alejaba el destino ó la fatalidad.

Don Luis rehusó contraer enlace alguno y estaba consagrado al amor imposible de Aurora: la casualidad lo llevaba á su lado, y en aquella noche funesta tornó á anudarse aquel amor de los primeros años arrastrando tras sí el honor de una mujer.

Villasana partió con don Luis á la campaña, dejando á doña Aurora hundida en el llanto y la desesperacion.

El general Cabrera se reunió al príncipe don Luis, tuvo con él una conferencia íntima, y el bravo soldado llamó á Villasana á su Estado Mayor.

. . . . . .

Un año despues, en un vapor que salia de Bilbao rumbo á Inglaterra, iba una tierna niña confiada á la guarda de una nodriza.

VII.

La guerra civil habia terminado, y doña Isabel de Borbon sentada bajo el sólio de San Fernando, gobernaba á la España, de donde habia desaparecido el elemento revolucionario.

Los sobrinos de Fernando VII, vencidos en el campo de la política y en los de batalla, yacian refugiados en la Gran Bretaña protestando su legitimidad al trono español.

El general Cabrera, acribillado de heridas y circundado de una fama militar, acompañaba en el ostracismo á sus señores.

A su lado vivia una jóven, adoptada como hija y de una rara belleza.

Se llamaba doña Blanca de Borbon.

El príncipe don Luis murió dejándola encomendada al viejo veterano, que luchaba porque el príncipe don Juan la reconociese como lejítima en la rama de los Borbones.

Don Juan habia rehusado; pero siempre dando esperanzas á la jóven, cuyo orgullo denunciaba la sangre que corria por sus venas.

Doña Blanca concurria á los salones de la aristocracia inglesa, y brillaba por su hermosura en los saraos de aquella refinada corte.

Por los años de sesenta y uno, conoció accidentalmente á don Fernando Moncada, tenido por hijo lejítimo del conde del Jaral.

Lo vió en el teatro sin que el conde la hubiera percibido y se enamoró de él, en una de aquellas excentricidades hijas del clima nebuloso de Inglaterra.

Indicó á uno de sus amigos que lo presentase en la casa de Cabrera, pero don Fernando atravesaba en la misma tarde el estrecho de Calais, dirigiéndose á Paris, donde lo esperaba el general Almonte.

Don Fernando conferenció con los partidarios de la *intervencion* y tomó pasage para México, donde se encontraba organizando los trabajos preparatorios de la monarquía.

VIII.

Antes de que la convencion de Lóndres se ajustara entre las naciones signatarias, brotaron como por encanto las condidaturas, y en España se pronunció el nombre de don Juan de Borbon tio de doña Blanca.

Cabrera encontró la oportunidad de proponer á su señor el reconocimiento de la jóven, y don Juan respondió que de aceptar el trono de México, haria en America el reconocimiento.

El viejo conde de Morella se presentó en la cámara de su pupila.

—Doña Blanca,—la dijo con voz trémula por la emocion,—tenemos que separarnos y acaso para siempre.

—No os comprendo, señor.

—Dios me concede que antes de bajar al sepulcro os vea entre la augusta familia de los Borbones.

Enrojecióse el rostro de la jóven: aquellas eran tal vez las primeras palabras pronunciadas por Cabrera que recordaron á la jóven su nacimiento.

—Vuestro tio,—prosiguió el conde,—mi augusto amo, me ha ofrecido formalmente el legitimaros.

—¿Os lo ha prometido, conde?

—Sí.

—Pero me hablais de separacion y...

Limpióse el viejo general las lágrimas que empañaban sus pupilas, y tomando las manos de la jóven, continuó con voz conmovida:

—Os he amado como á mi hija; vuestro padre al morir me encargó velase por la existencia de la tierna niña proscrita y en agena tierra... he cumplido fielmente, ¿no es verdad?

Dona Blanca se estrechó al corazon del veterano.

—Pues bien, en vuestras manos está el destino: la candidatura del trono de México se la ofrecen aunque en reserva, pero oficialmente á don Juan.

—Acabad.

—El rey me ha dicho que en aquel país y á la proclamacion de la monarquía en América os reconocería... Partid, haceos su agente en el mundo de Colon, yo os daré la clave de este negocio, os pondré en contacto con los mexicanos que en la actualidad trabajan por el establecimiento de la monarquía.

—Partiré á Francia—dijo resueltamente doña Blanca—tomaré los hilos de esta trama, y vereis si llevo á don Juan al sólio de América.

—¡La sangre de los Borbones!—exclamó el conde de Morella.

IX.

Doña Blanca partió á Paris, habló con los emigrados, se puso en contacto con los hombres mas influentes de la situacion y tomó pasage en el «Conway,» que partió para México el 1º de Abril de 1861.

La jóven venia al cuidado de un ingles, y viajaba de incógnito bajo el nombre de Rosa Lee, pasando por hija de un negociante.

Cabrera habia puesto á su disposicion una suma enorme situada en una de las primeras casas de América.

La fatalidad reune á los seres á quienes ha de perder.

En el mismo buque venia el conde del Jaral; hizo las amistades con doña Blanca, y en un mes que duró su navegacion sus almas se comprendieron y, un amor intenso pero sombrío se apoderó de aquellas dos almas predestinadas.

Doña Blanca le hizo creer á don Fernando que su padre estaba arruinado y que venia á México en pos de una colocacion; que por lo tanto no extrañase que no lo recibiera, porque acostumbrado al lujo en Inglaterra, le era penosa la pobreza en América.

El conde respetó la situacion de la jóven y no volvió á preguntarle mas sobre estos asuntos de familia.

Doña Blanca tomó la casa de pobre apariencia que ya conocen

nuestros lectores, para hallarse al abrigo de las sospechas y poder estar en relaciones con los conspiradores con mas libertad.

En cuanto al sacristan, estaba perfectamente pagado, y sin sospechar lo que pasaba, servia fielmente á la hija de Cárlos Luis de Borbon.

CAPITULO XV.

De cómo salen á la cara los negocios hechos á cencerros tapados.

I.

Ibamos diciendo que el alcalde de casa y corte, es decir, el ayudante de acera, recorria como un sabueso la casa de Rosa sin encontrar algo que pudiera presentar al ministerio de la guerra como cuerpo de delito para una conspiracion.

—Aquí habia un cuadro,—decia el alcalde Ronquillo mexicano; —no hay duda, recuerdo que era una Santa Catarina con la cabeza de su padre; yo no olvido nunca los pasajes de la Biblia.

—No habia nacido esa santa señora en tiempo de Jesucristo,— dijo un leguleyo que acompañaba al alcalde.

—Amigo mio, una autoridad nunca se equivoca, yo digo y afirmo que era Santa Catarina vestida de mora, y no hay mas que pasar por ello.

—Y yo insisto,—repuso amostazado el tinterillo,—que la santa nunca se vistió turbante.

—Acérquense los soldados y amarren á este señor.

—¡Ese es un atentado!

—Mas lo es la contradiccion perpétua en que vivimos.

—Yo concedo que Santa Catarina...—dijo el infeliz tinterillo procurando domar su rábia.

—Eso es otra cosa, ya no se acerquen los soldados, ni lo amarren, la fuerza de mi lógica lo ha convencido; prosigamos el cateo en las arcas del sacristan, estos hombres retrógrados suelen ser los órganos telegráficos de las incógnitas conspiraciones.

—Qué bien habla el señor alcalde,—observó el secretario.

Abrieron el armadio antidiluviano del sacristan, y comenzó un registro escrupuloso en piezas de ropa y papeles.

—Busquen ustedes,—decia la autoridad,—puede que en las camisas esté escrita la correspondencia.

Los agentes continuaban con una curiosidad horrible: ya estendian un pantalon, ya una chaqueta, ora una camisa, ora unos calcetines.

—Aquí, aquí está,—gritó el alcalde de repente,—¡ya la encontré!... ¡ya la tengo!... ¡ya la poseo!...

—¿Qué pasa?—preguntó el secretario.

—Vea usted y dé fe de lo que va á oir:

«De las ocho á las nueve doña Guadalupe, de las nueve á las diez á Pepita, y toda la tarde á don Félix, don Joaquin y don L. N.»

—¿Y qué?—preguntó aturdido el secretario,—de ahí no resulta sino que á esos señores les toca *algo* cada hora

—Ese *algo* precisamente es lo que se tiene que averiguar; sobre todo estas iniciales de L. N. trascienden á Luis Napoleon: aquí hay algo.

—No habia caido en ello,—dijo el secretario,—esto es un misterio.

—Algo... algo...—repetia la autoridad, y seguia el cateo en toda su plenitud.

—¡Ya la encontré!—gritó el secretario.

Todos se volvieron hácia el rebuscador de cuerpos de delitos.

—Vea usted, señor alcalde, esto es mas que *algo*, estas sí son pruebas claras como la luz del dia, como dice el rey don Alfonso el Sábio, oigan ustedes: «Durante los cuarenta dias se reunirán todas las noches á celebrar junta los señores...»

—¡Silencio!—gritó el alcalde—y venga acá ese documento; todo se ha descubierto, la conspiracion iba á estallar, lástima es que no encontremos otro individuo á quien soplar á la cárcel.

II.

El edificio donde está situada la cárcel es la antigua Acordada del tiempo del vireinato.

Dos patios grandes y dos pequeños marcan los departamentos de las piezas de ambos sexos.

El primer pátio es un cuadrilátero cerrado por arcos de cantería, con departamentos en la parte superior é inferior.

Los corredores sirven de paseo á los presos, y en los cuatro lados están los salones y calabozos dormitorios.

En el centro del patio hay una fuente.

Los aposentos están mal ventilados, y el edificio puede ser todo ménos una cárcel, le faltan las condiciones higiénicas y la seguridad.

En el patio interior están unos calabozos de dos varas de ancho por seis ó siete de longitud, tienen una puerta y una claraboya: estas bartolinas se llaman *separos*, á causa de permanecer en ellos los reos durante el período de la incomunicacion.

Los dos patios que formaban el departamento de mujeres, y la capilla, han desaparecido en el alineamento de la calle que desemboca al paradero del ferrocarril de Tacubaya.

Los reos políticos habitaban los *separos*, y hace poco tiempo se leían en las paredes los nombres mas célebres de los partidarios de uno y otro bando.

Mondoñedo fué conducido á la ex-Acordada y se le encerró en el calabozo número 4.

—Esto tiene mucho de simbólico,—pensaba el estudiante,—el número 4 es cabalístico, representa el número de letras que tiene el nombre de Rosa, las *cuatro apariciones* y las cuatro estrellas que encierran la constelacion de la Osa mayor... A propósito de osos, no me parece malo el que he desempeñado en esta aventura, solo el provecho del dinero voy sacando en limpio. Lléveme el diablo si

comprendo una palabra, estoy mas embrutecido que el alcalde, y eso que es un animal de primera fuerza. ¡Demonio! ir de aquí á un consejo de guerra, ¡pues estoy divertido!

El cerrojo del calabozo se descorrió y el alcaide se presentó con toda la magestad de su posicion.

—¿Usted es don Manuel Mondoñedo?

—Presente,—gritó Mondoñedo.

—Tenga usted este papel y no diga á nadie que yo se lo he traido.

—Está bien.

—Ahí están dos estudiantes á quienes he permitido, extralimitando mis facultades, que pasen á estar con usted cinco minutos.

—Usted es el mejor de los alcaides,—gritó Mondoñedo, y trató de darle un abrazo al cancérbero de la prision.

—Alto, alto ahí, amiguito, á mí nadie me seduce para que atropelle el reglamento.

—Yo no trato de seducir á usted con halagos, sino de manifestarle mi gratitud de una manera particular.

—Pues no me la manifieste de una manera tan viva; conque nos vemos y mucho sigilo, voy á que entren los estudiantes.

Luego que desapareció el alcaide, Mondoñedo leyó el billete: «No tenga usted cuidado, pronto estará usted en libertad.»

—Ya me esperaba esto, ¡voto al diablo! mi dulce y adorada Rosa no habia de abandonarme, estoy seguro de no pasar aquí la noche.

III.

Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez, embozados en unas capas viejas y echándola de misteriosos, penetraron en el calabozo de su amigo.

Felipe, que era un hombre de lápiz y cartera, despues de saludar á su camarada, se puso á retratar al alcaide en uno de los lienzos de la pared.

A los tres minutos y con la exactitud de Daguerre, la imágen del encargado de la prision aparecia en el fondo del calabozo con los tintes magníficos de la caricatura.

—No le falta mas que hablar,—dijo Mondoñedo.

—Ni eso le falta,—observó Cuevas,—porque los retratos no hablan.

—Cuenten algo de nuevo, que me fastidio ya de ignorar lo que pasa en nuestro círculo.

—Nada,—respondió Cuevas,—te he buscado cien veces para contarte un asunto muy sencillo: hace dos noches que he cometido simplemente un homicidio.

—¡Hombre!

—Como lo oyes, tengo testigos.

—¿En Nueva-York?

—No, en México.

—Entónces es á tí á quien busca la policía.

—Puede ser, pero eso es cuento de ella; prosigo, yo he matado á un prójimo por tu causa.

—¿Por la mia?

—Precisamente se me ocurrió salvarte de algo que te amenazaba; me fuí en direccion de tus barrios.

—¡Bárbaro!

—Me puse anoche en acecho, cuando veo llegar un bulto y rondar el balcon de tu adorada.

Mondoñedo se inmutó terriblemente.

—El bulto era un hombre que seguramente esperaba alguna cita.

Mondoñedo puso mas atencion.

—Estoy seguro,—continuó Felipe,—de que á ese hombre lo aguardaban, porque al sonar las doce, la vidriera del balcon rechinó y un bulto blanco se dejó ver.

El desgraciado amante de Rosa sentia unos vapores, que temió un ataque de apoplegía.

—Sigue, hombre, que me estás martirizando.

—El bulto se vino en direccion á mí, yo saqué el florete, y reñimos como unos desesperados; ¡diablo! ese sí era puño; pero como yo estaba atarantado con el aguardiente, me le fuí á fondo y lo atravesé de parte á parte.

—Amén,—dijo Santiago Cuevas.

—¿Estás seguro,—preguntó Mondoñedo,—de no haber soñado?

—No, hombre, sobre que el florete conserva aún la sangre.

—¿Y el matado no dijo algo al morir?

—Si los matados no hablan,—observó Santiago Gonzalez.

—¿Quise decir, que si no dió voces el herido?

—No; procuraba mucho ocultar el rostro, y no hizo el menor aspaviento al escurrírsele mi florete por el pecho.

—¡Es cosa singular!

—Los criados de la casa salieron, pero yo puse pies en polvorosa.

El pensamiento del estudiante estaba metido en una maraña terrible; celos, dudas, contradicciones, sospechas, todo lo acosaba al mismo tiempo.

—¿Qué diablos tienes?

—Nada, pero necesito saber mucho; tú ignoras que la policía ha puesto entredicho á la casa, y que del sacristan abajo todos han desaparecido.

—Iré á indagar.

—No, no te lo permito; vas á cometer otro horror y me comprometes.

—Pues aguardaré tus órdenes.

—Vamos á otra cosa; ¿qué pasa con Isabel?

Santiago Gonzalez se restregó las manos.

Felipe, con su aire melodramático, respondió:

—No voy tan mal, la muchacha se ha apasionado de mí.

—En ese caso, de los dos, porque ella está en correspondencia conmigo.

—Eso no puede ser, yo soy su último amor.

—No importa el número, yo seré su penúltimo, me es igual.

—Esplíquense, con mil diablos.

—Es muy sencillo,—dijo Cuevas,— yo la he depositado en la casa de Santiago, y éste, abusando de su situacion topográfica, me trata de soplar la dama.

—Ya te la soplé, y tengo pruebas auténticas.

—¡Es falso!

—¡Es que yo no miento!

—¡Es que yo digo la verdad!

—Pues decidamos al box quien es el dueño de la prenda.

Y diciendo y haciendo, los dos estudiantes se despojaron de las capas, y Mondoñedo se subió sobre el banco del calabozo para presidir el duelo.

Arremetió Felipe Cuevas; pero Santiago era mas ágil, y sacando el cuerpo dió contra la pared á su adversario.

—¡Bravo!—gritó Mondoñedo.

Cuevas descargó un puñetazo sobre el estudiante, que lo dejó atarantado.

—¡Adelante!—clamaba Mondoñedo;—golpe á golpe.

Santiago tiró una patada á Felipe, que lo hizo encorvarse como arco de violin.

—¡Zas!—gritó Mondoñedo,—le has roto el hueso del *esternon.*

Cuevas logró afianzar el pie de su adversario y dió en tierra con Santiago Gonzalez.

Santiago Gonzalez tiró con tal fuerza un mechon de la cabellera de Felipe Cuevas, que lo dejó *tonsurado.*

Era tal la algazara, que el gefe del departamento acudió al calabozo.

—No hay que mezclarse,—dijo Mondoñedo,—deje usted que siga el duelo, esto es lógico.

—Aquí no hay lógica, señores; si continúan ustedes, los consigno al juez de turno.

—Eso es otra cosa,—dijo Felipe con el ojo como una vegiga;—yo estoy acostumbrado en los Estados-Unidos á respetar á la policía.

—Lo mismo yo,—dijo Santiago algo alarmado por la amenaza; —cedo ante la autoridad, y perdone si no sigo hablando porque tengo una quijada hecha pedazos.

El alcaide llegó al calabozo.

—Señor de Mondoñedo, está usted en libertad; puede usted salir con sus amigos.

Fué tal la alegría de los estudiantes, que olvidaron lo que habia pasado y se abrazaron como buenos amigos.

—Estamos de fortuna,—observó Cuevas,—la ropa no ha recibido lesion alguna; en cuanto al pellejo se remienda solo.

IV.

Varias personas de influencia se acercaron al ministro á solicitar la libertad de Mondoñedo; pidiéronse los documentos presentados por el alcalde y resultó que uno de ellos era la lista de las beatas y la distribucion de turnos para *velar* al Santísimo, y el otro papel el programa de los *Desagravios*, con la lista de los sócios de la hermandad.

Coronel Félix Díaz.

CAPITULO XVI.

Donde se demuestra que entre los preparativos de una boda y su celâbracion, hay concordancia gallega.

I.

Eloisa Mons era una de las perlas mas brillantes que ostentaba en su corona la distinguida sociedad de México.

Esquisita en su trato, refinada en sus modales, dotada de una profunda simpatía y de una inteligencia despejada, giraba en su torno lo mas granado de la juventud elegante.

Eloisa habia visto pasar á los hombres como nubes fugitivas de primavera; no habia sentido la emocion intensa del primer cariño, hasta que su mirada de águila se posó en la frente de un sér excepcional, dotado del prestigio de la fortuna y de la aureola del romanticismo.

Aquel hombre, célebre por sus aventuras en Europa, sus duelos en los Estado-Unidos, sus prodigalidades en América, era el sér que debia arrojar el primer rayo de amor en el corazon vírgen de aquella criatura.

Eloisa amaba hasta el delirio, y se creia correspondida.

Decirle á aquel ángel de pureza y amor, todo es mentira, el cariño es una sombra que dura menos que la palabra en el viento, hubiera sido asesinarla.

Vivia bajo el dosel purísimo del cielo, sin celos, sin inquietudes, y acariciando las imágenes que atravesaban sin cesar la atmósfera azulada de su pensamiento, esos ángeles invisibles cuyo vuelo se percibe en el cielo del corazon, y batir sus alas y humedecerlas en las linfas trasparentes del alma.

Eloisa amaba con el corazon y con el pensamiento, los dos motores del espíritu humano.

Creia, porque el amor sin la fé es el crepúsculo sobre el corazon, la niebla al traves de la vida, haciéndola opaca y melancólica.

Llamaba al ángel de la belleza para sacudir esa cascada de rizos sobre su espalda y su garganta, y el ángel encendia sus pupilas, y entibiaba su aliento, y agitaba el seno de espuma, y daba un tinte bellísimo á todo aquel sér hechicero y encantador.

¡Eloisa veia cercano el momento en que su amante debia presentarla en las aras del Creador para jurarle entre el perfume del incienso y de su corona de azahares, atmósfera del cielo y de la tierra en un solo aliento, que su amor seria eterno!

II.

Aquel hombre, amado con tanto ardor y sinceridad, era D. Fernando Moncada.

El jóven calavera, acostumbrado á estrujar el corazon de las mujeres, y destituido de aquellos sentimientos que hacen del hom-

bre un ser digno en el mundo de la verdad y de las ilusiones, habia perdido en el torrente de la disipacion las flores del alma. Sentia halagado su orgullo con los amores de Eloisa, los ostentaba, y sin embargo, daba largas al asunto del matrimonio; su fortuna sufria un desfalco terrible, sus compromisos aumentaban, y el juego consumia sus cuantiosas rentas.

La esperanza de salvacion era Eloisa; aceptaria su enlace en el postrer momento de la bancarrota, y ese estaba muy próximo, si no es que ya habia llegado.

D. Fernando concibió algo de amor por Rosa; creia que la hija de un comerciante arruinado tendria que aceptarlo tarde ó temprano, y resuelto á esperar, mantenia en vivo fuego los amores de aquella inocente, á quien destinaba al sacrificio del desengaño.

Rosa no habia recibido esas primeras impresiones que dejan en el alma las palabras santas de una madre.

Entregada al cuidado de mujeres extrañas, no conocia el amor sublime de la hija al sér que le ha dado vida y aliento.

En el colegio se hizo egoista; conocedora despues del fatal secreto de su nacimiento, vivia triste aparentando desconocer lo que tanto la molestaba.

De aquella situacion sacó una esperanza que halagaba profundamente su orgullo: quiso ser legitimada y ostentar el nombre de los Borbones.

Cabrera ayudaba á sus pretensiones y ya la hemos visto atravesar sin miedo las turbulentas olas del océano, llegar á las playas mexicanas y hacerse el agente mas activo de la intervencion, siempre que el movimiento convirgiese hácia el centro de sus ambiciones.

Rosa amaba en don Fernando el título, su cariño era una mezcla de aspiracion y orgullo en la que entraba tambien la simpatía; era un amor inesplicable, pero al fin era un amor.

El amor en ciertos corazones es un elemento de destruccion, es el rayo combinado, la mar siempre inquieta, la sirte amenazante.

Eloisa por el contrario, aspiraba solamente al cariño del hombre á quien adoraba, era el sueño de flores de la niña, la corona de azucenas ciñendo el alma vírgen de la criatura.

El alma de don Fernando estaba suspendida entre el cielo y el océano.

El cielo podia enturbiarse y desprender el rayo; una vez en actitud de tormenta, el mar abriria un profundo abismo á sus pies.

III.

En esta crísis terrible llegó la noche aquella, en que el estudiante Felipe Cuevas, sin mas razon que el espíritu de Baco, acertó á dar una estocada al conde del Jaral.

Don Fernando estaba en su estudio disponiendo sus papeles, y se notaba en él cierto fondo de malestar inesplicable; su rostro estaba pálido y sus ojos velados por unas ojeras pronunciadas; se comprendia que la noche la habia pasado en vela.

Efectivamente, el conde sentado á una mesa de juego, libró su fortuna al azar, y su fortuna voló como el humo de la disipacion.

Acobardado ante sus compromisos imposibles de satisfacer, optó por el matrimonio y se decidió á verificarlo con la señorita Eloisa Mons, creyendo que Rosa no podria enterarse de este acontecimiento.

Mondoñedo llegó á la casa del conde, y con su acostumbrada familiaridad, se acercó á su amigo dándole un golpecito en el brazo.

—Cuidado, que me haces mal.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, es una ligera herida que he recibido hace tres noches.

Una sospecha cruzó por el corazon del estudiante.

—¿Y dónde aconteció esa desgracia?

—¡Pst! ¡llamas desgracia á un ligero rasguño! ¡Demonio! lo doy por bien empleado con el susto que llevó ese majadero.

Aquello no era sospecha, era la realidad; Mondoñedo procuró disimular cuanto pudo, por no hacer entrar al conde en sospechas.

—¿Conque se aturrulló tu heridor?

El conde no respondió, ocupado como estaba en el arreglo de sus papeles.

—¿Y es de gravedad?—insistió el estudiante.

—Algo se ha enconado, parece que era hoja de verduguillo.

Mondoñedo sintió oprimido su corazon por una mano de hierro.

—Vamos,—continuó don Fernando,—ayúdame, que tengo que darte una noticia muy importante.

Mondoñedo, entregado al turbion de sus ideas y á la desesperacion de sus celos, no oyó á don Fernando.

—Vamos, parece que estoy hablando en desierto, acércate y arréglame esos legajos.

El estudiante se aproximó á la mesa.

—Pues decia, amigo Mondoñedo, que esta noche doy el golpe, ¡me caso!

El estudiante dejó caer los legajos que tenia en la mano y volcó el tintero sobre la carpeta.

—¡Satanás cargue contigo!—exclamó el conde—ya manchaste ese documento.

—Perdona, fué una casualidad.

—Pues señor, lo dicho, me derrumbo, es decir, me caso.

—¿Y con quién?—preguntó con ansiedad terrible el estudiante.

—Parece que te interesas demasiado; ¡diantre! cualquiera diria que eras el novio.

—Deja las bromas y díme la verdad.

—Es un secreto.

—¡Dímelo por Dios, Fernando!

—Vaya un hombre original.

—Necesito que me digas el nombre de tu novia.

—¡Ea, majadero! suelta, que me lastimas.

—Perdona otra vez, hoy vengo muy preocupado.

—Voy á decirte ese nombre que tanto excita tu curiosidad.

—Ya te escucho.

—Pienso castigarte con mi silencio.

—No, no lo harás, porque sabes cuanto me intereso por tí; acaso pueda darte un consejo, ¿no es verdad?... yo te hablaré con franqueza, tú no necesitas de mi opinion, pero en fin, soy tu amigo.

—Bien, pues esta noche me desposo con Eloisa.

El estudiante sintió otra vez las palpitaciones de la vida y se arrojó casi llorando al cuello de don Fernando.

—Bien, hombre, déjame; basta de felicitaciones, que me vas á hacer sangrar la herida.

—Tu eleccion no puede ser mas de mi agrado, la señorita Mons es un ángel, un serafin, tú vas á ser muy feliz, ademas es rica, riquísima, inmensamente rica.

—¡Y eso qué importa!—dijo con indiferencia aquel hombre, no obstante de sentir el dedo sobre la llaga.

—Algo importa, el dinero es la base sobre la que se levanta la felicidad. ¡Oh! si yo tuviera la milésima parte de tu caudal me casaba con Rosa.

Aquel nombre pronunciado por Mondoñedo, trajo á la memoria del conde á la jóven abandonada.

Serenóse instantáneamente y preguntó con indiferencia:

—¿Conque tú tambien estás enamorado?

—Sí, hasta las entrañas.

—No me habias hablado nunca de Rosita.

—Es que ese nombre no sale jamas del corazon.

—¿Y dónde vive tu novia?

Mondoñedo le tenia miedo al conde, y eso detuvo un desenlace fatal, porque el estudiante respondió sin inmutarse:—Santa Teresa número 4.

—No es—murmuró don Fernando.

—Soy dichoso,—balbutió Mondoñedo.

—Conque hablemos de mi negocio: he dispuesto una fiesta íntima, un convite de familia, nada de ostentacion; pero eso no quiere decir que tú no asistas, van algunos amigos y yo te cuento entre ellos.

—Lo sé, Fernando, y tendré una positiva satisfaccion en presenciar una ceremonia de la cual depende tu bienestar futuro.

—Muy moral has aparecido.

—Hay cosas demasiado sérias, señor mio, y yo respeto á la señorita Mons.

Don Fernando le tendió la mano á Mondoñedo.

—Te espero esta noche á las diez, cita inglesa.

—No faltaré, te lo juro por mi honor.

—¡Adios!

—Entre paréntesis, ¿me necesitas?

—No, gracias, todo está arreglado perfectamente.

—Nos veremos á las diez sin falta.

El estudiante salió como una aleluya y se dirigió á una casa de la calle de San Francisco.

IV.

Un billete de Rosa le habia anunciado cuál era su nueva habitacion.

Subió violentamente la escalera, y penetró en el aposento de la jóven.

Rosa estaba pálida, triste, desesperada; su amante no habia concurrido á dos citas, y ya comenzaba á alarmarse.

—Rosa,—dijo el estudiante—he sufrido de una manera imponderable; dígame usted, ¿qué ha pasado?

—Ese viejo Torre-Mellada, cuya hija robaron los amigos de don Fernando, creyó que en mi casa estaba oculta Isabel, y ha metido á la policía.

—¡Esto es horrible! yo subia, atraido por el bullicio, y me aprehendieron como á un conspirador; no sé qué punto de contacto tenga esto con el rapto de la Torre-Mellada.

—No importa, ya pasó todo, he aquí el fruto de una calaverada.

—El conde ha tenido su aventura.

Plegóse el ceño de Rosa.

—Sin saber por qué motivo, se sintió atacado por un majadero, que acertó á herirle en un brazo.

—No vale la pena.

Mondoñedo quedó satisfecho.

—El conde tiene una aventura peor aún.

—¿Será otro lance? Ese hombre busca la desgracia por todas partes.

—Es que se trata de su fortuna.

—¿De su fortuna?—preguntó Rosa con estrañeza.

—Sí,—dijo el estudiante,fijando con sus ojos tenazmente en los de Rosa,—el conde del Jaral se casa esta misma noche.

Mondoñedo dejó caer una á una estas palabras, buscando el efecto que debian producir en el alma de Rosa, toda vez que se interesara por don Fernando.

El rayo lanzado por el estudiante era tan vivo, tan repentino, que la jóven se quedó como petrificada sin comprender nada.

Mondoñedo perdió hasta la última sombra de sospecha.

—Deme usted ese pañuelo,—dijo Rosa para alejar al estudiante.

Mondoñedo se levantó y Rosa pudo entrar en esa calma fría que ese de todo punto necesaria en las grandes vicisitudes.

—Decia yo,—prosiguió el estudiante,—que mi amigo don Fernando se casa esta noche.

—Lo dudo, porque el conde es un calavera y no dará fácilmente en el matrimonio.

—Cuando yo lo aseguro, que soy el amigo de intimidad, se debe creer á piés juntillos.

—¿Y quién es la novia?

—La señorita Eloisa Mons.

La fisonomía de la jóven se contrajo horriblemente; pero Mondoñedo, precisamente porque observaba de hito en hito á Rosa, no lo pudo notar.

—A las diez de la noche se efectúa el matrimonio, por eso he anticipado mi visita.

Rosa ya no podia contener sus lágrimas.

—Amigo mio,—dijo á Mondoñedo,—me siento algo indispuesta: si tuviera usted la bondad de venir mañana se lo agradeceria.

—Como usted guste,—respondió el estudiante, y volviéndose

de súbito la dijo con profunda emocion:—Perdone usted si la importuno, pero cuando veo á álguien que entra por las puertas de oro y flores de la dicha, entonces el amor que está depositado en el fondo de mi alma se rebela, siento acrecer la pasion que hace tanto tiempo me consume, y mis lábios rompen el secreto en que se han recojido... Rosa, yo amo á usted, hasta ahora no he alcanzado una sola esperanza, un rasgo de compasion.

—¡Compasion!...—murmuró la jóven—¡compasion! esa palabra es un sarcasmo, yo soy quien la necesito; pero usted no se halla al tanto de la tempestad sombría que cruza por mi espíritu abatido; algun dia rasgaré ese denso velo y entonces del fondo de mi pecho se arrancará la palabra compasion, ¡ese ay tristísimo de agonía en los últimos momentos del alma!

—Rosa, usted sufre, y esto me destroza el corazon; yo presiento algo terrible, sé que voy atado á una cadena cuyos eslabones invisibles me arrastran á la fatalidad: ¡este misterio, estas palabras que significan mucho y no puedo comprender, me enloquecen! yo vivo en el vértigo del delirio, en la duda y en la ansiedad.

—Plegue al cielo,—dijo la jóven,—que no salgais de esas tinieblas; porque es terrible despertar de un sueño para encontrarse en el terreno de la realidad. ¡Adios! ¡olvidad vuestro amor, yo no puedo amar á nadie, mi corazon repele todo, soy un ser excepcional, mi alma se levanta por cima de las pasiones humanas!... ¡he sabido amar, amar hasta la locura, hoy ya no amo; el licor de la vida se empozoña, el horizonte se tiñe de sangre y el acento apacible que otras veces se ha exhalado de mi corazon, hoy es un rugido de desesperacion! Idos, Mondoñedo, mañana sabreis lo que despues deseareis olvidar. ¡Adios!

La jóven se lanzó violentamente al interior de los aposentos.

Mondoñedo quedó como una estátua, mudo, helado y en silencio; no sabia qué pensar de aquella súbita metamórfosis; hasta entonces habia creido en una mujer; desde aquel instante el ángel se trasformaba en génio, pero en génio de la desesperacion.

Las esperanzas que habian surgido durante el período que llevaba de tratar á Rosa se arrancaban para siempre; el estudiante se sentia al borde de un abismo, sin percibir un rayo de luz que le alumbrase; aquello era superior á su inteligencia, estaba por cima de su corazon que era sereno y arrojado.

Repúsose un tanto y salió de aquella casa como un demente, y se echó á andar sin rumbo ni objeto por las calles de la ciudad.

V.

Rosa llegó á su aposento desfallecida, se arrojó en su lecho y lloró en silencio, pagando el tributo á su alma de muger.

Levantóse despues llena de orgullo, altanera, magestuosa, acercóse á su mesa, tomó una targeta y escribió con pulso firme:

«Fernando: hace tres dias faltas á nuestra cita; nunca me he sentido mas enamorada; ven, por la primera vez podré recibirte. Una circunstancia imprevista nos proporciona este feliz instante por mí tan deseado; ven, te llama el cariño apasionado de *Rosa*».

Tiró del cordon de la campanilla, y se presentó una camarera.

—Al señor don Fernando Moncada; que se le entregue en propia mano.

La camarera salió.

—Ya estás en mi poder,—exclamó la jóven fijando una mirada siniestra en el cuadro de la Herodías.

—¡Primero así!...—exclamó señalando la cabeza del Bautista—¡esta pintura es acaso una cifra del porvenir!

CAPITULO XVII.

Donde se da cuenta de una música en que no han pensado Verdi ni Bellini.

I.

El estudiante salió por la puerta de San Lázaro, adelantó en el camino del Peñon y á las dos horas de camino se sintió cansado y tomó asiento sobre una piedra que estaba sosteniendo el poste del telégrafo.

Esa via puede reputarse como una lengua de tierra, porque á sus costados se extienden las bellísimas lagunas de Chalco y de Texcoco.

Mondoñedo contemplaba aquella vasta inmensidad donde el cielo azul sembrado de nubes blancas se reflejaba como una cúspide de zafiro.

El aire de la tarde comenzaba á levantar las olas, que aparecian en un continuo desvanecimiento como escamas de oro hasta perderse en los confines del lago.

En el fondo del horizonte se veia una sucesion de picos azulados de esa corona de montañas que ciñe el valle de México.

Las aves en bandadas, atravesaban por las lagunas y se posaban en las olas como grumos de espuma al soplo resbaladizo de las auras.

Las barcas pescadoras apenas se percibian como una sombra que se deslizaba por el cristal del agua.

A lo lejos aparecia el Peñon, esa pequeña prominencia en cuyo seno se reunen los elmentos volcánicos preparando para mas tarde una catástrofe.

El infeliz estudiante no hallaba qué pensar sobre una situacion tan oscura y preñada de reticencias y de misterios.

—El tiempo solamente desatará este lazo que me ahoga,—decia en el delirio de sus dudas:—yo amo á esa mujer, me llega el ardor de su alma y el fuego de sus pensamientos; pero me hallo tan distante como el sol... esperemos, yo creo comprometida mi existencia en esta pasion.

Quedóse con el rostro escondido entre las manos y los brazos sobre sus rodillas, abismado en el mar insondable de sus pensamientos.

Un golpe de viento trajo velozmente un grupo de nubes, que unidas á otras formaron un cortinage negro que apagó los rayos solares.

Desprendióse una violenta lluvia.

El estudiante se levantó pausadamente, y pocos momentos despues estaba envuelto en la tempestad.

Echóse á andar; pero el trayecto era largo y llegó á la ciudad entrada la noche.

Escurriendo el agua, lleno de fango y con la desesperacion en el alma, tomó asiento en uno de los banquillos de la Plaza de Armas, para dar tregua á la fatiga.

Hacia media hora que Mondoñedo descansaba, cuando percibió un ruido extraño y gritería.

Llevado de la curiosidad se acercó hácia el átrio que da al *Empedradillo*, y conoció que aquella algazara era nada menos que una furibunda *cencerrada*.

II.

Cuando se supo en México la muerte del jóven general Leandro Valle, fusilado en el Monte de las Cruces por las hordas reaccionarias, se levantó un escuadron, formado por los jóvenes mas distinguidos de la sociedad.

El escuadron tomó el nombre de *Valle*, y comenzó á organizarse definitivamente.

Aquella juventud eligió el patio del Monte de Piedad, para celebrar sus academias.

El edificio es vasto, sus departamentos bien combinados; pero en todo él se respira la época en que el señor don Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, decretó su fundacion.

Hay allí mucho de sombrío y recojido; sus empleados son silenciosos y dedicados, allí no se habla sino lo extrictamente necesario, existe la escala rigurosa en los ascensos, hay gefes seculares como los ahuehuetes de Chapultepec; parece que las sombras de los empleados del siglo XVIII permanecen aun, y se echa de menos la peluca empolvada, la casaca de raso bordada, los zapatos bajos y el espadin. Creemos haber visto que uno usaba sombrero de *tres picos*, y estamos seguros de que alguno de sus empleados lleva corbatin de resortes de acero, cuellos superabundantes y capa española hasta los tobillos.

El Monte de Piedad es uno de los establecimientos de beneficencia que han conservado su forma al traves de las convulsiones políticas.

Se giran en él mas cantidades que en muchas de las oficinas recaudadoras del gobierno, y con un número reducido de empleados.

Las almonedas son muy concurridas: piezas de ropa que valen un sentido en la casa de Salin, se rematan á un precio ínfimo.

Los especuladores se apoderan de la almoneda.

Nos hemos divagado un tanto de nuestro objeto. Deciamos que la juventud atronadora del escuadron Valle concurria al patio del Montepío á celebrar sus academias.

Aquel establecimiento que á las tres de la tarde se trasforma en lugar de sombra y de silencio, se sintió extraño á la turba alborotadora de los nacionales.

Parecia que una parvada de golondrinas aventureras se habia apoderado del edificio.

Aquello era una profanacion; los retratos de Cárlos III y del conde de Regla que yacen empolvados en el aposento del director, se habian irritado al escuchar las voces de la ordenanza, y protestaban con la cédula y el reglamento en la mano.

El director, influenciado por el espíritu de aquel siglo, prohibió la entrada á los nacionales.

Los nacionales á su vez se irritaron contra el director, y le dispusieron un obsequio como aquel ofrecido á Saligny por sus compatriotas, y que á un sereno le pareció *música rara de los señores extrangeros.*

III.

Mondoñedo se acercó á un grupo de embozados que se habia situado frente al Montepío.

—¡Hola, Mondoñedo!—gritó la voz conocida de Santiago Gonzalez,—¿ya vienes prevenido?

—No sé de qué se trata.

—Pues óyelo, querido, que ya vamos á dar el segundo toque; extiende la vista y ve mirando á todos los amigos.

Los nacionales estaban armados de almireces, cacerolas, bandejas, cazos, campanas, matracas, sonajas, trompetones, cornetines y de cuanto instrumento ú objeto pudiera producir una música infernal.

—¿Quién capitanea?—preguntó Mondoñedo.

—Quién ha de ser,—respondió Felipe Cuevas que se hallaba en todas las aventuras,—sino Agustin del Río, uno de nuestros gefes.

—Entonces,—respondió el estudiante,—la *batuta* está en buenas manos.

Acercóse un jóven alto, robusto, de bigote y piocha espesos, puro habano y sombrero de fieltro:

—Muchachos,—dijo á los estudiantes,—preparen las armas que ya va la segunda andanada.

—Ya estamos, Agustin,—gritó la turba llena de regocijo.

—Corran la palabra,—insistió del Río,—que ya la sinfonía va á comenzar.

Agrupóse toda la gente de trueno, y al repique de una campanilla se soltó el infernal ruido que llegó á los salones del respetable director del Montepío.

Aquello era... era... Salvá trae la palabra en su diccionario: era una *cencerrada;* ¡pero qué cencerrada!

Aquello era la armonía de la discordancia, un trozo de la sinfonía del infierno, el vértigo de las escalas cromáticas en una descomposicion abominable, las *floriture* de Satanás en sus horas de mal humor.

La gente que paseaba en el átrio ocurrió al lugar que podemos llamar de la ejecucion, y se agregaban á todo aquel ruido los silbos, las carcajadas y los aplausos.

Los balcones del edificio permanecian cerrados

Cesó aquel aguacero de discordancia por algunos minutos, para dar su último saludo al director, que no daba por aquella noche señales de vida.

Como una parvada de tordos á la detonacion de una escopeta, así se dispersaron los nacionales, y la noticia de tan gloriosa cencerrada circuló por toda la ciudad.

IV.

Luego que Gonzalez, Felipe Cuevas y Mondoñedo se encontraron solos, este les preguntó cómo seguian de sus contusiones.

—Ya estoy bueno,—dijo Gonzalez,—y lo poco que me quedaba me lo he desquitado con la cencerrada.

—Nos la ha pagado el director; figúrate, amigo mio, que en ese maldito establecimiento no nos reciben nuestras prendas.

—Tales están ellas.

—Eso no importa, es Monte de Piedad de Animas, y nosotros nos reputamos como tales.

—En el Montepío aguardarán á que uno se vuelva ánima para socorrerlo, y eso es horrible.

—Ya en la desnudez nos vamos pareciendo demasiado.

—Cuenten con mi bolsa,—dijo Mondoñedo.

—Gracias. ¿Pero de dónde diablos sales tan enlodado y con el sombrero escurriendo el agua?

—Vengo de un paseo.

—¿De natacion?

—Punto menos.

—Vete á mudar ropa, que estás hecho un carámbano.

—Ademas,—dijo el estudiante,—que esta noche tengo que asistir al casamiento del conde del Jaral.

—Es buena noticia para Isabel, que me parece le ama todavia, —dijo Cuevas por herir la susceptibilidad amorosa de Gonzalez.

Santiago respondió con socarronería:

—Rival menos.

Cuevas se mordió los lábios.

—Nos veremos, el conde me espera, mañana puedo necesitaros.

—Te esperamos toda la mañana en la casa de Gonzalez.

—Muy bien, y adios.

V.

Felipe Cuevas, celoso de su concolega, juró tomar venganza al recibir el sopla-mocos de Gonzalez, y esa misma tarde le puso un anónimo á Don Fernando Torre-Mellada, dándole las señas de la casa y cuantos particulares le vinieron á las mientes, colocando al irritado padre sobre la vía que paraba en el aposento del estu-

diante Santiago Gonzalez, donde yacia como tórtola enjaulada la desgraciada Isabel.

El inválido dejó caer la noche, y seguido de tres policías se puso en acecho de la casa como un gato frente á la ratonera.

Los dos amigos se dirigieron á la habitacion de Gonzalez.

Isabel, que habia recobrado su antiguo buen humor, los recibió con agasajo.

Cuevas extrañó verla, y se figuró que el anónimo no habia llegado á manos de Torre-Mellada.

Entablóse la tertulia de todas las noches, tocaron la guitarra y se cantaron seguidillas y canciones románticas, y despues entró la de hablar algo de la crónica del dia.

Cuevas, con intencion dañada, refirió el casamiento del conde del Jaral.

—Se casa, y por él estoy en el borde de la perdicion,—pensó la jóven;—me ha entregado en manos de estos nécios, y acaso se burla de mi credulidad con ellos; es necesario terminar una situacion tan tirante; al menos no se reirán de mí.

Estas ideas atravesaron como un relámpago por el cerebro de la jóven, y pretestando cualquier cosa, se levantó de su asiento y salió al corredor.

Entró en su aposento, tomó su abrigo, y procurando no meter ruido, dejó con el mayor silencio y desesperacion la casa de los estudiantes.

Mucha era la dilacion de la jóven, tanto que ya se hacia notar en la pequeña concurrencia.

Levantábase Loreto en busca de su amiga, cuando la policía, acaudillada por el inválido, tomó las avenidas de los aposentos y se precipitó en el de recepcion.

—¡Alto ahí todos!—gritó Torre-Mellada con voz de trueno.

Los estudiantes se quedaron petrificados.

—¿Qué busca usted en mi casa?—preguntó Loreto.

—Señora, entréguemela usted.

—¿Pero qué quiere usted que le entregue?

—Lo que tiene usted oculto.

—No comprendo una palabra.

—Lo que pido es á mi hija, á Isabel, que vive en esta casa.

—Es cierto que aquí ha vivido algunos dias; pero hace un momento que desapareció.

—¡Rayo del cielo!—esclamó el viejo;—¡esto es demasiado!

Los policías catearon todos los aposentos: la jóven habia desaparecido.

—Esta sí es una verdadera *cencerrada*,—dijo Felipe Cuevas frotándose las manos.

CAPITULO XVIII.

Donde prueba el autor la facilidad de hacer sufrir á una mujer el tormento de Juana de Arco.

I.

La señorita Eloisa Mons estaba en su gabinete esperando la llegada del peluquero, para exhibirse como siempre en esos trajes admirables de fantasía en que resaltaba todo el buen gusto é imaginacion de la jóven.

Sobre un confidente estaba el traje de ceremonia y en la mesa consola varias cajas con joyas preciosísimas.

La novia tenia un semblante inquieto algunos momentos y otros exaltado, seguramente cruzaban por su cerebro ideas encontradas que determinaban la fisonomía siempre hermosa de Eloisa.

Su palidez se habia hecho mas intensa, y sus ojos brillaban como dos luceros al arrollarse las primeras nubes de la tormenta.

Llevaba un vestidor de cachemir, su cabello caía en rizos descompuestos sobre su seno y espalda, y en ese descuido tan esmerado habia toda la gracia del gusto y el romanticismo de su situacion.

No estaba solo el aposento con aquella ave pronta á dejar la jaula de oro de sus primeros años; en un sillon próximo al que ocupaba Eloisa, estaba don Fernando, contemplando la belleza deslumbradora de su novia.

Por mas gastado que estuviera el corazon del conde, se sentia reanimar solo á la luz apacible de aquella mirada; ademas, esa mujer lo amaba con pasion.

Rosa, sepultada en la oscuridad, sin ese brillo del lujo y de la aristocracia á los ojos de un hombre todo orgullo y vanidad, debia desaparecer como una sombra en su imaginacion.

—¡Qué bella estás, Eloisa!—decia el galan lleno de entusiasmo: —yo bendigo el momento en que vamos á unirnos para siempre; en que mi alma concentrada en la tuya puede adormecerse en un delirio intenso de felicidad.

—Fernando, yo estoy loca de placer, hace tres noches que no duermo, estoy agitada, profundamente inquieta, me parece que todo es ilusion, que el cielo ha abierto sus puertas de zafiro para nosotros; no creia tan próximo este momento.

—Eloisa, cuando va á llegar una época de realidad bellísima para nosotros que hemos nacido en la alta esfera de la sociedad, debiamos estar unidos; pronto desaparecerá toda esta situacion, nuestros derechos serán reconocidos y mi nombre tomará el brillo de mis antepasados. Eloisa, la monarquía va á levantarse sobre este edificio que amenaza ruina; rico, feliz, envidiado, nuestro orgullo y amor quedarán satisfechos.

—No quisiera yo,—dijo Eloisa,—que identificaras nuestra suerte con los azares de la política; yo quiero vivir tranquila, Fernando, nada que pueda acibarar nuestra existencia.

—Eloisa, mis compromisos en Europa me han traido á México y tengo que cumplir la palabra empeñada.

—Yo respeto cuanto tú hayas hecho, pero te suplico en nombre de nuestro amor, que te alejes de ese terreno siempre resbaladizo de la política.

—Me olvidaba, —dijo D. Fernando, sin contestar la súplica de su novia:—te traia este alfiler, quiero que esta noche lo lleves en tu tocado.

Eloisa tomó una caja de terciopelo azul, la abrió y quedó encantada.

Una piedra de ópalo de un tamaño extraordinario y con los colores bellísimos del íris, estaba sobre una montadura que formaba un cerco de brillantes claros como la luz y como ella resplandecientes.

—¡Es magnífica la combinacion!—dijo la novia.

—Yo quedo satisfecho,—respondió D. Fernando,—con que sea de tu gusto.

—No quiero decirte nada sobre los adornos de esta noche, porque pienso darte una sorpresa.

—Siempre tú eres una novedad para mí, aunque estás conmigo á todas horas

Eloisa tomó con sus pequeñas manos la cabeza de su novio y acercó sus labios á la despejada frente de D. Fernando.

II.

La señorita Mons entró en su tocador, donde la esperaban sus amigas íntimas para vestirla, despues de concluir su *toilette* de la cabeza.

—Vistamos la imágen,—decia Lola,—nuestro honor está comprometido ¿no es verdad?

—La escultura es magnífica,—respondió Victorina,—no nos hará quedar mal.

—Por Dios, amigas mias,—exclamaba la novia,—no sigan divirtiéndose.

—¿Quién se divierte con un lance tan serio, Eloisa?—respondió Lola conteniendo la risa:—esto de casarse no puede menos de afectar nuestra sensibilidad. ¿no es cierto, Victorina?

—Querida mia, yo no soy la novia, ella podrá responder satisfactoriamente.

—No abusen de mi buen humor.

—Ya esperaba esa respuesta,—dijo Victorina:—¡buen humor cuando vas á dejarnos para siempre! confiesa que tú eres la que estás de broma.

—No me comprendes.

—Demasiado, Eloisa.

—O yo no me explico.

—Puede ser,—añadió Lola,—por eso nosotros nos lo explicamos solas.

—Victorina está celosa.

—Sí que lo estoy: venir un señor conde y sin mas ni mas arrebatarnos á la mas bella de nuestras amigas, es horroroso.

—Eloisa guarda silencio, lo cual quiere decir que consiente en que se la tenga por hermosa.

—Cabalmente,—respondió la jóven, siguiendo la broma.

—Lo peor de todo,—dijo Lola,—es que lo dicho es una verdad de á folio.

Eloisa dió cariñosamente una palmada en las mejillas de Lola.

—¡Y qué guapo es tu novio!—observó Victorina:—¡qué cuerpo tan elegante, qué ojos! Vamos, no continúo por temor de que vayas á enfadarte.

—Estás verdaderamente insufrible.

Lola y Victorina estaban con un afan extraordinario vistiendo á Eloisa.

—Nada falta, el velo te lo pondremos á última hora.

—La corona es preciosa.

—Estás como una Vírgen, amiga mia.

—Gracias á tanto atavío.

—Jamas te hemos visto mas sencillamente vestida.

—Vengan esas manos de criatura, pongámosle los guantes.

—Ahora sí, no le falta más que hablar.

—Como que la agitacion puede dejarme muda.

Eloisa estaba verdaderamente encantadora, llevaba un traje de *moaré* blanco atado con una cinta encarrujada de seda. La falda de encima de gasa recogida en el lado izquierdo por un ramo de azahar, y en el escote un collar de capullos iguales á los de la corona, cuyas guias descendian suavemente hasta tocar el flexible talle de la desposada.

Parecia una de las vestales de la poética religion griega.

Llevaba al pecho y oculto entre los ramos de azahar, los brillantes del alfiler como gotas de rocío entre el pétalo de las flores.

Si el autor de las *Flores animadas* hubiera visto á Eloisa, le da vida á la *magnolia* con esa exaltacion febril de un cerebro próximo á la locura.

III.

La familia Mons recibia aquella noche á las personas de la familia y á los amigos íntimos; le parecia muy poco aristócrata esa afluencia de convidados en una ceremonia de familia, y de mal tono la presencia de gentes extrañas.

El conde del Jaral participaba de estas ideas, le parecia de mejor *sensacion* el misterio; y á excepcion de sus testigos y padrinos, no envió papeleta á ninguno de sus camaradas.

El caballero Edmundo Mons, no estaba contento con el casamiento de su hija; le parecia don Fernando un hombre repugnante y calavera, lo rechazaba por instinto, y aquella boda se celebraba con una visible contrariedad por parte de él.

La fatuidad del conde, ese aire de proteccion que dispensaba á cuantos se le acercaban, tenia molesto al padre de Eloisa.

Hemos dicho que el señor Mons habia estado de cónsul en los Estados-Unidos durante muchos años: allí se habia robustecido en sus doctrinas democráticas y odiaba á los títulos como una pretension punto menos que ridícula.

Dedicado á la educacion de su hija, estaba ufano de su obra, porque Eloisa era una jóven instruida y familiarizada en las prácticas del refinamiento.

El conde asistia á las tertulias de la casa de Mons, donde conquistó el cariño de la rica heredera.

Ya sabemos que á don Fernando lo llevaba, mas que el amor, lo apremiante de sus compromisos: esto se le pasaba por las mientes al señor Mons, y se inquietaba por el porvenir de su adorada hija.

El padre hablaba de ella con exaltacion, y un amigo se aventuró á preguntarle:

—¿Y nada mas esa hija teneis?

Mons lo vió con extrañeza, y como era de su intimidad le respondió:

—Allá antes de casarme amé á una mujer sin corazon, que en su orgullo desató el lazo que hubiera indudablemente orillado mi enlace; expuso á mi hijo entregándolo á manos extrañas... este recuerdo me hace sufrir. Esa mujer infame fué dotada por mí en una cantidad considerable, con la que se marchó á España sin que haya vuelto á saber de ella. Despues de nuestra separacion he querido investigar el paradero del niño, mas no ha sido posible. Me aseguró un amigo por aquella época que Berta se habia casado en Madrid, ocultando como era natural la historia de nuestros amores.

—Señor,—dijo Mondoñedo acercándose á los dos amigos,—el señor conde del Jaral busca á usted para saludarle.

—Tenga usted la bondad de decirle donde estoy; pero no hay necesidad, se acerca á nosotros.

Don Fernando, elegantemente puesto, con traje negro y centro blanco, donde brillaban tres magníficos solitarios, y con su arrogancia acostumbrada, se acercó á Mons.

—Señor, os buscaba para saludaros.

—Gracias, conde.

—Es grande mi satisfaccion al verme honrado por una familia tan apreciable y distinguida.

El señor Mons inclinó ligeramente la cabeza.

—Señor, vuestra hija es la joya mas valiosa que pudiera encontrar en el tránsito de mi vida.

—Gracias, conde.

—Miradla, está hermosísima, y respira el ambiente de la pureza y de la virtud.

Acercóse Eloisa á su padre, que sintió nublarse sus pupilas y oprimir su corazon.

—Padre mio, no te has acercado á darme un beso.

Edmundo Mons, con aquella ternura que solo brota en el corazon de un padre, se acercó á aquella tierna criatura y la besó en la frente.

Una lágrima de angustia vertida de aquellos ojos, cayó como una gota de fuego por el semblante de Eloisa.

La jóven se estrechó con efusion al pecho de su padre.

—Vamos,—dijo el señor Mons,—hoy se trata de tener alegría, no hay para qué entristecerse; ve, te esperan tus amigas; Fernando, el brazo á su esposa.

Acercóse con galantería el conde y presentó su mano á Eloisa, que la oprimió dulcemente.

IV.

Eran las ocho aún, y la ceremonia debia verificarse á las diez.

Mondoñedo estaba impaciente; parece que husmeaba algo de lo que iba á pasar: veía continuamente el reloj, y las horas se le hacian eternas.

El conde habia salido á la antesala á fumar un tabaco con sus amigos, cuando un lacayo le presentó una esquela que don Fernando leyó violentamente.

Reflexionó algunos momentos, y parándose resueltamente, entró en el salon y dijo á Eloisa:

—Un negocio de urgencia me obliga á dejarte por unos momentos.

—Que no tardes, Fernando,—dijo Eloisa dirigiéndole una mirada capaz de conmover á una roca.

Mondoñedo, por un instinto desconocido, se puso en acecho de don Fernando; algo vió en sus ojos que despertó un sentimiento extraño en su corazon.

El conde entró en su carruaje, y Mondoñedo en su carretela se puso en seguimiento de aquel hombre, envuelto en el torbellino de las vicisitudes.

V.

Dieron las diez.

El sacerdote esperaba la llegada del novio para revestirse.

Eloisa estaba inquieta con la ausencia de don Fernando.

El señor Mons, sin preguntar, salía cada momento al balcon para ver si llegaba el carruaje.

Las amigas de Eloisa se pusieron al piano para hacer mas pasadero el tiempo.

Ninguno de los convidados decia nada; pero ya comenzaba á notarse una agitacion desconocida en la concurrencia.

Eran las once y don Fernando no parecia.

El señor Mons buscó á Mondoñedo; éste tambien se habia ausentado sin dar aviso de su separacion.

La jóven no sabia qué pensar; indecisa, vacilante y afligida, no quitaba la vista de la puerta de entrada.

Todos guardaban silencio: nadie se atrevia á pronunciar una sola palabra que revelase la verdad de aquella situacion.

El señor Mons estaba sombrío.

Eloisa, con las lágrimas prontas á desprenderse de sus pupilas, y con una afliccion profunda.

El silencio discurria por aquella sala, antes animada por los ecos de la música y las voces angelicales de las amigas de la desposada.

En medio de aquella terrible espectativa, sonaron pausadamente las doce.

El eco del bronce resonó con un timbre de agonía en el corazon de la jóven.

El señor Mons desapareció de la escena.

CAPITULO XIX.

Donde se ve que el robo de las Sabinas se vuelve por pasiva en el siglo XIX.

I.

El carruaje se detuvo á la puerta de la casa de Rosa.

El conde del Jaral, acostumbrado á las aventuras y atormentado con la situacion que guardaban sus amores, pues la jóven jamas le habia concedido una entrevista, no desperdiciaria la oportunidad de pasar una hora junto á aquella mujer á quien tenia intenciones de amar alguna vez, como á bordo del «Conway.»

El billete de Rosa era el mejor anzuelo tirado á tan grande pez.

El conde subió precipitadamente las escaleras sin notar que el estudiante lo seguia muy de cerca.

Rosa le esperaba con impaciencia, y ya comenzaba á inquietarse, porque el billete no le fué entregado en la mañana á don Fernando.

Pendiente al menor ruido, permaneció en el balcon hasta que el carruaje del conde se detuvo á su puerta.

Entróse la jóven para recibir á don Fernando, no sin percibir la carretela del estudiante.

El desgraciado Mondoñedo lo comprendió todo.

Habia sido el juguete miserable de aquella mujer, el órgano puro donde ella se informaba de los pasos todos de su amante; su papel era el de un lacayo, menos aún, de un policía secreta.

Agolpósele la sangre al corazon, que amenazaba romper la tabla del pecho, su frente se heló y su semblante se contrajo espantosamente.

Detúvose á la puerta por donde el jóven habia penetrado, y conteniendo la respiracion se puso á escuchar.

Vió primero por el ojo de la cerradura, pero se retiró inmediatamente temiendo no poderse contener, y lanzarse como un lobo en la estancia y anegarla en sangre.

II.

Rosa le tendió la mano al conde, quien la besó con pasion.

En el traje riquísimo de don Fernando se adivinaba todo.

Rosa se estremeció de celos; pero sonrió despues con satisfaccion.

—No esperaba yo, señora, tanta felicidad; lo que he deseado tanto tiempo y pedido con tanta súplica, hoy se me concede como por encanto.

—Es que mi amor os llama.

—¿Por qué ese lenguaje de reserva, Rosa mia?

—¡Conteneos!—dijo la jóven viendo que don Fernando le habia pasado el brazo por el talle.

El galan se retiró, notando alguna extrañeza en el semblante de la jóven.

—¿Me amais mucho, no es verdad?—preguntó Rosa de una manera incisiva.

—Cuanto un hombre puede amar á una mujer.

—¿Recordais vuestras promesas á bordo del «Conway?»

—¿Que si las recuerdo? no he olvidado una sola; esta pasion que me consume, es hija de aquellas horas dulcísimas en que oí de vuestros labios la primer frase de amores: desde entonces me parece que estais mas hermosa, que os amo con mas entusiasmo.

Don Fernando tomó la mano de Rosa.

—¡Retiraos, caballero!—dijo con altanería.

El conde se comenzaba á sentir humillado.

—¿Qué teneis, señora?—preguntó algo incómodo don Fernando.

—Vos lo sabeis acaso mejor que yo.

—Os juro que...

—No jureis,—interrumpió la jóven;—cuadran mal á un hombre de honor esas protestas.

El conde comenzaba á sospechar.

—Hablemos de otra cosa, ¿conoceis á Manuel Mondoñedo?

Don Fernando se estremeció involuntariamente.

La puerta crujió como á un golpe de viento.

—Que si le conoceis os pregunto, caballero.

—Sí, es un estudiante que merced á una herencia hoy frisa en el gran mundo.

—Y si os dijera,—exclamó Rosa, sin poderse contener ante la audacia de aquel hombre,—que yo levanté de la miseria á ese desgraciado para ponerlo en pos de vuestra huella y saber hasta lo que pensábais, ¿qué diríais?

La puerta volvió á estremecerse.

—Que he sido víctima del espionaje y de la traicion.

—Si vos invocais esa palabra ¿qué diré yo cuando sé que hoy mismo os desposais con la señorita Mons?

Don Fernando sintió que un rayo habia herido su cabeza, llevó las manos al rostro y balbuceó algunas palabras.

—¿No es verdad que me habeis escarnecido, que habeis bur-

lado mi amor creyendo que no llegaria á mis oidos la noticia de vuestra infame conducta?

—Señora, por Dios,—dijo Fernando, poniéndose de rodillas.

—¡Alzad, mal caballero, yo os arrojo de mi casa como á un hombre despreciable y ruin!

Don Fernando tendió la mano para asirse del traje de Rosa; esta lo apartó con desden insultante.

—Vuestro contacto me mancha, ¡retiraos! ¿no habeis oido que yo os arrojo de mi presencia?

Levantóse el conde herido en su amor propio, tomó el sombrero, se lo caló con altivez y dijo con timbre desdeñoso:

—Estaba reservado á la hija de un comerciante el lanzar un ultraje á quien se ha rebajado hasta el punto de requerirla de amores.

—Descubríos, señor conde del Jaral,—dijo Rosa, arrebatando el sombrero de la cabeza de don Fernando y arrojándolo con fuerza sobre la alfombra.

—Os perdono,—dijo el conde lanzando una carcajada nerviosa: —esta escena es toda vuestra.

—¡Don Fernando Moncada!—exclamó la jóven, apretando convulsivamente el brazo del conde:—¡reportaos, estais en presencia de doña Blanca de Borbon, condesa de Montemolin!

Don Fernando cayó trémulo á los piés de doña Blanca...

—Os he dicho mi nombre, y como sois capaz de denunciarme, permanecereis en esta casa hasta que yo pueda salir de la ciudad.

—¡Compasion, señora!—decia el conde arrodillado.

—Alzad, caballero, aun es tiempo de una reparacion á esa criatura á quien vais á engañar villanamente: escribid que es imposible ese enlace.

—¡Señora!

—¡Escribid pronto, os digo!

—No, no tengo valor,—murmuró don Fernando.

—¿Y lo habeis tenido para engañarla?

El conde estaba mudo.

—Oidme: tengo en mi poder vuestra correspondencia con los agentes de la *intervencion*, en que constan las notas de Suiza, de Lóndres, de Paris y de España; todas ellas os pueden llevar al cadalso en América.

El conde temió sériamente por su existencia.

—Estoy á vuestras órdenes, señora.

La condesa le presentó recado de escribir; don Fernando, trémulo de vergüenza, trazó estas lacónicas frases:

«Eloisa, nuestra union es imposible; perdonadme. Adios—*Fernando.*»

Doña Blanca tomó el billete y dijo al conde con imperio:

—Entrad en ese aposento.

Don Fernando obedeció sin decir una palabra.

La jóven dió dos vueltas á la llave, y despues abriendo violentamente la puerta en que estaba el estudiante, dijo con voz de trueno:

—¡Adelante, caballero!

III.

—Señora, habeis abusado de una manera cruel de mi amor.

—Nunca os he dicho que os amaba.

—No, es cierto, pero mi abnegacion no merecia tanto desden. He sido el juguete de vuestros celos; si yo hubiera sabido que era hasta un crímen levantar la voz de mi cariño hasta la hija de Cárlos Luis de Borbon, estaria fuera de este camino en el que debo encontrar la muerte.

—¡Perdonadme!

—No, no pronuncieis esa palabra delante de un hombre humillado; no venderé vuestro secreto, ni llegará hasta vos el rayo de mi venganza: yo lo descargaré sobre la frente de ese hombre á quien amais.

—¿Qué os ha hecho él?

—Nada, pero vos mucho. Daros la muerte sería un favor despues de los ultrajes que habeis recibido del conde: no, yo necesito que sufrais todo el horror de la desesperacion; mi herida ha de ser en el alma, terrible como la que habeis hecho en la mia.

—¡Idos en buena hora, acepto la lucha que me proponeis: vida por vida!

—¡Vida por vida!—gritó el estudiante, y se lanzó rabioso fuera del aposento.

IV.

Despues que las doce de la noche habian sonado, la ansiedad aumentaba por momentos en la casa de Eloisa.

La infeliz novia, presa de la vergüenza, no sabia qué hacer; retirarse era confesar su derrota, permanecer en el salon con aquellos adornos y galas era una ironía espantosa.

El caballero Mons habia salido en busca del conde para matarle. Sin saber á donde dirigirse vagaba á merced del acaso, cuando en una de las calles tropezó con un hombre: era el estudiante.

—¿Quién va?—dijo el señor Mons.

—¿Qué os importa?—replicó Mondoñedo.

—¡Ah! ¿sois vos, caballero?

—Sí, yo soy, ¿qué se ofrece?

—Decidme qué pasa, mi hija se muere de pena y yo de vergüenza.

—Nada me pregunteis, señor, yo no sé nada, nada quiero saber.

—Decidme al menos el paradero del conde.

—Es un miserable, no sabeis el bien que os hace la fortuna con ese rompimiento.

—¿Luego no se casa ya con mi hija?

—No,—respondió friamente Mondoñedo.

—Explicadme, por Dios.

—No querais saber nada, esa historia es horrible; Dios ha salvado á vuestra hija. ¡Adios!

Y sin que el caballero Mons pudiera detenerle desapareció como una sombra que se desliza.

Edmundo Mons reflexionó sobre las palabras de Mondoñedo y dijo al fin:

—Ese jóven tiene razon, acaso esta fatal circunstancia haya salvado á mi hija. Voy á pasar una crísis de vergüenza, pero no importa. ¡Pobre Eloisa!

Dirijióse violentamente á su casa para dar un término á la situacion.

Al entrar le presentó el portero un billete.

A la luz del farol leyó los renglones trazados por la mano del conde.

—Subió la escalera y penetró en la sala, donde su presencia causó una profunda sensacion.

—¡Padre!—gritó Eloisa, y se levantó á recibirle.

—Señores,—dijo Mons, afrontando de lleno aquella terrible crísis, es necesario que sepais lo que motiva la ausencia del conde.

Todos se levantaron para escuchar al señor Mons.

—En los momentos,—dijo vivamente emocionado el padre de Eloisa,—en que se iba á verificar el enlace de mi hija con don Fernando Moncada, he sabido varias cosas que me han desagradado profundamente; le he pedido explicaciones y hemos roto por completo y para siempre.

La concurrencia no puso en duda las palabras del caballero.

Eloisa, al escuchar las palabras de su padre, sintió que las fuerzas la abandonaban y cayó en el suelo como una estátua arrancada del pedestal.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO

UNA CRUZADA EN EL SIGLO DIEZ Y NUEVE

CAPITULO I.

De lo que pasó en el palacio de Versalles la memorable noche del miércoles de Ceniza de 1861.

I.

El *miércoles de Ceniza* del año de gracia de 1861 la Emperatriz Eugenia se dirigió á las oraciones de la noche á la régia capilla de Versalles en busca de su confesor.

El confesor era un clérigo anciano y respetable, en cuyo rostro se reflejaban los rayos del talento velados por una densa sombra de misticismo.

La semana primera de *Cuaresma*, estaba señalada para la realizacion de un vasto plan.

Eugenia cubierta con un velo se arrodilló á los piés del sacerdote.

Allí la grandeza humana se prosternaba ante el representante de *Aquel* cuya voz escucharémos sumisos el dia terrible de la catástrofe universal.

El ministro de Dios pronunció su absolucion, poniendo sus manos en aquella cabeza despojada de la imperial diadema.

Luego que terminó la ceremonia, el confesor hizo levantar á la Emperatriz y le habló al espíritu de su conciencia.

—Señora,—dijo el sacerdote,—en estos momentos solemnes me permito dirigiros la palabra.

—Hablad, señor,—dijo dulcemente la Emperatriz.

—Vuestra piedad cristiana puede ser el nuncio de una éra nueva en la crísis por la que atraviesa el catolicismo.

—Ya os escucho.

—Las armas francesas,—continuó el sacerdote,—han sostenido la Sede pontificia.

—El beatísimo Padre,—dijo la Emperatriz,—ha bendecido nuestra bandera.

—Lanzado de la Ciudad Eterna por los republicanos, yacia proscrito en Gaeta, y con el auxilio de la Francia tornó á la ciudad de Constantino.

—Es cierto.

—El catolicismo renació, como el Fénix, de sus cenizas, y las altas torres de San Pedro de Roma tornaron á saludar al pontífice sucesor de San Pedro.

—Continuad, señor.

—Mucho os debe el mundo cristiano, y Dios os ha colocado en el trono de la primera nacion del mundo como la ejida del pensamiento religioso.

Eugenia inclinó la frente.

—Vos influís en los destinos de la Europa; pero vuestro destino aun puede guiaros mas allá de los mares.

La Emperatriz hizo un movimiento y escuchó con mas atencion.

—La demagogia vencida en las barricadas de Roma y acribillada despues en Aspromonte, por el impulso de las armas y mas aún por la fuerza del derecho, parece que ha triunfado en América.

—Seguid, señor.

—Los soldados de la fe, los acérrimos defensores del principio religioso han sido derrotados, vencidos, proscritos, humillados y la religion escarnecida.

Eugenia guardaba un silencio profundo.

—Los templos han sido derribados, los conventos suprimidos, y acaso en estos momentos las escenas del año de 1808 en España se reproducen bajo un prisma mas sombrío en México. Vos sabeis, señora, las funestas consecuencias que han traido á vuestra patria las exageraciones revolucionarias.

—Es cierto; continuad.

—El ejemplo de la profanacion desmoraliza al pueblo cristiano, y acaso no está lejos el dia en que la República levante en las catedrales de América la *Diosa Razon.*

La Emperatriz se estremeció al recuerdo de María Antonieta: en aquel mismo lugar y bajo el techo sagrado de aquella capilla habia orado tambien la infortunada esposa de Luis XVI.

—Inescrutables son los designios de la Providencia,—prosiguió el sacerdote;—la República de 1848 dominada por la voz armónica de Alfonso Lamartine, era sin embargo un amago á la religion, porque el pueblo se desenfrena y arrastra en pos suya las doctrinas y las creencias. Dios puso en el corazon de vuestro augusto esposo el sentimiento del imperio, como la única y sola idea salvadora de una gran nacion; así se levantó el dique al desenfreno político, y la religion volvió á imperar sobre una sociedad próxima á desquiciarse.

—Es verdad, es verdad,—murmuraba la Emperatriz.

—Dios,—continuó el confesor,—que hizo brotar la luz en el cerebro de Cristóbal Colon para rasgar el denso velo que ocultaba el

mundo vírgen de América, habia colocado sobre el trono español á la gran Isabel la Católica, y de nuestra patria, señora, se desperdió el primer rayo de la fé que abrasó todo un continente, el signo de la redencion fué plantado en aquellas regiones y la idolatría desapareció en el Nuevo Mundo.

Eugenia comprendia mucho de lo que su confesor iba á revelarle; no desconfiaba de la buena fé del sacerdote, creia sincera su exaltacion; pero lo encontraba influenciado por la idea dominante en aquellos momentos, como era la *intervencion* en América.

Aquel sacerdote era uno de tantos instrumentos lanzados como arietes, para conseguir ese golpe audaz que bien pronto se volveria contra sus fautores.

—Señora,—continuaba en su exaltacion,—en América se pierde la creencia de vuestros padres, aquella sociedad camina á su perdicion, y eso que llaman *espíritu de la época* extravía á las almas y las corrompe.

—¿Y qué puedo hacer para contener ese torrente?

—¡Señora, la católica España ha iniciado el pensamiento de la *intervencion;* vos que reinais por la virtud en el alma del emperador, impulsadle á tomar parte en esa grandiosa idea; ved que Dios os puede tomar cuenta si os manifestais como una planta estéril en derredor de ese trono que se alza sobre la cúspide del mundo cristiano; vuestro nombre se inscribe entre los laureles que cosecha la Francia; haced que resuene con igual gloria en el siglo del catolicismo; salgan los ecos de vuestra fama de ese límite estrecho de los Alpes y de los Pirineos; extiéndase allende los mares, para que llegue en un *hossanna* hasta las bóvedas de esta capilla, donde os conjuro esta memorable noche á que sostengais el lábaro de nuestra fé!

Estas palabras exaltaron el espíritu de Eugenia, que se siente despertar cuando el génio de la ambicion habla á sus sentidos cabe en lo religioso ó en lo profano.

Tuvo un momento de alucinacion, se sintió inspirada, recordó las mugeres fuertes de la Biblia, las reinas cuyas imágenes se veneran en los templos cristianos, ambicionó inscribir su nombre, no sólo en el álbum de los emperadores, sino en el de los santos; se alzó como una profetisa, y llena de ardor divino se encaminó al aposento del emperador.

El sacerdote, ufano en su sentimiento católico con aquella conquista de la palabra, se juzgó un nuncio del cielo, y postrándose en las baldosas de la capilla, oró con todo el fervor de su alma, creyendo inmortalizado su nombre como el de fray Alonso Talavera ó Bartolomé de las Casas.

II.

En uno de los salones de Versalles se habian reunido multitud de ayudantes, mientras los mariscales celebraban una junta, presididos por el ministro de la guerra.

—Ya sabeis,—decia un jóven coronel,—que la España está de conquista.

—Va á hacer un ensayo en sus antiguas colonias.

—No garantizo la espedicion.

—Nuestra vecina no quiere convencerse de que está vieja.

—Y cascada,—añadió un capitan.

—¡Alto!—dijo otro,—que sus banderas flamean en los muros de Tetuan.

—Ya,—dijo otro,—los moros son los moros, la España sabe ajustar sus partidos, bien se puede pelear contra las espingardas hoy que las bayonetas están en boga.

No extrañarán nuestros lectores este lenguaje, toda vez que son sabidos los ódios y rencillas que median entre Francia y España.

—Me parece,—insistió el coronel,—que pierden la isla de Cuba en un descuido. Por eso han solicitado la concurrencia de la Inglaterra y de la Francia.

—Nosotros,—repuso otro de los jefes,—no necesitamos de alianzas, nos bastamos para cualquier empresa: dígalo la campaña de Rusia en que merced á nuestras armas pudo tomarse Sebastopol, mientras los turcos y los ingleses se replegaban.

—Sí,—añadió otro,—la Francia va sola ó se estima como tal aunque la acompañen.

—Así se puede resolver toda cuestion.

—De los convencionales heredó el imperio un solo legado, y fué aquel paso seguro en que se decretó la victoria,—dijo con arrogancia el capitan.

—Entre paréntesis, no nos vendria mal una expedicion á las Indias.

—No es cuestion de gloria, pero puede hacerse negocio.

—Ya lo creo.

—Esos malditos yankees han asorbido de hecho aquel país.

—Parece que sus moradores son endiablados, ya habeis visto las quejas amargas de Mr. Gabriac y los discursos tiernísimos del embajador de España, lanzado de América con tanta facilidad.

—Ese golpe tiene su mérito, amigos mios.

—No le valió aquello de que los indios salian de las chozas á preguntarle por S. M. C. y otras sandeces por ese estilo.

—Pacheco tenia imaginacion.

—Sí, el discurso puede pasar por una pagina de los *mil y un fantasmas*.

—Vean ustedes,—dijo el capitan,—la ingratitud de los reyes: luego que el embajador concluyó aquella dolorosísima arenga, S. M. C. para consolarle, envió á Calderon Collantes con un mensaje en que la reina manifestaba su desagrado por la conducta del embajador, y ademas su destitucion.

—Hay novedad en destituir á un destituido.

—Despues de eso, caten ustedes, que por quítame allá esas pajas, se arma la camorra y se alistan las naves para la *conquista*.

—No hay que burlarse, que el negocio va de veras.

—Tan cierto como que las escuadras están próximas á partir para la isla de Cuba.

—Puede haber otra de Barradas en el golfo de México.

III.

Las damas de la Emperatriz tenian su tertulia á *sotto voce*, mientras Eugenia permanecia en la capilla de palacio.

—¿Sabeis la última moda?—decia una jóven á sus compañeras.

—Hay tantas, amigas mias, que es imposible enterarse de ellas.

—Pues nos han presentado unas pulseras con lagartijos de esmeralda á la *Moctezuma*.

—Es cierto,—dijo otra de las damas;—pero lo mas hermoso y espiritual es el collar de ópalos á la *Guautimotzin*.

—Desde que la España ha iniciado la guerra, todo lo de México está á la órden del dia: hay quien lleve gorros de dormir á la *Popocatepetl*.

—Sí,—prosiguió la dama de Eugenia,—hasta en las viandas se encuentran asados á la *Huitzilopoxtli*, trufas á la *Malintzin* y volovans á la*Netzahualcoyotl*.

—Hasta en la fraseología amatoria ha entrado la fiebre mexicana: ayer nada menos, me decia el capitan de guardias: con la *honda* de vuestros cabellos me habeis arrojado una *piedra* al corazon; vos sois mi *penate*, mi *esfinge*, vuestra tia es el *tecolote* que canta sobre mi choza, vuestro padre me trae como á la serpiente el águila mexicana, en el pico todo el dia.

Las damas se echaron á reir con estas ocurrencias.

—A mí,—dijo otra de las jóvenes,—me ha dicho un chambelan que lo tengo en la *piedra de los sacrificios*, pronto á inmolarlo con la *macana* de mi indiferencia, y que está hecho un *bárbaro*, en cuanto á esa parte, le he concedido la razon mas que á las víctimas de Hernan Cortes.

—El mexicanismo del siglo XIX nos invade, nuestros elegantes optan por la vida *salvage*, declaran que la levita y sombrero alto es una moda abominable, que se sienten tiranizados por las botas y el pantalon.

—Sí, amigas mias, todos desean llevar túnicas de pluma y lucir sus formas, protestan contra el color *blanco*, y el ámbar está de rigurosa moda; anoche en el teatro se representó una escena mexicana: «La caza del tigre.» Al levantarse el telon y aparecer el bosque lleno de plátanos y limoneros, destacándose en el fondo un cielo purísimo y un sol resplandeciente, cuyos rayos se apagaban entre las frondosas ramas de los ahuehuetes, resonó el aplauso mas grande que he oido.

—Eso fué muy poco; cuando se escuchó el rugido de la fiera, que por cierto estuvo imitado á las mil maravillas, entonces rugió toda la luneta con un entusiasmo feroz; sale el indio, entónces la concurrencia se pone de pié y saluda al hijo de Anáhuac, y arroja los sombreros á lo alto, y cuando tiempla el arco, y lanza la jara y el tigre cae á sus piés, entonces el entusiasmo no conoce limites, ¡unos rujen, otros braman, otros dan de alaridos, estábamos en plena América!

—Lo semi-bárbaro tiene un atractivo maravilloso; ya veis los

abanicos de plumas, las grandes argollas en los aretes, el ámbar, y sobre todos los aromas; hoy en todos los salones hay pebeteros, los muebles son de bejuco, en fin, todo conserva el aspecto indio.

—Sí,—dijo otra de las jóvenes,—ya nuestros elegantes nos marean con sus galanterías y cumplidos, necesitamos un amor indio, enteramente salvage, con sus exageraciones, su arrojo, su ímpetu feroz.

—Debe ser un espectáculo admirable un mexicano apasionado bajo la fantasía de aquel traje.

—Amiga mia, yo he visto al general Almonte y está vestido como los franceses.

—Habrá adoptado la moda francesa; recuerdo que en las Tullerías está el retrato del príncipe Joinville en la toma de Veracruz, y los habitantes de la poética y encantadora América llevan plumas y defienden el castillo con flechas.

—No habia reparado en ello.

IV.

Llegaba á este punto la conversacion, cuando atravesó tranquilamente la emperatriz Eugenia en direccion al aposento de Napoleon III.

Lo que pasó en aquella entrevista, lo sabe el mundo y es el objeto de nuestra historia, cuyos pasajes irémos mostrando á nuestros lectores.

Esa misma noche se celebró junta de ministros, y desde entonces la Francia se hizo el foco donde convergieron las ambiciones de la Inglaterra, las pretensiones de la España y los cálculos de la reaccion mexicana para derribar el gobierno de la República.

El ministro mexicano la Fuente, se presentó en Versalles, donde despues de tratamientos en que se faltaba á las regias mas comunes de galantería y atencion, fué recibido por ese magnate que sueña tener en sus manos los rayos como el Júpiter del paganismo.

El ministro le preguntó á la magestad, lo que significaba aquel tren gigante de guerra, y si no sería tiempo aún de conjurar la tormenta pronta á caer sobre el suelo patrio.

Napoleon III, con aquella sobriedad y concision que lo denuncian como el primer político de Europa, dijo á la Fuente:

—«*Los destinos de la América están resueltos, ¡ya es tarde!...*»

Despues de cuatro años, México le devolvia sus palabras á Napoleon III desde lo alto del *Cerro de las Campanas*, delante del cadáver ensangrentado del archiduque de Austria:

¡YA ES TARDE!...

CAPITULO II.

Donde se demuestra que esa cartilla que se llama "Derecho de Gentes,, sea letra muerta quando la invoca una nacion desarmada.

I.

Juarez habia triunfado definitivamente sobre la reaccion conservadora.

La reaccion expatriada buscó la liga con el extrangero.

Los hijos de la revolucion proscrita, se extendieron por la Europa entera, como los nuncios de la idea *intervencionista.*

Obispos, soldados, diplomáticos y agentes erigieron el apostolado y establecieron la infiel propaganda de la *conquista.*

Monseñor Labastida, como el don Opas de la reaccion ultramontana, y Almonte como el conde don Julian de su época, se introdujeron en las cortes, escribieron folletos, se apoderaron de la prensa, intrigaron, ofreciendo un mundo nuevo como Cristóbal Colon en la corte de los Reyes Católicos.

La Europa se sintió arrebatada por un vértigo fatal, hirvió en su seno la sangre de Guillermo Penn, Pizarro, Alvarado y Hernan Cortes, y puso su cartel de desafío en la asta-bandera de sus buques.

¡Desafiaba al siglo XIX!

II.

¡Incendióse el viejo continente, resonaron los clarines, se oyó el ruido de los corceles y de las armas, se dijeron misas, se hicieron rogativas en los templos, y toda la gente de guerra se entró en las barcas aparejadas, desprendiéndose de los puertos europeos como la expedicion española en el siglo décimo quinto!

¡Aquellas tres naciones, entre las cuales se atraviesa un mar insondable de sangre y ódios y rencores inestinguibles, se daban un abrazo de reconciliacion, se enviaban laureles de paz que ocultaban puñales, celebraban su fiesta de las *Grandes Panateneas*, como en los tiempos de Armodio y Aristogiton!

¡Era curioso ver bajo la misma enseña á los vencedores y vencidos de Waterloo, los invadidos é invasores de España!

¡Wellington en las Tullerías, José Bonaparte en el palacio de los Reyes Católicos, y los verdugos del 2 de Mayo con los hombres de Bailen y Victoria, y estrechando la mano de los héroes del combate de Trafalgar.

Aquella cruzada atravesaba viento en popa las inquietas olas del oceano.

El presidente Juarez, siniestramente sereno, con esa calma que precede á los grandes acontecimientos, sin abrir sus labios, sin pronuncar una palabra, sin provocar el espíritu del pueblo, supo el tratado de Lóndres, ese pacto nefando y criminal, que reasumia los futuros destinos de México.

Esperó el primer rayo de luz sobre la densa nube de la duda.

El ejército de la República se acercó á la zona de Veracruz, sin alarde, y esperó con el arma al brazo la descubierta del enemigo.

El puerto y castillo de Ulúa fueron desartillados para no conceder al invasor una fácil victoria.

La barca *Concepcion* se entregó á las llamas; aquel espectáculo era la cifra del porvenir.

¡La muerte antes que la humillacion!

III.

El dia 7 de Diciembre llegaban en el tren de la Soledad al puerto de Veracruz, dos oficiales que llevaban el uniforme del cuerpo médico.

—¡Ya estamos en el Atlántico, amigo mio, el espectáculo es hermosísimo!

—Estoy familiarizado con él, cuando marché á Nueva-York, el cuadro era otro, el mar no estaba como hoy, sereno y como un cristal; ¡entonces bufaba como un gigante, demonio! un poblano que se embarcaba por primera vez, se hizo poner en tierra, y eso que habia visto las corrientes del Atoyac.

—Amigo mio, yo soy poblano, y nosotros no retrocedemos ante ningun elemento.

—Pues entonces sería de Toluca el individuo, que allí tambien hay un rio sin agua que causa miedo.

—Convengamos en que sea de Toluca ó de otra cualquier parte.

—A mí me da lo mismo, el hecho es histórico y no importa la nacionalidad. Decia yo que el poblano...

—Hombre, el toluqueño...

—Pues decia que el toluqueño...

—Perdona si interrumpo tu historia, hemos llegado y necesito visitar el muelle; pero inmediatamente, estoy que muero de ansiedad.

—El muelle es una lengua de tierra...

—Sí, hombre, ya lo voy á ver.

—Es necesario que antes sepas la historia de su fundacion.

—Ya me la contarás mas tarde.

—Los que hemos viajado estamos en la obligacion de instruir á los neófitos.

—Eso cuando lo soliciten, ¡déjame andar con dos mil diablos!

—Vamos, que no hay para que incomodarse, esto me recuerda á un maldito ingles que encontré en Broadway.

—¿Otro cuento?

—Amigo Santiago, tú nunca adelantarás una sola palabra.

—Es que tú adelantas por lo que yo atraso.

—A fé de Felipe Cuevas, que no volveré á aclarar tus dudas aunque me lo ruegues.

—Sí, hombre, aunque te lo ruegue.

—Eres obstinado como un vizcaino. A propósito de vizcainos, hay muchos tiburones en la bahía, no hay que pensar en bañarse.

—¡Y dale con tus consejos!

—Está bien, que te coma un tiburon ó una tonina: ¿no sabes lo que son toninas?

—Sobre que es la primera vez que veo el mar.

—Eso no importa, la historia natural se estudia desde el colegio.

—Pues no he visto el tratado de las toninas.

—Es muy corto, todo se reduce segun la lámina primera á esta descripcion: *a* mas *b*, igual al cuerpo del animal; se suman estas cantidades, se elevan á su cuadrado y da...

—¡Y doy con todos los diablos!

Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez llegaron al muelle de Veracruz.

El espectáculo era sorprendente; un mar en calma, rizado apénas por las brisas de una mañana purísima.

Las olas al llegar á los cascos de los buques encallados se deshacian en cascadas de perlas que brillaban en mil colores á los rayos del sol cadente de la costa.

La playa se estendia en ondulaciones, hasta perderse en las montañas de *Anton-Lizardo* y las cúspides de Tuxtla que bañan sus rocas en el Atlántico.

Sobre aquella esfera de cristal agitada, cruzaban las barcas pescadoras como blancas gaviotas en la línea del horizonte.

Las nubes ceñian con una leve gasa el confin del oceano por donde atravesaban en bandadas los pájaros marinos.

Frente al muelle se levanta el castillo de San Juan de Ulúa, á cuyos piés de granito se estrellan impotentes las olas.

Aquel coloso de piedra, atalaya del oceano, ennegrecido con el aliento de los siglos, permanece sobre las rocas, como el caballero armado que guarda la entrada de Veracruz.

Despues... ¡la inmensidad!...

¡Ese mar agitado, tempestuoso, rugiente á los azotes del vendabal, que se desata en sus soledades y se ensaña en sus catástrofes y se adormece en sus calmas y se azota desesperado entre los lindes estrechos de dos mundos!

IV.

Los estudiantes guardaron ese silencio solemne de la contemplacion en que se encierra el alma á la vista del oceano.

Habia trascurrido un cuarto de hora sin que lo notasen, hasta que la alegre voz de un patron de barca les llamó la atencion.

—Pase usted, caballero, al buque que está atracado junto al castillo: es el Paquete americano, el ingles es mas cuidadoso, ese se marcha siempre hasta *Sacrificios*.

—Bien, alista tu falúa y llévame á bordo del americano.

—¡Calla!—dijo Felipe Cuevas,—¡el señor conde del Jaral se marcha del país!

—Sí, él es,—dijo Santiago;—¡hasta donde ha venido despues de su ruidosa aventura!

—Como que si le echa el guante ese bárbaro del señor Mons, le va peor que á tí con el cafre de Torre-Mellada.

—Ya lo creo, como que eso de dejar plantada á toda una dama, no es para menos.

—De buena gana le hablara.

—No hagas tal, ¿no ves que pretende conservar el anónimo? se ha rasurado la patilla y lleva el pantalon dentro la bota, está hecho un yankee.

Efectivamente, don Fernando Moncada era el mismo que iba á bordo conducido en una de esas falúas voladoras que como concha de almeja se pegan á las orillas del muelle en busca de pasajeros, y que asaltan y encarcelan á los buques luego que tiran las anclas.

—Ya estoy en salvo,—dijo don Fernando, luego que la lancha tomó rumbo al Paquete;—bajo su pabellon puedo ver los acontecimientos sin cuidado.

—¡Demonio!—dijo Felipe,—ya trepa por la escala lijero como uno de aquellos monos que viste en Nueva-York.

—Se conoce que es práctico en cuestiones marítimas.

—Marchemos al hotel, porque si no, me estoy viendo el mar tres dias seguidos.

—Sí, ya tengo deseo de tomar pescado fresco; en México nunca estuvo á mi alcance; ademas, que era de una calidad horrorosa: aquí tomaremos ostiones y cuanto produce el oceano.

Los dos amigos se fueron en direccion al hotel del Progreso que está junto del muelle, y es uno de los puntos de vista mas hermosos.

Sentáronse á la mesa y dieron principio á ese banquete perpétuo que tanto atractivo tiene para los que no han visitado los puertos.

Santiago Gonzalez comió como Eliogábalo, y Cuevas, que pasa por un animal carnívoro, devoró cuanto estuvo á su alcance, langostas, ostiones, pámpano, jaibas, sardinas, item mas, los platillos de tierra, es decir, los de usanza de los *arribeños*.

Santiago, que no estaba acostumbrado á beber vino con tanta profusion, se atarantó algo, y comenzó á brindar por la ciudad heróica y á jurar y á rejurar que era preferible morir bajo la cuchilla del invasor que dejar se posesionase del puerto.

Acabadas las libaciones salieron del hotel y se tiraron á andar hácia el centro de Veracruz.

V.

La heróica Veracruz no es una de esas ciudades que pueden llamarse hermosas; pero tiene un atractivo y una simpatía irresistibles.

Anade posada á las orillas del oceano, acariciada por las brisas marinas, arrullada por el son compasado de las olas, bañada por las aguas de esmeralda del Golfo, á pesar de esa atmósfera de muerte que cubre su frente en las horas terribles de la cólera del cielo, se la ama con pasion y se la adora con entusiasmo.

¡Veracruz es como esas mujeres de mirada lánguida, faz descolorida, labios entreabiertos y apostura indolente; de esas mujeres

que pueden matar con una sonrisa, y que sin embargo atraen y se sabe que en el vaso de su amor se bebe un tósigo y... se acercan los labios y se devora la ponzoña ofrecida en el cáliz de aquellas flores!

¡Con cuánto afan te contempla el peregrino desde la frágil barca sostenida por las inquietas olas del oceano!

¡Cómo te bendice cuando la luz del sol refleja en tus arenas abrasadas!

¡Bendita seas, roca primera del suelo patrio!... ¡ante tí se han doblado nuestras rodillas, y nuestra frente ha tocado tus arenas como el primer saludo á la tierra de nuestros padres!

¡Que las tempestades coronen tu cabeza inmortal, que el rugido de los mares se apague en tus tendidas playas, que el rayo se avasalle á tus piés y que allá en el porvenir veas desaparecer las aguas de tu golfo bajo las barcas gigantes que lleven en su arboladura el estandarte de la patria!...

VI.

Felipe Cuevas y su compañero llegaron á los portales de la plaza, donde está el mejor de los *restaurants* (como hoy se dice).

A pesar del invierno, habia calor, sensible para los acostumbrados á la zona templada; en el portal habia pequeñas mesas donde se servian refrescos.

Los estudiantes procedieron á tomar la *sosa*, y cuanlo iban á pagar, el sirviente les dijo que ya estaba satisfecho el importe.

En Veracruz hay una galantería proverbial que viene de la generosidad y educacion de los veracruzanos.

Allí hay obsequios anónimos, en esto consiste el orgullo de esa tierra hospitalaria.

Hablábase en todos los corrillos con gran exaltacion sobre las noticias traidas por el paquete español.

Se sabia que la expedicion estaba resuelta, y que á la salida del correo ingles ya estaba alistada, y no tardaria en avistarse en las aguas de Veracruz.

—La cosa va mal, amigo Gonzalez, y segun parece nos pesca aquí la trifulca.

—El Cuartel general nos ha concedido licencia por cuatro dias; estamos en nuestro derecho.

—Mañana visitaremos un buque; tengo curiosidad por ver ese prodigio.

—No lo es mucho,—dijo Cuevas,—cuando acontece algun desastre, porque el prodigio se va á fondo con la mayor facilidad del mundo, y todos los que van en el mencionado prodigio se ahogan irremisiblemente.

—Todo tiene sus caidas.

—Esa es de las peores.

—Cuando yo naufragué en la isla de las Tortugas...

—Sí, hombre, ya me has contado esa anédocta lo menos doscientas veces.

—Es que ahora viene á pelo.

General Felipe Berriozábal.

—Está bien, ya la recuerdo: entre paréntesis ¿qué habrá pasado con Mondoñedo?

—¡El diablo cargue con él! esa mujer misteriosa se lo habrá robado.

—No lo creas; esa noche terrible del casamiento, es decir, del cuasi matrimonio del conde, llegó Mondoñedo á su cuarto, se tiró en su cama algunas horas sin poder dormir; despues se paseó por el aposento hablando solo: examinó sus pistolas: yo creia que se trataba de un suicidio y me las embolsé. Despues de decir varias interjecciones y tirarse de los cabellos, y arrojar espuma por la boca, y patear y jurar como un desesperado, me dijo dándome un golpe en el hombro, que sentí que me lo dislocaba:

—¡Soy muy desgraciado!

—Bien,—le respondí.

—¡Pero lo he de matar!

—¿A quién?

—No te importa.

—¿Hombre, estás loco?

—Ese San Juan Bautista me ha sugerido una idea.

—Ya no quise preguntarle nada, porque me pareció que estaba demente. Figúrate, ¿á qué venia lo de San Juan en aquellas horas?

—Mondoñedo es un hombre al agua.

—Despues empaquetó su ropa, la envió al despacho del hotel, y dándome su cartera con cincuenta pesos, que gastamos juntos, me dijo: «¡Adios! acaso no nos volvamos á ver; si los amigos preguntan por mí, díles que... pero no les digas nada, ¡adios!» Desapareció, y yo tras él, temeroso de que me cobrasen la cuenta del establecimiento.

—Decia que me fuí en pos suya; pero esto lo verifiqué despues de un escrupuloso cateo practicado en la habitacion; á pesar de ser tan entrada la noche, recogí hasta el último objeto; ya recordarás que los hemos vendido para habilitarnos.

—Es cierto,—respondió Santiago Gonzalez.

—Pues señor, como si la tierra se hubiese tragado á Mondoñedo.

—Yo no dejo de alegrarme, porque se habia dedicado á divertirse con mi desgraciada hermana.

—Francamente, tenia mal gusto, porque tu hermana es un ángel, pero se parece á tí como una gota de agua á otra de la misma especie.

—Lo sé, y no necesito de que lo repitas, cuando soy el primero en confesarlo.

—No te amosques.

—Tengo buenas correas; ádemas, que estoy vengado por aquello de que Isabel me hizo formal con perjuicio tuyo.

—No hablemos de eso, porque se repite la escena de la ex-Acordada.

—Dices bien, no hablemos; pero ya es mucho tres *desapariciones;* ¡porque á la chica échenle un galgo!

—¡Demonio! no deja de inquietarme esa pérdida.

—A mí, sobre todo, que ya estaba tan arreglado,—dijo Gonzalez lamiéndose los bigotes.

—Querido, aquí en la ciudad noto no sé qué de alarma; tomemos el tren y marchemos á nuestro campo.

—La cosa se enmaraña; la emigracion comienza; hay una espectativa que me pone en cuidado; y donde se interrumpa el camino, andamos á pié sobre estos arenales y marismas lo menos diez y ocho leguas.

—¡Dios mio! ¡y el vómito que no se hace esperar!

—Una vez estando en Nueva-York....

—¡Por compasion! no me atormentes con tus historias; déjalas para el campo, que se nos preparan buenas desveladas.

—La hora ha pasado; esperaremos el tren de mañana; entre tanto volvamos al muelle que es todo mi encanto.

—Hagamos ejercicio, porque las jaibas y el pámpano han resucitado en mi vientre y estoy que ya reviento.

—Pues amigo mio, te echaré el anzuelo para pescarlos.

—No es broma.

—Ven acá, amigo Gonzalez, yo tengo un remedio; el mar cura todos los males.

—¿Piensas ahogarme?

—No; lo que pienso es que tome una poca de su agua, que es un excelente digestivo.

Bajóse Gonzalez por la escalera del muelle y tomó aquella agua salobre, cuyo gusto le era totalmente desagradable.

Santiago subió violentamente, se asió á una de las columnas que sostienen las garruchas que sirven para el desembarque de los efectos, y comenzó á retorcerse como una culebra.

—Los animales marítimos me han desconocido; estoy que se me andan el mar y el cielo... ¡Dios mio! este es el vómito prieto... yo... voy á espirar... ¡mañana me entierran en el *Canelo!*

Bramaba Santiago Gonzalez con los retortijones de tripas, ora invocando el auxilio de los santos, ora desatándose cómo un furioso en imprecaciones horribles contra los pescados, que no podian oirle á pesar de encontrarse tan cerca.

Felipe Cuevas llevaba ya dos ó tres historias contadas, sin que su compañero se hubiese apercibido de sus relatos.

Llegáronse dos policías á los cuasi-médicos, y examináronlos con suma atencion.

—¿Se ofrece algo, caballeros?—preguntó Felipe Cuevas.

—Buscábamos á un caballero que no tiene las señas que ustedes llevan.

—Nos alegramos mucho.

—¿Cómo se llama usted?

—Santiago Gonzalez, enfermo de indigestion.

—Nada tiene que ver eso con don Fernando Moncada.

—¡Demonio! lo hubiera usted dicho desde antes.

—¿Luego usted lo conoce?

—Perfectamente, y voy á decirlo al momento.

—Hará usted un gran servicio, porque lo piensan ahorcar ahora mismo por traidor.

—¿Supongo que ese servicio no será á don Fernando?

—No, á la nacion.

—Pues el señor Moncada está á bordo del paquete americano.

—¡Phs!... Quedamos enterados, y pasarla bien.

—¡Diablos de majaderos!—dijo Gonzalez;—de buena gana les diera esta indigestion de jaibas que me está matando.

VII.

Amaneció el dia 8 de Diciembre de 1861.

El horizonte estaba claro: el cielo vestido con esa túnica azul purísima que cierra con un broche de oro el sol reverberante del trópico.

El marinero de guardia en la capitanía del puerto, no cesaba de dirigir sus brújulas, sin disimular su inquietud.

Repentinamente se alzó una bandera en el Caballero Alto de San Juan de Ulúa, anunciando que la escuadra española estaba á la vista.

El telégrafo del puerto enarboló su enseña, y la ciudad entera supo que las naves conquistadoras entraban en las aguas de Veracruz.

Adelantábanse aquellos buques con la magestad del vapor, como una tropa de gigantes; traian la bandera de España, aquellos castillos y leones en campo rojo y amarillo que saludaron triunfantes nuestras playas en el siglo décimo sesto.

La fortaleza de Ulúa izó el pabellon mexicano; la escuadrilla arrió instantáneamente su bandera.

La guerra estaba declarada.

Las naves atraversaron en pomposo alarde frente á la plaza y tomaron rumbo hácia el puerto de Anton Lizardo, despues de saludar con sus baterías á la marina extrangera.

CAPITULO III.

Donde comienza la historia del primer aparecido.

I.

El conde del Jaral, obedeciendo la imperiosa voz de Blanca de Montemolin, penetró en el aposento donde quedó encarcelado como en número cuatro.

La posicion de don Fernando nada tenia de envidiable, y vista por el lado del noviazgo, era aun mas crítica, no obstante de ser solteron; confesamos que el lance de esperar el dulce y encantador halago de una esposa, y verse repentinamente constituido en reo confeso, es demasiado sensible, por no decir doloroso.

Comenzó don Fernando por fastidiarse de su traje, que tenia todos los arreos del desposado.

Despojóse de los guantes blancos, desabotonó el ajustado chaleco, y se constituyó en tren de desesperacion.

—¿Qué dirá Eloisa de esta falta de caballerosidad?... El señor Mons debe estar desesperado y queriendo guillotinarme. ¡Dios mio! ¡mi situacion es espantosa!... ¿qué querrá de mí esta mujer?... en todo pienso, menos en que se ha de reconciliar; no obstante, cuento con su amor que puede salvarme... ¿Qué dirá toda la familia?... A saber que era la hija de don Luis de Borbon, no contraigo nupcias con la señorita Mons... Por otra parte, no creo que doña Blanca me aceptará en matrimonio; el viejo conde de Morella la destina á un jóven de la aristocracia inglesa... ¡pero yo no puedo permanecer en una situacion tan violenta!...

Don Fernando se paseaba por el aposento, sin encontrar en el laberinto de sus ideas una sola que alumbrara aquel caos.

Habia oido las palabras del estudiante.

—¡Demonio! ese es otro enemigo gratuito; yo ignoraba tener espía tan cerca; no perdona ese majadero de estudiante la burla, y yo soy el blanco de sus iras; ¡estoy divertido!

II.

Doña Blanca se reclinó tranquilamente en su sillon luego que Mondoñedo hubo desaparecido.

La impetuosa jóven habia entrado en calma: aquel desengaño terrible la tenia anonadada.

El hombre de su amor estaba en su poder, ¿y qué conseguia con arrebatar por la fuerza aquel sacrificio que ella hubiera deseado se le ofreciera en aras de su cariño?

Sabia que don Fernando imploraria su perdon; pero que viéndose libre, correria á satisfacer á la señorita Mons, y esta nueva falta la colocaba en la evidencia mas espantosa.

No obstante, el golpe estaba dado, y Dios diria del porvenir. Por otra parte, era necesario dar alguna solucion á aquel estado tan tirante.

Despues de pensar mucho, el sentimiento de los celos comenzó á preponderar, y acabó por imponerse en el corazon de doña Blanca.

Resolvióse á mantener al conde algunos dias en la casa, para hacer imposible toda satisfaccion con la familia de su novia.

Agitó la campanilla y el sacristan se presentó.

—A ese caballero le ofrecereis cuanto necesite, queda encargado bajo vuestra custodia; le prohibo salir de su habitacion.

Pocos momentos despues se oyó el ruido de un carruaje que salia de la casa.

—Se marcha,—dijo don Fernando,—y me deja prisionero.

III.

El sacristan se presentó á recibir órdenes del conde.

—¿Cuáles son las instrucciones de tu señora?

—Que estais libre, menos para salir á la calle.

—No entiendo ese género de libertad,—murmuró don Fernando, y luego añadió:—Dí á la señora que quiero hablarle.

—La señora acaba de salir, y no sabemos cuando estará de vuelta.

—Pues entonces nada necesito.

—Está bien.

El sacristan se retiró dejando al infeliz novio pasar solo la primera noche de sus bodas.

—¡Pues señor, el momento de la crísis ha pasado, entremos en calma; por esta vez no dirán que yo me he quitado el lazo matrimonial: el dios de los desposadas me rechaza, me desprecia, ruede la bola!.... ¡qué mal hice en dejarme impresionar! Aunque la hija de Borbon tiene un empaque terrible... á las mujeres de esa raza les sobra el ánimo que falta á los varones; ¡demonio! me aterrorizó, lo confieso... ¿pero Eloisa?... no, este ha sido un lance pesado... ¿y los convidados?... ¿y el cura?.... vamos, yo necesito fugarme, huir de México, y abandonar todos mis negocios.

—He aquí lo que esperaba doña Blanca, y el único medio de salir, aunque no de una manera airosa, de tan crítica situacion.

—Es necesario meditar con cuidado sobre el particular; Blanca ha de haber tomado sus precauciones para el caso de una evasion; es necesario comenzar por fingirse enfermo, esto es un principio, veremos á donde voy á parar.

IV.

Trascurrieron tres dias eternos.

Aquello era demasiado para un hombre como don Fernando.

El sacristan le servia particularmente. No habia por qué quejarse de la prision, ni menos del alcaide.

El conde habia leido trozos de todas las novelas que tenia la jóven en su pequeña biblioteca, pero se fastidió soberanamente.

—¡Qué mas novela,—decia don Fernando,—que la que me está pasando! esto ya va poniendose turbio, ¡y este diantre de sacristan que es incorruptible! no parece sino que una estátua me hace los honores.

Paseábase el mancebo pensando ya de una manera concienzuda en el modo de salir de la casa de doña Blanca.

Don Fernando se fingió enfermo, consecuente con su primer plan de operaciones.

El sacristan le dió algunas medicinas; pero la enfermedad continuaba, y era, segun el parecer del galan enjaulado, nada menos que una fiebre espantosa.

El sacristan, por encargo de Blanca, veló á don Fernando dos noches; éste seguia desempeñando su papel á las mil maravillas.

La jóven, cediendo á un rasgo de generosidad, habia acudido en el silencio de la noche á la cámara de don Fernando; habia posado su mano trémula en aquella frente acariciada con entusiasmo en sus horas de pasion.

El conde se apercibió de las visitas de doña Blanca, y no aparentó despertar del sopor en que se hundia voluntariamente.

Blanca, resentida de una manera dolorosa, no se sentia inclinada al perdon; ademas, que su ambicion tomaba creces, y estaba segura de que el rey don Juan de Borbon no prestaria jamas su consentimiento á semejante matrimonio, y oponerse á su voluntad equivaldria á perder la esperanza de un reconocimiento.

Deseosa de cortar por completo con el conde, se resolvió á dejarle en libertad; pero exigiéndole el secreto sobre lo que imprudentemente le habia revelado en un acceso de violencia.

V.

El conde meditó una de aquellas salidas que le eran geniales, y tomó su resolucion.

Hemos dicho que el sacristan habia velado dos noches consecutivas, y ya estaba rendido y acosado por el sueño.

Permanecia el buen hombre arrebujado en su capa y arrellanado en el sillon que estaba á la cabecera del enfermo.

La luz era opaca y sus rayos se amortiguaban sobre el velador de porcelana.

El conde estaba en acecho.

Luego que por la respiracion trabajosa del viejo conoció que estaba profundamente dormido, don Fernando pasó una de las sábanas entre los brazos del sillon, y ató al sacristan perfectamente.

Despertóse el anciano, pero no pudo moverse.

—Si gritais,—le dijo resueltamente don Fernando,—os ahogo como á un miserable.

El sacristan guardó silencio.

El conde cortó el cordon de la campanilla, y ató los piés del infeliz sacristan, que se convertia en preso despues de haber desempeñado el papel de guardador.

Desató la sábana, y cargando con el viejo lo puso sobre el lecho despues de sujetarle las manos.

En seguida tomó un pañuelo y lo puso como una mordaza á la boca despoblada del viejo; lo cubrió completamente con la sobrecama, tiró las cortinas, y tomando la capa antidiluviana del sacristan, se echó en busca de la salida, lo que no le costó gran trabajo.

—¡Demonio! ya estoy en salvo,—exclamó don Fernando al verse en la calle; y se dirigió á la casa de diligencias.

A las cuatro de la mañana en punto partió el carruaje, y el jóven calavera le dió un tierno adios á la gran Tenoxtitlan.

VI.

Blanca quiso humillar al conde manifestándole todo el peso de su indiferencia, y armada de un valor desconocido, entró resuelta en la estancia.

Sentóse en el sillon donde fué capturado y sorprendido el sacristan.

—¿Dormis, señor conde?—dijo con calma.

El conde no podia responder, porque ya iba cerca de Ayotla, y el sacristan aunque permanecia cerca de la jóven, estaba privado del uso de la palabra por el lijero inconveniente de la mordaza.

—Duérme aún,—dijo Blanca,—es necesario despertarle. ¡Don Fernando!... ¡don Fernando!...

El sacristan se rebulló.

—Ha despertado,—murmuró Blanca.—Es necesario que salgais hoy mismo de esta casa, se os llevará con todo cuidado á la vuestra, mi carruaje está á la puerta.

El sacristan hizo un movimiento mas desesperado.

—¿Os ahoga la desesperacion?—continuó la condesa;— pues vos y solo vos teneis la culpa del estado á que hemos llegado.

El sacristan luchaba con las ligaduras.

—Veo,—prosiguió doña Blanca,—que os molestan mis palabras y seré breve; ya nada existe entre nosotros sino el indiferentismo y el olvido... no traigais nunca á vuestra memoria nuestros amores, yo los he arrojado de mi alma para siempre... Como es la última vez que nos vemos, quiero haceros una última súplica.

El sacristan, picado de la curiosidad, no se movió.

—Yo os ruego, caballero, que no me descubrais: sabeis que soy la emisaria de don Juan de Borbon y teneis mi destino en vuestras manos, fio en vuestra nobleza y caballerosidad que guardareis silencio sobre este misterio.

Como continuase el supuesto conde en el mismo silencio, la jóven lo tomó por un marcado desden, y sin poderse contener tiró de las cortinas del lecho y descubrió al infeliz viejo en la situacion triste en que lo habia dejado el calavera al tomar las de Villadiego.

Enrojecióse el semblante de doña Blanca al encontrarse presa de la burla del mancebo, hirió con su planta el pavimento y salió llena de desesperacion de aquella estancia.

VII.

Don Fernando llegó á Veracruz, despues de haber hablado reservadamente con los hombres mas comprometidos de la intervencion en Puebla, en Orizava y Córdova.

En la ciudad heróica fué descubierto por uno de sus mismos cómplices, lo supo á tiempo y tomó pasage en el Paquete americano.

Luego que el conde entró en la cámara del buque, dos personajes que son conocidos de nuestros lectores salieron á su encuentro.

—Nos hallábamos inquietos, señor conde, temíamos sériamente por vuestra existencia.

—No hay cuidado, Mr. Wask, soy hombre acostumbrado á estos trabajos y difícilmente me sorprenden; y vos, señor Manzanedo, ¿cómo os encontrais?

—Perfectamente.

—¿Qué os escriben de Inglaterra?

—Que todo va viento en popa.

—La ciudad está en alarma, y segun el cálculo de los marinos hoy tendrá lugar el arribo de la escuadra.

—Ya se dilata mas de lo que creíamos,—dijo Wask

—Pero al fin llegará; tengo una viva impaciencia; porque el ejército de Juarez se organiza y esto puede prolongar la resistencia.

—Todo ello será infructuoso,—respondió Wask con arrogancia:—ante las armas de cualquiera de esas naciones, seguro estoy de que retrocederán esas chusmas.

Manzanedo hizo un gesto de profundo disgusto, y es que el sentimiento del patriotismo nace con el hombre, y se mueve al menor aliento, sean cuales fueren los extravíos del pensamiento.

—Este órden de cosas,—dijo Fernando,—no puede subsistir: pronto tendremos una eleccion, y ella determinará del porvenir de México.

—A nosotros nos importa nuestro *negocio*, los millones de Jecker y nada mas.

—Saligny se encarga de este asunto con mas ardor aún que nosotros.

—Húndase México, pero sálvense nuestros intereses.

Manzanedo guardaba un silencio profundo; las sierpes sedientas del remordimiento comenzaban á enroscarse á su corazon.

Luchaba por la candidatura del príncipe don Juan porque en ella veía su porvenir; pero le inspiraba terror ver que con sus trabajos ayudaba tal vez á esclavizar su patria. Sabia que en Europa las naciones débiles arrastran la cadena del sentenciado, y temblaba ante ese espectáculo sangriento.

Desde niño habia dejado á México, no recordaba mas que tenia una patria.

Al tornar á las playas de la República, volvió á amar á la madre abandonada; mas ¡ay! ¡venia á hundir el puñal de la traicion en sus entrañas!

Manzanedo estaba sombrío, triste, meditabundo, su alma vagaba en las tinieblas de la lucha y se asomaba á la sima oscura del abismo.

Hubiera dado su vida entera por no haber abandonado las orillas del Támesis; porque su corazon era bueno y le decia con sus latidos que era un crímen nefando el que estaba cometiendo.

La noche del 15 de Julio se sintió conmovido cuando escuchó en la tribuna la voz del sentimiento patrio, aquellos arranques del orgullo nacional ofendido.

Pensaba lo noble y grande de la resistencia ante un peligro tan inminente, le espantaba pensar en la catarata de sangre que iba á estenderse en los campos de la república; sangre de hermanos, sangre brotada del corazon vírgen de la patria.

Aquella fantasía estaba próxima á extraviarse, la sostenia esa llama siniestra de la ambicion que proyecta una sombra maldita en las linfas purísimas del alma.

Manzanedo estaba acosado por el remordimiento, sus noches eran horribles, y estaba nada mas que en el prólogo de su obra.

VIII.

Un ruido extraño que se levantaba en los ángulos todos del vapor, interrumpió la conversacion de los tres amigos, que siguieron el movimiento de la tripulacion y de los pasageros, que en grupos se lanzaban á la cubierta.

No habian ascendido aun por la escalera de la cámara, cuando el *Jackson* saludaba á la escuadrilla, que apareció en las aguas de Veracruz.

—¡Están á la vista!—gritó Wask, en un arranque de entusiasmo.

—¡Es la escuadrilla!—exclamó el conde del Jaral.—¡Pobre México!

—¡Pobre México!—repitió convulsivamente la voz apagada de Manzanedo, y su cabeza se inclinó con profundo abatimiento.

CAPITULO IV.

De como una chispa telegráfica puede incendiar una nacion entera.

I.

El general La Llave, esa figura magestuosa que se levanta en el pedestal suntuoso de las glorias patrias, ese coloso de la revolucion reformista, ese mito de los caballeros de su época asesinado por el puñal de la traicion y de la barbárie, fué el espíritu fuerte con quien chocó la idea intervencionista en el dia primero de su realizacion.

El pueblo de Veracruz estaba en torno de su héroe, como los israelitas pendientes de los labios de Moises: aquel hombre posado sobre las rocas del suelo natal, viendo acercarse las naves extrangeras, era el génio del patriotismo sentenciando el pensamiento del viejo continente, que se trazaba por barcas guerreras sobre la página inmensa del oceano.

El hombre tendió el brazo y señaló al *Mediodia.*

El pueblo comenzó en grupos á abandonar la ciudad.

Los hogares quedaban abandonados.

Los viejos lloraban, hubieran deseado oir los fuegos de las baterías de Ulúa y de los baluartes de tierra.

Las mujeres llenas de indignacion, alentaban á sus esposos é hijos para la defensa de la patria.

La juventud veracruzana, llena de entusiasmo y rebosando de ese ardor que circula por sus arterias, cedia á la voz de su general y se encaminaba rumbo á las gargantas y desfiladeros inaccesibles de la *Mesa Central*, para disputar el paso á los invasores.

II.

Juarez pronunció su primer palabra bajo el dosel magestuoso de la república.

Llamó á la guerra con ese acento terrible de sus antecesores.

No era la voz débil de Moctezuma II, era el acento sonoro y vibrante de Guautimotzin, atrayendo sobre su frente el rayo.

Aquel acento concentrado clamaba al porvenir en la hora primera de esa lucha sangrienta que comenzaba en las orillas de nuestros mares.

La Europa armada en corso se presentaba en son de guerra, segura de la victoria.

Medio siglo hacia que aquellas banderas que se ostentaban arrogantes á la vanguardia de la expedicion, se habian arriado delante de las armas vencedoras de los independientes.

Venian en pos de la revancha.

Se les daria cumplida

A la voz autorizada del gefe de la nacion, respondió un eco terrible de guerra que reprodujeron los bosques seculares de América y vibraron en el seno de fuego de nuestros volcanes.

Desde los palacios hasta las chozas, desde las ciudades hasta las aldeas, cundió aquel fuego abrasador del patriotismo.

Los hierros de la labranza se tornaron en armas para la defensa nacional; la gente pacífica se improvisó en caravanas guerreras que comenzaron á atravesar en todas direcciones el suelo de la República.

Las mujeres deseaban que sus hijos y esposos se distinguieran en tan gigante lucha.

Comenzaron los donativos, las manifestaciones patrióticas, la propaganda de la palabra en la tribuna popular, las lecciones en el hogar, donde los niños se agrupaban á escuchar de labios de los viejos las historias de la independencia, á beber en aquellos relatos el aliento de la fé; porque acaso esas tiernas criaturas crecerian durante la época de los combates, y era necesario preparar á aquellos que debían engrosar las filas de los independientes.

¡Los batallones tomaron el nombre de los héroes; se bendijeron los estandartes, se cantaron himnos patrióticos, y se juró ante los altares de la patria, derramar hasta la última gota de sangre antes que doblegar la frente ante la Europa conquistadora!

—¡Qué bello espectáculo el de un pueblo que camina en masa á defender las tumbas de sus mayores!

¡Qué sublime confusion la de ese ejército desordenado, en que se confunden los viejos, los jóvenes, los niños, y hasta las mujeres, todos saludando á una bandera, todos invocando al dios de las batallas, al génio de las nacionalidades!

¡Patria mia! ¡ya llega ante tus aras un pueblo arrepentido, á llorar sobre esa sangre derramada en la lucha fratricida!... ¡perdona sus errores, ya va á lavar esa sagre que salpican tus estandartes, va á regenerarse en el campo ante las armas extrangeras;

bendícelo, él caerá como bueno en el combate invocando tu nombre y legando su espíritu batallador á las generaciones del porvenir!

III.

El general Uraga llegó el 10 de Diciembre á Veracruz. Inmediatamente se puso de acuerdo con el inolvidable general Llave, y se expidió un decreto en que se prohibia bajo la pena de muerte toda comunicacion con el enemigo; se proscribió toda idea que trajese la liga, la amistad, la complicacion con el extrangero.

Se mandó alejar cuantos elementos pudiera reunir el invasor, y al abandonar la ciudad se clavaron las piezas, se incendió el parque que no era posible poner fuera del alcance enemigo, y las tropas se alejaron dejando al Ayuntamiento que permaneciera hasta el momento del desembarque.

Aquel pueblo patriota abandonaba sus hogares sin pesar, y la alegría mas grande reinaba en la caravana.

Los medios de trasporte faltaban, y sin embargo, personas distinguidas emprendian el camino á pié, haciendo alarde de su noble exageracion.

Sigamos á algunos grupos donde van conocidos de nuestros lectores.

—¡Demonio!—decia Felipe Cuevas,—hace un sol de noventa grados; se me van á derretir los galones de mi uniforme nuevo.

—Yo voy achicharrado, mi faz se ha puesto negra como la de un habitante del Congo.

—Una vez en Washington Street ibamos entre la nieve, sin encontrar un trineo... has de saber que yo sé patinar admirablemente.

—Mira, Felipe, donde patinas es en la boca del estómago; tú tienes la culpa de esta infernal peregrinacion: si no me hubieras ponderado el pescado fresco, no estariamos en situacion tan triste, caminando á pié enjuto y cuerpo mojado por estos vericuetos.

—No tengo la culpa de que el tren haya suspendido sus viajes; en cuanto al pescado fresco, es otra cosa.

—En cuanto al pescado, yo creo que nos lo cambiaron por tiburon, porque todavía tengo retortijones.

—Es que no sabes de esas comidas: cuando en Nueva-York sirven por primera vez los ostiones...

—Sí, hombre,—interrumpió Santiago Gonzalez,—ya sé lo que hacen; lo mandan á uno disponer y hacer testamento.

—No es eso.

—Mira, sentémonos, porque yo dejo los zapatos entre la arena.

Detuviéronse los estudiantes, que nacidos en la zona templada, ya agonizaban de fatiga.

—¿Qué dirá el maestro Navarro?

—Nada, mas decimos nosotros; ojalá que en llegando nos mande arrestados, esto y mas merecemos por haber bajado á Veracruz que tan mal me ha recibido.

—El uniforme es pesado.

—No importa, al fin es de contrata, y pesa mas la cuenta del sastre.

—El calor es abominable.

—Los moscos me han sacado diez libras de sangre y me han puesto como un Cristo.

—Yo estoy hecho un San Lázaro y estos diablos de animales se regocijan; parece que no les parezco tan mal.

—Querido, con estos piquetes y que nos plante la fiebre amarilla, nos divertimos de lo lindo.

—Todos unos doctores del Cuerpo Médico del ejército, pedirian auxilio á una vieja para que los alivie de los frios ó del vómito.

—¡Mira, Felipe!—exclamó Santiago Gonzalez, viendo á un par de jóvenes lindísimas que en compañía de un anciano atravesaban por el camino.

—Parecen Lot y sus hijas; ¡qué cuadro tan interesante!

—Caballero, ¿gusta usted de descansar un momento?—dijo con galantería Felipe Cuevas.

—Sí, señores, nos detendremos unos instantes,—respondió con acento firme el viejo, que al parecer y en realidad era el padre de las muchachas.

—Caballero, nosotros somos oficiales de ambulancia, que bajamos á visitar la ciudad heróica.

—¿Y qué opinion han formado?

—Prescindiendo de los zopilotes y de las indigestiones,—respondió Santiago,—toda ella es hermosísima, ¡su mercado es admirable, la pescadería no tiene precio, y en cuanto al suntuoso Hospicio no lo tenemos igual en la capital: la estátua es de mármol de Carrara, así como las baldosas; me dieron ganas de prenderle fuego al considerar que serviria de albergue á los invasores.

—Afortunadamente,—dijo Gonzalez,—el *vómito prieto* nos dará una venganza cumplida.

—Así lo espero, repuso Cuevas.

Por lo visto, los dos estudiantes se habian apoderado de la conversacion.

—¿Y ustedes, señoritas, son veracruzanas?

—Servidoras de usted,—dijeron las hermosas costeñas con una sonrisa capaz de trastornar á toda la ambulancia del ejército republicano.

—Nosotros somos *huauchinangos*, como se dice en Veracruz.

Las muchachas se hicieron una seña de inteligencia.

—¿Y hácia dónde se encaminan ustedes?

—Rumbo á Jalapa

—Nos han dicho que Jalapa es una taza de azucenas; que aquella tierra es un paraiso en que las Evas se multiplican por los bosques de naranjos y chirimoyos.

—Agregan,—dijo con prosopopeya Felipe,—que el ángel vengador es el alcalde municipal, que arroja á los enamorados.

—No, no lo crea usted,—dijo una de las jóvenes,—á muy pocas falta un moscon que las fastidia.

—Señorita, usted me permitirá no estar de acuerdo en la pa-

labra *moscon;* yo creo que merecemos otro nombre los que galanteamos á las señoritas.

—Pues transijo, serán *tábanos.*

—Le ha dado á usted por la historia natural: tenga usted la bondad de sacar á los enamorados de la familia de los volátiles.

—Cuestion de nombres.

—Es cierto.

—Sigamos,—dijo el anciano,—que el camino es pesado.

—Si ustedes gustan que hagamos el viaje juntos...

—Tendremos satisfaccion en ello.

Ya se habian acomodado los estudiantes con las jóvenes, cuando á mala hora llegó una litera.

—Es la nuestra,—dijo el anciano,—y tengo el sentimiento de no poder participar á ustedes de ella; vamos, niñas, arriba, que estarán fatigadas.

Ligeras como unas ciervas, saltaron al carruaje y saludaron dulcemente á los estudiantes, que se quedaron renegando del viage y de la litera.

—¡Somos unos estúpidos!—decia Santiago hecho un Luzbel de coloquio,—hétenos aquí mas fastidiados que de costumbre, y sin saber ni quienes son ni como se llaman esas ninfas que se nos han aparecido como las huríes á los árabes del desierto.

—Una vez en Nueva-York,—dijo Cuevas,—me pasó un lance...

—Por compasion te pido que localices tus historias en otro punto que no sea los Estados Unidos; hazlas pasar en China donde me aseguras estuviste veinticuatro horas.

—Es corto el tiempo.

—No importa.

—Esta gente que no ha salido de su país, juzga consejas todas las anécdotas mas verídicas.

—Entre paréntesis, las muchachas me gustaron mas que el viejo.

—Soy de la misma opinion.

—Quiera el cielo que las volvamos á encontrar

—Temo que nos pase lo que con Isabel.

—¿Dónde vamos á parar si todas se fugan?

—Tienes razon.

—¡Pero este calor es insufrible!

—Echemos un trago de coñac para refrescarnos.

IV.

El gobernador Llave queria dirijir una nota al jefe de la escuadrilla preguntándole el objeto de su arribo á las playas de la república; pero tenia órden de no entrar en contestacion alguna con el extrangero.

El 14 de Diciembre se desprendió una lancha de uno de los buques, que llevaba las insignias de mando, y pocos momentos despues dos oficiales ponian en manos de La Llave una nota de Rubalcaba en que prevenia la desocupacion de la plaza y del castillo en

el término de veinticuatro horas, y de no verificarlo emprenderia un ataque formal.

Agregaba que ocuparia los puntos en nombre de las potencias aliadas, manteniéndolos como *prenda pretoria.*

La Llave contestó que por órden de su gobierno desocupaba los puntos mencionados, y que la autoridad municipal velaria hasta el último momento por la conservacion del órden.

El dia 16 de Diciembre á las once y media de la mañana, anunció el telégrafo que dos vapores españoles con bandera blanca zarpaban frente á Veracruz, y que veinte hombres con tres oficiales efectuaban su desembarque, anunciando que al siguiente dia tomaria posesion la armada española de la ciudad heróica y del fuerte de San Juan de Ulúa.

El guante de la Europa estaba arrojado sobre la arena de la República.

CAPITULO V.

Donde sigue la historia del segundo aparecido.

I.

En una preciosa casa de campo situada á orillas de Puebla, y en el cenador de un jardin atravesado por sendas de rosa y de arbustos y bañado por corrientes apacibles, estaban dos jóvenes en una tendida plática de amores.

—Yo le amaba,—decía la mas bella,—como ninguna muger ha amado en el mundo, él era mi vida, mi pensamiento, la sola ilusion de mi alma apasionada; habia encontrado en ese hombre cuanto aspiraba mi corazon y mi cerebro; yo le veia en sueños, le llamaba y él siempre acudia como una sombra respondiendo á esa voz inmortal de mi cariño!

—¡Pobre Eloisa!—exclamó una de las jóvenes,—tú nunca habias amado.

—¡Pluguiera al cielo que no le hubiera conocido!—respondió llorando la señorita Mons.

—Veo algo de misterioso en cuanto ha pasado: esa desaparicion tan repentina, en los momentos de tu enlace, ese billete traido á hora tan avanzada, indica que don Fernando ó dudó mucho al escribirle, ó lo fué arrancado contra su voluntad.

—Yo me pierdo en un abismo, en un caos de dudas, y tal vez de esperanzas.

—Si ese hombre no hubiera tenido voluntad de contraer un enlace, ¿á qué esperar hasta la última hora para lanzarte al suplicio de una violenta situacion?

—Sí, es verdad.

—Yo creo que hay algo que no está á nuestro alcance, algo que ha obligado al conde á huir.

—Carolina, yo ignoro si le ha pasado alguna desgracia, nadie sabe su paradero, ha causado profunda sensacion su conducta.

—El dia menos pensado se presentará en esta casa á dar satisfaccion de un proceder tan raro, y acaso le restituyas tu cariño.

—No, Carolina, yo no puedo perdonarle el ridículo espantoso en que me ha colocado; he tenido que huir de la capital, abochornada por desaire tan injusto.

—No creo que la sociedad te culpe, las simpatías todas se arrastran en tu pos, y anatematizan á don Fernando.

—Aun esa grita me espanta por él, mi padre no le perdonará nunca, espera la oportunidad de encontrarle y su venganza será horrible.

—Hasta hoy todo está en contra del conde, nada le favorece.

—¿Y quién podrá volverme todo el reposo que he perdido en un momento?

—El tiempo.

—Hay heridas sobre las cuales pasa leve ese aliento que todo lo desgasta.

Quedóse la jóven hundida en el misterioso silencio en que se envuelve el alma en sus amargas horas de tristeza.

Despues, variando conversacion tan enojosa, dijo á Carolina:

—Perdona si nada te he preguntado sobre las fatigas de la peregrinacion.

—Nada notable, abandonamos Veracruz con el sentimiento de dejarla entregada á los extrangeros; solo un incidente tuvimos en la travesía.

—¿Desgraciado?

—No, por el contrario, sumamente divertido. En el camino encontramos á dos oficiales de la ambulancia que nos florearon á las mil maravillas; ellos se lo platicaron todo sin dejarnos meter baza. El uno se llama Santiago y el otro es un original, Felipe Cuevas; papá estuvo divertidísimo con ellos, se habian constituido nuestros acompañantes, cuando cátate que llega la litera y los dejamos plantados en el arroyo con un palmo de narices.

—Los nombres no me son desconocidos: teníamos un buen amigo llamado Mondoñedo, concolega de esos estudiantes, y nos contaba sus aventuras. A propósito de ese jóven, era íntimo del conde, y desde aquella noche fatal no le hemos vuelto á ver.

—¡Vaya con los desaparecidos!

—Mondoñedo es un muchacho muy simpático, muy agradable y sobre todo amigo excelente; papá lo quiere mucho, le hacia gracia cuanto le contaba, y Mondoñedo pasaba todas las horas de terulia en casa.

—¡Cuidado, Eloisa, con esa simpatía!

La jóven meneó la cabeza indicando lo distante que se encontraba de las sospechas de su amiga.

—No te he contado,—prosiguió Carolina,—el desenlace de mis amores; es una historia curiosa y divertida.

II.

Resonaron pisadas de caballos en los umbrales de la casa, ruido de armas, y voces que vinieron á interrumpir la conversacion de las amigas.

—Muchacho,—gritaba un jóven de ojos negros y mirada de águila,—aquí está el teniente Pablo Martinez; paso á la medicina, yo la vengo escoltando, no hay que oponer resistencia, porque le planto unas ventosas zajadas al primero que chiste.

Un dependiente de la casa del señor Mons salió al encuentro de Pablo Martinez, que era un *chinaco* moreliano, que segun dicen sus compañeros, tenia los demonios en el cuerpo.

—Hola, don Sebastian, aquí traigo una veintena de muchachos escoltando al gefe del cuerpo médico; no tenga usted cuidado, está dispuesto á amputarle á usted la lengua siempre que lo necesite.

—Pase el teniente Martinez, que ya sabe que es en esta casa el *niño mimado*.

—Muchachos,—dijo Martinez, dirigiéndose á la escolta,—estamos alojados perfectamente; pero el que cometa un desórden le mando dar doscientos palos.

La escolta penetró en el patio de la finca, y Martinez se marchó á charlar con don Sebastian, que era persona muy atenta y de finos modales.

—¿Qué noticias tenemos?

—Que los extrangeros han desembarcado: ¿no ha leido usted la proclama?

—No.

—Pues aquí traigo una.

Pablo sacó del forro de hule del sombrero un papel y lo entregó á don Sebastian.

El dependiente leyó la proclama del jefe español.

—¡Mil diablos montados en otros veinte!—gritó el soldado,—vea usted como nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; dicen que no quieren conquista, y comienzan por ocupar las aduanas y los palacios. Mire usted, don Sebastian, primero le arrancan las orejas al teniente Pablo Martinez, que creer una palabra de esa maldita gerga; yo no entiendo de escritos, pero mire, me *pelo el ojo* y veo todo lo que pasa.

—¿Y tú crees que puedan las tropas mexicanas pelear contra tres naciones?

—Yo sé que nos *rasgaremos el cuero* lo ménos veinte varas, pero que el país no se pierde.

Con respuesta tan categórica no era posible continuar la conversacion.

—¿Y quién es el jefe de la plaza?

—Es un general español lleno de *dicterios*, caballero y cruz grande y señor Santiago y otras etcéteras que yo no entiendo; ese hombre ha declarado en estado de sitio á Veracruz, y obligado á que le entreguen las armas de municion. Vamos, que primero me

pongo en la boca de un cañon cargado de metralla, que á las órdenes de esos *mandones*.

—¿Y dónde está el general Llave?

—En Jalapa; ese sí escupe en rueda de hombres. Vea usted, la noche de Anton Lizardo le hirieron la frente, y en la toma de Orizava, ¡canario! ese don Ignacio vale mas que toda la escuadra.

—¿Y el general Uraga?

—Está en Huatusco con su pata coja; pero tambien es entrador, aunque segun he oido decir, no tiene fé en el pleito, esto no me gusta; vea usted, don Sebastian, el general Zaragoza, que acaba de llegar al campo, ese sí tiene el corazon en su lugar; tan sério, tan callado y tan hombron; porque, eso sí, de que recuerdo tomó en Silao la bandera, ¡y adentro muchachos! ¡ canario! y que las balas caían como granizo; le juro á usted que nada mas dejo á este señor médico y me marcho con mi general Zaragoza: ya sé como se *bate el cobre*, delante de él ó se vence ó se muere; ¡viva mi general!

—Eres entusiasta por el fronterizo.

—Y tráigase una botella, porque nunca mento al señor Zaragoza sin echar un trago.

—Luego que sirvan la comida brindarémos por el bravo general.

—Bien, me esperaré

—¿Cómo se llama el gefe de la ambulancia que vienes custodiando?

—El comandante Manuel Mondoñedo, intrépido y valiente si los hay; está poseído de una especie de hidrofóbia que al primer extrangero que encuentra lo desbarata. ¡Demonio! si está furioso como un leopardo.

—¿Cónque pareció?

—¿Quién?

—No, nada, pensaba en otra cosa; ¿y ese comandante va á llegar?

—No debe tardar; se quedó á corta distancia dando órdenes á sus ayudantes.

—¿Y qué objeto trae?

—Viene estableciendo una línea de *lazaretos*, porque seguramente se espera una de Dios es Cristo, y el general desea que no falte auxilio á nuestros soldados.

—¿Y ese señor Mondoñedo dirige la ambulancia?

—No, es ayudante del general Zaragoza y comisionado interinamente del cuerpo de mediquines, mientras llega la hora de los balazos.

—Que será pronto.

—Sí, ya se acerca, no hay remedio, don Sebastian. Ya me choca la dilacion del comandante, algo le pasa, nada tiene de posma. ¡Gumercindo!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones,—acércame el caballo.

El asistente partió violentamente y á poco presentó al teniente un arrogante potro rodado que relinchaba de impaciencia.

Pablo Martinez le acarició el cuello; el animal lo reconoció.

Saltó el teniente con grande agilidad sobre su corcel y al es-

cape se puso fuera del edificio y en el camino por donde Mondoñedo debia venir.

III.

A poco andar distinguió Pablo Martinez al comandante, que venia hablando con un correo extraordinario del cuartel general.

—¿Qué dejaste á tu salida, muchacho?

—Avanzando la division Zaragoza y mucho alboroto en el campo.

—¿Habia alguna novedad?

—No señor, parece que han entrado en *contestas* con mi general Uraga.

—¿Se sabia algo de los *mochos?*

—Parece que se juntan y que se han desprendido fuerzas del ejército para batirlos.

—¿Quiénes son los jefes?

—Carbajal y O'Horan.

—Bien, me enteraré del pliego y contestaré en el acto, estamos próximos á la casa donde debo pernoctar.

Mondoñedo se reunió á Pablo Martinez, y seguidos del *extraordinario*, entraron en su alojamiento.

Luego que el teniente salió en busca del comandante, don Sebastian corrió al aposento del señor Mons y le participó las noticias dadas por Pablo Martinez.

La aparicion de Mondoñedo podia darle alguna luz sobre el paradero del conde, así es que esperó con impaciencia la llegada del estudiante.

Mondoñedo no creia encontrarse con su amigo, é ignoraba que tuviese una posesion en los alrededores de Puebla.

Despues de su salida de México no habia vuelto á preguntar por nadie; pero la casualidad lo arrojaba delante de las personas de quienes deseaba apartarse para siempre.

El señor Mons salió al encuentro de sus huéspedes.

—¡Hola, señor Mondoñedo!—dijo fingiéndose el sorprendido, —¡qué agradable encuentro!

—Mas satisfactorio es para mí,—respondió el estudiante, estrechando con fuerza á aquel hombre á quien lo arrastraba una secreta y profunda simpatía.

—¿También por aquí el calavera Pablo Martinez?

—Ya sabe el señor Mons, que yo por ir á la fiesta me quedo sin bautismo.

—Señor teniente,—dijo el estudiante,—voy á despachar el correo y hablar de un negocio al señor Mons; que la escolta esté dispuesta y la tropa se aloje convenientemente.

—Sí, mi comandante, en cuanto á mí estoy listo.

Diciendo esto se marchó con su amigo don Sebastian á tomar *algo*, como él llamaba á la opípara cena ofrecida en la rica casa del señor Mons.

IV.

Manuel Mondoñedo mostró el pliego á su protector y amigo.

El señor Mons leyó:

« La tropa que lleva usted estará pronta á escoltar á los comisionados extrangeros que se dirijen á México. Bajo su mas estrecha responsabilidad cuidará usted de que no sean molestados por nadie; los acompañará usted hasta Puebla, donde se avisa por el telégrafo para que salgan algunas fuerzas al camino y evitar cualquier accidente. »

—Entre usted, y hablemos.

El estudiante y el señor Mons entraron en la sala y se pusieron á hablar reservadamente.

—He sufrido mucho, amigo mio,—decia el infeliz padre de Eloisa,—pensé volverme loco aquella noche.

—Lo creo, caballero; pero al mismo tiempo felicito á usted por esa pérdida.

—¿Qué hubiera sido de mi pobre hija una vez á merced de ese calavera?

—Si lo hubiera usted visto arrodillado y confuso á los piés de esa mujer, cuyo nombre me es imposible revelar, entonces le inspiraria á usted compasion y desprecio.

—¡Es un miserable!

—Un desdichado aventurero de esos que son tan comunes en la alta sociedad, que viven entre los grandes hasta que algun incidente provoca su descubrimiento. El bastardo del conde del Jaral estaba lleno de compromisos y tal vez mañana, despues de arruinarse, hubiera abandonado á Eloisa.

—Es cierto, Dios ha salvado á mi hija.

—Yo, señor Mons, he sido el miserable juguete de ese aventurero, yo que en mi dignidad de hombre y de caballero no debia aceptar la proteccion de una muger bajo ningun pretesto... estoy castigado; pero á mi vez me erijo en el brazo de la Providencia, porque esa trama infernal cuyos hilos tengo descubiertos, se dirije en contra de México y tiende á arrebatarle su independencia.

—¡Esto es horrible!

—Yo no puedo revelar nada,—prosiguió con ardor el estudiante; —pero puedo luchar, combatir, derramar mi sangre si es preciso; porque usted, caballero, ignora que los agentes de Europa están entre nosotros, y ávidos de nuestro oro y de nuestra tierra, se disputan su señorío y luchan en las tinieblas, y se introducen en todas partes y villanamente nos venden y nos traicionan.

El señor Mons estaba aturdido con las revelaciones de Mondoñedo.

—Las escuadras han llegado, México se dispone á la lucha, pero la corrupcion se encuentra en sus filas; se derramará el oro y tal vez la sangre para conseguir desorganizar los elementos de defensa; ¡es necesario sospechar siempre, estar alerta, porque al hombre de mas confianza lo pueden convertir en un traidor!

—Mondoñedo,—dijo el señor Mons,—está usted sobre una mina, posee usted secretos que pueden comprometer su existencia; es necesario valor y precaucion.

—Caballero, conozco perfectamente á todos los satélites de ese poder oculto; ellos se alejarán de mí temiendo ser descubiertos; ¡pero juro á Dios y á la memoria de mis padres, que vengaré á mi país y satisfaré los resentimientos que ahogan mi corazon!

—Serénese usted, amigo mio, va usted á emprender un camino desconocido y erizado de escollos.

—Lo sé, y estoy resuelto á todo; en mi venganza va la de Eloisa: esa mujer burlada en medio de una sociedad envidiosa y maldiciente, objeto del escarnio y de la sátira, quedará satisfecha mañana, cuando yo arranque el antifaz á ese miserable.

—¡Yo le he perdonado!

—Pero yo no, caballero; esa risa de desden, ese papel ridículo de juglar, esa mujer humillando mi corazon y mi delicadeza, ese suplicio de ridículo, ¡yo se los cobraré con sangre, ó me levantaré el cráneo de un pistoletazo!

—¡Terrible situacion!

—¡Sí, horrorosa! merced á mi carrera he obtenido un grado en el ejército; ¡pero yo no busco el sacerdocio de la medicina, yo busco el combate, la pelea, la muerte!... El general Zaragoza me ha comprendido, es el depositario de mis secretos y confia en mi valor; me ha alentado: ¡sabe que juega un rayo, y yo sabré desempeñar la mision que me he impuesto!

Aquellos dos hombres quedaron en silencio, midiendo el viejo el abismo á cuya sima se encontraba el estudiante, y el jóven pensando en su venganza.

CAPITULO VI.

De cómo es cierta la sentencia que se halla en los manuscritos Rabinos, de que tres gatos en un costal no pueden estar.

I.

La ley del 17 de Julio, en que se suspendió el pago de las convenciones extrangeras, afectó dolorosamente á la Europa, que hace tres siglos y medio encuentra su *caja* en el fondo de nuestras minas.

Ese banco que se llama México suspendia sus pagos, y los agiotistas y especuladores se presentaron en las plazas de Lóndres, Paris y Madrid, llorosos con la fatal noticia.

Los gobiernos cerraron ese librejo que se llama *Derecho de Gentes*, y que no pasa de una paparrucha sin significado.

Acordóse la vieja Europa de sus *ofensas*, de lo expuestos que estaban los *inocentes* de sus nacionales al furor asesino de los mexicanos, y se dispusieron á *intervenir* en los asuntos de México, pero bajo la condicion de no alterar su régimen interior: eso que-

daba en el secreto de la liga, aunque ya conocido en Europa y América.

Francia é Inglaterra determinaron apoderarse de los puertos de Veracruz y Tampico, dejando fuera de combate á la España.

El embajador de S. M. Católica ofició al gabinete de la Granja, y las negociaciones se entablaron.

El ministro de la Gran Bretaña, de esa nacion heróica que le dispensó proteccion á Napoleon el Grande, alojándolo suntuosamente en la isla de Santa Elena, y que tenia un centinela en la tumba del derrotado de Waterloo, temiendo se escapase el cadáver, tendió su mano á la Francia, diciéndole que la España no tenia inconveniente en que se firmara en Lóndres una convencion.

La Francia aceptó por deferencia.

El señor ministro ingles contó la misma fábula al ministro español, que accedió, vista la opinion de los dos colegas; y merced á este juego de cubiletes, se encontraron la España y la Francia, cuando menos lo pensaban, mas allá del canal de la Mancha.

Del silencio y reserva de las elucubraciones diplomáticas, resultó la célebre *Convencion de Lóndres*, que siguiendo nuestro propósito histórico, diremos brevemente á nuestros lectores.

Por el primer artículo se convenia en el envío de fuerzas de mar y tierra para ocupar el litoral mexicano.

Por el segundo, las tres naciones se comprometian á no adquirir territorio alguno ni ventaja particular, y á no ejercer su influencia sobre la eleccion de los mexicanos respecto á la forma de su gobierno.

Por el tercero se nombraba una comision para la *distribucion* del dinero que se recobrase.

Por el cuarto se instaba á los Estados-Unidos á adherirse á la convencion.

He aquí en sustancia el convenio firmado en Lóndres el 31 de Octubre de 1861.

El último artículo se tuvo por no puesto, porque los hijos de Washington, que tienen mucho de *bellaco*, como decia don Quijote, olieron el pastel europeo, y los dejaron venir en derechura al precipicio.

El convenio tripartito estaba signado; nada mas faltaba que su realizacion.

Aquel parto diplomático fué saludado por la Europa como la idea mas luminosa, y Napoleon III la bautizó con aquellas pomposas frases de:—«La intervencion de México es el hecho mas glorioso de mi reinado.»

La *Bolsa* europea estaba de felicitacion.

El viejo mundo se puso su armadura llena de orin, que estaba en el museo de los siglos medios; cierto es que ya no la soportaba, y como el último caballero andante, emprendió el combate de los *molinos de viento*.

¡Los soberanos de las potencias aliadas participaron oficialmente su alta determinacion, y la prensa cantó un hossana, y las liras entonaron himnos patrióticos á la diosa Conquista, y las naves

guerreras se enfloraron, y las baterías dieron su voto de felicidad á los ejércitos conquistadores!

II.

Los mexicanos intervencionistas se agitaron, como si la Europa hubiese contado con ellos para el rudo golpe que se preparaba.

Almonte dispuso su viaje para México, y Gutierrez Estrada que desde 1840 habia trabajado por la monarquía, se dirigió á Viena, porque el caduco plan de Iguala llamaba al trono de México á un príncipe de la casa de Borbon ó á un archiduque de Austria.

Merced á este recuerdo histórico, surgió la candidatura de Fernando Maximiliano, á quien un destino fatal conducia desde entonces al desastroso término de su existencia.

Las notas diplomáticas vieron la luz pública, y las calumnias mas groseras, las apreciaciones mas inexactas y el rencor menos disimulado, sirvieron de arma innoble jugada contra una nacion débil en sus armas, pero invencible en su derecho.

La mayor parte de los extrangeros residentes en México deseaban la intervencion, y acumulaban secretamente acusaciones contra los mexicanos. Para que se comprenda lo que vale la gratitud de aquellos á quienes México ha dispensado una franca hospitalidad, copiamos las palabras de Saligny en uno de sus despachos al gobierno de Francia:

« Sir Charles Wyke y yo hemos considerado la situacion bajo un mismo punto de vista, y hemos obrado de completo acuerdo rompiendo nuestras relaciones con el gobierno mexicano. Esta determinacion ha producido una profunda sensacion. *La poblacion francesa está unánime en su indignacion contra este gobierno, y en su deseo de ver aplicarle un pronto y ejemplar castigo.* »

El ministro ingles era de la misma opinion al dirigirse á su gobierno:

« La intervencion armada es indispensable para impedir que los súbditos británicos sean asesinados y robados impunemente bajo un gobierno tan corrompido é impotente. »

Los nacionales franceses, como decia su honorable ministro, acudian á mostrarle anónimos amenazadores de muerte é incendio; pero no amedrentaban su ánimo esforzado esos manejos de los agentes del gobierno.

Ese pobre diplomático creia que el Sr. Juarez se ocupaba en amilanar á los que estaban amilanados de antemano bajo el peso de una difícil situacion.

Largos serian el relato é insercion de esos célebres despachos, hoy burla é irrision del mundo entero, y que le han dado muerte eclesiástica á sus autores.

Baste saber que la calumnia con toda su deformidad sirvió de pretesto para consumar ese atentado que hoy condenan las mismas naciones que entraron en la ya para siempre olvidada convencion de Lóndres.

III.

La ciudad de Veracruz y el fuerte de San Juan de Ulúa, fueron entregados al general español por el Ayuntamiento.

Existe una litografía con un cuadro humillante para la autoridad municipal de Veracruz.

Los individuos del Ayuntamiento yacen cabizbajos ante la arrogancia del general Gasset, que con aspecto protector recibe la plaza.

El general, vestido con blusa de percal del color del pantalon, y éste metido en las botas, sombrero de paja con el ala arremangada hácia el lado derecho, donde luce una cucarda amarilla, mas bien parece mayoral de ingenio ó unos de esos mites que vemos en los dramas de Emilio Girardin y Pablo Feval.

Contrasta ese traje semi-chambergo, con el frac de aquellos tristes concejales tan humillados.

Protestamos contra ese cuadro, por contener un pensamiento calumnioso.

El Ayuntamiento de Veracruz, cumpliendo con la prevencion gubernativa, se presentó á Gasset, mas bien para hacerlo responsable de la situacion, que para la entrega de la Plaza, puesto que las instrucciones del gobierno prohibian toda plática con el extrangero.

En ese momento el general Uraga y el gobernador La Llave protestaron en nombre de México contra la violacion del territorio mexicano.

A los pocos dias se avistaron las escuadras francesa é inglesa, mandada la primera por el almirante Jurien de la Gravière y la segunda por el comodoro Dunlop.

Los pabellones de la liga y el mexicano fueron enarbolados en el castillo y en la plaza.

La bandera de la patria llevaba en el asta el *Inri* de la conquista.

IV.

El 13 de Enero del año del Señor de 1862, se reunieron los plenipotenciarios en el palacio de Veracruz, llamando á su sesion al almirante y comodoro de las escuadras.

Dubois de Saligny es ya tan conocido de los lectores y corre en tantas historias y cuentos picantes, que su biografía es capaz de despertar el buen humor á un hijo de la Gran Bretaña.

Sir Charles Wyke es simplemente un *ingles*: *times is money*. Dunlop y Jurien de la Gravière venian á su negocio y seguian en esa vía de injusticia y calumnia, rieles sobre los que se deslizaba la locomotora intervencionista.

Estos cuatro sugetos son muy caballerosos en Europa.

El general Prim, esa figura que se destaca en el cuadro de las glorias españolas, ese caballero digno de los tiempos antiguos, noble, generoso, defensor de las grandes causas, el héroe de Africa,

era un elemento extraño en aquella reunion en que se trataba de la muerte de una nacionalidad.

Ya conocemos á los hombres que iban á decidir del destino de México.

Abrióse la conferencia.

El general Prim leyó una proclama redactada de antemano; en ella se proscribia toda idea de conquista y de perturbacion interior.

Los aliados la signaron, no obstante que Saligny no aprobó el pensamiento en general.

—Señores,— dijo el ministro ingles,—es necesario enviar nuestro *ultimatum* al gobierno de México.

—Yo estaria,—dijo el frances,—porque esas fórmulas se proscribieran y nuestras fuerzas adelantasen á la capital en son de guerra.

—Señor conde,—dijo Prim,—esa conducta no es acorde con la proclama que acabamos de firmar.

Saligny hizo un movimiento de cabeza.

Jurien de la Gravière, que era mas moderado que Saligny, optó por el *ultimatum*.

—Es necesario,—insistió Saligny,—acompañar una nota colectiva en que consten nuestras reclamaciones.

—Démonos cuenta,—dijo Prim,—de las pretensiones de cada uno, en lo que debemos estar de acuerdo.

Saligny sacó una gran lista de reclamaciones, entre las que figuraban los *millones* de Jecker procedentes de algunos *miles* de pesos entregados al gobierno de Miramon.

Los aliados se encogieron de hombros ante una pretension tan exagerada.

—Señor ministro,—dijo Prim,—la España se prestará con dificultad á dar su apoyo á ese espediente.

Exaltóse Saligny, y dijo con ese ardor tan frances, cuando se trata de dinero:

—Pues señor general, yo sostengo en nombre de la Francia esta reclamacion y será la primera que se presente.

Sir Charles Wyke, dijo:

—Yo me adhiero á la opinion del general Prim, me opongo á que la Francia cubra con la bandera de la liga una reclamacion sobre un contrato leonino y oneroso.

—Traeria un gran desprestigio sobre nosotros,—añadió Prim, —y mas que nos hallamos en el primer momento de la intervencion; ¿qué dirá el pueblo mexicano si comenzamos por imponerle un pago tan terrible como el que envuelve el negocio de Jecker?

—La intervencion,—gritó Saligny,—viene á hacerse pagar todo, sí, todo lo que nos defraudan esos hombres que forman el llamado gobierno mexicano.

—No estamos de acuerdo con esa especie vertida por el señor Saligny,—dijo Prim;—y yo declaro que no apoyaré tales pretensiones.

Dunlop agregó que la causa no debia dirigirse sino á un objeto

—Estamos convenidos en todo lo espuesto por los señores Wyke y Prim,—dijo Jurien de la Gravière.

Saligny al oir la voz del almirante frances, bufaba de furor, perdia en el primer encuentro, su gran negocio fracasaba, los millones se le escapaban de entre las manos.

—Puesto que no estamos de acuerdo,—dijo Saligny,—para transar la cuestion, redactemos una nota colectiva y reservèmos para despues el presentar las reclamaciones.

—Aceptamos,—dijeron Prim y sir Charles Wyke.

Mal camino llevaba la liga al pisar las arenas de un país donde hace fiasco todo lo mas grande y notable de la Europa.

Los elementos combustibles al reunirse, ocasionarian mas tarde una explosion.

V.

Redactóse la nota, que nada queria decir; era simplemente la emision del pensamiento intervencionista tras un antifaz hipócrita y desleal: aquella nota no tenia una respuesta determinada, ninguna exigencia, ninguna reclamacon, era una especie de proclama á mano armada.

La primera palabra de la Europa al pisar el territorio era confusa, y es que aquellos hombres no tenian valor para manifestarse; temblaban ante una nacionalidad señalada como víctima en los designios de los déspotas del viejo continente.

He aquí ese célebre documento:

«Tres grandes naciones no forman una alianza sola para reclamar de un pueblo á quien afligen tan terribles males, la satisfaccion de los agravios que se le hayan inferido; tres grandes naciones se unen, estrechan y obran en completo acuerdo para tender á ese pueblo una mano amiga y generosa que lo levante, sin humillarle, de la tan lamentable postracion en que se encuentra.

«El pueblo mexicano tiene su vida propia, tiene su historia y su nacionalidad; es pues absurda la sospecha de que entre en los planes de las tres naciones aliadas el atentar contra la indipendencia de México.

«Por eso venimos á ser testigos, y si necesario fuese, protectores de la regeneracion de México. Querémos asistir á su organizacion definitiva sin intervencion alguna en la forma de su gobierno, ni en la administracion interior.

«A la república, solo á ella corresponde juzgar cuales son las instituciones que mas le acomodan á su bienestar y á los progresos de la civilizacion en el siglo XIX.»

El gobierno mexicano no tenia en su alto desden mas respuesta, que la dada por el coronel Cambronne al intimársele rendicion al perderse la batalla de Waterloo.

CAPITULO VII.

De còmo empezó á desarrollarse la hidrofobia entre los partidarios de la intervencion.

I.

Salióse el ministro frances rabioso como un perro de presa y se dirigió á su casa, donde le esperaban con impaciencia Wask, Manzanedo y don Fernando Moncada.

—¡Rayos y truenos!—dijo Saligny,—estos diablos de españoles son los hombres ménos á propósito para el arreglo de los negocios.

—¿Pues qué pasa?—preguntó Wask.

—Que esos infernales aliados se han conjurado contra nosotros.

—¿Han reñido por ventura?—interrogó don Fernando.

—Hay para darse un tiro,—exclamaba Saligny,—llevamos muy malos pasos, estoy por hacer una barbaridad.

—Contadnos, señor ministro,—dijo Manzanedo, calculando que era muy grave lo que habia tenido lugar en la primera conferencia.

—No lo vais á creer, me parece un sueño, una fábula, ¡vive Dios! que esto será lo peor de cuanto pudiera sucederme. Habeis de saber que... pero me ahoga la rabia, dadme un trago de coñac, porque mis fauces están secas como un papel.

Wask se levantó y sirvió en un vaso coñac, pan cuotidiano del señor ministro frances.

—Decia,—continuó el *copólogo* diplomático,—que los aliados se rehusan á que entren en las reclamaciones los créditos de Jecker.

Wask dió un salto como si fuese de resorte.

—Como lo oís,—contestó Saligny,—juzgan exajerada la pretension, comienzan por declarar que el contrato es *leonino*, y todo esto constará en una acta y estamos punto ménos que perdidos.

Manzanedo permaneció impasible, á pesar de sus compromisos con la casa del banquero: él iba en pos de la candidatura de don Juan de Borbon y aquello no era de muchas consecuencias.

Wask no habia podido articular una palabra; si un rayo hubiera caido sobre su cabeza no habria producido conmocion mas profunda.

—Ningun negocio mas importante,—proseguia lleno de cólera y de coñac Saligny,—cien fortunas van á desplomarse con este golpe; pero yo juro romper antes el convenio de Lóndres, que consentir en semejante atentado.

—Yo me muero,—exclamó Wask,—¡esta situacion me volverá loco!

—¡Yo,—dijo el ministro,—que me he valido de cuantos medios han estado á mi alcance, que he atropellado por todo, hasta conseguir la intervencion armada de la Europa, no quedaré hecho un rey de burlas delante de los hombres de la intervencion!

Manzanedo, mas avezado que sus colegas en los negocios de la política, comprendió desde luego que no sería satisfactorio el éxito

de la espedicion; no obstante, ya estaba lanzado y era preciso seguir con mas ardor que nunca hasta el desenlace de aquel drama; estaban en la primera escena.

—Yo estoy disgustado,—decia Saligny,—desde la proclama de ese soldadon español, que se anticipó á nosotros en la caravana intervencionista: las cosas deben llevar un nombre desde el principio y si tenemos que obrar en son de guerra, ¿á qué hacer alarde de una mision de paz, que seguramente no es la nuestra?

—Despues,—dijo don Fernando,—se nos echará en cara ese manifiesto que es todo un programa.

—Ademas,—continuó Saligny,—que no es un misterio que venimos á derribar el gobierno de Juarez y á establecer la monarquía. El general Almonte que debe desembarcar en uno de estos dias, ya ha estado en Viena; porque el plan de Iguala llama al trono á un archiduque de Austria.

Tocóle su vez á Manzanedo, que se levantó del asiento involuntariamente.

—Señor Saligny,—dijo procurando apagar la alteracion de su voz,—á quien llama el plan de Iguala es á un individuo de la casa de Borbon, que no puede ser otro que el príncipe don Juan.

—Me da lo mismo si me han de pagar mis reclamaciones; no os inquieteis por los trabajos de Almonte, él está en su derecho, como vos al trabajar por la candidatura de los Borbones.

—Supongo,—dijo Manzanedo,—que no se habrá tratado esa cuestion en la conferencia.

—Allí no se ha tratado sino de barbaridades,—repuso Saligny; —¡esos hombres son unos estúpidos! yo que pensaba abonarme algo de las rentas de la aduana, me encuentro desposeido de lo que legítimamente me corresponde.

—Temiendo estoy—dijo don Fernando—que fracase hasta la monarquía.

—No aventurémos tanto, la nota colectiva sale hoy mismo de Veracruz en el porta-pliegos de los comisionados; dentro de una hora estarán en camino para la capital.

Wask, no vuelto aún de su aturdimiento, gritó con furor:

—Estos aliados están matando el pensamiento de la convencion de Lóndres, se están haciendo los interesantes, cuando mañana tendrán que ametrallar á esos hombres á quienes les dirigen la ridícula nota colectíva; ¿creen acaso que Juarez va á entregar las llaves de la nacion á la primera palabra de la liga? eso es no conocer la tenacidad del presidente; ademas, que no recibirán con flores á las primeras tropas que se atrevan á emprender el camino rumbo á las gargantas de la sierra; Llave tiene fortificadas las montañas, y esas posiciones no se toman con proclamas; no hay un solo ejemplo de que un pueblo se haya dejado arrebatar su independencia sin disparar un solo tiro. La accion debió haber sido violenta, hoy la nacion se pone en guardia, se organiza y acumula cuanto elemento puede sacar de la misma situacion.

—Es verdad,—dijo Saligny,— eso mismo he dicho en la junta; pero el infierno, es decir la Inglaterra, se ha propuesto perdernos, y en union suya el marques de los Castillejos.

—Ese espadachin,—dijo don Fernando,—ese héroe que solo sabe triunfar de los moros, la está echando de Quijote.

—Precisamente,—respondió el ministro,—el gabinete de Madrid no podia haber hecho peor eleccion: el general Prim está enlazado con una señoritá mexicana, y ademas el ministro de hacienda de Juarez es su tio, circunstancias todas que lo hacen adolecer de parcialidad.

—¡Carguen con él todos los diablos!—exclamó Wask electrizado, —lo que extraño es la conducta de sir Charles Wyke.

—Como no le hemos participado de los millones, está rabioso,—observó Saligny.

—No hay mas que interesarle.

—Ya son muchos los socios, amigo mio, y ese demonio de suizo no quiere muchas divisiones, ya se considera suficientemente...

—No importa un millon mas ó ménos; una coleccion de papeles inservibles se la volvemos billetes de banco, eso es mayor milagro que convertir las piedras en pan.

—Es cierto.

—Es necesario,—dijo Manzanedo,—no agriar esta situacion, ya veo hasta ahora que las cuestiones se aplazan, no hay mas que tener paciencia, esperémos la respuesta del gobierno mexicano, cedamos á las menores indicaciones de los aliados, que mas tarde dispondrémos de la situacion; no hay que acalorarse porque las consecuencias pueden ser funestas.

—Yo,—dijo Saligny,—me he contenido merced á ese pensamiento, no quiero que mañana se me culpe de haber echado á rodar un negocio que se presenta bajo tan buenos auspicios.

—¿Tenemos algo de México?—preguntó don Fernando.

—Hay algo, que bajo la apariencia de un incidente cualquiera, podrá ser de algunas consecuencias.

—Explícaos, señor ministro.

—Juarez ha cambiado gabinete. Zaragoza, ese hombre tan fuerte para las armas de la reaccion, ha dejado el ministerio y con una division que está bien organizada se dirije á nuestro encuentro.

—¿Ese general es el de Silao y Calpulalpan?

—El mismo, señores, hombre de gran vista militar, reservado, valiente y querido de sus soldados.

—Lo he dicho, el gobierno de México se organiza.

—Zaragoza,—continuó Saligny,—es un general valiente y sagaz, sostendrá con mas éxito que otro una campaña; pero eso no importa, nuestras armas son invencibles.

—¿Pues entónces, qué temeis?

—Temo al ministro de Relaciones, á ese Doblado, hombre suspicaz, arrojado hasta la temeridad cuando su amor propio se halla comprometido; conoce á los hombres y los ataca por su lado vulnerable; la acechanza y el engaño son sus armas; puede habérselas con nosotros, temo que le hable á los ingleses con oro, y á los españoles con humo: los primeros son todo metal y los segundos gloria, caballerosidad y bambolla. En cuanto á la Francia, cerrarémos los oidos; ya la conocemos.

—El negocio es mas difícil de lo que parecia al principio.

—Es verdad, yo mismo le desconozco; este suelo no sé qué tiene, al respirar la atmósfera de este clima, todo se vuelve al reves, todo se lo lleva el diablo.

—Estamos en una pendiente horrible.

—Serenidad y confianza,—dijo Manzanedo,—estemos á la espectativa; no hay que desesperar.

—Mas tarde,—repuso Saligny,—y en mejor terreno, haré valer los contratos celebrados con Jecker; tomaré los primeros dividendos, dejando en manos de ese suizo miserable la responsabilidad por el resto de la suma.

—Ese oro,—dijo Wask,—ha sido la piedra iman de la intervencion: ¿quién dirá que ese precioso metal formará parte del tesoro imperial?

—¡Silencio, caballero! me comprometeis horriblemente.

—No hay quien se entere.

—Olvidemos por un momento el desastre, y preparémonos para el porvenir.

El ministro se adelantó á la botella y comenzó á tomar como un flamenco.

Manzanedo y don Fernando se despidieron, dejando al frances y al ingles entregados al sopor de los espíritus alcohólicos.

II.

—Sé,—dijo el conde á Manzañedo luego que estuvieron solos en su alojamiento,—que habeis recibido noticias de México.

—No os lo ocultaré mas, caballero, estamos identificados en una misma causa; la condesa de Montemolin se halla en la capital.

—Sí, bajo el nombre de Rosa,—añadió serenamente don Fernando.

—¿La conoceis, caballero?

—Estoy en relaciones con la hija de Cárlos Luis de Borbon.

—Esa mujer es terrible,—dijo Manzanedo,—y educada para la política, mantiene relaciones con todas las personas de influencia, y las aleja entre sí con un tacto admirable.

—¿Y qué os dice?

—Que en México se conspira incesantemente, aunque se ha recibido la proclama de los aliados con sumo disgusto por los partidarios de la monarquía.

—Nos ha pasado á nosotros lo mismo; no obstante, la cosa marcha.

—Temo un rompimiento entre los plenipotenciarios; la manzana de la discordia ha aparecido.

—Sería bueno deshacernos de Prim,—dijo de una manera acentuada el conde del Jaral.

—No,—repuso Manzanedo,—puede ser el elemento borbonista.

—No importa, ese hombre es de mal agüero; ya sabeis que yo cuento con medios para todo.

—Ya los explotaremos mas tarde.

El conde era un hombre que veía en los hombres *obstáculos* ó *medios;* estaba pronto á emplearlos ó á hacerlos desaparecer; negaba la existencia de los crímenes en política; creía que todo era lícito para llegar á un fin determinado.

Don Fernando era partidario de Maquiavelo, pero aplicaba sus máximas sin talento.

Hay libros que son lo que una arma en manos de un loco.

Los cerebros de aquellos hombres comenzaban á poblarse de sombras, y entre las sombras crece la envenenada planta del crímen.

Toda la fidelidad generosa del perro, y su grande adhesion hácia la mano que lo proteje y acaricia, cesa desde luego que el animal es atacado por la hidrofobia.

La ambicion es la rábia de los séres á quienes Dios ha concedido el soplo de la inteligencia.

CAPITULO VIII.

De los toros y cañas con que obsequiaron á los señores porta-pliegos en la sociedad conservadora de Mexico.

I.

La nota colectiva, primer desbarro de los aliados, y que determinó la marcha política de la intervencion, fué enviada á México por conducto del brigadier Milans del Bosch, del comandante Thommaset y de Mr. E. Patham.

La comision se presentó al ministro de Relaciones.

El general Doblado, ese hombre astuto, como habia dicho Mr. de Saligny, y de una gran capacidad, recibió á los enviados con extraordinaria galantería.

El bravo español, que creía segun la voz general en Europa, hallar un campo de Agramante, y robos y asesinatos en las calles, y escándalos y desórdenes espantosos, encontró una sociedad organizada como Europa, bajo las condiciones de distincion y moralidad á toda prueba.

El ingles se quedó aturdido ante un cuadro que verdaderamente no esperaba, despues de las calumniosas palabras de su ministro.

En cuanto al frances, comprendió que la conquista estaba *verde*, como las uvas de la zorra.

Los porta-pliegos, y es necesario confesarlo, fueron los primeros en variar de opinion respecto de los hombres y de las cosas de México.

Milans del Bosch era amigo íntimo del general Prim, y sus informes robustecieron mas las creencias de ese noble patricio al fallar sobre la suerte de un país, donde habia visto la primera luz su jóven esposa, madre de esos tiernos niños que participan hoy

de ese pan amargo del destierro, y dividen en su inocencia la suerte de su padre, como el honor de un nombre sin mancilla.

¡Esas criaturas son hijas de una mexicana, y nuestras simpatías hacen un voto por su felicidad!

II.

La señorita Amalia Brown, hija de un rico banquero ingles, estaba recien llegada á la capital de la República, y la noche del 24 de Enero daba un gran baile á los porta-pliegos de las naciones aliadas.

La mas suntuosa casa de la calle de San Francisco se ostentaba llena de esplendor desde la puerta de entrada hasta los régios salones, donde afluía una concurrencia numerosa y elegante.

El patio estaba convertido en un bosque de plátanos con sus hojas arrasadas, de naranjos exhalando el azahar de sus capullos, como los incensarios del edificio, y de multitud de flores que expuestas á una luz artificial de luna, tomaban un tono suavísimo y encantador.

En los escalones de la ámplia escalera de entrada y por ambos extremos, habia una sucesion de tiestos con flores de seda, iluminadas y puestas entre las rosas y arbustos naturales.

La cantería estaba cubierta por una rica alfombra.

Las pilastras que sostenian los corredores en la parte alta y baja del edificio, estaban adornadas con festones de clavo, y en el centro de los arcos habia estrellas de vasos de colores.

En el centro del patio, una fuente artificial con taza de marmol, con una pequeña estátua del Amor sobre una serpiente alada.

Los corredores que conducian á la antesala y salon principal, estaban como el patio, cubiertos de plantas y de flores.

El salon tenia solamente dos espejos.

Eran dos lunas venecianas abrazando dos lienzos del salon; aquello era sorprendente.

Una lámpara de cristal con trescientas luces, daba de lleno sobre la alfombra blanca salpicada de lentejuelas, y se reproducia en aquellos gigantes cristales con un efecto magnífico.

Blanco y oro se ostentaba en muebles y tapices, y todo reverberaba como un sol incandescente.

En uno de los corredores se improvisó un salon-comedor, donde se encontraba todo el lujo asiático en una soberbia manifestacion.

En la antesala habia unos muebles á la Luis XV, y en la pared del centro una copia de Madrazo.

Sobre el fondo oscuro del lienzo se destacaba la inmortal figura de la Herodías, llevando en la fuente de plata la cabeza del Bautista.

La luz estaba tan bien combinada, que heria á aquella pintura precisamente en el foco bajo cuyos rayos estaba ejecutada.

El marco era de ébano con incrustaciones de oro.

III.

Amalia Brown esperaba de pié á sus invitados, y con una galantería inimitable los introducia en los salones.

La hija del banquero llevaba un traje de raso azul, abierto en la enagua, figurando delantal de encajes flamencos, y adornado en sus bordes con botones de perlas con el centro de brillantes.

La vista del corpiño tambien de encajes finísimos y delicados.

Unos pendientes formados de solitarios de un tamaño fabuloso, una soguilla deslumbradora y una pulsera riquísima, formaban el arreo de aquella mujer maravillosamente hermosa.

Los ojos de Amalia brillaban en una irradiacion encantadora; su sonrisa era la de la sirena, y su voz el acento de los ángeles.

Parecia una ilusion de felicidad, el génio de la belleza, el númen del encanto y de las esperanzas.

Aquella mujer estaba en armonía con la luz, con las flores, con los ecos armoniosos que inundaban la mansion del lujo en una atmósfera de perfumes, de encantos y de espiritualismo.

IV.

—Estoy verdaderamente sorprendido,—decia el señor Peña Flores á su hija Clotilde;—esta fiesta es verdaderamente régia.

—Nada hay en todo que pueda tacharse de mal gusto, exceptuando una media docena de señores de corbatas blancas, como me has contado los habia en el tiempo de los virreyes.

—Cuidado, Clotilde mia, esos caballeros son las personas mas distinguidas del partido conservador.

—No puedo disimular el disgusto que me provocan, creo que este baile es una manifestacion de simpatía hácia las aspiraciones de la liga.

—¡Hola! ya hablas de política como un periodista.

—No, no es eso, es que me repugna el servilismo; he oido algo de sus conversaciones, y como son conocidas sus tendencias al retroceso, no dudo que tratan de influenciar á los enviados haciéndoles creer que existe en México un partido que acepta la intervencion.

—No, hija mia, este obsequio es de hospitalidad.

Acercóse uno de aquellos de las corbatas blancas, como decia Clotilde.

—Señorita, estamos de felicitacion; ¡qué me place ver á usted en los salones! es necesario que los europeos vean y aprecien lo que valen nuestras hermosas.

—En cuanto á mí, señor Rodriguez, poco tendrán que admirar.

—No puedo permitir tanta modestia, usted no tiene rival en materia de belleza; personas como usted no cuenta esa sociedad demagoga...

—Sí, cuenta,—se apresuró á contestar la jóven,—puesto que yo pertenezco á ella de todo corazon.

El viejo sátrapa arremangó el labio mintiendo una sonrisa.

General Jesús González Ortega.

—Usted se chancea, yo no supongo en usted tan mal gusto.

—Pues lo tengo, caballero; ademas, no creo que esta reunion tenga por objeto exponernos como esclavas en la tienda de un comerciante árabe.

—¡Dios mio! está usted diciendo horrores, eso es confundir mis espresiones, yo solo quiero decir que me envanezco de la sociedad á que pertenecemos.

—Efectivamente, la sociedad mexicana nada tiene que envidiar, y hablo en general de ella, porque ustedes los caballeros son tambien un modelo de finura y sobre todo de patriotismo; es necesario que delante del extrangero se haga alarde de ambas cualidades ¿no es verdad?

—Sí... no hay duda... pero.. yo, en fin, como no estoy de acuerdo con los hombres de esta administracion...

—Esos son asuntos domésticos que no los debe trascender un extraño: la patria es la patria, caballero.

—Creo que me llaman, señorita,—dijo aturdido aquel hombre, y saludando á Clotilde se alejó avergonzado ante los rudos ataques de la jóven.

—Hija mia,—dijo el señor de Peña Flores,—estás terrible esta noche, traes un humor espantoso.

—¡Qué quieres! estos hombres me son antipáticos, los veo arrastrarse á los piés del poderoso y los rechazo instintivamente.

Un golpe de música anunció que los enviados de la liga se presentaban en los salones.

Amalia se levantó, dirigiéndose á su encuentro.

V.

Milans del Bosch, porta-pliegos del conde de Reus, llevaba todas sus condecoraciones y manifestaba en su apostura toda la hidalguía española.

—Caballero,—dijo la dama, tendiendo su mano al brigadier;—aunque no os habeis hecho esperar demasiado, ya estaba impaciente por vuestra llegada.

—Señora, no se pasa un momento de la hora y confieso que el tiempo ha trascurrido lentamente; pero quedo indemnizado con el alto honor de estrechar una mano tan hermosa y poder manifestar á la señorita Brown mi gratitud por su invitacion.

—Me es grato,—continuó Amalia, dirigiendo la palabra en lengua inglesa á Patham,—saludar á un compatriota á una distancia tan grande de nuestro suelo.

—Señora, yo me inclino respetuosamente ante esas palabras que traen á mi memoria los recuerdos de la patria, y mas cuando vienen de lábios tan encantadores como los de la señorita Brown.

—Caballero,—dijo la dama saludando cortesmente al oficial frances y adoptando su idioma,—los hijos de la Francia se distinguen en todas partes por su galantería: estaba segura de que concurriríais á mi invitacion.

—Señora, tanta amabilidad me deja confuso y no encuentro

palabras con que responder debidamente al honor que se me dispensa; cuando el corazon siente el labio enmudece.

Los porta-pliegos penetraron en el salon. Todo aquel lujo deslumbrante, aquella juventud ataviada de oro y brillantes, en nada se diferenciaba de la exquisita sociedad europea.

Aquellos hombres iban de sorpresa en sorpresa; protestaban contra los cuadros de costumbres nacionales que corren en los mercados de Europa, en que se nos pinta bajo el humilde techo de los *jacales* bailando el jarabe y con un traje de fantasía invento de los artistas del otro continente.

El pensamiento de la *conquista* se iba desvaneciendo por grados; no era posible tornar en esclavos, ni aun en colonos, á los miembros de una sociedad donde la civilizacion ha echado tan profundas raices.

Los individuos de la familia desheredada de los *conservadores* se fueron acercando con dulzura á los enviados para *explorar* el campo.

Milans del Bosch con la franqueza española que lo caracteriza, no pudo contener su entusiasmo.

—¡Señores,—decia en voz alta,—estoy encantado de la sociedad mexicana! verdaderamente se hacia necesaria la revolucion de reforma.

Los conservadores hicieron un jesto tan unísono como los comparsas de la ópera.

—¡Oh! las mexicanas,—decia el frances,—son encantadoras, harian papel en nuestros salones de la aristocrácia; el baile está delicioso.

El ingles, con las gafas caladas, observaba los menores detalles de la fiesta y llevaba el compas de la música con el pié.

—Yo me felicito,—continuaba el brigadier,—de estar entre los de mi raza: ¡vive Dios! que han hecho admirablemente al proscribir á los frailes y derribar los conventos; ¡en España nos contentamos con tan poco! ¡allí acabamos con los *pájaros* y los *nidos!*

Los *conservadores* respiraban con dificultad, como los buzos al salir del fondo del mar.

—Esta sociedad avanza; es una injusticia que se pinte á México como una nacion de bárbaros; ya voy creyendo que el sistema republicano es planta de este clima.

Los *conservadores* sentian retortijones de tripas.

—No hay duda,—dijo el ingles,—este es otro *negocio* diferente; es necesario ver antes de obrar.

Los *conservadores* le lanzaron una mirada de basilisco.

El baile habia comenzado con gran entusiasmo y la fiesta estaba en todo su esplendor.

—¡Nos hemos lucido!—decia el señor de Rodriguez.

—Sí,—decia otro individuo alto, seco y enjuto como una culebra disecada,—nos salió el *huevo güero*.

—Estos enviados son demagogos, la cosa se tuerce.

—Ya creo que está torcida.

—¡Qué engaño!

—¡Aprueban la supresion de los señores religiosos!

—¡Y la extincion de las monjas!

—¡Y la tirada de los conventos!

—¡Me he quedado estupefacto!

—No crea usted que estos hombres nos regeneren.

—Estoy por volverme juarista.

—Si estas son nuestras esperanzas, dentro de un año andamos de mosquete gritando: ¡mueran los *mochos!*

—Afortunadamente Mr. de Saligny y Mr. Wyke están decididos á *intervenir.*

—A menos que no se hayan atarantado con un espectáculo que no vale la pena.

—Los millones de Jecker pesan en la balanza terriblemente.

—Ya lo creo, les dariamos el doble por vernos libres de Juarez y su administracion.

VI.

A la media noche toda aquella revuelta concurrencia afluyó como un torrente de gasas, de brillantes y de flores al salon de refresco.

El hirviente Champaña, el Rhin, el Madera, el lácrima-cristi y cuantos vinos produce el suelo de la Europa, tantos fueron servidos en aquel espléndido banquete.

Los brindis, las espresiones, las simpatías, los votos de amor y de amistad se mezclaban; así como los corazones en suspiros, y las almas en el fuego abrasador de las miradas.

La señorita Brown tomó el brazo del brigadier español, y comenzó á recorrer los salones, sosteniendo una empeñada conversacion.

—Ya sabeis, señora,—decia Milans del Bosch,—que mis ideas son enteramente progresistas; ignoro aún la suerte reservada á este hermoso país; pero sí me es fácil asegurar que es grave la empresa de derrocar el gobierno de la república.

—Y en caso de que el pueblo acepte la idea monárquica, ¿no juzgais razonable la resurreccion del plan de Iguala en que se llama al trono á uno de los príncipes de la casa de Borbon?

—Creo que es un negocio muy adelantado, puesto que la candidatura recae en el príncipe don Juan.

La jóven sonrió con satisfaccion.

—¿Y el general Prim se prestaria á sostener la candidatura?

—El general se sujetará á lo que el gobierno de S. M. determine.

—Y vos, señor brigadier, ¿pudiérais asegurar al caballero Prim, que en México se acepta como una esperanza la llegada al sólio de un español?

—No he oido hasta ahora una sola palabra que pudiera servir de base á ese aserto.

—Yo os lo aseguro; llevo algun tiempo de estar en la capital y he visto el ascendiente que encuentra ese pensamiento.

—No veo muy claro en este negocio; los aliados no están de

acuerdo como era de desearse, y temo que la convencion termine el dia menos pensado.

—Pero la España seguirá por su propia cuenta.

—No alcanzo nada, señorita, hay un velo tendido delante de nuestros ojos, que el tiempo se encargará de descorrer.

Amalia sabia cuanto pudiera desear y hasta donde la reserva del brigadier era lícito manifestarse.

Habló despues con los enviados de la gran Bretaña y de la Francia, los cuales sabian menos que Milans del Bosch.

La jóven se introdujo en los círculos con aquel tacto político que le era peculiar.

Comprendió que las ideas manifestadas por los enviados no satisfacian á los conservadores, que deseaban á todo trance el derrumbamiento de la República.

Amalia no cesaba de infiltrar la idea de la *legitimidad* sobre el plan de Iguala y parecia ser aceptada, puesto que era la bandera que hasta entonces podia levantarse y el principio proclamado con mas éxito entre los partidarios de la monarquía.

Amalia era de una rara capacidad, su posicion brillante por sus riquezas podia formar un núcleo respetable que sirviera de palanca á sus pretensiones.

La jóven estaba ufana y recorria los salones obsequiando á sus convidados con esquisita galantería.

La noche avanzaba en el vértigo del baile, hasta que la etiqueta pugnando con el sentimento del placer, comenzó á arrebatar hoja por hoja de aquel florido ramillete.

Desocuparonse los departementos, las luces se extinguieron, cesó la música y no quedó de aquel festin sino la memoria.

Luego que Amalia quedó sola en su aposento, se despojó de sus brillantes arreos, y á pesar de que ya la mañana comenzaba á sobreponerse á las sombras de la noche, se puso á despachar su correspondencia para Europa.

Despues se reclinó en su lecho, y llevando sus manos al corazon exclamó con la voz concentrada del que padece:

—¡Fernando!... ¡Fernando!... ¡cuánto te amo!...

CAPITULO IX.

De la primera plática que tuvieron los señores de la liga con los descendientes de Moctezuma "en el pueblo de la Soledad.,,

I.

La actitud del gobierno mexicano se marcó de una manera digna y enérgica desde sus primeros pasos.

Los aliados notificaron que marcharian á la zona templada, sin que se entendiera este movimiento hecho en son de guerra.

Juarez respondió que no *permitiria* el paso á las fuerzas alia-

das; que si venian en pos de sus reclamaciones, pasasen á Orizava los delegados con una escolta y entraria en pláticas despues que los ejércitos de la liga se reembarcasen.

Los plenipotenciarios contestaron que su resolucion era irrevocable, pero que deseando evitar un rompimiento, invitaban al general Doblado, ministro de Relaciones, á una conferencia.

Esta idea fué aceptada, y el diez y nueve de Febrero del año de 1862 se reunieron en el pueblo histórico de la Soledad el general Doblado y don Juan Prim, conde de Reus, marques de los Castillejos.

La conferencia se celebró en un edificio de mampostería que está á un costado de la iglesia y que buscan los viajeros como un lugar de terribles memorias.

Los dos hombres de Estado se hallaban frente á frente; y de aquella conferencia estaba pendiente el mundo entero.

Iban á chocar dos nubes que producirian el rayo.

—Caballero,—dijo el conde de Reus,—la liga trae un pensamiento civilizador, la enseña de la paz en medio de la catástrofe de la guerra intestina que devora este hermoso país: cualesquiera administracion bajo la forma elejida por el pueblo, tendrá un apoyo en nuestras armas, las armas de la Europa.

—Señor general, los informes que los soberanos de Europa han recibido acerca de la república, están minados por la base donde debe descansar ese pensamiento verdaderamente generoso; falta por completo la exactitud; la sinópsis política y administrativa podrá dar una idea clara á V. E. de mi aserto.

—Ya os escucho, señor ministro.

—Los Estados todos que forman la Confederacion, sin exceptuar un solo pueblo, se hallan sometidos á la legitimidad del gobierno y viven bajo el amparo de la constitucion.

—Permítame S. E. el señor ministro le manifieste la idea que sobre esa sumisión tienen los representantes de la liga. El numeroso ejército con que cuenta el presidente Juarez tiene *oprimida* á la gran mayoría de la nacion.

—Precisamente ha sido ese el objeto de la revolucion reformista, acabar con un ejército corrompido, foco desmoralizado de donde han partido todas nuestras disensiones domésticas, y sustituirlo con la guardia nacional y un pié veterano sumamente escaso; note el señor conde de Reus, que descubro en estos momentos y ante su reconocida caballerosidad, el secreto de nuestra situacion en la guerra que se prepara.

El generoso marques tendió su mano al general Doblado.

—Estas pequeñas fuerzas,—continuó el ministro,—son suficientes para mantener el órden en las poblaciones; los Estados todos están en plena paz, sus legislaturas instaladas y sus gobernadores dispensando las leyes en un reposo completo; jamas la república se encontró mas en calma, apelo al dicho de Mr. Wyke y del señor Saligny que se distingue por su ódio á México; así es que el apoyo físico y moral que la Europa trata de dispensar á la República, no surtiria efecto alguno. Esta exposicion franca, como versa sobre una cuestion pública, no necesita mas demostracion. Siendo el principal

objeto de la Europa sus reclamaciones, necesitamos establecer un precedente en esta conferencia; reconozca la liga la legitimidad del gobierno de Jaurez y entrarémos de plano en la apreciacion de sus quejas para dejarlas por completo satisfechas, como desea ardientemente la República, que quiere evitar á todo trance una guerra con naciones á quienes siempre ha considerado como sus mejores amigas.

—El señor ministro tendrá la bondad de proponerme la redaccion del primer artículo de los preliminares.

El general Doblado tomó la pluma y escribió:

«Supuesto que el gobierno constitucional que actualmente rige en la república mexicana, ha manifestado á los comisarios de las potencias aliadas que no necesita del auxilio que tan benévolamente han ofrecido al pueblo mexicano, pues tiene en sí mismo los elementos de *fuerza* y de *opinion* para conservarse contra cualesquiera revuelta intestina, los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados, para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.»

Esta redaccion tan diplomática en que no se heria susceptibilidad alguna, fué aceptada por el general Prim.

—Como hemos anunciado á nuestra llegada al suelo mexicano en nuestra proclama, y posteriormente en la nota colectiva, que veniamos á presenciar la regeneracion del país y apoyarla con nuestra influencia, física y moralmente, y aparece ahora por el primer artículo de los preliminares que reconocemos como la expresion de la voluntad del pueblo al gobierno existente, deseo que á todo trance conste que nunca tuvimos ideas de conquista, ni ese fué el pensamiento de la convencion de Lóndres.

—El señor general Prim está en su derecho y constará cuanto á ese respecto desee el señor conde de Reus.

—Como el expediente de las reclamaciones que cada una de las naciones de la liga tiene que presentar al gobierno de México sea motivo de un examen detenido, abrirémos las conferencias dentro de dos meses, á partir desde esta fecha.

—El señor conde determine como le parezca,—dijo el ministro mostrando una gran deferencia.

¿Qué importaban las concesiones en el arreglo de los negocios, despues de arrancar á la Europa aquella prenda inestimable que volvia girones el pacto tripartito?

—V. E. redacte el artículo como lo estime mas conveniente.

El conde de Reus tomó á su vez la pluma y escribió:

«Artículo segundo. Al efecto, y protestando como protestan los representantes de las poténcias aliadas, que nada intentan contra la independencia, soberanía é integridad del territorio de la república, se abrirán las negociaciones en Orizava, á cuya ciudad concurrirán los señores comisarios y dos de los señores ministros del gobierno de la república, salvo el caso en que de comun acuerdo se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes.»

—Perfectamente,—djio Doblado,—nada tengo que objetar al pensamiento ni á la redaccion; pasemos al artículo tercero.

«Durante las negociaciones las fuerzas de las potencias aliadas ocuparán las tres poblaciones de Córdova, Orizava y Tehuacan con sus rádios naturales.»

—Señor ministro,—dijo Prim,—en el terreno de la caballerosidad jamas dejo la arena á mi enemigo: permítame V. E. que escriba el artículo que atañe á mi lealtad y á mi hidalguía.

—Como mas cuadre á V. E.—contestó Doblado.

Prim escribió violentamente:

«Artículo cuarto. Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mexicano, se estipula que en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados *desocuparán* las posiciones antes dichas, y volverán á colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones, en rumbo á Veracruz, designándose como puntos extremos principales el de Paso Ancho en el camino de Córdova y Paso de Ovejas en el de Jalapa.»

«Artículo quinto. Si llegare el caso desgraciado de romperse las negociaciones, y retirarse las tropas aliadas á la línea indicada en el artículo precedente, los hospitales que tuvieren los aliados, quedarán bajo la salvaguardia de la nacion mexicana.»

—Perfectamente, señor general, solo resta un último artículo como deduccion de estos convenios.

—No alcanzo lo que quiere decir el señor ministro.

—Voy á explicarme: como estos preliminares varian del todo la situacion, y el reconocimiento del gobierno constitucional reputa á los aliados como plenipotenciarios de naciones amigas, debe tenerse la permanencia de las fuerzas de la liga en el territorio como meramente accidental. Propongo esta última condicion:

—«Artículo sesto. El dia en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el artículo segundo, se enarbolará el pabellon mexicano en la ciudad de Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa».

—Caballero,—dijo con entusiasmo el conde de Reus,—sois un buen hijo de México; los hombres de nuestra raza estiman como ninguno la honra de su patria, que está por cima hasta de la existencia, porque ella es la religion de las almas generosas.

Aquellos dos hombres se separaron para no reunirse jamas en el tránsito de la vida.

El destino les tenia reservada una existencia dolorosa y terrible.

¡El conde de Reus, proscrito, calumniado, quemado en estátua por sus implacables enemigos, y viendo á lo léjos á esa España tan querida, cuyo suelo ha regado tantas veces con su sangre!... Podrán desconocer sus títulos, borrarlo del libro del ejército español, negarle una tumba en la tierra que lo vió nacer; ¡pero no alcanzarán á eclipsar las glorias de su claro nombre conquistado en los campos de batalla!...

Don Manuel Doblado, firme campeon de la independencia mexicana, se amparó mas tarde en el suelo extrangero, donde descansan sus restos mortales en una olvidada tumba del cementerio católico de la Piedad en los Estados Unidos.

II.

Los preliminares de la Soledad fueron ratificados por el presidente Juarez y por los enviados diplomáticos representantes de la Europa.

El pabellon nacional volvió á tenderse sobre el Caballero Alto de Ulúa y palacio nacional de Veracruz, saludado por la marina extrangera y el ejército desembarcado en son de guerra en el territorio de la patria.

El tratado de Lóndres habia abortado.

Saligny y Wyke, que no tenian mas punto objetivo que los grandes intereses pecuniarios confiados á su guarda, creyeron que la República se habia estremecido de pánico al ruido de las armas, y que teniendo sobre su cabeza la espada de Damocles, se prestaria á entregar sus tesoros sobre las llamas de ese tormento que se llama *guerra* en la fraseología del siglo XIX.

¡Olvidaron los proyectos de la Europa, proscribieron la monarquía, quemaron todos aquellos protocolos de acusaciones contra México, retiraron sus ofensas, corrigieron el lenguaje innoble usado hasta entonces con la República, y prosternados ante la solemne majestad de un pueblo, confesaron su derecho y trazaron el estigma de la vergüenza y del oprobio sobre la frente de la vieja Europa en sus sueños insensatos de conquista!...

Un grano de arena atravesado en la ampolleta del reloj detenia la medida del tiempo.

La Europa estaba vencida, y ese pacto nefando quedaba en la historia como un último rasgo de la barbárie de otros siglos.

Partió el vapor llevando al viejo continente la noticia de su derrota en el campo de la diplomacia.

Las máquinas galvanizadas del telégrafo se preparaban á dar el gigante aviso de la rendicion de México, y comunicaron con espanto la terrible nueva que envolvia esa cifra que se llama los preliminares de la Soledad.

Un rayo venido por aquellos alambres hubiera causado ménos efecto; los tres soberanos desaprobaron unánimemente la conducta de sus enviados.

¡Miéntras atravesaba las soledades del océano aquella soberana reprobacion, el volcan de la liga que momento á momento presentaba los síntomas determinados de una catástrofe, hizo al fin su erupcion al pié del gigante Orizava!...

CAPITULO X.

De lo que suele hacer Dios en su laboratorio químico.

I.

La tarde del 6 de Marzo de ese año memorable de 1862, la hermosa ciudad de San Andres Chalchicomula recibia con grandes

muestras de regocijo á la brigada de Oajaca, que habia cosechado tantos laureles durante la guerra civil defendiendo la causa de la libertad y de la reforma.

Las campanas repicaban alegremente, las músicas militares tocaban sones marciales, y las detonaciones de los cohetes poblaban el espacio, formando aquella confusion un todo de simpatía y entusiasmo.

Durante el corto intervalo de la llegada de las escuadras extrangeras, á la fecha del 6 de Marzo, podia contarse una nueva era en el ejército republicano.

El general Uraga, en jefe del ejército, habia desplegado en los primeros dias una grande actividad en los preparativos de la guerra, que auguraban una defensa sangrienta y vigorosa.

Luego que se celebraron los preliminares, toda la fé de aquel hombre desapareció como una luz que se apaga.

El general comenzó á tener intimidad con los aliados y á confesarse vencido antes de entrar en la lucha.

Decia públicamente, que su honor le mandaba morir al pié de sus banderas, pero que juzgaba inútil toda defensa, porque las armas de la liga eran omnipotentes.

Estas palabras introducian la desmoralizacion en el ejército; porque un general en jefe es un gran centro de luz; si los rayos los emite con claridad, todo es irradiacion de entusiasmo; pero si los desprende opacos, las sombras se hacen mas terribles y pavorosas.

Aquella conducta no era un misterio.

En una junta de guerra en que se emitieron tales ideas, el general Zaragoza contestó con aquella sencillez republicana que acompañaba siempre los conceptos del bravo militar.

—Señores,—dijo—yo no soy soldado, ni sé opinar en juntas de guerra; sigo las inspiraciones de mi conciencia, ella me manda sacrificarme por mi patria y yo pelearé hasta el último momento.

Zaragoza fué nombrado general en gefe del ejército de Oriente.

Hay almas que tienen el privilegio de alentar el espíritu abatido, de encender la viva llama del heroismo hasta en los pechos mas vulgares, de alentar el ánimo contristado hasta llevar al hombre sereno delante de la muerte.

Esos hombres tienen la duracion del relámpago; pero alumbran un siglo y una civilizacion.

El nombre de Zaragoza llevó la alegría á los campamentos, y aquel hombre fué el ídolo, la admiracion fanática de sus soldados y mas tarde de un pueblo entero.

II.

La brigada de Oajaca atravesaba marcialmente las calles de San Andres Chalchicomula en una ostentacion de orgullo; porque aquellos soldados eran la vanguardia del ejército, los que recibirian el alto honor de batirse los primeros, una vez rotas las hostilidades.

—Hasta hermosos me parecen estos Oajacos,—decia Felipe Cuevas:—¡qué bien llevan sus armas! ¡son los vencedores de Pachuca y Jalatlaco!

—La oficialidad es de primera,—contestó Gonzalez,—con esta brigada me arriesgaria á esperar á los franceses, y eso que siempre les tuve algo de temor; en México, porque me llevaban las cuentas de los pasteles, y aquí por sus piezas rayadas; no obstante, creo que podia llegar á héroe cuando se me antojara.

—En los Estados Unidos han brotado las capacidades guerreras en los momentos de estallar la guerra civil; digalo Mac Clellan y otros cuyos nombres no recuerdo.

—Sobre todo,—repuso Santiago,—si arman á los mil monos que viste en la casa de fieras.

—Siempre estás de broma, te has vuelto un fastidioso de cuenta.

—¡Demonio!—gritó Santiago,—los músicos tocan los *cangrejos;* esa sonata sí que me entusiasma, soy capaz de...

—¿De qué?

—De cantarlos.

—La hazaña es de lo mejor.

No se trata de pelear en estos momentos.

—Creo que sería lo mismo,—dijo con sorna Felipe.

Entonces Santiago Gonzalez, picado por la broma, tendió su mano al estudiante y le dijo con tono serio:

—Juro que estaré en el primer encuentro con el enemigo, y de no perder la vida, continuaré simpre en las primeras filas.

Felipe le estrechó la mano y le dijo á su vez:

—Te tomo la palabra, ¡pelearémos hasta morir!

—¡Lo juro delante de esa bandera!

En esos momentos atravesaba uno de los cuerpos llevando su estandarte acribillado por la metralla.

Los amigos se descubrieron respetuosamente y volvieron sus ojos hacia la enseña sagrada, símbolo misterioso en que se encierra el pensamiento de la libertad de un pueblo.

III.

En uno de los ángulos de la plaza estaban tres hombres de fisonomía vulgar, con todo el aire de comerciante, y que presenciaban como todo el vecindario el desfile de las tropas.

—No hay duda, estas gentes se preparan y nuestros negocios se empeoran día á día.

—No bastaba esa infáme transaccion de los Preliminares.

—No han conocido estos majaderos que el ministro Doblado lo que ha querido es aplazar la cuestion para ponerse en guardia, cuando hubiera sido tan fácil batir en detall estas fuerzas.

—Lo peor es que nada conseguirán, porque el gobierno de Juarez no hará concesion alguna.

—Es preciso confesar que son hábiles estos mexicanos para el enredo.

—El ejército está montado perfectamente, y muy léjos de ser chusma desordenada y sin disciplina.

—Todos los informes han sido enteramente falsos.

—¡Ira de Dios!

—Tras el primer fracaso vendrá la derrota.

—Es segura, amigos mios, ya veis que estos diablos de ingleses no traen mas tropa que la de marina.

—Siempre han sido de mala fé.

—La convencion está rota y todo se lo lleva el demonio.

—Nos hundimos en la catástrofe europea.

—Entremos, que tengo algo que comunicaros.

Los tres personages llegaron al reducido aposento de una de las casas que les servian de alojamiento.

—Señores,—dijo el conde del Jaral,—el almirante Jurien de la Gravière me ha enviado para observar la posicion que guarda el enemigo; porque está dispuesto á romper los preliminares y aceptar de lleno la situacion.

Wask y Manzanedo le vieron con asombro.

—Lo dicho, caballeros, Saligny y la Gravière han reflexionado lo mal que han hecho al aceptar los preliminares y piensan no llevarlos al cabo.

—¿Y sus firmas?

—Eso es bien poco.

—¿Y su palabra?

—¡Qué importa!

—¿Y su carácter de plenipotenciarios?

—En política no hay palabra ni compromisos, ni dignidad, ni juramentos.

— Eso es otra cosa, confieso que no estoy tan adelantado en la ciencia.

—Los hombres son *obstáculos* ó *medios*, la sangre no mancha.

—Estais terrible, señor conde.

—Es mi estado normal.

—La teoría es bellísima.

—La práctica no lo es ménos.

—Querria probaros,—dijo Wask.

—Me sería fácil.

—No lo creo.

—No sois capaz de llevar como yo una empresa hasta su realizacion.

—Puede ser que sí, señor conde.

—Pongámonos á prueba.

Manzanedo seguia con toda atención los movimientos de aquellos dos seres lanzados al camino tortuoso de la política, en la demencia de los intereses personales.

El secretario del conde de Morella no tenia un corazon tan corrompdo como sus compañeros, las escenas de sangre de la guerra *Carlista* no habian agotado la fuerza de sus sentimientos; pero estaba próximo á lanzarse por esa via desesperada.

Todo su porvenir se concentraba en un solo punto, llegaba á la cúspide de su fortuna y temia caer de tan grande altura.

¡Pobre alma acongojada con sus pesadillas de ambicion y de riqueza!

Manzanedo estaba ya complicado en los grandes crímenes de sus colegas, con ellos dividiria hasta el cadalso.

Wask y don Fernando habian entrado en todas las combinaciones, llevaban el peso de la gigante empresa y no habria crímen que no arrostrasen por llegar al término de su camino, miéntras la mano justiciera de Dios no le marcase el *hasta aquí* á una existencia encadenada al espíritu mortífero y pestilente del crímen.

Wask y don Fernando continuaban en sus manifestaciones sacrílegas.

—Yo veria morir tranquilo á todos esos hombres que atraviesan con tanta arrogancia las calles de esta poblacion; si la vida de todos ellos se reuniera en un solo hilo, lo cortaría con la sonrisa en los lábios.

—¡Disparate!

—Hay cosas que no son posibles, pero...

—¿Y si yo os propusiera un medio?

—Lo aceptaria sin oponer obstáculo alguno.

—Pensadlo bien, señor conde del Jaral.

—Por pensado, caballero.

—Si vos ejecutais mi pensamiento yo os ofrezco que caerá la cabeza que me señaleis.

—Como acepto desde luego cuanto me propongais, por terrible que sea, de antemano os señalo la frente que debeis herir.

—Hablad, don Fernando.

—Pensadlo vos.

—No me conoceis aún.

—Pues bien, el único hombre que me inspira terror; el único que juzgo capaz de luchar con éxito y darnos un golpe de muerte es...

—No temais, señor conde, pronunciad el nombre que equivale á una sentencia desesperada.

—Pues bien, oidlo: el general Zaragoza.

Wask se estremeció, su semblante se puso lívido como el de un sentenciado; sus ojos rodaron por sus órbitas inmensamente abiertas y su aliento se paralizó.

El conde del Jaral lanzó una carcajada horrible.

Aquella risa del infierno hizo volver en sí al arrojado aventurero.

—Está dicho,—exclamó con su despecho concentrado,—el general Zaragoza morirá á mi mano, vos señalareis la hora, espero vuestras órdenes.

Manzanedo dió una mirada oblícua á aquel ser deforme y abominable.

—Ahora me toca mi turno,—dijo Wask.

—Ya os escucho.

—Oid con atencion: toda esa fuerza que os ha causado espanto, porque compromete altamente nuestros intereses con su avance sobre nuestras posiciones, se alojará en un solo edificio.

—¿Y bien?

—Los carros del parque quedarán en el mismo edificio.

El conde á su vez se estremeció.

—¿Palideceis? señor conde.

—Sí, de orgullo, vuestra cabeza está mas bien organizada que

la mia, comprendo vuestra idea, no necesitais añadir una palabra.

Manzanedo estaba trémulo, confuso; aquella conversacion le parecia inspirada por Satanás.

—Lo dicho, señores,—exclamó Wask.

—Lo dicho,—contestó sombríamente el conde del Jaral.

IV.

Hácia el lado izquierdo de la carretera que va de México á Veracruz, en un desvío de cinco leguas y media partiendo del pueblo de Quechola y caminando al norte de las cumbres de Acultzingo, se encuentra la ciudad de San Andres Chalchicomula.

Esta poblacion es una de las mas interesantes del Estado de Puebla por el número de sus habitantes, que asciende á ochenta mil, y por los ricos productos de las haciendas que la circundan.

Allá en tiempo de nuestros mayores, cuando la mano del gobierno servia de apoyo á las leyes canónicas y preceptos eclesiásticos, y todo buen cristiano pagaba los *diezmos* y *primicias*, los *colectores* se enriquecian con las pingües rentas de San Andres Chalchicomula.

El clero necesitaba un edificio para depositar los granos y edificó un depósito magnífico en una de las calles de la ciudad.

Inmensas galeras ó *trojes eclesiásticas* se dispusieron para atesorar la contribucion católica, y aquella oficina valia mas que la que siempre se ha llamado tesorería de la nacion.

El edificio, en el cual la arquitectura no habia tomado parte en sus cuestiones de lujo, era sombrío como todos los de su especie, estaba reducido á ser una arca de piedra, y el arquitecto habia comprendido la idea á las mil maravillas.

Tres siglos las hormigas cristianas guardaban el grano de las cosechas, hasta que al pueblo se le antojó desprenderse de la coaccion civil y derogar el célebre *mandamiento* de la Iglesia que se registra en las tablas canónicas.

Los almacenes menguaron como era natural; porque los católicos hacendados lo eran en tanto que se los mandaba el señor juez de letras en son de autoridad.

Creyeron los propietarios que salia muy cara la religion y que era mejor y mas barato ser católico á *secas*, es decir, grátis.

Los colectores menguaron en fortuna, y abandonando su tono de jueces eclesiásticos se tornaron en mendicantes humildísimos para atrapar cabe la primera oveja y el primer tercio de trigo á la puerta de las fincas rústicas.

Vino la segunda oleada de la reforma con una furia desconocida, y se llevó no solo al susodicho mandamiento, sino á los frailes y colectores, apoderándose hasta del edificio que volvió al poder de la nacion, donde si no habia estado, por lo ménos debia estar.

Aquel asilo del grano se convirtió en cuartel.

Hay quienes digan que los colectores son peores que los soldados, pero esa es una opinion como otra cualquiera.

El hecho es que ménos perdió la Iglesia que los mayordomos y administradores.

Volvamos al asunto de nuestro capítulo.

La bizarra tropa de Oajaca se alojó en la *Colecturía* de San Andres Chalchicomula, donde habia almacenada una gran cantidad de parque, que por órden de la autoridad y para evitar un accidente, se mandó extraer de los almacenes y poner en carros que estaban á la puerta del edificio.

Tres batallones se alojaron en la *Colecturía.*

El soldado mexicano marcha á campaña con su familia, y así vemos ir en pos de los regimientos un número considerable de mugeres y de niños formando una caravana, alegre las mas veces y otras en una marcha trabajosa que lastima el corazon.

La *Colecturía* se llenó instantáneamente de fogatas para preparar el *rancho*, y las mujeres encendieron luminarias para guisar.

El aspecto del patio y los corredores era sumamente agradable; grupos de soldados dando broma á las cantineras, niños corriendo por los corredores, los carreros desatalajando, los habilitados repartiendo el prest, y los rancheros el pan y las semillas.

La oficialidad se apoderó por derecho de conquista de las mejores piezas.

En cada ángulo, en cada pilar se improvisaba una tienda de familia, y hasta debajo de los carros se oian las pláticas y carcajadas de los soldados.

Daban las siete de la noche, y segun las reglas de los militares en campaña, se tocó la *retreta* y se pasó lista en las compañías.

Los soldados respondian con voz sonora cuando escuchaban sus nombres, despues se escuchó un *viva* á la independencia, y toda aquella turba guerrera se entró en sus cuadras á reposar del cansancio, pues habian salido ya muy avanzado el dia de la Cañada de Istapa.

Aquel zumbido como el de las abejas se fué apagando, las hogueras se extinguieron y el aire de la noche arrebataba las cenizas y últimas chispas de las fogatas.

Poco despues todo aquel pueblo dormia tranquilamente y solo se escuchaba por intervalos el grito de «¡centinela, alerta!»

V.

Entre las personas que el comandante militar habia comisionado para la extraccion del parque, habia un individuo conocido de nuestros lectores; ese hombre habia procurado desbaratar algunas *paradas* é insensiblemente se formó un reguero de pólvora que comunicaba como un hilo de muerte al almacen y los carros que estaban en la calle.

La operacion era arriesgadísima, una de las chispas de las luminarias podria producir el incendio y don Fernando quedar sepultado entre los escombros del edificio.

No obstante, el valor á toda prueba del conde y su idea de desmoralizar el ejército con una catástrofe, le prestaban el aliento de Satanás.

Revisó atentamente si no habia solucion de continuidad en el re-

guero, deshizo algunos cartuchos mas á la entrada del almacen y se dirigió á la calle donde estaban los carros.

Acercóse al mas inmediato, y poniendo entre dos cajones un mechero de cera, lo encendió procurando ocultar la luz con el toldo.

Aquella mecha fatal debia producir á los pocos minutos el incendio, que se comunicaria rápidamente con el almacen.

El conde del Jaral se alejó precipitadamente; llegó jadeando á su alojamiento y dijo á Wask y Manzanedo:

—Huyamos, ¡tenemos muy cerca la muerte!

Sin dar mas explicaciones montó á caballo y seguido de sus compañeros se alejó por el camino de la Cañada á esperar el resultado de su audacia y de su valor.

—Las ocho y doce minutos,—dijo el conde, viendo su reloj á la luz de su habano.

VI.

El proyecto infame de don Fernando se realizó tal como lo habia concebido.

La mecha de cera incendió la madera del cajon y la pólvora estalló con horrible furia.

Comunicóse el fuego á la pólvora del reguero, y una llama instantánea atravesó el patio y se introdujo en el almacen.

Aquel inmenso depósito hizo una explosion como la de un volcan.

La tierra se estremeció en el espacio de cinco leguas.

La detonacion fué horrible.

El edificio saltó en pedazos, y los techos y las piedras y los restos humanos se esparcieron por el espacio acompañados de un grito de agonía inolvidable.

Escuchóse una segunda detonacion aun mas terrible que la primera.

La cólera del cielo tronaba sobre aquella ciudad infortunada.

Esta detonacion prolongada era producida por los proyectiles cuyas espoletas se incendiaron y reventaban en el aire y caian en los techos de las casas haciendo un estrago terrible.

Pocos momentos despues y cuando ya habia pasado la impresion del momento, la ciudad en masa ocurrió al sitio de la catástrofe.

El fuego continuaba devorando los escombros del edificio y casas contiguas.

Todo habia desaparecido, nada quedaba ya de aquel pueblo alojado en la *Colecturía.*

Oíanse lamentos terribles, gritos desesperados y voces pidiendo misericordia.

Habia soldados que escapando de una muerte momentánea, sufrian las penas del infierno, al consumirse en sus miembros los vestidos, con el fuego de la pólvora.

Entonces comenzó á desplegarse una escena de heroísmo: la poblacion de San Andres se lanzó sobre los escombros á socorrer á

los desgraciados, y atravesando por las maderas incendiadas sacaban á los soldados, á las mujeres y á los niños, con un valor digno solo de aquellos momentos en que Dios y la humanidad presenciaban aquel desastre espantoso.

Pasóse la noche en ese tráfago sombrío y la luz del sol vino á alumbrar tan deforme escena.

Cuerpos mutilados, miembros descompuestos y calcinados, cabezas negras y ensangrentadas, girones abrasados, cadáveres de niños y de mujeres teniendo en el rostro la espresion de la agonía desesperada.

Nadie hubiera podido reconocer á un padre ni á un amigo.

Aquel monton de cenizas y troncos mutilados era uno de aquellos recuerdos sombríos en que el hombre encuentra la cifra de su ser y el secreto terrible de su existencia.

VII.

La poblacion se vistió de luto y tomó un aspecto lúgubre como el de una vírgen á quien sacudiese sus alas el espíritu de la desgracia.

En las calles no se veian mas que fogatas de diez en diez varas haciendo fumigaciones higiénicas; los cadáveres estaban tendidos en las banquetas.

Los habitantes estaban encerrados en sus casas, unos para llorar las pérdidas que habian sufrido, y otros para no presenciar los espectáculos de horror en la inhumacion de los cadáveres practicada en los escombros de la *Colecturía.*

Los carros cargados con los restos mutilados atravesaban por las calles, emponzoñando la atmósfera con los miasmas y exalaciones.

El aire era tan fétido, que los transeuntes llevaban los pañuelos empapados de vinagre para evitar el contagio.

Las casas contiguas á la *Colecturía* estaban en ruinas y sus paredes manchadas de sangre.

Mas de quinientas personas de la poblacion habian sucumbido.

He aquí la espantosa cifra que arroja esa catástrofe, una de las mas notables habidas en América durante los sesenta y dos años corridos del siglo XIX.

¡De *mil trescientos veintidos* soldados, se salvaron *ciento veintiocho!*

Perecieron cuatrocientas setenta y cinco mujeres de los soldados, treinta y tantas vendimieras que estaban dentro del edificio; el número de los niños no puede saberse con exactitud.

El general Zaragoza recibió el *parte,* y las manos de ese hombre tan valiente no pudieron sostener aquella carta fatal en que se le anunciaba la muerte de sus soldados mas queridos.

¡Agitado, lleno de pesadumbre, montó en su caballo y se dirigió á escape seguido de su estado mayor al lugar de la catástrofe, como si sus secretas lágrimas pudieran volverles la existencia á

aquellos valientes que lo habian acompañado tantas veces y á quienes habia saludado victoriosos en la arena de los combates!

CAPITULO XI.

De cómo el destino es una especie de serpiente que atrae á los hombres como á un pajarillo.

I.

Doña Blanca de Montemolin continuaba en su ostentacion de lujo y de riqueza bajo el nombre de Amalia Brown, y sus tertulias estaban de moda.

El mundo elegante concurria á los continuos saraos y doña Blanca era la reina por la galantería y la belleza.

Aquella sociedad no adivinaba tras la mirada ardiente de la jóven una existencia amarga y desconsoladora, no veía tras de la sonrisa encantadora de aquella mujer, que su alma se moria de pesares y de tristeza.

Solo el fuego siempre encendido de la ambicion sostenia á ese espíritu, sobre el cual tendia sus alas el genio de las sombras y de la muerte.

Doña Blanca estaba profundamente enamorada de don Fernando y herida por la burla del conde al escaparse de su casa.

La reaccion de aquella terrible cólera era una oleada de pasion inmensa.

Perdonaba á su amante el haberla engañado, encontraba en la situacion de quiebra y bancarrota, el *por qué* de aquella negra ingratitud, y sin querer soñaba en el iris desvanecido de su esperanza.

Todo lo que rodeaba aquella situacion era tristísimo: ya hemos dicho que ni Cabrera ni don Juan de Borbon consentirian en el enlace de doña Blanca; pero la fatalidad arrastra siempre el corazon hácia el abismo de lo imposible.

La desgraciada jóven, presa de las contrariedades y dotada de una alma indomable sufria un tormento terrible.

Habia acabado por entregarse en brazos de su destino sin procurar defenderse; pero con el ánimo de hacerse terrible en un momento de desesperacion y orgullo.

Solo un lado vulnerable quedaba en aquel corazon tan combatido, y era el de la ambicion, foco de sus aspiraciones y punto objetivo para la realizacion de todos sus sueños.

Envuelta en el atavío de la corriente humana, no percibia cuán quiméricas eran sus esperanzas, toda vez que se fijasen en la balanza siempre oscilante de la política.

La candidatura de don Juan habia caido en desuso; pero la jóven no lo comprendia, porque los partidarios de Borbon soñaban á la par que la condesa de Montemolin.

Suponer que la Europa se armaba en filibusterismo para traerle al trono de México y ofrecer un imperio en son de homenaje á su nombre y á su casa, era el delirio mas completo.

Los acontecimientos se sucedian y bien pronto el sol resplandeciente de la verdad lanzaría llamas sobre los edificios levantados á la quimera y á la locura.

II.

La noche del veintiuno de Marzo de 1862, ese año que vamos corriendo lleno de vicisitudes y del cual se ha apoderado la historia dia por dia, la noble hija de Montemolin estaba en su aposento leyendo una correspondencia interesante del extrangero.

A cada momento volvia con inquietud la vista hácia la puerta de entrada, y á cada eco y cada movimiento prestaba la mayor atencion.

La puerta se abrió, y un caballero cubierto aún con el polvo del camino entró en la estancia.

—Manzanedo,—dijo la condesa, aparentando la mas perfecta tranquilidad:—leía en este instante el parte telegráfico en que me anunciabas tu regreso á la capital.

—La señora condesa me tiene á sus órdenes.

—Deseo vivamente que me des noticias del campo; corren tantas versiones que verdaderamente estoy inquieta.

—La convencion de Lóndres está al romperse, todo augura una próxima quiebra entre las naciones aliadas.

—¿Y qué la motiva?

—Mil incidentes, entre ellos la llegada de Miramon y de Almonte.

—Cuenta, cuenta, Manzanedo, tú has sido testigo presencial y podrás decirme la verdad de lo que ha ocurrido.

—El 27 del pasado llegó el general Miramon en el vapor ingles y el almirante trató de cobrarle el saqueo de los fondos de la convencion en los últimos dias de su gobierno; queria enviarlo á Inglaterra para que fuese juzgado.

—Los ingleses son implacables.

—Los plenipotenciarios manifestaron que estando bajo el pabellon británico, se limitaban á recomendarle para que se le dejase en libertad bajo la condicion de reembarcarse en el acto. Dunlop notificó al general Miramon que tornase en el mismo buque á la Habana.

—Enemigo ménos, Manzanedo.

—Sí, el general es atrevido, y vendria en pos de la presidencia.

—No hubiera sido difícil que lo eligieran como el campeon de una revuelta para dar alguna legitimidad al nuevo gobierno que se instalase, toda vez que se viene proclamando algo mexicano.

—Ya le tenemos fuera del círculo.

—Mas terrible es ese general Robles Pezuela á quien esperan con ansia en el campo intervencionista; parece hombre de un gran prestigio tanto en América como en Europa.

—Sí,—dijo la condesa,—de toda esa pléyade que se ha adherido á la intervencion, solo el general Robles vale la pena, los demas no me causan inquietud alguna.

—Almonte, á pesar de fingirse proscrito que torna á la sombra de la bandera francesa, parece que se halla en inteligencias con el gobierno de las Tullerías.

—Lo sé perfectamente.

—Ha estado en Viena y es partidario del archiduque Maximiliano.

—El archiduque ha contestado de una manera particular.

—No conozco ese documento.

—Pretende el hermano de José II conservar sus derechos de agnacion al trono de Austria, alega que los hijos del emperador son unos niños raquíticos y llevan el germen de la *tísis*, enfermedad de que adolece la emperatriz de Austria.

—Ese fallo no ha debido ser del agrado de SS. MM.

—Ya lo creo, no pasa de una apreciacion sin sentido, yo creo que José II consentirá en todo por alejar á Maximiliano, que cuenta con alguna popularidad entre los austriacos; pero eso sería falsear el plan de Iguala que expresamente llama á un Borbon al trono de México.

—Nuestro derecho es indisputable.

—Almonte nada podrá si la España no ceja en su candidatura.

—Señora, yo estoy fuera de mí al ver la conducta de los aliados, todas sus palabras contradicen el pensamiento de la convencion de Lóndres.

—Como los hechos no la desmientan.

—Los bonos de Jecker son la piedra de toque, y la llegada de Almonte ha puesto en peor condicion el estado de las negociaciones.

—Pero tú, tan ducho en cuestiones políticas, ¿nada adivinas, nada percibes?

—Es tan manifiesto el desacuerdo de los plenipotenciarios, que tras ese disgusto no percibo sino un rompimiento, un escándalo, un espectáculo grotesco ante el mundo entero.

—¿Nuestros agentes se mueven en esta lucha?

—No hableis nada, condesa, estoy aterrorizado, las pesadillas me siguen aun despierto.

—Jamas te he visto tan alarmado.

—Oidme, doña Blanca: entre los agentes mas terribles de este negocio y con quien nos hemos puesto en contacto hasta la última hora, se encuentra un hombre terrible, capaz de todos los crímenes y de todos los hechos heróicos.

—¿Quién es ese hombre, Manzanedo?

—El conde del Jaral.

Estremecióse la jóven, y el antiguo secretario del conde de Morella al apercibirse de su alteracion, la dijo sombríamente:

—Teneis razon, doña Blanca, de aterrorizaros; si os hubiérais acercado una vez á ese hombre, estaríais bajo su influencia magnética.

—¿Le conoces?

—Voy á revelaros un secreto horroroso, un secreto terrible.

—¡Habla, habla por compasion!

—Pues bien, ¿estais segura de que estamos solos?

—Enteramente.

Manzanedo, despues de registrar el aposento con una mirada indagadora, se acercó á la jóven y con voz ronca y concentrada la dijo:

—¿Habeis oido contar los horrores del incendio de San Andres Chalchicomula?

—Sí.

—Pues todo lo dicho es un cuadro descolorido ante la realidad, un cuadro con tintes pálidos.

—¿Y bien?

—Pues aquella catástrofe no es un aborto de la casualidad.

—Continúa,—dijo con ansiedad la condesa.

—Oídme y olvidad mi palabras: don Fernando fué el que puso fuego con su mano atrevida en la pólvora de la *Colecturía.*

—¡Jesucristo!—exclamó la condesa, y se cubrió el rostro con las manos.

—Yo he recorrido,—continuó Manzanedo,—aquel campo de muerte; los troncos mutilados sin forma humana, estaban esparcidos por las calles, y las cabezas con los rostros ennegrecidos por el fuego con un jesto imponente de desesperacion;— ¡me parecia que de sus labios se desprendia una maldicion espantosa!

—¡Calla! ¡calla!—murmuraba doña Blanca.

—La senda que atravesamos está llena de sangre y de cadáveres.

—¡Esto es espantoso!

—Señora, yo os confieso que desde entonces mi existencia está poblada de sombras, que mis vigilias están llenas de fantasmas y... que tengo remordimientos... ¡remordimientos espantosos!

En aquellos momentos anunció el telégrafo de la estancia que álguien estaba en la antesala.

Levantóse doña Blanca y abrió la puerta con recato.

Un criado le presentó un parte telegráfico.

La jóven rompió el sobre y leyó aquellos renglones que debian encerrar algo terrible, porque doña Blanca se desplomó en el sillon dando un agudo grito.

III.

El general Robles Pezuela, confinado por el gobierno mexicano al extrangero, se dirijia en mal hora rumbo á Orizava para presentarse como representante de la reaccion en el campo de los aliados.

Ya hemos expuesto las ideas de Robles al aceptar el pensamiento de la intervencion.

Hay un velo delante del porvenir, que al correrse por la mano del destino puede desarrollar ante nuestra vista un paraiso ó toda la deformidad de un abismo.

El 22 de Marzo, despues del incendio de San Andres Chalchi-

comula, y al amanecer de ese dia aciago, llegaba el general Robles Pezuela al pueblo de Toxtepec en compañía de algunos jefes amigos suyos que lo acompañaban al campo de los extrangeros.

—Si caminamos algo de prisa,—decia uno de los gefes,—llegaremos mañana á Orizava.

Estoy profundamente inquieto, temo que alguna guerrilla pueda aprehendernos.

—Están demasiado desmoralizados para pensar en semejantes cosas; ademas que la persona de usted es muy respetable para que se pretenda un acto de barbárie.

—Eso no me tranquiliza, porque en las fiebres revolucionarias no se conocen los diques ni se respeta nada.

—En ese caso moriremos con usted, mi general.

Robles no contestó, porque sabia como hombre de mundo que las ofertas se olvidan á la hora del peligro.

—Soy de parecer que ustedes no entren al pueblo, porque nos haremos sospechosos.

—Mi general, yo conozco á todas las personas de Toxtepec y nada tenemos que temer.

—Amigo, la prudencia nunca está de mas.

—Partirémos la misma suerte.

—Sea, pues ustedes lo quieren,—dijo Robles, y se entró en el pueblo seguido de sus compañeros.

IV.

En las pequeñas poblaciones nada pasa desapercibido, parece que todos los habitantes están en continua vigilia, al menor ruido asoman las narices por un postigo ó se adelantan á una boca-calle, ó se escurren por una acera.

Los pueblos parecen abandonados ya á las oraciones de la noche, pues hasta las luces desaparecen; pero al dia siguiente hay una crónica verdaderamente divertida. ¿Se sabe que el boticario al saltar la tapia de una viuda se rompió las narices? los vecinos ocurren á practicar *vista de ojos* en el cercado.

¿Se murmura muy por lo bajo que el señor cura tuvo reyerta con la señora que lo atiende en la casa cural? los vecinos van á misa con el objeto de ver si el párroco oficia de mal humor ó tiene algun moreton en el carrillo.

¿Se habla de que la autoridad tuvo denuncia del robo de una muchacha? los vecinos visitan al regidor que tiene la hija mas bonita para indagar si fué robada, y así sucesivamente.

En las poblaciones pequeñas no hay nada oculto: las familias por lo regular, aunque se hallan entroncadas, se dividen en dos bandos, donde predomina el espíritu de ódio personal que á la funesta sombra del de partido produce choques terribles, y en tiempos de calma chismes y cuentos divertidísimos.

Esto pasa tambien en las ciudades, no solo de México sino del mundo entero, segun el temperamento y costumbres de los habitantes.

Volvamos á Toxtepec, donde entra la caravana de Robles á tomar descanso para continuar su peregrinacion á Orizava.

Antes de amanecer ya los vecinos han comenzado á aparecer como sombras á las puertas de sus casas, y los mas curiosos notan que hay gente de tránsito en el pueblo.

—Amigo don Timoteo, me parece que tenemos gente de fuera, —decia un parroquiano al dueño de la tienda *mestiza.*

—Sí, yo he visto atravesar á unos señores con dos criados.

—Me parecen señores particulares.

—No es extraño, el general Arteaga se encuentra de paso y vendrán á pedirle escolta.

—Puede ser, pero entran muy recatados.

—Así me ha parecido.

—Ya veremos mas tarde.

—¿Y qué se dice de abajo? (abajo es todo el rumbo de Veracruz descendiendo la mesa central).

—Los extranjeros han entrado en pleito y esto nos conviene.

—Hace algunos dias bajé á Orizava no mas por conocer al ejército; un español llamado Pascasio Mojarra me habló de desertarse y lo espero de un momento á otro.

—¿Pues qué, esos soldados se desertan?

—Amigo, lo mismo que en todas partes; si por allá no lo hacen con tanta frecuencia, es porque con el telégrafo y los ferrocarriles los atrapan luego, luego.

Acercóse otro de los vecinos á la reunion.

—¿Qué hay de nuevo, señor Perez?

—Nada, ya saben que yo nunca me meto en camisa de once varas; pero se dice en la poblacion que ha llegado el general Robles Pezuela.

—Lo dicho, amigo mio.

—Ya lo sabiamos nosotros.

—¿Y cómo se atreverá á presentarse por estos pueblos despues de?...

—Yo digo lo que me cuentan, me lavo las manos.

La noticia cundió instantáneamente y la autoridad se presentó en la casa de Robles y le intimó prision.

Los dos personajes que lo acompañaban, oyeron la voz del alcalde y saltando las tapias huyeron, no obstante aquello de *morirémos* juntos.

El general Robles fué presentado al general Arteaga, que avisó por extraordinario violento al general Zaragoza, mientras conducia personalmente al prisionero á la ciudad de San Andres Chalchicomula.

V.

En una casa que dista cuadra y media de la iglesia de esa ciudad de San Andres, donde el lector acaba de presenciar la catástrofe del incendio, fué puesto en guarda Robles Pezuela.

El general Arteaga recibió un parte en que se le ordenaba que

identificada que fuese la persona del general Robles lo pasase por las armas.

Procedióse á una sustanciacion violenta, y la sentencia de muerte fué comunicada al reo la tarde del 22 de Marzo.

Robles no creyó en su muerte, le parecia una quimera la realizacion de esa sentencia.

El peor lugar para la aprehension de Robles era el distrito en que se encontraba.

Aquellos pueblos conservaban fresca la memoria del incendio de Tlacolulan ordenado por Robles, y el saqueo y los asesinatos consumados por su division.

El general habia satisfecho sus rencores políticos en aquella poblacion, donde los progresistas hallaban siempre refugio.

Tlacolulan fué entregado á las llamas, y las víctimas lloraban aún sus deudos delante de las ruinas calcinadas de sus hogares.

El bombardeo de Veracruz, ese atentado de barbárie, fué consumado por Robles que acompañaba á Miramon en el último sitio.

Robles tenia un anatema que le alcanzaba en aquellos momentos.

Hemos dicho que la última notificacion la habia recibido con perfecta tranquilidad.

El confesor entró en la capilla.

—Señor general,—dijo el sacerdote,—nuestra mision por penosa que sea tenemos que aceptarla, y yo vengo á exhortar al hombre de sentimientos cristianos á que se disponga á ese trance al que tenemos todos que llegar.

—Padre,—contestó Robles,—se trata de intimidarme y nada mas, con un aparato.

—Es que todo está dispuesto para la ejecucion.

—A un hombre que ha llegado á mi altura no se le mata de una manera tan violenta.

—Señor general, se está usted haciendo la última ilusion.

—La sociedad de México se conmoveria con mi muerte; y al gobierno no le conviene una ostentacion de sangre delante de los aliados.

—Señor, yo insisto en decir á usted que es un negocio resuelto.

—No lo puedo creer; no obstante he pedido una entrevista al general Arteaga.

El sacerdote no quiso insistir.

El dia avanzaba violentamente y la noche entraba sin inquietar á Robles, que no creía en la terrible certeza de su muerte.

A las tres de la mañana tornó á aparecer el sacerdote en la capilla.

—Señor general,—dijo conmovido,—la tropa está designada y faltan muy pocas horas para la ejecucion.

—Insisto en mi primera idea.

—Pues bien, señor, el general Arteaga me ha dicho que os convenza de que la sentencia será ejecutada.

—El general Arteaga, creedlo, no atentará jamas contra mi existencia.

—Es que Arteaga no es el que ordena, sino el que ejecuta el mandato del general Zaragoza.

Robles Pezuela se estremeció.

Aquel corazon habia perdido su última esperanza.

—¡Zaragoza!—murmuró Robles, y despues recobrando ese valor y serenidad que lo acompañó hasta sus últimos momentos, pidió papel y pluma y escribió la siguiente carta, que nosotros no querémos dispensarnos de trascribir á la letra, porque ella es la declaracion de un hombre ante el tribunal de la historia.

«En los momentos en que voy á morir, por una disposicion del señor general Zaragoza, fundada en que tiene indicios de que soy traidor á la patria, creo que cumplo con un deber manifestándoos en pocas palabras mis sentimientos y mis convicciones. Espero que será creido un hombre que habla al borde del sepulcro; que durante su vida dió algunas pruebas de sincero patriotismo; que atravesó nuestras borrascas revolucionarias sin enriquecerse ni mandar derramar sangre por causas políticas; que buscó siempre la paz y la conciliacion entre los mexicanos, y que ha hecho y hacia en estos momentos, cuantos esfuerzos han estado á su alcance para contener los horrores que está sufriendo el país. Yo no soy traidor ni cedo á nadie en patriotismo ni en el deseo de bienestar del pueblo á que pertenezco. La esperiencia y la reflexion me han convencido, sí, de que en nuestro estado de desmoralizacion y desórden, ya no podemos atajar el mal por nuestros propios esfuerzos. Creo que nuestro único remedio consiste en aprovechar los ofrecimientos que hoy nos hacen las naciones europeas, y constituir un gobierno de moralidad y órden, un gobierno nacional y justo al derredor del cual puedan agruparse todos los buenos ciudadanos, olvidando sus rencores y pasiones. Si esos ofrecimientos no se aprovechan, ó desgraciadamente no fuesen sinceros ó eficaces, ya no hay salvacion posible para nuestra infortunada patria: volverá á la barbarie, y su territorio será ocupado por el pueblo que lo codicia, sin simpatía alguna por las razas que lo pueblan. Yo iba á procurar cerciorarme de cuáles son las verdaderas disposiciones de los gobiernos europeos, antes de tomar parte activa en los negocios. Este es mi delito: si por él merezco la muerte, justa es la disposicion del señor Zaragoza que va á privarme de la existencia. Mexicanos: oidme. No son los desórdenes, el pillaje, los ataques á la religion del país, y las sangrientas ejecuciones, los medios que han de salvar á la patria. Yo he visto pueblos muy distintos vivir felices bajo forma de gobierno muy diferente; pero ninguno puede serlo sin órden, sin verdadera libertad y sin que los habitantes disfruten en sus personas y propiedades las garantías que forman la esencia y el objeto de las sociedades. No dirijo reproches á ninguno de los partidos: hablo con sinceridad á todos los mexicanos. Olvidad todo sentimiento de ódio y de venganza: perdonaos unos á otros como yo perdono á los que van á derramar mi sangre; y quiera el Todopoderoso, ante quien voy á comparecer, que sea yo la última víctima de nuestras discordias.

«San Andres Chalchicomula, Marzo 22 de 1862.

Manuel Robles Pezuela.»

Luego que acabó de escribir se arrodilló á los piés del sacerdote y cerró sus cuentas con la tierra para tocar las puertas de la eternidad.

VI.

A las seis de la mañana el gefe de la escolta le previno que lo siguiera porque la hora habia sonado.

Robles estaba perfectamente tranquilo, sacó su reloj y le dijo al oficial:

—Conserve usted ese recuerdo.

El lugar del suplicio era el costado de la iglesia.

Robles llegó con paso firme, rehusó hincarse y vendar sus ojos; queria ver la luz hasta el último instante.

Aquel hombre que habia desafiado á la muerte tantas ocasiones, se mostraba al frente de ella en una ostentacion heróica de valor reconocido.

Adelantó un paso hácia la línea luego que las armas se tendieron sobre él, se avanzó á la tumba con serenidad, y cayó atravesado por las balas, revolcándose en su sangre que brotaba en torrentes de su pecho.

Las campanas de la iglesia de Chalchicomula anunciaron á la ciudad con su tañir lúgubre, que el general Robles habia dejado la vida mortal y atravesaba, impulsado por los hombres, los dinteles de la eternidad.

Aquellos restos mutilados descansan en un rincon del cemeterio de San Andres, y el nombre de don Manuel Robles Pezuela queda sobre el cadalso aguardando el inexorable fallo del porvenir.

CAPITULO XII.

Donde se trata de los percances que sufre el primer introductor de una moda.

I.

Dirémos algunas palabras sobre dos de los personajes de nuestra novela.

Desde la fuga de Isabel Torre-Mellada, la amistad añeja de Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez, rota momentáneamente por aquel antagonismo amoroso, tornó á reanudarse con mas fuerza.

Aquellos dos estudiantes dividian el pan de la desgracia con una abnegacion sin límites.

Felipe Cuevas, fiel á sus tradiciones de Nueva-York, recordaba que cinco meses habia tenido que hacerle el amor á una vieja para que le suministrase algunas papas y lonjas de jamon, del que le sobraba en su Boarding House.

Santiago no era tan afortunado, siempre habia comido con el *sudor de la frente* como reza la maldicion que cae á plomo sobre los

hombres; con la diferencia, como decia el estudiante, de que otros habian *sudado* para que él comiese. Eso no importaba, la humanidad es toda una, y dá lo mismo que sea Juan ó Pedro el que sude.

Agobiados los dos compañeros por la pobreza, les vino de *perilla* la guerra extrangera, que al fin no hay mal que por bien no venga, como dicen las viejas, apóstoles de la esperiencia.

Los estudiantes se presentaron en la oficina del cuerpo médico al señor Navarro.

Este doctor es un hombre de grandes conocimientos y de una inteligencia clarísima, ha figurado tanto en el mundo médico como en el político, aunque con alguna desgracia en el segundo.

Luego que el doctor vió á los desarrapados estudiantes, tuvo por ellos un rasgo de simpatía.

Acercóse el ceremonioso Felipe Cuevas y dijo en tono de proclama:

—¡Señor director! las circunstancias crítico-políticas por que atraviesa el mundo de Colon, hacen patente y manifiesta la necesidad quirúrjica de los hijos de Hipócrates y Galeno.

El doctor comenzó á sonreirse.

Felipe no se intimidó por aquel síntoma de burla, que tomó por signo de aprobacion.

—¡Decia,—continuó con énfasis,—que este sugeto que me acompaña, que no es otro que el conocido Santiago Gonzalez, y yo, deseamos ser colocados en esa avalancha patriótica que con bisturí en mano, va á ejercer el sacerdocio de la medicina á los campos ensangrentados de la lucha internacional!

El doctor no pudo contener la risa y dijo al estudiante:

—Si amputan ustedes con la facilidad con que discurren, decididamente son unas notabilidades.

—Poco mas ó ménos,—respondió socarronamente Santiago Gonzalez.

Los estudiantes fueron inscritos en el cuerpo médico, en calidad de ayudantes, lo que en términos de *albañil* equivale á *medias cucharas.*

Apoyados en el *presupuesto,* se dirigieron á una sastrería á que les hiciesen un uniforme..

El sastre era en su especie otro media cuchara y cortó unas levitas admirables.

Los compañeros esperaron con ansia la llegada de sus trajes.

Pasaron quince dias mortales, en que recibió el sastre cinco recados por dia, en que le ponderaban la urgencia y sobre todo la necesidad de partir al ejército de Oriente en gran *tenu,* como diria un dandy.

Asomó la aurora de un domingo y el barrilete se presentó en el chiribitil de los estudiantes.

Trabajo le costó á la parte científica del establecimiento creer que los estudiantes eran los dueños de los trajes; estuvo á punto de pedirles la fé de bautismo.

Despues de una averiguacion concienzuda y prévio papel de conocimiento del casero, entregó no sin recelo las piezas de ropa

Los estudiantes se acicalaron.

Felipe fué el primero en rasurarse, mientras Santiago esperaba lleno de impaciencia que su compañero soltase la única navaja.

Cuando ya Gonzalez creia que su amigo habia terminado, observó que se cortaba los callos.

—¡Bárbaro!—exclamó,—vas á matar el filo y no podré rasurarme.

—Tienes razon, lo que siento es que ya van tres que me corto.

—¡Eso es estúpido!

Tomó en seguida la navaja y conoció prácticamente que no estaba útil para el objeto.

Dióse cuatro cortadas y diez raspones, acompañados de palabras *fuertes*.

—Pongámonos la ropa,—dijo al fin arrojando la navaja.

Felipe Cuevas se caló los pantalones y quedó tan perfectamente envainado como una culebra, sin poder hacer movimiento alguno.

Santiago se puso la levita, que adolecia del extremo opuesto.

En aquel uniforme cabia todo el colegio de medicina.

—¡Estoy divertido!

—¡Estoy apresado!—respondió Cuevas,—han equivocado las medidas, esta levita es para el doctor Guapillo.

—Y estos pantalones para Hidalgo Carpio.

Salgamos de esta prensa,—dijo Felipe, y á fuerza de tirar logró salir sano y salvo de sus pantalones.

Santiago se deslizó de la levita y los pobres estudiantes se cruzaron de brazos y se vieron de hito en hito.

El sastre agregó de latitud á los pantalones lo que sobraba en longitud á la levita, y todo quedó á pedir de boca.

A los pocos dias los estudiantes marcharon á incorporarse al ejército de Oriente en espera de miembros que amputar.

Los estudiantes se habian portado como unos héroes la noche del incendio en Chalchicomula: arrojados, valientes, entusiastas, habian atravesado entre los encendidos maderos y los escombros candentes para salvar á las víctimas.

El general estaba satisfecho del cuerpo médico del ejército.

II.

Cuevas y Gonzalez sentaron sus reales en San Andres, y como gente de pró, buscaron desde luego un alojamiento digno de su representacion en el ejército, tomaron el mejor cuarto del hospital y se abonaron en una fonda que existe aún en uno de los suburbios de la ciudad.

La patrona era mujer obesa, mal encarada, bien vestida, buena servidora y excelente cobradora.

Esta última parte no era muy del agrado de los estudiantes.

Los amigos tomaron la fonda por asalto y abrieron cuenta con doña Bárbara, que así se llamaba la respetable dueña del establecimiento.

Felipe Cuevas, que se jactaba de galanteador, comenzaba de una manera timida á hacerle el amor.

Doña Bárbara se dejaba galantear del estudiante, pero guardándole una fe ciega á su esposo, un tal don Córpus, veracruzano y contrabandista de cuenta.

—Señora,—dijo Felipe Cuevas,—usted como partidaria de la República y elemento de alimentacion del ejército de Oriente, debia usar un traje adecuado.

—Creo que no estoy mal con el que llevo.

—Seguramente que no, pero aunque somos enemigos de los franceses, no seria malo aceptar sus trajes, usos y costumbres en el ejército.

—¿A qué se refiere usted, hombre de Dios?

—Ademas,—continuó el imperturbable Felipe Cuevas,—que vá usted á hacer un negocio loco, lo ménos cien pesos diarios de ganancia como se sirva bien á la tropa.

—¿De qué servicio habla usted?

—Del ya referido de alimentacion.

—Para eso tengo esta fonda.

—Para que me comprenda usted con claridad, le diré á usted en dos palabras, que si usted se hiciera la sola y única cantinera, á los pocos meses se hacia usted poderosa.

Púsose á reflexionar la obesa fondista y el cebo de la ganancia absorbió su sentimiento rentístico.

—¿Y qué hay que hacer para ello?—preguntó con avidez.

—Es muy sencillo,—respondió Gonzalez, que comprendió el pensamiento de su amigo,—se viste usted con la casaquita de la cantinera, su gorrita de cuartel, la caramañola y el pantalon colorado, y héte aquí una guapa moza que vende todos sus efectos y es el ídolo del ejército.

—¿Y ese traje cuesta mucho dinero?

—No, yo me encargo de la habilitacion por cuenta del abono,—dijo Gonzalez.

—Y yo de cortar el traje, tengo en ello mucha esperiencia,—añadió Felipe.

Fascinóse doña Bárbara con la perspectiva del dinero y acaso de las aventuras, y se decidió á ser la *cantiniere* del ejército de Oriente.

Los estudiantes compraron tela encarnada y azul, botones dorados, cordones y otros útiles para el traje de doña Bárbara.

—Señora,—decia Felipe,—préstenos usted papel para sacar los moldes.

La fondera tenia en pliegos cuádruples la constitucion de 1857, pero tenia escrúpulo en darlos para semejante abuso.

—Nada importa,—decia Santiago Gonzalez,—esto no es una profanacion, yo he visto rotas otras piezas mas delicadas y nadie ha reparado.

Procedióse á sacar los moldes.

—En la espalda ha quedado la ley de *amparo*,—exclamó Felipe.

—Y en la parte delantera las *garantías del hombre*.

—¡Y en el estómago la *tolerancia de cultos!*

El sagrado código reproducido en catorce ejemplares formó el *modelo* para el traje de la cantinera.

Despues de medir las distancias de la señora y las partes entrantes y salientes de aquella esfuera humana, el traje se concluyó y los estudiantes llevaron á la fonda el uniforme.

La infeliz señora se resistia algo, pero los pinches de la cocina y los marchantes que pedian fiado, aseguraron que aquel traje le sentaba á las mil maravillas.

Las carnes de doña Bárbara se ajustaron á la piqueta, y su fisonomía tomó el aspecto de un tambor mayor.

Descubrióse que el perímetro de la fondera tenia dos varas corridas.

Púsose los calzones colorados y dejó ver dos piés deformes como conchas de galápagos, revestidos de *babuchas*.

Calóse la gorrita, ajustóse la caramañola y... ya la podian quemar el *sábado de gloria*, porque estaba infernal la detestable vieja.

La gente del barrio acudió á la puerta de la fonda, y el que ménos decia preguntaba con admiracion ¿cómo se llamaría ese animal?

—¡Ya los hipopótamos se hacen soldados!—añadia otro.

—¿Qué, ese fenómeno es la intervencion?—agregaba un tercero.

—¿Traería en el vientre las escuadras?

Y otras bromas por este estilo.

Los estudiantes contenian la risa hasta reventar, sin atreverse á levantar la vista y dar al traste con su obra.

III.

Doña Bárbara comenzaba á creer que estaba encantadora, cuando don Córpus el contrabandista de descolgó como llovido del cielo, y se presentó en escena cuando ménos se le esperaba.

Los estudiantes, por un movimiento instintivo, se metieron debajo de la mesa, los marchantes se replegaron, los cocineros se deslizaron, y el público se quedó en espera de lo que iba á acontecer.

La fondista no atinó ni á quitarse la gorra.

El contrabandista se echó el sombrero á la oreja, apretó el *veguero* con los dientes, púsose una mano en la cintura y otra en la empuñadura del machete, y viendo al soslayo á su esposa la dijo:

—¿Quién *tea vestio* de figuron?

Doña Bárbara buscó á los estudiantes, estos como por un camino subterráneo se habian escapado lanzando unas carcajadas homéricas.

—Estaba probándome este traje nada mas por broma.

—Pues *mia* lo que son las cosas, la tal probatina te va á costar una zurribamba de palos.

Diciendo y haciendo, sacó el machete y lo descansó de plano en los robustos hombros de su consorte.

Nuestros lectores no habrán calculado detenidamente lo que vale una fondista enfurecida.

Doña Bárbara respondió al agasajo de su esposo con un bautismo de ensalada de pepinos.

Don Córpus contestó á ese sacramento en el de la confirmacion, dándole un cachete á doña Bárbara, que retumbó en todo el establecimiento.

Mesas, cacerolas, servilletas, cubiertos y cuantos utensilios habia en la fonda, volaron por la atmósfera hasta dejar la estancia como un campo de Agramante.

Abandonamos á los consortes en el *circo* del hogar doméstico, luchando como unas fieras, y nos encaminamos al campo de la liga donde pasaba un escándalo de mayor trascendencia.

CAPITULO XIII.

Del primer golpe contuso que sufrieron los convenios de la Soledad, y de cómo se hizo fafelaices el tratado de Lóndres.

I

Felipe Cuevas y su amigo de aventuras salieron huyendo de la fonda por temor de que el contrabandista les diese su merecido, como un premio por el primer figurin, exportacion de la liga extrangera.

Dirigíanse á su alojamiento cuando vieron á un oficial frances atravesar á escape por la plaza de San Andres y dirigirse al cuartel general.

Como la situacion era de espectativa, los amigos siguieron paso adelante hasta entrar en la habitacion de Coutolene, comandante militar de la plaza.

El oficial preguntó por la autoridad, y esta se presentó al reclamo del frances.

—Señor,—dijo el enviado del campo enemigo,—S. E. el almirante Jurien de la Gravière, pone en conocimiento de usted, para que se sirva dar cuenta á su gobierno, que da por terminado el armisticio y por nulos los tratados de la Soledad; en consecuencia, las tropas regresan al punto de partida y el ejército frances queda en libertad para emprender sus operaciones.

Coutolene respondió, aparentando la mayor tranquilidad:

—Señor oficial, ruego á usted diga á S. E. el almirante Jurien de la Gravière se sirva concederme un término para avisar á mi superior, porque este asunto es demasiado delicado para poder dar una contestacion; ademas, que siendo un caso imprevisto, no tengo mas instrucciones que vigilar la línea que se me tiene encomendada y obrar segun las mismas órdenes.

Saludó el frances y violentamente tomó el camino de Tehuacan.

II.

Coutolene dió aviso al general Zaragoza, que se movió violentamente para estar en guardia.

El gobierno supo esa determinacion con bastante sorpresa, y el ministro Doblado pidió explicaciones.

Reuniéronse los plenipotenciarios de la liga y discutieron sobre la inconveniencia de tal paso.

Los franceses trataban de llevarlo adelante, pero viendo una tenaz resistencia en el general Prim y el almirante Dunlop, dieron una explicacion bien poco satisfactoria.

Saligny aclaró el mensaje, diciendo que solo se trataba de abandonar Tehuacan por lo *insalubre del agua;* pero de ninguna manera significaba aquel paso un rompimiento.

Siempre le ha parecido á S. E. el ministro de Francia insalubre *el agua,* no opina lo mismo respecto al *coñac.*

Remendóse aquella célebre alianza; pero ya el vaso de la *intervencion* estaba roto, y hay cosas que no se sueldan jamas.

Los disgustos continuaban, la falta de acuerdo era absoluta, las exigencias terribles y el descontento universal.

Los españoles, enemigos naturales de los franceses, y estos de los hijos de la Gran Bretaña, no podian vivir en paz, y las reyertas se succedian entre las tropas y comenzaba á tomar la situacion una temperatura alarmante.

Sir Charles Wyke y el general Prim conferenciaban sin contar con Saligny, declaraban hasta en conversaciones particulares, que las reclamaciones de la Francia eran injustas, y que el negocio de Jecker no podia ampararse á la sombra de las naciones aliadas.

La llegada del conde de Lorencez habia puesto en una conflagracion mas terrible aquellos disímbolos elementos.

Gasset, aquel célebre general que dió una proclama que ocupaba ménos espacio que sus títulos y condecoraciones, estaba de regreso en la Habana, como la primera víctima; porque en España se habia descartado en esa célebre cuestion entablada por las dos naciones signatarias, sobre haberse adelantado en la expedicion queriendo llevarse la gloria de un soñado triunfo.

La llegada de los emigrados traia revuelto el campo, el conde de Lorencez no estaba de acuerdo con Almonte, ó por lo ménos lo aparentaba.

El padre Miranda y Haro y Tamariz conspiraban descaradamente y las proclamas y planes de Almonte circulaban con profusion.

En ellos, segun la antigua monomanía del bastardo de Morelos, se proclamaba primera persona del gobierno en ciernes.

De todo aquel *mare magnum* salia un vapor de *monarquía* muy pronunciado.

Los periodistas franceses y españoles no dejaban su tono de conquista y todo aquel laberinto formaba una tempestad próxima á desgajarse.

El choque de los intereses encontrados producia el rayo y en el incendio se libraría el mas avisado.

Soplaba el vendabal, la mar inquieta de la política se agitaba terriblemente y todo amenazaba una catástrofe.

El campo de los aliados era una torre de Babel, de donde saldrian en dispersion todos los que se habian reunido para devorar una nacionalidad agonizante en aquellos momentos.

Aquella catarata comprimida debia romper las márgenes que la encarcelaban, era la nube que espera romperse por un solo punto para caer en torrentes sobre la montaña y abrir un surco indeleble.

III.

El 9 de Abril de 1862 se reunieron los plenipotenciarios en una junta preliminar, para abrir las conferencias con el gobierno mexicano.

En esa junta debian exponer con toda claridad las reclamaciones y exigencias de los respectivos gobiernos, para presentarlas á los comisionados de la república.

La cita era para la mañana del 9, el punto de reunion el alojamiento del conde de Reus.

Abrese al fin la sesion última de los plenipotenciarios.

El marques de los Castillejos pregunta á sus colegas si se hallan en disposicion de seguir obrando segun el tratado de Lóndres y los convenics de la Soledad.

Mr. Saligny, con esa exaltacion febril que lo dístingue, dijo con tono altanero, ageno sin duda de aquellos momentos en que se interesaban las naciones europeas y la nacionalidad mexicana:

—La Francia permanece fiel á la convencion de Lóndres, pero desconoce los tratados de la Soledad.

—Segun esa estipulacion nos encontramos en esta ciudad,—observó el ministro ingles.

—Ese es un hecho,—repuso Saligny;—pero el gobierno mexicano los ha roto y creo que nosotros no estamos obligados; ademas, las exigencias son verdaderamente inoportunas, Juarez pretende que reembarquemos á los mexicanos emigrados y no es posible consentir en ese absurdo.

—Toda vez que hemos reconocido como gobierno legítimo la actual administracion,—dijo Prim,—es necesario estimar como justas sus reclamaciones. Almonte y sus compañeros vienen á trastornar la paz pública, á poner dificultades á la situacion creada por nosotros.

—S. M. el emperador,—contestó el almirante Jurien de la Gravière,—tiene en alta estima al general Almonte, y cree indisputable su derecho para ayudar al establecimiento de un gobierno que dé honra á su país.

—No es esa nuestra opinion,—observó Wyke.

—Ademas, que el gobierno mexicano responde á las palabras de concordia,—añadió Saligny,—con ejecuciones horribles, como el asesinato de Robles Pezuela.

—Ageno es,—dijo Prim,—al objeto que hoy nos reune, entrar en la apreciacion de la conducta del gobierno mexicano; se trata simplemente de ponernos de acuerdo para presentar nuestras reclamaciones.

—Señores ministros de la Inglaterra y de la España,—dijo Saligny,—es necesario que sepan de una vez SS. EE., que la Francia no entrará mas en pláticas con el llamado gobierno de México, y que sus tropas salen hoy mismo á sus antiguas posiciones para emprender libremente sus operaciones.

—No es esto lo estipulado,—dijo Prim, encendido en cólera,—

General Miguel Negrete.

no haré pasar á la España por un papel indigno borrando esos preliminares que ayer he firmado en su nombre.

—Soy de la misma opinion,—añadió sir Charles Wyke.

—Los plenipotenciarios franceses *no han firmado* los tratados de la Soledad,—dijo Saligny.

Levantóse Prim, en un acceso nervioso; su caballerosidad se negaba á creer tanta audacia.

—¿Que no habeis firmado, señor ministro?—dijo exaltado el conde de Reus.

—Ya lo he dicho,—repuso Saligny con todo el descaro de un bribon.

—¿Y esta firma, caballero?—dijo Prim mostrando los protocolos al conde Dubois de Saligny.

—Esa firma *vale menos que el papel en que se halla puesta.*

Saligny respondió como Cárlos V cuando no queria cumplir con un tratado á cuyo calce se encontraba su firma: «*Lo desfirmo.*»

Sir Charles Wyke dió una mirada de profundo desprecio al ministro frances.

El conde de Reus no pudo tolerar tanta impudencia.

—Señor ministro frances,—gritó con voz terrible,—si no os retirais de aquí al instante, tenemos un mal momento.

El general Prim estaba á punto de abofetear al representante de la Francia.

La diestra del valiente general se hubiera manchado con el rostro de ese miserable.

Saligny hizo lo que los cobardes, se encogió de hombros y dirijió con acento sarcástico estas palabras al conde de Reus:

—Extraño que vos querais transar con el gobierno mexicano, cuando sois de opinion que entre al sólio del nuevo imperio un *soldado de fortuna.*

—Comprendo, señor de Saligny, lo amargo de vuestras palabras; pero yo he hablado refiriéndome á un mexicano y de ninguna manera á mi persona, y os advierto que no toleraré mas esas palabras equívocas y os exijo desde luego una satisfaccion.

Saligny temblaba ante el marques de los Castillejos.

—Señor,—le dijo,—yo no soy mas que el eco de un rumor público, pero no dudo de la falsedad de especie tan grosera.

—Señor ministro,—dijo Prim, dirigiéndose al señor Charles Wyke,—la Francia se separa por completo del tratado de Lóndres, y la España no puede presenciar la violacion del derecho de gentes ni de los tratados que hemos signado en nombre de la Europa, sin comprometer su honra; en consecuencia la escuadra española se retira y hoy mismo doy órdenes para el reembarque de las fuerzas.

—Señores,—dijo Jurien de la Graviére,—la Francia quiere establecer la monarquía en México, como la única base de un gobierno fuerte y duradero.

—Esa es una declaracion de guerra á México,—respondió Prim,—que no está en el pensamiento del convenio de Lóndres.

—No es esa nuestra mision,—replicó el ministro ingles,—la convencion dice que los mexicanos son árbitros de sus destinos y la

Inglaterra no apoyará ninguna pretension y ménos aún despues de los preliminares ajustados en la Soledad.

—Esas convenciones fueron aceptadas para dar tiempo á que llegasen las instrucciones de Francia.

—No fué ese nuestro sentir, ni lo es aún, señor almirante.

—Veo que no estamos de acuerdo en la interpretacion del convenio de Lóndres,—añadió el conde de Reus.

—El conde de Lorencez trae nuevas instrucciones y marchará sobre la capital.

—La Inglaterra,—exclamó Wyke,—no puede oponerse tratando de apoyar á un gobierno que se halla no obstante en su derecho de repeler la fuerza con la fuerza; pero no se hará cómplice de un atentado: doy por suspensa la convencion de Lóndres en nombre de mi país, y me retiro con la escuadra inglesa.

Levantóse el conde de Reus y escribió estas líneas, que propuso en seguida á sus colegas, fueron firmadas en el acto y enviadas al gobierno de México.

«Orizava, Abril 9 de 1862. Los plenipotenciarios de S. M. la reina de la Gran Bretaña, de S. M. el emperador de los franceses y de S. M. la reina de España, tienen el honor de comunicar á S. E. el señor Ministro de Relaciones exteriores de la República mexicana, que no habiendo podido ponerse de acuerdo acerca de la interpretacion que debe darse, en las circunstancias actuales, á la convencion de 31 de Octobre de 1861, han resuelto adoptar en lo de adelante una accion completamente separada é independiente.

«Por consiguiente, el comandante de las fuerzas españolas va á tomar inmediatamente las medidas necesarias para reembarcar sus tropas.

«El ejército frances se concentrará en Paso Ancho, tan luego como las tropas españolas hayan pasado de esta posicion, es decir, probablemente hácia el 20 de Abril, comenzando en el acto sus operaciones.

«Los infrascritos se apresuran á aprovechar esta ocasion para ofrecer á E. E. el señor ministro de Relaciones exteriores, las seguridades de su alta consideracion. — *C. Lenox Wyke.—Hugh Dunlop.—A. de Saligny.—E. Jurien.—El conde de Reus.*—A. S. E. el señor Doblado, ministro de Relaciones exteriores.»

—Los buques franceses,—dijo Saligny,—están á la disposicion del señor conde de Reus, para el reembarque de las tropas españolas.

—Caballero,—dijo Prim,—la España tiene sus trasportes, y en todo caso acepto la oferta de S. E. el ministro ingles, para el evento de necesitar algunos buques.

Saligny estaba quemado á desaires.

IV.

Luego que los plenipotenciarios dejaron el alojamiento del marques de los Castillejos, éste citó á los gefes del ejército español para comunicarles la roptura del tratado de Lóndres.

Aquella juventud que habia soñado en las hazañas del siglo XVI, y tenia por sola ilusion ver en los palacios de Moctezuma los estandartes españoles, quedó muda ante las palabras del conde de Reus.

El bravo general conservaba ese reposo que se le ha visto en las ocasiones solemnes, en la víspera de sus batallas ó despues de sus grandes victorias.

Recordó las estipulaciones de la convencion y los nobles pensamientos de las naciones signatarias.

—Dios no ha querido,—dijo con una conviccion profunda,—que se realizaran nuestas ideas; tal vez no ha llegado aún la hora de salvacion para este desgraciado país.

El general Prím, que como todo ser humano, no estaba en los designios de la Providencia, ignoraba que la ruptura de aquel pacto nefando era precisamente la salvacion de la república.

El conde de Reus dijo á los gefes de su ejército cuanto habia pasado en la última conferencia, manifestándose indignado por la conducta de los plenipotenciarios franceses.

—Nosotros,—dijo,—no podemos adherirnos á esa política, porque España no es una nacion que se deja remolcar á voluntad por nadie: no debemos oponernos con la fuerza á esos proyectos, no debemos autorizar con nuestra presencia el quebrantamiento de todo lo que se ha convenido, y no podemos tampoco ser pasivos espectadores de una lucha entre franceses y mexicanos: debemos, pues, retirarnos de este país dejando que el mundo juzgue de nuestra conducta y de lo que nos obliga á tomar esta resolucion. Yo les dejo la responsabilidad de este acto, sobre el cual caerá muy pronto el fallo de la opinion en América y en Europa... La historia juzgará entre ellos y nosotros.

El general Prim hacia bien invocando el juicio del porvenir.

La historia ha fallado, condenando á los hombres de la sangre y de la ambicion.

La España y la Inglaterra volvian al continente con una bandera sin mancha, mientras las naves de Napoleon III atravesarian tres años despues las aguas del Atlántico como una expedicion de piratas en fuga y derrotada.

CAPITULO XIV.

Donde se demuestra que los franceses en materia de "palabras de honor,, estaban á la misma altura el año de 8 en España, que en México en 1862.

I.

El guante estaba recogido aun antes de caer en la arena.

La Francia quedaba sola en el territorio mexicano y la lucha debia comenzar con aquel rencor con que se defiende una nacionalidad batida por un enemigo poderoso.

Las antiguas simpatías con la nacion francesa quedaban extinguidas como el fuego de un volcan despues de su erupcion.

Nada mediaba ya sino ódio y anatema, venganza y resentimientos.

El viejo continente enviaba á sus aventureros en bandadas, no traian ya como en otros tiempos la *fé de Jesucristo*, sino la enseña de la *paz*, como si álguien se la demandase.

Pobre Europa, era la anciana que queria ataviar á la nieta con las galas que le habian servido en antaño, haciendo de ella una caricatura; pero una caricatura sangrienta.

El partido del retroceso se adhirió á la intervencion de una manera pasiva, tenia miedo al ver la imponente actitud que guardaba la nacion al proclamarse la ley marcial y ante los preparativos de la gigante guerra que iba á desatarse en los vírgenes campos del Nuevo-Mundo.

Una horda salvage de asesinos y de verdugos paseaba sus harapos ensangrentados en las encrucijadas y desfiladeros de las montañas: aquella sangre estaba humeante, el general Alatriste fué sorprendido por la cuadrilla de Márquez, fusilado impíamente y colgado su cadáver de las ramas de un árbol.

Aquellos miserables formaban lo que se quiso llamar ejército reaccionario por Almonte.

Entre aquellos hombres hubo algunos que desertaron á la hora de reunirse con el extrangero.

Sin embargo, nada habia mas lógico que aquella liga.

El general Zaragoza habia llegado á Jalapa, donde dió una proclama aceptando la lucha y llamando en su derredor á los mexicanos.

Hé aquí algunas palabras de ese hombre que la história ha inmortalizado, y que auguraban una próxima victoria.

«Contra un pueblo orgulloso de su história y que apenas há un año que conquistó sus libertades, nada vale, nada le intimida, porque ese pueblo que tiene la conviccion de su dignidad, sabrá repeler tan temeraria agresion y *agregará una página* á sus brillantes anales.

«México acepta la guerra, no la ha provocado; pero la acepta con honra y se gloría de haber cumplido fielmente su palabra empeñada en aquellos preliminares. La fé ha sido burlada, y las desgracias de la guerra pesarán sobre la nacion que injusta y despiadada pretende su esclavitud. Las naciones, el mundo entero nos hará justicia, y si la fortuna nos es adversa, si perecemos con gloria en la demanda, la posteridad recojerá solícita nuestros nombres é imitará nuestro ejemplo.»

Cuando un pueblo lucha por la independencia, no mide el número de sus adversarios.

II.

En la plaza de Córdoba se habian reunido las tropas francesas y las españolas que iban de retirada rumbo á Veracruz.

Ya nuestros lectores están enterados del ódio irreconciliable que media entre estas dos nacionalidades.

Pasaba un sargento de los Cazadores de Isabel II acompañado de tres soldados, frente á uno de los cuarteles de la tropa francesa, cuando los soldados de la guardia simultáneamente y en tono de broma, imitando el toque del clarín, tocaron *trote* y despues *escape*.

El sargento se detuvo y dirigió algunas palabras en castellano á los franceses, entre las que iba mezclada la de *gabachos* que fué entendida á las mil maravillas.

—¡Vive Cristo!—dijo el sargento,—que hoy despanzurro á un *franchute* como se atreva á salir de su escondite.

Desprendióse un zuavo que se encaró al español, y comenzó una plática en frances y castellano sin que pudiera comprenderse otra cosa por ambas partes, que lo que se decian eran recíprocos insultos.

—Aquí está Manolo Balboa,—gritaba un soldado,—que se ha batido en Africa y no le tiene miedo á estos fanfarrones.

La cuestion pasó de la lengua á las manos, el español atravesó al zuavo de parte á parte con la espada.

Al ver caer á su compañero, tomaron sus armas los franceses é hicieron fuego sobre los españoles, el sargento quedó muerto en el acto; Manolo Balboa pidió ausilio á su cuartel y comenzó una zambra de bayonetazos y balazos que puso en movimiento á la ciudad.

Merced á los esfuerzos de los gefes pudo contenerse el motin.

Manolo limpiaba la hoja de su espada en el pantalon y echaba más fanfarronadas que gotas trae un aguacero.

Luego que el andaluz se retiraba para su cuartel, dos jóvenes de la ambulancia mexicana lo detuvieron.

—Esto es otra cosa,—dijo Manolo,—vosotros sois mexicanos y yo soy todo un hombre; con que hablen, que tengo que presentarme arrestado.

—Usted es un valiente,—dijo Felipe Cuevas,—y merece pertenecer á nuestro ejército.

—Como que ganaria mucho en ello,—repuso Manolo atusándose los bigotes.

—Bien, es necesario que se vaya usted con nosotros que salimos para Orizava.

—¡Quiá! yo no dejo mi cuerpo ni por el tesoro del mundo.

—Es que ustedes ya no pelean con nosotros, y mas vale quedarse en México que ir á pasar trabajos á la Península.

—No está mal pensado; pero si me pescan me guindan.

—Eso no importa.

—¡Ya!

—Nosotros lo presentarémos al general, será usted nuestro amigo y compañero.

—Bien, á mí me mandaron á tomar México, eso era muy fácil para mí, con estender la mano era negocio hecho; pero no me dió la gana ejecutarlo, y se acabó.

A los estudiantes les habia caido en gracia el andaluz y procuraban á todo trance llevárselo consigo.

—Miren ustedes,—decia el andaluz,—yo me las voy con cualquiera; pero mi general Prim tiene muchos hígados.

—Sale hoy para Veracruz.

—Bien, entonces me quedo; pero si me atrapan me rompen el bautismo.

—¿Y esa espada?

—Hombre, les juro que no me acordaba, con esta no hay miedo de que pase nada; con que vamos donde gusteis y pronto, porque se me está poniendo volver á la carga con los *gabachos*, y hago otra que suene.

Los estudiantes se llevaron al andaluz y lo trasformaron en un momento, poniéndole el uniforme de la ambulancia.

III.

—¿Qué ruido es ese, paisanos?—preguntó Manolo alarmado.

Los estudiantes se asomaron á las ventanas del hospital y vieron una especie de *victor*, seguido de una música ratonera, en que un hombre iba repartiendo impresos como los payasos de las funciones olímpicas y los bufones de las corridas de toros.

Santiago Gonzalez tomó uno de aquellos papeles que era nada menos que una proclama de D. Juan N. Almonte, en que descaradamente se proponia como candidato á la suprema magistratura.

El señor Almonte decia que los señores extrangeros solo deseaban el bien de la nacion, y que debiamos confiar enteramente en ellos, que estaban dispuestos á sostener un nuevo gobierno.

—Maldito indio,—dijo Santiago,—es mas traidor que Izcariote, si lo ha sabido el señor cura lo extrangula como tres y dos son cinco.

—¿Qué pasa?—preguntó Felipe.

—Que el negocio se enturbia, me parece que los *gabachos* no cumplen con los tratados y nos espetan al indio Almonte á la cabeza de un motin; mira la proclama, y este otro papasal de Saligny y Jurien de la Gravière.

—Estos franceses tienen la música por dentro, si no nos marchamos de Córdoba nos columpian de una cuerda.

—¿Y nuestros enfermos?

—Que se quejen en frances para que los cure esa detestable ambulancia.

—No, yo no los abandono.

—Todo queda arreglado, me marcho con Manolo y te espero en Orizava.

—¿Y si me aprehenden?

—Entonces te esperamos y no llegas.

—Bien, esta noche te largas, y punto concluido.

Luego que llegó la noche, Santiago Gonzalez y Manolo tomaron en dos *rocinantes* el camino de Orizava, donde la fortuna les preparaba otra emocion.

El andaluz no habia montado á caballo ni una sola vez en su vida; y si no habia montado, ménos en *silla vaquera*.

A la media legua ya estaba fatigado, y á la legua y media pedia misericordia.

—Esta jaca,—decia agarrándose con todas sus fuerzas de la cabeza de la silla,—me ha desconocido, se mueve de una manera muy extrajudicial.

—No varies de postura,—aconsejaba Santiago Gonzalez á su compañero.

—¡Diablo! si no encuentro una que me acomode, y ya me escuece este maldito trote.

—Estamos cerca de la posta.

—Ya estoy cerca del hospital, me parece que se me va á voltear la *cartúchera* de las provisiones.

—Animo, Manolo, y dale con la cuarta al caballo.

—¡Eso nunca! si se incomoda me pega un zopapo que no la cuento.

El andaluz se sentia desfallecer, los pantalones se le habian arrollado hasta los múslos, habia perdido una bota, y llevaba ese dolor que se llama de *caballo*.

En un punto del camino llamado el *Fortin*, se apearon los viajeros para tomar un refresco.

—¿No compra usted mantequilla?—preguntó con sorna la fondera á Manolo.

—Y qué bien que la necesito; pero no en el pan sino en el pellejo,—respondió el andaluz, que estaba con las piernas mas rígidas y abiertas que las de un compas.

IV.

El dia 18 de Abril, dice un testigo presencial, se pasó la mañana en el reconocimiento de los puntos cercanos, y en la tarde el general Zaragoza, acompañado de sus ayudantes, entregó en medio de un silencio solemne y religioso, al batallon *Morelos*, la bandera enviada como un obsequio por el Sr. Juarez.

El general dirigió una breve alocucion, la tropa llena de entusiasmo juró derramar la última gota de su sangre en defensa de ese estandarte sagrado, símbolo de la nacionalidad mexicana.

Pocos momentos despues llegó el brigadier Milans con su estado mayor á hacer una visita de despedida al campo republicano.

La tropa, que aun estaba formada, hizo algunas maniobras en su presencia, mereciendo elogios del bravo coronel.

Pasó luego á la casa del general, donde fué obsequiado con algunas botellas de champaña, que enardecieron los ánimos, cambiándose entusiastas y sinceros brindis.

Por un momento aquello tuvo el aspecto de una fiesta de familia, cuyos miembros iban á separarse acaso para siempre.

Zaragoza despidió á sus huéspedes hasta la entrada de Orizava, en este tramo, Milans suplicó por última vez al general *por la vírgen de la O*, estas fueron sus palabras, que estuviese listo porque temia alguna traicion de los franceses y maquinaciones de los reaccionarios.

V.

El 19 comenzaron á salir del Ingenio las fuerzas republicanas para situarse á la entrada de Orizava, donde debian aguardar al general Zaragoza.

La tropa cargó sus armas y esperaba con entusiasmo cualquiera incidente para la lucha.

Zaragoza se detuvo un momento con el general Díaz dándole algunas órdenes y prosiguió su marcha hasta la casa del general Prim, donde permaneció hasta que la brigada de Oaxaca pasó por el frente en columna de honor.

La tropa iba á acampar al llano de Escamela que se halla á la salida de Orizava, camino de Córdoba.

Zaragoza arregló personalmente su campo, y en la tarde regresó dando órden al teniente coronel Diaz, de la caballería de Oaxaca, de avanzar hasta el Fortin, distante dos leguas y media de la plaza, como una avanzada de observacion.

El coronel Félix Diaz con una caballería, llegó al sitio donde estaban los oficiales de la ambulancia.

—¿Qué hay de nuevo compañeros?

Manolo no pudo ni contestar, estaba tan cansado que no tenia tiempo suficiente para quejarse.

—Nada y mucho,—contestó Gonzalez,—el traidor Almonte prepara un mamotreto y es necesario que mi general Zaragoza vea estos papeles.

Félix Diaz vió la proclama y movió la cabeza diciendo:—Malo, malo, me huele á que nos rompemos los cuernos con estos infames.

Inmediatamente salió un estraordinario para el cuartel general.

No bien se habian sentado á la mesa los amigos á tomar un ligero almuerzo, cuando el jefe de la escolta dió parte al coronel Diaz, de que se avistaban tropas francesas.

Manolo que oyó el parte, saltó ligero sobre el caballo olvidándose de su situacion lastimosa.

Félix Diaz y Gonzalez se pusieron en espera de los acontecimientos.

Una partida de cazadores de Africa se precipitó sobre los soldados mexicanos acuchillándolos cuando menos lo esperaban.

Trabóse un reñido combate en el que Diaz fué hecho prisionero y algunos de sus soldados, mientras los otros estaban fuera de combate, no sin haber causado pérdidas al enemigo.

Aquella conducta no tenia nombre: derramar alevosamente la sangre de un enemigo generoso quebrantando un armisticio, es una accion enteramente francesa.

En aquellos momentos atravesaba la carretela que conducia á la familia del conde de Reus.

Saltó del carruage el brigadier Milans del Bosch y se indignó á la presencia de aquella escena de sangre y de infamia.

—Caballero,—dijo al gefe frances,—este es un atentado horrible.

—Yo he venido,—respondió este,—en son de guerra, estoy en mi derecho, la escolta ha hecho armas y la he batido.

—Es una falsedad,—dijo el coronel Diaz, arrojando espuma por la boca, ahogado de la rabia,—yo he sido atacado cobardemente por estos miserables.

—¿Y hácia dónde se dirigen ustedes?—preguntó el brigadier al frances.

—Vamos á salvar á nuestros enfermos de Orizava que los asesinan en los hospitales.

—Esto es horrible,—exclamó Milans,—yo ruego á usted que deje en libertad al coronel, ha venido á guardar la carretera y no es justo este tratamiento.

Merced al empeño del brigadier, se puso en libertad á Diaz, que juró por lo mas sagrado del mundo no dejar con vida al frances que cayera en sus manos.

Gonzalez y Manolo Balboa siguieron el camino por la vereda, asustados de aquella matanza.

VI.

Al desocupar la tropas francesas la ciudad de Orizava, dejaron, bajo el pretesto de enfermedad, á *seiscientos* soldados y una fuerte escolta para custodiar el edificio, haciendo un total de *mil* y tantos hombres.

Ya la traicion que ha cubierto de baldon la bandera de la Francia, estaba en el pensamiento de los comisarios, que habian tenido *miedo* al ver las formidables posiciones del Chiquihuite que serviria de dique á su avance agresivo, y de tumba á sus victorias.

Comprendieron que no podian tomar esas posiciones en son de guerra, ó tendrian que librar un combate desesperado y sangriento, y se determinaron á violar con la mas cobarde de las traiciones el pacto solemne de volver á Paso Ancho allende la cordillera de la Mesa Central.

El general Zaragoza tenia situada su fuerza en los llanos de Escamela y estaba con parte de su ejército en las goteras de la ciudad, cuando recibió pliegos del conde de Reus en que se le avisaba la conducta desleal de los franceses y la trama de Almonte que ponia á la luz las intenciones hostiles de la intervencion.

Recibió al mismo tiempo el parte de Diaz, y replegó sus fuerzas en actitud de espectativa al *Ingenio*.

Los franceses no solo se rehusaron á desocupar Córdoba, sino que caminaron sobre Orizava en una marcha violenta, apoyándose en los mil *enfermos* que salieron buenos y sanos y armados á sostener el movimento.

Hé aquí la impudencia en una de sus fases mas groseras, consignada en la proclama de Laurencez y que presentamos al juicio de la historia.

«Mexicanos: A pesar de los *asesinatos* cometidos en mis soldados, y de las proclamas del gobierno de Juarez excitando á esos atentados, *queria* cumplir fielmente hasta el último momento las obligaciones contraidas con los plenipotenciarios de las tres

naciones aliadas; pero recibí del general Zaragoza una carta, por la cual la seguridad de mis enfermos dejados en Orizava bajo la salvaguardia de las convenciones, se encontraba indignamente amenazada.

«Ante semejantes hechos no habia que vacilar, he tenido que marchar sobre Orizava á protejer á mis *enfermos* amenazados par tan vil atentado.

«No por eso deberá inquietarse la nacion mexicana, pues la guerra se ha declarado solamente á un gobierno inícuo que ha cometido contra mis compatriotas ultrajes inauditos, por los cuales, creedme, sabré obtener la debida reparacion.

«Orizava, Abril 28 de 1862.—El general en gefe del cuerpo expedicionario en México.—El conde *Laurencez.*»

A ningun corazon honrado satisface esa disculpa grosera inventada por la cobardía y la traicion.

Aquel primer paso, fué tambien el primer acto de la farsa sangrienta que ha desolado á nuestro país.

Los caudales empleados en las fortificaciones de esa inespugnable línea de defensa, habian sido infructuosos, y ojalá que importase solamente el numerario, nuestras inagotables minas nos hubieran indemnizado; pero aquella infamia sin nombre dejaba al ejército en una situacion verdaderamente terrible, porque la segunda línea aun no estaba concluida, el general Zaragoza creia seguro detener al enemigo en las gargantas del *Chiquihuite*, y repentinamente veía cambiado su plan de operaciones.

La historia ha fallado, y la Francia registra en sus páginas un acontecimiento mas de deshonra, que desgraciadamente no importa una novedad en sus recuerdos patrios.

CAPITULO XV.

De la manera con que se confecciona un Gefe Supremo.

I.

Santiago Gonzalez y Manolo Balboa seguian apresurados en su camino hasta entrar en Orizava, donde creian encontrar á sus compañeros.

—La tierruja anda revuelta,—decia el andaluz.

—Vamos sobre fuego, amigo mio, usted no conoce el país, aquí se juega la vida tres veces por hora.

—Caracoles, esto no pasa en España, allí se muere uno en toda regla; pero no importa, donde se me suba á la cabeza todo lo Manolo, hago una que suene.

—Mas vale que no se le suba á usted nada, porque en un descuido nos ahorcan.

—Solo porque usted me lo suplica, me estaré quedo; pero tentaciones me dan de arremeter, y... ¡puñaláa!...

—Entérese usted primero del terreno que pisa y luego hable ó haga lo que le parezca, entre tanto, ya sabe por lo que pueda ofrecerse, que es usted ayudante del Cuerpo médico.

—Eso me viene de perilla; yo, antes de entrar en *quinta*, estaba de criado en una botica, donde hice progresos tan rápidos, que mi amo descuidaba completamente la farmacia cuando Manolo Balboa estaba en la tienda.

—Yo me felicito de hallar un compañero.

—Es que un dia, cuando menos lo pensaba, se presentó la autoridad disfrazada, pidió una receta, y la despaché con tal acierto, que mandaron cerrar la botica y á mí se me prohibió desempeñar la profesion.

—¡Venga un abrazo, amigo mio!—dijo con entusiasmo Gonzalez,—estamos á la misma altura en la ciencia de Galeno.

—¿Quién es ese señor?—preguntó el andaluz.

—Siempre está mas atrasado que yo,—murmuró Gonzalez.

—Echémonos fuera de la posada y busquemos á los camaradas.

—Sí,—respondió Gonzalez,—que estoy inquieto con el lance de los cazadores de Africa.

Los dos amigos salieron del meson, pero á los primeros pasos notaban que algo de grave iba á acontecer.

La ciudad tenia un aspecto sombrío, las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas, y á la gente parecia que la tierra se la habia tragado.

Algunos oficiales atravesabn á escape por las calles.

Los dos amigos vieron á los *enfermos* franceses apoderados del hospital de San José y confirmaron sus sospechas.

Dirigiéronse inmediatamente á su alojamiento luego que oyeron ruido de tambores.

Las tropas francesas se apoderaban de la ciudad y una turba de emigrados y gente perdida de la hez de la reaccion, que es cuanto puede decirse.

—Estamos divertidos,—decia el andaluz,—donde me pesquen me entregan al general Prim y me truenan sin remedio.

—Eso sería lo menos,—respondió Gonzalez.

—Sería lo mas, camarada,—replicó vivamente el andaluz.

—Esto es inconcebible,—preseguia Gonzalez,—solo viéndose se puede creer una accion tan horrible, esto va á costar mucha sangre, y vive Dios que la mia la tengo por algo y para estos lances; luego que caiga la noche nos marchamos.

—Sabe usted,—dijo el andaluz,—que como sigan las aventuras dejamos la piel en manos de estos caníbales.

—No es nada dificil, estamos de malas y el país se revuelve como una ensalada.

—Como no nos rebanen para componerla,—replicó el andaluz, —todo está bueno.

—Esta noche nos ponemos en salvo, estando con los nuestros es otra cosa; ya verá usted como varía el negocio.

—Ya lo deseo, querido, esto de andar á salto de mata no es nada divertido.

II.

Las campanas de la ciudad se soltaron en un repique á vuelo para atraer á la poblacion que estaba encerrada en sus habitaciones.

El pueblo comenzó á escurrirse por las calles lleno de curiosidad.

La pandilla que ya hemos descrito, y entre la que se registran hasta frailes exclaustrados, se aglomeró como una parvada de zánganos, y estendió una acta de *pronunciamiento.*

Ya sabemos que la antigua monomanía de los conservadores es estar redactando planes que abortan á los pocos pasos.

El *plan* tenia su novedad: era un juego diplomático por el cual los franceses legitimarian su permanencia en el país.

Ya Saligny en las conferencias de Orizava habia dicho claramente, que la Francia apoyaria el *voto libre* de la nacion y al gobierno que de él dimanara.

No podia dudarse del inícuo proyecto de Napoleon III.

Los aliados no quisieron comprometerse obligando á Saligny á cumplir lo pactado, y lavándose las manos tornaban violentamente á sus naves.

Volvamos á los agentes del motin intervencionista.

Los franceses les dieron ya escritos los artículos del *plan*, que encerraba la idea mas peregrina que ha salido de las indigestiones diplomáticas.

No tememos fastidiar á nuestros amables lectores con la insercion de este documento curioso, toda vez que ha de llevar algo de histórica nuestra novela.

«*Acta levantada en la ciudad de Orizava*, proclamando el plan salvador *de la nacion mexicana.*

En la ciudad de Orizava, á los veinte dias del mes de Abril de mil ochocientos sesenta y dos, reunidos los señores gefes, oficiales (?) y vecinos que suscriben esta acta, teniendo á la vista las proclamas que se publicaron en la ciudad de Córdoba por el excelentísimo señor general en gefe de las fuerzas francesas, y benemérito general D. Juan N. Almonte, por las cuales se ve que ningun peligro corre la independencia de nuestra amada patria, como los enemigos del órden han querido hacer creer; sino que antes bien, se asegura con la cooperacion de las fuerzas francesas, que facilitan igualmente el establecimiento de un gobierno de órden y moralidad, resolvieron adoptar el siguiente programa político:

Art. 1º—Se desconoce la autoridad del titulado presidente de la República D. Benito Juarez.

Art. 2º—Se reconoce al Ex.mo Sr. general D. Juan N. Almonte como gefe supremo de ella y de las fuerzas que se adhieran á este plan.

Art. 3º—Dicho excelentísimo señor general queda facultado ámpliamente para entrar en un avenimiento con los gefes de las fuerzas aliadas que actualmente se allan en el territorio de la Repúbli-

ca, y para convocar una asamblea nacional, que tomando en consideracion la deplorable situacion en que se encuentra el país, declare la forma de gobierno que sea mas conveniente establecer en él para cortar de raiz la anarquía, y proporcionar á los mexicanos la paz y el órden que hace tanto tiempo desean, á fin de reparar las pérdidas enormes que han sufrido durante la guerra civil que por tantos años ha destrozado á la República entera.

Art. 4º—Se pondrá en conocimiento del Ex.mo Sr. general D. Juan N. Almonte esta acta, y se le manifestará al mismo tiempo la entera fé que abrigan los que suscriben de que S. E. *no negará* en tan solemne ocasion sus servicios á la patria, que hoy mas que nunca los ha menester con urgencia.

Y habiéndose rectificado en los dichos artículos, firmaron esta acta en la fecha referida, acordando pase una comision nombrada á ponerlo en conocimiento del excelentísimo señor general en gefe de las fuerzas francesas, conde de Laurencez.»

Los nombres que siguen al calce de este ridículo documento no importan á la historia, ni nosotros queremos consignarlos; baste saber que pasan por anónimos en la sociedad y que entre ellos no se encuentra uno solo que merezca la pena.

He aquí la primera página de esa *intervencion*, que terminaria como la proyectada anexion de Santo Domingo.

En Córdoba se hizo tambien un pronunciamiento, y en Veracruz, no contando con persona alguna que quisiese suscribir la venta ignominiosa de la patria, se extendió una *manifestacion* y todo quedó arreglado.

Los franceses no necesitaban mas que esa farsa para declararse el apoyo de la *voluntad* nacional.

Aquella farsa concluyó con una proclama de Almonte á los *habitantes pacíficos* de Orizava, y otra de Laurencez dispensando una gran proteccion á este desdichado país, y desposándose con la nacion mexicana como el Dux de Venecia con el mar.

III.

El andaluz y el estudiante se mezclaron ya caida la noche en el víctor, que parecia mas bien un *convite* de maroma que una azonada política.

La turba los tomó por partidarios de la intervencion, y ellos no se dieron por entendidos.

—Ya derribamos á Juarez,—decia un viejo escuálido mas reaccionario que Fernando VII;—ya nos empachaba tanto *ciudadano;* á Dios lo que es de Dios, y á César lo que es de César. El Exmo. Sr. general Almonte merece estos dictados y otros mas que le pondrémos.

—¡Viva el gefe supremo!—gritaba un regordete mofletudo,—de aquí vamos á la monarquía que volamos; á ustedes les consta que yo he detestado siempre á la república.

—¡Y yo tambien!—gritó el andaluz;—¡viva la reina!

Santiago Gonzalez le dió un pisoton tan fuerte á su compañero, que le hizo ver las siete lunas de Saturno.

—Figúrese usted que con el apoyo de S. M. Napoleon III, no nos quita nuestros empleos ni el Preste Juan de las Indias.

—Ese es el negocio,—respondió el reaccionario;—primero la religion y luego el empleo.

—Como que la campanilla del Viático me hace una falta grandísima,—contestó el mofletudo.

—Yo, de que no veo los *cerquillos* de los hijos de nuestro padre San Francisco, no estoy contento.

—Como que es franciscano *mi confesor*,—dijo Gonzalez muy compungido.

—Mi esposa,—añadió el reaccionario,—no sale de la iglesia, ni de la sacristía; yo la dejo, porque eso sí, los padrecitos son mas virtuosos que San Antonio, cierto es que algo me cuestan los obsequios; pero en cambio, me dan tantas indulgencias y bendiciones, que estoy saturado de santidad.

—Uno es uno y otro es otro,—repuso Gonzalez;—yo soy liberal, pero con venerable clero y con fueros, y sin tolerancia de cultos ni registro civil.

Seguia aquella danza intervencionista, hasta que las músicas se fastidiaron, y á la vuelta de una esquina desertaron los clarines y dejaron sola á la tambora y al serpenton.

Las campanas enmudecieron, y los vecinos cerraron sus balcones y ventanas, cansados de una cencerrada tan espantosamente ridícula.

—Ya es hora,—dijo Santiago Gonzalez á Manolo Balboa;—podemos marchar inpunemente; ya nos la pagarán estos beatos.

—Amigo, en cuanto á la religion y á la monarquía, yo estoy de acuerdo.

Santiago Gonzalez trató desde ese momento de desprenderse del andaluz, y dejarlo en las astas del toro.

—Marchemos, porque estamos corriendo un noventa y nueve por ciento.

—¿Y quién me paga mi sueldo?—preguntó Manolo.

—El Ayuntamiento, amigo mio, en eso no hay duda; voy á poner la papeleta, y va usted á cobrarla para que tengamos dinero para el camino; en la casa del prefecto está la pagaduría, no obsta que sea de noche; toca usted hasta que le abran, que necesitamos la mosca.

—Arreglado.

Llegaron al meson, y Santiago puso un recibo en toda regla que entregó á Manolo, quien directamente se encaminó á la casa del prefecto.

Luego que el andaluz volvió la espalda, el estudiante ensilló los caballos, cargó el equipaje en el de Manolo, y saltando ligeramente tomó rumbo al pueblo de Acultzingo, donde estaban situadas las fuerzas del general Zaragoza.

IV.

Manolo Balboa, despues de preguntar á todos los transeuntes que encontró al paso por la casa del prefecto, llegó á la puerta, que ya estaba cerrada á macha-martillo.

Tocó de una manera tan desesperada, que el viejo portero se levantó.

—¿Quién?—dijo de mal humor.

—¿Quién ha de ser?—contestó el andaluz,—Manolo Balboa.

—¿Y qué se le ofrece á Manolo Valdes?

—Balboa, si usted gusta.

—Bien, ¿qué quiere?

—Vengo por el sueldo mio y de Gonzalez.

—Aquí no se paga á nadie.

—Camarada, usted no sabe lo que se pesca, yo soy soldado.

—¿Y qué me importa?

—Despierte al señor alcalde, y dígale á su merced que lo necesito.

—Está durmiendo.

—Por eso mismo le digo que lo despierte.

—No puedo, luego se incomoda.

—Pues que se incomode.

—Usted se ha equivocado, váyase á su cuartel.

—No me da la gana, abra ó echo abajo la puerta.

El andaluz siguió dando tales golpes á la puerta, que el prefecto se despertó é hizo entrar á Balboa.

—¿Qué le quiere usted á la autoridad?

—Que me pague esta papeleta.

El prefecto vió aquel recibo, y despues al andaluz.

—¿No es bueno?—preguntó Manolo.

—No sé de qué se trata.

—Está claro, de pagar; ¡pues me gusta la pregunta!

—¿Quién es usted?

—Ya se lo dije al diablo del portero, soy Manolo Balboa, desertor del ejército español y amigo de México.

—Preséntese usted en el cuartel inmediato.

—¡Ca! yo no me presento, tengo que reunirme con la tropa de un tal Zaragoza.

El prefecto habló al oido al portero, y éste salió violentamente.

—¿Conque usted se ha desertado?—preguntó el prefecto.

—Ya lo sabe todo mi regimiento á estas horas: yo soy de mi general Prim, un médico me sedujo, y ya cambié de bandera, eso es cosa demasiado sencilla.

—¿Y usted es liberal?

—Gasto todito el sueldo y no he guardado nada para los padres.

—¿Y qué piensa usted hacer en México?

—Lo que estoy haciendo, cobrar el sueldo, y luego lo que me manden.

—Es un desgraciado,—pensó el prefecto.

El portero llegó con dos oficiales.

—¿Qué manda el señor prefecto?—preguntó el de mas graduacion.

—Este soldado español se ha presentado y quiere servir en el ejército.

—Ni mas ni menos,—respondió Manolo.

—Con permiso de usted me lo llevo.

—Vamos,—dijo el andaluz,—solo que necesito ir por mi equipaje al meson.

—Acompánenle ustedes.

—¿Y la paga?

—Ya la tendrá usted inmediatamente.

—Mejor.

Los oficiales se dirigieron al meson.

El andaluz entró en el cuarto, y hallándolo escueto, le pareció que se habia equivocado y registró todo el alojamiento.

—¡Diablo! mi compañero ha volado con todas mis prendas, ó el cuarto se ha perdido; lo que siento es mi cruz de Africa, aunque se la hán dado hasta á los que fueron de *mirones*, música y acompañamiento. Marchémonos en seguida, porque ese diablo de mediquin se las ha guillado hasta con mi jaca; ¡y para esto sirven los gefes supremos!..

Manolo Balboa quedó filiado en un proyectado batallon que nunca llegó á completarse, y en calidad de sargento *furriel*.

CAPITULO XVI.

Sigue la historia del tercer aparecido.

I.

En el pueblecito de San Gerónimo, que está situado á la izquierda del camino de las Cumbres de Acultzingo, estaba albergada en una de sus casucas la familia de D. Luis de Aguilar, que tenia un *rancho* próximo al pueblo.

La familia se componia de una señora avanzada en edad, y de un jóven, moceton robusto y bien acondicionado.

D. Luis era un hombre franco, y dispensaba generosa hospitalidad á una señora llamada doña Juliana, viuda de Heráclio Mondoñedo, y á una jóven que ya conocen demasiado nuestros lectores.

El mancebo le hacia el amor á la muchacha, lo que está muy puesto en razon, si se atiende á que vivian enteramente solos en la ranchería, y no habia en que ocuparse que diera mejores resultados.

La jóven comenzó por hacer dengues, despues se fué haciendo suave como una gamuza, á mas andar dió una esperanza al mancebo, que no cesaba de requebrarla, y acabó por creer que lo amaba.

Entonces los dos jóvenes se levantaban con la primera luz, ataban á la vaca y la ordeñaban, hacian quesos, daban de comer á los pollos, y se decian piropos que era una gloria.

D. Luis de Aguilar era una persona despreocupada, y veía aquellas *camelaciones* con indiferencia, mientras la señora decia á su hijo:—Guilebaldo, ten mucho cuidado, la mexicana es muy capaz de volverte loco, si te quieres casar, dímelo con franqueza para enviarte á Matamoros á trabajar cinco años y despues consentir en tu matrimonio.

Guilebaldo, á quien agradaba mas la vida pastoril á la Pablo y Virginia, juraba á mil cruces que amaba á la niña como á una hermana.

Doña Juliana ex-Mondoñedo avivaba mas el fuego de aquella hoguera diciendo á la jóven:—Isabel, te conviene casarte con Guilebaldo, estos *jarochos* están podridos en pesos, aunque los veas en caballos más flacos que las muletas de tu padre el Sr. Torre-Mellada, tienen su *guardado;* ademas, que el novio es buen muchacho, cierto es que la inteligencia no es su fuerte; pero los hombres que piensan mucho soy muy peligrosos, y á los brutos se les domestica con mas facilidad; yo lo sé por experiencia.

—Señora,—contestaba Isabel,—yo no soy iman del dinero; pero amo á Guilebaldo, él me ha ofrecido robarme como preliminar de matrimonio, pero yo ya estoy escarmentada, y les tengo tanto miedo á los *nobles* cómo á los *bellacos.*

—Es cierto,—observaba doña Juliana,—aquí eso no sería ni aun siquiera escandaloso, porque no hay poblacion, ni donde tomar un chisme ni aun para remedio.

Presentóse Guilebaldo en aquellos momentos.

Era un jóven de veintiun años, gordo, de ojos grandes, frente pequeña, pies deformes embaulados en unas botas de venado, cuerpo bajo y regordete, por lo demas, era simpático.

—¿Ya vino usted del potrero?—preguntó Isabel.

—Pues nó,—respondió el mancebo,—como que no puedo estar sin ver á usted una hora, con permiso de doña Juliana.

—Yo estaba triste extrañando á usted.

—¡Toma! con mayor razon picaba con las espuelas al tordillo, diciéndole: camina, maldito, que vamos á ver á nuestra novia.

—Lo dicho,—pensó doña Juliana.

Y despues, para aguijonear al mancebo y estrecharle al matrimonio, dijo en voz alta:

—Estas pequeñas ausencias son tortas y pan pintado; cuando nos váyamos, que ha de ser muy pronto, entonces verán lo que es bueno.

—Vea usted, señora, primero me dejo caer de la primera cumbre, que separarme de Isabelita; yo no he conocido hasta ahora mujer que me haya *petado* mas en la vida; mi madre me ha dicho muchas veces: Guilebaldo, tu prima Tomasa no te vendria mal para casarte; pero es que no tiene esos ojos, ni esa boca, ni todo eso tan lindo que tiene Isabelita; por eso he dicho: Si no quieren dejarme casar contigo, vámonos, y en el próximo curato nos presentamos, y nada mas que nos echen el *garabato,* es cosa hecha, la doña Juliana nos servirá de madrina y ya está el cuento acabado.

—Pero usted no cuenta con dinero alguno, Guilebaldo,—observó doña Juliana.

—La cosa es clara,—repuso el mancebo,—yo tengo en mi poder todo el dinero de la cosecha, me lo presto, que hay despues lo pagaré; ademas, que mi abuela me dejó las tierritas, y yo soy el único dueño, y que yo de que *cabezeo*, nadie me saca de lo que digo; conque si usted nos acompaña para que no se hable del *deshonor* de Isabel, no tenemos mas que hablar.

—Yo estoy dispuesta á todo, pero ignoro si esta niña consentirá.

Isabel meditó un rato, y considerando lo triste de su situacion, y lo poco de amor que le tenia al mancebo, dijo:

—Pues mañana saldrémos de San Gerónimo, y no pararémos hasta Puebla, donde nos presentarémos al registro civil.

Guilebaldo tiró el sombrero á lo alto é hizo media docena de barbaridades para solemnizar tan fausto acontecimiento.

II.

El lector querrá saber cómo la hija del inválido Torre-Mellada se encontraba en el pueblo de San Gerónimo.

Cuando Isabel supo el casamiento del conde del Jaral, y no encontró en su derredor mas que personas que por su situacion no podian prestarle ayuda, y sí rodearla de acechanzas en las cuales tarde ó temprano tendria de caer, se salió al acaso de la habitacion de los estudiantes, comenzó á correr las calles sin rumbo, hasta que dió con uno de esos beatos tan aficionados al sexo hermoso, que comenzó á seguirla sin dar sospechas al público, pues nadie adivinaba á un galan oculto en una capa larga, bajo un sombrero piramidal, y con unos cuellos de camisa capaces de aparejar tres fragatas de guerra.

—Dispense usted, criatura,—decia el devoto,—yo la acompañaré, hay muchos escollos en el mundo y usted tiene unos ojos pecaminosos, yo la dirigiré á usted por buen camino; vamos, contenga el paso que ya saco la lengua de cansancio.

Isabel, que por mucha escuela militar que tuviese, era una niña, se aterrorizó con los galanteos del devoto y penetró en una casa de vecindad, subió la escalera y se entró por la primera puerta que encontró abierta.

—¿Qué se ofrece, señorita?—preguntó la dueña de la casa, que era doña Juliana.

—Señora, tenga usted compasion de mí.

—¿Se siente usted atacada de los nervios?

—¡Señora, soy muy desgraciada y necesito amparo!

Doña Juliana, conocedora del mundo, no vió tras de la faz de aquel semblante juvenil, nada por donde el aliento impuro de ese mundo hubiese pasado.

—Bien; cuénteme usted lo que le acontece, y dígame en qué puedo servirla.

—Por ahora, en librarme de un hombre que me sigue: mas tarde le contaré á usted mi história.

En esos momentos el devoto, que habia seguido á Isabel, entró en la casa de doña Juliana.

—¿Señor Rodriguez, usted por aquí?

—Mañana es dia *primero*, y ya sabe usted que tengo que llevar la limosna para la misa de doce.

—Ya.

—Perdone usted, niña, no la habia visto á usted.

Isabel saludó con una inclinación de cabeza.

—No conocia á la señorita, ¿es acaso parienta de usted?

—Sí, es una sobrina que ha llegado de Actopán.

—¿Y tiene padres?

—No, es huérfana.

—Puede haber un lugar en las Vizcainas, es necesario preservarla de los precipicios que abre á nuestros piés la malignidad humana.

—Es cierto.

—Las jóvenes,— continuaba el devoto,—están rodeadas de peligros; el aliento fétido de las pasiones ha marchitado mas flores que el invierno; esta casa no me parece á propósito, si usted gusta pasar á la mia, tendrá usted todas las garantías que son debidas á una niña recatada como usted.

—Gracias,—dijo Isabel verdaderamente asustada.

—¿Y hará mucho tiempo que usted no se confiesa?

—Un año por la cuaresma.

—¡Un año!—exclamó el devoto,— hé ahí el fruto de la orfandad, y del abandono, la pérdida de las creencias, la tibieza en la religion y la falta de ánimo en las creencias católicas: ¡Dios mio! esta alma se pierde irremisiblemente.

El beato Rodriguez era uno de aquellos séres que invocan impíos la santidad de la religion para el logro de sus pasiones groseras, uno de esos entes que prestan materia para desprestigiar una institucion; uno de esos hombres que pasan horas enteras arrodillados delante de los altares, y salen del templo para robar los bienes á la pupila, á defraudar una herencia, á despilfarrar en el secreto de sus vicios la herencia confiada á su buena fé, y á engañar á una familia para perderla.

De estos ejemplos se ven todos los dias y en todas las sociedades. Mas víctimas ha hecho la hipocresía que el vicio en su ostentacion.

Rodriguez trataba de apoderarse de la jóven á todo trance.

—Los impíos han cerrado los conventos; pero quedan aún nuestras casas para el asilo de la virtud y de la religion,—decia el beato lleno de emocion.

Doña Juliana temió que Isabel condescendiese, y contestando á las ofertas del beato, le dijo que su sobrina lo pensaria, y que daria su resolucion dentro de tres dias.

Rodriguez se despidió protestando rogar á Dios por aquella infortunada, que no se habia purificado hacía seis meses en el tribunal de la penitencia.

III.

Luego que aquel demonio de la hípocresía abandonó la casa de doña Juliana, el señor Aguilar, que estaba de huésped, salió de las piezas interiores hecho un energúmeno.

—Señora, ese hombre es Lucifer, me faltaba la paciencia y estaba para reventar como una bomba y hacerlo pedazos.

—Señor de Aguilar, no haga usted aprecio de ese majadero, es un devoto hipócrita, y yo no consentiré jamas en que la señorita vaya á su casa.

—¿Y quién es ese señor Rodriguez?

—Un abogado lleno de enredos, tutor de muchas jóvenes y hombre de tretas.

—¡Abogado!—exclamó el señor Aguilar,—no siga usted, ya está dicho todo; les tengo mas miedo á esas aves de pluma, que á una helada el dia de Santa Rosa.

—Yo no sé cómo huir de ese hombre.

—Vea usted, doña Juliana, usted es mi comadre, yo la aprecio á usted mucho, y luego que sepamos quién es esta niña, nos la llevarémos á San Gerónimo, donde voy á recoger la cosecha.

—Señor,—dijo Isabel,—yo lo conozco á usted.

—¿A mí?

—Sí, lo he visto á usted en casa de mi padre en alguna ocasion; por cierto que riñeron y desde entonces no tuve noticia alguna.

—¿Cómo se llama usted?

—Isabel Torre-Mellada.

—¡Bah! ¡bah!—dijo Aguilar,—ya me esperaba este resultado; supongo que cuando menos la habrá arrojado á usted de la casa; ese hombre tiene un génio de demonio.

Isabel no se atrevió á decir la verdad, y permaneció en silencio no queriendo calumniar al pobre inválido.

—Desde hoy no se separa usted de mí; yo debo sustituir á ese cafre en sus obligaciones; usted será mi hija, y yo me entiendo y bailo solo.

Doña Juliana estaba admirada.

—Mañana salimos á la madrugada para San Gerónimo, y usted irá con nosotros; supongo, Isabel, que no desconfiará usted de mí.

El acento de aquel hombre era tan franco, que la jóven no dudó en entregarse á su destino.

—La presentaré á usted á mi esposa, que es una vieja excelente, y á mi hijo, que es un guapo muchacho, buen mozo, honrado y trabajador.

—Yo acepto la proteccion de usted, caballero.

—No hay mas que decir; desde hoy forma usted parte de la familia; me encargo de todo, y mañana al amanecer partimos para San Gerónimo, doña Juliana irá en nuestra compañía.

—Acepto, acepto de mil amores,—contestó doña Juliana;—us-

ted sabe que estoy cuasi viuda con la fuga de ese infernal gallego, á quien deseo cordialmente se lo trague un tiburon ó una ballena: ¡ingrato!

—Bien, bien,—dijo el señor Aguilar,—lo que importa es que el lagarto del abogado Rodriguez no vuelva á ver á la muchacha; ese devoto es mas peligroso que Mefistófeles.

—Ese señor debe ser muy malo,—observó doña Juliana.

—Sí, señora,—contestó con sorna el señor Aguilar,—es de lo que hay poco.

A la mañana siguiente, cuando Rodriguez volvió á la casa de doña Juliana, la encontró desierta y con cédulas.

El devoto se mordió los lábios de mohina y se tiró del copete; pero al *observar* que lo *observaban*, convirtió aquel acto del Malladron en un símbolo católico, y comenzó á santiguarse.

Calóse el sombrero hasta las orejas, pasó su mascada varias veces por las mangas de su frac color de pasa, y salió de aquel edificio, murmurando en son de oraciones cuanta maldicion tuvo á mientes y se le vino á la boca.

IV.

El senor Aguilar presentó á la jóven, y fué recibida en el seno de su honrada familia.

Guilebaldo, á quien conocen nuestros lectores, se quedó con la boca abierta al ver la frescura y belleza de Isabel Torre-Mellada.

La pobre jóven, viendo perdidos sus amores con el conde, no quiso pensar mas en el, y desde luego se propuso flechar al infeliz aldeano, que cayó como un pichon á los piés de aquel gavilan.

Guilebaldo la veía con mucha atencion, le hacia gracia cuando se reía, cuando estaba séria, cuando hablaba, cuando estaba en silencio; es decir, estaba acometido de mal de amores y atacado de todos los síntomas de tan horrible enfermedad.

Comenzó por levantarse tarde á consecuencia de sus vigilias, descuidó el ganado, dejaba á vacas y becerros pasar juntos la noche, así es que la leche disminuía notablemente, lo que le costó una paliza al vaquero, dada en son de *moral* por el padre de Guilebaldo.

El mancebo preferia estar en casa á recorrer los campos sembrados, y su caballo, á fuerza de ociosidad, se habia hecho barrigon y perezoso.

Guilebaldo habia llegado hasta el estremo inconcebible de lavarse la cara todos los dias y peinarse, sacudir sus botas; esto si no tenia remedio, el hombre estaba de remate enamorado.

El domingo se ocultaba en un rincon de la iglesia y estaba «con un ojo al gato y otro al garabato»; es decir, un ojo á Isabel y otro al padre del sermon.

Isabel coqueteaba desesperadamente, y el infortunado jóven berreaba de pasion.

Una noche en que las señoras grandes se entretenian en contar *ejemplos*, los dos jóvenes paseaban en el corredor á la luz de la luna, como Norma y Poleon.

Aquel Poleon estaba de *calzonera* y sombrero *jarano*, lo cual no obstaba para sus amores.

Guilebaldo se resolvió por la quincuagésima vez á declarar su pasion á Isabel Torre-Mellada.

Rascóse la oreja, tartamudeó algunas frases, y al fin dijo con un arrojo desconocido:

—En segundo lugar, yo amo á usted, Isabelita.

—¿Y en primero, qué?

—Es decir, que yo la quiero y estoy desesperado, y me quiero casar y matar al mismo tiempo, y si usted me dice que nó, me ahorco; y si me da el sí, me desnuco; y si se queda callada, me estrello contra la primera roca del camino, allí hay una muy á propósito, ya la he examinado bien y espero que me responda luego luego.

—Lo pensarè,—dijo Isabel,—contenga usted entretanto su furia.

—Nada de esperas, esta misma noche ha de ser todo.

—Pues bien,—dijo Isabel, compadecida de los sufrimientos del mancebo,—si usted me promete amarme toda la vida, esta mano es de usted.

Guilebaldo se arrojó como un tigre hambriento sobre aquella delicada mano, y sin decir oste ni moste, le plantó docena y media de besos, mas bien mas que menos.

Doña Juliana oyó el fuego graneado, y dijo para su coleto:

—La plaza está tomada.

Desde ese dia el mancebo no pensó mas que en Isabel, y la jóven se sintió influenciada ante un amor tan grande.

La soledad del campo, y sobre todo, la presencia de una sola mujer y de un solo hombre, absorbió el sentimiento de los jóvenes, y se amaron.

Guilebaldo, con la amenaza de su señora madre, de enviarlo por cinco años á Matamoros, determinó romper el nudo gordiano y celebrar un enlace clandestino, á cuyo efecto dispuso el rapto de la jóven en compañía de doña Juliana, cómplice y medianera de sus amores.

A la mañana siguiente, 9 de Abril de 1861, debia consumarse el segundo rapto de Isabel Torre-Mellada.

CAPITULO XVII.

Las cumbres de Acultzingo.

I.

—¡Las Cumbres! ¡allí está ese espléndido panorama de gloria!

El suelo del Anáhuac, levantado tres mil metros sobre el nivel del mar; allí violentamente cortado á pico, formando una inmensa y altísima muralla de rocas titánicas, ceñidas por un espeso bosque.

Allá abajo queda la costa.

Primero se vé, como perdido en un abismo, el pueblo de Acultzingo, blanco, pequeño como una ave posada en la verde ribera de un arroyo.

Mas allá la sábana con los cambiantes matices de su vegetacion exhuberante en zonas sobrepuestas teñidas de esmeralda. Sobre ese horizonte, una faja azul, ondulada, vaga, perdida en el espacio y confundida con la faja color de rosa del cielo... ¡es el mar!

El viajero al llegar á la cima de la cumbre, se detiene aturdido, mareado, y no comprende cómo descenderá á la costa.

Y sin embargo, el hombre trazó una vía en el flanco de la montaña, y abrió un camino escalonando en las peñas.

Y así se desciende como en un vértigo, en medio de encinas seculares y árboles gigantescos velados casi siempre por una niebla densa y sombría, que envuelve aquellas inmensas rocas dejando flotar en sus grietas sus móviles girones.

Allí, en aquella perspectiva olímpica, pasó el primer acto del sangriento drama nacional: allí, en aquellas Cumbres, se virtió la primera sangre mexicana, que como un reguero de luz y de fuego, debia correr hasta el interior del país incendiándolo todo.

II.

Era el 26 de Abril de 1862.

El ejército de Oriente ocupaba el espacio comprendido desde las Cumbres hasta San Agustin del Palmar.

Pero segun las noticias comunicadas por los exploradores durante la noche anterior, el enemigo se habia movido de Orizava.

Entonces el general Zaragoza, con su Estado Mayor, avanzó hasta Ixtapa, para disponer allí la resistencia.

No pensaba disputar el paso de las cuestas, sino foguear un poco á sus soldados, y causar á la vez algunas pérdidas al enemigo.

Comenzó, en efecto, á colocar las fuerzas designadas, para sostener el primer encuentro con los franceses.

Dos mil hombres se pusieron á las órdenes de Arteaga, ese héroe sin tacha y sin miedo, que sintió un placer inmenso al verse señalado para tan alto honor.

Todo el dia 27 estuvieron situándose las fuerzas presentes, á la vez que llegaban las que se habian llamado de Tehuacan.

Al amanecer el dia 28 la batalla estaba formada.

Apenas comenzaba á teñirse el horizonte con la luz del alba, cuando habia en el campo una agitacion suma. En las filas se notaba un entusiasmo infantil: nadie creeria que aquellos hombres se preparaban á un combate.

Las fuerzas de Morelia se colocaron en el centro, en la primera cuesta; las de San Luis ocuparon el llano de la derecha, y las de Puebla, el llano izquierdo. Mandaba las primeras el general Rojo; Escobedo, que entonces solo era coronel, las segundas; y las terceras el general Negrete.

Los batallones de Querétaro formaban la reserva.

La mañana avanzaba rápidamente, y el general Arteaga no llegaba aún.

Sus ayudantes lo buscaban por todas partes, hasta que al fin se dirigieron al punto donde habia pernoctado. Otro ayudante les salió al encuentro.

—¿Y el general?—le preguntaron.

—Duerme aún,—les contestó con un acento tristísimo.

Los oficiales movieron la cabeza como un signo de mal agüero.

Era que cuantos habian militado con Arteaga, notaban que cuando su general dormia profundamente la víspera de algun combate, ó era herido en él ó sufria una derrota.

Y eso los obligaba á ser supersticiosos.

Al fin fué preciso despertar al general Arteaga, el cual se levantó penosamente.

¡Pero su semblante estaba risueño: solo pensaba en la gloria, eterna ilusion en su alma de soldado!

III.

La mañana pasó tranquila.

A las once del dia comenzaron á llegar las fuerzas francesas al pueblo de Acultzingo, y al momento comenzaron á molestarlas nuestras guerrillas.

A la una del dia una avanzada del enemigo se dirigió hasta el pié de la cumbre: nuestras avanzadas la hicieron huir.

Desde aquel momento continuaron sin cesar las escaramuzas, saliendo constantemente avanzadas de Acultzingo, cada vez mas numerosas, que retrocedian á los primeros tiros, ó al recibir una granada en medio de sus filas.

Los franceses, preocupados con que podian con una patrulla conquistar el país, no comprendian aquella resistencia.

Por fin, á las tres de la tarde se desprendieron dos columnas de ataque por el centro, de á mil hombres cada una, y otra de mil quinientos por los flancos. En estas últimas venian marinos, que traían ademas de sus armas, instrumentos de zapa, y cuerdas y garfios para asaltar la altura.

Inmediatamente se empeñó el combate.

IV.

Arteaga tenia un defecto sublime para batirse; perdia la sangre fria.

Previsor y cauto al principio de la batalla, luego que ésta se empeñaba, su sangre noble é hirviente se agolpaba á su cabeza; olvidaba la línea que le demarcaba la ordenanza, se colocaba al frente de una columna, y se lanzaba sobre el fuego enemigo.

Era un leon acorralado, hostigado, y que se arrojaba sobre el círculo de hierro que lo amenazaba.

Y con ese valor indómito, á los treinta minutos, Arteaga, con la columna del centro, habia arrollado á los batallones franceses y llegaba á cincuenta pasos de la reserva enemiga.

Entonces una línea de luz opaca y rápida como una chispa eléctrica, recorrió la línea francesa, una inmensa detonacion retumbó entre las rocas, una nube de humo envolvió á los combatientes, y Arteaga cayó herido del caballo.

Sus ayudantes lo rodearon sosteniéndole.

Era el primer héroe, el primer mártir de la independencia de México.

Entretanto, los cuerpos franceses que operaban un movimiento de flanco, ganaban terreno, ocupando las primeras cuestas de la cumbre.

Zaragoza comprendió que no debia sacrificar aquel cuerpo de ejército; que su plan estaba ya realizado, y ordenó la retirada.

Arteaga habia sido arrancado por los suyos del lugar en que estaba mas empeñado el combate.

El general se reconoció la herida y viendo que el peligro mas inminente que lo amenazaba era la hemorragia, se aplicó él mismo el compresor de Dupuytren, que llevaba siempre consigo, mientras llegaba la ambulancia.

La retirada se hacia en un perfecto órden.

Escobedo, que se encontraba cortado, ganó la montaña y se retiró para Tehuacan.

V.

Pero aun no habia concluido todo.

La defensa de la segunda cuesta se habia preparado ya.

Allí estaba la brigada de Oaxaca con el general Diaz á la cabeza.

Hé aquí porque no solo hubo defensa, sino que el jóven caudillo lanzando un hurra á la nacion, se arrojó sobre los franceses, arrollándolos despues de un rudo y largo combate.

Los franceses se sorprendian de aquel valor que no habian encontrado jamas en los soldados disciplinados de Europa.

Pero la noche avanzaba rapidamente, y los toques de retirada se oían por segunda vez.

Y sin dejar de batirse, y con un órden admirable, el ejército republicano llegó de nuevo á la Cañada de Ixtapa.

La jornada de aquel dia se habia concluido.

Era el inmortal preludio del 5 de Mayo.

CAPITULO XVIII.

De cómo las piedras rodando se encuentran.

I.

Avanzaba la noche del 28 de Abril, que era verdaderamente hermosa, la luna reverberaba sobre los campos, y su luz fosfórica daba un tono melancólico á las arboledas, que murmuraban al son del viento, desprendiendo un vago ruido como el suspíro de las ramas.

Las estrellas salpicaban el sereno azul del firmamento y los meteoros atravesaban con rapidez como luceros desprendidos de la gigante bóveda del cielo.

La atmósfera, saturada de oxígeno purísimo, se deshacia en vapores que volaban leves en torno de la luna.

Aquel silencio consolador fué interrumpido por el lejano ladrido de los perros.

Despues se oyeron pasos de caballos, voces y tropel de gente.

Una caravana de ginetes, escoltando una litera cerrada, cortaban la carretera para tomar rumbo hácia el pueblo de San Gerónimo.

—¡ Cuatro hombres aquí !— gritó la voz conocida del teniente Pablo Martinez.

Cuatro dragones se desprendieron de la escolta.

El teniente se acercó á la camilla y dijo en voz baja:

—Mi general, voy á preparar el alojamiento.

—Sí,—respondió el hombre que iba en la camilla,—deseo descansar, la herida me sangra horriblemente.

—¡ Rayo y truenos con estos diablos de franceses ! ya nos la pagarán mas tarde: alto, muchachos, y descansad con mucho cuidado.

Los indios que llevaban la camilla, la posaron en el suelo con tiento.

—Yo me adelanto, comandante; antes de amanecer ya estaremos en San Gerónimo.

Adelantóse Pablo Martinez con los cuatro dragones y comenzó á galopar en direccion del pueblo donde el hijo de Aguilar hacia sus preparativos para la fuga.

Acercóse á la camilla el médico de la ambulancia y alzó la cortinilla.

—Hola, Mondoñedo,—dijo el general Arteaga—ya necesito del ausilio de usted.

—Aquí estamos, mi general, dispuestos á curarle; acércate, Felipe; y tú, Santiago, enciende el mechero y prepara las vendas.

Los dos practicantes sacaron de sus bolsas de camino vendas, hilas, ungüentos, y cuanto necesitaban para la curacion.

El general Arteaga seguia terriblemente enfermo, la caminata lo habia empeorado y la amputacion se hacia necesaria por momentos.

Manuel Mondoñedo se quitó la levita, y á su ejemplo los dos compañeros acercáronse á la camilla y comenzó la curacion de la herida

Arteaga sufria el dolor con la resignacion de un mártir.

Aquella sangre estaba destinada á empapar el suelo de la patria.

II.

Volvamos á la casa del señor Aguilar.

Guilebaldo habia hecho un lio con su ropa de mas valor, pasó la noche cosiéndose á las calzoneras las onzas de oro para evitar un robo.

Ensilló los caballos desde las doce, y no cesaba de ver las estrellas, relój seguro de los campiranos.

Ya comenzaba á clarear, cuando Isabel salió con mucho cuidado de su habitacion, seguida de doña Juliana.

Guilebaldo estaba listo; colocó á su novia en el mejor de los caballos, y á doña Juliana en una mula mas endiablada que la viuda de Heráclio Mondoñedo.

Montó él en su caballo y emprendieron todos la caminata.

Llevaban media hora de camino, cuando la mula se asustó con un árbol que estaba derribado, y comenzó á dar una de brincos, reparos y corcovos, que parecia que se llevaba una legion de diablos á doña Juliana.

La infeliz viuda llamaba en su ausilio á toda la corte del cielo, y San Pascual Bailon, dispensándole un milagro, la hizo bailar de costillas en medio de la comitiva y en el centro de un gran lodazal.

—¡Muerta soy!—gritó la viuda.

—¡Dios mio! ¡la mató la mula!—exclamó Isabel.

—¡La chafó!—dijo Guilebaldo; y se apresuró á dar ausilio á su protectora.

—¡Uf! lo menos siete costillas me ha fracturado; yo tengo la culpa por andar en aventuras: y usted, bárbaro, que me ha montado en esta fiera.

—Yo no sabia que era tan *regiega*.

—Usted no sirve para casado.

—Vamos, levántese usted que ya amanece, y el señor mi padre nos seguirá inmediatamente.

—No puedo moverme y ya el agua me cala hasta los tuétanos.

Guilebaldo sacó del lago á doña Juliana y se la puso sobre una roca.

—¡Ay! ¡ay! toda la parte del *vaso* me duele espantosamente, la espinilla la tengo raspada, y la cabeza se me anda como rueda de castillo de cohetes.

—Suba usted á la mula, estoy seguro de que no hará otra igual.

—Si con esta que ha hecho estoy mas que satisfecha.

—Suba usted ó la dejamos ahí.

—Eso sí no lo consentiré,—dijo Isabel.

—Gracias, hija mia, este hombre es un cocodrilo, mas aún, es una especie de gallego.

—¿Pues díganme qué hacemos?

—Vaya usted por un médico.

—Solamente que camine hasta Puebla, que dista veinte leguas.

—¡Ay!... ¡ay!... maldita mula; ¡pero usted, hombre, no se mueve!

—Aunque me mueva, mientras usted se esté quieta nada adelantamos.

—Súbame usted á su caballo y sigamos.

Guilebaldo, accediendo á la peticion de doña Juliana, la puso sobre su caballo; pero la infeliz no pudo sostenerse y asida del cuello del novio se quedó media privada.

—Cómo pesa el diablo de la abuela, ya me sofoca: pues estamos

lucidos;—exclamaba el novio procurando desasirse del lazo de hierro con que lo sujetaba la viuda.

—Es imposible caminar,—decia Isabel,—aquí nos van á sorprender; qué dirá el señor Aguilar, que soy una ingrata, yo tomo una resolucion y Dios dirá lo que ha de ser de los demas.

Arrimó las espuelas á su caballo y partió á escape para San Gerónimo.

Llegó á la casa, que permanecia en silencio, se entró en su habitacion y se metió en el lecho.

III.

Atónito se quedó Guilebaldo con la precipitada determinacion de su novia.

No volvia aún de su asombro, cuando Pablo Martinez llegó al lugar de la aventura con su escolta.

—¡Quién vive!—gritó el guerrillero.

—¡Guilebaldo Aguilar!—respondió el mancebo.

—¡Alto!

—Si ya hace media hora que no hacemos otra cosa.

Llegóse Martinez y encontró el cuadro patético de la vieja asida del cuello del mancebo.

—¡Hola! amores tenemos, y á estas horas; pues madrugan este par de tortolitas.

—¡Ay!—exclamó doña Juliana.

—Esta jóven se queja, la debe usted haber hecho mal, amiguito.

—No ha sido él, sino ella.

—¿Quién es ella?

—¡Esa mula!

—¿De quién se trata?

—¡De esa infame!

—No entiendo una palabra.

—Señor guerrillero, la causa de mis males es un animal.

—Ellos son siempre la causa de todo.

—Yo no sé mentir, es necesario que usted sepa que este jóven me llevaba robada.

—¿Y se ha atrevido este hombre á cometer semejante horror?

—Yo no he cometido nada,—contestó Guilebaldo

—Vamos,—dijo Martinez,—¿cómo se llama usted?

—Guilebaldo Aguilar.

—¿Luego usted es hijo de mi amigo don Luis?

—Sí, señor.

—Pues no permito el que se lleve adelante esta aventura, entre usted en filas y vamos á la casa paterna.

Guilebaldo se puso entre los dragones, y doña Juliana comenzó á decir con sentimiento:

—Caballero militar, usted no debe abandonar á una infeliz muger en medio de un camino, mi honra quedaria á merced de los bandoleros, y esto es injusto: caballero, la mula se asustó con un árbol, y yo he caido en una postura muy poco contable; pero soy

una mujer digna de compasion, las costillas están hechas pedazos y la rabadilla desollada; vea usted, señor soldado, como soy viuda de un gallego, estoy espuesta á mil contratiempos; todos los sufriré hasta con gusto, menos pernoctar en estos vericuetos.

—¡Ea!—gritó Pablo Martinez,—suba al caballo y vuélvase con nosotros á San Gerónimo.

Un dragon levantó en peso á doña Juliana y la plantó sobre el caballo.

El instinto del miedo hizo á la pobre vieja sostenerse en el animalejo, y echóse camino adelante, sufriendo las indirectas de los soldados y las chuscadas del guerillero.

IV.

Levantóse el señor Aguilar y buscó á su hijo en la estancia; sobre la mesa habia un papel que imprudentemente dejó Guilebaldo, era su despedida.

«Padre mio:

«Huyo con la muger que amo; cuando usted me busque, ya no pareceré; me llevo una buena mula y algunos pesos; yo volveré á trabajar, y dígale usted á mi madre que he preferido el matrimonio á ir al puerto de Matamoros á pasar los cinco años que me tenia ofrecidos. Adios, padre mio, yo soy siempre el mismo; no me busque usted, ya sabe que voy á Puebla donde me tiene á sus órdenes como su muy obediente hijo

Guilebaldo.»

—Este muchacho es un borrico y esa infernal mexicana una ingrata; yo tengo la culpa por haberme echado esa sierpe en el seno; aunque yo pensaba casarla con mi hijo: vamos, la juventud tiene sus yerros, es necesario perdonar la inexperiencia. Es necesario avisar á la madre y dejar á ese animal que haga lo que le diere la gana.

Isabel se levantó y salió al encuentro del señor de Aguilar.

—¿Cómo es esto, señorita?—dijo don Luis.

—¿Qué pasa, señor, que me ve usted tan azorado?

—¿Luego usted no es la novia?

—¿De quién?

—La robada.

—No entiendo una palabra.

—¡Ah!... ¡Oh!... ¡será la bruja infernal de doña Juliana!

—Esa señora ha desaparecido.

—¡Béstia!... ¡hipopótamo!... ¡antropófago!... ¡gustarle las *catedráticas!*

—¿Pero qué sucede, señor?

—¡Que Guilebaldo se ha huido con la vieja infernal de doña Juliana y con la mejor de mis mulas!

Llegaban aquí las esclamaciones del padre de Guilebaldo, cuando la caravana llegó á la puerta de la casa.

—¡Hola, teniente Martinez!—gritó el señor Aguilar.

—Aquí le traigo á usted este mozo, lo he sorprendido en la carretera con este fenómeno.

Guilebaldo salió de entre las filas y dijo humildemente á su padre:

—Señor, perdóneme usted; pero *esta*, no es *ella*.

—Pues *ella* es una loca, y *esta* es la mula que me hace tanta falta.

—Señor padre, doña Juliana no es *ella*.

—Ya comprendo que es *él*, porque ella te ha robado.

—Oigame usted, por compasion,—exclamó doña Juliana;—yo no he robado á nadie, es una equivocacion horrible.

—Bien, baje usted del caballo.

—No puedo, la mula me ha dado tan fuerte zopapo, que en un tris estuvo el que dejara yo el bautismo en las piedras del camino.

—Eso me tiene sin cuidado; baje usted y ya mi hijo llevará su merecido.

—Pelillos á la mar,—gritó Martinez,—si usted le toca un pelo á ese mancebo, me lo llevo; ofrézcalo usted, déme su palabra y es cuanto exijo.

—Le doy á usted mi palabra,—dijo el señor Aguilar,—pero mañana queda casado Guilebaldo con esa señora.

—¡Zapateta!—exclamó Guilebaldo sacudiendo los dedos,—primero me ahorcan.

—No hay remedio, hoy los presento al curato.

—Vea usted, señor padre, descuartíceme usted, hágame usted cecina como á los caballos que se nos mueren en el rancho; pero no me obligue á que haga la *grosería* de decir redondamente que *nó* delante del padre cura.

—Tú cubrirás el honor de esa señora.

—Señor padre, si yo no lo he descubierto.

—¡Silencio todos! que llega mi general Arteaga,—gritó el guerrillero.

V.

El herido de las Cumbres de Acultzingo llegaba en una camilla á la casa del señor Aguilar, donde se le dió la mas franca hospitalidad.

—Nos hemos batido todo el dia,—dijo Martinez á su huésped,—la desgracia ha hecho que una bala atravesase la pierna del general, y nos hemos retirado: ¡demonio! esta sangre les ha de costar bien caro.

—¿Y está de peligro?

—Creo que no; él solo se hizo la primera curacion, y ha resistido la fúria médica con un valor todo suyo.

—Bien, aquí pasará algunos dias tranquilo.

El guerrillero meneó la cabeza.

—No hay que hacerse ilusiones; hemos perdido aunque con honra la primera batalla.

—Es cierto, dentro de algunas horas volverémos á batirnos; yo aquí dejo á mi generál; porque eso de que haya fiesta y yo no me encuentre, es imposible.

—Pablo Martinez, en una de esas pierde usted la vida.

—No importa, he nacido para *estacar la salea*, y ya se me hace tarde.

—Pueden darle á usted gusto.

—Como me lleve á media docena por delante, aunque me atraviesen.

—Llega ya la ambulancia; vamos, que el general está bien cuidado.

—Ese señor Mondoñedo es muy activo y viene acompañado de dos estudiantes que son la piel de Barrabás.

—Aquí están, les daremos conversacion mientras el general entra en reposo.

Acercáronse Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez.

—Caballero,—dijo Cuevas,—tenemos el honor de saludar á nuestro huésped.

—Están en su casa, señores.

—Deseáramos,—se apresuró á decir Gonzalez,—algo de comer; porque en todo el dia hemos probado un trozo de carne.

—¡Isabelita!—gritó el señor Aguilar á su jóven alojada.

A ese nombre los dos estudiantes volvieron la cara.

Isabel Torre-Mellada acudió al llamado de Aguilar.

—¡Ella!—exclamaron á una voz los estudiantes y se apresuraron á saludar á la jóven.

—¿Usted por aquí, señorita?

—Buen susto nos ha dado con su desaparicion; figúrese usted que mi hermana Loreto está inconsolable.

—Pero mas inconsolables estamos nosotros.

—No es tarde el bien cuando llega.

—Nos felicitamos por el encuentro.

Guilebaldo les lanzaba á los estudiantes miradas de basilisco.

Isabel estaba enteramente cortada.

—¿Donde la habrán conocido este par de tunos?—se preguntaba el señor Aguilar.

—A lo que parece,—dijo Martinez,—ustedes son conocidos viejos.

—Tan conocidos,—dijo Santiago Gonzalez—que su padre de la señorita le dió una zurribamba de palos á mi compañero.

—No fué paliza, señores,—dijo amostazado Felipe Cuevas,—fué un muletazo por equivocacion.

—Lo que no obstó para que le fracturase una costilla.

—Los señores,—dijo Isabel,—eran visitas de casa, y por lo tanto mis buenos amigos.

—Es cierto,—contestaron los estudiantes, no queriendo descubrir la verdadera história de la jóven.

Guilebaldo tenia todos los diablos en el cuerpo.

—Señores,—dijo el señor Aguilar,—pasemos al comedor, que parece que hay apetencia.

—Pasemos,—contestaron los ambulantes, y se dirigieron á la mesa cuasi exánimes de hambre y necesidad.

El teniente Pablo Martinez, que era un gracioso de primera fuerza, amenizó la tertulia con histórias divertidas, á las que contestaba Felipe Cuevas con las suyas de Nueva-York.

Martinez tomo una copa y dijo en voz alta:

—Brindo por el próximo enlace de Guilebaldo con doña Juliana

Todos aplaudieron con frenesí, menos el mancebo aludido, que rechinó los dientes como un endemoniado.

Isabel se reía á dos carrillos y cambiaba miradas de inteligencia con su prometido.

VI.

Mondoñedo habia curado al general Arteaga y permanecia á cabecera del enfermo.

—¿Duerme usted, mi general?

—No, estoy con fiebre,—respondió Arteaga;—quisiera haber muerto al disputar el paso á los franceses.

—Ha cumplido usted como un valiente.

—Ya no le sirvo de nada á mi país, esto me desespera horriblemente.

—Procure usted reposar.

—Tengo delante la batalla, me parece oir las descargas de la artillería; ¡pobres soldados mios, han muerto como mueren los héroes!

—Es cierto.

Despues de un rato de silencio, Mondoñedo dijo al general:

—Queda usted al cuidado de esos compañeros, yo tengo que marchar con el general Zaragoza al encuentro del enemigo.

—Está bien; estoy satisfecho del cuidado é inteligencia de esos jóvenes.

—Dentro de algunas horas ya nos habremos separado, mi general.

—Mondoñedo, usted es valiente, no escasee usted las oportunidades de distinguirse, es necesario que los franceses sepan que hay mexicanos que saben morir en defensa de la patria.

—Tal es mi intento, señor general.

—La actitud que conserve hoy nuestro ejército, decidirá del porvenir.

—Hoy ha habido episodios que honran á México, y el presentado por usted al caer herido luchando como el primero, es de los mas notables.

—He cumplido con mi obligacion.

—Adios, general.

—Adios; dígale usted al general Zaragoza, que le recomiendo á mis heridos.

Aquel hombre no habia olvidado á sus soldados y les consagraba sus desvelos desde el lecho del dolor.

¡Hay séres que al presentarse en la vía dolorosa por la que atraviesa la humanidad, son llamados al cadalso sangriento del martirio por lo elevado de sus ideas y lo sublime de sus sentimientos!

Cinco de Mayo de 1862.

(Ver á pág. 234 y siguientes)

VII.

A la mañana siguiente, el alcalde del pueblo dió aviso de la aproximacion de una guerrilla enemiga.

—¡Llévense al general!—gritó Pablo Martinez,—mientras yo peleo con esos traidores.

Dirigióse al camino por donde aparecian los reaccionarios, mientras el señor Aguilar y su familla seguian á los jóvenes del Cuerpo médico que sacaban violentamente en la camilla al general Arteaga.

El teniente Pablo Martinez, emboscado en la laderas del camino, contuvo á una guerrilla que trataba de apoderarse del pueblo.

Algunos dispersos que llegaban de las Cumbres engrosaron las filas del atrevido guerrillero, y la fuerza contraria se puso en fuga dejando tres muertos en el campo y varios caballos.

—¡Primero las orejas—gritó Martinez,—que permitir á esos bandidos que tocasen á mi general! Ahora, que el alcalde entierre á los muertos, y vámonos los vivos á seguir dando guerra hasta que San Juan baje el dedo.

CAPITULO XIX.

De lo que pasaba en los campamentos frances y mexicano la víspera de lá batalla.

I.

Al terminar la gloriosa jornada de las Cumbres de Acultzingo, el general Zaragoza emprendió su movimiento retrogrado, buscando un sitio á propósito para batir con éxito el ejército frances.

Varias veces se habia detenido en su tránsito, y recorrido los accidentes del terreno buscando las probabilidades del triunfo; pero desconfiado y receloso, continuaba en su peregrinacion, trayendo á una jornada de distancia al enemigo, que no cesaba de escaramucear con las guerrillas.

El 3 de Mayo de ese año histórico de 1862, llegó con su ejército al frente de Puebla, dejando á retaguardia de los franceses una brigada de cáballería.

La ciudad se puso en alarma; un sopor de muerte pesó sobre aquella atmósfera siempre pura, y el silencio de la espectativa tenia embargados á los habitantes y al mismo ejército.

Los batallones desfilaron sombríos por las calles abandonadas, y al son compasado de los parches, entraban en sus cuarteles.

El general Zaragoza, seguido del Cuartel Maestre y su Estado Mayor, subió á practicar un reconocimiento á los cerros de Loreto y Guadalupe.

El bravo general, montado en un soberbio caballo, y puesto arrogantemente sobre la gigante cúspide de aquella montaña, era

una estátua ecuestre que simbolizaba el hecho mas glorioso de nuestra história contemporánea.

¡Zaragoza ignoraba que las herraduras de su corcel descansaban sobre ese pedestal que á las pocas horas debia levantarle la fortuna, y desde donde le contemplarian cien y cien generaciones en el recuerdo de las glorias patrias!

Tender su vista de águila, contemplar la llanura, las montañas próximas y la ciudad, abarcar las distancias y concebir simultáneamente su plan de campaña, fué obra de un momento, porque volviéndose á los generales que lo contemplaban en silencio, dijo con firme voz y ronco acento: «*Aquí,*» y tendió su mano señalando el campo de la batalla.

Aquella palabra era un reto al destino, un emplazamiento á la victoria.

El relámpago del genio habia surcado por su cerebro.

El aliento de Dios habia pasado por su inteligencia.

En el espejismo misterioso de su alma, vió al ángel de la victoria: aquella vision era el apocalipsis del heroismo en la irradiacion de su espíritu batallador.

II.

La fama del ejército frances, trasmitida en los gloriosos episodios, traidos en las últimas horas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX, habian dado un prestigio sobrehumano á aquellos soldados, que llevaban en sus estandartes el laurel de la primera victoria cosechado en las montañas de la *Mesa Central.*

Nuestro ejército se sentia desconfiado, y para decirlo de una vez, comenzaba á perder la moral, levantada despues á la vista del entusiasmo y de la fé de nuestros caudillos.

Inferior en número, rebajado en el paralelo de instruccion y disciplina, sin mas elemento que el valor y la abnegacion, en el terreno de los hechos y de la verdad práctica, no podia luchar con el ejército frances.

Aquí acaban los cálculos de la mezquina inteligencia humana, para dar paso al juicio de Dios.

Un incidente terrible vino á dar tintas mas oscuras á la situacion.

Las hordas ensangrentadas, último y asqueroso resquicio de una bandería nefanda que su hundia en el fango del oprobio, se sintió alentada con los motines de Córdoba y Orizava, y se dirigia en masa á prestar su apoyo al extrangero.

De aquel pequeño ejército que esperaba ya descansando sobre sus armas la llegada del invasor, se desprendieron dos mil hombres á contener las chusmas reaccionarias, quedando aun mas debilitado con aquella forzosa sangría.

Zaragoza no vaciló un solo momento despues de su irrevocable resolucion.

Se creía invencible en su sentimiento de inspírado y en el juicio de su patriotismo.

III.

Levantóse una fortificacion pasagera en los cerros de Loreto y Guadalupe, y á la madrugada del dia 4 el general Negrete ocupó esas posiciones con una division de 1200 hombres, reforzándolos con dos baterías de batalla y de montaña.

En la plaza de San José se formaron tres columnas de ataque de á mil hombres, teniendo á la cabeza á los bizarros generales Berriozábal, Diaz y Lamadrid.

Quinientos caballos al mando del general Alvarez. y una batería de batalla, apoyaron el movimiento.

Cuatro mil setecientos hombres, he aquí el total de fuerza con que contaba el ejército de la República para aventurarse en el primer encuentro.

Pasóse el dia en la mayor ansiedad, esperando el avance del ejército francés.

El impasible general Zaragoza no podia determinar aún su plan de campaña, porque ignoraba la actitud que guardaria el ejército enemigo, así es, que, centinela de aquellos hombre fiados á su valor para la defensa de la patria, esperaba sereno el momento del combate.

La ciudad callaba con ese silencio religioso del testigo, ante un gran acontecimiento.

Las cajas enmudecieron y las banderas yacian plegadas, esperando los primeros alientos de la batalla para mecerse sobre sus astas.

Toda aquella muchedumbre tenia fija en una sola mirada toda su atencion; estaba vuelta al Oriente, por donde debian aparecer los ejércitos de la Francia.

El general Zaragoza recibió un parte de Amozoc, en que se le avisaba que Laurencez se detendria en ese punto toda la noche, y al amanecer emprenderia su marcha sobre las posiciones republicanas.

Avanzáronse grandes trozos de caballería hácia el camino de Amozoc, y las tropas tornaron á sus cuarteles; la palabra «*mañana*» circulaba por todos los lábios.

El valiente general atravesó á escape delante de sus tropas, repitiendo con torvo acento como un sonámbulo: *¡mañana!... ¡mañana!.*

IV.

El general Almonte habia levantado su campo de Orizava, y venia cargando la gefatura suprema, caminando como un vivandero político tras el ejército frances.

Haro, el clérigo Miranda y los satélites del gobierno usurpador, pidiendo plaza para su administracion.

Laurencez, general en gefe del ejército de la conquista, veía con alto desden á la turba conservadora; no obstante, tenia la obli-

gacion de apoyar á Almonte, que se hizo llamar modestamente general en gefe del ejército mexicano.

La noche del 4 de Mayo celebraban en Amozoc una última junta los intervencionistas con el gefe de la expedicion.

—He aquí las cartas,—decia Almonte,—en que se me asegura que seremos recibidos con flores y arcos de triunfo por la ciudad de Puebla; no puedo desconfiar del dicho de personas tan respetables.

Haro, dándose los aires de un veterano, añadió:

—Si hay resistencia por parte de Zaragoza, no creo que haya obstáculo para emprender un ataque; Puebla ha sido el teatro de mis campañas, y yo podré indicar el plan mas oportuno para que caiga en nuestro poder.

—Yo lo que deseo saber,—dijo Laurencez,—es, si el general Zaragoza me espera á pié firme y puedo contar con el pueblo de la ciudad para el evento de una tenaz resistencia.

—Es un hecho,—contestó Almonte;—las *masas* están minadas, comprometidas de antemano; he aquí los despachos de los principales; solo están en espera de nuestra llegada para lanzarse como tigres sobre ese ejército que acabais de derrotar en las Cumbres de Acultzingo.

Laurencez comprendia que no era tan sencilla la toma de Puebla, toda vez que los mexicanos se pusieren en situacion de defensa; y ese pobre general, mezquino para tan grande empresa, no quemaria las naves como el conquistador Hernando de Cortes.

Su carácter orgulloso, y el éxito feliz que tuvo en el primer encuentro con las tropas mexicanas, le hacia soñar hasta en el baston de mariscal, y creerse uno de los héroes del siglo XVI.

Puede ser que el destino le proporcionase dar un *salto* como á Pedro de Alvarado en la *noche triste;* con la sola diferencia que este Alvarado moderno lo daria para *atras*.

Fluctuaba el desgraciado entre las densas sombras de la duda, que no podian disipar los discursos y protestas de los intervencionistas sobre una fácil victoria, cuando recibió un parte de Puebla, en que se le comunicaba que Zaragoza tomaba posiciones en los cerros que velan la ciudad como las esfinges de los antiguos.

—Esas montañas,—dijo Haro,—son nada en comparacion de las Cumbres de Acultzingo, y serán tomadas al primer impulso.

—Tengo fé en los soldados de la Francia; ellos jamas han retrocedido, y no sería en este país donde la bandera de Napoleon III sufriera una derrota.

—Señores,—dijo Saligny,—hasta hoy ninguno de nuestros cálculos ha salido fallido, lo único que nos inquietaba eran las posiciones del *Chiquihuite*, esas yo las he tomado con una proclama, lo demas del camino está allanado; al pasar por Puebla he visto las fortificaciones, que caerán al primer cañonazo; nuestro es el porvenir.

—Poca es la gloria que vais á cosechar, señor Laurencez—dijo Almonte;—batir á esas chusmas desprestigiadas tras unos parapetos, sarcasmo del arte de la guerra, apenas puede lisongear al ejército frances.

—Me sería fácil,—dijo el comandante en gefe,—tomar la ciudad; pero quiero darle el último golpe á ese ejército, lo batiré en sus posiciones, y clavaré mi bandera victoriosa en los fortines de Guadalupe.

—Yo desearia,—observó Haro,—que prescindiendo de las ideas de gloria, nos ocupásemos solo de tomar la plaza.

—¡Caballero!—dijo algo exaltado Laurencez,—á los soldados de la Francia les importa mas el nombre que la posesion de una ciudad; ademas, que tomando las montañas y derrotando á Zaragoza, nos abrimos las puertas de la capital, no así dejándole en pié, porque le doy lugar á la retirada.

—El general tiene razon,—dijo Almonte tratando de halagar á su tutor.

—Esta es una opinion como otra cualquiera,—añadió Saligny,—que no importa una ofensa ni una leccion á mis compatriotas.

—Estoy muy lejos de eso,—respondió Haro;—no desconfio en manera alguna del éxito.

Laurencez inflaba los carrillos lleno de vanidad, como un pavo.

—Mañana tomaremos la sopa en la ciudad de los Angeles,—dijo con arrogancia Saligny,—en otra cosa podria haber duda.

—Mañana,—agregó Laurencez,—tomaré cuarteles en Puebla.

Seguramente aquellos hombres, entregados á las dulces ilusiones de la victoria, ignoraban que la vía de flores soñada durante tanto tiempo, ocultaba abrojos punzadores que atravesarian en el calvario de la derrota.

V.

Wask y don Fernando, aquellos dos atrevidos aventureros, estaban tambien en el delirio de sus ambiciones.

Ya es necesario,—decia Wask,—que Mr. de Saligny entregue la parte de *bonos* que se nos debe, despues todas serán trabas y dificultades.

—Ese majadero comienza á rebelarse, su carácter en la expedicion lo lanza á un camino de abusos, y temo que nos defraude.

—Ya nos conocemos, don Fernando, si ese hombre fuese capaz de tal infamia, le pondria un lazo para volarle la tapa de los sesos.

—Es cosa bien fácil para nosotros.

—Se ha quedado confuso ese frances y amilanado ante nuestro golpe de la Colecturía de San Andrés Chalchicomula.

El conde se estremeció involuntariamente.

—Parece que os emociona ese recuerdo.

—No, por mi vida, caballero.

—Es que estais pálido.

—Sobre ciertos asuntos las bromas son peligrosas.

—¿Os enojais?

—Puede ser.

El aventurero inglés, haciendo un esfuerzo poderoso en su indomable carácter, respondió:

—Todo, como vos decis, es una broma, olvidad mis palabras.

Serenóse la fisonomía de don Fernando, y continuaron en su conversacion.

—He recibido carta de Manzanedo, que se encuentra en la casa de doña Blanca; me asegura en ella que la capital espera impaciente el momento de la ocupacion.

—Yo desconfio de ese hombre,—dijo Wask;—en su perpétua monomanía de ver en el trono de México á su príncipe don Juan, todas las situaciones las ve color de rosa.

—Es cierto.

—Doña Blanca lucha desesperadamente con esa sociedad donde el nombre de los Borbones apenas halla un eco muy débil en las baladas del pasado.

—No importa, todos esos trabajos afluyen á la realizacion de nuestros proyectos: yo he visto claro desde el primer dia, la Francia y solo la Francia sacará las ventajas de su obra.

—Nada mas justo.

—Nosotros vamos en pos del oro, y siga la política por donde se le antoje.

—Es cierto, nuestra ambicion quedará satisfecha; dejemos á Almonte y su ridículo gobierno buscar los puestos distinguidos; yo conozco el favor de los reyes, hoy colmarán de honores á los que entreguen á la patria, y mañana los arrojarán en el olvido, sino es que los destinan al cadalso.

—La nube viene preñada de rayos, es necesario escapar de la tormenta.

—Pero con mucho oro, mucho, hasta ahogarnos en él,—decia Wask crispando las manos y haciendo crujir sus mandíbulas.

Aquel hijo de la Gran Bretaña era el demonio de la codicia.

—Yo deseo,—dijo el conde,—despues de recibir mis dividendos, partir á Europa en una legacion; aun no pierdo la esperanza de reconciliarme con mi novia, que es inmensamente rica, ó ajustar mi enlace con Blanca de Montemolin.

—Los dos negocios son aceptables, conde del Jaral, la fortuna pasa una sola vez delante de nosotros, no hay que dejarla escapar.

—Sabeis,—observó don Fernando,—que estoy desconfiando terriblemente de Manzanedo.

—Teneis razon, hace dias que anda triste, decaido y presa de los remordimientos, ¡alma mezquina encarcelada en las tinieblas de la cobardía!

—Si á ese miserable se le antojara denunciarnos ante el gobierno de la Francia, no tendria inconveniente en sacrificarnos por vía de escarmiento, y mas en esos primeros dias en que tratarán de hacerse de prestigio.

—No está mal pensado.

—El gobierno haria un alarde grotesco y no me cae en gracia ser suspendido de una horca.

—Ese hombre es muy peligroso y me trae inquieto.

—Yo nada os habia comunicado, pero ese fué el motivo que me impulsó al enviarlo á México al lado de doña Blanca.

—Allí, hablando de sus proyectos, nos arrojará de su memoria.

—Lo creo difícil.

—Todos esos temores desaparecen ante el cuadro que tenemos delante.

—Os confieso que tengo una ansiedad desconocida, veo al ejército frances con todos los elementos de la victoria; pero el nombre de Zaragoza me hace muy mala impresion, y yo soy fanático, señor conde.

—Olvidad esa supersticion, el general no es temible.

—No lo sentís así, don Fernando, recordad nuestra apuesta.

—Wask, es necesario hablar con franqueza y sin reserva alguna; aquella noche en que os propuse descargar el rayo de la muerte sobre la cabeza de Zaragoza, fué porque me sentí bajo la influencia del terror, tuve miedo, como lo tengo ahora, preveía la hora que va á llegar y que se acerca á toda prisa, en que nos encontrarémos frente á frente de ese hombre.

Wask dejó caer su cabeza sobre el pecho.

—Sí,—prosiguió el conde del Jaral,—ese hombre me asusta, creo ver á sus pies encadenada la victoria.

—¡Esto es horrible!—murmuró el aventurero.

—Tengo vuestra palabra, y sin embargo, creo que al acercarnos á Zaragoza, saldria algun génio á defenderle, como las sierpes de Claudio Neron.

Wask dejó oir una estridente carcajada que debió resonar en el infierno.

—No os burleis, caballero, mañana es un dia aciago.

—¿Aciago?—preguntó con terror el aventurero.

—Sí, mañana es un dia de recuerdos fatales para la dinastía de los Bonapartes.

—Hablad, por Dios, señor conde.

—El 5 de Mayo murió Napoleon el grande en Santa Elena, y las águilas de la Francia están de duelo.

—¡Maldicion!—gritó Wask,—ese recuerdo va á influir en el ánimo de esos soldados.

—Mañana no alumbrará el sol de Austerlitz.

Aquellas palabras sombrías eran una sentencia desesperada.

VI.

Trasladémonos al campamento republicano.

La tropa estaba acuartelada, pero nadie dormia.

Soldados y oficiales hablaban en voz baja.

Mondoñedo se paseaba en los corredores del cuartel con sus compañeros Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez.

—La casualidad nos reune,—decia el estudiante,—es necesario que sigamos el mismo destino.

—Ha habido una variacion completa en nuestra existencia, yo me siento otro hombre,—dijo Santiago Gonzalez,—se ha despertado en mi alma algo desconocido que me ha hecho superior en esta crísis porque atravesamos.

—El general Zaragoza te ha enviado á uno de los cuerpos de Berriozábal, para que te distingas.

—Y me batiré como el primero.

—Yo me he impuesto una obligacion mas sagrada,—observó Felipe,—permaneceré á la cabecera del herido, huiré de las balas para consagrarme á la humanidad doliente en cuerpo y alma.

—Haz lo que mejor te parezca; lo que te rogamos es, que si la muerte nos entrega despiadada á tus furores, nos trates con la mayor consideracion.

—Ya les tengo preparadas unas camillas magníficas, estoy provisto de cloroformo, y he afilado los instrumentos.

—Quiera Dios que no los emplees en nosotros.

—Sería un buen rato para mi, esa satisfaccion no podria quitármela nadie.

—Puede ser que mañana á estas horas ya hayas cortado algunos miembros franceses.

—¡Ojalá!

—Tengo corazonada,—dijo Mondoñedo,—mañana triunfamos, la suerte está con nosotros.

—Pero hombre, ¿en qué te fundas?

—En nada, y en mucho.

—Esplícate.

—No se puede alcanzar la certeza sobre hechos que pertenecen al porvenir; pero yo soy algo fanático; esta noche he oido redactar al general Zaragoza la órden del dia, con tanta seguridad y aplomo, como si estuviese á su alcance cuanto va á acontecer en la funcion de armas de mañana.

—¿Conque está resuelto que esperemos á los franceses?

—El general Zaragoza no dice dos veces la misma cosa.

—No me llega la camisa al cuerpo,—dijo Felipe Cuevas.

—Pues yo deseo que amanezca, como desear la salvacion.

—Esas son exageraciones.

—Lo juro,—gritó Santiago Gonzalez.

—Hombre, no lo creo.

—Mira, Santiago, tú me diste una zurribamba de bofetadas en la cárcel, y me propongo tomar la revancha en el campo de los franceses.

—Fuera de broma,—dijo Mondoñedo,—la cosa está mas séria de lo que parece; si nos derrotan mañana, el país está perdido.

—Ya lo creo.

—El síntoma bueno que hay en la tropa, es la fé acendrada que tienen en Zaragoza; les parece que el general nunca debe sufrir un reves, recuerdan las jornadas de Guadalajara, Silao y Calpulalpam, en que la sola presencia de ese hombre y sus palabras, habian decidido del combate.

—A mí me pasa lo mismo, veo al general tan sereno como un busto de mármol, apenas se sonrie, pero como sonrien las estátuas; lo rodea una atmósfera de prestigio, que sus palabras son mandatos: á morir, dice, y no hay remedio, se muere.

VII.

Oyóse el tropel de caballos, y poco despues el teniente Pablo Martinez se presentaba ante sus compañeros de campaña.

—¡Por el buche del arzobispo! que hemos escaramuceado toda la noche con esos infernales de cazadores de Africa, que ha sido una gloria.

—¿No ha tenido usted ninguna desgracia?

—A un soldado mio le han roto las quijadas; pero eso nada vale, aquí traigo un caballo árabe magnífico, se lo quité á un dragon que tenia el cuero durísimo.

—¿Y usted cree que avanzarán mañana?

—¡Vaya! ¡vaya!—dijo Martinez echándose el sombrero á los ojos,—ya están en marcha; desde las dos pusieron en movimiento sus trenes y se dirigen á toda prisa sobre nosotros.

—¿Lo sabe ya el general?

—Mi general Zaragoza lo sabe todo, ¡demonio! al amanecer va á ser ello; aquí nos pagan lo de las Cumbres, la pierna del general Arteaga les ha de costar muy caro.

—¿Y qué piensa usted de la batalla, señor teniente?

—Que la llevamos tan segura como la crisma del bautismo.

—¿Y en qué se funda usted?

—En que Zaragoza nunca pierde; ahora mismo, al darle el parte de la aproximacion de los franceses, me dijo tocándome el hombro: Señor teniente, mañana á estas horas ya le habré puesto á usted sobre el campo las divisas de capitan. Esto quiere decir en buen castellano: Lo voy á echar á usted sobre los cañones de los franceses, si se escapa, cuente usted con un grado mas.

—Perfectamente.

—Yo tengo un entusiasmo inmenso,—djio Santiago Gonzalez,—¡mañana debo ser un dia grande para la patria!

—Mañana nos rifamos con los *gabachos*, ya tengo hecho mi testamento, nombro heredero y albacea de lo que traigo puesto, al primero que me lo quite.

VIII.

Un ayudante de Estado Mayor comunicó al coronel del cuerpo la órden para que siguiese el movimiento de la division.

Los soldados, como hemos dicho ya, no habian dormido, presa de esa ansiedad que devora el corazon en los momentos que preceden á una batalla.

Instantáneamente y en el mayor silencio se pusieron en marcha.

Mondoñedo tendió la mano á sus compañeros y dijo con voz entusiasta.

—¡Dentro de algunas horas nos verémos sobre el campo!

—¡Sobre el campo!—dijeron á una voz Martinez, Gonzalez y Felipe Cuevas.

CAPITULO XX.

¡¡¡ El sol de mayo !!!

I.

Estamos en las primeras horas del 5 de Mayo de 1862.

Los celages de la mañana comienzan á sonrosarse en el confin de un horizonte claro por las brisas purísimas de la madrugada.

¡En el fondo del cielo levanta su frente la *Malintzint* como la deidad ante la cual se prosternaron nuestros mayores, y mas allá esos dos gigantes hermanos cubiertos con su armadura de hielo, que se llaman el *Popocatepetl* y el *Ixtlacihuatl!*

El Atoyac corre tranquilo rompiendo en las márgenes de flores sus cristales trasparentes.

La lluvia de la noche convertida en perlas y brillantes oscila en las hojas de los árboles y salpica la alfombra de esmeralda de la llanura.

La estension está sola; algunas bandadas de pájaros atraviesan por intervalos volviendo á desaparecer y dejando limpia y trasparente esa gaza que media entre el cielo y el abismo.

La ciudad sale de las sombras de la noche y la luz comienza á iluminar su blanco caserío, y sus agujas se destacan con magestad y elegancia en el zafiro hermoso de la atmósfera.

Entre las confusas sombras del amanecer, se percibe una serpiente de escamas de hierro que parece salir del corazon de la ciudad.

Se escucha el ruido de sus anillos acerados, y se adelanta atrevida entre las laderas del camino, y sigue su ruta hácia el Oriente.

Aquel mónstruo es el genio de la guerra.

Es un ejército que busca con sus armas el pecho de su enemigo.

Todo aquel ruido sombrío se apaga, y el silencio recobra su magestad y su dominio.

Si un peregrino atravesase entre el crepúsculo de la mañana por aquellas rocas, no sospecharia ante aquel cuadro de paz y prolongada calma, que estaba sobre el formidable teatro de una catástrofe.

II.

¡Rasgóse al fin la bruma del horizonte, y los primeros rayos de un sol incandescente reflejaron sobre los volcanes, alumbrando de súbito la ciudad, y las montañas, y la llanura, y vibrando en un cambiante de gloria sobre las armas de nuestro ejército, y dando de lleno con su esplendor en esos estandartes venerandos nacidos en la hora primera de nuestra independencia!...

Las sonoras campanas de la basílica dieron el toque del *Ave Ma-*

ria, y como si aquel toque hubiese sido, no un eco religioso, sino una señal de alarma, las músicas todas del ejército que iba á combatir rompieron en sones marciales, á los que respondieron mil vivas de entusiasmo que repercutieron en el fondo del valle y en el seno de granito de las montañas

El estandarte nacional ondeaba en las altas torres de las iglesias y de los palacios, y se desplegaba sobre el campo de la lid llamando á la lucha á sus adversarios.

Aquel sol cuya radiante luz habia sido lámada por Dios en el cuarto dia del *Génesis*, llevaria la gloriosa memoria de una batalla á las regiones occidentales.

III.

La verdad histórica suple en esta vez á la imaginacion del novelista: oigamos lo que dice sobre este memorable acontecimiento.

El general Zaragoza ha formado su batalla hácia la parte occidental de su campamento.

La ala derecha de su línea la cubren los invencibles cuerpos de Oajaca, los compañeros de aquellos valientes que guardan las tumbas abiertas por el incendio en San Andres Chalchicomula.

Allí se ostentan los carabineros de Pachuca, los lanceros de Toluca y los de Oajaca.

El centro, que es el lugar de honor, lo ocupan el valiente Berriozábal y Lamadrid, con las brigadas de México y San Luis.

La izquierda está apoyada en los cerros de Loreto y Guadalupe, con Negrete á la cabeza de 1200 soldados de Puebla y Morelia.

Aquel ejército estaba orgulloso de sus combates y se sentia capaz de afrontar el choque enemigo por formidable que fuese.

La artillería sobrante se situó sobre los fortines de la ciudad.

Zaragoza asumió entónces la actitud histórica que determinó en ese dia su gigante figura en el mundo de la heroicidad y de la fama.

Esperó tranquilo la llegada del enemigo, sus labios permanecieron en silencio y en su faz habia algo de sombrío.

Napoleon I estaba triste, dicen los historiadores, la víspera de Austerlitz.

IV.

Alzóse una pequeña nube sobre uno de los baluartes del cerro de Guadalupe y vibró instantáneamente una detonacion.

¡El enemigo estaba á la vista!

Aquel telégrafo de la muerte produjo un estremecimiento nervioso en la ciudad, é hizo discurrir un frio terrible en el ejército de la República.

¡El enemigo estaba á la vista!

Zaragoza sintió el golpe eléctrico en su cerebro, y la inspiracion tendió sus alas sobre aquella frente de gigante.

Corrió sus acicates por los espumosos ijares de su corcel y se avanzó á sus soldados, que yacian inmóviles viendo el camino por donde comenzaba á aparecer el enemigo.

—¡Soldados,—gritó con voz de trueno;—os habeis portado como héroes combatiendo por la Reforma, vuestros esfuerzos han sido coronados siempre del mejor éxito, y no una, sino infinidad de veces habeis hecho doblar la cerviz á vuestros adversarios: Loma Alta, Silao, Guadalajara y Calpulalpam, son nombres que habeis eternizado con vuestros triunfos. Hoy vais á pelear por un objeto sagrado: vais á pelear por la Patria, y yo me prometo que en la presente jornada, le conquistareis un dia de gloria. Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo; pero vosotros sois los primeros hijos del mundo y os quieren arrebatar vuestra patria.

¡Soldados!... *leo en vuestra frente la victoria.* Fe, y... ¡viva la independencia nacional!... ¡viva la patria!

¡Un grito unísono de entusiasmo se levantó de aquella muchedumbre, un solo grito que hizo estremecer los corazones con el aliento abrazador de la esperanza!

Zaragoza recorrió la línea deteniéndose ante los batallones, dejando caer un recuerdo de gloria, una memoria de triunfo, una esperanza para el porvenir.

Las dianas, las músicas, los gritos de entusiasmo, se sucedian como el fuego de la erupcion.

Aquel ejército solemnizaba la victoria antes del combate.

Zaragoza estaba satisfecho.

Aquella fiesta patriótica calló repentinamente al toque de atencion dado por el clarin de órdenes del general.

V.

Las guerrillas de caballería venian batiéndose en retirada y fogueando al enemigo, que avanzaba como una nube de tempestad sobre el campo republicano.

Avanzó á lo largo del camino iniciándose la batalla frente á la garita de Amozoc.

Repentinamente aquella masa se cargó á su flanco derecho y en su movimiento oblícuo llegó al pié del cerro de Amalucan, apoyándose en la hacienda de los Alamos, mientras sus baterías se situaron convenientemente frente á las posiciones de Loreto y Guadalupe.

Zaragoza comprendió el plan de Laurencez al ver su movimiento de flanco, y con la rapidez del rayo dió otro órden á su batalla.

Berriozábal, con la division de México, ascendió á paso veloz por las rocas, y se situó en la hondonada que media entre los cerros de Loreto y Guadalupe.

Honra á ese bravo general el órden con que efectuó el movimiento y su gran serenidad al frente del enemigo.

El general Antonio Alvarez, con los carabineros, cubrió la izquierda de las fortificaciones.

A la derecha, formando ángulo con los fortines, se estendia la línea de batalla desde el cerro de Guadalupe á la plaza de Roman frente de las posiciones del enemigo.

A la misma altura del cerro y sobre el camino que sale para la

garita, se situaron dos piezas de batalla protegidas por la brigada al mando de Lamadrid, que se prolongaba en línea de batalla hasta la iglesia de los Remedios.

Cerraba el costado derecho la division de Oajaca, apoyada en la plazuela de Roman con su dotacion de artillería, y á la espalda los escuadrones de Toluca y Oajaca.

Tal era la situacion de los combatientes momentos antes de comenzar el combate.

Zaragoza sacó su reloj y dijo á su Cuartel-Maestre:

—Señor general, las *once y tres cuartos.*

A esa hora habia comenzado la batalla de Waterloo

VI.

De aquella nube tormentosa posada en la cima de Amalucan se desprenden los primeros relámpagos que deben preceder á la catarata.

Los zuavos de desparraman en tiradores, cambiando sus tiros con las tenaces guerrillas de caballería, que no se replegan hasta ver salir las columnas de ataque.

Cuatro masas compactas de á mil hombres caminan sobre su flanco derecho en direccion al cerro de Guadalupe.

Pasan á lo largo del pié de la montaña siempre en movimiento oblícuo, hasta ponerse á tiro de cañon de las posiciones republicanas.

¡Qué bello era aquel espectáculo!

Los soldados marciales de la Francia, no desmentian esa fama que ha llegado al apoteósis; caminaban serenos, impasibles, arrastrando en su paso aquel lujo de trenes y sin desordenarse al recibir el mortífero fuego de la artillería que jugaba implacable sobre las columnas.

Colocan sus cañones en medio de aquel huracan de proyectiles, y responden á la muerte que los ha seguido en todo su trayecto, con el bronce de sus baterías.

Las columnas atraversaban lentas y silenciosas el espacio de Rementería que media entre Amalucan y Guadalupe, perdiéndose entre las ondulaciones y sinuosidades del terreno.

Desaparecieron unos instantes: era que ascendian por las rocas ocultándose de los defensores.

De repente las cabezas de los tiradores zuavos con la roja *calotte* coronando su tostada frente, con la mirada chispeante, asomaron por las orillas de la colina, ascendiendo atrevidos en pos de la victoria.

Los fortines hicieron el primer disparo, y la columna se sintió conmovida por la metralla.

Entonces la division Berriozábal se lanzó como el huracan al encuentro de la columna, y las bayonetas se cruzaron, y la sangre corrió á torrentes, y la muerte discurrió haciendo un estrago espantoso.

Aquella masa compacta onduló un instante, vaciló y retrocedió al fin en buen órden, hasta ponerse fuera de tiro.

VII.

Un momento bastó para que se repusieran en su moral, los clarines tocaban á ataque y las columnas tornaron á embestir con denuedo.

Los zuavos, con la desesperacion de la derrota, desafiaban á la muerte con un valor exagerado.

La columna avanzaba á paso de carga en medio de una tormenta de metralla.

Los fuertes de Loreto y Guadalupe vomitaban bronce y nuestra línea de batalla permanecia como una cadena de hierro eslabonando los dos cerros.

Los regimientos primero y segundo de marina y los zuavos intentan decidir el combate, y como leones se precipitan sobre la línea que los recibe á la bayoneta.

Negrete, que habia mandado á los zacapoaxtlas ponerse pecho á tierra, gritó con ese acento que Dios le presta solo á los buenos hijos de una patria agonizante:

—¡Ahora, en nombre de Dios, nosotros!

Aquella voz fué la evocacion sagrada al genio de la victoria, porque la columna francesa fué arrollada completamente y puesta en dispersion.

La gritería, dice un testigo presencial, era horrible; al ronco acento del frances se mezclaba la aguda *gama* del zacapoaxtla y el grito burlon de nuestros soldados del pueblo, apenas distinguidos entre los tiros y los clamores de muerte y exterminio.

En aquellos momentos el pundonoroso y valiente general Rojo avisa al general Alvarez que era tiempo de lanzar la caballería para alcanzar una completa victoria.

Nuestros dragones se precipitan sobre los restos de la columna, que con una serenidad admirable se replega á su campo batiéndose en retirada.

No habian pronunciado aún su última palabra en la arena de la liza.

VIII.

Laurencez estaba perdido y desmoralizado, dos ataques con un éxito desgraciado lo tenian casi demente.

Se propone dar un último asalto, pero simultáneo, buscando de dos probabilidades una de éxito favorable.

Organiza una columna con los cazadores de Vincennes y el regimiento de zuavos, y torna á dirigirlos sobre el cerro de Guadalupe, mientras pone en marcha otra compuesta del resto de sus tropas y ataca la derecha de la batalla de Zaragoza.

Entonces los zapadores al mando de Lamadrid le salen al encuentro, y se empeña un terrible combate á la bayoneta.

Una casa que se halla situada en la falda del cerro es el punto objetivo; los franceses se posesionan de ella, y son arrojados por

los zapadores; la tornan á recobrar, y una lucha mas sangrienta aún se renueva en el sitio fatal.

El cabo Palomino se mezcla entre los zuavos y se bate cuerpo á cuerpo con el arrogante soldado frances, y el guion de los zuavos pasa á sus manos cuando su guarda ha lanzado el último suspiro por la herida abierta en el centro del corazon.

—Señor general,—gritaba Haro á Laurencez,—habeis perdido en tres encuentros; dadme las fuerzas que os quedan, y me comprometo á tomar la ciudad por el lado del Cármen; ha sucedido lo que anoche os he pronosticado, el orgullo militar os ha perdido.

—¿Y quién sois vos,—gritó Laurencez,—para atreveros á un general del ejército frances?

—No es tiempo de recriminaciones, reunid vuestra gente y emprended el ataque como os indico, porque esa columna que va sobre Guadalupe será derrotada irremisiblemente.

—Callad, caballero, y dejadme; aun tengo fé en mis soldados.

—Haced que se bata todo el 99 de línea, aun podeis pretender una victoria.

—¿Y con qué me retiro?—dijo Laurencez sin pensar en la prenda que habia soltado.

Haro y Almonte se vieron con asombro, Laurencez tenia razon.

Los mexicanos que militaban á la órden de los franceses, estaban admirados, no podian creer lo que palpaban en aquellos momentos.

Los franceses se creian presa de una pesadilla horrible.

IX.

Las nubes se habian condensado y flotaban en los picos de las montañas.

Oscurecióse el cielo y una sombra oscura cayó sobre aquel campo escarvado y lleno de cadáveres.

Desprendióse una horrible tormenta confundiendo los truenos del rayo con las detonaciones de la artillería.

Abriéronse las cataratas de las nubes y el agua cayó á torrentes envolviendo á los batalladores.

La lluvia habia determinado la derrota de Waterloo.

La columna ascendia con dificultad en medio de la tormenta que se desplomaba, los toques de los clarines no cesaban de mandar el asalto.

Comprometióse el combate de una manera terrible; Zaragoza, que veía lleno de ansiedad cuanto pasaba, envió á paso veloz al batallon Reforma en ausilio de los cerros donde zuavos y cazadores se disputaban la victoria.

Los mexicanos saltaron las trincheras, jugaban el todo por el todo.

Los franceses llegaron hasta los fosos.

En los parapetos de Loreto habia una pieza de batalla que hacia un formidable estrago en las filas de los asaltantes; entonces los zuavos hicieron un empuje desesperado y se arrojaron sobre la pieza.

En aquellos momentos el artillero tenia en las manos el proyectil que iba á colocar en la boca del cañon, sin que hubiese tenido tiempo por la rapidez con que el zuavo habia llegado al parapeto.

Tras de aquel hombre venia una multitud, que una vez apoderados del fortin, levantarian la moral de su ejército y se perdia en un instante la gloria adquirida á costa de tanto sacrificio.

El soldado arrojó el proyectil á la cabeza de su adversario, que herido mortalmente, rodó en el foso del parapeto.

Los zuavos retrocedieron, avanzó la línea mexicana, y ya encarnizada en el último combate, acribilló á los franceses y se gozó siniestramente en su derrota.

Aquellos valientes que habian tocado con sus manos las piedras de los fortines, no sobrevivieron á la catástrofe de su ejército ni á la vergüenza de su bandera.

X.

Cuando las columnas enviadas por Laurencez llegaban á los fortines de Guadalupe y Loreto, las fuerzas francesas se destacaban á la posicion del general Diaz, avanzando protegidas por un escuadron y una línea formidable de tiradores.

El valiente general acudió en ausilio del batallon de San Luis, que estaba á punto de ser envuelto por el enemigo.

Movió en columna al batallon Guerrero á las órdenes de Jimenez, desplegando instantáneamente su batalla ganando el terreno á los franceses.

Empeñóse un sério combate siempre avanzando y haciendo retroceder al enemigo.

Habian adelantado tanto hácia las posiciones de Laurencez, que estaba próxima la columna á quedar aislada y comprometida; entonces el general Diaz envió á los batallones primero y segundo de Oajaca, al mando de Espinosa y Loaeza, dando un impulso formidable con aquel ausilio, que desalojaron al enemigo de las trincheras naturales con que el terreno lo favorecia.

El éxito alentó al jóven caudillo, que destacó al batallon Morelos, reserva de la línea y mandado por Ballesteros, con dos piezas de batalla, reforzó la izquierda, y por la derecha envió á Rifleros con los escuadrones de Toluca y Oajaca.

Diaz quedó dueño del campo, y necesitó de repetidas órdenes de Zaragoza para regresar á sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas de Laurencez bajan de Guadalupe esparcidas y en completa dispersion, rechazadas en su última intentona y replegándose á la hacienda de San José.

Los restos ensangrentados de la última columna de ataque llegaron simultáneamente á la hacienda, donde tomaban aliento sus compañeros de infortunio.

Laurencez, al ver descender á sus soldados perseguidos por la caballería y en perfecta dispersion, se cubrió el rostro con las manos y lloró desesperado como un miserable, sin atreverse á le

vantarse la tapa de los sesos como Lord Raglan al vacilar las columnas inglesas en la toma del reducto de Malakoff.

XI.

La tempestad se habia alejado en el horizonte arrollándose las nubes por el aliento pujante del vendabal.

El cielo estaba bañado con la luz del crepúsculo vespertino, y los pabellones de fuego del sol, en su descenso al occidente, inundaban la estension reflejando en visos de escarlata sobre los volanes y estendiéndose en olas de oro sobre la llanura.

La ciudad repicaba á vuelo, la poblacion acudia en masa al eatro del combate, y los parches guerreros y las músicas saludaan al ángel de la victoria.

El general Zaragoza, que habia permanecido durante la acion en la iglesia de los Remedios, desde donde habia dirigido háilmente la batalla, atravesó delante de las filas de sus heróicos ldados con la frente descubierta, sin poder pronunciar una palara, embargado por la mas santa de las emociones.

La presencia del general causó una profunda sensacion, los solados lloraban, tomaban las riendas de su caballo, y Zaragoza lleba húmedos los ojos y las sienes circundadas con el lauro inarcesible de la victoria.

El *sol de Mayo* alumbraba aquella grandiosa escena y se tena en un magnífico dosel tras aquella gigante figura, adoracion de ı ejército y semidiós en el templo de la patria.

XII.

El pabellon tricolor acribillado por Wellington en Waterloo habia levantado sobre aquella arena ensangrentada y recorrido torioso los campos de la Europa, prosternando á su paso á las ciones aguerridas del viejo continente.

Habia llamado desde lo alto de sus glorias al génio de la forna.

Atravesó los mares tumultuosos del Septentrion para dejar en estros altares las hojas arrancadas á sus laureles en la mas negra las derrotas.

De hoy mas el nombre de México formará época en las memorias orosas de la nacion francesa.

Al enlutar las águilas imperiales el 5 de Mayo, aniversario de muerte de Napoleon I, la ráfaga de esos recuerdos arrojará el nbre de Zaragoza sobre ese monumento que se alza sombrío en cuartel de los Inválidos á orillas del Sena.

CAPITULO XXI.

De las no muy gratas noticias que recibieron los señores intervencionistas la tarde del 5 de Mayo de 1862.

I.

Terribles horas de agitacion y de agonía iban trascurridas desde que el general Zaragoza anunció que los franceses estaban á la vista.

La multitud estaba agolpada en la oficina del telégrafo, y cada vez que la electricidad tocaba los conductores de la máquina, los corazones se estremecian como si el rayo se deslizase por aquel alambre misterioso.

La ciudad estaba calenturienta esperando por momentos que se velase en el silencio del gabinete algun telégrama.

Juarez habia prometido al pueblo comunicar la verdad de los hechos, porque ninguno mejor que él sabria apreciar la situacion y prepararse para las eventualidades de la fortuna.

Los partes de la batalla eran alarmantes, estaban impregnados de aquella ansiedad, que aunque disimulada, preocupaba altamente el espíritu de Zaragoza.

Como la historia no se ha escrito todavia y los telégramas del héroe del 5 de Mayo pueden alterarse por los enemigos de la nacionalidad mexicana y quedar al ménos en duda este hecho importante, los irémos insertando en este capítulo como cumple á nuestro propósito, toda vez que nuestro libro está consagrado á la sublime epopeya que se registra en las páginas de nuestra historia contemporánea.

II.

Entre las personas que ávidas de noticias permanecian en la oficina telegráfica, se encontraba el inválido Torre-Mellada, rodeado de tres ó cuatro estantiguas del vireinato, formando un grupo particular y hablando *sotto voce*, mientras en los ángulos del salon habia unos jóvenes republicanos, rodeando á su vez á un abogado, síndico del ayuntamiento, que con muy buenas razones probaba el gran peligro que corria la capital, si los zuavos tomaban la ciudad de los Angeles.

El abogado era hombre que veía para muy adelante, tal vez para el siglo venidero; y su espíritu esforzado se alarmaba hasta al reventar de un estornudo.

—¿Y estos invasores,—preguntaba procurando disimular su ansiedad,—acostumbran ahorcar síndicos de ayuntamientos?

—Creo que será de lo primero que se ocupen,—respondió un estudiante conociendo el pánico del interrogante.

El abogado insistió:

—¿Y por supuesto que no habrá perdon?

—Eso no se acostumbra en Francia, señor mio.

—¿Y conocerán en las facciones el cargo municipal?

—Precisamente usted tiene una cara muy *síndica* y *municipal*.

—Hombre, usted se chancea; no abuse usted de mis preguntas, yo solo quiero saber lo que arriesgo.

—Es muy sencillo; si no lo fusilan á usted, lo llevan á los campos de la Martinica á cultivar la tierra.

—Yo no creia que estaba en uso el derecho romano, por el cual eran siervos los prisioneros de guerra; aunque propiamente hablando, yo no tendria esa calidad.

—¿Luego usted no quiere tomar las armas para la defensa de la patria?

—Ya las he tomado en otras ocasiones.

—Sí, ya recuerdo,—dijo uno de aquellos entes que nunca faltan como llovidos del cielo para hacer quedar mal al mas pintado;—usted iria á Churubusco en la invasion americana; pero al recibir la noticia de la derrota, lo ví á usted atravesar corriendo la plaza de Armas tirando el fusil en el átrio de Catedral.

—No es cierto, el fusil se cayó solo; es decir, se desprendió de mi mano á causa de la emocion que produjo la convulsion de la situacion; porque la invasion...

—Señores,—dijo el estudiante,—la máquina da toques de atencion, algo pasa en el campo de Zaragoza.

Un silencio profundo discurrió en aquella sociedad bulliciosa y acalorada.

Todos estaban atentos á los golpes de la máquina, queriendo adivinar tras el continuo y monótono golpear, algo de los sucesos interesantes que ocurrian en el campo de batalla.

Prévia autorizacion del gobierno, se leyó en voz alta el mensaje de Zaragoza:

«Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana.—El enemigo está acampado á tres cuartos de legua de la garita de esta ciudad. En los suburbios de ella y por el mismo rumbo tengo mi campamento. El cuerpo de ejército listo para atacar y resistir.—El general O'Horan me avisa que ayer batió en Atlixco á 1200 reaccionarios, que abandonaron la poblacion despues de alguna resistencia: parece que el resto de las chusmas reaccionarias se halla en Matamoros preparando su marcha para este rumbo.—*Zaragoza.*»

III.

—Lo dicho,—decia á sus amigos el inválido Torre-Mellada,—el ejército frances se encuentra á la vista, dentro de muy poco darán el asalto como en Sebastopol, es negocio de unos momentos.

—Compañero, ya las cartas están echadas, Puebla será francesa muy pronto.

—Volverémos á los tiempos del señor Iturbide; aquel sí era todo un imperio, ¡qué hombre tan rubio!

—¡Buena fisonomía y buen *golpe de Estado!*

—Insisto,—dijo el inválido,—en que ese golpe fué muy soldado.

—Precisamente eso le inculpan á S. M.

—Sea lo que fuere, á lo hecho pecho, mas vale el dominio de la espada que la libertad demagógica.

—Es cierto, y tocante á los asuntos de hoy, yo creo que las proclamas francesas están de acuerdo con la marcha del gobierno provisorio del general Almonte.

—Como que han asegurado los señores comisionados, que Almonte fué invitado por S. M. Napoleon III para venir con la expedicion.

—Está claro,—dijo Torre-Mellada,—todo esto es un plan combinado para *mexicanizar* el negocio.

—Ya se entiende; ademas, que la Europa no tiene mas objeto que nuestra felicidad; porque, amigo mio, este gobierno de caribes ya no es posible.

Aquella gente estaba insolentada al pensar que el extrangero acabaria por posesionarse de la república.

Un segundo parte anunció que la batalla habia comenzado.

«Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las doce y veintiocho minutos.—Son las doce del dia y se ha roto el fuego de cañon por ambas partes. —*Zaragoza.*»

Aquella noticia, mas terrible aún que la anterior, puso nerviosos á los concurrentes.

La batalla habia comenzado.

—Hoy se repite la de Solferino,—decia lleno de gozo el inválido,—esas trincheras de tierra no son nada para los guerreros de Inkermann y Montebello.

—Me parece que los veo,—agregó entusiasta el interlocutor;—esos zuavos son el demonio, los hombres de la bayoneta.

—Eso me recuerda la accion del *Gallinero*, nos batimos como unas fieras.

—A mí me defraudaron esa condecoracion solo porque no estuve en la jornada; vea usted que injusticia.

—Así pagan los gobiernos á los buenos servidores.

IV.

Colocado en medio de los grupos intervencionistas y republicanos, y recogiendo con avidez cuantas especies se vertian, estaba un individuo en cuya fisonomía se marcaban las relevantes señales de la ansiedad.

Habia copiado á la letra los telégramas y no cesaba de ver al telegrafista y estudiarle el semblante y la mirada, por si traslucia algo que le contrariase.

Cerca de tres horas se pasaron en esa terrible espectativa, hasta que la máquina tornó á funcionar.

Apagáronse los rumores y el empleado dijo en voz alta:

«Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las dos y minutos de la tarde.—El ejército frances ha intentado replegarse, y en estos momentos acaba de reconcentrarse amagando á esta plaza por la línea de Oriente; es probable que por ese rumbo vuelva á comenzar su ataque.—En estos momentos ha cesado el fuego del todo.—De

órden del señor gobernador y comandante militar comunico á usted esta noticia, añadiéndole que el entusiasmo de la plaza es muy satisfactorio. —*Joaquin Tellez.*»

Un aplauso se desprendió de la multitud.

En el primer asalto los franceses habian retrocedido.

—Este negocio va mal,—dijo Torre-Mellada un tanto desmoralizado, y con voz algo baja y menos altanera.

—Amigo,—dijo su compañero,—puede ser que sea *borrego* para amedrentarnos.

—Tiene usted razon; no sería dificil que fuese un invento de estos pícaros.

—Yo los creo capaces de todo.

—Hasta de engañarnos.

—Es preciso que levanten la moral, estoy seguro de que Zaragoza está derrotado.

—Yo lo podria jurar á mil cruces.

—No obstante, tengo mis dudas y perplejidad.

—Todo consiste en esperar, donde nos dejen la cosa entre *azul y buenas noches*, seguro que les ha pasado un fracaso.

—Esperemos, y en silencio; porque èse grupo de canalla que rodea al abogado nos está viendo con cierta burleta que va á parar en que les abra el bautismo de un muletazo.

—No hará usted tal cosa, porque nos descuartizarian estos bandoleros.

—Y yo me llevaria media docena por delante, ¡zambomba! donde se me suba lo brigadier á las narices, hago una de Lapitas y de Centauros que...

—No, no haga usted nada de centauros si quiere irse por su pié á casa.

Bien, me callaré para ver en lo que pára esa concentracion de los franceses; han reculado como los toros, para embestir con mas fuerza, ¡si yo no sabré la táctica francesa!

—Temo que los reciban con garrocha en mano, y...

—¡Que calle usted, hombre! que el corrillo nos mira de hito en hito.

El inválido y su amigo se encastillaron en el silencio mas profundo en espera de un nuevo parte telegráfico.

—Estamos de buenas,—gritaba el estudiante abrazando al infeliz abogado que no las tenia todas consigo, fijo en el terrible pensamiento de que los franceses lo habian de colgar de un farol de las casas consistoriales.

—Bien,—decia un tanto afligido,—no es lo malo que hayan retrocedido, sino que vuelvan á la carga.

—¡Con mil diablos! ¿y por qué tiene usted tanto miedo?

—Porque comprendo el peligro, señor mio.

—Ya, pero es necesario no perder la moral, está usted amilanado, recobre su buen humor, que bien lo merece el aspecto de aquel grupo de viejos reaccionarios que ya tienen cólico con las noticias del campo; vean ustedes, yo soy hombre de *corazonadas*, y hoy me levanté pensando en que los franceses serian derrotados.

—No haga usted caso, esas son palpitaciones nerviosas,—interrumpió el abogado;—usted no crea sino lo que vea palpablemente.

—Está usted bueno para mandar una columna, señor letrado.

—Ni de humo, confieso que mi espíritu está muy lejos de la atmósfera militar, y que hasta las detonaciones me producen muy mal efecto.

—Usted es ave de pluma.

—Enteramente.

—Otro parte telegráfico, ¡demonio! ya se hacía necesario, estamos que no nos llega la camisa al cuerpo.

El empleado de la oficina se habia convertido en heraldo, subióse sobre la silla, y dijo con voz sonora:

«Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las dos y treinta minutos de la tarde.—Los zuavos se han replegado, y nuestras caballerías tratan de dispersarlos en estos momentos.»

Repitiéronse los gritos de entusiasmo y los aplausos; pero la ansiedad era vivísima, nadie creía que la tropa francesa se dejase arrancar una victoria sin haber luchado antes desesperadamente.

V.

La ciudad andaba revuelta, cada parte telegráfico era una esperanza halagadora para los buenos mexicanos y un rayo para los *intervencionistas*.

Las esperanzas de los comprometidos en la reaccion, venian por tierra al primer soplo de la fortuna.

El castillo de barajas se desmoronaba, y los sueños de ambicion se tornaban en una espantosa pesadilla.

La colonia extrangera estaba aturdida, le parecia increible que los hombres del combate y de la victoria dejasen en los campos de Puebla los laureles cosechados en cien encuentros gloriosos.

Habian visto salir á nuestros batallones llenos de entusiasmo; pero sin los elementos necesarios para afrontar una empresa de tal tamaño.

La traicion de Saligny era el preliminar lógico del éxito, y aquella repentina contradiccion los anonadaba.

Los españoles, que al principio habian renegado por la determinacion del general Prim, se alegraban del fracaso terrible de los franceses, y los hijos de la Gran Bretaña bendecian á Sir Charles Wyke por su determinacion de reembarque.

La gente conservadora se refugiaba en ese recurso tan comun de los que tienen una causa desesperada: la negativa perpétua.

El gobierno pasaba por un trance terrible; habia hecho salir violentamente al general Antillon al frente de los magníficos cuerpos de Guanajuato, que haciendo una marcha que forma época en los anales de la milicia, llegaron á Puebla el dia 6, cuando los franceses estaban aún á la vista y en actitud de combate.

Si la suerte era adversa, la capital estaba perdida, como Paris despues de la derrota de Napoleon.

En aquel acto solemne se jugaba el porvenir de la nacionalidad mexicana.

Si seis mil franceses penetraban victoriosos hasta el corazon del país, no existia esperanza de resurreccion, era necesario abdicar ante un hecho tan vergonzoso para la patria.

El nombre de Zaragoza estaba para hundirse en el abismo del olvido, ó para alzarse en la cumbre de la inmortalidad.

¡Dios estaba con nuestras armas!

Habian trascurrido dos horas mortales.

¿Qué habria pasado en el teatro de la batalla?

Aquel silencio era aterrador.

Los argumentos, las esperanzas, las predicciones, todo vagaba en un rumor siniestro en el campo de las conjeturas.

El pueblo presenciaba la escena de David y el gigante Goliat.

Si la piedra no heria la frente titánica de su adversario, el jóven pastor estaba perdido.

Escuchóse de nuevo el ruido de la máquina, y despues de algunos minutos, el empleado que habia trascrito el parte salió violentamente en direccion al ministerio de guerra.

—*Estamos perdidos*,—fué la voz que discurrió en aquel auditorio momentos antes tan entusiasta.

Aquella masa compacta salió en pos del empleado y se dirigió á la Cámara de diputados, donde se esperaba al ministro llamado á dar cuenta de los mensajes del general Zaragoza.

VI.

Agolpóse la multitud á las galerías con la celeridad de un cauce desbordado.

Los representantes guardaban su puesto, y en su actitud se comprendia la violencia de la situacion por que la alta Cámara atravesaba.

El secretario anunció que el ministro pasaria al Congreso luego que terminase la junta que se celebraba en aquellos momentos con el presidente.

Todos estos aplazamientos ponian mas nerviosa á la multitud y á la Cámara, donde se veian las pronunciadas señales de la violencia disimulada bajo el aparato de la magestad.

Ya se comenzaba á abrigar una sospecha terrible, acaso nuestros soldados habrian sido envueltos por el ímpetu de los franceses, y arriada nuestra bandera en los campos de batalla.

Habia algunos que aseguraban que Zaragoza no sobreviviria á la derrota; y tenian razon, el hombre de Silao y Calpulalpam no osaria presentarse ante la República despues de haber perdido en un combate, si no la honra, al ménos el porvenir de su patria.

Repentinamnete el ministro se dejó ver en la tribuna, tenia un aspecto friamente sereno, su mano estaba algo trémula por la emocion.

Un silencio profundo reinaba en el ámbito del salon, parecia que la multitud tenia un solo pulmon y habia contenido el aliento para no interrumpir, cabe la respiracion, el discurso del ministro.

—Señores,—dijo el general Blanco,—voy á dar lectura á los dos partes que ha recibido el gobierno, y que juzgó oportuno dar á conocer al pueblo y á la Cámara en una sola sesion.

La ansiedad llegaba á la agonía.

Los ojos de toda aquella muchedumbre parecian salir de sus órbitas.

Los individuos que se agolparon á los asientos últimos de las gradas, se levantaron para oir mejor, formando con el hueco de la mano un doble tornavoz á su oido.

El ministro dió principio á su lectura:

«Puebla, Mayo 5 de 1862. Recibido en México á las cuatro y quince minutos de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—Sobre el campo á las dos y media.—Dos horas y media nos hemos batido.—El enemigo ha arrojado multitud de granadas.—Las columnas sobre el cerro de Loreto y Guadalupe, han sido rechazadas; seguramente atacó con cuatro mil hombres.—Todo su impulso fué sobre el cerro.—En este momento se retiran las columnas y nuestras fuerzas avanzan sobre ellas; comienza un fuerte aguacero.—*I. Zaragoza.*»

Un rumor de duda y sobresalto vagó algunos instantes sobre aquel mar encadenado.

El ministro continuó:

«Mayo 5 de 1862.—Puebla, á las cinco y cuarenta y nueve minutos de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—Las armas del supremo gobierno se han cubierto de gloria: el enemigo ha hecho esfuerzos supremos para apoderarse del cerro de Guadalupe, que atacó por el Oriente, á izquierda y derecha durante tres horas; fué rechazado tres veces en completa dispersion, y en este momento está formando su batalla fuerte de cuatro mil y pico de hombres, frente al cerro, fuera de tiro. Calculo la pérdida del enemigo, que llegó hasta los fosos de Guadalupe en su ataque, en seiscientos á setecientos hombres; cuatrocientos habrémos tenido nosotros.—Sírvase usted dar cuenta de todo al ciudadano presidente.—*Zaragoza.*»

Un grito unánime de patriotismo y entusiasmo respondió á las palabras del ministro de guerra.

La alegría degeneraba en llanto, último puerto de los goces y de los sufrimientos.

VII.

Aquel individuo que han visto nuestros lectores ingerirse entre la multitud, ya en la oficina del telégrafo, ora en la Cámara de representantes, lanzó un grito de desesperacion al escuchar el parte del general Zaragoza, cuyo grito se perdió entre el clamoreo que saludaba al vencedor y á sus soldados.

Aquel hombre salió pálido como un cadáver y se dirigió casi demente á la casa de doña Blanca de Montemolin.

—¿Qué pasa, Manzanedo?—gritó la jóven al ver el rostro descompuesto del secretario del conde de Morella.

—Una gran desgracia, señora, los franceses han sido derrotados por el ejército mexicano.

Una nube densa atravesó por el semblante de la jóven, y de sus ojos se desprendió un relámpago siniestro.

—Acabo de leer,—prosiguió trémulo Manzanedo,—el parte de Zaragoza, y desde luego se comprende todo lo espantoso de esa verdad.

—¡Imbéciles!—murmuró la jóven,—se hacen llamar los primeros soldados del mundo, y se dejan derrotar por un grupo de pueblo armado.

—¿Y qué hacemos, señora?

—¿Y me lo preguntas, tú, hombre de Estado?

—Estoy fuera de mi círculo, me encuentro en un campo desconocido, nada veo, nada percibo, en todo creía menos en esta catástrofe.

—¿Y bien?

—Regresemos á Inglaterra.

—¡Jamas!—gritó la jóven interrumpiendo á Manzanedo.

—Estoy á vuestras órdenes, señora—murmuró el secretario.

—Tú no sabes, Manzanedo, que México ha puesto el fuego en la mina: dentro de poco tiempo aquella nacion que ha visto con desden marchar á su ejército á la expedicion de América, levantará el grito al sentimiento de su nacionalidad y de su patriotismo, herido en la derrota de hoy; ¡Napoleon III no consentirá jamas en que sus águilas hayan arrastrado sus alas por el suelo y buscará una revancha sangrienta! ¡Manzanedo, hoy comienza la guerra, no hay retirada posible, ante el honor hay sacrificio, muerte, pero no vergüenza! La Francia de 1862 no se alejará como una turba de comerciantes de regreso al suelo pátrio; ¡luchará y vencerá!

Manzanedo estaba confundido.

—El genio de la Europa,—prosiguió doña Blanca,—llevaria una señal al rostro, le escupirian á la frente sus victorias, y el pueblo frances veria con desden á ese hombre que se ha tornado en ídolo de su nacion, solo porque conserva á grande altura el estandarte de la patria.

—Esperémos, pues,—dijo Manzanedo.

—Sí, esperémos; pero no en la inaccion, marchémos al teatro de la guerra, trabajemos; porque hoy mas que nunca está comprometida la causa de don Juan de Borbon; hay algo de siniestro en nuestra familia, algo de fatídico que nos sigue hace mucho tiempo; parece que vamos sobre las huellas de la desgracia; pero yo contrariaré esa fortuna siempre adversa, lucharé como nadie ha luchado hasta hoy, iré á encontrar los sucesos y no me cruzaré de brazos, como mis progenitores, en espera de un pueblo que venga á mi puerta á llamar ofreciendo un cetro; empeñaré un duelo á muerte con el destino, me sobra espíritu y aliento para la empresa; marchemos al campo republicano, ¡aquel es mi terreno!

Alzóse doña Blanca como una inspirada, en sus ojos habia dos llamas encendidas, y sus dientes relumbraban como los de la víbora. Aquella muger amenazaba trastornarse, se creia capaz de quebrantar la cabeza de la serpiente.

CAPITULO XXII.

Donde se ve que el ejército frances se retiró como todo hijo de vecino.

I.

El dia 6 pasaban revista los generales Zaragoza y Laurencez en sus respectivos campamentos.

Los franceses estaban diezmados, los mexicanos tenian pérdidas considerables.

Repetir el ataque era buscar una derrota infalible.

Querer consumar la obra del dia anterior, era una demencia.

Laurencez, tras de sus fortificaciones pasageras, apoderado de las rocas de Tepotzuchitl y rodeado de sus cañones, guardaba una actitud defensiva, pero formidable.

Zaragoza, tendido en batalla al pié de los cerros y con cuantos elementós pudo reunir, esperaba tranquilo sin poder tomar la ofensiva .

La situacion era terrible, el que primero se moviese sobre el campo, pronunciaba su sentencia de muerte.

Aquella escena no podia prolongarse por mucho tiempo.

Zaragoza, con sus valientes guerrillas, no cesaba de llamar á la lid á los franceses, que ahuyentaban con su artillería rayada á los tiradores.

Llegó la noche, y todo continuaba en su mismo ser.

II.

—¡Por el copete de Laurencez!—gritaba Pablo Martinez,—estos gabachos están colonizando esas lomas.

—Paciencia, amigo mio,—decia Felipe Cuevas,—estamos en una situacion muy crítica.

—Hola, señor Cuevas,—respondió el guerrillero,—ya se cuenta vuestro lance en todo el ejército.

—¿Qué lance?—preguntaron los oficiales.

—Caballero, ruego á usted que no diga una palabra, esa calumnia la ha levantado el camastron de Santiago Gonzalez: figúrense ustedes que se está creyendo un Zaragoza, solo porque le ha tocado la fortuna de batirse como un desesperado en el fortin de Guadalupe: ¡qué hermosa jornada!... ¡oh! yo voy á escribir unos versos, la cosa es para contada; deseo la lira de Homero ó la de Quintana en su oda al combate de Trafalgar:

¡Nelson tambien allí!... terrible sombra
No temas, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte tu postrer suspiro:
¡Ingles te aborrecí, héroe te admiro!

—Bien, bien, señor mio,—interrumpió un oficial,—no meta usted á boruca el cuento, necesitamos saber la anécdota á que alude el capitan Martinez.

—¿Cómo capitan?

—Comiendo,—respondió Martinez;—el general Zaragoza cumple lo que ofrece; me ha condecorado sobre el campo; cierto es que yo he cumplido con mi obligacion y nada mas; pero mi general es muy hombre, y se le ha antojado que yo sea capitan y ya tengo dos tiras plateadas sobre los hombros; y las sabré llevar, ¡como sé que ha de cargar conmigo una legion de diablos!

—No lo decia para tanto, señores.

—Insisto,—dijo el oficial,—en que se cuente la anécdota del doctor Cuevas.

—Repito,—decia este,—que es un lio de mentiras que solo han existido en la cabeza de Gonzalez.

—No importa, la querémos saber.

—Pues silencio,—gritó Martinez;—yo voy á desembuchar todo lo que sé y no sé.

—Atencion,—dijeron los oficiales.

—Pues han de saber,—dijo Martinez,—que despues del primer asalto, el general Zaragoza envió al señor á recojer los heridos franceses.

—Y los recojí, caballero.

—No interrumpa usted.

—Prosigo: el señor llevaba un asistente, hombre fiel que lo sigue á todas partes.

—Es cierto, desde los Estados-Unidos.

—Que calle usted, hombre, no hay medio de saber la historia.

—La fábula, si usted gusta.

—Basta de gustos,—gritó Martinez,—y el que vuelva á interrumpir lo callo de una bofetada.

—¡Bravo!—gritaron los oficiales.

—Decia,—continuó Martinez,—que el señor y su asistente se empleaban en la faena de recojer heridos: el señor habia dado órdenes á su criado de no separarse de él un solo instante.

—Ciertísimo.

—Pues están ustedes, que al susodicho asistente se le antojó ponerse la montera colorada de un zuavo que yacia tendido de un balazo, y recojer su fusil; el señor Cuevas, sin atender á que el resto del vestido no correspondia á la gorra, se creyó que un frances lo amagaba, y echó á huir como un desesperado. El asistente lo seguia, y el señor continuaba en su veloz carrera, volviendo por intervalos la cabeza, viendo al zuavo siempre tras él. El criado se pensaba que habia un gran peligro, y no cesaba de correr á todo escape tras de su gefe. Así hubieran llegado á México, cuando el señor Cuevas tropezó en el suelo tan soberbio golpe, que no pudo levantarse; entonces pudo alcanzarlo el asistente.

«Estoy dado, no me mate usted, señor *munsiur*, ¡yo apelo á la generosidad *française*!» y otras exclamaciones.

Aturdido el asistente se acercó á su amo, y cuando el señor creía que lo iba á guillotinar, la voz conocida de su criado le dijo: «¿Por qué ha corrido tanto su merced?»

Entonces el señor se levantó y dijo: los franceses no hablan castellano, y le arrimó una paliza al asistente.

—¡Bravo! ¡bravo!—esclamaban los oficiales.

El doctor Cuevas echó á la broma el cuento, y se puso á reir con sus compañeros.

III.

Santiago Gonzalez se acercó al grupo en cuestion y con su tacto acostumbrado preguntó:

—¿De qué se trata, señores? ¿Se disputa alguna de las condecoraciones quitadas á los zuavos, ó se trata de repartirse algo del botin de la tropa de marina?

—Todo menos eso,—respondió Cuevas,—se pasa el rato y nada mas.

—¡Hola! ¡el señor doctor Cuevas por aquí! ¿supongo que ya estarás repuesto del susto?

—Sí, hombre, ya se me olvidó el chascarrillo.

—Pues yo tengo otro que contarles.

—Que sea al momento,—gritó Pablo Martinez.

—Han de saber que un maldito andaluz llamado Manolo Balboa, se me habia escabullido, y caten ustedes que ahora aparece entre los prisioneros.

—¡Loado sea Dios!—dijo Cuevas,—ya nos pagará el bribon su mala pasada.

—Antes del cuento,—interrumpió Martinez,—diga usted como sigue el comandante Mondoñedo.

—La herida no le ha interesado el pulmon, como se creía al principio; no obstante, está malo, y bien malo.

—¿La herida es de bayoneta?

—No, de espada.

—¿Luego se ha batido con algun oficial?

—Probablemente.

—¿Y en qué hospital lo han colocado?

—Está en una casa particular perfectamente asistido.

—Nos alegramos,—dijo Martinez;—ahora, hablemos del andaluz.

—Pues señores,—continuó Gonzalez,—luego que pasé revista á los contusos, observé que uno de ellos me hacia seña de que me acercase, creí que se trataba de suplicarme que no lo curara, cosa que me acontece muy á menudo .

—Ya lo creo,—esclamó Cuevas,—como que tienes una mano pesadísima.

—En cambio tú tienes los pies lijeros como los del venado, dígalo tu asistente.

—Nada de indirectas,—esclamó Martinez.

—Acércome al contuso, y veo á mi andaluz con un chichon en el ojo izquierdo.

—¡Hola!—grité desde luego,—¿conque has venido á pelear contra nostros?

—¡Quiá! si me han traido por fuerza, yo bien le decia al gefe desde los primeros cañonazos que despanzurraron á una mula de la artillería: si esto hacen con los animales, qué esperamos nosotros los cristianos? Pero nada, me hicieron trepar por el

cerro, advirtiéndome que si retrocedia, me pinchaban como á una mosca; entonces me acurruqué tras una peña diciendo para mis adentros: si se descuidan estos condenados, me las guillo; cuando en esto, que corren y me dejan encampanado; yo no podia moverme para ningun lado, entonces un maldito indio me lanza una piedra, y cataplum! me ha dejado tuerto; los otros indios me llevan y dándome tal zurribamba de culatazos, que á no ser andaluz, espicho como una codorniz; pero eso sí, yo soy como el demonio, solo con mis costillas le rompí á un oficial la espada; ¡qué chasco se han llevado conmigo!

—¿Y qué has hecho con nuestro antiguo compañero?—preguntó Cuevas.

—Lo he llevado al cuartel y ya le hice la primera curacion, queda sano completamente, pierde el ojo y nada mas.

—Es bien poco,—dijo Martinez,—así queda redondeado el espediente.

—Y me doy por satisfecho,—agregó Gonzalez con todo el aire de un Gabino Barreda.

Continuó la charla sobre los episodios de la batalla, se mostraron las cruces quitadas al enemigo, se agregó algo á la salsa de la victoria, y se juró acabar hasta con el diccionario de la lengua francesa.

—Me largo,—dijo Martinez,—voy á la torre á hacer mi cuarto de centinela, estamos en observacion de esos malditos gabachos; el general me ha dicho que no los pierda de vista; me parece que ya no nos batimos, están desmoralizados como cuando se pierden las elecciones de alcalde.

—Capitan, yo lo acompaño á usted,—dijo Cuevas.

—Acepto, mientras mas ojos, se verá con mas precision.

—Nos veremos, camaradas.

—Cuidado con otro susto,—dijo Gonzalez,—esta noche sueña la gorra colorada del zuavo.

Cuevas no quiso responder, y echó paso adelante con Pablo Martinez en direccion á la torre de la Catedral.

IV.

El lector querrá saber el desgraciado episodio de Mondoñedo.

El estudiante se habia separado de la ambulancia para ingresar al Estado Mayor de Zaragoza.

En los momentos de la batalla del 5, y cuando la segunda columna de ataque ascendia al cerro de Guadalupe, el general lo envió á dar una órden á Negrete, que esperaba al enemigo con sus valientes indios de Zacapoaxtla.

Mondoñedo subió violentamente el cerro y se encontró con que ya no podia retroceder, porque el enemigo atacaba los fortines y la línea de batalla.

Mexclóse al grupo de ayudantes de Berriozábal y entró como bueno en la pelea.

A los pocos momentos su caballo caía hecho pedazos por el casco de una granada que reventó á sus pies.

Ya hemos visto el arrojo con que los mexicanos rechazaron la columna de ataque hasta su campo; aquel momento era de indecible entusiasmo para Mondoñedo, que sentia aliviadas sus heridas del corazon bajo el peso é influencia de aquellas emociones salvajes.

Entre el humo de la pólvora y el grito de los combatientes, y el toque de los clarines, y la arena del combate, olvidaba ese fuego lento de sus pesares que daba muerte á sus esperanzas y á su existencia.

La muerte le preparaba un horizonte mas feliz, nadie adivinaria tras de su faz rebosante de entusiasmo y donde cruzaba un relámpago de corage, que aquel hombre mezclaba la hiel de sus sufrimientos al sentimiento sagrado del patriotismo.

Si moria, todos creerian encontrar el cadáver de un héroe en los despojos del desgraciado.

¡Pobre estudiante! mas le valdria haber continuado en aquella existencia tranquila de la juventud, en que las olas apacibles de un mar sereno atraviesan las regiones del corazon.

Aquellos primeros horizontes teñidos de azul y oro habian desaparecido al primer rayo de la pasion que lo devoraba.

Una muger era la sombra interpuesta entre el astro de su dicha y el cielo abierto de su alma.

El jóven creía que el amor ya no habitaba en el sagrario de su pecho, que el ídolo estaba derribado y el altar hecho pedazos; ¡mentira!

La imágen estaba velada, pero mientras, se efectuaba aquella trasformacion de la realidad á los recuerdos.

El amor sufriria á su vez el fenómeno de la metamórfosis, ya no era aquel sentimiento de pureza y misticismo, aquel aroma de los ángeles pasaba al cáliz en cuyo fondo se encontraria la ponzoña del ódio y del resentimiento.

Ese estravío fatal del corazon que busca una venganza extraña, hace de un serafin un condenado; se quiere la desaparicion de un ser á quien se ama y se aborrece; se mata porque se ama, no porque se detesta.

El ódio es una de las faces del amor.

En ésa demencia terrible se cae en el suicidio.

Toda la saña se vuelve contra nosotros, y la lucha es desesperada.

Manuel Mondoñedo estaba en esos instantes de estrabismo mental, y buscaba en la batalla, en aquel cuadro de proporciones tan gigantes, lo que él tenia miedo de llamar en el silencio de su habitacion.

Vivir, pero llevando en su pecho el corazon hecho un cadáver, era el bello ideal de su desesperacion.

V.

Para describir la escena que vamos á presentar á nuestros lectores, necesitamos llevarlos por un solo instante al campo de Laurencez

Don Fernando Moncada, que habia sido soldado, comprendió desde luego que el plan de batalla del gefe frances era descabellado.

Tener á la mayor parte de la fuerza enemiga en los cerros donde era difícil derrotarlos, y un lado vulnerable en la plaza, y elegir el asalto á los cerros, era equivocarse por completo.

Ya en 1856 el general Comonfort habia emprendido un ataque falso al cerro de San Juan y tomado la línea del Cármen y San Javier de aquella misma ciudad.

Haro sabia esto perfectamente, porque él habia sido la víctima en aquella época.

Una vez rechazada la primera columna, no habia esperanza alguna.

El soldado frances, impetuoso para el asalto, hombre de imaginacion volcánica, tan pronto llega al heroismo como decae hasta la pérdida de la moral.

El primer ímpetu es el todo de los franceses.

La pistola es una arma terrible; pero una vez disparada, es inútil del todo.

Ya hemos visto el esfuerzo poderoso hecho por esos soldados al aspecto de su bandera en retirada.

En el tercer empuje y cuando se buscaba una muerte heróica mas bien que la victoria, don Fernando, lanzado en el aliento candente de la desesperacion, se puso al frente de la columna y subió con arrogancia hasta tocar los fortines de Guadalupe.

Sus gritos se oian en medio del combate.

Parecia aquel hombre el demonio de la batalla, con sus melenas echadas al aire, su brazo rígido vibrando la espada como un rayo, la boca espumante y el rostro descompuesto.

Aquel hombre causaba espanto en aquellos momentos de predestinacion.

La columna bajaba en derrota de la cumbre de Guadalupe.

Don Fernando se habia quedado sobre el campo disparando los últimos tiros de su pistola sobre los soldados que tenazmente le perseguian.

En aquellos momentos el estudiante Mondoñedo avanzaba á pié sobre las rocas; repentinamente su mirada se encontró en un relámpago con la de don Fernando.

Llevados por una corriente eléctrica se buscaron.

Aquellos corazones se estremecieron de rencor, palpitaron de ódio y de venganza.

—Al fin nos encontramos,—gritó el estudiante encarándose á su enemigo.

Moncada respondió con una carcajada de Satanás.

Las espadas se cruzaron y comenzó una lucha desesperada y mortal.

La lucha tuvo la duracion de unos segundos, el acero de don Fernando encontró al fin el pecho de Mondoñedo.

El estudiante cayó dando un alarido de desesperacion.

—¡Miserable!—gritó don Fernando, y bajó por las rocas como el ángel caido, maldiciendo de su existencia.

VI.

El estudiante se quedó revolcándose en su sangre entre los matorrales de las rocas.

Pablo Martinez, que habia seguido con la caballería á los fugitivos, regresó despues de dos horas, cuando la noche comenzaba á caer.

Al pasar cerca de Mondoñedo, oyó los quejidos apagados del herido.

—¡Demonio! aquí hay un mexicano, si pasa la noche sin curacion, carga con él todo el infierno; muchachos, aquí está mi *jorongo*, nos servirá de camilla y llevaremos á ese desgraciado.

Bajóse del caballo el bravo guerrillero y se acercó al estudiante, lo reconoció en el acto y lanzó una imprecacion que hizo acudir á los soldados.

—¿Qué pasa, mi capitan?

—Que han matado al comandante, no saben esos *gabachos* la prenda que se han llevado; me parece que respira todavia, aunque ha perdido mucha sangre.

Levantaron á Mondoñedo, lo pusieron en la camilla improvisada y lo condujeron á la ciudad.

Al pasar por una de las casas de la calle de Mercàderes, un individuo que estaba al balcon le gritó á Pablo Martinez:

—¿A quién llevas ahí, Martinez?

—Señor Mons, estoy desesperado, ya no dilata en morir nuestro amigo Mondoñedo.

—Entra, entra, aquí le asistiremos.

—Me parece bien,—gritó Pablo, é hizo conducir al estudiante á la casa del antiguo amigo de Mondoñedo.

Martinez llamó á Santiago Gonzalez, que ocurrió inmediatamente llevando consigo á un doctor, desconfiando de sus conocimientos.

Reconocieron al herido: la estocada era terrible; no obstante, el doctor dijo que no perdia la esperanza de salvar al estudiante.

El señor Mons habia fijado su residencia en Puebla, luego que las fuerzas francesas avanzaron sobre la ciudad, porque su finca de campo se encontraba en el trayecto y sería ocupada por el invasor.

El rico propietario estableció un hospital y gastaba profusamente su caudal en socorrer á las familias emigrantes que venian huyendo de los franceses.

El 5 de Mayo estuvo el señor Mons en los Remedios con el Estado Mayor de Zaragoza, presenciando la batalla.

El general lo contaba entre sus amigos y hacia grande estimacion de sus cualidades.

Despues de la jornada, el señor Mons se instaló en su lazareto,

Cinco de Mayo.

Un episodio de

prodigando todo género de cuidados á los infelices heridos, que estrechaban aquella mano protectora bañándola con lágrimas de reconocimiento.

VII.

El 8 de Mayo el ejército republicano seguia formado en batalla frente al campamento frances, que á las tres de la tarde dirigió dos columnas de infantería hácia el camino de Amozoc, indicando un movimiento de retirada.

El general Zaragoza creyó que el enemigo se disponia á dar otro asalto y que su movimiento era acaso estratégico, tratando de desviar su atencion.

Dió sus disposiciones previendo una próxima batalla y avanzó sus guerrillas al campo de los franceses, que las recibieron á metralla.

Todo estaba dispuesto para el combate.

A las cuatro y tres minutos de la tarde los trenes del enemigo se pusieron en via de retirada sobre el camino de Amozoc. Las columnas de infantería que estaban á derecha é izquierda descansando á lo largo de la carretera, se fraccionaron entrando en línea é interpolándose con los carros

Las baterías permanecian en la llanura que media entre la garita y el cerro de Amalucan, apoyándose principalmente tras de las ruinas del Rancho Caido, adelante de la Garita Nueva.

Sobre la cordillera inferior del Tepotzuchitl, al lado meridional del camino, habia numerosas fuerzas de infantería con sus competentes piezas de montaña, y un trozo de caballería.

En la hacienda de los Alamos habia otra fuerza considerable de infantes.

Los carros entraron en la línea y la fuerza del Tepotzuchitl descendió compacto encarrilándose en el camino de Amozoc.

A las cinco de la tarde, dos fuertes columnas de infantería se desprendieron de la hacienda de los Alamos formando sobre la carretera.

Una descubierta de caballería forma la cabeza de la columna.

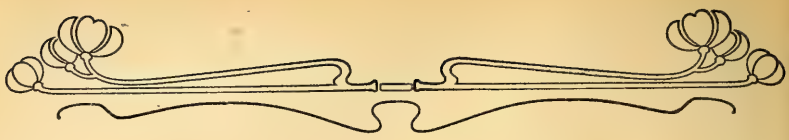
En el centro se coloca la artillería, seguida de un grupo de cien caballos de cazadores de Africa, cerrando la marcha el brillante cuerpo del 99 de línea.

Aquel ejército desapareció á pocos momentos entre las sinuosidades del terreno, sobre aquel camino que dos dias antes cruzaba á tambor batiente y bandera desplegada.

Aquellos estandartes habian caido en pedazos en 1815 al golpe de los sables prusianos; pero no habian retrocedido ante la catastrofe de la derrota ni de la muerte.

La bandera francesa se ha retirado dos veces en este siglo: al tornar las legiones de Napoleon el Grande entre las densas brumas del desierto de la Rusia, y en México despues de la jornada del 5 de Mayo de 1862.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



LIBRO TERCERO

POR DERECHO DE CONQUISTA

CAPITULO I.

"Voilá votre œuvre, madame:,, lo que quiere decir en buen castellano: Ha quedado usted de todos los diablos.

I.

Si la noticia de los tratados de la Soledad habia agitado á la Europa, que veía en ellos la muerte de la Convencion de Lóndres; la nueva del rompimiento de relaciones entre los aliados era un verdadero escándalo en el mundo de la diplomacia.

Pintábase con los colores mas sombríos la última conferencia y la actitud de los plenipotenciarios al borrar el pensamiento del pacto intervencionista.

En lo que se convenia generalmente, era en que M. de Saligny no tenia vergüenza; esto lo confesaban tirios y troyanos.

Con las tropas inglesas llegó á la Europa la noticia de que Laurencez caminaba á gran prisa sobre la capital de la república despues de la *toma* de Orizava.

Españoles é ingleses denunciaron el atentado incalificable que envolvia la traicion de Saligny.

Los franceses honrados é incapaces de una accion tan depravada, condenaron tambien la conducta de ese miserable que acaso sin necesidad imprimia una mancha á su bandera.

Napoleon III aprobó todo lo hecho por sus enviados, esto era de esperarse.

Discutióse en el Parlamento ingles y en las Córtes españolas la conducta de los plenipotenciarios; estos espusieron que la Francia habia querido dar tormento á la Convencion, volviendo aquella idea *civilizadora*, una conquista en toda regla, comprometiéndose altamente con esa formidable potencia que se llama la Union Americana.

La Inglaterra cedió al oir ese nombre que la trae tan preocupa-

da desde fines del siglo XVIII, y con la cual no romperá lanzas sean cuales fueren las complicaciones diplomáticas.

La España, por su parte, apoyó al conde de Reus, y ambas naciones dejaron á la Francia la responsabilidad de la conquista de México.

Napoleon declaró que su bandera no necesitaba de alianzas para una empresa tan sencilla, y que no retrocederia un solo paso.

Este Mr. Johnson que tiene ocurrencias muy particulares, contestó con la mayor educacion y refinamiento, que para no retroceder, lo mas sencillo era dar media vuelta y seguir siempre de frente á bandera desplegada.

Parece que la Francia no echó el consejo en *saco roto.*

Thiers, Julio Favre y Picard, capitaneaban la oposicion en la Cámara francesa, haciendo una guerra sin cuartel á la empresa napoleónica en el continente americano.

Los diputados del Sena no trabajaban tanto por la causa mexicana, cuanto por la suya, que era librar á la patria de una vergüenza ante la Europa y el mundo entero.

Mil veces se dijo en la tribuna, que el siglo de las conquistas habia pasado, que México no se dejaria arrebatar su independencia, y que los Estados-Unidos no tolerarian una monarquía vecina; que la potencia americana tenia los elementos para llevar adelante la doctrina Monroe, y que la Francia saldria de México, como José Bonaparte de la Coronada Villa.

El Ministro Billault, bajaba *sin cartera* á los escaños parlamentarios, pronunciaba un gran discurso (por lo largo), en que acusaba á los oposicionistas de falta de patriotismo, hablaba de la gran *empresa* de S. M., del desarrollo gigante, de su amo Napoleon III, y otras majaderías que pasarian á la historia entre la burla de una época, si no arrastraran una memoria sangrienta.

La Cámara votaba con el ministro, las galerías aplaudian á rabiar, y el tesoro de la Francia agonizaba de *anemia.*

II.

El mes de Junio de 1862, SS. MM. imperiales estaban en Fontainebleau.

La corte de Francia era visitada por los magnates mas notables de Europa, y el brillo de la gloria militar alumbraba en todo su esplendor el trono de Napoleon III.

La Europa parecia prosternada ante el sólio de aquel hombre lanzado á la cúspide de la grandeza, en uno de esos sombríos arcanos de la humanidad.

Cuando Luis Napoleon lleva su diestra á la empuñadura de su espada, el mundo se pone en guardia.

No estaba corrido aún ese velo, tras el cual la Prusia ocultaba su poder gigante que hoy hace estremecer á la Europa.

De la nube del silencio no se desprendia aun la voz tonante de Bismark, y el hombre de Ham era el árbitro de los destinos.

Yacia el nuevo Baltasar del siglo entregado á la régia ostenta-

cion de su grandeza, esperando ver llegar al cuartel de Inválidos las banderas mexicanas, despojos de su ejército en la victoria.

A un lado brillaba la hermosura deslumbradora de Eugenia, esa muger sobre cuya faz no han dejado sus huellas las alas del tiempo, y cuya capacidad decide sobre la voluntad del augusto esposo.

En torno de la emperatriz hay un mundo oscuro y sombrío de súbditos invisibles.

Los jesuitas.

Esa raza tiene su elaboratorio en las tinieblas, sus hilos no se perciben á la vista real, están atados al corazon y al pensamiento.

Esos hilos se tornan en cadenas que van á dar hasta el abismo.

Eugenia está influenciada por ese aliento de sepulcro que puede alguna vez helarle la sangre y paralizar los latidos de su corazon, *perinde ac cadaver.*

Los altos dignatarios de algunas monarquías asistian entre el fausto y el esplendor, al régio banquete en que ostentaba su lujo el señor de las Tullerías.

Napoleon III, que apenas se sonrie, estaba alegre y satisfecho, recibiendo el incienso quemado de continuo en sus altares.

Hablábase de la expedicion de México, eterno sueño de su ambicion.

Dejaba caer algunas frases, que recogidas por los favoritos eran de una alta significacion; esto consiste en que ese hombre piensa mucho antes de aventurar una palabra.

Ya hemos visto que una sola frase fué la declaracion de guerra con el Austria.

Napoleon habla cuando ya tiene la espada desenvainada.

III.

—Mucha es la animacion que hay en la Corte,—observaba un diplomático ingles, hablando á un coronel de Estado Mayor del emperador.

—Siempre que la Francia tiene pendiente algun negocio militar, la ansiedad se revela en todo: tenemos á tres mil leguas á nuestro ejército, que ya á estas horas debe haber ocupado la capital del reino de Moctezuma.

El diplomático se conformó con dar á su cabeza las oscilaciones del péndulo.

—¿Lo dudais, caballero?—preguntó el frances con algun ardor.

—No, coronel, estoy *casi* seguro del éxito de la expedicion.

—La Francia será en America lo que en Europa, los soldados de Montebello agregarán á sus laureles las glorias de la intervencion, ya veis que estamos solos, enteramente solos, sin que nos haya asustado el fin trágico de la convencion de Lóndres.

—No es á las armas,—dijo algo picado el diplomático por la alusion á la Inglaterra,—á las que debeis temer, México está impotente; es á las notas americanas, nuestros hijos han salido un tanto altaneros.

—La Francia ha llevado desde el primer imperio sus armas á

regiones lejanas, y la patria de Washington tiene sin cuidado á S. M. el emperador.

—No se trata de eso, caballero; sino de las complicaciones que traeria en Europa la guerra con los Estados-Unidos.

—La Europa entera, caballero, se aliaría con nosotros.

—En cuanto á la Inglaterra, no volverá á signar otra convencion.

—Nadie puede decir de esta agua no he de beber.

—Pronto veremos claro en este negocio.

—Hoy precisamente debe llegar el *paquete*, con noticias muy importantes de México.

Varióse la conversacion de aquellos individuos, cediendo á la hilaridad que reinaba en aquella sociedad tan distinguida.

IV.

—Estoy desolada, amiga mia,—decia una dama de Eugenia á una de sus compañeras,—la antesala de la emperatriz se ha vuelto un establecimiento de modistas.

—S. M. da el ejemplo entregándose á labores.

—Que no le corresponden.

—Es que la ociosidad es horrible.

—Bastante ocupa una su tiempo en ataviarse.

—Efectivamente, arrastrar una *cola* tan larga es carga demasiado pesada.

—¡Y tanto alfiler!

—Vamos, que con solo disponerse para el paseo y el teatro, ya se tiene para rabiar algunas horas.

—Las modas nos quitan el tiempo horriblemente.

—A propósito de teatros, este M. de Girardin es original.

—Dios mio, anoche nos ha hecho agonizar con *El suplicio de una muger.*

—No estuve anoche, por fortuna.

—Has de saber que Dumas hijo corrigió la pieza, y ambos autores se disputan el mérito de la obra.

—¿Quién comisionó á Dumas para mezclarse en ese negocio?

—La razon es sencilla, cuando se estrenó la comedia, el público se alarmó terriblemente; figúrate que una muger entrega las cartas de su amante al marido.

—¡Qué horror!

—Es cierto que en Francia hay maridos que entregan al amante las cartas de su muger; pero no es el mismo caso.

—De los palcos comenzaron á escribir esquelas á M. de Girardin, diciéndole que su obra escandalizaba; pero él no se daba por entendido y la representacion seguia, y con ella el escándalo de la sociedad.

—¿Y no hubo quien silbara?

—No, amiga mia, la composicion era tan buena, que hubiera sido una barbaridad silbarla.

—¿Y qué pasó alfin?

—Que cayó el telon, y el público guardó un silencio sepulcral;

siempre que se pone el dedo en la llaga hay algun grito, allí el grito fué el silencio.

—Supongo que la comedia concluiria en desafío.

—Nada de eso, fué una idea nueva, enteramente inesperada.

—No comprendo.

—El marido condenó al amante á la *ingratitud.*

—Ahora mucho menos.

—Ya hablarémos sobre eso, volvamos á Dumas, que sin permiso del autor corrigió la obra y la puso en escena, entonces el público la aplaudió desesperadamente.

—Yo opino porque la gloria es de Dumas.

—La idea es de Girardin, quien acusa á su forzado colega de haber matado su idea.

—Es gracioso el lance.

—Ya se están escribiendo folletos sobre el asunto.

—Pues que se tome un acto cada uno.

—Si son tres.

—Pues acto y medio. El juicio de Salomon, amiga mia.

—Yo conozco á los literatos, y primero dejarian dividir á un hijo, que partirse la diferencia de un aplauso.

—Este Dumas se escandaliza de *El suplicio de una muger*, y no recuerda su *Dama de las camelias.*

—Yo la he leido seis veces, y no le encuentro nada que sea notable.

—Verdi ha sacado de ella un gran partido; pero allí la armonía ha matado detalles que la novela trae marcadísimos y son el todo de la obra.

—Los escritores son como las mugeres, siempre llenos de rivalidades.

—Sí, amiga mia, les gusta que alguno de su comunion se ponga en ridículo.

—Precisamente como nosotras: sin ir muy lejos, anoche en el teatro llevaba esa condesita que tanto nos molesta con sus pretensiones, un peinado de heno, que parecia barraca de los indios de América; luego que se presentó en el palco, se alzó un rumor en la luneta.

—Misericordia divina, ¡qué abominacion!

—Te aseguro que podia contener el tocado un nido de águilas...

—Algunos creerian que la condesita venia del campo.

—Era un adorno rústico cosechado en los campos de la Siberia; yo no podia contener la risa, la saludé tan cordialmente, que la condesita se alarmó.

—Es mal síntoma quedar satisfecha del adorno de una rival.

—Soy de tu misma opinion.

V.

Un portapliegos entró en el salon, y acercándose respetuosamente al emperador, puso en su mano un parte telegráfico trasmitido de un buque correo que llegaba en aquellos momentos del golfo mexicano.

Abrió Napoleon III el pliego.

Descompúsose su semblante, sus ojos se fijaron tenazmente en el mensage, sus lábios se contrajeron, su brazo temblaba y la emocion mas siniestra se revelaba en el semblante del emperador.

La concurrencia estaba atenta á cuanto pasaba.

Los síntomas del coraje reprimido, se dejaron ven en el rostro imperial.

Tornó á leer el telégrama, y despues, volviéndose á Eugenia, la dijo con ronco acento:

—*Señora, ¡hé aquí vuestra obra!*

Y dejó caer el papel en la mesa frente á la emperatriz.

La esposa de Napoleon pasó rapidamente la vista por aquellos renglones, lanzó un grito de sorpresa, y cubriéndose el rostro con el pañuelo, comenzó á llorar en silencio.

Levantóse el emperador, y saludando á la concurrencia se internó solo en los salones de Fontainebleau.

A los pocos momentos circuló por todo Paris, en voz baja y en son de duelo, el aciago rumor de que el ejército frances habia sufrido un descalabro en los campos de América el 5 de Mayo de 1862.

VI.

Luis Napoleon es un gran político; la herida que llevaba en su orgullo era necesario hacerla sentir á toda la Francia.

Las oficinas telegráficas se pusieron en movimiento y la nacion entera recibió simultáneamente el aviso de la derrota.

La oposicion y los hombres de criterio, hacian responsable á la política imperial del desastre de Mayo.

El pueblo y la prensa echaron la culpa á la España é Inglaterra, acusándolas de desercion al frente del enemigo.

La España y la Inglaterra, que ya habian vaticinado este suceso, acusaron á su vez á la Francia de imprevision.

La nacion francesa se sintió humillada en su orgullo militar; ya no era México aquel pigmeo á quien se le llevaba en cuerpo de patrulla á las mazmorras de la esclavitud: era un gigante á quien era preciso combatir en toda regla.

Las que poco antes se llamaban chusmas indisciplinadas, se estimaron como un ejército; y á aquel modesto ciudadano vencedor el 5 de Mayo, se le condecoraba por la misma Francia con el título de general en gefe del ejército mexicano.

México, como nacion independiente, estaba colocada á esa altura á que la llaman aún sus destinos en el porvenir.

Los clarines de la guerra tocados en Fontainebleau, llamaban al combate á todo un pueblo, su bandera estaba comprometida.

El general Forey fué nombrado comandante en gefe, y cincuenta mil hombres de desembarque se entraron en los vapores de la Francia en pos de la venganza.

¡El buitre de las Tullerías batia sus alas en la noche de su destino, buscando en su sed de sangre el corazon de la víctima para estinguirla en la saturnal impía de sus rencores, el incendio y el asesinato!

CAPITULO II.

Del modo heróico con que desapareció la bandera de Zapadores, en la batalla de Barranca Seca.

I.

Al amanecer del 18 de Mayo de 1862, salia de Orizava á la vanguardia de la columna francesa, un pequeño destacamento de voluntarios á las órdenes de un caballero que se presentaba como auxiliar del ejército frances.

La bruma densa de la mañana ocultaba á los viageros que seguian rumbo á las Cumbres de Acultzingo.

—Señor don Fernando,—decia Wask,—temo mucho que las fuerzas reaccionarias no concurran á la cita y llevemos otra como la de Puebla.

—No temais nada, Zaragoza no puede calcular nuestro movimiento retrógrado, y cree batir solamente á la chusma mexicana.

—Desconfio ya de todo, la desesperacion ha invadido mi alma como una tormenta, y á pesar del despecho, estoy trémulo ante la adversidad.

—Sois un fanático, Wask.

—Lo confieso; pero lo grande de nuestra empresa disculpa el estado terrible de mi espíritu.

—Yo juego acaso mas que vos, y no he perdido la serenidad.

—Es que nuestras almas no son del mismo temple.

—Creia que la vuestra era mas terrible; pero os veo anonadado, incapaz de llevar adelante ningun plan, ni...

—Callad, don Fernando, á vos que sois mi cómplice os descubro mi corazon; pero esto no lo sabe ni mi destino; tengo aún sobre el pecho una armadura de hierro donde se embotarán los golpes de la suerte.

—Teneis un defecto, Wask.

—Indicadlo.

—No sabeis esperar.

—Es verdad, tengo á la fortuna por una ala y puede escapárseme en un movimiento; entonces me levantaria el cráneo de un pistoletazo.

—No está mal pensado,—dijo don Fernando con una calma imperturbable.

Wask lo vió con asombro, sus palabras penetraban en lo mas hondo de su pecho, aquel acento tenia el timbre de Satanás.

—¿Sabeis, caballero,—dijo el aventurero,—que os voy cobrando terror? No sé qué hay en vuestra mirada que me espanta y en vuestro acento que me acobarda.

—Teneis aprensiones verdaderamente raras, amigo mio.

—Es que me impacienta y enoja esa influencia tan marcada que ejerceis en todo mi ser.

—Ignoro de qué provenga, Wask.

—Yo os confieso que desde aquella noche terrible del incendio en que os ví á la luz de las llamas como al demonio de la desesperacion, vuestro semblante se ha fijado en mi mente de una manera siniestra. Yo recuerdo haber visto vuestra melena sacudida por el aire de la noche, flotar como la cabellera de Lucifer, vuestra mirada era torva, tenia el brillo de la hoja de un puñal, y vuestra mano crispada escarmenaba los cadejos de vuestra barba... Sí, don Fernando, aquella carcajada espantosa á la vista del fuego y de la muerte, no he cesado de oirla un solo instante.

—Wask, estais demente, habeis hecho de mí un Mefistófeles, vuestra imaginacion exaltada os hace ver un fantasma donde solo existe un hombre.

—Es que yo sé que nosotros tenemos de matarnos alguna vez.

Don Fernando dirigió á su interlocutor una mirada oblícua.

—Ya lo oís, caballero, os tengo á veces respeto, simpatía; porque vuestro valor y talento me la inspiran; pero va mezclado con una dósis de ódio incomprensible que yo rechazo, pero que surge sin querer de los abismos siempre oscuros de mi alma.

Don Fernando puso, bajo su capa, la mano en la culata de su pistola.

—Vamos, Wask, abandonad vuestros pensamientos y tenedme como el mejor de vuestros amigos.

Wask permaneció en silencio; las brisas de la mañana refrescaban su frente calenturienta, y se disipaban las sombras de aquel cerebro donde estallaba la tormenta siempre creciente de la ambicion

—Creo que os he dicho algo inconveniente,—dijo el aventurero, despues de media hora larga de distraccion.

—No recuerdo nada,—respondió Fernando.

—Puede ser,—prosiguió Wask,—pero estos accesos de histérico me ponen tan nervioso que desatino; os suplico que no hagais aprecio, cuando me enfermo es seguro que vuelvo sobre las personas que me son mas queridas; porque yo os estimo en alto grado.

—Gracias, Wask.

—Decidme que no me guardais rencor alguno, para tranquilizarme.

Don Fernando tendió su mano y Wask la estrechó con fuerza sobre su pecho.

II.

La columna francesa, compuesta de cuatro mil hombres, al mando de Laurencez, se emboscó entre las lomas que rodean un punto llamado *Barranca Seca*, que está situado al descender de las cumbres de Acultzingo y como parte de ellas casi al terminar la sucesion de rocas que forman los primeros escalones de las montañas.

Aquel lugar es un anfiteatro cerrado capaz de contener un gran número de gladiadores.

Barranca Seca debia ser ese dia memorable, teatro de una lucha heróica y desesperada.

Los franceses tenian cita en aquel punto con las fuerzas de la reaccion, que dispersadas en Atlixco, no habian podido tomar participio en la jornada del 5.

El dia avanzaba y el silencio de las Cumbres no era interrumpido por eco alguno de alarma.

Los soldados de Laurencez no daban indicios de vida, permanecian en un silencio grave, sabian que á la menor imprudencia serian descubiertos y acaso batidos por el enemigo.

El dia avanzaba y Laurencez envió algunos esploradores, que regresaron diciendo que se oían tiros lejanos y se percibia el sonido de los clarines.

Púsose en acecho el ejército frances, dentro de breves instantes iba á empeñarse una batalla.

Zaragoza emprendió su reconocimiento sobre el ejército en retirada, y sus caballerías estaban siempre á la vista del enemigo, que llegó á Orizava, de donde se desprendió para auxiliar á la turba reaccionaria.

A las diez de la mañana llegaron á todo escape por el camino de Tehuacan las chusmas intervencionistas á quienes daban alcance las fuerzas republicanas, procurando encerrarlas en la bolsa que forman las lomas de *Barranca Seca.*

Riva Palacio iba á la vanguardia y era el primero que debia resistir el empuje de las fuerzas enemigas.

Encontráronse con la caballería del general Antonio Alvarez.

Santiago Tápia con dos cuerpos de infantería y un regimiento de caballería, formando un total de 1.200 hombres, llegó al punto mencionado cuando los reaccionarios buscaban el apoyo de los franceses.

Los generales Tápia y Alvarez cargaron sobre los flancos del enemigo arrollándolo por completo y arrojándolo á la hondonada para hacerlo prisionero.

El ejército mexicano se encontró en el anfiteatro cuando los franceses cerraron violentamente la salida, y cayeron de improviso llenos de rábia vengadora.

Entonces comenzó una zamba á la bayoneta que horrorizaba.

Los cuerpos de San Luis y Zapadores de Morelia hacian prodigios de valor, mientras las caballerías se diezmaban al sable.

Tápia habia tenido que aceptar la batalla, y peleaba como un leon acorralado y con tal encarnizamiento, que al caer la noche la victoria estaba al decidirse en su favor.

El ejército de Zaragoza hizo un esfuerzo para descender á una pequeña llanura.

Entonces, dice un testigo presencial, de los arbustos del *mal pais*, de todas las arrugas de las lomas, del fondo de las laderas y rocas vecinas, salieron los soldados que desde la mañana permanecian ocultos, y un fuego nutrido de fusilería comenzó á causar estragos horrorosos.

Tápia no podia retirarse porque á su retaguardia se alzaba una colina inaccesible; ademas, el combate se empeñaba en todas direcciones y retroceder era confesarse vencido.

III.

Cayó la noche, y una sombra densa como la de la tempestad envolvió el campo de batalla.

Entonces se renovó el combate en las tinieblas.

Las caballerías de la reaccion se mezclaron con las nuestras, y los cazadores de Africa confundiéndolas con las defensoras de la República, las comenzaron á acuchillar, y la matanza se hizo terrible

Aquella escena se alumbraba por los relámpagos de los cohetes á la congrève.

El fuego parecia languidecer, y era que estando confundidos los combatientes, se libraba la victoria en terribles combates personales.

Los Zapadores se habian agrupado en torno de su bandera cuando vieron caer prisionero al valiente coronel Tuñon Cañedo, á quien un grupo de reaccionarios procuraba arrancar de las manos la espada que aquel gefe llevaba en la defensa del cerro de Guadalupe.

Los Zapadores no dejarian arrebatarse el estandarte glorioso que los habia acompañado en la arena del combate y en la revolucion progresista, siempre victorioso.

Aquel estandarte llevaba la condecoracion del 5 de Mayo, era una prenda de venganza en manos de los franceses.

Los soldados caian al golpe de los aceros y ya estaba próximo el momento de perder con la vida aquella enseña de las glorias nacionales.

El abanderado yacia tendido á los pies de la bandera, y franceses y reaccionarios estaban ansiosos de consumar el sacrilegio poniendo sus manos impías en aquel lienzo sagrado.

Marcelino Chavez, zapador de Morelia, tuvo una inspiracion del cielo, arrebató la bandera y se dirigió con valor á una cajuela de parque donde arrimó el estandarte sagrado.

Quitóse el kepí, victoreó á la independencia é hizo fuego sobre la cajuela.

Incendióse el parque, subió una llamarada gigante que alumbró por un instante el campo de la lucha, y la mas negra oscuridad se sucedió á ese relámpago de la muerte.

Aquella luz alumbró la heroicidad sublime y la abnegacion de un buen hijo de México.

Marcelino Chavez, Trinidad Rosas y Trinidad Juarez, últimos de los Zapadores, no sobrevivieron á su bandera, presa del fuego: quedaron muertos junto á las cenizas del lábaro de la Independencia.

¡Sus tumbas las cubre la sombra de la patria!...

Los combatientes trataban solamente de reconocerse para organizar la batalla, y por instinto, los franceses se cargaban hácia el camino de Orizava, y los mexicanos al de las Cumbres.

Este movimiento casual y simultáneo dió término á la lucha.

Los dos ejércitos retrocedieron á sus campamentos.

Ambos combatientes tuvieron muertos, heridos y prisioneros.

La victoria habia quedado indecisa, no habia vencidos ni vencedores.

La accion de Barranca Seca no fué otra cosa que el choque de dos locomotoras sobre los mismos rieles.

Dos máquinas que se encuentran impulsadas por el vapor, se destrozan, y cediendo al impulso que las arroja, retroceden sobre la vía.

La batalla fué gloriosa para México, porque como en todos los encuentros, el ejército de Zaragoza habia peleado con fuerzas superiores en número, aunque no en heroicidad ni entusiasmo.

IV.

Esa misma noche y ya al retirarse de la destrozada columna de los franceses, don Fernando se acercó á Wask y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—¿Qué os ha parecido la jornada?

—¡Terrible!—contestó el aventurero,—estoy impresionado de una manera profunda.

—¿Y qué augurais de todo lo que pasa?

—Que estamos en el cráter de un volcan, que con otra victoria como esta estamos derrotados.

—Os acordais á tiempo de esa frase.

—¿Y qué remedio poner á una situacion tan desesperante?

—Ninguno, Wask, ninguno.

—¿Entonces, qué hacemos, don Fernando?

—Mientras el ejército mexicano tenga á la cabeza al general Zaragoza, no hay esperanza; á ese hombre lo sigue de cerca la fortuna, parece que la lleva encadenada en su acero.

—¿Creéis acaso en el destino?

—El sol de Mayo no se ha puesto aún para Zaragoza; hasta su nombre es de fatalismo para nosotros.

—¡Pero esto es increible!—gritó el aventurero,—jamas la bandera francesa ha retrocedido.

—Retrocede hoy, amigo mio, retrocede, ya lo veis.

—¡Ira de Dios! esto es demasiado.

—Por lo menos, mas de lo que podiamos calcular.

—¡Este imbécil de gefe supremo que ignora hasta los caminos!

—No hableis de ese hombre; causa rubor que se le haya colocado como antagonista al gobierno de Juarez; echad una mirada á su círculo y comprendereis que esa forma de gobierno no puede vivir mas.

—Yo desearia que lo eliminasen, estamos en guerra, y esa especie de administracion es ridícula.

—Sí, es atroz llevar á un gobierno entre los bagajes de un ejército.

—¡Estoy desesperado! hemos perdido hoy á muchos de los gefes.

—Zaragoza ha tenido bajas muy considerables

—Eso poco nos interesa, tiene á retaguardia á un ejército, mientras nosotros solo contamos con algunos buques para regresar en medio de la vergüenza á las playas europeas.

—No hay remedio, Wask, Zaragoza es un gran general.

—Pero un solo hombre.

—Uno solo, amigo mio; su nombre es decisivo, Zaragoza es el ídolo de su ejército, á su voz mueren esos soldados, como los rusos, besando la estampa de San Nicolas.

Wask se quedó unos instantes meditabundo, despues levantó el rostro con una irradiacion del infierno, y dijo á don Fernando:

—Caballero, yo tengo una deuda, y es preciso satisfacerla; ¡adios!

Y azotando á su caballo árabe desapareció entre el silencio de las sombras y las rocas de la montaña.

V.

A la mañana siguiente aparecieron en el campo de Barranca Seca dos secciones de observacion, una francesa y otra mexicana.

Ambos generales mandaban ver si su adversario habia levantado el campo.

Los republicanos recogieron á sus heridos y enterraron á sus muertos.

Poco despues los franceses hicieron una fosa comun y dieron sepultura á sus soldados, no encontrando ya las armas, que instantáneamente recogieron los guerrilleros.

Los soldados de la reaccion quedaron insepultos, los franceses negaban hasta una tumba á sus aliados.

VI.

En una de las laderas del camino estaba un capitan republicano, bañado en sangre y con una herida que le dividia el rostro.

Acercóse el médico de la ambulancia, que era Felipe Cuevas.

—¡Demonio! á este hombre yo lo conozco perfectamente.

Separó el cabello, limpió la sangre al herido y dió un grito de desesperacion: aquel hombre era el capitan Pablo Martinez.

Luego que el herido se sintió refrescar con el agua, abrió los ojos y reconoció á Felipe Cuevas.

—¡Vive!—esclamó el médico, y mandó ponerle en la camilla.

—Creo que es bien poco,—dijo reconociéndole la herida,—se trata nada mas que de una cicatriz.

Curó á Pablo Martinez, que por la pérdida de la sangre se habia desmayado.

Luego que llegaron al hospital, le dió alimento, y el bravo guerrillero pudo ya hablar.

—¡Malditos cazadores! en un tris me rebanan como una sandía...

—¿Qué le ha pasado á usted, capitan?

—Nada, he perdido un pedazo de oreja, y conservaré toda mi

vida este garabato como un recuerdo de la batalla de *Barranca Seca.*

CAPITULO III.

De cómo se pueden encontrar dos exhalaciones en un punto dado del horizonte.

I.

El caballero Mons habia dado hospitalidad á Manuel Mondoñedo, á quien se encontró cerca del campo de los franceses atravesado de una estocada.

El enfermo llevaba muchos dias de alivio; hasta entonces su huésped no se habia atrevido á preguntarle nada sobre el lance del 5 de Mayo.

Mondoñedo estaba profundamente triste, algo pasaba por el corazon del estudiante que lo hundia en ese vago sopor de melancolía que lo agotaba.

La imágen de doña Blanca se iba disipando en ese fondo oscuro del horizonte, y comenzaba á desaparecer de la memoria de Mondoñedo.

Ese olvido, precursor de una nueva ilusion, inquietaba al estudiante, porque le tenia miedo al ímpetu del corazon.

El jóven no se queria dar cuenta de su situacion, tenia miedo de preguntarse lo que pasaba por su alma.

La pasion terrible que habia concebido por la Montemolin, la consideraba como una erupcion de su espíritu; pero que se apagaba lentamente bajo las cenizas de sus desengaños.

La pureza con que habia amado á aquella muger, el ardor inmenso de su cariño, la adoracion profunda guardada á un ser que se revelaba deforme ante su vida, trocó ese mundo de ilusiones en un abismo sin fondo de desprecio y olvido.

Mondoñedo pasaba de improviso de un gran centro de luz á una atmósfera opaca y llena de sombras.

Ardia en su alma la última antorcha, pero el dios habia desaparecido de las aras, el altar quedaba desierto.

Comenzó por sentir horror hácia una muger que le habia ocultado su nombre, que tomando la máscara impenetrable de la hipocresía, bajo el generoso aspecto de la amistad, lo habia lanzado al ridículo mas terrible.

Vió imposible su cariño, descubrió la trama grotesca de unos amores pérfidos alimentados en el silencio y reserva del anónimo y la venda cayó á sus pies.

El ángel dejaba las alas para convertirse en una muger.

El jóven, que no habia amado nunca y veia secas y marchitas sus primeras ilusiones, lloró sobre aquellas hojas arrancadas por el huracan de la adversidad, y sin volver el rostro, con la sombr

sobre el pensamiento y la mano oprimiendo el corazon, huyó del fatalismo de sus amores y llamó á la venganza para satisfacer su encono.

La desgracia iba sobre sus huellas, quiso sangre, la pidió al destino, y el destino le abrió el pecho para satisfacerlo.

Velados sus párpados por el vértigo, sintió como se alejaba su aborrecido rival, sin poder ahogarlo con ese torrente de sangre que salia de su herida abierta.

Cuando la vida tornó á enseñorearse de sus sentidos, una rara metamórfosis se habia operado como una reaccion en el alma de Mondoñedo.

Recordó vagamente cuanto habia pasado, la provocacion á don Fernando, el duelo, la impresion de la hoja helada del acero al romper su costado, y aquella especie de agonía que lo acometió hasta entrar en las tinieblas del vértigo.

Aquella sangría acaso era necesaria, porque el jóven entró en una calma bienhechora, en ese apetecido reposo del espíritu despues de una tempestad prolongada de tribulaciones.

Aquella calma era precursora de una tormenta acaso mas terrible.

A la cabecera de su lecho velaba una muger, como el ángel de la existencia: su acento era sonoro, su aliento perfumado, su mirada lánguida y apacible, su actitud serena y melancólica.

El jóven la tomó como una aparicion del cielo, como uno de esos ángeles proscritos que llegan á la hora del infortunio para enjugar las lágrimas del desgraciado.

Aquella muger era un mundo de esperanzas, no habia rayos de coraje en sus miradas, ni sonrisas de desden en sus lábios, ni su seno se agitaba como la superficie del oceano, á los embates de la tempestad.

Aquella muger tenia un nombre todo suyo, se llamaba Eloisa.

II.

Mondoñedo estaba en el sopor de su sueño de imágenes y apariciones, cuando la delicada mano de la señorita Mons tocó la frente del estudiante.

Parecióle que las frescas rosas del paraiso habian rozado su semblante mudo y decaido.

Abrió los ojos y los fijó en el hermoso rostro de Eloisa.

—¿Duerme usted?—preguntó la jóven con un acento de armonía celestial.

Mondoñedo se incorporó y respondió con voz trémula á la señorita Mons:

—No, me es imposible dormir, vivo en un crepúsculo de sopor que llega al letargo.

—¿Y cómo sigue usted de la herida?

—Muy pocas veces me recuerda su existencia el dolor.

—¿Tiene usted alguna queja de las personas que le rodean?

—No, Eloisa, estoy satisfecho; pero deseara que me dejasen morir.

—¿Usted morir?

—¡Sí, yo, que soy tan desgraciado!

—Hable usted, amigo mio, deposite en el corazon de una amiga el secreto de sus sufrimientos.

—Ay, Eloisa, el dia que saliera de mi corazon un solo suspiro que revelase mis sentimientos, causaria la desesperacion de quien los sorprendiese.

La señorita Mons guardó silencio, y sus ojos se fijaron en la pálida faz del estudiante.

—Usted tambien sufre, ¿no es verdad?—dijo este.

—Sí, Mondoñedo, yo he luchado por arrancar de mi alma el amor de ese hombre, á quien debo aborrecer.

—Sí, porque no es digno de llegar hasta usted, que es un ángel de virtud; usted merece un cariño sin límites, pero desinteresado, lleno de ilusion y cubierto con el celage de oro de las esperanzas, un amor que solo se desprende del espíritu cuando la sombra de Dios está sobre el alma, cuando el corazon armoniza con el cielo, y el hombre vuelve á ser ángel para ceder su corazon y su pensamiento confundidos en una llama encendida por la mirada de Dios; ¡porque el amor de la tierra es una ofrenda miserable delante del cariño inmortal de una muger!... Sí, Eloisa, alzar en el santuario del corazon un altar, evocar ese espíritu gigante del amor cuyas alas cubren el firmamento, y decirle á una muger: ¡me arrodillo delante de tí, porque te adoro, mis lágrimas se alzarán en un vapor de cariño hasta tí, que eres digna de posarte en el centro de mi alma para tocar el cielo con la frente!...

—Pero ese amor es imposible,—exclamó Eloisa cubriéndose el rostro con las manos.

—No; no es imposible,—dijo exaltado Mondoñedo,—las flores de la tierra tienen un perfume, como el alma sus exhalaciones; hay en el fondo del corazon un horizonte inmenso para las ilusiones, una bóveda cruzada por meteoros de fuego que se enciende á la vista del ser á quien se idolatra, y en medio de ese mundo irrealizable que se siente en el fondo del pecho alumbrado por los fulgores del espíritu, el cuerpo desfallece y nuestra vista se torna lánguida, impregnada de pasion, y nuestro acento trasmite ese grito arrancando del fondo del corazon que dice á la muger de nuestras esperanzas: ¡misericordia, porque te amo!...

Mondoñedo tomó una mano de Eloisa, y la oprimió contra su pecho palpitante.

La señorita Mons la retiró suavemente.

—¡Oh! sí,—dijo con el llanto sobre las pupilas,—¡así habia soñado con ese amor que acaba de desaparecer!

—¡Siempre ese hombre!—gritó Mondoñedo arrancando las ligaduras de su herida.

—¡Sangre!... ¡sangre!...—exclamó Eloisa,—¡socorro!... ¡socorro!

III.

La señorita Mons salió aterrorizada del cuarto del estudiante pidiendo á voces socorro.

En aquel momento Felipe Cuevas entró demudado creyendo en una desgracia.

—Entre usted, caballero, entre usted, ese jóven se ha desgarrado la herida.

El amigo de Mondoñedo se precipitó en el aposento para dar auxilio al estudiante.

—¡Dios mio!—exclamó Eloisa luego que se encontró sola,—ese hombre me ama y le voy á hacer muy desgraciado... yo no puedo amar, mi corazon se ha cerrado para siempre, mis ilusiones han muerto... no, no han muerto todavia, la imágen de ese hombre está siempre delante de mis ojos, y su acento resuena en el fondo de mi alma... yo le perdono todo el mal que me ha hecho, todas las lágrimas que he derramado; ¡pero que vuelva, lo quiero ver, quiero estar á su lado, hablarle, decirle mil veces que le amo!... No, no, que huya, yo tengo el resentimiento en el corazon, le detesto, su recuerdo me es importuno... ¡lejos, lejos de aquí!...

El señor Mons se dejó oir en la antesala dando algunas órdenes á su mayordomo.

Eloisa se repuso, sacudió su frente para alejar la nube de tristeza que oscurecia su semblante, y llamó en su auxilio una sonrisa.

—Hija mia,—dijo el caballero Mons,—dentro de breves instantes endremos en casa á la señorita Amalia Brown, á quien me recomienda un amigo muy distinguido de Inglaterra.

—¿Viene de Europa la señorita Brown?

—No, de México, donde ha permanecido algunos meses; ya va le regreso á la Gran Bretaña, pasará con nosotros esta época de rísis, mientras se ve la determinacion que toman los invasores.

—Ya sabes, padre mio, que tengo especial gusto en cuanto tú manifiestes empeño.

El señor Mons se acercó á su hija, la sentó sobre sus rodillas, y besándole la frente, la dijo:

—¿Y para quién vivo yo, si no es para Eloisa? ¿por quién amo a existencia?... ¡Vamos, estréchate á mi corazon!

Eloisa escondió el rostro en el seno de su padre, y no pudiendo ontener el llanto, comenzó á sollozar bañando con sus lágrimas las nanos del autor de sus dias.

—¿Y para esto te acercas á mí? estoy por reñirte; vamos, estoy mpeñado en tranquilizarte y lo conseguiré; dentro de algunos meses nos marcharémos á Europa, ya sabes que eres rica, muy rica, omarémos un palco en el gran teatro del mundo, nos radicarémos n Paris, ¡oh! entonces sí que me vas á hacer que te lleve á todas artes, y te llevaré; ¡no faltaba mas! é irá el viejo con su hija enseándola como una muestra de belleza; porque tú eres muy hermosa: ira, Eloisa, parece que tu buena madre te dejó por herencia sus jos y su frente; te le pareces como una gota de agua á otra gota.

Eloisa se enjugó las lágrimas y comenzó á hacer caricias al seor Mons, que se manifestaba ufano con el amor inmenso de su hija.

Cuando el pobre viejo se encontraba solo, entonces daba rienda sus pesares, le dolia el corazon al ver los padecimientos de Eloisa; orque el señor Mons amaba tiernamente á aquella criatura.

Recordaba el lance del casamiento, y á pesar de su buena índole, sentia encendérsele el rostro de vergüenza, y alentaba un coraje terrible, y juraba vengarse de aquel mal caballero.

IV.

Oyóse el ruido de un carruaje que penetraba en el interior de la casa.

Eloisa y el señor Mons salieron á recibir á la viajera.

Doña Blanca de Montemolin parecia mas hermosa con esa agitacion terrible de su espíritu.

Bajó del carruaje, y se presentó en la antesala, donde la esperaba la familia Mons.

—Señorita,—dijo el caballero tendiéndole la mano,—ya esperaba este honor, y confieso que estaba impaciente.

—Señor Mons, yo me siento honrada con una preferencia debida solamente á la esquisita galantería de usted.

—Tengo el gusto,—dijo el caballero,—de presentarle á mi hija Eloisa.

Doña Blanca se levantó el velo del sombrero y aquellas dos mugeres se contemplaron de hito en hito por algunos instantes, un relámpago cruzó por aquella mirada, y sin saber qué hacian se acercaron simultáneamente, sus lábios se tocaron, y se escuchó el eco de un beso.

La chispa eléctrica del ódio se desprendió de aquellos lábios encantadores.

Eloisa sintió una repulsion desconocida hácia una muger tan simpática y hermosa.

Doña Blanca ya sabia quien era Eloisa, pero na la conocia.

Al ver la belleza seductora de la jóven, sintió el huracan espantoso de los celos; hasta entonces no comprendió lo que era esa pasion desesperada, creyó que don Fernando podia amar á la señorita Mons; porque nadie sabe valorizar los encantos de una muger, como su rival, aunque no lo confiese.

Doña Blanca se sintió ufana de haber separado á su amante de aquella muger tan peligrosa por su hermosura.

Sabia que don Fernando estaba en el campo de los aliados y de ninguna manera podria pisar los umbrales de la casa; ademas, si el atrevimiento y la audacia inconcebible de don Fernando lo llevaban hasta el grado de comprometer su vida en esa empresa, se encontraria con ella, y este accidente tornaria á romper las bodas de la señorita Mons.

Disimuló, como saben disimular las mugeres, prodigó alabanzas exageradas á Eloisa, que despreciando el primer aviso del corazon se sintió influenciada por la voz de sirena de doña Blanca y le dispensó todo el favor de su cariño.

La mirada, ese primer rayo magnético que se cruza entre dos seres, determina del porvenir.

Esas simpatías forzadas á las que arrastra un trato continuo, no pueden ser duraderas; la primera impresion es el saludo del alma

La antipatía es la repulsion de lo que debe dañarnos alguna vez, el corazon sabe mas que nosotros.

La Montemolin se propuso arrancar á Eloisa el secreto de sus amores, convencerse de que sus relaciones no se habian reanudado, y ver en aquel claro espejo del alma, si aun permanecia la vision reflejándose con el iris de un intenso cariño.

Doña Blanca tenia en su mano los hilos de su amor y de sus ambiciones; muger, estaba empeñada en salir triunfante en el duelo de su alma; ser político, queria llevar adelante sus proyectos de ambicion y engradecimiento.

Doña Blanca estaba sobre una hoguera próxima á encenderse.

Habia hecho una mezcla de estos dos sentimientos que acabarian por trastornarla.

Tan pronto pensaba en batallas y oia el ruido de los cañones, y veia las banderas sacudidas por la metralla, y á los combatientes entre las nubes del humo y de la polvareda; como escuchaba la voz sonora de su amante, y comenzaba á soñar en un eden apacible de melancólica felicidad.

Entonces se olvidaba de su ambicion para entregarse á las ilusiones hellísimas de aquel paraiso de calma, poblado de ángeles y de celages.

Se necesitaba una constitucion de hierro para soportar los terribles accesos que acometian á aquel espíritu combatido por tan grandes contrariedades.

El color de rosa habia desaparecido de sus megillas, pero el brillo encantador de la azucena le habia reemplazado con ventaja.

Sus ojos se habian tornado en lánguidos, y sus pupilas resplandecian con un fulgor calenturiento, tomando el brillo de las estrellas al amanecer.

Solo sus lábios conservaban el carmin purísimo de la juventud, que dejaba entrever en una sonrisa melancólca el alabastro bruñido de aquella dentadura encantadora.

Aquel semblante tenia el descolorido de las Dolorosas del Ticiano.

Aquella magnífica cabeza tenia por fondo una cabellera que caia en mil rizos sobre la espalda.

Doña Blanca de Montemolin parecia la heroina de una tragedia.

Hay una atmósfera de prestigio y supersticion en torno de ciertos seres á quienes el destino les imprime su sello en el camino de la fatalidad.

V.

Doña Blanca quedó instalada en la casa del señor Mons, y Manzanedo que la acompañaba en calidad de mayordomo ó ayuda de cámara.

Al dia siguiente supo la de Montemolin, merced á la denuncia de uno de sus agentes introducido en las cámaras de palacio, que

el general Gonzalez Ortega emprendia una marcha violenta por el camino de Maltrata, para tomar la retaguardia de los franceses y caer á la hora en que el ejército de Zaragoza atacase la garita de Orizava.

—Corremos un gran peligro, Manzanedo, las fuerzas republicanas van á destrozar por completo á Laurencez.

—¿Qué es lo que pasa, señora?

—Que si los franceses no se ponen al tanto de los movimientos del general Ortega, la derrota es inevitable.

—¿Y qué hacer?

—Marcha al momento al campo de Laurencez.

—¡Imposible! los caminos están obstruidos por el ejército y las veredas por los guerrilleros

—No hay remedio, es necesario avisar aunque se juegue la existencia.

Manzanedo estaba acostumbrado á obedecer ciegamente á la condesa, y doña Blanca no toleraba contradicciones.

—Estoy á vuestras órdenes, señora.

—No puedo darte instrucciones por escrito, esto te comprometeria terriblemente.

—He jurado al conde de Morella seros fiel hasta la muerte y no retrocederé ante ningun peligro.

—Parte ahora mismo, atraviesa entre el ejército para no hacerte sospechoso, y avanza hasta Orizava.

—Bien, señora.

—Dí al general Laurencez, que las fuerzas de Ortega en número de seis mil hombres, llegarán al cerro del *Borrego* luego que Zaragoza esté al frente de la plaza.

Manzanedo comprendió el peligro que corria la expedicion francesa.

—Ese cerro está allende las primeras fortificaciones, y la ciudad está tomada si el plan de Zaragoza se realiza.

—Es necesario confesar que el general en gefe es todo un soldado.

—Sí, yo tiemblo ante las determinaciones de ese hombre que es un genio.

—¿Y no sabeis, señora, pormenores sobre el ejército del general Gonzalez Ortega?

—Esa tropa, Manzanedo, está familiarizada con los combates y sabe pelear como el resto del ejército.

—Los franceses,—dijo doña Blanca,—pueden resistir tras de los parapetos, prolongar un sitio mientras llegan los refuerzos; pero ante una sorpresa quedarian vencidos.

—Todos nuestros planes están al fracasar.

—La fortuna ha puesto en mis manos el secreto de la próxima batalla, y podemos levantar el espíritu de la intervencion.

Manzanedo movió la cabeza como dudando de las palabras de doña Blanca.

Alzóse la condesa como si aquella desconfianza hiriese sus esperanzas, y dijo con voz vibrante al secretario:

—Ya estoy cansada de luchar con un alma cobarde y desmoralizada; tu aspecto, tus reticencias, tus palabras, todo me contraría, no tengo donde volver la cara, mi ímpetu se estrella contra el hielo de un cerebro supersticioso y pusilánime.

—Señora, el interes que tengo por S. A. me ha hecho desconfiado; veo á la hija de don Cárlos Luis de Borbon á una distancia inmensa del suelo pátrio, y luchando en medio de una tempestad espantosa, y me acobardo ante el peligro por su existencia; no es el interes privado, es el cariño inmenso á mi señora, es la responsabilidad que pesa sobre mí durante esta crísis porque atravesamos; mandadme que me sacrifique, que muera, si es posible, y me encontrareis pronto.

—Acaso haya vertido algo que pueda lastimarte, perdóname.

La condesa tendió la mano que Manzanedo llevó con respeto á sus lábios.

—Marcharé á Orizava y avisaré al general Laurencez del peligro que está amenazando á su ejército.

—Manzanedo, ya sabes que puedes disponer del oro que necesites para abrirte camino hasta Orizava.

—Voy prevenido á todas las eventualidades.

—Adios, Manzanedo.

—El vele por vos, señora.

—Recuerda que quedo enteramente sola y que tu existencia me es necesaria.

—Rogad al cielo que me saque avante de la empresa que me encomendais.

—Adios.

A la media hora salió de uno de los mesones un ginete seguido de un criado y dos caballos de mano por el camino de Oriente.

Luego que el ginete se vió fuera de garita, dijo á su acompañante:

—Necesitamos amanecer muy distantes de la ciudad;—y azotando furiosamente á los caballos se perdieron entre las sombras que cubrian la carretera de Amozoc.

CAPITULO IV.

De la manera política con que el capitan Martinez trata á un prisionero de guerra.

I.

La familia de don Luis Aguilar se habia encargado de la curacion del capitan Martinez, prohibiendo á Isabel estar á la hora en que los estudiantes hacian la visita facultativa, porque Pablo Martinez decia tantos horrores, que era fácil el que la jóven aprendiese algo mas de lo que sabia.

Don Luis, que mortificó hasta reventar á su hijo Guilebaldo,

fingiendo casarlo con doña Juliana, consintió al fin en las bodas con la Torre-Mellada, á cuyo efecto escribió á su hijo que abandonara el rancho y viniese á Puebla para celebrar el matrimonio.

Isabel estaba querida de la suegra, cosa increible y que nuestros lectores van á tomar como una exageracion ó como un fenómeno rarísimo.

La hija del inválido, á pesar de su situacion de novia, coqueteaba con Santiago Gonzalez que la galanteaba por *costumbre*.

Felipe Cuevas se hacia el desdeñoso, diciendo que él no se casaria nunca con una mujer que no hubiese estado en Nueva-York.

Recordarán nuestros lectores que Manolo Balboa habia caido prisionero en la batalla del 5 de Mayo; Gonzalez lo declaró *suyo* desde aquel momento, y pidió al general Zaragoza permiso para llevarlo á su alojamiento.

Zaragoza no contestó, y como el que calla otorga, Manolo fué consignado á cuidar al capitan Martinez, y el gracioso andaluz estaba en la casa de los Aguilar.

Santiago Gonzalez le habia devuelto su equipage con la cruz de Africa, despues de haber hecho gestiones infructuosas de venta.

Manolo roncaba como un liron toda la noche y parte del dia; pero Pablo Martinez había inventado una manera muy sencilla de despertarle. Manolo se ataba un cordel al pié, y cuando al capitan se le ofrecia, tiraba con toda su fuerza hasta despertar á Manolo.

Hubo vez que Martinez arrastrara por la alcoba al andaluz sin que este despertase, por lo cual proyectó ponerle el cordel al cuello.

Manolo despertaba *emocionado*, y por precision hacia alguna diablura.

Hubo noche que estuviera poniendo defensivos con la bebida á Pablo Martinez.

Cuando el capitan se rendia al sueño, el andaluz registraba el equipage del capitan, sacaba la camisa mas almidonada y la corbata mas bonita, y sin mas ni mas se la plantaba.

Al siguiente dia observaba Martinez el lujo del asistente y reconocia sus prendas, que por ser pocas no se escapaban á la perspicacia del enfermo.

—Manolo, me vas á dejar desnudo.

—Mi capitan, me he prestado la camisa por quince dias.

—¿Y la corbata?

—Esa nada mas por un mes.

—¿Y mis botas?

—Esas sí que ya puede usted disponer de ellas, porque ayer se me salieron los dedos y cayó el tacon de la derecha.

—¡Maldito seas tú y tu casta, Manolo!

—No es para tanto, cuando regrese á Cádiz yo le enviaré á usted unos botines de mi señor padre, que apenas los usa desde el año cincuenta y ocho.

El prisionero habia caido en gracia y se le pasaba cuanto hacia.

Manolo asentó sus reales en la cocina y era el ídolo de la colonia femenil.

Intentó hacer *gazpacho*, platillo ultra-detestable (salvo la opinion de los andaluces), tomó todo el pan duro que encontró en la casa, lo mezcló con ajos, gitomate y vinagre, haciendo un infernal brebage capaz de horrorizar al ejército frances.

Cuando creyó Manolo presentar un obsequio al capitan Martinez, éste tomó el plato, y con todo y *gazpacho* se lo puso por sombrero al andaluz.

—¡Toma!—le dijo,—yo te enseñaré á burlarte de mí.

Manolo protestó contra aquel acto de barbárie y devoró sin invitar á nadie el resto del guisote, recuerdo del suelo patrio.

II.

Guilebaldo Aguilar sintió un vértigo al recibir la carta de su padre en que le anunciaba que consentia en su casamiento con Isabel.

Encomendó al mayordomo los trabajos del campo, y ensillando su troton, se encaminó á Puebla ligero como un relámpago, es decir, como un relámpago que durara cuatro dias en el horizonte.

Llegó á su casa como el hijo pródigo, y sin decir oste ni moste se echó á los pies de su padre, que dió un grito terrible.

—¡Oh ternura paternal!—esclamó Guilebaldo.

—¡Qué ternura ni qué demonios! has puesto tu rodilla sobre mi pié, y me lo has deshecho.

—Perdóneme usted, padre mio, pero yo soy hombre de arrebatos.

—¡Gana me da de arrebatarte á trancazos!—murmuró el señor Aguilar;—vamos, saluda á la madre y no vayas á romperle algo.

Guilebaldo fué en pos de la señora y la dió tan fuerte abrazo que á poco andar la desclavija.

Isabel estaba presente y saludó con estremada coquetería al mancebo, que trataba de lanzarse sobre ella haciendo una segunda edicion del abrazo materno.

—Guilebaldo, hijo mio,—dijo la señora con infinita dulzura,—no seas tan bruto, esta niña es una criatura delicada y la puedes matar con una caricia.

—Pierda usted cuidado, yo tomaré un métedo mas adecuado.

—Ya sabes que pronto debe verificarse tu enlace con Isabelita.

—¿Y no se pudiera hacer la víspera?

—Guilebaldo, eres un podenco.

—Es cierto, para qué es negarlo, pero yo no quisiera dilaciones, esta casa está llena de gente sospechosa y tengo miedo de que me soplen á la novia.

—Hijo mio, eres mas estúpido que un marrajo.

—Puede ser; pero ya usted ve, me querian casar con el mónstruo de doña Juliana, y no vaya á antojársele á esa abuela tomarle la palabra á mi padre.

—Vamos, tú vienes lleno de alarma.

Manolo Balboa, que habia escuchado la conversacion, dijo para sus adentros:

—Este señor sí me ayudará á comer *gazpacho*.

—Isabelita,—prosiguió Guilebaldo dirigiéndose á la novia,—ya le he apartado á usted un regalo muy bueno, y espero que no me correrá un desaire.

—Yo todo lo acepto con mucho gusto.

—¿Y qué le has apartado á Isabelita?

—Toma, pues qué ha de ser, dos burras americanas en estado intere...

—¡Calla!—gritó la señora,—eres mas burro que las burras.

—Ya lo creo, como que soy masculino.

—Si continúas diciendo barbaridades, se arrepiente la novia y creo que no hará cosa mejor.

—No lo crea usted, señora, comprendo la buena fe de Guilebaldo, y todo lo escuso en gracia de su amor que es verdadero.

—¡Eso, eso es!—gritó el novio,—así me gusta, Isabelita me comprende, sobre que soy fiel como un perro.

—Propiamente, —murmuró Manolo.

—Pues ahora,—dijo la señora,—por delicadeza debes irte al meson.

—¿Y qué tienen que ver los mesones con la delicadeza?

—Que mientras esta niña no sea tu esposa, no debes vivir en esta casa.

—¿Y cómo vive tanta gente con ser que no son hijos de mi madre?

—En fin, no discutamos, te marchas ahora, y vienes como de visita.

—¿Y me visito yo á mí mismo?

—No, Guilebaldo,—dijo Isabel,—usted viene á visitar á su novia, que lo recibirá con mucho gusto.

—Cuando habla Isabel, sí que la entiendo, voyme al meson y Dios dirá.

Guilebaldo tomó con mucho tiento la mano de Isabel, y despues dijo á la señora:

—¿No es verdad que es mas linda que el lucero de la mañana?

—Sí, hombre, lárgate.

—Adios, y hasta dentro de un rato que venga de visita.

III.

Manolo Balboa salió del aposento, y dirigiéndose á la calle con la mayor precaucion posible, tomó rumbo á la plazuela de San José, y se encaminó hacia el cerro de Loreto.

A la media hora llegó un coche, y dentro una señora cubierta con el espeso velo de la mantilla.

El andaluz abrió la portezuela y la dama bajó violentamente, se apoyó en el brazo de Manolo, y separándose de la calzada que lleva al puente, tomó una pequeña vereda de la falda del cerro.

—¿Qué has averiguado, Balboa?—dijo la dama.

—Señora, tengo una noticia que comunicaros de mucha importancia.

—Habla.

—Llegó esta mañana un oficial del campo de Zaragoza y se puso á hablar con mucho misterio con un capitan guerrillero; yo me acerqué á ponerle unos defensivos para ver si percibia algo de lo que hablaban.

—¿Y no recogiste alguna palabra?

—Creo haber adivinado todo.

La dama se quedó reflexionando un instante como quien recuerda algun dato, para reunirlo á lo que sospecha va á saber, creyendo que tiene relacion.

—Decia, señora, que luego que el oficial cesó de hablar, el capitan Martinez tomó el vaso de la bebida y lo estrelló contra el suelo gritando: «¡Aquí hay gato encerrado, nos traicionan!» yo me asusté porque me creí apostrofado; despues añadió: «¡Vea usted que dormirse al frente del enemigo es una cosa peregrina! pero ya se ve, el cansancio, la travesía endiablada de ese infernal camino es capaz de agotar las fuerzas del gigante Goliat.»

—No obstante, contestó el oficial, tenemos fe en el general, la *retirada* nada importa.

La dama se estremeció al oir esa palabra.

—*¡Retirada!*—murmuró con acento concentrado.

—Es decir claro que se retiran,—continuó el andaluz;—lo dijo el mismo gefe que avisó de la marcha sobre el *Borrego*.

—Está salvado Laurencez,—pensó la dama;—pero esta noticia necesita confirmacion, aunque nada de lo que este hombre me ha dicho ha salido falso.

—Yo creo,—dijo Manolo,—que ha habido un descalabro y fuerte.

—Zaragoza es temible,—dijo para sí la dama,—le tengo miedo á sus retiradas, el movimiento retrógrado de las cumbres precedió á la victoria del 5 de Mayo: cada ráfaga de luz puede ser el relámpago que anuncie el rayo; no obstante, donde Laurencez tome aliento, puede aplazar su derrota, en el ínterin, llegarán los refuerzos que encontrarán en sus posiciones al ejército frances; perder Orizava sería tanto como descender de la mesa central y volver al dia en que se firmaron los tratados de la Soledad.

La dama tenia razon: si los franceses eran batidos, las fuerzas republicanas se apoderarian de las cumbres del Chiquihuite y los franceses se encontrarian en la posicion que Saligny habia esquivado consumando la horrible traicion de Orizava.

—Creo que todo va bien,—dijo el andaluz,—yo continúo con mi papel de tonto, y seguiré siendo útil á mi generosa protectora.

La dama le alargó un bolsillo con oro.

—Si ocurre hoy alguna novedad, busca en este mismo sitio á alguna persona, que ella te saldrá al encuentro.

—Adios, señora.

IV.

El andaluz metió en una bolsa de tabaco el bolsillo despues de contar las monedas y regocijarse con aquel tesoro inesperado.

Doña Blanca tenia multitud de agentes, pero fiaba mas en los de baja estofa, porque son raras las veces en que se repara en ellos y tienen mas facilidad de sorprender los secretos; dígalo la crónica diaria de las familias sacadas á plaza por la servidumbre.

Manolo Balboa sustituia á Mondoñedo, pero bajo distinta faz; al andaluz se le habia prohibido gastar el dinero, y por su parte no hacia gran sacrificio, puesto que trataba de volver á su país hecho un Creso.

El zocarron del andaluz era un buen espía, dotado de una capacidad rara en su especie, la sagacidad mas grande le distinguia, su habilidad se manifestaba en ocultarse á los ojos de los otros bajo las apariencias de un bonachon lleno de necedades y majaderías.

Manolo regresó á la casa de Aguilar, donde el capitan Martinez lo recibió enviándole encima cuantas botellas tuvo á la mano.

—¡Qué granizada!—esclamaba el andaluz;—vamos, que me va usted á romper la tapa de los desatinos.

—¿Dónde has pasado tres horas?

—¡Quiá! si apenitas he dado una vuelta por la Alameda.

—¿Y quién te dió permiso?

—¿Quién habia de sér? yo que me mando solitico.

—Este bribon necesita que yo le dé su merecida,—pensó el capitan, y suavizando la voz, dijo á Balboa:—Has hecho muy bien, hijo mio; con esta maldita enfermedad estoy bilioso y te riño sin razon alguna; vamos, ponme un defensivo en el brazo, que esta maldita inflamacion no quiere ceder.

El andaluz se acercó incautamente al lecho de Pablo Martinez diciendo:

—Vaya, lo curaré á usted, esa es mi perra obligacion.

El capitan, luego que tuvo cerca á Manolo, se le arrojó como un mastin, y tomándolo por las orejas, le comenzó á sacudir de lo lindo.

—¡Ea! ¡dejarme! ¡huy! ¡ea, se me arrancan los atriles de la cara!... ¡vea usted que me desoreja! ¡tíreme usted de otra cualquiera cosa que no sea tan historiada!... ¡cá!...

Al ruido acudió Santiago Gonzalez, que conversaba con el señor Aguilar sobre el casamiento de Guilebaldo.

—¿Qué diablos sucede, capitan?

—Nada, le estoy aleccionando.

—Pues no está mala la leccion,—dijo el andaluz con las orejas ardiendo.

—Este Manolo se ha vuelto un perdulario, no hay mas que despedirle.

—Hoy le envío al cuartel.

Manolo, que veía en esta separacion su ruina, dijo con humildad:

—Mi capitan, á mí así me gusta, falta el soldado, y se le castiga, muy bien hecho, y debia usted haberme arrancado un miembro de la cara: esta es la verdad, los amigos me sedujeron, yo soy blandito, y vamos, que falté al toque de lista; conque ya todo pasó, y Manolo Balboa se queda en esta casa como la tortuga en su concha;

pelillos á la mar, yo no me quejo que soy el sacudido; conque á ver, e pondré á usted el defensivo y no hablemos mas.

V.

Felipe Cuevas entró lívido al aposento.

El capitan Martinez se incorporó y Santiago Gonzalez miraba atónito á su compañero.

Despues de un momento de silencio, Martinez se atrevió á preguntar lo que acontecia, mientras Manolo, pendiente de lo que pasaba, se habia puesto á romper un lienzo para la curacion del capitan.

—La noticia se confirma,—dijo Cuevas;—acaba de llegar otro oficial de los de Ortega, y dice que los franceses los han sorprendido.

—¿Y el general Zaragoza?

—Nada se sabe de él, porque el oficial no ha tocado el punto donde estaban las fuerzas, se ha venido estraviando caminos y con una velocidad increible.

—Será alguno de esos alarmistas que corren á los primeros disparos y llegan á las ciudades contando derrotas y fábulas.

—No lo creo así, este muchacho no es cobarde.

—El caso es,—dijo Martinez,—que se ha venido del campo debiendo haber muerto ó caido prisionero.

—Es la verdad; pero no todos tienen el mismo ánimo.

—Sería gracioso que hubieran derrotado á mi general Zaragoza.

—Sería terrible, amigos mios; pero no, ¡voto al cuerno del diablo! lo que es á mi general no lo derrotan los gabachos, con esa noticia vendria la de su muerte; ¡ira de Dios!

—Dentro de algunas horas sabremos la realidad, porque el parte debe venir en camino.

—Malo, malo,—dijo Martinez,—estos rumores nunca salen falsos, son las primeras palabras sobre el campo de batalla.

El señor Aguilar entró violentamente en la cámara del enfermo y dijo á los jóvenes estudiantes:

—Amigos mios, la cosa no tiene remedio, aquí está el parte del general Zaragoza fechado frente á Orizava.

Felipe Cuevas tomó el papel, y lo leyó con voz conmovida.

Luego que terminó, todos quedaron en silencio, llenos de esa tristeza de desesperacion que se apodera del alma cuando la suerte hiere á un hombre ó abre un surco donde se levantaba el edificio de las esperanzas.

Manolo se salió recatadamente de la habitacion luego que se hubo enterado de cuanto pasaba, y se dirigió lleno de satisfaccion al punto de su cita.

CAPITULO V.

De cómo el general Gonzalez Ortega fué sorprendido en las cumbres del "Borrego.,,

I.

«Quien quiera que venga á Orizava por Acultzingo, dice el ele gante escritor Arroniz en su *Ensayo sobre una historia de Orizava* ya sea en las horas solemnes del crepúsculo, ya cuando la luz mer diana esté en toda su plenitud, disfrutará de los encantos del he moso paisaje que presentan sus montañas.

«No es por cierto una novedad para el que conoce el territori mexicano. Este, por su configuracion misma, presenta en todos ser tidos, vistas deliciosísimas; pero no hay duda que tiene algo de im ponente y magestuosa, la que, al descender las *Cumbres*, contempl el viajero desde las eminencias de las revueltas del camino tajad en la montaña, que la ve dilatarse en la hermosa Cañada que lleg hasta la ciudad de Orizava.

«Atribúyese á los paisajes de las montañas—decia un ilustr poeta—cierta sublimidad; y no debe dudarse que esta consista e la grandeza de los objetos.

«Esas palabras escritas á la vista del *Mont-Blanc*, explican la estrañas é indefinibles emociones que se sienten en Acultzingo á l vista de los horizontes y lugares que desde allí se observan.

«Al descender de las Cumbres, la vista del viajero no cesa u momento de admirar la inmensa variedad de paisajes que tiene de lante: verdad es que al llegar á Acultzingo, y encaminarse á Or zava, los horizontes son menos profundos; la mirada no puede ir ma allá de las montañas situadas en el primer término del paisaje; per entonces la grandeza de las montañas adquiere mayor magn ficencia.

«Todo el trayecto comprendido entre Acultzingo y Orizava, as como el que de aquí corre hasta Córdoba, está cultivado. Las ha ciendas de San Diego y la de Tecamalucan, situada esta á 1,402 me tros sobre el nivel del mar y en la falda de las serranías, desde Acul zingo se estendien á Orizava las pintorescas aldeas de los Nogale (Ingenio), Huichapam y Tenango, rio de las Tórtolas, forman lo centros de poblacion mas importantes que hasta llegar á Orizava s encuentran en esta pintoresca estension.

«Las montañas de la izquierda del camino de Acultzingo á Or zava, describen al Norte de los Nogales, un estenso rodeo hasta e cerro de *Tlachichilco*, que conocemos con el nombre del *Borrego* las de la derecha se dilatan paralelas al Norte, y en las faldas de cerro de San Cristóbal forman un ángulo y retroceden al sursu oeste, hasta perderse en las montañas de Tequila y Zongolica, qu van por una parte á la costa de Sotavento, y por otra al Departa mento de Oajaca.

«Desde el pueblo del Ingenio se nota la proximidad de un gra

entro de poblacion. El nativo de estos lugares sabe que á poco andar ivisa la ciudad donde están sus mas caras afecciones y sus espeanzas; sus recuerdos tristes ó alegres; y el viajero estraño é indifeente á estos sentimientos, comprende que va á llegar á la ciudad elebrada por los poetas, y notable, así por los sucesos políticos de ue ella ha sido teatro, como por la influencia que directamente ha jercido en los vaivenes de nuestras revoluciones políticas.

«Las montañas mas notables que rodean y limitan nuestro valle, on las de San Cristóbal y las que se desprenden de ella á distancia e ocho ó diez kilómetros, se encuentran los cerros de Tuspango, hicahuastla, sitio misterioso que la imaginacion de los indígenas izo teatro en su tiempo de sucesos sobrenaturales, segun la leyenda, el de Cuautlapan, especie de santuario gentílico, como el de Escaiela, donde los habitantes primitivos del valle iban á hacer sus doraciones. A menos distancia y al E. N. E., está el cerro de Buenaista, cuyo nombre indica terminantemente su situacion con resecto al valle y las otras montañas de Orizava.

«El cerro de Escamela se levanta en la estensa llanura de su ombre; de él se desprende hácia el Oriente, un pequeño ramal entre a hacienda del Jazmin y el rancho del Espinal, aislado completaiente del resto de las serranías vecinas: desde las alturas de Jesus laría presenta una vista soberbia, con los pormenores que presenta a vista completa de Orizava y sus cercanías».

II.

«El cerro mas próximo á Orizava y mas bajo de los que la roean, es el de Tlachichilco ó *Borrego*.

«Hé aquí la fe de bautismo de ese cerro, cuyo nombre conservará iempre la historia.

«En 1715, una parte de los indígenas del Ingenio, pidió hospialidad á las autoridades de Orizava; estas no tenian terrenos donde oblaran aquellos emigrantes; pero el marques de Sierra Nevada ue poseía, lo mismo que el conde del Valle, los que en esta época mitaban á la poblacion en todas direcciones, les cedió, bajo ciertas eservas, la parte que llamamos barrio de Santa Anita. Entre estas ondiciones les impuso la de que habian de dejar paso en las orillas el cerro de la Angostura ó sea el Tlachichilco, para sus ganados, ue debian ir á pastar á sus tierras del Golfo.

«Establecidos, pues, los colonos allí, dieron al cerro el nombre e *Paso de los Borregos*, y en seguida el de *Paso del Borrego*, como sí llaman á los restos de un puentecillo de cal y canto que existe n el punto que hoy llamamos Tlachichilco.

«Despues se le llamó *Paso del Borrego*, hasta que hoy se generazó el nombre, aplicándoselo tambien á la pequeña sábana que lo epara de la poblacion, y se le llama cerro y llano del *Borrego*.

«Esta montaña, que goza hoy dia de cierta triste celebridad, guró tambien en la guerra de nuestra independencia.

«En sus faldas se pasea en ciertas épocas del año nuestra polacion. Su aspecto es árido y triste en la parte mas próxima á la

ciudad, cuanto es risueña y pintoresca á medida que se estiende a Oriente y se une á las serranías del volcan».

III.

El ejército del general Zaragoza se dirigia á la toma de Orizava despues de la memorable batalla de Barranca Seca.

El 5 de Junio habia llegado el general Gonzalez Ortega á la ciudad de Puebla, donde fué acogido con el mayor entusiasmo.

Ortega ha sido uno de los hombres mas populares como caudillo de la revolucion progresista, su fortuna como soldado ha sido grande, y si alguna vez la suerte le ha negado sus favores, no por eso ha desmerecido en sus cualidades de valor y patriotismo.

México lo recordará en las páginas mas gloriosas de su historia, el viajero pronuncia con emocion su nombre en los desiertos campos de Silao y Calpulalpam.

La adversidad sigue los pasos del bravo general, y esta circunstancia nos favorece para colocarlo en el puesto histórico del cual han tratado de arrojarlo sus adversarios despues de la pérdida de Puebla en 1862 y en el que lo sostiene el sentimiento nacional.

Ortega ha tenido sus errores como todo hombre público, pero como patriota, México se honrará en presentarlo entre sus hombres cuando las pasiones hayan desaparecido en la tumba abierta á la actual generacion.

El general Zaragoza ofreció el mando en gefe del ejército á su antiguo general; este hecho pone en relieve la hidalguía y caballerosidad del héroe del 5 de Mayo.

Ortega le contestó que se honraria en militar á las órdenes de tan bravo caudillo.

Acciones como esta son dignas de un corazon republicano en la heroicidad sublime de sus sentimientos.

IV.

Zaragoza intimó rendicion á la plaza de Orizava, dirigiendo una comunicacion fechada en Tecamalucan á 12 de Junio de 1862:

«Tengo datos para creer que usted y los gefes y oficiales de la division de su mando, han remitido una protesta al emperador, contra la conducta del ministro Saligny, por haberlos arrastrado con engaño á una expedicion contra un pueblo que antes de ahora ha sido amigo del pueblo frances. Esta circunstancia, y el conocimiento de la situacion difícil que guarda el ejército frances y el deseo de procurarle una retirada honorífica, me deciden á proponer á usted una capitulacion, cuya base principal sea la evacuacion del territorio de la República en un tiempo convenido.

«Creo que mi gobierno no reprobará este nuevo llamamiento á la paz; porque sin traslimitar mis atribuciones, puedo evitar el derramamiento de sangre de los hijos de dos naciones á quienes solo el error y la intriga han podido hacer aparecer como enemigos, y este pensamiento ha sido el del gabinete constitucionalista desde el principio de la invasion.

«Si no acepta este ofrecimiento hecho á la parte de los franceses que vienen de buena fe, habré llenado mi último deber en la vía humanitaria, y procederé á cumplir con las órdenes que tengo, pesando entonces la responsabilidad de lo que venga, únicamente en los que se han obstinado en una empresa condenada por la razon y la justicia.—*I. Zaragoza.*»

Laurencez reunió á los gefes de su ejército para consultar sobre la nota de Zaragoza, desconfiando de su opinion; porque desde la derrota de Puebla andaba medio loco el pobre general en gefe.

Despues de muchos proyectos de contestacion, dirigió una evasiva que es como todos los documentos franceses, un tegido de mala fe y subterfugios.

Ocurriósele al desdichado Laurencez declinar la responsabilidad de una decision puramente reservada al gefe de un ejército, en un plenipotenciario.

Hé aquí la célebre nota del derrotado de Puebla.

«Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del general comandante del cuerpo.—No hallándose revestido por su gobierno el general en gefe de las fuerzas francesas en México, de los poderos *políticos*, que los ha conferidos todos á M. de Saligny, le es imposible entrar en la vía de las negociaciones que le es propuesta por el general Zaragoza. El ministro de Francia es el único que tiene autoridad para recibir proposiciones de esta naturaleza.—Orizava, Junio 12 de 1862.—*El general conde de Laurencez.*»

Entrar en relaciones con el infame que habia violado los preliminares de la Soledad y declarado que su firma valia menos que el papel en que estaba puesta, era rebajar la dignidad de la República.

Zaragoza dispuso su ataque, y sin hablar una palabra, se dirigió con su ejército en son de guerra á los alrededores de Orizava.

V.

El dia 13 de Junio llegó Zaragoza con su ejército á una milla de distancia de la garita de Orizava, mientras la division del general Ortega, atravesando el camino de Maltrata, estaria en la tarde del 13 ó mañana del 14 en el cerro del *Borrego*, que como hemos visto, se interpone entre la garita y el casco de la ciudad.

Zaragoza contaba con que el enemigo, batido en su flanco derecho y aislado de su primera línea, tendria que retirarse á la iniciacion del movimiento, y la batalla estaba ganada.

Zaragoza dispuso su ataque que debia comenzar á las once y media del 13, y el fuego de sus armas sería la señal á Ortega para que cargase sobre el punto de la Angostura simultáneamente con las columnas de su campamento que se arrojarian sobre la posicion.

La derecha de la batalla la ocupaba el general Berriozábal, la izquierda el general Antillon, y el centro y reserva la division Negrete y veintidós piezas de batalla á uno y otro lado del camino.

A la hora señalada se rompió el fuego; pero desde luego se observó que los franceses no eran inquietados.

—Ortega aun no ha llegado,—dijo Zaragoza,—mañana al amanecer darémos el asalto.

Pasóse el dia en pequeñas escaramuzas, no sin una grande ansiedad, en espera de la ocupacion del *Borrego*, punto objetivo de la combinacion.

Zaragoza pasó en vela la noche, recorriendo su campo y temiendo una salida de los franceses.

El hombre del 5 de Mayo no sería jamas vencido por el enemigo estrangero.

Pocos meses despues, amigos y adversarios, decian con voz solemne:

—*¡Ya estaba escrito!*

VI.

El general Gonzalez Ortega habia hecho una peregrinacion que formará época en nuestra historia.

Las cuestas de Maltrata no han recibido hace muchos años el golpe de la barreta.

Ortega tuvo que enviar una seccion de zapadores que fuera separando las piedras y la yerba que obstruia la antigua vía.

Entre aquellas rocas caminaban nuestros sufridos soldados, llevando en muchos puntos la artillería en peso.

Conservando en lo posible su formacion, atravesaba aquel valiente ejército las rocas y las malezas, perpétuo y terrible obstáculo para una marcha en que se contaba minuto á minuto su duracion.

Llegó la noche, y las sombras formaron un denso velo que no podia romperse con el fuego de las hachas, porque el enemigo se apercibiria y la combinacion estaba perdida.

Entonces con un entusiasmo heróico, aquí desbarrancándose un grupo de infantes, allí quebrándose el armon de una pieza, mas allá desgranándose las ruedas de un carro, allá rodando un caballo en el abismo, siguió la pesada marcha del ejército en un silencio sombrio, precursor acaso del desastre.

Aquella tropa de héroes merecia la victoria.

Repentinamente se alzó un murmullo casi imperceptible que circuló desde las primeras filas hasta las últimas, como un golpe de viento sobre las espigas de un sembrado.

El ejército estaba sobre la cima del *Borrego*.

A corta distancia se veian las luces de la ciudad y las fogatas del campamento enemigo; hasta el toque de las campanas se escuchaba en la cima de la montaña.

Ortega hizo conducir media batería de montaña á *tiro de pistola* de la garita.

Al amanecer, los franceses se encontrarian flanqueados y en toda regla debian retirarse hácia el flanco izquierdo y defenderse en la ciudad.

Zaragoza habia concebido el plan mas seguro, y su combinacion no podia turbarla sino esa mano invisible de la fatalidad.

Organizáronse las columnas en el mayor silencio.

El 4º batallon de Zacatecas sostenia la posicion avanzada.

Las piezas tenian descubiertos sus fuegos sobre la garita y la ciudad.

Practicóse violentamente un camino hácia la cima del cerro, por donde apenas cabia un infante.

En aquel punto se colocó el Batallon de Durango y el 1° de Zacatecas, luchando con las dificultades del terreno y la oscuridad de la noche.

El valiente general Llave y coronel Pedroza quedaron á la vanguardia del ejército.

Cierto es que el general Gonzalez Ortega no habia podido llegar el 13 á las *once y media;* pero se encontraba dispuesto para el asalto que debia tener lugar el 14 á la madrugada.

El general dió parte á Zaragoza de que su ejército ocupaba la eminencia del *Borrego*, señalada en el plan de operaciones para el próximo asalto á la ciudad de Orizava.

VII.

En el campamento frances reinaba una grande inquietud.

Laurencez y Saligny se paseaban tras uno de los parapetos empeñados en una conversacion acalorada.

—Señor conde,—decia Laurencez,—estamos perdidos, no creo en el éxito de un asalto; pero el sitio es infalible, á esta hora debe estar interrumpido el camino de Veracruz

—Es necesario pensar,—respondió Saligny,—porque el negocio está muy serio.

—Me habiais dicho que nos recibirian con flores, y no son malas las que nos ha enviado todo el dia en sus granadas el enemigo.

—Almonte me ha engañado como á un chino.

—No debiais haber creido en la palabra de ese hombre que vive en el mundo de las ilusiones.

—Ya lo veo.

—Ahí le teneis dando decretos, queriendo volver su papel dinero, y despues derogando los acuerdos que ayer le parecian excelentes.

—Eso me tiene sin cuidado, porque al gefe supremo no hay quien lo obedezca, y si Zaragoza toma Orizava, será al primero que cuelgue de una almena.

—Lo deseo ardientemente, porque me ha expuesto al bochorno de una derrota, estoy seguro que S. M. el emperador me va á destituir.

—Ya he escrito que no teneis culpa alguna en el descalabro del 5 de Mayo.

—Yo estoy perdido en el presente y en el porvenir.

—Mañana va á ser un dia funesto para nosotros.

—Mucho lo temo, porque la tropa comienza á perder la moral.

—Eso sí me asusta.

—No obstante, estoy seguro de rechazar á Zaragoza.

—No creáis que se lance así no mas sobre las trincheras, eso sería una gran fortuna para nosotros, porque la derrota era inevitable.

—¿Qué hora teneis?
—Las doce y media.
—Durmamos un momento.
—Yo velo esta noche, señor ministro.
—Buenas noches.
El conde Laurencez siguió sus paseos entregado al dolor de sus pensamientos.

VIII.

—¿Quién vive?—gritó el centinela del parapeto al oir el galope de un caballo.
—¡Amigo!—respondió el ginete.
—¡Alto!
Don Fernando Moncada, que se hallaba en el Estado Mayor de Laurencez, salió precedido de una patrulla á reconocer al hombre del caballo que se acercaba á hora tan avanzada de la noche.
Reconociéronse Manzanedo y don Fernando.
—Gracias á Dios,—dijo Manzanedo,—que os encuentro, señor conde.
—Mucho debe importaros, donde os atreveis á atravesar entre el campamento enemigo.
—Sí, mucho; vengo á avisaros que estais perdidos.
—Eso ya lo sabemos, mi presencia aquí os lo puede anunciar, he querido morir matando, y soy ayudante del general Laurencez.
—Este incidente favorece mi empresa, conducidme al cuartel general.
—Es en vano, aquí está Laurencez.
—Necesito hablarle.
—Venid, amigo Manzanedo.
—Estoy muerto de cansancio, casi no puedo andar.
—Apoyaos en mi brazo.

IX.

Los dos aventureros se dirigieron al parapeto donde el general se paseaba aún agobiado por lo terrible é imponente de su situacion.
—Señor general,—dijo don Fernando,—aquí os busca una persona.
—¿Le habeis reconocido?... ¿viene desarmado?... ¿quién es?... ¿á qué viene?... ¿qué me quiere?... Llevadlo preso al momento.
—Es un amigo mio que trae negocio de importancia.
—¡Ah! es vuestro amigo, vos me respondereis de un atentado...
—Con mi vida, señor general.
—Pues que adelante, y pronto, porque yo tengo algunas cosas importantes de que ocuparme
Adelantó Manzanedo, y saludando apenas á Laurencez, le dijo:
—Una persona que vos conoceis, y que se halla en Puebla en estos momentos, me envia á comunicaros una noticia en que va vuestra existencia y la del ejército frances.

—Hablad, ya sé quien os envia.

—El general Ortega se ha desprendido del campo de Zaragoza, y por las cuestas de Maltrata y esta noche llegará al cerro del *Borrego.*

—¡Es imposible, caballero! he practicado esta tarde un reconocimiento y no hay camino posible.

—Señor general, vos no conoceis á Gonzalez Ortega.

—¿Y qué importa? ese hombre no puede hacer milagros.

—Creedme, señor general, el ejército republicano os flanqueará mañana al amanecer.

—Voy á practicar otro reconocimiento y á poner á mis esploradores, esta misma noche os daré mis instrucciones para que volvais á Puebla.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Alojaos en el cuartel general.

—Me quedo en la garita con vuestro ayudante Moncada.

—Como gusteis.

Laurencez mandó á sus esploradores, que regresaron dándole la noticia de que las fuerzas republicanas habian ocupado el cerro del *Borrego.*

X.

El ejército de Gonzalez Ortega estaba rendido de fatiga por marcha tan trabajosa.

Luego que entraron en calma los soldados se entregaron al sueño, fiados en la vigilancia de las guardias.

El oficial que custodiaba las piezas avanzadas á la primera línea, y que habia hecho el camino á pie, se rindió al sueño.

Laurencez formó una columna con los soldados del 99 de línea y encomendó la expedicion á uno de sus gefes mas avisados.

El general frances jugaba el todo por el todo.

Si sorprendia á Ortega, la cuestion se aplazaba; si Ortega se mantenia firme en sus posiciones, era necesario retirarse y despues capitular.

La columna avanzó lentamente sobre la falda del cerro en el mayor silencio y con todas las precauciones de quien va á sorprender á su enemigo.

Ligeros como el rayo, rápidos como el golpe telegráfico, se lanzaron sobre las piezas y acuchillaron á los artilleros.

Avanzaron decididos sobre el batallon de Zacatecas, que estaba en un profundo sueño, y comenzaron á asesinar á los infelices soldados.

Apercibido el general Llave de lo que pasaba, dejó oir su voz en medio de aquel terrible desórden, y lanzó á los soldados que pudo organizar sobre los asaltantes, trabándose un combate sangriento en la oscuridad de la noche.

El enemigo fué rechazado y sus fuegos apagados por un instante.

El general Ortega conservó su sangre fria en aquellos momentos, segun aparece por las órdenes que dió sobre el campo.

Dispuso que el general Llave se encargara de las compañías del 4º batallon, no obstante que habia perdido la moral, segun avisó el general Llave, y que siguiera ocupando su puesto sin ceder un palmo al enemigo.

Mandó que el general Alatorre, con dos compañías del primer batallon de Zacatecas, reforzara al general Llave.

Ortega se quedó en el centro, que era el punto que estaba defendido.

XI.

Laurencez, que habia logrado su objeto, quiso completarlo y envió una fuerte columna luego que percibió que sus fuegos habian sido apagados.

Antes de las cuatro de la mañana y en medio de una densa oscuridad, se renovó el combate en una lucha reñida y sangrienta, sosteniéndose el ataque en los dos puntos en que estaba el ejército de Ortega.

El combate dió por resultado la muerte del coronel que quedaba del otro batallon de Zacatecas, Dagoberto García; del teniente coronel del batallon de Durango; y Fortunato Alcocer cayó espirante á los pies de su bandera.

Yacian tendidos en el campo presa de heridas mortales, el gefe de Durango, el teniente coronel del batallon que poco antes habia perdido á su coronel, y el general Llave.

Alatorre quedó cortado sin que le fuera posible reunirse á la fuerza de Ortega, que luchaba desesperada defendiendo el centro de sus posiciones.

Sin gefes, y con multitud de heridos, sin tener donde colocarlos, sino en el pequeñísimo terreno que ocupaban las fuerzas, lleno de arbustos, de peñas y de barrancas, se resolvió Ortega á hacer un último y supremo esfuerzo, alentó con voz de trueno á sus soldados y oficiales en medio del fuego que sostenian al subir las fuerzas francesas la cima de la montaña.

Trabóse de nuevo la batalla con un encarnizamiento espantoso, y solo se oía en la oscuridad el choque de las bayonetas y el alarido salvage de la matanza.

Los tiros se disparaban á quemaropa y sin saber quien daba la muerte ni quien la recibia.

Las tinieblas envolvian en un manto de muerte á los combatientes.

En medio de aquella confusion espantosa se oía el acento aterrador de Ortega, que llamaba en torno de sí á sus soldados y los excitaba á combatir como buenos.

Aquella voz que el bravo general queria que fuese una bandera para sus soldados, una bandera de fuego que se distinguiera entre el seno de la oscuridad, atrajo á los franceses que buscaron con sus bayonetas el pecho de donde salia.

Acercóse un soldado frances, percibió al general Ortega y se lanzó para darle la muerte; pero el jóven Joaquin Ortega, que tenia

preparado su revolver, lo disparó sobre la frente del soldado, que cayó muerto á los pies del general.

XII.

Aquella confusion no podia durar, era necesario poner un término al combate, porque aquella zambra mortífera era la precursora de una completa derrota.

Los clarines comenzaron á tocar retirada.

Ortega comenzó á hacerse centro de sus batallones, y luchando palmo á palmo, y muriendo y matando, y dejando un reguero de sangre en las rocas del camino, se puso fuera del alcance de los franceses, sin que estos quisieran aventurar su triunfo en una marcha infructuosa.

Laurencez habia logrado desalojar á Gonzalez Ortega de la cuesta del *Borrego*.

Aquello sin duda era una victoria.

Ortega se detuvo á doscientas varas del enemigo, y con el resto de su ejército esperando las órdenes de Zaragoza para ayudarle en su movimiento.

A las nueve de la mañana, comprendiendo que el plan estaba frustrado, atravesó las cuestas y tomó cuarteles en el pueblo de Jesus María, donde fechó su memorable nota que se registra en la historia, el 14 de Junio de 1862.

Ortega, siguiendo la ley invariable de la guerra, lleva sobre sí la responsabilidad de esa derrota.

Los esfuerzos heróicos del mariscal Ney no han podido absolverlo de la derrota de Waterloo.

Zaragoza absorbe los rayos de gloria que alumbraron á todo su ejército, y su nombre se saludará único en los recuerdos nacionales.

XIII.

Al amanecer de ese dia funesto y en los momentos en que Ortega era sorprendido en la cima del *Borrego*, Zaragoza rompió su fuego de artillería sobre el enemigo.

Laurencez, seguro con la victoria alcanzada sobre Ortega y viendo cubierto el flanco por donde hubiera recibido la herida mortal de la derrota, contestó con sus cañones los disparos del campo republicano.

El general Santiago Tápia cayó herido á los primeros disparos.

Zaragoza estaba sombrío como la fatalidad, atravesaba en todas direcciones recorriendo su batalla, los proyectiles se arrastraban á los pies de su caballo, parecia que la muerte lo seguia de cerca sin osar á aquella existencia reservada á la mano poderosa de Dios.

Unos oficiales dispersos trajeron al campo la noticia del desastre.

Entonces ya no habia mas que retirarse á meditar un plan nuevo para dar un golpe seguro al enemigo.

Zaragoza no queria retirarse á la luz del dia.

Laurencez, envalentonado y orgulloso con su triunfo microscópico, adelantó una columna al campo republicano, creyendo poder arrollar á los soldados de Puebla.

Brilló en el rostro de Zaragoza una irradiacion de gozo salvaje.

Mandó callar su artillería, mientras Berriozabal organizaba sus columnas.

Luego que los franceses se acercaron á tambor batiente y paso redoblado, protegidos por sus cañones rayados, á una distancia de doscientos métros, Zaragoza mandó romper el fuego, y veinte piezas de batalla vomitaron bronce por sus bocas de hierro, convergiendo sobre la columna que retrocedió espantada.

Rehízose á los pocos instantes y tornó á embestir con bravura; entonces artillería é infantería descargaron sobre el enemigo, que diezmado y en dispersion llegó en fuga á sus parapetos.

Zaragoza estaba satisfecho.

La fortuna le habia arrojado un laurel mas á su frente en medio de la terrible vicisitud que hirió de muerte á una seccion de su ejército.

A las doce de la noche movió su campo en direccion á Tecamalucan.

CAPITULO VI.

De cómo hay sueños que parecen realidades, y realidades que parecen sueños.

I.

La noticia de la retirada fué un rayo de luz en el alma de doña Blanca de Montemolin, que se creía enteramente perdida y alistaba su viaje para Inglaterra.

Las circunstancias la favorecian para entrar en el mundo de la intriga, toda vez que el movimiento de Zaragoza importaba un armisticio.

Aquella suspension era de buen agüero para la hija de Cárlos Luis de Borbon, sus esperanzas se reanimaron como las plantas al rayo del sol.

Aquella muger ambiciosa puesta en contacto con los hombres de la intervencion y comprometida en la lucha revolucionaria, tentaria cuantos medios estuviesen á su alcance para la realizacion definitiva de sus planes.

La infeliz condesa seguia en el alucinamiento de sus ensueños, en el vértigo siempre creciente de su delirio.

La noticia dada á Laurencez sobre el plan de Zaragoza y comunicada casualmente por sus espías, habia surtido un éxito completo, y los franceses se hallaban satisfechos, porque sin el aviso de doña Blanca, Laurencez estaba derrotado.

Cuando la Montemolin vió regresar en cuadro á aquellos her-

mosos batallones que dias antes habian atravesado orgullosos por la ciudad, se quedó profundamente pensativa.

—Así es la gloria,—murmuraba la jóven,—humo que se disipa al primer choque del viento, ¡ola que se apaga con las arenas de la orilla!... ¡Ayer todo era gloria, porvenir, ilusion, felicidad; hoy tornan del campo de sus esperanzas con la frente cubierta de polvo y el semblante cadavérico por la desesperacion!... ¡pobre humanidad! ¡siempre soñando!...

Doña Blanca no comprendia que ella formaba parte de esa larga série de soñadores que ven despiertos imágenes y horizontes que no existen.

Rodeada del centro luminoso que irradia en el cerebro cuando se va en pos de lo desconocido, y que dándole forma al pensamiento se cree tocar ese resorte que una vez movido nos dará entrada al mundo encantado de las apariciones y de la gloria, no percibia que entre el hombre y sus esperanzas hay siempre un abismo sin fondo que se llama *predestinacion.*

Jóven, descendiente de una raza tenaz y caprichosa y nacida bajo el sol de España, su pensamiento era un foco de fuego que la llevaria á las empresas mas irrealizables y al camino mas estraviado.

Educada en Inglaterra, creyendo en sus primeros años que alguna vez le prestaria su sombra ese ancho dosel de la monarquía española, teniendo siempre súbditos á sus órdenes, porque á los Borbones les sirven aún de rodillas en su destierro; se creía digna de figurar entre los suyos.

Se alzaba á la altura de su nombre, veia á doña Isabel II como á la gran usurpadora de los derechos de su padre, creía que despertando al pueblo al grito sonoro de una *restauracion,* se levantaría proclamando á la raza desheredada, y todo aquel aparato brillante desapareceria ante la legitimidad de los hermanos de Fernando VII.

Veía á su lado al héroe de la revolucion carlista, á ese conde de Morella tan temido, á esa espada que habia brillado vencedora en cien campos de batalla, y que dejaria el escudo de armas del veterano á la primera señal de sus señores.

Doña Blanca creía tener en sus manos el rayo.

Cuando vió aplazarse la revolucion legitimista, desde aquella isla arenosa centro del poder y de la civilizacion, se volvió á los mares de la India Occidental, y en el vírgen continente creyó ver su acta de *reconocimiento.*

Atravesó en pos de ella las olas del Atlántico, tocó con atrevida planta las playas mexicanas, y cediendo á la mision que de antemano se habia impuesto, entró en el anfiteatro de lo política como el gladiador del destino, llamó á la fortuna, la retó en un duelo á muerte, y la fortuna que por un momento se mostró orgullosa, yacia vacilante, indecisa ante la arrogancia magnífica de aquella muger.

II.

Zaragoza se habia retirado del campo de Orizava, esto era un golpe terrible á la revolucion; no obstante, la alarma crecia en el campamento frances, porque el héroe de Puebla era una amenaza constante, era la nube preñada de rayos y que vagaba en el espacio, el primer choque sería terrible.

Laurencez se parapetaba lleno de terror, y la nacion entera llena de fe y entusiasmo, lo esperaba todo de Zaragoza.

Nadie podria creer que el bravo general cederia los honores de la victoria sin haber perdido tras la última fila su existencia.

Laurencez no se atrevia á dar un solo paso fuera de sus parapetos, estaba en jaque perpétuo.

El presidente Juarez apeló lealmente al juicio nacional, hizo un llamamiento al pueblo.

«El gobierno supremo de la República, que ni se enorgullece con los trinfos ni se abate con los reveses, ha dictado en el acto las órdenes que demandaba el caso, y cuyo resultado será que antes de tres semanas esté repuesta la fuerza perdida y nuestro ejército en posicion de volver á tomar sobre los invasores la ofensiva que solo se suspende momentaneamente.

«El pueblo mexicano se ha mostrado hasta hoy digno de la causa que defiende, y no serán los azares de la guerra los que le hagan cambiar la conciencia que tiene de su justicia.

«El gobierno marcha adelante de ese mismo pueblo con una bandera invencible, porque es nacional, y con una fe firme de que el destino futuro de México es ser República soberana é independiente.»

El país entero respondió á la evocacion de sus sentimientos patrióticos, y se agrupó armado en torno de su estandarte.

Los Estados todos de la Confederacion mexicana alistaron su contingente de sangre, y á los pocos dias surcaban en todas direcciones partiendo de la circunferencia al centro, cuantos hombres pudieron armarse, para formar un núcleo poderoso y ponerse frente á frente de la arrogancia de los ejércitos de Napoleon III.

III.

El estudiante Mondoñedo seguia muy grave de su herida á consecuencia del atentado de suicidio, en el arranque terrible de su amor burlado.

Sabia que una señorita Amalia Brown, sin sospechar que doña Blanca se hubiera atrevido á pisar los sagrados umbrales de aquella casa, se hallaba alojada en compañía de Eloisa.

El estudiante no habia dado importancia á aquel suceso, primero, porque su enfermedad se hacia cada vez mas grave, y segundo, porque habia en la ciudad gran número de emigrados, y no encontraba estraño que el Sr. Mons diera albergue á sus amigos.

Cuando doña Blanca supo que Mondoñedo se encontraba allí,

conoció el peso de su imprudencia, pero resuelta á afrontar todo cuanto sobreviniese, esperó la noche para entrar en el cuarto de su antiguo apasionado.

La casa estaba en silencio y la noche avanzaba en todo su peso.

La calentura tenia aletargado al estudiante, que deliraba en voz alta.

La estancia estaba alumbrada por la luz ténue de una lámpara encubierta con el velador.

Dió la una en el reloj del aposento de doña Blanca.

Salióse recatadamente, atravesó los corredores, empujó levemente la puerta de la estancia, y se detuvo, porque creyó oir alguna voz.

Mondoñedo seguia agitado en su delirio.

—Ella, sí, ella, tan hermosa como siempre; hay dos llamas que salen de sus ojos y penetran en mi corazon... silencio.... silencio... sus lábios se mueven y la vision va á hablar... me llama... qué me quieres?... Ya he sacado mi corazon del fondo de mi pecho para ofrecértelo, y lo has estrujado con tu planta... oye, mírame arrodillado á tus pies con la frente apagada por los pesares; pon tu mano en mis megillas, conservan aún la humedad del llanto; porque he llorado mucho por tí... mucho, hasta agotarse el raudal de mi alma... El ardor calenturiento de mi cerebro ha acabado por calcinar mi pensamiento y con él las imágenes todas de la juventud, sobre esas cenizas queda en pié una vision... ¡ella!... Yo te he amado como al Dios de mi existencia... tu amor se puede contar por los latidos de mi corazon y las terribles convulsiones de mi espíritu... Yo he sentido palpitar la vida cuando tus ojos se han posado en los mios y tus miradas han caido á plomo sobre mi existencia desgraciada... Inclinas tu cabeza y tus ojos se llenan de lágrimas al ver las heridas profundas de mi corazon... acércate... mas... mas todavia...

Estremecióse el estudiante como si la vision de su sueño se acercase realmente á su lecho.

—Delira,—dijo doña Blanca, y avanzó hasta la cabecera del enfermo.

Mondoñedo abrió los ojos calenturientos, y exhaló un grito que apagó la atrevida mano de la condesa.

—¡Silencio, por Dios!—dijo doña Blanca;—silencio, ¡yo os lo suplico en nombre de vuestro amor!

El estudiante comprendió que era realidad lo que pasaba á su vista, y se incorporó decidido á despedazar el velo de aquel misterio.

—¿Qué buscais aquí, señora?

—Necesito hablaros.

—¿Cómo habeis penetrado en esta casa?

—Bajo el nombre de Amalia Brown.

—¡Pero esto es horrible!

—Silencio.

—¿No sabeis que la señorita Mons es la novia de don Fernando?

—Lo sé, caballero, esto me ha traido.

—¿Pero qué intentais, señora?

—Nada, joven, nada.

—No comprendo entonces vuestra permanencia en esta casa.

—Vais á oirme.

—Ya os escucho.

—No se os esconde que soy hija de Cárlos de Borbon.

—Lo supe esa noche funesta que ha dejado huellas tan hondas en mi corazon.

—Oidme: arrojada en ese turbion, estoy empeñada en una lucha tremenda en la que juego mi existencia ya comprometida.

—Señora, os compadezco.

—Vos, sabeis que conspiro incesantemente, que no he traido otro objeto á esta ciudad.

—Señora, callad por compasion, no me hagais cómplice de vuestros secretos.

—¿Y qué importa si ante vos aparezco como soy?

—Yo nada sé, nada quiero saber.

—Una sola palabra de vuestros lábios será suficiente para perderme.

—No la pronunciaré, señora; no os devolveré ofensa por ofensa.

—Yo apelo á vuestra caballerosidad.

—No teneis derecho á ella; pero sois una dama y no atropellaré los deberes que me impone mi honor.

—Gracias, caballero.

Guardaron ambos personajes un prolongado silencio. Mondoñedo veía á su lado á aquella muger que habia sido la primera pasion de su vida, sentia por momentos volver á su corazon aquel cariño gigante de otros dias, la presencia de doña Blanca le subyugaba y sus fuerzas se agotaban ante la ilusion que resplandecia por momentos en el horizonte de aquella alma hecha pedazos.

La hora, el silencio de la noche, la hermosura deslumbradora de aquella muger destacándose en las sombras trasparentes de la estancia, todo contribuía á excitar aquel cerebro presa de la calentura.

—Rosa, Rosa,—dijo al fin el estudiante;—yo no sé que sois Blanca de Borbon, me parece veros en la casa donde os conocí bajo ese nombre y al amparo de un anónimo dulce y trasparente.

—Callad, caballero.

—¡Era entonces tan feliz!... sí, porque vivian mis esperanzas y mi corazon soñaba con el paraiso del porvenir... el amor de Rosa era toda mi ilusion, todo el sueño de mi espíritu... aun no caía de mis ojos la espesa venda que vuestra mano habia puesto delante de mí... ¡qué bello era amaros! sentir en el fondo del pecho la bienhechora sombra de la ilusion; porque yo os amaba con frenesí, como nadie ha amado hasta ahora; ¡por vos hubiera sido capaz de todo, os lo habia dicho, hasta de un crímen!... aquella pasion estaba engendrada por un sentimiento impío, que debia horrorizaros, ¿no es verdad? No era el arco del cielo sobre el corazon, era el génio de la fatalidad quien me impulsaba hasta vos en el aliento del infierno... ¡huid!... ¡huid!... este fuego es de maldicion... lo creía

extinguido... muerto... y ahora vuelve á abrasar mi alma; creía que ya no os amaba, y sin embargo, palpita mi corazon como en aquellas horas de demencia en que érais para mí el arcano de la vida, el centro de ese mundo que giraba en torno de mi existencia... apartaos... ved que estamos solos y la fiebre acude en una irradiacion terrible á mi cerebro... ¡huid por compasion!

Doña Blanca tomó la mano del mancebo y le dijo dulcemente:

—Si mis lágrimas son bastantes para que me perdoneis todo el mal que os hecho, miradme, ¡el llanto corre por mis pupilas, y el dolor oprime mi corazon!

—¡Me vuelvo loco!—esclamó Mondoñedo;—yo no tengo que perdonaros, todo lo debo al destino... ¡vos sois el ángel de las venganzas!...

—Yo me arrepiento, no os conocia; cuando me he asomado al abismo de vuestro pecho, os he visto grande, y he retrocedido llena de espanto.

—Os tengo miedo, os volveis á apoderar de mis sentidos como antes, vuestro contacto me contagia, tened compasion de mí; nada temais, mi alma es un sepulcro, y vuestro secreto quedará en esa tumba donde duermen mis ilusiones.

—Nada os exijo.

—En cambio, os exijo una promesa.

—Hablad, caballero.

—Juradme que la señorita Mons no está amenazada con vuestra presencia.

La condesa reflexionó un momento, y dijo solemnemente:

—¡Lo juro!

—Juradme que la ampararéis, si por alguna fatalidad la desgracia la persigue.

—¡Lo juro!

IV.

El estudiante cayó otra vez en el sopor vago de la fiebre, y la aparicion de la condesa comenzó á desvanecerse en el mundo irrealizable hasta confundirse en el tropel de visiones que embargaban su fantasía.

La condesa llegó á su aposento y se puso á pasear como una demente.

—¡Dios mio!—esclamaba,—¿cómo salir de este huracan que envuelve mi existencia?... Cuanto mas se acerca el momento en que debo ver realizar mis esperanzas, mas turbacion se filtra en mi espíritu y mas se abate mi corazon... á veces maldigo la ambicion que me arrastra fuera de mi hogar y á un terreno desconocido... quisiera volver á Europa... pero no; sería horrible haber venido en pos de un título para estar en el sólio de mi rango, y tornar proscrita y desairada... ¿Cómo me presentaria ante don Juan de Borbon?... Solo el conde de Morella me indemnizaria con su cariño paternal de las angustias que he sufrido... ¿Y qué me importaria su ternura llevando un nombre supuesto, porque los Borbones no re-

conocen á la hija del príncipe don Cárlos?... Es necesario luchar, luchar hasta el fin con el destino... los últimos golpes á ese génio de la adversidad han sido terribles... aun escucho el ruido de los cañones... no vuelvo aún de esa pesadilla... pero esos ecos de muerte se han alejado como los truenos de la tempestad... comienza una nueva era en la política, y las alas de mis aspiraciones se abren á una atmósfera mas tranquila... ¡Esperémos!... ¡Esperémos!

V.

La luz del crepúsculo comenzaba á penetrar por los cristales de las ventanas, y doña Blanca permanecia aún entregada á sus pensamientos.

La ciudad levantaba ese rumor vago que hace al despertar.

Los tambores tocaban dianas y los bronces sagrados saludaban la primera luz del amanecer.

La jóven se sintió fatigada por vigilia tan prolongada, y tirando las cortinas, se entró en el lecho y durmió profundamente.

CAPITULO VII.

De la oruga que mina el cimiento del pedestal.

I.

El general Zaragoza habia llegado á la capital para ponerse de acuerdo sobre el plan de campaña.

El pueblo acudió en masa á felicitar al héroe del 5 de Mayo, y rendir sus homenages al génio de la victoria.

El pueblo ignoraba que sus sagradas ovaciones serian las últimas que tributaria al vencedor de los franceses durante los cortos dias de su existencia.

Zaragoza recibió las felicitaciones patrióctícas de la capital y á las veinticuatro horas regresó á su campamento.

Nada mas alegre que la poblacion de San Agustin del Palmar durante la estancia de las fuerzas republicanas.

Los hermosos portales estaban llenos de gente y la plaza enteramente cubierta de vendimias.

Las mugeres de los soldados llenaban los cuarteles y la mayor animacion reinaba en el campamento.

El capitan Martinez, que estaba convaleciente de su herida, hacia centro de conversacion en una fondita del Palmar.

—Señores,—decia á un grupo de amigos entre los que se hallaba Santiago Gonzalez;—yo soy carne de perro, ya estoy como si nada me hubiera pasado; ¡demonio! no ha dejado mala señal en el carrillo; la cuestion se reduce á dejarse crecer la barba, cuando la tenga y me nazca de corazon.

—Capitan, usted tiene al diablo dentro.

—No lo crean ustedes, yo soy capaz de meterme dentro de él; ese dia de Barranca Seca por un tris clavo la salea; figúrense ustedes, que nos encontramos con las caballerías, y hubo una de Dios es Cristo; cuando mas empeñados estábamos en el pleito, cate usted que le echo ojo á un alazan árabe grande como un camello; me lanzo sobre el cazador que cayó instantáneamente al golpe de mi machete, porque hay gentes muy delicadas; ya me preparaba á apoderarme del troton, cuando ¡cataplum! sentí un golpe en la cara como si se me hubiera derrumbado la torre de San Francisco; ví estrellitas, y soles, y cometas, y caí ni mas ni menos que el cazador de Africa; despues nada supe, hasta que mi amigo me echó un asperges de agua fria, y supe que no me habian muerto.

—Trabajo les ha de costar enterrar á usted, mi capitan.

—Como que ya en el regimiento me han puesto por sobrenombre el *gato*, aludiendo á las siete vidas que tengo.

—Si hubiera usted estado en el Borrego, hubiera presenciado una zambra infernal.

—Lo siento en el alma; pero mientras esté vivo me he de *rifar* en todas, porque cosa mala nunca muere.

—¿Y qué dice el general?

—Viene muy contento de México, le han hecho mas fiestas que á la Virgen de Guadalupe, y *tata* Benito le ha dicho que haga cuanto le diere la gana.

—¡No faltaba mas que le pusiera restricciones!

—El general por modestia ha ido á México; pero él sabe bien que lo que diga es la ley, y si no, aquí estamos nosotros para sostenerlo: ¡patrona! eche unos vasos de cerveza, y no se me ponga tan cerca, porque la enamoro aunque sea delante de su marido.

La patrona hizo una mueca graciosísima y llevó botellas á la mesa del capitan.

—¡Por la bota de mi general Arteaga! que esta cerveza está mas fermentada que la sangre de Pablo Martinez: patrona; á la salud de esos ojos, y sobre todo, de esas manitas que guisan tan bien el *mole de pecho*.

Donde estaba el capitan, habia siempre gresca, y pleitos, y cuchilladas.

—¡Muchacho! ponle tabaco á esta pipa.

—¿Ya se ha vuelto usted frances, mi capitan?—dijo la patrona, que era una muchacha muy guapa.

—Mira, *Tulitas*, si no tuvieras ese *no sé qué*, te respondia con mi pistola; pero á tí te contesto con un abrazo.

Diciendo y haciendo, se levantó y le dió un estrecho abrazo á la fondera.

Todos los concurrentes á la fonda aplaudieron.

—¡Siga la bola!—gritó Santiago Gonzalez;—¡mas cerveza, que el capitan paga!

—Oigan sonar las habas, que mañana es *vigilia;*—exclamaba Martinez sonando el dinero que llevaba en las bolsas de la *calzonera*, —y si falta, traigo á la cintura la serpiente de nuestra madre Eva llena de oro, y no son capaces de tomarse todo lo que yo pague.

—¡ Viva el capitan Martinez !—gritó la patrona.

—¡ Viva!—repitieron los oficiales.

—¡ Señores !—gritó el capitan,—propongo un brindis por el doc tor Cuevas que me ha sanado de la herida, y que se halla de *Camil* junto al comandante Mondoñedo.

—Pido la palabra, señores,—dijo en alta voz Santiago Gonzalez

—¡ Arriba !... ¡ arriba !

El estudiante se paró sobre la mesa, y comenzó su perorata.

—¡ Conciudadanos del ejército de Oriente, caballeros concurren tes y galopines de la fonda, salud !

—¿ De mí no se acuerda usted, señor doctor ?—preguntó la pa trona.

—No he concluido todavía,—respondió Gonzalez, y continuó s brindis :

—Señores, y muy ilustre patrona del establecimiento, que tenei el honor de servir los manjares á tan distinguidas espadas...

—Hombre, las espadas no almuerzan,—gritó Pablo Martinez

—Tiene razon el capitan,—dijo la muchacha.

—Hablo en sentido figurado.

—Que esplique eso *Tanta-Lancha*,—gritó Martinez aludiendo un teniente que estaba al estremo de la mesa, y era conocido por es nombre en el ejército.

Tanta-Lancha es un mozo de media edad, á quien le falta el oido aunque no del todo, circunstancia que le hace aparecer sereno e las horas del peligro.

El teniente ha estado en las filas de la revolucion desde el pla de Ayutla, y lo conocen en toda la República; amigo fiel y hombr honrado, es una ganga encontrárselo en un pueblo ó en un camino ya se cuenta con que no falta que comer, ni un buen trago con qu remojar el gaznate.

Tanta-Lancha tiene dificultad para hablar, pero la mímica le e familiar y tiene una práctica admirable.

El teniente era enamorado de primera fuerza y habia situad sus baterías al estremo de la mesa, desde donde atisbaba como u coyote á la fondera, haciéndole muecas y contorsiones que la chic no echaba en saco roto.

Cuando *Tanta-Lancha* vió que á él se dirigian todas las miradas preguntó por señas de lo que se trataba.

—De una dificultad,—contestó Martinez;—se trata de saber si la espadas comen.

El teniente contestó por la afirmativa, asegurando que la suy habia tomado beefsteak de cazador de Africa y roastbeef de zuav

Un aplauso general resonó en toda la fonda.

—¡ Siga el brindis, siga el brindis !

—Puesto que he ganado la cuestion,—dijo Gonzalez,—voy á pr seguir : Perdone la concurrencia que tome la...

—¡ Tomemos todos !—gritó el capitan Martinez interrumpien á Gonzalez.

—Tomemos,—dijeron á una voz todos los circunstantes.

—Se trata de tomar la palabra, señores y caballeros.

—Eso es otra cosa; en ese caso, usted toma la palabra y nosotros ı cerveza, y adelante con la cruz que el diablo se lleva al muerto.

El estudiante no era hombre que se desanimaba por tanta interupcion; ya una vez en la tribuna popular, lo tenian de tolerar *elis nolis.*

—Decia, señores, que el capitan Martinez, gefe de este motin, ɜ ha dignado hacer un recuerdo, tributar una memoria al sin par octor Felipe Cuevas, y que yo me encuentro en situacion de contesır á su nombre.

—¡Adelante!... ¡adelante!

—Debo comenzar...

—¡Con mil diablos!—volvió á interrumpir Martinez,—si hace una ora que ha comenzado.

—Que no empiece por el principio,—dijo Tanta-Lancha.

—Es buena idea, se aprueba.

—¡Se aprueba! ¡se aprueba!

—Continuaré por el fin,—dijo Gonzalez perfectamente tranquilo: -la voz de los buenos soldados del ejército de Oriente, combinada on el equinoccio de los fundamentos anti-diluvianos de la mitología ırcalina, es por lo tanto...

—¡Bravo! ¡bravo! ¡eso sí que es tener talento!—gritó el capitan, -¡viva la Ambulancia!

—¡Viva! ¡viva!

En aquellos momentos se dejaron oir los clarines tocando marıa.

—El general Zaragoza ha llegado, ¡viva el general Zaragoza!

—¡Viva! ¡viva!

La multitud salió á la plaza, y á pocos instantes, seguido de sus yudantes, atravesaba el general rumbo á su alojamiento.

Santiago Gonzalez no quedó con auditorio que escuchase el final e su brindis.

—¡Esto es horrible!—exclamó el estudiante,—señora patrona, enga usted en nombre de la buena educacion á escuchar mi disırso.

—Señor Gonzalez, bájese usted de la mesa y no me estropee los ıanteles, que son muy delicados.

—No hay en toda la fonda un ser racional,—murmuró el estuıante, y bajando de la gastronómica tribuna, fuése en pos de la ıultitud que acudia á la casa donde la bandera tricolor anunció ıe quedaba establecido el cuartel general.

II.

El héroe del 5 de Mayo era el ídolo, no solo de su ejército, sino ɜ todas las poblaciones.

Su presencia en San Agustin del Palmar no era una novedad; ɜro el pueblo se complacia siempre en saludarle y acudia á manistar sus simpatías al grande hombre.

Zaragoza saludaba al pueblo siempre con emocion.

Su fisonomía constantemente serena, infundia respeto y veneıcion.

Zaragoza no repetia jamas una misma órden, porque esta satisfecho de ser obedecido.

Trataba con seriedad, pero con esquisita distincion, á sus s bordinados y consideraba á la tropa, acariciaba á los niños que ib con sus madres en pos de los batallones, decia que aquellas tiern criaturas eran sus hijos; muchas veces los tomaba en sus brazos, esto hacia llorar á los soldados.

Zaragoza era el hombre de la firmeza, enérgico y circunspec estaba dotado de esa calma justiciera que resplandece en el alı de un buen general.

Su gran talento militar es reconocido por sus mismos adver rios.

La Francia le ha hecho entera justicia.

Zaragoza está juzgado por la historia.

III.

En una de las casas de San Agustin se habia preparado el a jamiento que inundó la turba de ayudantes, esos globos correos las batallas, que se les ve atravesar en todas direcciones, mezcla entre las filas, desaparecer entre el humo del combate, y tornaı salir como átomos que se adhieren y se repulsan, y giran como e partículas siempre en movimiento que forman los rayos solares.

El Estado Mayor no abandonaba á Zaragoza; cuando el gene llegaba al alojamiento, ya todos los oficiales habian tomado cuaı por asalto y recorrido todo el campo, desde la cocina hasta las ballerizas.

El secretario y los empleados eran las víctimas, porque el ge ral tenia un despacho activo.

Zaragoza estaba en los menores detalles, no olvidaba la n pequeña circunstancia, conocia á toda su oficialidad y sabia per tamente á quien encomendaba una empresa.

Era poco comunicativo, y jamas se ostentaba sino en los mom tos supremos, como en la batalla de Silao, cuando arrebató la b dera y decidió el combate.

Su presencia en el ejército era una esperanza radiante, que fundia valor y decision al soldado.

Zaragoza, como una predestinacion de su existencia, le te miedo á la muerte fuera del combate.

Jamas tuvo el pensamiento de caer en la arena y peleaba seg del éxito; pero cuando se sentia enfermo, se desmoralizaba terri mente, le asustaba el lecho y el aparato de una dolencia.

Hay algo en el corazon que nos aleja instintivamente de aqu influencia que mas tarde debe alcanzarnos.

IV.

Los ayudantes del general habian contratado á un cocinero liano llamado Jovani, que guisaba admirablemente, sobre todo, u macarrones excelentes.

Miguel Lerdo de Tejada.

El italiano tenia un cuidado especial en obsequiar al general Zaragoza, á quien siempre destinaba platillos esquisitos.

Jovani era el hombre de importancia y á quien se le prodigaban las mayores consideraciones.

Jovani iba siempre de vanguardia en un soberbio carro de muelles, provisto de una batería de cocina, y en su pos seguian dos carros con víveres y conservas alimenticias, y vinos de lo mas esquisito.

Luego que Jovani tomaba posesion de la cocina, se podia contar con que á la hora se tomaria la sopa; aquel hombre era un ballazgo feliz.

El capitan Martinez lo habia presentado á sus compañeros.

Jovani decia que el buque del general Gasset lo contrató, y no queriendo volver á España, consumó desercion con el objeto de establecer una fonda en México.

Santiago Gonzalez se mostraba receloso, porque la fisonomìa del italiano no le era desconocida; no obstante, acabó por confesar que se habia engañado, cuya duda la disipó Jovani regalándole una bayoneta digna del Czar de Rusia.

El famoso cocinero se puso en tren y comenzó por degollar dos docenas de pichones y torcerles el pescuezo á seis faisanes de Indias, álias guajolotes.

Aprensó un gran trozo de vaca, puso á la parrilla un gran número de costillas, ensartó en un palo sumamente fino todas las menudencias y las colocó á la llama del brasero, mientras el galopin doraba á la lumbre unas papas rellenas con queso Gruyère, cuyo olor se difundia en todo el departamento. Hay quien diga que ese olor es un abuso de la civilizacion, pero esto no se aviene con la opinion de los que han levantado un momumento al inmortal Gruyère.

Jovani hizo una tortilla de huevos con sardinas muy suculenta, abrió latas de salmon y sardinas entomatadas, y para dar un gusto nacional á tan opíparo banquete, guisó unos frijoles á la veracruzana capaces de poner en alarma á la ciudad heróica.

Sacó un fieltro y coló el café, cuyo aroma hubiera hecho arremangar las narices al mismo Pelisier ó Mac-Mahon.

Cuando todo estuvo listo, sirvió el ajenjo en unas copas abrillantadas.

—Trae un cántaro de agua,—dijo al galopin,—procura que sea de la mas limpia.

El galopin salió violentamente de la cocina.

Entonces Jovani sacó con mucha precaucion de su seno una botellita, movió el líquido que contenia y lo virtió en la copa destinada á Zaragoza.

La fisonomía del italiano tomó un aspecto siniestro, sus mandíbulas crugieron de espanto, un temblor concentrado corrió por todo su cuerpo, sus ojos se inyectaron y su lengua apenas pudo balbutir: «¡Llegó el momento!»

El galopin volvió con el cántaro.

Jovani le puso agua al ajenjo, y cuidó de señalar la copa.

Calóse su gorra almidonada y su mandil, dió un repique de campana, y se adelantó con la charola.

V.

El general Zaragoza recibia en aquel momento la bienvenida de sus gefes, y los invitaba á su mesa.

La oficialidad habia formado grupos en el salon, hablando, como era natural, de la campaña, y refiriendo mil episodios de las batallas.

Todas las conversaciones se dirigian á elogiar á Zaragoza, augurando próximas victorias.

El general hablaba de organizacion y del contingente de los Estados que ya estaba en marcha para el campamento, preguntaba por la moral de las tropas, y se informaba sobre si estaban bien atendidas.

La juventud mas valiente se encontraba en la tertulia, y en todas las fisonomías se revelaba el valor y la esperanza.

Zaragoza estaba de buen humor al encontrarse entre sus queridos soldados, y cada vez se robustecia mas su fe en el porvenir.

Cuando algun imprudente hacia alguna alusion á la derrota del Borrego, Zaragoza prodigaba mil elogios á Gonzalez Ortega, hablando de su valor y citando algun episodio de la revolucion progresista.

Oyóse el repique dado por Jovani.

—Ya llaman á misa,—dijo el capitan Martinez.

Zaragoza se sonrió y dijo á los que le rodeaban:

—Este Martinez es un hombre célebre.

Presentóse Jovani con la charola de las copas, que fué distribuyendo entre los oficiales hasta llegar á Zaragoza.

No se atrevió Jovani á tomar en sus manos la copa, por temor de que la convulsion lo denunciase.

El general apuró el ajenjo con el tósigo mortal, haciendo una inclinacion de cabeza á sus amigos.

Cuando Zaragoza puso la copa en la charola, esta se desprendió de las manos del italiano y cayó haciendo pedazos el cristal.

—Vamos,—dijo Martinez,—este Jovani ha tomado antes que nosotros.

Siguió la cena, en la que reinó una grande hilaridad, comenzando por los chistes y cuentos que contaba Martinez á media voz y que hacian reir al general.

Habia pasado una hora, cuando el general dejó á los oficiales entregados á su exaltacion y alegría.

Entróse en su despacho con el secretario, despachó toda la noche, y al amanecer salió para Acultzingo.

VI.

Al dia siguiente y al caer de la tarde, bajaba por el camino de las Cumbres un ginete á todo escape.

Detúvose un momento en Acultzingo, y siguió su camino hasta Orizava entre una tempestad terrible.

En el camino encontró un destacamento frances que le dió el alto.

—¡Hola, Wask! ya tenia cuidado por vos.

—Aquí estoy, señor conde, despues de haber cumplido mi palabra.

—¡Cómo! ¿es posible?

—Sí,—dijo el aventurero apretando convulsivamente el brazo á don Fernando;—yo le he visto apurar el veneno hasta las heces, Zaragoza está herido de muerte; dentro de breves dias, esa frente ornada con el laurel de Mayo, se inclinará como un sol en la tumba del ocaso.

—¡La fatalidad! ¡la fatalidad!—murmuró don Fernando;—lo que no ha podido hacer el bronce en su tormenta, lo ha hecho la miserable oruga en el silencio de la noche... ¡El dedo de Dios!

—¡La saña del destino!—gritó el aventurero, y sin despedirse de su cómplice, se alejó como el demonio del crímen entre las sombras de la tempestad.

CAPITULO VIII.

Donde se prueba que la muerte es como el rayo, se descarga sobre los puntos mas elevados.

I.

Habian trascurrido cuatro dias desde que el infame aventurero habia dado el filtro venenoso al general Zaragoza, cuando comenzó á notarse en su semblante algo de estraño y descompuesto que alarmó á las personas que le rodeaban.

Zaragoza no habia dicho una sola palabra de su enfermedad hasta que ya se rindió á la dolencia del mal terrible que le invadia.

Los síntomas de la fiebre aparecieron, y ya el general no pudo sostenerse en pié.

Los médicos opinaron por trasladarlo á Puebla y en medio de chubascos terribles llegó el dia 4 á la ciudad.

El dia 5 lo pasó en su entero conocimiento, y aun presentaba síntomas mas felices que auguraban una pronta reaccion.

El Estado Mayor del general estaba rodeando su lecho, y las antesalas de la casa llenas de gefes, oficiales y personas distinguidas de la poblacion.

Los pátios estaban continuamente ocupados por el pueblo, ávido de saber algo sobre la salud de su querido general.

La nacion entera, que recibió la noticia por el telégrafo, estaba llena de ansiedad presintiendo una desgracia.

El ejército se habia hecho sombrío, y en los cuarteles reinaba un silencio profundo; creian que el alborozo y la algazara eran un insulto á su caudillo.

II.

El dia 6, como á las once de la mañana, entró el delirio que con ligeros intervalos acompañó á Zaragoza hasta sus últimos instantes.

Comenzó por pedir sus botas de montar, sus armas y sus caballos.

Como nadie respondiese á sus órdenes, se exaltó terriblemente, y gritaba con toda su fuerza:

—¡Yo tengo una patria á quien defender, necesito sacrificarme por ella!... ¡Mi caballo!... ¡mis armas!... Ya Coronado (un gefe que hacia tres años habia muerto en campaña), está en Quecholac, le impediré su incorporacion con los franceses, es necesario batirlo... ¡Hola, señores generales! ¡esa tropa lista, esas columnas sobre el campo, esa artillería á su puesto, la hora ha llegado!...

Jadeante de fatiga se dejó caer en los almohadones del lecho y su pensamiento tomó otro giro.

—¿Quién lo habia de creer?—continuó,—el mas fiel de mis soldados, Martinez, se ha pasado á los franceses.

—Pablo Martinez arrojó el sombrero contra el suelo y dijo llorando:

—Aquí estoy, mi general, yo no me separaré nunca de usted.

Zaragoza no lo conocia.

Presa de una ansiedad terrible, le dominaba la idea de recorrer su campamento y hacer los preparativos de una próxima batalla.

Probó á levantarse.

Entónces uno de sus ayudantes, le dijo:

—Hay órden de que no se mueva usted, mi general.

—¡Cómo! ¿estoy prisionero?

—Sí, mi general,—contestó el ayudante procurando por este medio sosegarle.

Zaragoza se quedó profundamente pensativo.

En esos momentos pasaba por la calle una guardia tocando marcha.

Zaragoza se incorporó en el lecho.

—Ya vienen á buscarme,—dijo con serenidad;—me van á fusilar, está bien; pero cuidado con el que se atreva á tocarme á alguno de mis ayudantes; ¡á ellos no!—dijo con un acento terrible acompañado de una actitud imponente.—Vamos, estoy dispuesto; ¡pero pronto, que el viento y la lluvia me azotan sin compasion!...

Los ayudantes lloraban en silencio ante aquella muestra de profundo cariño.

III.

Abrióse la puerta del aposento y entró una anciana que se acercó al lecho del enfermo.

Descubrió el rostro de Zaragoza, y dijo con acento de honda ternura:

—¡Ignacio!... ¡Ignacio!...

Zaragoza escuchó aquella voz y se estremeció.

En medio del delirio aquel eco resonaba en su corazon con el timbre de un ángel.

—¡Hijo mio!—continuó la anciana—¿no me conoces?

—¡Madre!—dijo Zaragoza fijando sus inquietas pupilas en el semblante dolorido de aquella anciana, en cuyas entrañas habia recibido el soplo de esa existencia próxima á apagarse.

Aquella infeliz madre, sin temor alguno al contagio, reclinó su frente en el pecho del general y comenzó á llorar amargamente.

Tomó entre sus manos la cabeza de su hijo y la besó con ternura.

Despues estrechó la mano del enfermo entre las suyas.

Entónces Zaragoza la oprimió, diciendo:

—Bien, estoy satisfecho, he visto batir á ese cuerpo con una arrogancia digna de los buenos hijos de México... ¿Pero, no he dicho que mis armas?... ¿tendré que repetir cien veces una órden? ¡mi caballo!... ¡mi espada!... ¡el enemigo está á la vista!

Comenzó una lucha entre el febricitante que queria á toda costa salir del aposento, y las personas que lo cuidaban.

Hizo un esfuerzo desesperado y se levantó al fin, mantúvose rígido algunos instantes con las miradas fijas, inmóviles; quiso avanzar y se desplomó como herido por un rayo.

Los médicos declararon que el general Zaragoza habia entrado en el último período del tifus, y que se moria irremisiblemente.

Despues de algunos debates, un médico extrangero opinó por la sangría, que fué aplicada sin éxito al general.

—Estoy herido, no vale la pena,—gritaba Zaragoza,—¡aun puedo combatir y combatiré hasta el último momento!

IV.

El dia 7 fué terrible, el delirio continuaba con mas exaltacion, y no se habia logrado ni un intervalo de lucidez ni de reposo.

Zaragoza no habia dormido un solo momento, aquella crísis no podia prolongarse.

Amaneció el dia 8 de Setiembre, Zaragoza que se habia rendido unos instantes á la fatiga, fué acometido del último vértigo que precedió á su muerte.

Su espíritu fué arrebatado á los campos de la lid en el espejismo misterioso del pensamiento.

—¡Ha sonado el cañon!... general Berriozábal, no hay mas que avanzar con esas columnas por el centro!... ¡General Negrete, á forzar la línea izquierda!... Porfirio Diaz, adelante con esos batallones... ya... ya avanzan, ellos son... ¿Dónde está el viento que no disipa las nubes para ver á mis soldados?... oigo el clarin... ¡fuego... fuego! allí está... ¡qué hermoso es el estandarte de la patria!... como lo arrebata el bronce de la metralla... ¡Un ayudante, un ayudante!... Ya huyen... ya se dispersan por la cumbre de Guadalupe... ¡victoria!... ¡victoria!... ¡patria mia!...

Dejó caer la cabeza y sus ojos se cerraron por unos momentos.

Levantóse como impulsado por una fuerza desconocida:

—Avisen á Carbajal, que está situado en Amozoc, que recoja á los dispersos... ni uno solo, ni uno deje pasar... ¡adelante!... Se desprenden otra vez como una masa de hierro... las bayonetas lucen á los rayos del sol... ¡pero ese sol es mio!... ¡es el sol de Mayo!... ¡el sol de los recuerdos y de la victoria!... ¡el astro de la patria!...

Hundióse en un parasismo que anunciaba ya la proximidad de la muerte.

Despues, su voz que hasta entónces fué un timbre armónico, se fué extinguiendo pausadamente:

—¡México!... tu nombre está muy alto... ¡en las glorias del mundo!.. ahí está el campo lleno de cadáveres... ¡cuántos de mis soldados han desaparecido!... ¡pero la patria!... ¡patria mia!...

Apagóse su voz y sus lábios comenzaron á moverse como queriendo pronunciar las últimas palabras...

Serenóse su frente, su mirada volvió al reposo habitual.

Acaso daba estrecha cuenta al Todopoderoso de sus acciones sobre la tierra.

Apareció en sus lábios una sonrisa apacible, cruzó por su semblante una nube vaporosa de calma que sombreó su espíritu, sus ojos se cerraron y del fondo de su pecho se arrancó el último aliento.

Zaragoza, ceñido con su laurel de gloria, llamó á las puertas del mundo de los héroes, detúvose unos momentos á hablar con Dios, y con atrevida planta penetró en el dintel eterno.

Los cañones que saludaron victorioso al héroe del 5 de Mayo, anunciaron al mundo desde la cumbre de Guadalupe, con un eco solemne y magestuoso, que el general Zaragoza habia dejado de existir.

La última palabra de Napoleon fué *ejército.*

La última palabra de Zaragoza fué *patria.*

V.

Todos los cabos del ejército rodeaban aquel lecho mortuorio.

Luego que se apagó aquella vida gigante al peso mismo de su grandeza, el luto y la desolacion cayeron como una tormenta sobre el corazon de los soldados.

Aquellos soldados que habian acompañado al bravo general en las vicisitudes de las campañas y sin abatirse por los sufrimientos, lloraban como unos niños delante del cadáver del general que ya no podia consolarlos en sus dolores, ni animarlos con su ejemplo.

Disputábanse el honor de hacerle la última guardia.

Pusiéronle todos los arreos é insignias de su rango, colocando sobre su pecho la condecoracion de Puebla, tan valientemente ganada en el campo de batalla.

El héroe del 5 de Mayo parecia dormir tranquilo el sueño eterno.

Junto á aquel féretro lloraba la patria al mas querido de sus hijos, y el genio del porvenir señalaba con su mano invisible el *Mediodía,* como el ángel del Apocalípsis.

De allí vendria la luz que mas tarde, como la aurora boreal de la independencia, caeria á plomo sobre el suelo de la patria, extendiéndose en cortinajes de fuego, donde luciria en la solemne magestad de su apoteósis el estandarte nacional!

VI.

Manuel Mondoñedo se paseaba en su estancia profundamente inquieto, en espera de noticias.

Sabia que el general Zaragoza se hallaba en un estado alarmante, y esto traía preocupado al jóven que amaba á su general con fanatismo.

La presencia de Doña Blanca de Borbon en la ciudad, arrojó una sospecha terrible en su alma: sabia que la condesa conspiraba sin descanso, pero nunca pudo imaginar que se extendiese hasta un atentado criminal é impío.

En el vértigo de aquel cerebro cruzó como hemos dicho una sospecha, creyó que la ambicion de Doña Blanca podria haberla orillado á un crímen, pensó que viendo á aquella muger podria encontrar en su semblante, en su actitud, en sus palabras, algo que le revelase la verdad de cuanto pasaba.

El estudiante no queria hallar culpable á la Montemolin, habia amado á la condesa con delirio, y su alma aun permanecia influenciada por aquel cariño que se habia amortiguado como el fuego de un volcan, pero que podia renacer en sus entrañas.

Sentia haber consagrado la existencia á un ser deforme y criminal; haber llegado hasta la locura en pos de una alma donde debian aparecer las manchas del crímen, ¡era espantoso!

En el fondo de aquel corazon comenzaba á levantarse un sol mas puro, en las ilusiones de un nuevo amor.

El contacto con Eloisa, de cuyos ojos se desprendia un rayo purísimo de languidez y cuyo aliento era la brisa de las esperanzas, ejercia un atractivo poderoso en el alma lacerada del estudiante.

Este nuevo sentimiento, brotado como por encanto en medio de las angustias de su existencia, le prestaba valor para erigirse en juez severo de Doña Blanca, en el juicio avanzado de sus sospechas tenebrosas.

—Es necesario desgarrar este velo, tras el cual debe aparecer el asesino,—decia Mondoñedo crispando las manos:—¡yo arrancaré el antifaz, y este cuadro encontrará por término un cadalso!... no, es imposible, ella no atentaria á una existencia que acaso reserva el cielo para el bien de una nacion entera... no, ¡seria desafiar á Dios, insultarle, levantar una imprecacion impía desde el fondo de la tierra, que provocara la cólera celeste!... ¡pero la ambicion!—gritó Mondoñedo,—las pasiones que se desatan como un huracan en los mares del corazon pueden arrollarlo todo... todo, hasta la existencia de un héroe... yo, yo mismo le he dicho á esa muger, que por su amor arrostraria hasta un crímen... ¡profanacion!... Dios me ha salvado, y acaso me destine para el castigo.

Abrió violentamente la puerta, atravesó los corredores, y llamó en la estancia de la Montemolin.

VII.

Doña Blanca estaba á su vez inquieta, tenia en su mano una carta que acababa de recibir del campo de los franceses, y cuyo asunto era singular:

«Señora,—decia la carta,—cuando recibais estos renglones, el mundo de la política habrá hecho su revolucion: la existencia que tanto nos ha inquietado, es ya un tronco desprendido de sus raices; la suerte está con nosotros.—Adios.»

—No comprendo nada, y sin embargo me horroriza el sentido infernal de estas palabras... Creo percibir algo que me asusta tras estos renglones.

Abrióse la puerta y apareció siniestro el estudiante.

Doña Blanca dejó caer en el suelo la carta.

—Señora,—dijo Mondoñedo, tomando el brazo de la condesa,—se dice que el general Zaragoza está envenenado.

Doña Blanca dió un agudo grito, un rayo de luz habia caido sobre las frases de la carta.

—¡Conque es cierto! conque el general muere á vuestras manos!—esclamó con torva voz el estudiante.

—¡No, no, esto es horrible! dejadme, yo puedo haber ambicionado, pero el aliento del crímen no ha pasado aún por mi corazon, yo os lo juro en nombre de Dios!

Mondoñedo se arrojó sobre la carta y la leyó con la rapidez con que atraviesa un relámpago.

—¿Y qué decís, señora, ante esta acusacion?... hablad, hablad; ¡porque de aquí al cadalso hay un solo paso!

La condesa lanzó un grito de horror y desesperacion.

—¿Quién ha trazado estos renglones? decidlo por compasion, yo os ruego que separeis de vuestra frente el rayo que la amenaza.

—Es un miserable aventurero interesado en los bonos de Jecker.

—¡Horror! ¡horror! ¡y vos habeis unido vuestros esfuerzos á los de ese infame, señora! ¡sois el cómplice de un crímen horrible!

—¡Pero si yo no he sabido nada, nada sé todavía!

—¿Cómo borrar las palabras trasparentes de esta carta?

—Por compasion, me asustais con vuestras miradas, con vuestro acento; ¡creedme, caballero, soy inocente!

Oyóse la detonacion de los cañones que anunciaban la muerte de Zaragoza.

Doña Blanca y el estudiante se quedaron inmóviles como dos estátuas.

—¡Ha muerto!—dijo al fin Doña Blanca con acento imperceptible.

—¡Muerto!—repitió Mondoñedo, y un torrente de lágrimas comenzó á deslizarse por sus lívidas mejillas.

El reloj de la estancia dió pausadamente las diez.

CAPITULO IX.

De los funerales del general Zaragoza en la capital de la República.

I.

El cadáver del general Zaragoza fué embalsamado y expuesto á la expectacion pública.

Toda la ciudad de Puebla acudió á saludar los restos mortales del héroe.

El presidente Juarez mandó que se le tributasen los últimos honores en la capital.

Al abandonar el cadáver aquellos campos de gloria, le dejó por herencia su *nombre*, y la ciudad le dió su eterna despedida en los artículos de este decreto, emanacion de un justo sentimiento:

«Art. 1º Se declara ciudadano benemérito del Estado, en grado supremo, al héroe del memorable 5 de Mayo, general Ignacio Zaragoza.

«Art. 2º Se erigirá un monumento en el lugar que se designará despues, en memoria de la gloriosa jornada del 5 de Mayo y de su digno héroe.

«Art. 3º Su nombre inmortal será inscrito con letras de oro en el salon de sesiones del H. Congreso del Estado.»

II.

El 12 de Setiembre, á las seis de la tarde, anunciaron los cañones que los restos mortales del general Zaragoza entraban en la ciudad.

Luego que se supo que estaba en la garita de San Lázaro, el pueblo acudió en masa á recibirlo, y personas de todas clases se empeñaron en conducirlo en hombros al salon de cabildo del Ayuntamiento.

Hombres, niños y mugeres se agolparon durante tres dias á contemplar aquellos restos venerados del héroe, y á dejarle coronas de flores y á llorar por la pérdida que sufria la nacion con el desaparecimiento del grande hombre.

Las banderas se pusieron á media asta y adornadas con lazos negros; la artillería se dejaba oir cada cuarto de hora y las armas del ejército estaban á la funerala.

Todo revelaba el duelo nacional.

Las demostraciones públicas no cesaban en sus manifestaciones de simpatía, la diputacion permanente pidió al gobierno que por un decreto se inscribiese el nombre de Zaragoza en todas las ciudades y pueblos de la República.

Lerdo de Tejada, cuya voz hace tiempo que se escucha en todos los momentos de crísis nacional, dirigió sus proposiciones que el gobierno aceptó, y formuladas en ley cierran este capítulo.

¿Qué mas se podia hacer en memoria del general Zaragoza? ¿Cómo demostrar mas vivamente el respeto y veneracion de un

pueblo hácia uno de sus héroes? ¿Cómo tributar mas homenages al valor y la heroicidad?

Prosternarse delante de aquellas cenizas, invocar el nombre de la patria ante los manes del héroe, jurar defender aquella tumba, llamar al porvenir y hacerse digno imitador de las virtudes cívicas del caudillo, hé aquí lo que el pueblo mexicano hacia en aquellos momentos de suprema tribulacion.

III.

El dia 13 de Setiembre, y á las once y media de la mañana, se reunió el cortejo fúnebre en las casas consistoriales para acompañar el cadáver del general Zaragoza al panteon de San Fernando.

Todas las casas de las calles del tránsito, tenian colgaduras fúnebres, y en muchas se veía entre laureles el nombre de Zaragoza ó la fecha histórica del 5 de Mayo.

Una gran multitud se agolpaba en la plaza y calles del tránsito por donde atravesaban las tropas que debian formar la columna de honor.

Se escuchaba el sonido apagado de los parches y las músicas á la sordina.

En la esquina de la calle de Plateros se levantó un arco triunfal, en cuya parte superior se leía de un lado la gran fecha memorable 5 *de Mayo de* 1862, y del otro se veía la efigie del caudillo entre trofeos militares.

Los pabellones del Perú y de los Estados de Colombia, estaban á media asta en las legaciones y consulado respectivo.

En la casa del ministro de Prusia, habia cortinas con lazos enlutados.

A las doce en punto comenzó á organizarse la procesion frente á las casas consistoriales.

El cadáver del general fué bajado en hombros por sus ayudantes y colocado en el carro fúnebre.

Cinco batidores abrian aquella procesion de duelo.

En seguida marchaba el arrogante cuerpo de artillería con sus cañones enlutados y los caballos cubiertos con caparazones negros.

La ambulancia del ejército, vestida elegantemente, seguia en pos de los artilleros.

La guardia nacional, representada en cinco batallones, formaba el centro de la columna.

La guardia nacional hacia suya aquella ceremonia; porque Zaragoza habia pertenecido siempre á ella, ya como gefe, ora como soldado.

La columna parecia haberse interrumpido, porque los batidores tornaron á aparecer seguidos de una compañía de carabineros.

El comandante general, con su Estado-Mayor, ocupaba el centro de la procesion, formando un gran grupo con todos los gefes y oficiales de la Mayoría de órdenes, precedidos de un batallon de nacionales y cuatro piezas de batalla.

Los asistentes del general traían por las riendas los caballos de batalla del héroe.

Aquellos corceles habian cruzado entre las nubes de la metralla francesa, y ahora caminaban pausadamente tras el túmulo de su amo, estremeciéndose al ruido de la artillería que se escuchaba por intervalos como el postrer saludo de la vida en la soberbia ostentacion de la grandeza humana.

Un destacamento de artillería cerraba la columna militar.

Los alumnos de las escuelas y colegios de la ciudad, puestos en dos bandas, precedian el carro fúnebre del general Zaragoza.

Aquella juventud recibia una ardiente leccion de patriotismo en la cifra espantosa de aquel féretro.

Aquella caja mortuoria encerraba á la grandeza, en su faz heróica y generosa, de allí se desprendia la luz abrazadora del patriotismo, de allí se levantaba esa llama siempre encendida de los recuerdos patrios.

Aquel cadáver hablaba al porvenir delante de una generacion sobre cuya frente rugia la tormenta desencadenada de la conquista.

IV.

El túmulo iba rodeado del Estado-Mayor del general Zaragoza.

Aquella juventud valiente y decidida que habia acompañado á su general en el combate, seguia apesadumbrada el cadáver de su caudillo.

Aquel grupo era la familia del bravo general.

Tras aquella urna que encerraba las cenizas del hombre de Mayo, seguia el espíritu siempre sereno y magestuoso de Juarez, el hombre-roca para la vicisitudes políticas, el hombre coloso para las revoluciones.

Juarez se habia manifestado sombríamente sereno en cuatro ceremonias fúnebres: vió los cadáveres ensangrentados de Valle, Degollado y Ocampo, el mas querido de sus ministros, asesinados por el puñal de la reaccion; habia jurado reparacion sobre sus tumbas y la habia obtenido completa.

Acompanó tambien á Lerdo de Tejada, el autor de la Reforma, herido por la muerte en los momentos en que iba á cederle su puesto en la dignidad mas elevada de la República.

Juarez caminaba tranquilo: bajo el broquel impenetrable de su serenidad, apénas pueden sospecharse las heridas de su alma.

El presidente iba entre sus ministros y seguido de la diputacion permanente, el Ayuntamiento, los empleados de todas las oficinas, jueces, magistrados, junta patriótica y los clubs y asociaciones todas de la capital, y de un pueblo numeroso.

V.

Llegó la procesion á San Fernando, en cuyo patio principal se levantó un catafalco magnífico, donde fué colocado el cadáver.

El Lic. Iglesias ocupó la tribuna, y la oracion fúnebre mas bri-

llante fué pronunciada por los lábios de ese hombre, con esa elegancia que lo distingue como uno de nuestros primeros talentos literarios.

Guillermo Prieto, el poeta popular, el vate de la juventud, el cantor de la patria, en cuya lira se encuentran las fibras mas dulces del sentimiento y los rasgos sublimes de la inspiracion, dejó oir sus acordes impregnados de ternura en la filosofía de la angustia humana.

El canto de Prieto á la muerte de Zaragoza, será la cruz de honor en las páginas de este libro.

EN LA MUERTE DEL HEROE DEL 5 DE MAYO.

¡Cadáver imponente! ¡espectro augusto!
¡Ser de la nada! ¡nada de la vida!
¿Qué pretendes de mí? ¿Tu lábio abierto
Se ha reservado su postrer gemido
Para lanzarlo aquí, sublime muerto?
¿Eres una expiacion? ¿En su venganza
Quiso implacable el bárbaro destino
Hundir en el ocaso de la tumba
El sol consolador de la esperanza?
Ser de vindicacion, no, tú no mueres;
¿Cómo morir tan bueno y tan amado?
¿Cómo morir, cuando eras la victoria?
¿Cómo morir el fuerte, el inspirado?
¿Cómo muere la fé? ¿cómo la gloria?
Y tú allí estás, cadáver implacable;
Y tú allí estás, mentís de la existencia,
Sol sin luz, encina sin su sávia,
Rambla de arena de agotado rio,
Muerte... muerte... ¡Dios mio!
¿A dónde está el guerrero venturoso,
Relámpago al moverse, al herir rayo,
Que enarboló nuestro pendon hermoso,
Resplandeciente con el sol de Mayo?
¿Dónde el escollo está, que en la tormenta
Destronó con empuje diamantino
Las olas que inundaron á Magenta
Y que tiñó con sangre Solferino?
¿Por qué inmóvil estás, noble soldado,
Que al clamor de metal de tus cañones,
Presentaste del orbe á las naciones
El nombre de tu patria vindicado?
A tí el incienso del amor del pueblo:
A tí los rayos de su nueva aurora:
A tí los ecos de sus cantos puros:
A tí el alma de su alma que te adora.
Esfuerzo de leon, alma de niño,
Despues de la campaña turbulenta

Se inclinaba al herido con cariño,
Olvidando al verdugo de los suyos
Por honrar al valiente de Magenta.
Esfuerzo de leon, alma sublime,
Desprecia del contrario los ultrajes,
Y le repite al que entre hierros gime,
Libre eres como el aire, ¡oh prisionero!
Así es como se vengan los salvajes,
¿Cómo perderte así? Luego modesto
Detrás de tus legiones te escondias,
Como sereno sol tras los celajes
Recoge sus divinos resplandores,
Y los viste de mágicos colores
Dejando solo adivinar su frente.
O como ola potente
Que despues de su curso turbulento,
Se aduerme en un remanso trasparente
Y allí humilde retrata el firmamento.
Cadáver inflexible, ojo sin vida,
¿Qué pretendes de mí? ¿No ves que mi alma
Tiembla entre mis entrañas de quebranto?
¿No esta mi voz, que incrédulo divago,
La sientes empapada con mi llanto?
¿Quién razona el dolor? ¿Quién es que puede
Decir al corazon, oye, medita,
Cuando está desbordándose en gemidos
El intenso dolor que al pecho agita?
Patria, patria de lágrimas, mi patria,
Basta ya, basta ya; mira tu cáliz
Con sangre de tus héroes rebosando;
Madre infeliz, las tumbas de tus hijos,
Como de carne humana, están sangrando.
Alza esa frente á tu dolor rendido;
Retira de tus ojos el cabello,
Y grande en tu dolor, águila herida,
Que te halle el infortunio erguido el cuello.
Grande es tu corazon, linda tu frente;
Esfuerza tu valor, renueva el brío,
Que aun tienen sangre que verter las venas,
Que aun flotan tus banderas en Oriente,
Que aun ha de hallar el invasor impío
Quien á los tigres de Africa escarmiente.
¿Ese cadáver ves? ¡¡¡Fué que Dios quiso
Consagrar con la muerte tanta gloria,
Y que ese nombre fuera para el pueblo
Un canto de victoria!!!
¿Ese cadáver ves? Un laurel era
En medio del terror de la matanza;
Pues Dio lo trajo á sí, para que fuera
En los cielos un astro de esperanza.

¿Ese cadáver ves? Era un caudillo
Pues Dios le trasformó, le dió su brillo,
Y al envolvernos el presente oscuro,
Esa tumba hablará, dirá á los pueblos:
México, vencerás: ¡fé en el futuro!
Y tú allí estás, cadáver impasible,
Tenaz despojo que mi vista espanta.
¿Miente la realidad? ¿pues por qué creo
Que á marchar con sus huestes se levanta?
¡Horrible delirar! barca atrevida
Que burló los escollos altanera,
Y que á un revés del inconstante viento
Inútil flota en las inquietas olas...
¡Horrible delirar! Ayer le viste
México ufana, atravesar gozoso
Tus calles de palacios, trascendiendo
De heroismo y juventud. Ayer le viste
Ardiente en el festin alzar su copa,
Y al brindar por tu nombre y tu decoro
¡Oh patria! ¡y por tu próspero destino,
Esos ojos sin luz, derramar lloro
Sobre la llama del hirviente vino!!
Ayer le viste tú, madre amorosa,
Hoy bulto de dolor, muger de llanto,
Inclinando su frente victoriosa
Para besar tu mano con encanto:
Ayer feliz dejabas en su frente
Como una bendicion tú ósculo amante,
Y cual vibra en el aura la armonía,
Como la flor se goza en su perfume,
Al decirte su acento un *madre mia*,
De delicia tu ser se estremecia
Como hora de tormento se consume...
Y tú, su niña, su pimpollo, su ángel,
Paloma que en su nido de laureles
Vino el destino á herir... ave que en vano
Huérfana busca su tronchada rama;
Colibrí que revuela sin consuelo
Junto á la flor marchita: Dios proteja
Con la sombra de su ala tu inocencia.
Flor del alma de un héroe, el pueblo ampare
Con culto agradecido tu existencia.
Y el cadáver allí... ¿por qué no inclinas
Tu faz al pueblo, herido por su queja?
Hombre pueblo eras tú, cuando aspirabas
En tu horizonte inmenso su grandeza,
¡Tú eras su corazon, tú palpitabas,
Con la invencible fé de su entereza!
Hombre pueblo eras tú; si en el combate
Rasgando el viento horrenda la metralla

De mortífero bronce la muralla
A tu impetuoso rayo se oponia,
A tu voz entre gritos de contento,
El pueblo la muralla derretia.
Idolo de nosotros la canalla,
La fé brilló sobre tu excelsa frente,
Desde que osado el criminal pirata
Profanó con sus plantas nuestro Oriente.
Fé, mirada del alma, excelsa altura
Que abarca el porvenir: llama encendida
Como faro en los mares de la vida;
Fé, brazo omnipotente, que doblega
La misma furia del falaz destino;
Fé, soplo del Señor... fé, rumbo cierto
Que lleva al marinero combatido
Al seno amigo del seguro puerto...
Fé, mira tu hijo allí... cuando el presagio
De muerte y destruccion nos presentaba
La derrota en combates imposibles,
Tu esfuerzo al hombre pueblo trasformaba
En vencedor sublime de invencibles...
Y dijo Dios: morid; que la tiniebla
Envuelva para siempre esa existencia,
Y que no haya mortal que decir pueda,
Yo hundí en la fosa al defensor de Puebla.
Héroe de Mayo, adios: esos valientes
Que te llamaron generoso amigo,
Que el pan de la miseria y la desdicha
Partieron ¡ay! contigo
¡¡Por vez primera derramaron llanto!!
Esas banderas, del guerrero gala,
Que en cauda de íris desplegó el ambiente
Que símbolo de amor nos legó Iguala,
Que en luz de gloria acariciaba el cielo,
Se inclinaron dolientes como sauces
Y se cubrieron con crespon de duelo.
Esos monstruos de bronce, que la muerte
Llevaron implacable en sus entrañas,
Despertaron el eco en las montañas
Que temblaron oyendo sus gemidos.
Idolo del soldado, su confianza,
Su gefe, su querer, su alma, su pompa,
¡Tu nombre oirás al resonar la trompa
Como himno de victoria y de esperanza!
Y el cadáver allí... prorumpe, clama
Con voz de tempestad y de torrente,
Que se propague en la ala de la llama,
Que abrase de Colon el continente:
Pueblos, en pié; á la lid, pueblos hermanos,
Los lauros de los libres se marchitan
Si no los riega sangre de tiranos.

Pueblos, en pié, y en fraternal abrazo
Odio jurad al invasor impío,
Y ódio mire la Cumbre de Quendío
Y ódio alumbre terrible el Chimborazo.
Pueblo, hoguera de espíritus mas grande
En que Dios hace palpitar la vida,
Pueblo, huracan terrible y manso lago,
Relámpago de rayo y luz de aurora,
Gigante de poder que Dios renueva
Con cada nueva luz... Tu imperio sea,
¡Aniquile la llama de tu enojo
Esa horda de jaguares de Crimea!
Lucha, lucha sin fin, mi sombra quiere
Amor de hermanos, ódio á los traidores,
Yo os enseñé á vencer... cómo se muere
Enseñad á los viles invasores.
Los lábios de mi tumba gritan guerra,
Guerra por la justicia y el derecho,
Guerra al perverso inquietador del mundo,
Guerra á la corrompida monarquía,
Guerra, y entre los brazos de mi patria
La libertad del orbe alumbre el dia.

Bajó Prieto de la tribuna, disolvióse el cortejo fúnebre, l tropas desfilaron, y los restos mortales de Zaragoza, expuest por algunas horas mas en el cementerio de San Fernando, bajar á la última morada donde duermen tranquilos el sueño eterno.

VI.

Juarez, desde el asiento elevado de la magistratura suprer de la República, pronunció estas palabras, como la grandiosa m nifestacion de la gratitud de un pueblo.

«Declaro en nombre de los Estados-Unidos Mexicanos, BEN MÉRITO DE LA PATRIA EN GRADO HEROICO, al C. general Ign cio Zaragoza.

«Declaro que mereció el ascenso al empleo de general de di sion, y se le considerará con tal carácter desde el dia 5 *de Mayo* corriente año, por los eminentes servicios que prestó á la naci en la guerra actual contra el invasor extrangero, y principalme por el triunfo obtenido contra él en el dia mencionado.

«Como muestra de reconocimiento nacional, se dota á la h de este ilustre ciudadano con la cantidad de CIEN MIL pesos, que le entregarán en bienes nacionalizados; y miéntras esto no efectúe, se le asigna una pension anual de SEIS MIL pesos, cu pago se verificará en la ciudad de México en la misma proporc que los concernientes á la guarnicion de la plaza, en cuyo pre puesto quedará comprendido.

«En los mismos términos se satisfará á la señora madre del general, una pension vitalicia de TRES MIL pesos anuales, y á las señoras sus hermanas, pensiones de la misma clase, que unidas, sumen tres mil pesos anuales.

«Desde esta declaracion, la ciudad de Puebla llevará el nombre de *Puebla de Zaragoza.*

«El Ayuntamiento de la capital dictará las providencias que sean de su resorte para que las calles de la Acequia, donde vivió el general, y la recien abierta en el ex-convento de la Profesa, se llamen en lo sucesivo de *Zaragoza* la primera y del *Cinco de Mayo* la segunda.»

CAPITULO X.

De lo que pasaba el dia 4 de Diciembre en la ciudad de Puebla de Zaragoza.

I.

Despertóse la nobilísima ciudad de Zaragoza la mañana del 4 de Diciembre, últimos mes de ese año memorable de 1862, al son de los repiques, las dianas, las salvas de artillería y la detonacion graneada de los cohetes que saludaban al dia en que el Presidente de la República debia hacer el reparto de las medallas con que el Congreso de la Union condecoraba á los soldados de las Cumbres y 5 de Mayo.

Desde la muerte del nunca olvidado general Zaragoza, el general Gonzalez Ortega mandaba el ejército de Oriente, como el hombre mas prominente en la revolucion progresista.

Gonzalez Ortega representa la vida y el movimiento, así es que sus soldados siempre están alegres y dispuestos á romperse las cabezas con el que se les pone delante.

La animacion mas grande reina en sus campamentos, la fraternidad y el entusiasmo forman una atmósfera en la que se agita aquella pléyade ambulante, participando de esa vida las ciudades y pueblos por donde atraviesa.

Ortega da á su ejército una entonacion romancesca, y donde va ese ejército, hay duelos, amoríos y serenatas; porque la galantería no está reñida con el soldado, por el contrario, su existencia es una mezcla de gustos y de pesares.

El soldado sabe que está siempre en la víspera de su muerte y trata de divertir sus últimos instantes.

Los generales de Don Cárlos iban á la campaña con el rosario y la camándula; los soldados de Ortega, si llevaban algunas reliquias, eran cosechadas en las rejas de un locutorio y dadas por la monja mas simpática ó la novicia mas encantadora, y de manos mas primorosas que un ramo de jazmines.

El espíritu del ejército abatido por la pesadumbre de ver muerto

á su general, despertó de súbito, sacudió su frente, acarició sus banderas y volvió á ponerse en guardia ante el invasor que engrosaba dia á dia su ejército con el contingente europeo.

II.

Los habitantes de la capital, iguales á los de todo el mundo, reciben con entusiasmo el programa de una festividad y se aprestan a divertirse grandemente donde se les llama con una buena música y el espectáculo del bello sexo.

Los carruajes llegaban sin interrupcion á la ciudad de Zaragoza, y carros y ginetes y gente de á pié, inundaban las plazas y las calles, y se alojaba donde encontraba un lugar ocupado ó desocupado.

La mañana del dia á que se refiere nuestra historia, la multitud acudia á los cerros de Loreto y Guadalupe á visitar los sitios del combate, y la historia se encontraba muy maltratada por la inventiva fecunda de los narradores.

Habia alguno que al ver una calavera, decia al momento:

—Esta es, sin duda alguna, de un zuavo.

Otro guardaba una rama, una piedra para su museo histórico, y todos deseaban alguna memoria de aquel sitio.

Habia tanto testigo *presencial* que nada habia visto, que los soldados se quedaban con la boca abierta al oir contar detalles de la jornada del 5 de Mayo.

Entre los grupos que acudian á Loreto, iba nuestro antiguo amigo el Sr. de Torre-Mellada con su compañía de *retirados*, explicando el por qué los franceses habian sido derrotados cuando Zaragoza estaba perdido momentos ántes de comenzar el combate.

—Si Laurencez,—decia el inválido,—en vez de atacar por el punto *h*, lo hace por el punto *z*, seguramente toma los cerros.

—Señor compañero,—objetó un harapo del primer imperio,—el lado *m* no es vulnerable en el polígono *f g h*, y si *r* se compara con *m*...

—Ni *emes* ni *erres*,—dijo un soldado,—donde *pintaba* mi general Zaragoza nadie *borraba*, y es cuanto.

Enrojecióse el rostro del inválido, pero guardó silencio, temiendo que el soldado lo despabilara de un bayonetazo.

—Decia,—continuó Torre-Mellada,—que el ascenso de la montaña es muy difícil.

—Ya,—dijo un compañero,—y se aumenta la dificultad cuando lo reciben á uno á punta de lanza y rocío de metralla.

—Ya, ese es un pequeño espectáculo.

—No tan pequeño,—volvió á decir el soldado,—porque ese dia llegaron hasta arriba y bajaron mas aprisa que volando.

—Ya, pero eso era natural, los franceses no son de hierro.

—Y aunque lo fueran, ya tenian para haberse fundido con nuestras balas.

—Ya, pero eso sucede en todas partes, esos hombres no son de todo punto invencibles, ni se empeñaban en salir triunfantes.

—Lo prueba la carrera que pegaron por estas mismas piedras.

—Ya, pero eso de correr es muy lógico, cuando no hay otro partido que tomar.

—Es que habia otro, y lo hubiera tomado mi general Zaragoza, el de morir matando.

—Ya, pero eso no es tan sencillo, porque eso de morir tiene sus puntos y sus comas.

—Eso sería el año de 1828, señor mio.

—Ya, pero hoy ha variado la situacion.

El inválido, que estaba trémulo de coraje con aquel diálogo, estalló al fin diciendo á su compañero:

—Si vuelve usted á decir *ya*, le doy á usted tan soberano muletazo que le parto el bautismo.

—De todo se molesta usted, parece que vengo tutoreado, segun se impone con su infernal carácter.

—Como que ya estoy frito de oirle á usted tanta barbaridad.

—Ya, el bárbaro será usted.

—¿Cómo es esto, señor tunantuelo?

—Como lo oye usted, ¡señor brigadier!

Iba á emprenderse otra de zuavos y zacapoaxtlas, cuando los otros amigos se interpusieron y todo concluyó en satisfacciones y caravanas.

III.

En la plaza principal de la ciudad se colocó un templete adornado lujosamente con estandartes, laureles é inscripciones, y en el centro se puso una mesa con charolas de plata, donde estaban las condecoraciones.

La fecha histórica del 5 de Mayo estaba entre las columnas céntricas del templete, y el nombre de Zaragoza se encontraba en todos los lemas.

Desde las seis de la mañana los cuerpos del ejército tomaron su colocacion, y el pueblo aguardaba al primer magistrado de la nacion que debia presidir la augusta ceremonia.

Los edificios públicos y multitud de casas se hallaban adornados con un gusto exquisito; Puebla se ponia sus vestidos de fiesta y se ostentaba en su hermosura deslumbradora, que la hacen célebre entre las ciudades mas bellas del Nuevo-Mundo.

Puebla es una ciudad de lujo: cortesana, es coqueta y encantadora, se atavía de perlas y brillantes, se ciñe de flores, se satura de aromas y humedece su limpia frente con las aguas purísimas del Atoyac: anacoreta, las nubes del cielo se posan á sus plantas, una corona de estrellas ciñe su inmortal cabeza, y los serafines la dan sombra con sus alas de púrpura salpicadas con el rocío del cielo.

La Minerva indiana tiene la armadura del arcángel, y una cascada de bucles cae bajo su gorro de acero, donde reverberan los ardientes rayos del sol.

De pié sobre las cumbres de sus montañas, ha esperado á sus adversarios, y si ha caido alguna vez sobre la arena, ha arrancado

un aplauso de su enemigo, porque al desplomarse, lo ha hecho en apostura digna y académica, como los gladiadores antiguos en el anfiteatro griego.

IV.

La artillería anunció que el Presidente salia del palacio de gobierno en direccion á la plaza, donde se efectuaria la reparticion de medallas.

El general Ortega, que hacia los honores, el gabinete, la comision del Congreso y multitud de personas distinguidas de la República, formaban el séquito de Juarez.

Tomó asiento el presidente despues de saludar al ejército y al pueblo, que no cesaba de victorearle, y comenzó la ceremonia.

Las músicas y los clarines se apagaron instantáneamente, Juarez se levantó solemne y habló en nombre de la patria:

—«¡Soldados! Vengo á saludaros en nombre de la patria que tan gloriosamente habeis servido; vengo á felicitaros por la espléndida victoria que lográsteis contra los enemigos de la independencia nacional: vengo, en fin, á condecoraros con las insignias que la república os ofrece para premiar vuestro valor y vuestras grandes virtudes.

«Disputando el paso al enemigo en las Cumbres de Acultzingo y defendiendo esta hermosa ciudad, habeis excitado la gratitud y la admiracion del país entero, cuyo nombre habeis levantado á la vista de todas las naciones.

«El 5 de Mayo érais pocos, y sin embargo, quebrantásteis la soberbia de tropas vencedoras en batallas de alta nombradía. Despues han venido de toda nuestra tierra, millares de guerreros dignos de vosotros, y unidos, alcanzareis nuevos laureles y hareis inmortal el ejército de Oriente.

«Soldados: llevad con noble orgullo sobre vuestros pechos valerosos las medallas que hoy recibís y que os recordarán á todo tiempo vuestros ilustres hechos y la grande y buena patria que debeis salvar á todo trance.

«Vencedores del 5 de Mayo, defensores todos de la independencia nacional, un enemigo injusto nos trae la guerra y avanza sobre nosotros, porque nos cree débiles y degradados; apresta al combate y probad al orgulloso invasor que México vive, que México no sucumbirá al capricho de ningun poderoso; porque defiende la causa de la justicia, de la civilizacion y de la humanidad y porque cuenta con hijos leales y valientes como vosotros.

«Soldados de Zaragoza, vosotros no empañareis la gloria que á sus órdenes alcanzásteis, teneis su ejemplo que os alentará al combate, y teneis al frente al vencedor de Silao y de Calpulalpan que os conducirá á la victoria.

«Soldados: ¡Viva la independencia!»

Catorce mil combatientes respondieron en un eco unísono á la voz del primer magistrado.

Negrete, el defensor del baluarte de Guadalupe, se avanzó á la tribuna, y con voz terrible y conmovedora, gritó á sus soldados:

—¡Compañeros de armas, juremos cumplir con los deberes que la República nos impone!

—¡Lo juramos!—esclamaron á una voz aquellos hombres, reconociendo el acento vibrante de su general.

Ocuparon la tribuna sucesivamente Hernandez y Hernandez, Guillermo Prieto y Joaquin Alcalde, á quien el aura popular ha convertido en heraldo del sentimiento patrio.

Una jóven poetisa, la S.rita Olivares, mezcló su acento encantador en una bellísima poesía á aquella fiesta cívica y de recuerdos.

La mano de la belleza ha depositado siempre los laureles en la frente del vencedor, y en ese dia memorable acudió á engalanar el pecho del soldado con las insignias del reconocimiento nacional.

La S.ra Juarez, cuyo corazon converge hácia lo grande y generoso; la S.ra Mata, hija del mártir de Pomoca; y la S.ra Blanco, esposa del ministro de la guerra, iban prendiendo al pecho de los soldados las cruces de las jornadas de las Cumbres y de Puebla.

Concluida aquella solemne reparticion, el ejército desfiló en columna al son marcial de las músicas militares, ostentando aquellas banderas que mas tarde empapárian con sangre en los campos de batalla.

V.

A las siete de la noche, la multitud se dirigia al teatro, cuyas localidades quedaron ocupadas.

Guilebaldo Aguilar llevaba á su *costilla*, es decir, á Isabel Torre-Mellada, con quien se habia desposado hacía tres meses, sin consentimiento del padre, porque el inválido no habia ocurrido al correo y en la oficina ignoraban la casa de su habitacion.

Guilebaldo estaba, pues, en la *luna de miel*, y llevaba á todas las diversiones á su esposa, que estaba satisfecha y contenta de su marido.

La noche del 4 de Diciembre tomó dos lunetas y las ocupó luego que se abrieron las puertas del teatro.

Guilebaldo llevaba una gran levita como de médico extrangero, y un sombrero negro piramidal como un monumento.

Isabel le habia dado el lazo de la corbata en figura de paloma con las alas abiertas.

El chaleco tenia lo ménos diez docenas de botones, y una cadena de reloj mas fuerte que los eslabones de hierro de las de Catedral, que agobiaba verdaderamente al recien casado.

La levita era color de pasa, el chaleco de terciopelo morado, los pantalones color de albáricoque, y lo mas asombroso y difícil para el mancebo, lo irrealizable, lo quimérico, un par de guantes de hilo blanco que su costilla le calzó contra el torrente de su voluntad.

Las manos de Guilebaldo parecian dos almohadas de hospital, el mancebo se las veía con frecuencia y no atinaba donde ponerlas.

—¿Y si me ocurre rascarme, cómo me las gobierno?—preguntó á su esposa.

—Yo te rascaré, Guilebaldo; ademas, que es falta de educacion.
—Sí, esposa mia, las pulgas no la conocen ni por el forro.
—¡Calla, hombre!
—Callo.

VI.

Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez se situaron en la galería entre la clase de tropa, merced á unos billetes que les regalaron; porque sus fondos estaban en baja.

Hemos dicho que el teatro estaba completamente lleno, y la concurrencia comenzaba á impacientarse porque el Presidente no parecia.

—El Sr. Juarez,—dijo Gonzalez,—estará echando bríndis en el banquete de Palacio, miéntras nosotros nos fastidiamos soberanamente.

—Como que han llevado mas vino que á una cantina, se me ha hecho agua la boca, amigo mio, la cena ha estado suculenta como las de Eliogábalo.

—Yo queria ir en comision por si pillaba un asiento, pero el conserje me pidió la tarjeta y tuve que retirarme con cajas destempladas.

—Yo,—dijo Felipe Cuevas,—concurrí á varios convites en los Estados-Unidos, allí sí que tenia asiento en todas las mesas.

—¿Hombre, en todas?

—Sí, en todas las de las fondas.

—¡Ya, para esas gracias!

—Pues no es tan sencillo, hay hoteles donde se entra con billete.

—No hablemos de convites porque estoy que me lleva el diablo con el de esta noche.

—Hola, nuestra antigua novia está allí con el bruto de su marido.

—Sí, él es, es Guilebaldo con la cruz del matrimonio, no hace mal papel comiendo caramelos en plena luneta.

—Como viene del rancho...

—Y no está fea Isabelita.

—Soy de la misma opinion, es un ataque que aplazo para el menguante de la luna de miel.

—Guilebaldo es capaz de hacer una barbaridad.

—Como que las hace todos los dias.

—¿Y qué ha pasado con doña Juliana?

—Se enamoró de ese prisionero frances que ha desaparecido.

—Siempre le dió por los efectos extrangeros.

—Y por las desapariciones.

—Pero este señor Juarez no parece, los dos palcos del proscenio y el del centro están desocupados.

—Se destinan á la aristocracia de la democracia.

—Ocupémonos en algo ¡música! ¡música!

El grito del estudiante fué un respiradero á la pesada atmósfera del fastidio, y de todos los ángulos del teatro salieron mil voces repitiendo:

—¡Música! ¡música!

Los individuos de la orquesta se cruzaron de brazos.

Siguió la barahunda, sin que la guerrilla musical se diese por entendida.

Entónces Santiago Gonzalez gritó:

—¡Silencio! ¡silencio!

La multitud obedece instintivamente á la primera voz que se sobrepone.

Cuando se apaciguó el huracan, el estudiante se levantó y dijo con acento claro:

—Señores, que elijan los músicos, ¿*cojines* ó *sinfonía*?

—¡Cojines! ¡cojines!—gritaban de todas partes, y ya muchos de los oficiales habian tomado los de sus asientos para arrojarlos á los desgraciados filarmónicos, cuando éstos comenzaron tranquilamente á templar sus instrumentos.

Un aplauso resonó como un golpe de agua en un tejado.

VII.

El inválido Torre-Mellada estaba muy cerca de su hija, sin que se hubiesen apercibido de ello, ni él, ni los felices esposos.

—Cuevas, querido Cuevas,—dijo Santiago Gonzalez,—va á haber una de los demonios, mira, mira.

—¿Qué, hombre? ya, ya sé, á aquella vieja que trae el peineton del tiempo de Iturrigaray.

—No es eso.

—Sí, sí, al regidor que trae el baston de Netzahualcoyotl.

—Tampoco.

—Pues á aquella señora de las cintas de mil colores, á quien parece la han banderillado.

—No me comprendes.

—Entónces será aquel vejete de los cuellotes y el gran frac del primer imperio.

—Cerca le andas.

—Pues será la jamona que pone los ojos en blanco y hace mas visajes que un epiléptico.

—Un poco mas allá.

—¡Ah!... ¡ah! ya le vi, Dios santo, aquí se encontró toda esa familia de antropófagos, el inválido, el que te plantó el muletazo, el que...

—Sí, hombre, no hay necesidad de recordar esos lances, ya la muchacha pasó á mejor vida y pax Christi.

—Pero ese tigre de la Hircania va á cometer un homicidio con Guilebaldo.

—El mancebo es robusto como un roble, y no se dejará manosear los bigotes.

—Ya veremos en el momento de la crísis.

—¡Pero estos músicos no acaban de templar!

—¡Cojines!—volvió á gritar Santiago Gonzalez.

Instantáneamente los músicos tocaron los *cangrejos*.

La música de viento del pórtico dejó oir una marcha, la que anunciaba la llegada de Juarez.

Abrióse la puerta del palco y se dejó ver el presidente, que fué saludado con el mismo entusiasmo que en la mañana.

La orquesta cambió la sonata popular con una obertura horrorosa, con trémulo y *fiorituri* abominables; pero que aseguraban ser de mucho mérito.

Calló aquella batahola, el director de escena dió el toque de llamada, sonó el pito del apuntador, levantóse el telon y comenzó el espectáculo.

VIII.

Iba corrida la mitad del acto primero, cuando en el palco de la derecha del proscenio se dejó ver la bellísima Eloisa Mons y la sin par Amalia Brown.

Las dos jóvenes traian trajes y tocados iguales.

Unos vestidos de crespon blanco como grumos de espuma, adornados de encajes triples, llevando en el peto una camelia roja y en el peinado otra del mismo color.

Las dos jóvenes estaban pálidas y resplandecientes de hermosura.

Levantóse un murmullo de admiracion en la luneta y todos los anteojos se dirigieron á las dos amigas, que sostuvieron aquella mirada incisiva y simultánea con una serenidad encantadora.

En el fondo del palco se hallaba el señor Mons y el estudiante Mondoñedo.

—¡Demonio!—dijo Cuevas,—nuestro colega no se da con una piedra en los dientes.

—Ya lo creo, como que las chicas son lindas como unas estrellas.

—Esa es comparacion muy vieja.

—Pero exacta; ademas, que no se trata de un discurso académico.

—Si te pusieran á elegir, querido ¿á cuál de las dos te inclinarias?

—Francamente... á las dos; aquí sí era mano de volverse mormon.

—Opino lo mismo, amigo mio, las dos chicas son de *primo cartello.*

—La esposa de nuestro presidente sí que es una figura arrogantísima.

—Ya lo creo; y dicen que con su capacidad y virtudes domina á don Benito.

—Puede ser; pero á Juarez no lo influye ni Dios ni el diablo.

—El molde en que se vació el alma de don Benito, lo deben romper, porque dos Juarez son mucho para un siglo.

—Diera Napoleon un ojo de la cara porque cargaran con él todos los diablos.

—Ya lo creo; pero Juarez es capaz de llevarse á él y á todos los demonios.

—Yo creo que los tiene dentro.

—Eso dicen las viejas.

—Mira, mira, en el palco izquierdo del proscenio aparecen unos rsonajes que me son enteramente desconocidos.

—Deben ser extrangeros.

—De ello tienen facha.

Efectivamente, dos extrangeros tomaron los asientos delanteros l palco, mientras que otro personaje se recataba en el fondo, peraneciendo embozado hasta los ojos.

IX.

Guillermo Prieto, con el cabello alborotado en donde comienn á aparecer las primeras escarchas de la edad, se presentó á er una poesía arrebatadora que electrizó á la multitud que llenaba s ámbitos del teatro.

Prieto tiene un timbre magnífico y una entonacion admirable ie le ha conquistado el primer puesto entre los poetas de América.

Felipe Cuevas rompió su baston contra la barandilla y Santiago onzalez tenia inflamacion de manos y anginas de tanto gritar.

Al concluir Guillermo Prieto su composicion, el inválido Torreellada se volvió hecho un tigre hácia Guilebaldo, que en un rapto entusiasmo lírico habia echado á volar su sombrero, que cayó de nto sobre la calva del brigadier.

Nuestros lectores conocen el carácter *benigno* del padre de abel.

Levantóse el viejo con muleta en mano y se dirigió contra el ancebo, cuando fijó sus chispeantes ojos sobre Isabel, y se quedó trificado como la estátua del comendador.

Isabel se fijó en el brigadier, y dijo:

—¡Mi padre!

El viejo gritó:

—¡Mi hija! ¡este vándalo es el raptor!—y descargó sobre Guileldo la muleta.

—¡Lo dije!—exclamó Felipe Cuevas, ya ese cafre hizo una segunl edicion del muletazo con que me regaló la noche del rapto.

Guilebaldo se sintió herido en un omóplato, entonces el mancebo trépido se lanzó como un búfalo sobre el inválido, jurando arranrle las orejas ó lo que primero le viniera á las manos.

Isabel tiró á Guilebaldo de los inmensos faldones de una levita losal que habia estrenado la noche de su boda, y gritaba con todas s fuerzas:

—¡Detente! ¡detente! ¡es mi padre!

—¡Suéltame la cola! ¡suéltame la cola!—clamaba Guilebaldo rcejeando como un gallo en los primeros careos.

La autoridad tomó parte en la reyerta, los estudiantes de la garía palmoteaban, las señoras de los palcos se levantaban asustadas, s viejas creian que los franceses atacaban el teatro, y la confusion as grande comenzaba á reinar en todos los departamentos.

La policía sacó en son de guerra á los beligerantes, y el inválido

Torre-Mellada, despues de una larga esplicacion, reconoció á su ye no en presencia de las linternas de colores, en medio de la polici y la turba de curiosos y bajo el pórtico del teatro principal de la ci dad de Zaragoza.

X.

En los momentos del desórden, el caballero que permanecia en bozado en el fondo del palco, se descubrió precisamente cuando Elo sa dirigia sus brújulas hácia ese lado.

Instintivamente le señorita Amalia Brown volvió su mirada mismo punto, ambas reconocieron el personaje y dieron un gri simultáneo.

El embozado desapareció, y el estudiante Mondoñedo dijo irr tado:

—Vamos, que esa gente ha asustado á las señoras, es necesar tranquilizarse, todo ha concluido ya.

Doña Blanca y Eloisa se buscaron con la mirada interrogándo sobre aquella casualidad.

Aquellas dos almas se encontraron de granito, bajo la armadu invulnerable del disimulo.

CAPITULO XI.

De cómo pueden ir dos almas sobre la misma huella.

I.

Las fiestas de la patria habian terminado, las tropas yaci entregadas al descanso en sus cuarteles, y uno que otro grupo transeuntes atravesaba por las calles en son de retirada.

Las lámparas de los balcones y las luminarias se iban exti guiendo, recobrando las sombras de la noche su imperio sobre campo y la ciudad.

A lo largo de la calle de Mercaderes se paseaban dos oficial mientras que un embozado yacia oculto en el dintel del zaguan fren á la casa del señor Mons y totalmente envuelto en la oscuridad.

—Usted siempre triste, mi comandante.

—Es mi carácter, capitan Martinez.

—Cuando nos conocimos estaba usted alegre como una golo drina y no habia en su frente esa palidez, puede ser que esté ust malo del hígado.

El comandante no pudo menos que reirse de la ocurrencia.

—El palco en que estaba usted era un cielo, señor comandan esa extrangerita y Eloisa eran lo mas lindo de la concurrencia; cua do las ví entrar me quedé con la boca abierta; si he sido tiburon, las trago.

—Sí, las dos son bonitas.

—Como dos perlas. Y usted, ¿á quién prefiere de las dos?

—¡Silencio!—dijo Mondoñedo,—no hable usted así, prodrian oirle, y...

—¿Y qué me importa? lo que digo ahora lo gritaria en medio de la plaza y desde la periquera donde se subió el señor poeta á echar su parangon.

—No sea usted imprudente, capitan.

—Yo que creia verlo á usted apasionado cuando menos de las dos, lo hallo tímido como una tórtola, ¡canario! si la mejor de las facciones del señor Mons es su hija: vamos, que me hicieron gracia las dos palomas, vea usted qué casualidad, ellas que ven para el pretorio de en frente, y que gritan al mismo tiempo, por el rabo de Satanás que se espantaron con el embozado!

—¿Qué, qué ha dicho usted, capitan?

—Nada, lo que he visto y nada mas.

—Este hombre no se equivoca,—pensó Mondoñedo, y luego prosiguió en voz alta;—pero esa es una equivocacion de usted, capitan.

—Por la berruga de mi abuela, que es tan cierto como que hoy me ha puesto *papá* Benito esta cruz en el pecho; y qué manos tan lindas tenia la esposa del ministro de la guerra! vea usted, mi comandante, me dieron ganas de... insisto en mi idea de trasformarme en tiburon.

—¿Y dice usted que las dos vieron á la vez al embozado?

—Lo afirmo, y que yo tambien le eché el ojo.

—¡Capitan! las señas al momento.

—Cualquiera diria que se enojaba usted.

—No; pero es el caso que deseo saber todo, todo de una vez.

—Está usted celoso, ¿no es eso?

—Sí; pero eso no importa, hable usted, por compasion.

—Pues el embozado tiene una barba negra y una cabellera tirada hácia atras como la melena del leon, es guapo, sus ojos brillaron un instante, y zas; se acabó el cuento, porque el caballero se filtró por la puerta, y yo me salí á arreglar la cuestion de Guilebaldo.

—¡El es!—exclamó el estudiante con desesperacion.

—¿Quién? ¡ah! sí, Guilebaldo, bien le decia yo, alguna desgracia te va á suceder con ese pitifraque ó cuchupeta, no sabes andar con chaqueta de faldas, eso está bueno para los señores; dicho y hecho, el *sorbete* atrajo la tempestad de garrotazos, que á no ser porque resultó prójimo cercano del viejo, pasa al hospital en calidad de contuso; vea usted lo que son las cosas, los suegros husmean al yerno, se necesita muy buen olfato para entresacar de tanta concurrencia al marido de la hija, y darle esa zurribamba de muletazos; yo, si me casara, le pondria por condicion á mi novia que nunca hubiera tenido padre; y madre mucho menos; porque las suegras son capaces de tirar de la cola á Barrabas; como Isabelita hizo con los faldones de su esposo. Yo me reía á carcajadas; el de la pata tiesa se volvió un basilisco; pero eso sí, se enterneció junto al pilar del teatro luego que supo lo del casamiento, y como la niña ya... es decir... como quien dice que es semiabuelo el inválido, esto ablanda á

las peñas; porque como dijo el otro, se quieren mas á los nietos...

—No hay duda,—murmuraba Mondoñedo,—ese hombre ha tenido la avilantez de presentarse en nuestro campo; dar aviso es una villanía; pero yo siento que me ahogo.

—Las dos de la mañana, mi comandante, voy á tomar el último trago y dormiremos un rato.

El estudiante tendió su mano al capitan Martinez, que se echó calle adelante silbando la popular cancion de los *cangrejos*.

II.

El estudiante se quedó profundamente pensativo, la linterna mágica de sus recuerdos tornaba á girar delante de su pensamiento, y su alma era una tormenta sin relámpagos, toda sombra y oscuridad.

Aquellas dos mugeres se disputaban su corazon en la lucha siempre terrible del espíritu.

Recordaba la dulce melancolía de Eloisa, ese candor angelical de su mirada, la altiva dignidad de su apostura, el acento apacible de su voz y aquella hermosura deslumbradora que la hacia aparecer como una imágen del paraiso; entonces se sentia apasionado, profundamente apasionado de aquella muger, último destello en el caos denso de su vida. Eloisa era la postrer esperanza en su naufragio, la estrella que debia preceder á su destino.

El infeliz jóven le pedia al cielo que don Fernando insistiera en los amores de doña Blanca, que se olvidase de Eloisa, que huyera para siempre con la Montemolin, y no le inquietase en su soñada y pretendida felicidad.

Despues su pensamiento lo arrebataba de aquel cielo purísimo de dicha, y lo trasportaba á la presencia de la jóven aventurera.

Contemplaba aquella fisonomía siniestramente magestuosa, aquella mirada eléctrica y poderosa, aquella frente donde se adivinaba una diadema invisible, aquel lábio desdeñoso y aquel acento vibrante y sonoro como la voz del ángel de las venganzas.

¿Cómo dejar que el conde se llevase ese tesoro en el torrente de su vida romancesca y de conquista?... Los celos combatian el alma del estudiante azotándola sin misericordia.

No era el fenómeno de un amor compartido por igual entre dos seres, era la envidia á un hombre afortunado, la vacilacion del orgullo, la avidez de poseer el cariño de aquellas dos almas, como quien ambiciona glorias militares.

El jóven veía mas hermosa á la que creía perder, y el desgraciado no comprendia que estaba entre la muerte y el precipicio.

Trastornado su espíritu, su imaginacion estraviada en el mundo desconcido de lo imposible, el vértigo estaba apoderado de su existencia, ¡pobre corazon humano! barca miserable en los mares inquietos de la vida, juguete del viento y de las olas, va sobre la superficie de un abismo donde se refleja el cielo y se esconde en el vórtice del infinito.

Dentro de aquel cerebro se agitaba un mundo á la extraña luz de la fascinacion.

Luego que el juicio tiraba por la senda de lo irrealizable, el corazon se desprendia de la cadena y paralizaba sus latidos.

A fuerza de pensar se agotó la oleada candente de las ideas y la abstraccion reemplazó con su fijeza el torbellino de la fiebre.

Los ojos del estudiante vagaron en torno, su frente sintió el hielo del viento, y aquel hombre dirigió sus pasos en busca del sueño y del reposo.

El cerebro habia hecho su erupcion y la calma tornaba como una sombra á dar paz al espíritu en la pesada atmósfera de la atonía.

Caminaba el estudiante en direccion á la casa de su alojamiento, cuando el crujir de una vidriera lo sacó de sus contemplaciones.

Levantó la cara y vió que el balcon de la cámara de doña Blanca se abria y que un bulto de muger aparecia en el dintel.

Recatóse Mondoñedo para observar.

El bulto agitó un lienzo blanco; entonces, de la sombra que caía en la acera de enfrente se desprendió un embozado, y atravesando la calle se acercó al zaguan, que cediendo á un leve impulso, se abrió dando paso al caballero.

La sangre se agolpó al cerebro del estudiante y sus ojos se fijaron en la puerta que acababa de tragarse al embozado.

Vaciló algunos momentos sobre el partido que debiera tomar, el sentimiento del orgullo se enseñoreó en su corazon, puso mano á una de sus pistolas y se dirigió resueltamente á la casa de doña Blanca.

III.

Eloisa Mons habia visto por casualidad á don Fernando en los momentos en que este se mostraba á doña Blanca.

La enamorada jóven creyó que su prometido, arriesgando la vida por darla una satisfaccion, habia abandonado su campo y venia á echarse á sus piés y pedirle perdon, y esplicarle su conducta tan misteriosa hasta entonces.

Tornó bajo este prisma encantador á soñar en el mundo de sus amores y de sus esperanzas, volvió á llamar á la imágen de sus ilusiones, la acarició con el entusiasmo de su pureza y la exaltacion intensa de su candor.

La luz del amor centelleaba en sus pupilas, sus mejillas se coloreaban á los primeros rayos de aquel sol radiante que aparecia tras de la noche oscura de sus dolores.

Eloisa se trasformaba en un ángel de cariño, la sonrisa estremecia su lábio, y su seno palpitaba emocionado.

En el silencio de la noche y tras la vidriera de su balcon, esperaba el momento en que don Fernando apareciese, porque estaba segura de que vendria.

Calculaba Eloisa que su amante solicitaria una entrevista antes de hablar con el Sr. Mons, y estaba dispuesta á concedérsela.

Las horas pasaban y la calle permanecia en silencio.

Los goznes de la vidriera inmediata crujieron, y el roce de un traje se dejó sentir en los barandales.

Eloisa se estremeció.

Abrió con el mayor cuidado la puerta vidriera de su aposento, y se puso jadeante de emocion en acecho de lo que pasaba.

Vió que su huésped la señorita Amalia Brown agitaba su pañuelo.

Una sospecha terrible cruzó como un relámpago por el cerebro de la jóven.

Lanzó sus miradas á la oscuridad de la calle, y percibió perfectamente al embozado que atravesó en direccion al zaguan.

Doña Blanca no pudo ver á Mondoñedo, ni apercibirse de que en el próximo balcon no le perdia movimiento su rival.

IV.

Luego que la familia Mons abandonó el teatro, se acercó á doña Blanca entre el bullicio de la gente un hombre y deslizó en su mano un billete.

Eloisa, con la ilusion de ver á don Fernando, trató de separarse de su amiga.

Doña Blanca apresuró esta despedida y se entró en su aposento.

Sin quitarse los atavíos de fiesta, se acercó ansiosa á la bujía, abrió el billete. y leyó para sí:

«Señora, si permitís al hombre que os ama, arrojarse á vuestros piés solicitando el perdon de faltas involuntarias, de las cuales no mas culpo al destino, estaré toda la noche al frente de vuestros balcones esperando una sola palabra que me vuelva la calma al corazon. ¡Adios! Vuestro—*Fernando.*»

Quedóse la jóven profundamente pensativa: despues comenzó á quitarse sus atavíos, y conservando esa belleza tan arrebatadora que presenta una mujer al regreso de un sarao, cuando su semblante se vela con las primeras sombras del cansancio y del romanticismo.

Doña Blanca, que por razones de familia sabia cuán léjos se hallaba del hombre de su amor, se sentia arrebatada por aquel imposible; queria subyugar al destino, renunciar voluntariamente á su cariño, y no ceder el triunfo á una *razon de Estado.*

Entregada á sus ilusiones de ambicion y de grandeza, su amor parecia extinguirse en el fondo de su corazon con la ausencia de don Fernando; pero al verle bajo el prisma del arrojo y del peligro, sintió renacer su amor y esperó resueltamente al aventurero.

Aguardó á que se entrase la noche, y con ella el sosiego, no sin meditar detenidamente la manera con que explotaria en favor de sus miras los amores de don Fernando.

Doña Blanca era hábil, capaz de sacar partido de cualquiera situacion, y esa noche se proponia avanzar algo en el camino por el que adelantaba en medio de tanta contrariedad.

La jóven soñaba aún en la candidatura del príncipe D. Juan, cuando la Francia apoyaba decididamente al archiduque de Austria, esperando siempre algo por el lado del Rhin en ese cange perpétuo de los soberanos que disponen de vidas y haciendas.

V.

Las dos de la mañana sonaron en los relojes de la ciudad.

Alzóse la condesa, abrió cuidadosamente el balcon, agitó su pa-
elo, y don Fernando, que era atrevido, se llegó á la puerta de la
sa, que cedió á un pequeño esfuerzo, se entró en el patio, y subió
escalera donde lo esperaba la condesa.

—Seguidme,—dijo en voz baja doña Blanca.

Don Fernando no respondió, pero se echó á andar precedido por
guía.

A los pocos momentos se encontraba el galan en la estancia
la condesa.

Doña Blanca estaba intensamente pálida; sus miradas se fijaban
el semblante profundamente triste del conde.

Don Fernando permanecia de pié, con los brazos cruzados, la
eza inclinada, y sus ojos viendo al soslayo.

—¡Hablad, caballero!

—Es tanta mi emocion, señora, que apenas puedo dirigiros la
abra; no sé qué deciros, ni cómo explicaros una conducta tan...

—Dígalo usted de una vez, caballero, tan descortés y tan infame.

—Todas las recriminaciones que me podais hacer, yo me las he
ho de antemano; sé que no merezco el perdon, que he ofendido
mas noble de los corazones, que he arrancado lágrimas á unos
s que jamas debieron empañarse.

—¿Y Eloisa, caballero?

La vidriera de la ventana que daba á los corredores se estre-
ció.

Don Fernando volvió con inquietud la cabeza.

—Es el viento,—murmuró la Montemolin.

Volvieron ambos á quedar en silencio.

—Demos fin á una situacion tan desesperada; vos sabeis, señora,
os amo, que mi cariño no ha conocido límites, y...

—Y que os ibais á casar con la señorita Mons, si yo imprudente-
nte no os hubiera detenido en mi casa.

La vidriera volvió á crujir con mas fuerza.

—Sí, don Fernando, me arrepiento; yo debia haberos entregado
uestro destino; Eloisa es bella, su virtud es la de un ángel.

—Sí, pero yo no la amo.

—Callad caballero, á esa criatura no puede vérsela sin sentir en
orazon un rayo de simpatía, y vos visitábais á la señorita Mons,
bais en su intimidad, gozábais del aliento seductor de sus amo-
y acaso sin pensar la habeis amado; conozco vuestro corazon
susceptibilidad de vuestro carácter.

—Te engañas,—dijo Fernando arrodillándose á los piés de
a Blanca;—yo no sé amar si no es á tí, cuya influencia domina
espíritu; á tí, cuya existencia envuelta en las vicisitudes del des-
, se manifiesta tan grande y tan serena... Sí, Blanca, yo te amo
una pasion violenta no sentida jamas en mi alma; te he encon-
o en el camino tortuoso de la vida, y siento que hay algo de fata-

lismo en este amor que me devora... Tu imágen no me ha abanc
nado un solo instante; solo, siempre solo en este torbellino que n
envuelve, tú has sido mi única esperanza, la sola ilusion de mi alr
intranquila y pesarosa... Yo soy extrangero en mi misma patria
estoy en las filas del anatema; yo podia haberme separado de e
camino, pero sentí tus pisadas, te ví comprometida en una causa
me he decidido á seguir, mas bien por tí, que por lo que person
mente pudiera interesarme.

Doña Blanca comenzaba á influenciarse con las palabras
aquel hombre, que tocaban los dos resortes mas terribles de su alr
el amor y la ambicion.

—Oyeme, Blanca mia,—continuó el aventurero tomando u
mano á la condesa, que abandonó entre las de su amante;—hay r
cho de heroismo en este amor que te consagro; lucho y lucharé ha
el fin porque el rey don Juan se siente en el trono de México, y
ciertamente que ese dia es el de nuestra separacion; pero yo d
sacrificarme por tí, por tí que eres mi existencia... en la hora suj
ma de tu dicha, yo seré el sér desgraciado, el pobre sér escarneció
vilipendiado; porque tú no podrás ser nunca mi esposa, ¿no es
dad?

La condesa inclinó la frente y comenzó á verter sus lágrimas
silencio.

—Sí, entonces,—continuó exaltado don Fernando,—yo huiré
tí, ¡y tú, rodeada de todas las seducciones de la corte, en medio
ese brillo y esplendor á que estás predestinada, te olvidarás ha
de mi existencia!... No, no importa,—dijo cada vez mas exalt
el conde,—yo sé sufrir, esa ha sido mi escuela, y si el aliento
faltara, entonces me sobraria el valor para darme la muerte de
dote en el mundo de la felicidad!

—¡Pero lo que decís es espantoso!

—No he podido resistir á la idea de vuestro enojo, y he ve
al campo de mis enemigos; de un momento á otro puedo ser de
ciado y muerto á vuestros ojos.

—No, yo no resistiria ese espectáculo, huid, Don Fernando, h
¡por compasion!

—Blanca, estoy á tus piés, te he abierto mi corazon, en ca
necesito una palabra de tus lábios, una sola esperanza, una
de olvido y de misericordia.

—Vos lo habeis dicho, conde, estamos separados por un
insondable.

—Yo te acuso á mi vez de engaño; si ya sabias que nu
existencia no podia caminar sobre una misma huella, ¿á
decirme que me amabas, á qué alentar mis esperanzas y desp
en mi corazon la fiebre terrible de una pasion inmensa?

Un gemido sordo se dejó escuchar tras la ventana; pero qu
fué escuchado por el conde ni doña Blanca.

—Sí, todo era un sueño que tenia por perspectiva una rea
espantosa; si tras la sonrisa del ángel se escondia la mirad
Satanás, y el abismo sin fondo de la desesperación, ¿á qué l
á un hombre que nada os habia hecho sino amaros hasta la lo

—¡Es cierto, es cierto!—gritó la condesa deshecha en lágrimas.

—Entónces, señora, ¿á qué recriminar mi conducta, á qué lanzar ese anatema horrible sobre mi existencia?... oidme, todo ha pasado ya, sé que nada tengo que esperar, nada, sino la muerte que está en torno mio hace mucho tiempo... vais á saber los últimos pasos de mi vida; os vais á estremecer como una hoja al soplo del huracan, vais á tenerme horror; porque mis palabras abrirán el abismo sin fondo que va á mediar entre los dos.

La condesa posó su mirada en la torva frente del aventurero.

—Yo,—continuó don Fernando tomando asiento al lado de doña Blanca,—he llevado una juventud tormentosa y llena de azares, el ímpetu de mi carácter se hizo sentir en mis primeros duelos, en que la sangre ha corrido por la hoja de mi espada, entónces el honor escudaba el asesinato, la sociedad aplaudia, y yo era el hombre de moda, ¡el héroe del crímen!... cansado de vivir entre la crápula del ejército, humillado por la ruina de una fortuna colosal despilfarrada en las veladas de la disipacion y del juego, entré en ese torbellino de la *intervencion*, como el último puerto de mis burladas esperanzas, os encontré á mi paso y entónces mi destino se hizo mas sombrio, os juzgué como á un ser á quien debia de abandonar para arrojarme á la tabla de salvacion en mi naufragio, y pedí resueltamente la mano de la señorita Mons.

—Todo lo sé, caballero, callad si no quereis hacerme morir de desesperacion.

—Hasta ahora, Doña Blanca, todo puede pasar por una aventura mas ó ménos romancesca, pero yo he ido hasta la fatalidad.

—¿Aun hay mas todavía?—preguntó asustada la condesa.

—Sí, yo he resbalado en el fango del crímen, y el terrible incendio de San Andres fué levantado por mi propia mano.

—Pero esto es horrible, yo no lo habia creido cuando Wask me lo ha asegurado.

—Wask me vendia,—pensó Don Fernando, y luego continuó con la concentracion del despecho:—¡sí, yo me delato ante vos, señora, como un criminal!...

La condesa sintió, al mismo tiempo que un terror profundo por aquel hombre, que habia algo que la ataba al ser deforme objeto de su entrañable amor.

—Señora,—continuó el conde con acento conmovido,—la hora de la expiacion ha comenzado, los fantasmas del remordimiento se destacan en el fondo oscuro de mi conciencia... ¡sé que la maldicion de Dios está sobre mí, y que tarde ó temprano caerá ese rayo vengador de la justicia divina!...

Estremecióse Doña Blanca, y una agitacion mortal discurrió por todos sus miembros.

—Sí,—dijo Don Fernando,—todos los dias se ahonda mas y mas el abismo á cuya sima estoy suspendido... la felicidad ha huido como una sombra, el iris se ha tornado en una faja oscura que me envuelve como una mortaja... ¡yo siento que se levanta dentro de mí algo que me acusa, y mi corazon se oprime dolorosamente y mis lágrimas acuden como una lluvia de fuego á mis párpados calentu-

rientos!... ¡tenedme compasion!... ¡prófugo entre los hombres y amenazado por la cólera del cielo, no sé lo que va á ser de mí!

El conde inclinó su cabeza y llevó las manos á sus ojos para enjugar el llanto que en turbias gotas se desprendia de sus pupilas candentes.

Doña Blanca sintió amor y compasion por aquel hombre, y en un arrebato de entusiasmo frenético, tomó la cabeza de su amante é imprimió un beso en la pálida frente del aventurero.

Como si el infierno hubiera respondido al ruido seco de aquel beso profano, se oyó un alarido en la parte de afuera de la estancia y voces y pasos que se alejaban.

Doña Blanca mató la luz y salió osadamente á los corredores.

Todo estaba desierto.

Entónces tendió su mano al conde, que la besó respetuosamente.

—Adios, señora,—dijo Fernando,—¡hasta la eternidad!

—Adios,—murmuró Dona Blanca, y cayó sin sentido como si la muerte la hubiese herido de súbito en aquellos momentos.

VI.

Eloisa se habia apercibido de las señas de Doña Blanca al conde del Jaral, y de la presencia de su antiguo novio en la estancia de la condesa.

Profundamente celosa, siguió á Don Fernando y se puso en acecho de los amantes, viendo tras de los cristales de la ventana la escena que acabamos de describir.

Mondoñedo siguió á la vez á su rival, quiso espiar por la ventana y se encontró con Eloisa.

—¿Qué haceis aquí, señora?

—No lo sé,—respondió Eloisa con voz trémula;—¿y vos, caballero?

—Vengo en pos de la venganza.

—A ella acudo en este momento; no satisfecho ese hombre con haberme escupido al rostro, hoy, caballero, en mi propia casa tiene cita con una muger.

—¿Y vos no la conoceis?

—No, no la conozco.

—Pues alejaos en nombre del cielo de este sitio.

—No retrocederé un solo paso.

—Yo me encargo de vengaros.

—¡Silencio!... esa palabra me horroriza... no obstante, quiero ver por mis propios ojos hasta dónde llega la avilantez de ese hombre.

—Vais á saber secretos terribles.

—¿Y qué me importa si ya sé cuanto pueda labrar la desgracia de toda mi existencia?

—Podriais arrepentiros, retiraos, vuestra alma no está acostumbrada á estas luchas terribles.

—Ya estoy familiarizada con el dolor, y un golpe mas no acobarda mi espíritu.

—Sea, pues que vos lo deseais.

Aquellos dos siniestros espectadores pegaron sus rostros á los cristales, y fijos y terribles é inmóviles, no perdian una sola palabra ni el movimiento mas insignificante.

Cuando Eloisa escuchó la trama infernal del conde y se enteró del secreto de su enlace, creyó morirse de angustia.

Mondoñedo, en presencia del amor de aquel hombre y aquella muger, estaba desfallecido; pero al oir de labios del aventurero su historia de crímenes horrendos, quiso matar al conde, aplastar aquella víbora rabiosa que aun podia causar males inmensos.

Eloisa estaba impresionada por el relato infernal del aventurero, sintió horror por el hombre único á quien habia consagrado el amor de su existencia, comprendió que nada podia mediar entre los dos despues de aquellas revelaciones siniestras; pero quiso apurar hasta la última gota del acíbar.

Oía todo sin comprender, escuchaba nombres de personages que le eran totalmente desconocidos, y no podia saber definitivamente quien era aquella rival presentada bajo una faz tan alta y misteriosa.

Tuvo miedo de todo aquel misterio que la circundaba, queria preguntar á Mondoñedo; pero fija su mirada en la escena y absorto su espíritu, no pudo aventurar una palabra.

Cuando la condesa tomó entre sus manos la cabeza del conde é imprimió un beso en aquella frente sombría y apagada, Eloisa sacudió convulsivamente las verjas de hierro de la ventana, Mondoñedo rugió celoso como un tigre herido y amartilló su pistola.

—¿Qué haceis?—dijo ausustada Eloisa.

—¡Dejadme, dejadme, es preciso que ese hombre muera!...

Eloisa se arrojó al brazo del estudiante, asiéndose de la arma preparada.

—¡Que me solteis!—gritó Mondoñedo.

—No, un crímen jamas, su sangre no correrá delante de mí, venid, caballero, ¡venid por compasion!

—¡Ese beso es su sentencia!—esclamó rabioso el estudiante.

Eloisa, con ese vigor que se despierta en la constitucion nerviosa de la muger cuando se desencadena momentáneamente el despecho, asió al jóven y lo arrastró hasta ponerlo en la puerta de su aposento.

El conde atravesó como un fantasma delante de Eloisa, que se pegó al dintel huyendo del contacto de aquel hombre siniestro.

CAPITULO XII.

Del paréntesis que abre el autor de este libro para decir algo sobre el gefe supremo.

I.

El general Forey, nombrado comandante en gefe de la expedicion despues de la derrota del 5 de Mayo, llegó á Veracruz con un tren inmenso de guerra y tropas de desembarco, para llevar adelante la empresa de Napoleon III.

La Francia enviaba sus mejores tropas para lavar en lo posible la mancha imborrable de su bandera.

Todo amenazaba un pronto cataclismo, y la nube crecia y se condensaba, y aparecia el horizonte como un manto de muerte que se iba estendiendo en el cielo de la República.

El viejo general Forey, aquel veterano que hizo la *veteranada* de esconderse durante el asalto de la torre de Malakoff, era el caballo de batalla de Napoleon III para llevar adelante su malhadada empresa.

Llegó, como deciamos, á la ciudad heróica, donde fué recibido como el Mesías, porque la situacion de Laurencez era punto menos que insostenible: el infeliz derrotado de Puebla fué relevado del mando por Forey, declarado loco por el ejército, y silbado por el pueblo; decididamente, no era envidiable el estado de ese militar frances.

«Forey, huyendo de la zona del vómito, pasó á Orizava, no sin dejar en el puerto tres ó cuatro proclames que nadie quiere recordar.

Llegó el veteranísimo á la ciudad mencionada, donde se le hizo un gran recibimiento por el gobierno del gefe supremo, que en gran tren y seguido de su *ministerio*, dió la bienvenida al general: este excelentísimo señor, en prueba de fraternidad, y como una muestra de lo que los mexicanos intervencionistas podian esperar de la Francia, espetó el siguiente decreto que le supo á acíbar al gefe supremo:

«El general en gefe, investido de todos los poderes militares y políticos, hace saber al pueblo mexicano, y en particular á los habitantes de Veracruz, segun la disposicion que hemos recibido, que el gobierno instituido por el Sr. general Almonte, sin el concurso de la nacion, no tiene de ninguna manera la aprobacion de la intervencion francesa, y que el general Almonte tendrá que:

1° Disolver el ministerio que creó;

2° Abstenerse de dictar ninguna ley ni decreto, y

3° Dejar el dictado que indebidamente tomó de gefe supremo de la nacion, concretándose en lo sucesivo del modo mas perentorio á las instrucciones dadas por el emperador *para proceder en lo posible con los otros generales mexicanos acogidos á la bandera francesa*, á la organizacion del ejército mexicano, *que obrará sola-*

mente bajo nuestras órdenes. —FOREY.—Veracruz, 4 de Setiembre de 1862.»

Conciso era el general Forey, pero incisivo en extremo.

Gefe supremo, ministerio, empleados, generales, decretos, circulares y grandes sellos, todo desapareció de la carpeta política, voló hecho átomos, se pulverizó, quedando en pié una docena de infortunados en el cadalso de la vergüenza.

Los sentimientos *patrióticos* de Almonte y su camarilla, los obligaron como á D. Simplicio, á renunciar generosamente á sus sueños de gobierno, y á quedar de *caballeros particulares* en la corte del Murat de 1863.

Forey les dispensaba su alta proteccion invitándolos á su mesa; en cuanto al ministro Saligny, aconsejó al gefe supremo que se curase la pesadumbre con *coñac*, que era el licor del olvido.

Almonte, que siempre era mas decente que Saligny, no aceptó el consejo, á pesar de su angustia, que era dolorosísima.

Forey esperaba la llegada de *todo* el contingente de guerra; apenas tenia treinta mil hombres y cincuenta piezas de artillería, demasiado poco para comenzar sus operaciones contra un ejército de menos de veinte mil hombres.

Entretanto, divertia su fastidio calavereando en Orizava, é inquiriendo hasta los menores detalles sobre el ejército mexicano, el progreso en sus elementos de defensa, y acumulacion de tropas en la plaza de Puebla y sus alrededores.

Seguro estaba de la victoria, toda vez que los mexicanos no podian contar con tropas suficientemente disciplinadas que oponer á los mas bizarros batallones del ejército frances.

El viejo general se deleitaba con el pensamiento de alcanzar el baston del mariscalato y una cruz mas que colgar á su cuello encorvado y apoplético.

La ambicion es el sueño eterno de los soldados. Forey estaba en su derecho, ningun déspota tuvo esclavo mas sumiso, ni verdugo mas obediente.

El viejo estaba tan posesionado de su papel, que mandó hacer su busto en bronce, y se permitió regalarlo á la ciudad como un rico presente.

La posteridad nunca nos hubiera perdonado el no haber tenido entre los objetos del museo nacional la efigie del vencedor de Puebla.

La modestia no era seguramente la virtud que mas distinguia al general Forey.

Es de sentirse que aquel retrato haya desaparecido de la galería zoológica para entrar en la tumba del olvido y en la atmósfera de la silba.

II.

Forey obsequió con un baile á la sociedad de Orizava.

La oficialidad sacó á relucir sus galones, Almonte y su com-

parsa los suyos, y un número reducido de señoras sus atavíos de gala.

El salon parecia un cuerpo de guardia; apenas se distinguia un frac, ó un individuo sin las alhajas del soldado.

Aquella noche todo pertenecia al escalafon.

Comenzó la danza y la algazara extraña para nuestra sociedad, en ese vértigo terrible de la locura francesa.

—¿Qué os parece, señor general, de todo esto?—preguntó Saligny al general Forey.

—Aun no me puedo formar idea, porque la mayor parte de las familias no han aceptado la invitacion.

—Ya se les irá quitando el escrúpulo.

—No esperaba un desaire.

—Es que la ciudad es reducida, y aquí teneis todo lo que puede frisar con nosotros.

—No conozco el país.

—Cuando lleguemos á la capital será otra cosa, allí está el foco del partido intervencionista, allí seremos acogidos de una manera mas conveniente.

—Hay aquí mexicanas hermosísimas, señor ministro.

—Sí, no lo niego, sobre todo una que me despierta el entusiasmo.

—Es peligroso á nuestra edad ese despertamiento.

—¡Diablo de viejo!—gruñó Saligny,—nivelarme con él en años, esto es una barbaridad.

—Estais pensativo, señor ministro.

—No, me habia fijado en la jóven susodicha.

—¿Es de aumento vuestro lente?

—No exagero, general, ved á esa jóven, es la mas hermosa de la reunion.

—Sí, efectivamente tiene una dentadura admirable; vedla ahora, señor ministro, es el momento.

La jóven se sonreia con un capitan ayudante de Forey.

—No me hace mucha gracia lo que vos llamais el momento, porque vuestro ayudante no deja de ser temible.

—Algo, señor ministro, algo, es el mas calavera del ejército, y se tiene por un galanteador de primera fuerza.

—Hablemos de otra cosa; ¿cómo os fué de *cuadrilla de honor*?

Aquello era una sátira al viejo, que bailaba detestablemente haciendo una caricatura graciosísima.

—¿Y á vos?—contestó el general,—ya veo que sois ducho en esto de evoluciones, siempre al diplomático se le distingue en todas partes, es lástima que seais miope.

—Me la volvió con usura,—pensó Saligny, y luego continuó:

—No deja de tener su gracia el hacernos bailar.

—Es simplemente una fórmula de etiqueta; perdonad, pero la jóven que os agrada sigue batiéndose con mi Estado Mayor.

—No hagais caso, vuestros ayudantes salen pasado mañana para Puebla, y es negocio acabado.

—Es que pueden dejar firmados algunos convenios.

—Señor general, estais esta noche de broma.

—No, pero veo que es mas natural que las conquistas se hagan por los jóvenes, que no por nosotros.

—¡Está pesado el viejo como un demonio!—murmuró desesperado Saligny, sin quitar su lente de la muchacha, que coqueteaba á todo su sabor con un círculo de oficiales.

—Vamos, señor ministro, no hay que fastidiarse, es necesario darle á la época lo que es suyo; esa jóven está mas contenta con el capitan, que con todo un plenipotenciario de S. M. el emperador.

—General, habeis creido que tengo empeño en el negocio, y me dais una broma.

—No os empeñeis en negarlo, señor ministro, porque tendré sospechas.

Saligny comenzó á reirse, para disimular lo escocido que se hallaba con el bromazo que estaba recibiendo.

III.

—Estoy desesperado, amigo mio,—exclamaba un mozalvete almibarado como un caramelo—estos oficiales no dejan bailar ni una sola pieza, todo lo han monopolizado.

—Eso ya lo sabias.

—Sí, pero esperaba de la galantería de nuestras paisanas, que nos prefirieran al menos en una danza habanera.

—Te has equivocado,—proseguia su interlocutor que era una especie de camastron, que asistia por curiosidad al baile, no sin fijarse en todas las personas, para sacar mas tarde á relucir poridades.

—Rosario me habia ofrecido un wals, apresúrome á sacarla, y cuando menos lo pienso, me espeta un «lo tengo dado,» que me dejó nervioso y epiléptico.

—Eso te va á pasar toda la noche; busca alguna fea rezagada, y lánzate entre esa turba, que ya hunde el salon á patadas.

—La moda de los acicates me tiene horripilado, en menos de diez minutos han hecho girones los trâjes de las señoras.

—Nada tiene de particular, son soldados de caballería.

—Eso no es lógico, porque los artilleros traerian sus morteros y obuses.

—Quién sabe si mas tarde.

—Caballero, caballero,—dijo un oficialito frances acercándose á los dos jóvenes,—esta señora desea tomar aire, si teneis la bondad de conducirla á los corredores, os lo estimaria mucho, porque estoy comprometido á bailar esta polka que se comienza á tocar.

Sin dar lugar á que le contestasen, dejó plantada á una vieja llena de plumas y gallardetes frente á los dos amigos, que se miraron asombrados.

—¿Y bien, caballeros, quién me conduce?

Los amigos guardaron silencio.

—Noto que ninguno quiere ser desairado por preferencias inconvenientes, y me veo en el caso de asirme del brazo de ambos para que no haya sentimientos.

—Por mi parte no los puede haber, respetable señora,—dijo el amigo del dandy.

—¿Cómo es eso de *respetable*, caballero? Yo no soy una *señora*, ni menos *respetable*, soy señorita hasta hoy, gracias á Dios.

—Como el matrimonio no se conoce en la fisonomía, usted me perdone.

—Eso es otra cosa, aunque siendo usted de Orizava, debia conocerme.

—Ya, pero no tenia el honor de...

—Pues calle de... me tiene usted á su disposicion.

—Mil gracias.

En aquellos momentos pasaba una jóven del brazo de un oficial, y acercándose al dandy, le dijo al oido:

—Me ha dejado usted sentada, señor de Miraflores, doy á usted las gracias.

—Es cierto,—gritó el jóven dándose una palmada en la frente,—soy un animal, la única pieza que tenia asegurada se me va de entre las manos; ¡espere usted, disimule usted, la satisfago á usted, baile usted, hace usted muy bien!... pero es necesario que yo explique, que aclare esta equivocacion,—y diciendo esta ensarta de majaderías se lanzó en pos de la pareja que desapareció en el torbellino del baile.

—Ese hombre es inoportuno,—dijo la señora emplumada;—pero al fin me ha sacado de un gran compromiso, ya nos quedamos solos y de pareja.

—Yo no puedo consentir esto, señora; Miraflores tendrá que darle á usted una satisfaccion.

—No la necesito.

—Pero yo soy todo un caballero, y esto no debe quedarse así.

Y á renglon seguido se marchó, sin atender á los clamores de la señora, que viéndose sola y desairada, tuvo á bien desmayarse sobre un teniente coronel de la caballería, que á fuerza de coñac estaba algo entorpecido.

—¡Ea, madama! se ha enredado el canelon de la charretera con el peinado.

Viendo en gran peligro su tocado, la noble dama se levantó, apoyándose en los brazos hercúleos del soldado, dejando un pintarrajo de cosmético prieto en la solapa del uniforme.

—Sí usted es caballero, le suplico pida una satisfaccion al señor de Miraflores, causa de mi desmayo.

El soldadon se decidió por la aventura y preguntó á la señora quién era el atrevido.

—Aquel, aquel narizon de los cuellos parados y el frac puntiagudo, aquel jóven alto y espigado como una garrocha y rubio como un coco; aquel del chaleco blanco y guantes idem.

—Ya, ya lo distinguo. Caballero Jardines, caballero Amapolas, venga usted acá.

—Miraflores, caballero, es el apelativo de ese imberbe.

Dirigióse el soldado, y dando un golpe al dandy en el hombro, le dijo:

—¡Perdone usted!

—Me ha roto la clavícula este elefante.

—Venga usted conmigo.

Al momento salieron ambos del salon, y ya en el patio de la casa, el soldado tomó por la oreja al jóven y lo levantó dos palmos de la superficie del suelo.

—¡ Uff ! ¡ qué animal !

—A las damas no se les ofende impunemente.

—Caballero, fué un olvido, la polka era un ofrecimiento hecho con un dia de anticipacion, ya he reparado el olvido.

—Pues para refrescar la memoria, bueno es calentar las orejas.

Y dió otro par de tirones que dejó estupefacto al infeliz jóven.

—Ahora, vaya usted, y baile otra pieza con esa señora.

—En el acto, y sírvase usted no mezclarse en mis negocios, ni *intervenir* tan directamente con los que somos partidarios de la *intervencion.*

—¡ Buenos partidarios tenemos !—murmuró el soldado. Y tomó rumbo á su alojamiento.

IV.

Tras una columna del patio se habia ocultado el amigo de Miraflores, y presenciado la ridícula escena que acabamos de describir.

El dandy tornó al salon hecho una furia contra el frances.

Lo primero con que tropezó fué con la vieja.

—¡ Gracias á Dios que no ha sucedido una desgracia !

—Déjeme usted, señora, que estoy hecho un toro.

—¿ Ha matado usted al teniente coronel ?

Miraflores vió con tal ira á la emplumada señora, que esta tenió por la vida del frances.

—¡ No hay duda, lo ha matado !

—¿ A quién ? ¿ á quién ?—preguntaron varias voces.

—Al teniente coronel H.

—¿ Quién es H ?

—Un hombre generoso sobre el cual acabo de desmayarme.

—¡ Ah !

—¡ Oh !

—Pero, ¿ qué significa eso, señores ?

—Nada, que ese señor se ha marchado bueno y sano á su casa.

—Vámonos, hermana,—dijo un señor obeso y de frac rabon,—ámonos, has dado un escándalo en el baile; mañana no se va á ablar de otra cosa en Orizava, donde hay tanto juarista observano nuestros movimientos.

—Deténgase usted, señor de Bedoya, y convénzase de que nadie a reparado en ustedes; los franceses todo lo han absorbido, y no acen el menor aprecio de los mexicanos que se les unen, ni en bais, ni en política; vea usted, sin ir muy lejos, allí está Almonte, ni na sola vez le ha dirigido la palabra el general Forey; todos sus mistros andan como pájaros espantados, fuera de su centro.

—El dicho de usted es sospechoso.

—Ya veremos mas tarde; entretanto, la ausencia de usted, lo ismo que su presencia, son de todo punto inapercibidas.

—¿ Eso es un insulto ?

—No, es simplemente una verdad.

—Es que á mí me ha saludado el general de una manera muy afable.

—¿Y eso qué importa?

—En política todo tiene significacion.

—Me alegro.

V.

—¡Vaya un gracioso altercado!—dijo Wask á Manzanedo;—esta gente no sabe el terreno en que se encuentra, se creen que los franceses los tienen en mucho, eso es perder la conciencia de lo que valen.

—Reparad, caballero, en que hablais delante de un mexicano.

—Perdonad, amigo Manzanedo, pero á vos no os nivelo con esos entes ridículos que disputan en el salon y en plena concurrencia.

—Es que ese jóven con quien alterca Bedoya no es un cualquiera.

—Ya lo conozco, pertenece á una buena sociedad, y está en el baile para observar cuanto pasa y escribir á los periódicos de la capital.

—A pesar de mi adhesion á los principios intervencionistas, me disgusta profundamente la arrogancia francesa.

—No vale la pena.

—Si hubiera otro medio de salvar nuestros intereses, yo lo aceptaria gustoso; hay algo de terrible en que el extrangero pise en son de guerra el territorio patrio.

—Estais montado á la antigua, la patria es el dinero, ó por lo menos, abre las puertas de todas las patrias.

—No estamos del todo acordes, Wask.

—Hace tiempo que os encuentro susceptible y escrupuloso; hablando de otra cosa, vuestro amo, el príncipe don Juan, creo que será un buen rey de México.

—¿Os burlais, caballero?

—Estais quisquilloso como un colegial, ya sabeis que yo en este juego voy solo á mi negocio, y me cuido poco de la política; dinero y dinero, y siempre dinero.

—¡Este hombre es un miserable!—murmuró Manzanedo.

—Galante está don Fernando,—dijo Wask viendo á su amigo que hacia confesion general al oido de una preciosa orizaveña.

—Me parece que el reducto será tomado.

—No lo creais, esa jóven tiene unos ojos demasiado lánguidos para dejarse arrastrar por las palabras del conde; estoy seguro de que lo rinde, y cuando salga mas bien librado, lo olvida á la salida del salon.

—Es que don Fernando es ya enamorado viejo.

—Esa es precisamente la razon, ha entrado en la edad de la pretension, tiene humos de conquistador, y á estos galanes son á los que las damas toman por lo regular como víctimas expiatorias.

—Es cuestion de poco momento, el conde á su vez olvidará á la dama, y todo queda arreglado, á no ser que el negocio de una dote pueda traer alguna conveniencia.

—Wask, Wask, ¡siempre el dinero!

—No os hagais el hipócrita; tened, como yo, la franqueza de con-
esarlo; negadme que una muchacha hermosa lo es mas si trae el
péndice de veinte ó treinta mil pesos.

VI.

Desprendióse de su pareja el conde y vino al encuentro de sus
migos.

—Os habeis batido como un ruso, caballero.

—Pero estoy derrotado.

—No lo creo.

—En fuga y dispersion.

—¿Qué tenemos de nuevo?

—Algo que no deja de ser importante.

—Hablad,—dijo Wask algo sobresaltado; porque sabia que don
ernando no era hombre que daba importancia á lo que no valia la
ena.

—Ya sabeis que el general Comonfort desde su *golpe de Estado*
abia caido en el desprestigio mas completo; arrojado en las playas
el destierro lloraba con lágrimas de sangre su funesto error, y no
uitaba la vista de su émulo, de ese Juarez que desde entonces se
enta en la silla presidencial.

—¿Y bien, caballero?

—No me impacienteis, Wask.

—Continuad.

—Comonfort pasó de Europa á los Estados-Unidos, y se fué acer-
ando pausadamente á la frontera conteniendo el aliento por temor
e ser detenido en su camino; tuvo algunas conferencias con el go-
ernador fronterizo, y acabó por pedir con voz doliente un pedazo de
erra que arar y una sombra hospitalaria en el suelo de la patria.

—Ese hombre es temible.

—Puede ser.

—Continuad, señor conde.

—Ya la serpiente estaba en el nido de regreso de sus escursiones
comenzaría á ponerse en tren de lucha.

—Era de esperarse.

—Aprovechando la oportunidad de la guerra con Francia, podia
acerse otra vez de sus elementos y aspirar á la presidencia, eterno
ueño de sus ambiciones. Comenzó por pedir el mando del distrito y
utorizacion para levantar fuerzas que engrosaran el ejército nacio-
al, y despues de algunos meses ya era general en gefe del ejército
el Norte.

—¡Mil rayos con ese hombre!—exclamó Wask.

—Ya no era aquel hombre sumiso ante su derrota política; era
asta cierto punto otro poder frente al gobierno de Juarez, un verda-
ero antagonista.

—El mundo es de los atrevidos, es necesario no olvidarlo.

—Comonfort entró arrogante á la capital al frente de un magní-
co cuerpo de ejército y poniéndosele en contacto con Gonzalez Or-
ga, rehusó quedar á las órdenes de ese general.

—Eso lo descontentaria.

—Precisamente, han ocurrido á México los dos generales y el gobierno ha declarado que Comonfort sería auxiliar del ejército de Oriente, en Puebla, y viceversa si la capital es atacada.

—¿Y qué encontrais en ese movimiento que os alarme?

—Vos no comprendeis nada de milicia, caballero.

—Eso es verdad.

—Si así no fuese, estaria á vuestro alcance que una plaza sitiada que cuenta con un ejército auxiliar fuera de sus muros, es una empresa sumamente difícil

—¿Sabeis que Juarez no se descuida?

—Hace mucho tiempo que nos venimos equivocando; todos creiamos que eran los tiempos de Hernan Cortes, y ¡vive Dios! que ya llevamos un desengaño que pesará de hierro en la historia militar de la Francia: mas tarde será el solo borron en la hoja de servicios del imperio de Bonaparte.

—Es decir,—dijo Manzanedo,—que se nos espera en toda regla.

—En toda regla, caballero.

—¿Y qué augurais del éxito?

—Que si damos lugar, como hace un año, á que se reunan todas las fuerzas de la República, nos costará mucha sangre la toma de Puebla, donde tendremos que detenernos otro año para avanzar á la capital, y mientras pueden surgir cumplicaciones en el mundo de la diplomacia.

—Ese es mi parecer.

—Afortunadamente mañana nos ponemos en marcha sobre Puebla, este viejo general tiene ya completo su contingente de cincuenta mil hombres, y ya podremos comenzar las operaciones.

—¿Y qué hay de Laurencez?

—Dicen los médicos que á consecuencia de la insolacion, perdió la cabeza y no pudo ordenar con entero albedrío la accion sobre el cerro de Guadalupe, y fué la causa de la derrota.

—La disculpa es feliz, amigo mio; pero nadie la cree.

—No importa, sabido es que las mentiras son mas creidas que las verdades, de ahí tantas glorias y reputaciones usurpadas; cuando menos se gana con una mentira, es poner en duda la verdad.

—Este don Fernando es un sábio.

—Esto lo dice la Biblia del mundo.

—Y con evangelistas como vos, el libro queda perfecto.

—Me marcho,—dijo Manzanedo,—estoy horriblemente fastidiado con esta soldadesca.

—Marchémonos,—dijo don Fernando,—que hay que madrugar he pedido una seccion de vanguardia, porque quiero presenciar todo absolutamente todo.

—Irémos en vuestra compañía.

—Wask debe quedarse para vigilar á Saligny, ese hombre es de mal agüero para nosotros.

—Descuidad, no lo perderé de vista, trae en su caja los bonos que debemos dividirnos en México, segun instrucciones de los agentes de Jecker; señores, esa fortuna no tiene igual.

—Cuidado,—dijo Manzanedo,—que del plato á la boca se pierde a sopa.

—No os permito bromas sobre este asunto, caballero.

—Lo mismo creiamos antes del 5 de Mayo.

—Es que ahora es todo muy diferente, somos cincuenta mil hom-ores, y Forey no está loco como Laurencez.

—Os lo dije,—exclamó don Fernando,—ya está acogida la idea de a demencia de Laurencez por el mismo que la combatia.

—Todo puede ser,—dijo Wask,—si no está loco, por lo menos es m imbécil.

—En eso estamos completamente de acuerdo.

—Marchémonos, ya comienza el desórden.

—Han tomado con exceso los oficiales.

—Esto para en estocadas.

Los tres amigos, es decir, las tres cabezas de la hidra de la ambi-ion, fueron á soñar en la inquieta pesadilla de sus desvelos, la rea-izacion de aquel plan sangriento tan hábilmente llevado hasta en-onces.

VII.

La noche avanzaba y el salon se quedaba desierto de señoras; ntonces la soldadesca se precipitó á los manjares y botellas, y co-nenzó á brindar por el triunfo de sus armas.

Mr. de Saligny dijo tambien un bríndis muy elocuente: pero que adie pudo escucharlo porque S. E. estaba ya debajo de la mesa á a hora de la perorata.

El viejo Forey echó otra proclama, diciendo que la suerte le ha-ia hecho una *infidelidad* á la bandera francesa, refiriéndose al 5 de Mayo, y que era necesario vindicarse ante el mundo entero.

Esas *infidelidades* son de muy difícil reparacion.

Pocos mexicanos simpatizaron con las ideas del prófugo de Se-astopol.

En nuestro mismo suelo y en presencia de los mexicanos brin-aba aquella soldadesca en una impía saturnal por el aniquilamien-o de la patria

¡De aquel festin saldrian en son de guerra sobre nuestras ciuda-es á disputarnos hasta el suelo donde descansan las cenizas de nues-ros padres!

Almonte trataba de aparecer sereno; pero la tormenta de la rábia stremecia su corazon.

Ese ambicioso era la primera víctima de sus sacrílegos manejos, abia soñado apoderarse del país á la sombra de la bandera extran-era, subyugarlo, y hacerse centro de las influencias de Napoleon ara hacer de la República un vireinato.

Su insuficiencia en los primeros pasos sobre la vía revolucio-aria, denunció al hombre de antaño, al hombre-fiasco, al aspirante esgraciado, al político silbado y al diplomático sin talento.

La Francia vió en peligro su obra, y pasó sobre aquel simula-ro de gobierno, sobre aquella comedia ridícula, y derribó el castillo barajas alzado en las horas de su sueño.

Ya no habia eleccion, ni plan de Córdova y de Orizava, aquell votos eran nulos, aquella voluntad nacional tan decantada una me tira; ahora, la mano de acero de un general seria la ley suprema.

Forey asumia el mando, y todo quedaba subordinado á la esp da del conquistador.

CAPITULO XIII.

Del consejo de guerra, y otros incidentes que sabrá el curioso lector.

I.

La mañana del 1º de Marzo de 1863 se celebraba consejo de gu rra ordinario para juzgar á Guilebaldo Aguilar por habérsele sc prendido en la via de Acultzingo con unos novillos y algunos borr gos, en direccion del campamento frances.

Guilebaldo hizo su entrada á Puebla entre el bullicio de la gen y la rechifla de los soldados.

El inválido Torre-Mellada, que estaba en el atrio de la catedra percibió á su yerno montado en una mula y amarrado como un tri quete, y tras él eso que se llama cuerpo del delito, que consist en los animales.

El inválido se quedó petrificado, y mas aún, cuando Guilebal le gritó:

—¡Papá! ¡papá! avise usted al capitan Martinez, me quier fusilar; no le diga usted nada á Isabelita, le va á pasar un acciden usted sabe el estado que guarda y no quiero una desgracia.

Estas voces fueron contestadas con gritos y aplausos de la m titud, que veía en el reo un solemne majadero.

Guilebaldo fué consignado al fiscal, hombre de setenta añ mueble de traspaso en las oficinas de guerra, hábil de pluma y to de cabeza.

Este personaje se llamaba Becerra, hombre inflexible y capaz llenar cien pliegos solo con una declaracion preparatoria.

Guilebaldo hablaba una palabra, y el fiscal escribia diez págin de letra menuda.

Guilebaldo negaba todo cuando se leia lo que habia dicho; ent ces Becerra, escribia otros diez pliegos, así es que la causa tenia cuatro cuadernos y medio cuando Becerra pidió que se celebrase consejo de guerra.

El inválido fué nombrado defensor, y Pablo Martinez vocal consejo.

Isabel ignoraba la desdicha de su esposo, lo creia en el ranc y vivia tranquila, no sin imponerse de la crónica escandalosa ejército cívico y permanente.

Llegó por fin el dia del consejo y Guilebaldo fué llevado al sal en cuerpo de patrulla.

Los vocales charlaron un poco, el fiscal contó algunos chascarrillos, y despues de una sazonada conversacion, tocaron la campanilla anunciando que la sesion iba á comenzar.

Abriéronse las puertas, por donde una turba de ociosos se precipitó á tomar asiento; hubo empellones y atropellos, pero al fin la avalancha entró en reposo y comenzó el relato de la causa.

El señor de Becerra dijo con énfasis:

—Aguilar y socios, por connivencia con el enemigo extrangero.

—Yo no tengo mas socios que los borregos, señores jueces.

—Calle usted,—dijo el presidente,—aun no le toca hablar.

—Como la cosa me atañe y me va en ello el pescuezo, creo que no se me debe atajar la palabra.

—Cuando llegue el turno.

—Está bien; pero desde ahora digo que no tengo mas cómplices que los novillos, y que ese señor Becerra me ha puesto la puntería y quiere que me fusilen.

—El reo se propasa, señor presidente, la fiscalía á quien tengo el honor de representar, nunca ha puesto punterías, y en cuanto á los borregos, es otro asunto muy sério del cual me ocupo en mi pedimento.

—El pedimento de los borregos debia el fiscal hacèrmelo á mí que soy el dueño.

—Señor presidente,—dijo el fiscal,—el reo presupone que el representante de la vindicta pública trata de extralimitarse en el uso de los cuerpos del delito.

—En los cuerpos de los susodichos borregos,—contestó Guilebaldo.

El presidente llamó al órden y todo quedó en silencio.

El fiscal leyó las fórmulas de ordenanza y despues la enmarañada declaracion de Guilebaldo, que produjo una hilaridad graciosísima.

—Es de notarse,—dijo el fiscal,—que cuando se aprehendió á Guilebaldo Aguilar, con esa perspicacia tan característica de los grandes criminales, hizo que su ganado volviese los cuernos al Poniente, cuando iba en marcha para el Oriente, para que creyese que venia y no que iba.

—¡Qué idas ni qué venidas, ni qué cuernos!—gritó Guilebaldo,—lo que quieren es decomisarme los animales.

—Calle el reo hasta que se le llegue su turno.

—Señor presidente, si no es mi turno cuando se me trae al consejo de guerra, yo no atino...

—¡Que calle usted!

—Está bien, pero eso de los cuernos son cosas muy del señor fiscal.

—Quiero que conste en la acta,—dijo Becerra,—que ese criminal ha dicho que los cuernos son cosas mias.

—Pido que no conste, porque yo al hablar de esas cosas no he aludido al señor sino en el modo de volverlos ya para acá, ya para acullá.

Volvió á sonar la campanilla.

—Dejando á un lado ese incidente,—continuó Becerra,—el reo primero confesó y luego negó, afirmando despues y negando en seguida lo que tenia dicho como razon de sus declaraciones preparatorias y subsecuentes.

Guilebaldo abrió tanta boca sin comprender una sola palabra.

Los vocales del consejo y el público, sin abrir la boca, se quedaron en ayunas del párrafo del pedimento.

El fiscal notó la sensacion, y creyó que habia hecho efecto su párrafo.

—No es que crea en mi elocuencia,—continuó con prosopopeya, —sino que el crímen es tan patente, que basta el simple hecho de haberse encontrado en el camino el reo y los animales, para calcular que se llevaban á venderlos al ejército intruso y odiado de Napoleon III.

El público aplaudió.

Dicen que es de mala ley en la oratoria tocar puntos que traen aparejado palmoteo, pero es el uso que las medianías han introducido en los parlamentos y la puerta á la que llaman las nulidades como puerto de salvacion en la tribuna.

El fiscal prosiguió:

—Deseara que los animales hablasen, para que los señores vocales quedasen perfectamente enterados.

—Los animales hablan,—dijo Guilebaldo,—dígalo el señor fiscal que asienta que el cuerpo del delito habla.

—Eso es en sentido figurado.

—Yo no entiendo de eso, yo sé que si los borregos hablaran, y sobre todo, las borregas que aparecen en la causa, dirian mil cosas y entre ellas, que venian para Puebla y no para los franceses.

El fiscal acabó pidiendo la pena de muerte para Guilebaldo.

—Pido,—gritó Guilebaldo,—que aclare el señor Becerra si pide la pena de muerte para mí ó para las borregas.

—¡He dicho!—dijo con énfasis el fiscal.

—Pues muy mal dicho, porque yo no consentiré en que se me trate como borrego ó como novillo.

Tornó á sonar la campanilla, y todo quedó en silencio.

Ese pedimento, que en otra situacion hubiera causado pánico en la concurrencia, fué recibido con risas por el público y sonrisas por los vocales del consejo.

—Hable usted,—dijo el presidente dirigiéndose al defensor.

El inválido se apoyó en su muleta, tosió, se arregló la patilla, sacó un cartapacio, y dijo solemnemente:

—Señor presidente, señores vocales, respetable auditorio: la causa que tienen usías á la vista...

—Querido suegro,—dijo Guilebaldo,—ya no se usan *dicterios*.

—Lo habia olvidado;—y continuó:—se trata de la vida de un ciudadano y del comiso de unos borregos ó borregas y de unos novillos; esta complicacion no ha sido bien definida por el señor fiscal en su luminoso pedimento.

—No se le olvide á usted,—interrumpió Guilebaldo,—aquello de que me quieren ahorcar.

General Forey.

—Ese hombre que se sienta en el banquillo del acusado... es... es... ¡mi yerno!

—Servidor de ustedes,—añadió Guilebaldo.

Ya la sesion iba degenerando en sainete, á los vocales les costaba trabajo mantenerse sérios; pero la obligacion de un juez es ver, oir y callar.

—Digo que es mi yerno,—prosiguió el inválido,—para que se comprenda el vivo interes que me trae á este puesto, el que ocupo con tanta satisfaccion.

—Yo no soy del mismo parecer,—dijo Guilebaldo,—maldita la satisfaccion que tengo de encontrarme aquí.

—Este jóven venia tranquilamente de su rancho en direccion á Puebla; porque eso que asienta el señor de Becerra de la volteada de los cuernos, no está probado con esa claridad que pide el rey don Alonso el Sábio en sus Siete Partidas.

—No eran siete partidas,—dijo Guilebaldo,—era una de borregos y otra de novillos.

—Se le prohibe á usted interrumpir.

—Hablo en compañía de mi defensor, y estoy en lo que ese señor de Becerra llama su derecho.

El inválido continuó en su defensa, que tenia muchos puntos de contacto con el parecer fiscal, y estaba en un trozo admirable, cuando Isabel Torre-Mellada, esposa de Guilebaldo, entró en el salon con el pelo destrenzado, el rostro descompuesto y los vestidos hechos girones.

—¡Guilebaldo! ¡Guilebaldo!—gritó como una loca.

—Con permiso de ustedes,—dijo Guilebaldo,—me llama mi esposa y no la puedo dejar con la palabra en la boca.

—No puede usted separarse del banquillo.

—Ya lo oyes, Isabel; si quieres, acércate, porque yo no puedo separarme de aquí, estoy muy ocupado.

—Señores militares,—exclamó Isabel,—que se pierdan los borregos, pero déjenme á mi esposo.

—Sí, que se pierdan,—dijo con ternura Guilebaldo,—pero devuélvanme los novillos, y todo se lo perdono.

—Se levanta la sesion,—dijo el presidente, poniendo término á aquella farsa.

II.

Los vocales se entraron á reir á dos carrillos de tanta barbaridad.

El capitan Martinez dijo á sus compañeros:

—Este es un negocio concluido, el fiscal se quiere anexar los borregos, esto es lo que he podido comprender de la lectura de la causa; lo conozco á este muchacho, y no es capaz de cometer un crímen, demas, que en su casa se ha curado mi general Arteaga y le debemos muchos favores.

—Se conoce que es un inocente,—dijeron los demas,—lo absolveremos y es cuanto.

—Bien dicho,—gritó Martinez, y se puso á escribir la sentenci que le dictaba el presidente.

Firmaron el pliego y la sesion tornó á abrirse.

El fiscal estaba finchado, creyendo que su parecer sería acep tado por unanimidad.

Isabel se habia sentado junto á Guilebaldo á morir con é segun se lo aseguraba, y á disputárselo al mismo Becerra en cuya manos habian caido multitud de infelices.

El capitan Martinez leyó la sentencia y cuando llegó al punt de la libertad, el público aplaudió á rabiar.

Guilebaldo no se inmutó, esperando hasta el fin; cuando Ma tinez recalcó por fastidiar al fiscal, lo de «se le devolverá el ganado, entonces Guilebaldo saltó mas alto que pelota, mientras Becerra n alcanzaba la respiracion.

El inválido, dándose todo el aire del triunfo, tomó por el braz á su hija y yerno y salió entre los plácemes de los amigos y l maldiciones del agente fiscal.

III.

Cuando Martinez llegó á su alojamiento, se encontró con Mo doñedo que ya estaba desesperado de su tardanza.

—Mi comandante, ¿usted por esta pobre choza?

—Sí, y te necesito mucho.

—Puede usted hablar, estamos solos.

—Se necesita que vayas al pueblito de Santiago á poner un minas, dentro de breves dias será ocupado por los franceses.

—Comprendo, y se necesita que vuelen hechos pedazos.

—Precisamente.

—Pues solo necesito facultades extraordinarias.

—Las tienes todas.

—Pues me marcho dentro de media hora con la flor y nata mis camaradas, este es negocio de *pecho*, y lo cumpliré como previene el general Gonzalez Ortega.

Mondoñedo se dirigió al cuartel general á dar parte de comision.

El capitan Martinez comenzó á disponer su equipage.

—¡Manolo! ¡Manolo! ensilla los caballos y márchate á llamar Quiñones que está en el cuartel inmediato.

—Al momento, mi capitan.

—Este maldito andaluz será un buen compañero, no tiene re ciones con ninguna persona y podrá ayudarnos á poner las min seguro estoy del éxito, ya tenia gana de una empresa, esta es cuerda.

Quiñones acudió al llamado de su amigo.

—Señor teniente, vamos á *laborearla.*

—Estoy á las órdenes de mi capitan.

—Váyase al cuartel, donde estarán ya unos carros con parq lléveselos con una escolta al pueblito de Santiago.

—Muy bien, mi capitan.

—Allá le contaré lo que tenemos que hacer, es un negocito muy divertido.

Quiñones salió inmediatamente, se dirigió al cuartel, tomó los carros y con ellos la direccion al punto indicado por el capitan Martinez.

Manolo dió aviso á la condesa de su salida, que le parecia altamente sospechosa.

La condesa le dió sus instrucciones y el andaluz se presentó en la casa alojamiento dispuesto á marchar como se lo tenian ordenado.

IV.

A las oraciones de la noche llegaba Martinez al pueblo de Santiago, que está á las inmediaciones de Puebla y á la derecha del cerro de San Juan, con una docena de amigos; la guerrilla del *veneno* le llamaban en las poblaciones.

Púsose de acuerdo con toda aquella falange de calaveras y dispuso hábilmente su operacion.

Hizo circular la especie de que tomaria de *leva* á todos los hombres para formar un regimiento.

Inmediatamente todos los varones tomaron soleta y dejaron abandonadas sus familias.

Entonces, Pablo Martinez, fingiendo una gran borrachera, se lanzó en medio de las callecitas de Santiago, jurando á gritos que se robaria cuanta muger encontrase á mano.

Las mugeres atrancaron las puertas y el pueblo quedó en un silencio sepulcral.

—¡Arreglado!—dijo Martinez,—comencemos nuestros trabajos, y para que no se escuchen los golpes, que los clarines toquen hasta reventar.

Quiñones, Manolo y los otros jóvenes comenzaron á poner las minas, trabajando toda la noche.

Al dia siguiente suspendieron la fatiga, pero viendo que alma nacida se aparecia por el pueblo, continuaron en el mayor sigilo la operacion de las minas.

Al dia siguiente establecieron los hilos, y todo quedó terminado.

Martinez dejó una pequeña guarnicion al cuidado y volvió á Puebla á dar aviso de que su comision estaba desempeñada.

Manolo corrió á la casa de la condesa.

—¿Qué objeto ha llevado ese capitan Martinez al pueblo de Santiago?—preguntó la condesa.

—Nada he comprendido, yo creo que está traicionando al general Gonzalez Ortega.

—Esplícate.

—Ha hecho una mala partida, que donde se la huelan, lo fusilan.

—¿Qué pasa?

—Nada, ese maldito de gefe luego que llegó á la aldea, se puso en compañía de esos petardistas de compañeros á enterrar el parque.

—¡Malo!—murmuró la condesa, y luego añadió:—¿y en qué lugar ha depositado la pólvora?

—En las dos casas que servian de cuarteles.

—¡Estos hombres son terribles!—murmuró la condesa.

—Lo que no he entendido es una cosa muy rara.

—¿Cuál?—preguntó con negligencia doña Blanca.

—Unos hilos que van á dar á las orillas de la poblacion, muy ocultos y muy bien puestos.

—¿Podrias enseñarme el sitio?

—Perfectamente, como que yo soy el que he intervenido en el guisado.

—Pues espérame en la garita.

—Convenido.

V.

En la tarde de ese dia, doña Blanca montó en un arrogante caballo, y seguida de sus criados y á una vista de Manolo Balboa, comenzó á galopar en son de paseo y tomó rumbo al pueblito de Santiago.

Cerraba la noche horriblemente oscura, cuando llegó doña Blanca á Santiago con su cabalgata.

Dejó á sus lacayos, y á pié se dirigió con Manolo con el fin de conocer los puntos en que Martinez habia colocado las minas.

—Aquí está una,—dijo el andaluz señalando el patio del meson.

—Bien, ¿y las otras?

—Por acá;—y llevó á doña Blanca á los puntos que él sabia perfectamente.

—¿Y los hilos?

—Esos los señalaré cuando nos pongamos en marcha.

Dirigiéronse al lugar donde estaban los caballos y salieron del pueblo.

—Adelántense por si hay algun obstáculo,—dijo doña Blanca á su servidumbre, que se adelantó en la carretera.

—Vea usted, señora, aquí entre estas malezas y donde está la piedra que parece cimiento de una casa derruida, se juntan los hilos.

—Bien, quiero reconocerlos,—respondió la condesa, y se adelantó sola, tomó los hilos, sacó una navaja perfectamente afilada y los cortó en diversos tramos.

La solucion de continuidad dejaba sin efecto aquellas terribles minas que hubieran indefectiblemente volado los mesones y hecho desaparecer en un instante á cuantos soldados se hubiesen albergado en su recinto.

La condesa entregó una gran cantidad de oro á Manolo, que creyó volverse loco, y llegó ébrio de felicidad á la casa de Pablo Martinez.

VI.

El capitan estaba desesperado, porque sus caballos no habian cenado.

Manolo se presentó muy compungido.

—¿Dónde estabas, animal?

—La verdad, mi capitan... echando un *trinquis fortis*.

—Bien, ¿y por qué no has cuidado de dar pienso á los caballos?

—Porque... porque no lo pensé.

—Bien, ¿y por qué no les has dado agua?

—Por la misma razon.

—Bien, ¿y sabes lo que te va á costar este descuido?

—Con dar luego la pastura, es negocio arreglado.

—Yo lo voy á arreglar de una manera mas sencilla, dame mi espada

—Palos tenemos,—dijo el andaluz, y con la resignacion de un mártir descolgó la espada y la llevó á Pablo Martinez.

—¡Firme!—gritó el capitan.

Manolo se *cuadró* perfectamente.

Martinez comenzó á darle una zurribamba de cintarazos que resonaban en toda la casa.

El andaluz, pensando en su dinero, toleraba la felpa como un santo.

—¡Alto!

—Alto, mi capitan, ya estoy despachado.

—No, esta primera descarga fué por cuenta de la cebada, sigo ahora un abono por el agua, ¡firme!

—¡Firme! mi capitan,—volvió á decir el andaluz.

Siguió la felpa con una furia terrible, cuanta mas era la sangre fria de Martinez.

—¡Alto!

—¡Alto! mi capitan, que ya tengo las costillas desatornilladas.

—¡Firme!

—¡Firme! mi capitan.

—¿Estás satisfecho?

—Como si me hubiera sacado la lotería.

—¿No quieres mas?

—Como guste mi capitan.

—Es que yo gusto á todas horas.

—Pues entonces, suspenda usía el gusto, porque tengo mas cardenales que Su Santidad, y mas golpes que un Santo Cristo.

—¡Enterado, y lárgate! quedas arrestado por tres noches en la caballeriza para que no se te vuelva á olvidar dar la cena á tus semejantes.

—¡Bien! mi capitan.

—Conque largo, y á pasar la noche con los caballos.

—Con permiso de usía.

Manolo Balboa se alojó con la parte bruta, y en el silencio de la

noche se puso á acariciar su dinero, que era ya demasiado para traerlo siempre consigo.

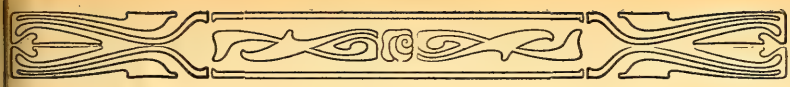
Ocurriósele enterrarlo como el parque en el lugar menos sospechoso. Temia, y con razon, que una imprudencia lo denunciase y no pudiera dar explicaciones satisfactorias.

Con la bayoneta practicó una escavacion, y despues de contar sus onzas, de besarlas, de calentarlas junto al corazon, les dió sepultura eclesiástica, marcando en todas las potencias del alma todas las señas, que eran muchas, para que jamas se le olvidase aquel sepulcro provisional de sus esperanzas y de su porvenir.

No dejó de ocurrírsele que los caballos presenciaban aquel acto; pero recordó que un solo animal habia hablado, y ese era burra, la burra de Balaan.

Durmióse despues, cubriendo con su cuerpo la tumba de su oro, y soñó que era tesorero general de su provincia.

FIN DEL LIBRO TERCERO.



LIBRO CUARTO.

SITIO DE ZARAGOZA EN 1863

CAPITULO I.

De la llegada de los señores franceses al frente de la ciudad de Puebla, y de sus primeras operaciones sobre la plaza.

I.

La instantánea muerte del general Zaragoza no permitió al bravo caudillo dejar escrito un plan de campaña, toda vez que esperaba el segundo y terrible choque del ejército frances.

Algunas fortificaciones pasageras mandadas practicar en las gargantas de las Cumbres de Acultzingo, indicaban que allí debia hacerse una resistencia sin los honores de defensa de un fuerte.

El general Gonzalez Ortega que cuidaba como un tesoro la moral de su ejército, rehusó conceder al enemigo una fácil victoria á costa de algunas pérdidas que en nada influirian en el ánimo de los franceses, así es que acumuló todos sus elementos en la plaza de Puebla para esperar decididamente al extrangero.

Una junta facultativa de ingenieros, presidida por el coronel Colombres, escribió su proyecto de defensa, que remitido al Ministerio de Guerra, fué aceptado en todas sus partes.

El campo del combate estaba elegido, era necesario prepararlo.

Emí ha resuelto la mayor de las dificultades en el arte difícil de la guerra, donde ha pasado como un axioma esa formidable sentencia escrita sobre la frente de las plazas atacadas: *Plaza sitiada, plaza tomada.*

Emí ha planteado el sistemá de *fuertes desprendidos ó aislados,* que dan al sitiado la libertad de la iniciativa, librándose batallas en campos retrincherados en la defensa *activa* de las plazas.

Apoderóse la juventud entusiasta del cuerpo de Ingenieros de

aquel terreno, levantó sus planos y con una actividad puesta á la altura de su patriotismo, comenzó sus trabajos bajo las reglas estrictas de la ciencia.

Esas dos cúspides de granito, teatro de cien combates y cifras gloriosas en la epopeya de la defensa nacional, y que conservarán imborrable la memoria del 5 de Mayo de 1862, se convirtieron en dos *fuertes* formidables.

Aquellos cerros de Loreto y Guadalupe, bajo cuyas débiles trincheras se habia efectuado una defensa tan heróica en los dias resplandecientes de Mayo, tomaron un aspecto terrible con sus baluartes, pudiendo establecer en sus baterías hasta cuarenta cañones de sitio y campo, y contener en su recinto hasta tres mil defensores.

La bandera de la república se ostentaba sobre aquellos gigantes muros en la plenitud histórica de su magestad.

Siguiendo hácia la derecha, estaba el fuerte de la Misericordia, conocido con el nombre de *Independencia*, apoyando uno de sus baluartes en las últimas casas de la ciudad.

Como un recuerdo al héroe del 5 de Mayo, se dió aquel nombre colocado como un astro entre dos naciones, al fuerte establecido á la derecha del camino de Amozoc, inclinándose hácia el Sudeste, siguiendo la circunferencia que formaba el perímetro de la plaza y en el mismo sitio donde el general Zaragoza estuvo durante la jornada de Mayo.

El fuerte *Zaragoza* era una obra maestra, sus baluartes daban paso á treinta y seis piezas de sitio y campo, y el número competente de defensores.

Destacábase como una de esas fortificaciones de la edad media, dominando como un gigante la llanura de Teotimehuacan el fuerte de *Ingenieros;* aquel era el punto de honor del cuerpo facultativo, la cifra de su nombre y de su gloria.

Elegante, magestuoso, bien delineado y sostenido por cuarenta piezas de artillería y dos mil combatientes, era el centinela avanzado en la estension y el firme y principal apoyo del cerro de Guadalupe, con quien compartiria los honores de una batalla.

Aquí tributamos un homenaje á los hábiles ingenieros Troncoso y Sanchez Ochoa, cuyas figuras se destacan en todas las escenas sangrientas y gloriosas del sitio.

Sobre el mismo trayecto de circunvalacion y teniendo por centro el convento del Cármen, ostentaba sus baluartes el fuerte *Hidalgo* con sus veinticuatro bocas de fuego.

Al Este de la ciudad y apoyado en la penitenciaría de San Javier, se alzaba sombrío el fuerte *Iturbide*, que resistiria mas tarde el choque gigante del ejército frances.

Treinta piezas de artillería defenderian sus baluartes, teniendo para las eventualidades de la lucha, los patios y corredores del edificio como una segunda línea de defensa.

Tres mil héroes esperaban la hora del combate sobre los parapetos.

La línea de fuertes terminaba en la obra magnífica de *Santa Anita*, llamada el fuerte *Demócrata*, apoyo de las obras intermedias y del cerro de Loreto.

Independencia, Zaragoza, Ingenieros, Hidalgo, Iturbide, El Demócrata, Loreto y *Guadalupe*, formaban los ocho eslabones que encerraban á la ciudad en una cadena de hierro que romperia mas tarde la mano de la fatalidad.

Los ingenieros que levantaban aquellos monumentos, hoy devastados por el fuego y la mano del hombre, vivirán con la memoria de aquellos días y con la triste celebridad del asedio de Puebla.

Revueltas, Sanchez Ochoa, Troncoso, Durán, Marin, Emilio Rodriguez, Hernandez, Romero y otros, cuyos nombres ha recogido la historia, merecerán bien de la República, sean cuales fueren las vicisitudes que hayan arrostrado en la tormenta indomable de su destino.

II.

Dispuesto el campo de la lucha y ya en tren de batalla, esperaba el ejército la llegada del invasor, cuyas pisadas se dejaban oir muy cerca de la ciudad.

Hay siempre un contraste entre la naturaleza y los acontecimientos que impresiona de una manera incisiva y nerviosa.

¡Cuántas veces en medio de un mar tranquilo, bajo una bóveda de zafiro y al murmullo de las brisas que acarician las rizadas espumas de las ondas, se hunde una nave presa dal fuego, sola y sin amparo en la soledad callada del Oceano!...

La primavera, cuyo aliento vivificador se hace sentir sobre las últimas huellas del inverno, habia convertido las alfombras de oro de los cerros en llanuras de esmeralda.

Los árboles se vestian con la pompa de las primeras hojas y susurraban al son de los ambientes, que pasaban rozando con sus alas el bosque y la montaña.

El Atoyac, rompiendo el levísimo cristal de sus hielos, se deshacia en olas de púrpura que azotaban tumultuosas sus márgenes floridas

El cielo, como una bóveda abrillantada, cerraba la extension arrojando su manto allende la pirámide de Orizava, que en sus hielos perennes se destaca en el silencio de la atmósfera y confin del horizonte.

Todo era risueño y encantador, aquel lecho de flores serviría de túmulo á los que cayeran en la lucha sangrienta que iba á comenzar.

Aquellos campos se teñirian en sangre y las aves de la noche agitarian sus alas en una atmósfera emponzoñada.

La guerra tocaba las puertas de la ciudad.

¡La guerra! ese soplo asolador que quiere hundir á la creacion en el prólogo del Génesis, en las tinieblas de la nada y del olvido, ese génio de maldicion sobre la existencia, ese sacrilegio que comparte su odiosidad con la ciencia, que presenta al hombre con una corona salpicada de sangre, como al ídolo del crímen y de la miseria, haciendo de él un héroe, parece acompañar como una sombra maldita á la sociedad humana.

¿Qué queria decir aquella plaza amenazante, aquellos baluartes sombríos, aquella ciudad en guardia?

La hora de Dios habia sonado, y el mundo tocaba á *muertos* ante una nacionalidad próxima á extinguirse.

El cadáver se iba á sacudir en sus últimas convulsiones, tenia clavado el harpon de la conquista; pero seria terrible en sus últimos momentos, y profético en sus evocaciones al porvenir.

Las naciones no oirán juntas el toque de la insurreccion, se alzarán al soplo de la libertad en la hora solemne de su destino.

III.

El dia 15 de Marzo, los puntos de Amozoc, las Animas y Chachapa, fueron ocupados por el ejército frances. A la mañana siguiente estarian al frente de Puebla.

El ejército de la República se puso en actitud de defensa.

La línea comprendida entre los fuertes de *Loreto*, *Guadalupe* é *Independencia*, fué encomendada al general Berriozábal.

El primer fuerte de los mencionados, quedó á las inmediatas órdenes del general Hinojosa, el segundo á las de Gayosso y el tercero á las de Osorio.

La línea comprendida entre los fuertes el *Demócrata* é *Iturbide*, quedó al mando de Antillon, gefe de la tercera division; y encomendado el primero al coronel Macías, gefe de la brigada de Guanajuato; y el segundo al general Rojo, gefe de las fuerzas de Morelia.

Hidalgo y *Morelos* se encomendaron al general Francisco Alatorre, en gefe de la cuarta division, quedando el primero al mando del valiente y malogrado general Ghilardi, y el segundo á las del coronel D. Miguel Auza.

Los fuertes de *Ingenieros* y *Zaragoza*, fueron encomendados al general Llave de gloriosa memoria, quien encargó el primero al general Pinzon y el segundo al inolvidable general Patoni, cuya sangre, tibia aún en estos momentos, clama venganza desde su tumba abierta por la mas negra de las traiciones.

Al general Mejía se le encargó la defensa interior de la plaza.

Negrete, el arrojado general, cuya fantasía exaltada lo ha llevado á una situacion difícil, se puso al frente de la segunda division, y formando la reserva esperó el momento de acudir al primer punto comprometido.

Tal era la actitud de la plaza la víspera de ese dia memorable, en que el ejército frances se presentó en son de guerra para obtener reparacion á su honor humillado en aquella misma arena y bajo aquel mismo cielo.

Allí estaban los hombres todos del 5 de Mayo, faltaba *uno*, uno solo... ¡el general Zaragoza!

¡La reparacion era imposible!

Podian arrasar la ciudad, clavar su bandera sobre los escombros; pero se detendrian ante la tumba del héroe y se descubririan con respeto ante la magestad callada de aquellas cenizas, por donde

ha pasado el aura embalsamada de la gloria y el soplo omnipotente de Dios.

IV.

El ejército frances, fuerte de *cincuenta mil* hombres, se movió decididamente sobre la plaza de Zaragoza.

Los fuertes y alturas de la ciudad estaban coronados de gente esperando la aparicion de los invasores.

Los soldados estaban impacientes, los artilleros se paseaban al lado de sus cañones, los generales no quitaban la vista del camino de Amozoc, por donde comenzaba á dibujarse una polvareda como las primeras nubes de la tempestad.

Dejáronse ver las guerrillas de caballería que escaramuceaban con el enemigo, que destacaba las suyas á la vanguardia de sus columnas.

Parecia que aquellas nubes empujaban al viento, que comenzó á discurrir en la llanura y á acariciar los estandartes de los reductos.

A las nueve de la mañana, el enemigo, con fuertes columnas de las tres armas, resguardadas en sus fiancos y en tren completo de guerra, entró por la vía del Este y se descolgó en la llanura como una serpiente mónstruo de acero.

Aquel cañon histórico, que un año ántes habia anunciado la presencia del ejército frances, tornó á saludar á los vencidos del 5 de Mayo en su pomposo alarde militar.

La detonacion partió de la cumbre de Guadalupe, y recorrió con su eco siniestro las montañas y la llanura.

Al estallido gigante, respondió un viva á la independencia, salido de todos los pechos, con la efusion purísima del patriotismo, un golpe de música resonó en todos los fuertes, y el himno nacional se dejó oir como el primer canto de guerra.

Entónces hubo un espectáculo marcial dado por el ejército frances en su galantería de batalla.

De la columna invasora se desprendió una batería arrastrada por dobles tiros de caballos normandos, que atravesó como un huracan la llanura, hasta pararse atrevida frente al baluarte de Guadalupe, dentro de tiro.

Aquellos valientes plantaron la bandera de su nacion sobre la arena, y descargaron sus piezas, devolviendo el saludo de la plaza, que lo repitió instantáneamente, sin curarse de herir al enemigo.

Los artilleros regresaron pausadamente hasta colocarse en la columna, á la retaguardia de los cazadores de Africa que llevaban la vanguardia, seguia en su pos el segundo de zuavos, despues no se podian distinguir los cuerpos, porque su masa compacta seguia esfilando como un torrente en medio de aquel valle.

Los soldados de la primera y desgraciada expedicion, señalaban á sus compañeros la cumbre de Guadalupe, y los nuevos batallones veían con curiosidad y respeto, plegando el ceño, el campo donde su bandera habia sufrido una derrota.

El nombre de Zaragoza se murmuraba en silencio en los dos campos.

El ejército hizo alto al pié de los cerros de Amalúcan, despues de su gallardo saludo, con el que parecia decir: he llegado, y abro mis operaciones hoy 16 de Marzo de 1863, décimo aniversario del nacimiento del príncipe imperial Eugenio Luis Napoleon.

V.

Los cerros de Amalúcan y las Navajas, puntos de apoyo y flancos del enemigo, fueron fortificados á la ligera.

Avanzó una division por la derecha y acampó entre el pequeño bosque al Norte de Puebla y fuera de tiro.

Otra division se estableció sobre una pequeña loma, y apoyando su extremo ó cabecera sobre el grueso del cuartel general.

Desprendiéronse del campo frances tres columnas con tiradores á su frente y con direccion al cerro de Guadalupe, á cuyo pié hicieron alto.

Permanecieron en aquella actitud hasta entrada la noche.

La tarde era serena, ligeras brisas llevaban por intervalos al campamento frances el grito de guerra que se desprendia de los baluartes republicanos.

El sol comenzaba á caer y sus últimos destellos, hiriendo los celajes de Occidente, los coloreaban de púrpura y ópalo como para engalanarlos en aquellos últimos instantes, presentándolos á la vista del extrangero en una lujosa ostentacion de nuestra zona tórrida.

La tarde espiraba entre un perfume desprendido de los bosques y las llanuras, envolviéndose en las gasas de una noche clara y abrillantada.

Los visos crepusculares daban un aspecto severo y aun triste á las innumerables tiendas que como parvadas de águilas se agrupaban en la falda de los cerros y accidentes de la llanura.

Cayó la noche y todo quedó envuelto en su silencio.

Las fogatas comenzaron á marcar los campamentos y á su luz relumbraban las armas puestas en pabellones.

Solo se oía el grito de los centinelas, á los que respondía la voz de «alerta!» de los soldados de los baluartes.

VI.

—Estos malditos gabachos nos preparan una de todos los diablos,—decia el capitan Martinez atusándose los bigotes.

—Sí, mi capitan,—contestaba el teniente Quiñones rascándose una oreja,—la embestida ha de ser de toro matrero, es necesario estar alerta; porque jugamos el pellejo nada ménos.

—Eso no importa, el mio no ha de servir para guardar vino, pueden agujerarlo á la hora que se les antoje.

—No es esa la cuestion, mi capitan, se trata de la patria.

—Eso es otro tinglado, allá los que vean el fin de la fiesta

porque yo creo que aquí espichamos como pájaros; porque estos gabachos pasan sobre nosotros ántes que tomar un solo punto de la plaza.

—¿Y cree usted que atacarán mañana?

—Esa no es cuenta mia; pero si se la echan de valientes, se encuentran con nuestras bayonetas; á lo que temo es á un sitio.

—Soy de la misma opinion, quisiera que la *rifáramos* de una vez, me impacienta esperar, mas que si me tirara el demonio de esta oreja.

El teniente Quiñones tornó á tirarse de esa oreja mártir en sus gustos y sus aflicciones.

—¿No ha oido usted nada en el cuartel general?

—Fuí á recibir órdenes y solo pude escuchar, que todos están en la creencia de que al amanecer es el ataque.

—No lo crea usted, mi capitan, estos colmillos de bronce que les hemos enseñado, los han de hacer pensar mucho en el negocillo.

—Yo lo creo; pero no todos pensamos lo mismo, á nosotros nos toca obedecer y nada mas.

—¿Quién vive?—gritó el centinela del baluarte.

—Yo, Manolo Balboa,—respondió el andaluz.

—Ya está aquí mi asistente,—dijo Martinez,—seguramente hay alguna novedad en la casa.

—¿Dónde está mi capitan?

—Por aquí, bruto, por aquí.

—¿Es usted?

—Sí, ¿se ofrece algo?

—Sí, hay una señora que quiere hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, mi capitan.

—Ha de ser esa maldita bruja que quiere que la habilite para poner una fondita.

—No, mi capitan.

—¡Ah! ya; ya caigo, es la Trompeta de la artillería, ¡no es mala ocurrencia! figúrese usted, teniente Quiñones, que ha dado en que me ha de lavar la ropa, y no tengo mas camisa que la que llevo al cuerpo, y eso no completa, porque le falta una manga.

—Que no es eso, señor capitan.

—Pues entónces, ¿qué demonio?

—Es una señora muy principal que desea decirle un secreto.

—¿Señora principal? mira, Manolo, que te equivocas como un podenco.

—Vea usted, señor, si no es cierto me da usted una de aquellas que usted sabe.

—¡Mira, Manolo, que me la pagas!

—Por Santiago que digo la verdad.

—¿Y dónde me espera?

—Dice que pasado mañana irá á buscar á usted.

—Puede que me busque entre los muertos.

—Todo puede ser, mi capitan.

—¿Y ya echaste de cenar?

—¿A quién, á los muertos?

—¡Animal! al caballo.

—Sí, señor, desde tempranito.

—Bien, lárgate á cuidar la casa.

—Al momento.

—¿Qué me querrá esa dama? estoy divertido con estas cita cuando los franceses están á la vista; en fin, veremos y diremo

—Si usted gusta, mi capitan, de darme sus poderes...

—Yo no sé dar otra cosa que machetazos, con que si uste gusta.

—Muchas gracias.

—Esa dama me trae inquieto, lo cual no obsta para que ech mos un sueño, porque me parece que al amanecer se arma la j rana.

—Durmamos, capitan, y no hay que pensar mas en la chica.

El capitan y su compañero se acostaron en las piedras d fuerte, y durmieron come si se hubieran reclinado en una otomana

VII.

Al amanecer del dia 17 se dejaron ver las fuerzas del gener Comonfort por las lomas de Uranga, esperando que los francese atacaran el fuerte de Guadalupe y poderlos envolver por uno de su flancos.

El enemigo prolongó su línea de batalla por izquierda y der cha, apoyando su movimiento en fuertes columnas de las tres arma

Su marcha la ejecutó lenta y pausadamente y con todas la precauciones de la guerra.

La plaza dió aviso á Comonfort de las posiciones que ocupab el ejército invasor al anocher.

A las doce de la mañana del dia 18 la ciudad de Puebla, en u radio de legua y media, estaba circunvalada por cuarenta m franceses y las fuerzas mexicanas adheridas á la intervencion.

Las columnas de la derecha avanzaban lentamente, y las d la izquierda con mas actividad; formaba la reserva la divisio Bazaine y una brigada á las órdenes del cuartel-maestre.

A la una en punto, y ya cerca del cerro de San Juan, la d vision de vanguardia tocó paso veloz, y poco tiempo despues se vi avanzar por la falda un batallon de zuavos y trozos de caballerí que trabaron instantáneamente un reñido combate con las cab llerías mexicanas.

A las tres de la tarde el cerro estaba ocupado por mas de die mil hombres, y sobre su cúspide ondeaba la bandera de la Franci

Pocas horas despues una batería anunciaba la llegada del g neral Forey y el lugar que se designaba como cuartel general d ejército expedicionario.

CAPITULO II.

Del zig-zag interno y el zig-zag externo.

I.

El plan de operaciones discutido en la junta de ingienieros y aprobado por el gobierno, habia determinado el sistema de fortificacion, que como hemos dicho, consistia *en fuertes aislados*, para librarse batallas en *campos retrincherados*.

Ese plan tan hábilmente combinado, fué puesto en desuso precisamente en los momentos terribles en que debia comenzar la sucesion de combates que resolvieran el sangriento problema de la ocupacion de Zaragoza.

Los franceses, al ver el aspecto de la plaza, esperaron y con razon que los sitiados tomaran la iniciativa, como lo indicaron sus primeros movimientos.

Esperaron en vano, aquellos fuertes eran de todo punto inútiles ya que se estaba en el error de convertir en plaza fuerte una ciudad sin elementos para serlo.

En vano se intentó por algunos gefes decidir al general Ortega á batir la vanguardia francesa; influenciado por otras opiniones, se rehusó á efectuar una salida y disputar al enemigo el cerro de San Juan, punto marcado para la primera batalla.

Ortega es arrojado, valiente, decidido; pero el temor de comprometer á la nacion entera le hizo concretarse á una defensa *pasiva*.

El plan de los ingenieros estaba borrado; pero la tropa, que no comprendió en el momento lo que acontecia, levantó una grita terrible, hasta que los ingenieros cerraron la línea ya al frente del enemigo, dándole á la ciudad los honores de una plaza *fuerte*.

Desde aquel momento la plaza estaba perdida.

Un ejército que se encierra desperdiciando sus elementos de defensa, no lo salva ni la abnegacion, ni el heroismo, ni el valor.

Los franceses leian en los baluartes una doctrina, y veian que el ejército no era consecuente con su plan de defensa.

Dos dias provocaron la salida de los republicanos, acercáronse despues al cerro de San Juan, que estaban seguros de tomarle á viva fuerza; silencio y siempre silencio.

Acabaron por posesionarse de los mejores puntos, establecieron sus baterías de morteros, y se abrió por fin la campaña decidiéndose á sitiar la ciudad.

Los que creyeron ver al ejército frances lanzarse á pecho descubierto sobre nuestras baterías como en la jornada de Mayo, se engañaron miserablemente; era un candor pensar que Forey se empeñara en la toma del cerro de Guadalupe como revancha de la derrota de Laurencez.

La jornada de 1862 enseñó á los franceses mucho, convenciéronse del peligro grande que hay en despreciar al enemigo y salirse de las reglas de la ciencia militar.

En aquellos momentos sitiarian con todas las precauciones del arte, y se avanzarian con el compas en la mano sobre las fortificaciones.

El alambre telegráfico quedó cortado y con él toda comunicacion con la capital.

II.

El 20 por la mañana, á la salida del sol, comenzó el bombardeo.

Dos baterías de morteros abrieron sus fuegos, llegando sus proyectiles al centro de la plaza, que ya á la mitad del dia habian causado grandes destrozos en los portales y otros edificios.

Una division enemiga se movió sobre el pueblecito de San Diego, que se encuentra al S. O. de Puebla y á media legua de distancia.

Empeñóse un combate con las fuerzas de caballería, que le disputaron la posicion durante media hora, quedando mas de cien hombres fuera de combate.

El comandante Romero murió combatiendo cuerpo á cuerpo con los cazadores de Africa.

Ya hemos visto establecer en el pueblo de Santiago tres minas perfectamente dispuestas, bajo la direccion del ingeniero Revueltas: este bravo militar esperó la llegada del enemigo, pero al poner fuego sobre el alambre, lo encontró cortado, y los franceses ocuparon impunemente la poblacion.

Forey, establecido frente al baluarte de San Javier, y apoyado en el pueblo mencionado, determinó perfectamente su ataque sobre el reducto.

Por la noche se comenzaron á percibir como exhalaciones desprendidas de la tierra, los farolillos de los ingenieros que reconocian el campo.

Los ingenieros mexicanos comprendieron al instante que los trabajos facultativos comenzaban, y que en aquellos momentos se hacian los trazos de la primera línea de ataque.

En las altas horas de la noche se oian distintamente los golpes de la zapa tenaces y perseverantes, abriendo un gran camino cubierto que debia conducirlos al establecimiento de la primera paralela.

La luz del dia vino á confirmar el parte que los ingenieros habian dado al cuartel general, de haber observado las operaciones del enemigo, que habia concluido sus trabajos para el establecimiento de su línea.

Dos grandes ramales de caminos cubiertos venian á reunirse en uno solo, el primero partia del pueblo de Santiago y el segundo comenzaba en la falda S. E. del peñon de San Juan, y ambos se juntaban en el que debia conducir á la paralela.

La tierra que constantemente despedian los trabajadores en los terrenos en que estaban repartidos, anunciaba claramente que habia mas de diez mil hombres ocupados en las operaciones de zapa, revelando la suma actividad del enemigo en sus trabajos de sitio.

El ejército mexicano estaba de espectador,

Sabido es que las obras de *contra-aproche* son opuestas á los trabajos del enemigo, obras que deben partir del *glasis* de los fuertes para enfilar al sitiador y apoyar las constantes salidas que tienen que hacerse y que constituyen una defensa *activa*.

Por la tarde, las caballerías escaramuceaban por distintos puntos en encuentros parciales sin resultado decisivo.

Los ingenieros trabajaban con tanta actividad, que á la mañana del siguiente dia se encontraban á 1,200 metros del fuerte de San Javier y se dirigian á establecer su primera paralela.

Mas de 15 mil hombres acudian con sus palas y zapapicos á aquel terreno, los indios de Cholula y pueblos inmediatos eran arrastrados al campo para ayudar á los trabajos.

Por el rumbo de Teotimehuacan avanzaban todas las noches los nuevos tomando posiciones por medio de fosos, y hostilizando constantemente á las fuerzas mexicanas; lo mismo hacian en distintas direcciones, aproximándose mas y mas á los reductos sin que la plaza diese señales de vida en espera de que el enemigo se pusiese al alcance de sus cañones y sin pretender salir á su encuentro.

Los gefes superiores contenian el ardimiento de los jóvenes generales y de sus soldados, que se sentian presos y encadenados tras de los parapetos.

III.

A la madraguda del 22, sobre la primera paralela de la línea de ataque, flameaba la bandera francesa, apoyando su asta en el centro de doce piezas de batir.

Por los caminos cubiertos y como las espigas de un sembrado, brillan las bayonetas de los sitiadores que yacian ocultos teniendo por apoyo la formidable batería de brecha.

A la derecha y sobre el estremo del ramal que pendia del pueblo de Santiago, y como á 2,000 metros del fuerte de San Javier, se distinguia otra bandera al frente de una batería rayada, cruzando sus fuegos en ángolo agudo con los de la primera paralela.

Por el camino recto que viene de la garita de México, tres piezas enfilaban la avenida hasta la plaza, sin estorbar los fuegos de evacion de los morteros que estaban á retaguardia.

A doscientos metros, otras tres piezas rayadas pretendiendo enfilar el baluarte y cortina de San Javier por la parte Nordeste.

El sol se habia elevado algunos grados en el círculo del horizonte y dentro de algunas horas comenzaria el fuego de la artillería de brecha.

El fuerte de San Javier contaba con dos mil defensores, listos á batir la fuerza con la fuerza.

Sanchez Ochoa era el comandante de ingenieros, y á su lado se agrupaban Mariscal, Rodriguez, Troncoso, Ramiro y Hernandez, que tanto se han distinguido por su valor y capacidad.

La bandera mexicana flameaba en los fuertes, y en cada baluarte y cada batería, se desplegaba el gallardete rojo símbolo de guerra; la vista era conmovedora y sublime para todos aquellos valientes

que se disputaban el honor de morir los primeros en defensa d
patria.

La primera paralela abre de súbito sus fuegos, siguiendo las
terías adyacentes, y el fuego por elevacion de los morteros es a
nado entre la ciudad y la plaza del fuerte.

—¡Viva la libertad! ¡viva la independencia!—fueron las v
que contestaron á aquella tormenta de fuego en sus primeras c
naciones.

Aquel grito corrió por el telégrafo del entusiasmo en todas
líneas y parapetos, era el saludo á la muerte, el himno de alab
al dios implacable de la guerra.

Las músicas y las bandas tocaban el himno nacional, acall
el grito dolorido de los que caian en la arena al golpe de los pr
ros proyectiles.

El fuego era espantoso, la plaza contestó con sus baterí
llamado de sus adversarios.

El estrago comenzó á sentirse en el baluarte que estaba al
te de la primera paralela, la lucha iba á efectuarse, dos pieza
bian sido desmontadas.

En esos instantes aparece Sanchez Ochoa seguido de sus ing
ros, los artilleros los reciben con vivas de entusiasmo, ent
Ochoa grita á sus oficiales:

—¡A tapar la brecha, ingenieros!

Y aquella juventud denodada se lanzó á la muerte, segui
los zapadores, y llevando de contínuo gaviones y sacos á tierra.

El fuego seguia implacable; pero el estrago era reparado a
tante.

Media hora despues, la brecha estaba cubierta, y el va
Platon Sanchez reemplazaba la artillería desmontada.

El bravo soldado condujo dos piezas y el combate se renov
mas empeño.

Despues de dos horas de fuego de brecha, los clarines fran
tocan alto, y ese silencio que succede al peligro, fué imponent

Los revestimientos de los baluartes y cortinas, se veian a
biertos por las nubes de polvo y humo que acababan de arroj
baterías del fuerte.

Veinticuatro piezas de á doce y dos baterías de morteros h
jugado sobre la plaza y fuerte de San Javier.

Mas de cien cadáveres estaban tendidos en el recinto de la
y la ambulancia no cesaba de conducir á los heridos.

Aquel momento terrible, no era mas que el prólogo de l
combates que debian preceder á la toma de Puebla.

IV.

Luego que cayó la noche, el capitan Pablo Martinez se
á su alojamiento, donde lo esperaba la dama desconocida q
dias ántes habia citado al bravo guerillero.

Manolo Balboa estaba á la puerta esperando al capit
venia cubierto de polvo.

¿Cómo la ha pasado, mi capitan?—preguntó el andaluz.

—Perfectamente, nos han abierto un boqueron en las cortinas del fuerte; pero ya está cubierto, no hay cuidado.

—He visto muchos heridos.

—Como que los franceses no tiran con mamones ¡canario! dos horas de bombardeo no las aguanta ni Satanás, se necesitan entrañas; pero nos hemos de comer el gallo.

—Yo creo que mas es el ruido que las nueces.

—Mira, Manolo, de aquí nos vamos juntos á San Javier para que veas de cerca el jaleo.

—No, mi capitan, con que usted lo diga, basta.

—Te juro por mi general Zaragoza, que te llevo de las orejas á la hora del fuego; y si te matan, que Dios te perdone.

—¡Perdon, mi capitan!

—No te saca de mis uñas ni tu reina Isabel II.

—¡Perdon!

—Esta noche vas á San Javier quieras ó no.

—¡Compasion, mi capitan!

—Mira, Manolo, primero levantan el sitio los franceses, que yo deje de llevarte al matadero; hablemos de otra cosa, ¿dónde está esa señora que me busca?

—Allí está un criado que espera las órdenes de usted, mi capitan.

—Dile que avance la señora, y pronto, porque no tengo mucho tiempo disponible.

Salió Manolo y envió aviso á Doña Blanca.

Martinez se puso en tren de visita, sacudió con su pañuelo la tierra que cubria su chaqueta, se limpió la frente y esperó impaciente la llegada de la desconocida.

V.

Al cuarto de hora entró Manolo apresuradamente diciendo:

—Aquí, aquí está la señora.

—Pues que entre.

Doña Blanca se presentó en la estancia cubierta con el velo de su mantilla.

—¿Es usted el capitan Martinez?

—Servidor de usted, señora; siéntese usted y dispense lo pobre de esta casa, pero Martinez no tiene mas muebles que su espada.

—Perfectamente, ¿estamos solos?

—Sí, señora.

—Es que pudiera comprometerme si álguien escuchase lo que tengo que decir á usted.

Levantóse el guerrillero, salió hasta el corredor, llamó á Manolo y le dijo:

—Si dejas acercar á alguno á esta pieza, te doy una zurribanda de palos, y vas en camilla á San Javier.

—Está bien, mi capitan.

Volvió el guerrillero al lado de doña Blanca.

—Estamos perfectamente solos,—la dijo, y esperó á que hablase.

—Soy mexicana y estoy interesada en el triunfo de nuestra causa.

—Yo lo mismo, señorita, y me alegro encontrar un corazon verdaderamente patriota.

—Bien, ¿y usted cree que los franceses tomen la plaza?

La pregunta era á quema-ropa, y Martinez se quedó atarantado.

—Decia,—continuó doña Blanca,—que si la opinion de usted era que los franceses saldrán triunfantes en este empeño.

—Yo no sé de cosas de guerra, ni de planos, ni de dibujos; pero el corazon me dice que debemos pelear hasta morir.

—Eso es muy patriótico; pero yo le hablo al señor capitan en el terreno de los hechos.

—Esto sí es un zig-zag como llaman esos señores facultativos, y usted me estrecha á pensar en lo que no quiero.

—Llegará ese momento en que será necesario emitir una opinion, porque los sucesos se adelantan.

—Nada comprendo de lo que usted me dice.

—Voy á ser explícita con usted, capitan.

—Lo espero, porque ya mi sangre empieza á subirse á la cabeza y estoy atarantado.

—Capitan Martinez, la plaza de Puebla va á caer irremisiblemente en poder de los franceses.

—Pues bien, señora, yo no me lo quiero decir, pero lo veo, sus trabajos adelantan á pasos de gigante, la segunda paralela la establecen en estos momentos, y despues la tercera y luego estarán sobre los baluartes y llegarán á posesionarse de la ciudad; pero eso yo no lo presenciaré, porque siento morirme solo al pensarlo.

—No tengo mas que añadir á ese cuadro exacto que le presenta á usted su imaginacion, sino que verá caer en la arena á sus mas queridos gefes, que la sangre seguirá corriendo á torrentes sin éxito favorable, y que despues de tantos sacrificios, la derrota vendrá inevitable con todos sus horrores... Sí, capitan Martinez, los que sobrevivan á esa catástrofe, serán hechos prisioneros, y vejados y encerrados en las mazmorras de los castillos, arrastrando la vergüenza y la ignominia.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso, señora?

—Que acaso en sus manos está evitar en parte estos estragos.

—¿Y yo quién soy, señora, para oponerme á los acontecimientos? oscuro capitan, sin otra divisa que el respeto á mis gefes, y las simpatías entre mis compañeros, nada puedo hacer, sino morir al pié de mi bandera.

—Y si alguien pudiera asegurar que entregando el fuerte de San Javier se salvaba el ejército...

—¡Señora!—gritó Pablo Martinez,—yo no conozco á usted ni sé á qué ha venido; pero esas palabras me asustan mas que me ofenden.

—Caballero, si propone usted á sus compañeros la entrega de cualquier punto de la plaza, evita la efusion de sangre y la muerte que amenaza terrible al ejército de la república.

—Yo no tengo nada que hablar, hemos concluido.

—Si vacila usted por falta de recursos, tiene usted á su disposicion todo el oro que necesite.

Alzóse entónces el guerrillero con toda la energía de su dignidad ultrajada, y encarándose á Doña Blanca, la dijo con voz trémula y balbuciente:

—Señora, la pobreza tiene su orgullo; vea usted, no tengo mas ropa que estos girones cubiertos con el polvo de las trincheras, estoy miserable; pero mi honor hasta hoy no tiene una sola mancha, por eso conservo el aprecio de todos; si mi situacion que en estos momentos es triste, la faculta á usted para proponerme una infamia, se está usted equivocando, yo no he querido recibir paga porque no se crea que lucho por interes, y estos harapos son mi gloria; no, yo no puedo cometer una accion tan ruin, ni creí jamas que se me propusiera... usted no me conocia y al fin es usted una señora, yo le perdono sus palabras que verdaderamente me han hecho mal.

—Capitan, yo no me he esplicado bien, usted ve en esto una traicion, y á su vez se equivoca; porque el miedo á la sangre es lo que me ha impulsado á dar un paso que ahora conozco es imprudente, puesto que trastorna el sentido de mis palabras.

—Yo no sé si habré hecho mal; pero mi honor me dice que bajo ningun pretexto debo vender á este ejército que lucha de una manera tan heroica por salvar este suelo, este suelo donde tambien he nacido.

—Por él me intereso, capitan, que no ciegue á usted el espíritu de patriotismo; veámos la luz y no nos obcequemos, ¿qué ganará México con una defensa estéril? la muerte de sus mejores hijos, la pérdida de sus intereses y matar las fuentes que pudieran servirles mañana para salvarse.

—Todo, todo es cierto; pero yo no seré el que deba salvar á mis compañeros de esa manera ni por ese camino; prefiero esperar una desgracia cierta y no manchar mi nombre.

—Puesto que no nos entendemos, hemos concluido; dentro de algunos dias usted me buscará, cuando ya la plaza esté reducida á escombros y la muerte asome por los parapetos derribados y entre las ruinas de la ciudad.

—No lo espere usted, señora; porque acaso no sobreviva á esa desgracia.

—Adios, capitan, piénselo y nos veremos.

El guerrillero saludó á Doña Blanca, y la dama salió del aposento bajo el espeso antifaz que cubria del todo su semblante.

VI.

—Aquí hay traicion, los franceses tienen aquí emisarios, y en un descuido nos entregan como á carneros.

El guerrillero dudaba si debia dar parte á su general, pero le detenia el aparecer como un *denunciante*, aun cuando fuese en servicio de su patria.

Los corazones generosos huyen por instinto de ciertas acciones que pueden arrojar una mancha en el puro cielo de la conciencia.

—Me parece,—decia Martinez,—que este Manolo trae algo en este negocio; si lo pillo en un renuncio, lo pongo al frente de una batería, hasta que lo maten...

—¡Manolo! ¡Manolo!

El andaluz entró pálido como la muerte.

—¿Conoces á esa señora del velo?

—Lléveme el diablo si la he visto mas de dos veces.

—¡Mira, Manolo, que te corto una oreja!

—Puede mi capitan cortarme lo que guste, no por eso será ménos verdad lo que le digo.

—¡Manolo, que te doy una tunda!

—Pues, señor, esto sí se llama estar fastidiado.

—Parte en acecho de esa señora, y vuelve á decirme donde es su casa, si no te desuello vivo.

—Estoy salvado,—pensó Manolo, y sin esperar la repeticion de la órden, salió del aposento como alma que se lleva el diablo.

—Esto pica en historia, el ejército puede minarse en un descuido y yo debo estorbarlo á costa de mi vida si es posible.

Asomóse al balcon, tocó las manos, y al ruido volvió Manolo ligero como un ciervo.

—Muchacho,—gritó el capitan,—dí á la persona que acaba de salir, que vuelva al instante.

Manolo echó á correr como un desesperado.

—Traicion por traicion,—dijo el guerrillero;—me han humillado, me han querido comprar, pues bien, esto mismo puede hacer que á esos gabachos se los lleve el demonio; sí, me vengaré de una vez, me la van á pagar todos juntos.

Martinez se paseaba á grandes pasos y en su mirada lucia un rayo siniestro, relámpago lúgubre del pensamiento.

—Eso, eso es,—decia el guerrillero,—se estrellarán como el agua en las rocas de las *olas altas*, allí las he visto hacerse pedazos. Vamos, que estoy dispuesto á jugarles una que puede costarles el pellejo; ¡esta gente no sabe quién soy, no faltaba mas, que yo, el capitan Martinez, que he visto morir al general Zaragoza, ahora vendiera á mis hermanos! ya verán lo que les pasa. Me parece que suben la escalera, sí, es la dama.

VII.

Doña Blanca entró orgullosa de su triunfo en el aposento, miéntras Manolo, como un sabueso, husmeaba por una rendija de la puerta por si podia atrapar una palabra.

—Y bien, capitan,—se aventuró á preguntar la condesa, queriendo evitar á Martinez la pena de la primera palabra.

—Señora, he reflexionado sobre lo que usted acaba de decirme.

—Al fin ha comprendido usted todo el horror de la situacion.

—Sí, la toma de la plaza es indefectible, y es necesario salvar á mis compañeros.

—¿Luego aceptará usted todo el plan que le he propuesto?

—Quiero oirlo detenidamente.

—Voy á explicarme: mañana en la noche entran al baluarte de San Javier los batallones donde están todos los amigos íntimos de usted.

—Es cierto.

—Les habla usted de una manera que no pueda comprometerle.

—Bien.

—Les hace usted presente las graves consideraciones de conveniencia pública y privada, que hacen forzosa la entrega del fuerte.

—¿Y los generales, señora?—observó Martinez, como teniendo un último escrúpulo.

—Serán considerados por Forey, y enviados á Francia, donde se les dispensarán las mayores atenciones.

—¿Y esto será cumplido?

—La palabra de una dama, caballero, puede parecer demasiado poco, pero ahí tiene usted un pliego en blanco firmado por el comandante en gefe de la expedicion, haga usted de él el uso que le convenga.

La condesa entregó al guerrillero el papel, que éste recibió fingiendo una timidez que estaba muy léjos de influenciarlo.

—Tiene usted ademas en esta cartera, billetes por valor de cien mil pesos para repartir entre los oficiales.

El guerrillero los tomó temblando, porque la ira estaba próxima á estallar.

—Ahora,—dijo la condesa,—es necesario seguir al pié de la letra mis instrucciones.

—Ya escucho,—dijo Martinez, pálido de coraje.

—Hoy queda establecida la segunda paralela, y mañana al anochecer se arrojarán los franceses sobre el fuerte.

—Bien.

—Hará usted clavar las piezas, los oficiales gritarán «traicion,» y los soldados, cediendo á esa palabra, huirán en medio del desorden.

—Está bien combinado,—dijo Martinez, ahogándose de rabia.

—Todo es demasiado sencillo, depende de clavar las piezas, lo que puede ejecutarse con poner de acuerdo á tres ó cuatro individuos; despues del asalto nos veremos para llevar á cabo este negocio.

—Estamos arreglados.

—Agitad por tres veces una linterna por el baluarte de la derecha, ésta será la señal de asalto.

—Sí,—respondió Martinez,—estoy enterado perfectamente, clavaré las piezas y agitaré por tres veces la linterna en el baluarte de la derecha.

—¿Nada se ofrece, capitan?

—Nada, señora.

—Adios, si el éxito se logra, el porvenir de usted corre de mi cuenta.

—Gracias, señora.

—Adios.

—Adios.

VIII.

Luego que los pasos de la dama se perdieron en los corredores, el capitan se volvió con desesperacion por la puerta por donde acababa de desaparecer la condesa, y gritó:

—¡Cien carretadas de demonios con las malditas mugeres! son capaces de voltear el mundo al reves, estoy que ardo como una bomba de á trescientas pulgadas, esta audacia no tiene nombre: ¡vive Dios!... esta cartera me está quemando la mano.

Despues de reflexionar un momento, dijo:

—Si álguien supiera que yo poseo esta cantidad, pudiera denunciarme y creerse que vendia al ejército, y seria yo ahorcado en medio de las maldiciones de toda la ciudad y el ejèrcito. ¡Juro por la memoria de mi general Zaragoza, que esta cartera saldrá del cañon con el primer disparo!

Puso la cartera sobre la mesa donde estaban sus armas y salió al corredor á gritar á su asistente, porque el fuego comenzaba á oirse menudear en todas direcciones.

No bien Martinez se alejó, cuando Manolo, que todo lo habia escuchado, entró violentamente al aposento, tomó la cartera, sacó los billetes sustituyéndolos con algunas cartas que él llevaba en la bolsa, y se alejó á depositarlos perfectamente atados en un pañuelo, en el mismo sitio donde guardaba su tesoro.

Regresó el guerrillero, guardó la cartera con sumo cuidado, bajó las escaleras, montó en su caballo y se alejó á todo escape rumbo al fuerte de San Javier.

CAPITULO III.

Del primer asalto sobre la línea.

I.

El capitan Martinez llegó á la Penitenciaría y llamó á uno de los gefes de mas confianza para comunicarle la tentativa hecha por la condesa sobre la entrega del fuerte.

Alarmóse el amigo del guerrillero, porque estaba seguro de no ser el capitan el primer invitado á traicionar, y no habia ya un momento seguro toda vez que la desconfianza se introducia en las filas del ejército.

—Por ahora, amigo Martinez, me marcho á dar parte al general Ortega, y los franceses serán los sorprendidos.

—Ese ha sido mi plan, el triunfo es seguro, puesto que está en nuestras manos el llamarlos sobre el fuerte.

—Mañana va á ser ello, amigo mio; acompáñeme usted al cuartel general.

Los dos amigos se dirigieron á ver al general Ortega, que en aquellos momentos de reposo jugaba al ajedrez con el general Gonzalez Mendoza, su consejero y amigo.

Mendoza es una persona notable por su capacidad y sobre todo por sus felices ocurrencias; es lo que vulgarmente se llama un hombre *raro*.

Su conversacion es instrupctiva, porque tiene un gran caudal de conocimientos; hombre fino y de una familia distinguida, ha hecho una carrera científica, los puestos que ha ocupado han sido servidos con una exactitud y una honradez á toda prueba.

El imperio lo llamó, despues de su destierro, á la gefatura política de México, en los momentos en que la *inundacion* amenazaba la ciudad y el *cólera* se aproximaba.

Mendoza, con una grande actividad, trabajó sin querer recibir alguno, y despues se retiró á sufrir en silencio las consecuencias de ese paso: hoy vive en el retiro de la vida privada.

Ortega y Mendoza estaban empeñados en el juego, diciéndose galanterías pero batiéndose á muerte.

La opinion general acusa á Mendoza de haber influido en Ortega para decidirlo á la defensa *pasiva* de la plaza; la historia juzgará imparcialmente sobre esos acontecimientos.

—Señor general, ese *rey* está encerrado, y si enfilo mi *torre*, no tendrá salida.

—Es que mis *peones* lo amurallan.

—Puede ser que le corten el paso.

—Cuando quiera usted *enrocarse* ya no será tiempo.

—No hay cuidado, cuando lleguemos á ese estremo, ya habrá perdido el enemigo sus mejores piezas.

—Es que no las sacrificaré si no estoy seguro de un próximo triunfo.

—Yo debilitaré á usted hasta hacer infructuosos sus ataques.

—Es que ese *rey* puede morir de apoplegía.

—No importa, juguemos.

—Jaque al *rey*.

—Eso no es nada.

—Le quedan tres casillas solamente.

—Valen por un campo retrincherado.

—Será tarde dentro de dos jugadas.

—Nunca es tarde, señor general Ortega.

—Ya lo veremos, puede pasaros lo que á uno que se volvió loco queriendo cortar con unas tijeras un chorro de agua.

—Perdone usted, general; ya estaba loco cuando quiso hacer ese disparate.

—Jaque, y...

—Y mate,—dijo Mendoza,—estoy vencido.

II.

Martinez y su compañero hablaron con los gefes, del asunto que los llevaba al cuartel general.

Mendoza envió al guerrillero al fuerte, diciéndole que estuviera preparado.

Ordenó todo lo conveniente para rechazar la intentona de los franceses, y fué personalmente á dar sus disposiciones.

El enemigo habia adelantado considerablemente por el rumbo donde se distinguieron la noche anterior los faroles de los ingenieros, alumbrando la línea de trabajos, que marcaban una nueva obra de camino cubierto, que partia del punto de reunion del ramal del pueblo de Santiago al camino abierto.

Aquella nueva obra se dirigia hácia la Alameda, como buscando la aproximacion á un ángulo recto con la primera paralela, para cruzar los fuegos de brecha y batir la línea de la Plaza de toros y la de redientes de Morelos.

De la primera paralela seguian tambien los trabajos, estando ya marcada y concluida la segunda; pero aun no estaba artillada.

En la falda S. E. del cerro de San Juan, lo mismo que en la garita de México, adelantaban violentamente los trabajos de zapa, la línea se estrechaba mas y mas.

El fuerte de *Ingenieros* descargaba sus baterías sobre las fuerzas que se aproximaban á la garita de Teotimehuacan.

Pasóse el dia sin acontecimiento notable, el fuego de bomba á grandes intervalos seguia haciendo estragos por diversos puntos de la ciudad, haciéndose mas notable en la Plaza principal y calles adyacentes.

Caia la noche cuando el 6º batallon de Guanajuato, á las órdenes del valiente coronel Montesinos, acababa de llegar á *San Javier* para relevar al 1º de la misma division, que hacia cuarenta y ocho horas que estaba de faena.

Las músicas de ambos batallones tocaban piezas marciales en la plaza fuerte.

Los oficiales se paseaban por el recinto y alguna inquetud se notaba en toda la Penitenciaría.

El capitan Martinez tomó una de las linternas de los ingenieros, acercóse á la trinchera del baluarte de la derecha, y agitando la luz por tres veces fuera del parapeto, se fué á colocar entre sus compañeros.

Esta señal fué percibida perfectamente en el campo de los franceses.

Saltan los zuavos de la segunda paralela y de la cabeza de zapa adelantada valientemente sobre el baluarte.

Los clarines de la fortaleza tocan *enemigo*, la alarma cunde y las baterías disparan á metralla sobre los asaltantes.

Oyese de cuando en cuando y entre las detonaciones de la artillería, el clarin de los zuavos que marca el paso de ataque.

Los defensores de San Javer abren sus fuegos, arman la bayoneta y esperan serenos y resueltos el ataque.

Las baterías de la Plaza de toros y los *redientes*, protejen la defensa.

Por el flanco izquierdo llega el general Negrete con sus fuerzas de reserva, y alienta á los soldados con vivas de entusiasmo que se adelantan decididos á combatir.

En medio del mas grande peligro y en el baluarte donde ha puesto su mira el enemigo, se distinguen á la luz del fuego á los ingenieros, de entre ellos sale de súbito una voz, es la del gefe Sanchez Ochoa que grita á sus oficiales con una entonacion terrible:

—¡Ingenieros! ¡fuego á las minas!

Sobre el glasis del baluarte se eleva una llama roja como las primeras exhalaciones de un volcan, óyese una fuerte detonacion que llena de espanto á las columnas próximas á los fosos del parapeto.

La vívida luz de aquel relámpago gigante alumbra el espantoso cuadro de la desolacion; la muerte salia del abismo, y la tierra abria sus vórtices para devorar á aquellos valientes que desafiaban al destino arrebatados por el entusiasmo de sus gloriosas tradiciones.

Los fuegos de la fusilería son incesantes, y el campo todo se ilumina con las vívidas luces de los disparos.

En medio de aquella claridad de muerte y de agonía, se ve retroceder á los asaltantes, rechazados, en fuga y diezmados por la metralla, buscando asilo en los caminos cubiertos y tras los gaviones de la paralela.

Los clarines tocan *alto el fuego*, y los sitiados levantan un clamoreo de victoria que se deshizo en un himno de alabanzas al Dios de los ejércitos!

III.

La gritería se apaga, y entonces se escuchan los ayes de los heridos y las voces de la ambulancia que atravesaba en todas direcciones recogiendo á los infelices soldados cuya sangre salpicaba los muros de los baluartes.

Entre aquella multitud agitada entre el humo de la pólvora y el vapor de la sangre, vagaba una muger con la mirada perdida, el cabello destrenzado y la boca espumante por la rabia.

Entrábase entre los grupos de soldados, los recorría buscando á un hombre.

Acercóse á aquella muger un oficial y dijo en voz baja:

—¡Doña Blanca!... ¡doña Blanca!...

—¿Quién me llama?—respondió la loca.

—¿Qué haceis aquí?

—Quiero vengarme del miserable que me ha engañado.

—Señora, estais demente, ¡volved en vos por compasion!

—¡Dejadme! yo necesito vengarme, pero de una manera terrible; ¿dónde está ese capitan?

—Venid conmigo, salid de este lugar, este es un sitio de maldicion para vos.

—¿Pero no veis que el campo está lleno de cadáveres?... ¿que á mi voz se han lanzado sobre los baluartes, seguros de tomarlos, y que solo han encontrado el bronce y la muerte?

—Salgamos, señora, salgamos, yo os lo ruego en nombre de vuestro padre.

—¡Mi padre!

—Sí, no es este vuestro lugar, vuestra exaltacion os ha perdido, venid.

El estudiante Mondoñedo, que era el hombre que hablaba á la Montemolin, la tomó por el brazo y la sacó de la Penitenciaría.

Llegaron á la casa de la señorita Mons, que se encontraba en silencio.

—Reposad,—dijo el estudiante,—mañana pasaré á veros.

—No me abandoneis, tengo miedo.

—Estaré aquí para cuanto pueda ofrecerse, adios

—Adios, Mondoñedo, me siento mal en el espíritu.

—Sosegaos, señora, y dormid.

La condesa se entró en el lecho, pero no pudo dormir entregada á la fiebre de sus pensamientos.

La infeliz jóven habia creido en las promesas de Martinez y se encontraba burlada cruelmente.

Solo esa venda que cae sobre nuestros ojos cuando las pasiones se desatan en el mar del alma, puede hacernos desconocer la verdad resplandeciente; y es que el corazon humano se empeña en engañarse y huye la realidad como de una desgracia.

La condesa tenia accesos de locura, su cerebro no habia podido resistir tanta contrariedad en la situacion terrible en que se encontraba.

—¡Pobre muger! barca desmantelada en la borrasca deshecha de la existencia, sin playa ni horizontes.

Débil criatura arrastrada al campo arenoso de las dificultades en el vaiven de la lucha humana.

Habia soñado un instante y comenzaba á despertar en el silencio de una noche eterna.

Pugnando por salir de la atmósfera que la abrumaba con un peso irresistible, su pensamiento se perdia en la tangente de lo desconocido, en el seno de la demencia.

Se encontraba de improviso en un mundo desconocido, viendo entrar el invierno en el campo de sus esperanzas, cayendo una á una las flores, cuyo perfume habia aspirado en los jardines de su ambicion.

¿Qué haria sola, sin amparo, engañada en su amor, burlada en sus planes y viviendo entre el ódio de una rival, cuyo corazon aborrecia acaso por primera vez

El cielo estaba cerrado para ella, por eso tendia su vista inquieta sobre aquellos campamentos, foco de sus ensueños, allí estaba el hombre de su amor, la última tabla para salvarse en el naufragio de su existencia.

Doña Blanca tenia desconfianza, creía que como en Mayo, los franceses podrian levantar su campo, y entonces seria para siempre

¡Se veía llegar desolada á Europa, y mas tarde encerrada en la celda de su convento, donde pasaria el resto de su vida condenando su audacia y llamando á gritos á la muerte!

IV.

En el campo frances pasaba tambien otra escena de desesperacion: Wask acusaba á don Fernando de haber comprometido un ataque por medio de un aviso falso y engañoso.

—Caballero—decia el conde,—esta persona jamas ha dicho una mentira.

—Con que esta sea la primera, es suficiente.

—Os digo que no estoy para bromas.

—Lo creo, como que una de las vuestras ha causado la muerte de centenares de hombres.

—Os digo. Wask, que no está el tiempo para burlas.

—Parece que os disgustais.

—Si lo conoceis ¿á qué seguir en ese terreno?

—Es que á mí me pone del mejor humor del mundo una contrariedad.

—No sentimos lo mismo, dejadme.

—Sois mi compañero de infortunio y con vos parto mis alegrías y mis aflicciones.

—Pesado estais.

—Puede ser.

—Y lo extraño porque os he visto perder la moral en multitud de ocasiones.

—He tenido razon, ahora estoy tranquilo, porque ya circula la voz de una revancha y la tomarán los franceses, estoy seguro de ello.

—Entónces ¿á qué molestarme?

—La ocurrencia de la carta de aviso y la agitada de la linterna mágica, tiene su mérito.

—Wask, nos estamos equivocando, ¡si volveis á dirigirme la palabra, os levanto la tapa de los sesos!—y el conde llevó la mano á su revólver.

—¡Quieto!—gritó Manzanedo,—esas son palabras mayores.

—No hay cuidado,—dijo Wask,—el conde está atufado, y cuando riñe se hace insufrible.

El conde se salió de su tienda de campaña, queriendo evitar un rompimiento con su cómplice.

Luego que don Fernando se echó á andar por el campo, el aventurero se puso á reir siniestramente.

—No jugueis con el fuego, Wask.

—Soy incombustible, Manzanedo.

—El conde es terrible.

—Es una fiera á quien me gozo en hostigar con hierro candente.

—Puede volverse contra vos y arrancaros el corazon.

—No temais, tengo una armadura interior que me defiende.

—Es que el plomo de su pistola atraviesa la malla.

—Os confesaré, Manzanedo, que ódio á don Fernando mortalmente, que siento hervir la sangre en mis entrañas.

—Presiento que acabareis por mataros.

—Lo deseo vivamente, ese hombre tiene un signo de maldici para mí, su misma sangre fria, el desden con que oye mis insult me humilla; al verlo, siento dar un vuelco á mi corazon y quisie lanzarme sobre él como una fiera.

—Pero ese ódio es horrible, Wask.

—Sí, Manzanedo, yo no me lo explico; pero lo siento.

—Dominaos.

—No puedo, de pocos dias á esta parte, ha crecido como Oceano.

—Huid de don Fernando.

—Mi aborrecimiento me lleva hácia él, sé ademas que me necesario, necesito su amistad, sus consejos; porque él piensa masiado, y yo no tengo en mi cerebro mas que sombras y oscuric

—Yo procuraré reconciliarlo con vos mismo, pensad en nue liga, en que los tres formamos una potencia, y la separacion s la pérdida de un miembro, la mutilacion.

—Es verdad.

—Sabed, ademas, que el aviso dado á don Fernado sobre el que de esta noche, vino por mano de la condesa.

—¿Luego ese hombre ha llegado hasta la Montemolin?

—Sí, ha llegado, y su nombre le es fatal.

—Ese hombre me causa pavor, ya veis que tengo algo desco do en el alma que me hace respetar y maldecir al conde, él est bre nosotros y no le conocemos aún.

—Sea lo que fuere, es nuestro brazo derecho, y hay que con porizar; vos estais en la víspera de una fortuna inmensa, y yo d realizadas mis esperanzas. Forey no se dará por vencido con la trariedad de esta noche, los sitiados no toman la iniciativa y qu enjaulados despues de su victoria, sin avanzar nada en su pe situacion.

—Es verdad.

—Entónces, prudencia, amigo mio, prudencia, no os entre al histérico de un ódio sin fundamento.

—No hablemos mas de ello.

—¿Conservais vuestros documentos?

—Perfectamente, aquí tengo la escritura, por la cual Mr. ligny debe entregarme mi parte asignada en el negocio de J en la misma escritura está la cantidad que el conde debe pe muy pronto haremos las divisiones y nos separaremos para pre.

Los dos amigos se quedaron pensativos, Manzanedo sacó cartera su última correspondencia con el conde de Morella, y se puso á hacer números y cálculos con su lápiz, sin llama atencion los gritos de los heridos franceses que atravesaban camillas frente á su tienda de campaña.

CAPITULO IV.

Tres cuartos para la toma de un fuerte.

I.

El 24 de Marzo, al amanecer, se distinguia el asombroso trabajo de zapa en el campo frances, la artillería de brecha estaba establecida en la segunda paralela, en número de doce cañones rayados.

El camino cubierto nuevamente, emprendido desde el ramal de Santiago, llegaba á *ochocientos metros* del fuerte de San Javier, y la batería que el primer dia de fuego apareció á dos mil metros, se avanzaba considerablemente, y establecida á la misma distancia que la segunda paralela, en un ángulo de setenta grados y cruzando con ella sus fuegos.

La batería situada en el cerro de San Juan, se habia tambien adelantado á la plaza, á la altura de la segunda paralela, de suerte que los tres puntos cruzaban sus fuegos, convergiendo sobre uno solo del fuerte.

La batería de la garita de México, estaba aumentada y reforzada por seis piezas mas, tambien rayadas.

La cabeza de zapa en la línea de ataque, continuaba atrevida iniciando el establecimiento de la tercera paralela.

Los ingenieros mexicanos estaban al concluir la línea *cerrada*, y se habian comenzado las obras interiores en las manzanas y conventos designados.

Las calles estaban cerradas con fuertes parapetos, y los balcones de los edificios con sacos á tierra.

A la primera luz de la mañana, cincuenta cañones rompieron un fuego terrible de brecha sobre el fuerte de San Javier.

El espacio se veía surcado de proyectiles y el campo se envolvia en una tormenta de humo y de fuego, los revestimientos y cortinas de los baluartes, se estremecian al constante choque de los proyectiles.

Las baterías mexicanas no cesaban de descargar sobre los soldados de la paralela, los infantes esperaban con la bayoneta armada el próximo asalto que vendria despues del fuego de brecha.

Dos horas largas de jugar las baterías, habian hecho formidables estragos, los fuegos de San Javier se debilitaban, y era que diez piezas habian sido desmontadas, y los artilleros, en su mayor parte, yacian tendidos bajo las cureñas de sus cañones.

Tres de los baluartes sufrian aun las descargas incesantes de la paralela, uno en ruinas y con la brecha casi practicada, y el otro al derrumbarse.

Los ingenieros luchaban por reponer los revestimientos, y parapetando y defendiendo entre el peligro mas eminente á los heróicos soldados del fuerte, unas veces con gaviones, otras con sacos á tierra, y algunas hasta con cadáveres.

Las fuerzas faltaban, el trabajo vencia á la naturaleza; pero no podia apagar el aliento indomable del patriotismo.

La bandera de la patria estaba sobre el baluarte hecha girones y ametrallada; parecia que el génio invisible de la heroicidad la sostenia sobre aquellos escombros ensangrentados.

II.

Iban trascurridas tres horas de un fuego de brecha espantoso, cuando los clarines franceses tocaron *alto.*

Entónces hubo un momento de contemplacion dolorosa; una tercera parte de la artillería del fuerte, estaba destruida completamente, los baluartes todos, las cortinas y trasversas, pero no completamente arrasados.

El coronel Gagern entró al fuerte con el batallon de Zapadores, que entrega al infatigable Sanchez Ochoa, y entónces comienzan los trabajos de reparacion, miéntras los artilleros colocan nuevas piezas en los baluartes, bajo la direccion del valiente Zeferino Rodriguez.

Los cadáveres se recogian da aquella arena ensangrentada; Octavio Rosado levantaba personalmente á sus queridos soldados de Guanajuato tendidos sin aliento al pié de su estandarte.

Pasóse el resto del dia en constante trabajo, siendo molestados sitiados y sitiadores por las bombas que de tiempo en tiempo arrojaban los fuertes y paralelas.

El 3° y 6° de Guanajuato reemplazaron á sus compañeros en la plaza del fuerte y esperaron arma al brazo al enemigo.

Ochenta bocas de fuego jugaron media hora en el campo de la lucha.

Daban las once de la noche, cuando de súbito se deja oir ese toquido eterno del clarin de los zuavos, que marca el paso de ataque.

El fuerte y todos sus baluartes, anuncian que el enemigo ha saltado su tercera paralela y se dirige sobre el reducto.

Los cañones del fuerte arrojan el plomo, y con él la muerte y el esterminio.

La reserva, mandada por Negrete, acude al lugar del combate en los momentos supremos del conflicto.

Los cañones franceses alzan sus miras y demuelen la parte alta de la Penitenciaría, miéntras sus soldados avanzan á paso gimnástico sobre el fuerte hecho pedazos.

Negrete habia llegado á tiempo, un fuego terrible de fusilería corona los baluartes, sobreponiéndose á su estallido los ecos de la artillería que jugaba á metralla sobre los franceses.

El enemigo no pudo resistir á esa catarata de hierro candente, y aquellos bravos y valientes soldados fueron puestos en fuga y dispersion, porque la muerte los seguia en medio de las sombras, y los alcanzaba al relámpago de los disparos.

El segundo asalto estaba frustrado.

¡Oh! si entónces á aquella tropa victoriosa se le hubiera concedido el salir de sus parapetos acribillados, en pos de su enemigo,

¡cuánta sangre se hubiera ahorrado, cuánto hubiera cambiado el destino oscuro de la patria en las amargas horas de su infortunio!

III.

El 25 de Marzo la tercera paralela estaba establecida y la línea de fuego á *quinientos metros* del fuerte, y de ella se prolongaba siempre amenazante el camino cubierto; parecia que la cabeza de zapa venia buscando el *glasis* hasta la *contra-escarpa* de los fosos.

En la parte de las baterías cruzadas de la falda del cerro de San Juan y en el ramal que se dirigia á la línea de redientes y Alameda, se notaba que los trabajos de zapa se extendian á derecha é izquierda, como para establecer ó aumentar su artillería.

Por la garita de México estaba todo tranquilo, solo de tiempo en tiempo lanzaba sus bombas sobre la ciudad.

A las nueve de la mañana comenzaron ya los fuegos de elevacion sobre la plaza del fuerte, y se pudo entónces descubrir, que durante la noche habian situado pequeños morteros en distintas direcciones, que hacian un efecto terrible sobre los infantes y artilleros.

La primera y segunda paralela alternaban en sus proyectiles las baterías adyacentes cruzaban sus fuegos, impidiendo la reparacion de San Javier.

Así pasó todo el dia sin ningun incidente notable; los soldados del campo mexicano, no descansaban en su activo trabajo de fortificacion interior.

Por la noche siguió un fuego pausado de artillería por ambas partes.

Los ingenieros y artilleros se hallaban tan adelantados en sus obras, que ya el enemigo se encontraria con nuevos obstáculos en su segunda intentona.

La tercera paralela estaba concluida y artillada con doce piezas de brecha, rayadas y de grueso calibre.

La posicion de esta última línea, distaba como hemos dicho, quinientos metros del fuertes de San Javier.

Las baterías del cerro de San Juan y del ramal de Santiago, que habian sido avanzadas, conservaban sus mismas posiciones á ochocientos metros del fuerte; pero habian sido reforzadas conando con doce piezas mas, rayadas y de brecha.

El aumento era, pues, de veinticuatro piezas, y el total en la línea de ataque, comprendiendo las baterías de morteros de la garita de México, arrojaban un número de mas de *ochenta* bocas de fuego.

Los pabellones mexicano y frances estaban tan cerca, que podian distinguirse en ambos campos sus águilas.

Numerosos gallardetes rojos en distintas direcciones, se elevaban sobre cada batería para marcar la colocacion de fuegos cruzados y paralelas.

Sonó por fin la hora fatal, las seis daban en los relojes de la plaza, el ronco clarin de la artillería francesa mandaba romper el fuego á las baterías.

Un momento despues, la tormenta se sacudió sobre los punto todos del fuerte de San Javier.

—¡Horrible espectáculo!

La artillería mexicana contesta con vigor; pero en vano, no l es dado competir con su enemigo, su número de piezas es inferior la lucha desigual, aunque gloriosa para la república.

Despues de una hora de combate, las brechas comienzan practicarse, y en los baluartes y cortinas que dan su frente las paralelas, algunas piezas se ven ya desmontadas, los pelotone todos de artillería, están muertos al pié de sus cañones; distín guense entre aquellos cadáveres, multitud de gefes y oficiales, l sangre corre á torrentes por las esplanadas; pero nuevos artillero han sustituido á los que acaban de morir, el valiente Plato Sanchez se bate con un heroismo indecible, y á su lado y enti el polvo, con el rostro ennegrecido por la pólvora, se distingue bravo ingeniero Sanchez Ochoa, que con sus oficiales lucha en van por tapar la brecha que abre implacable la artillería enemig cada gavion que colocan es despedazado al instante, dejando ta solo el rastro de la sangre y los cuerpos horriblemente mutilados d los zapadores.

En lo alto de la Penitenciaría se distinguen los rifleros Nuevo-Leon, cuyos tiros llevan la muerte á los artilleros francese

Las infanterías del 2° de Guanajuato, á las órdenes de Octav Rosado, el 6° á las de Montesinos, y algunas compañías de Moreli ayudan en medio del fuego á los artilleros é ingenieros.

El fuerte de Morelos, en su línea de redientes, y las baterí de la Plaza de Toros y flanco derecho del fuerte del Cármen, bat con actividad y decision al enemigo; pero haciendo un débil efect

La mayor parte de la artillería francesa está enterrada en l paralelas, y descubre solamente sus ennegrecidas bocas.

IV.

Son las nueve de la mañana, el fuego de brecha ha cesad ¡pero la vista que presenta el fuerte de San Javier es espantos La muerte y el esterminio dejan sus sangrientas huellas por tod partes, restos humanos están aquí y allí, diseminados por el efe de las bombas y el terrible proyectil rayado. Algunos soldad agonizantes se arrastran cerca de los fragmentos de los másti y cureñas despedazadas, las piezas todas de sitio, yacen esparcid en aquella arena, y sus bocas aun exhalan el humo de sus reci tes descargas.

Las brechas están perfectamente practicadas; pero el toque asalto aun no suena; el enemigo vacila y se detiene ante el herois de una defensa magnífica.

A la una en punto del dia los cadáveres y heridos habian s separados del lugar del sacrificio, y una nueva escena, el segur acto de aquel drama sangriento iba á comenzar.

El fuerte estaba un tanto reparado, no ya en la línea de baluartes y cortinas, porque estaban acribilladas; pero trinche

y parapetos dentro de la Plaza del fuerte, se elevaban potentes para resistir de nuevo el choque terrible del enemigo.

La hora se acercaba, y los ingenieros, con su actividad y audacia, han levantado aquella línea al frente de los asaltantes; entre aquellos jóvenes falta el teniente Hernandez, herido sobre la plaza del fuerte.

La línea de defensa ha sido artillada con piezas de batalla por el denodado gefe Alejandro García y el artillero Manuel Inclan.

Junto á esas piezas está Platon Sanchez con tres artilleros de reserva, porque todos los demas han muerto.

Torna otra vez á sonar el fatídico clarin de la artillería y se repite el fuego de brecha terrible, implacable, sobre aquellos escombros.

No solo la Penitenciaría es objeto de la saña enemiga, sus proyectiles causan estragos formidables en los reductos adyacentes, sin lograr apagar sus fuegos.

Van trascurridas dos horas mortales y aquella tempestad sigue desgajándose con la misma potencia.

Las débiles piezas de batalla que el general García colocó en el fuerte, han sido desmontadas en su mayor parte y yacen tiradas entre los montones de cadáveres y tierra escarbada, y gaviones despedazados, y sacos á tierra donde apoya su cabeza algun moribundo.

Todos los baluartes y cortinas presentan un aspecto desolador, acribillados, humeantes, ensangrentados y derrumbándose á las detonaciones que estremecian el fuerte y la ciudad.

Sigue el fuego como la cólera de Dios, ya no queda mas que una sola pieza de batalla, que al dispararse crujen sus ruedas sobre los cuerpos inertes de aquellos hombres que poco antes la habian hecho jugar sobre el campo frances.

Los ingenieros se precipitan desesperados en aquellos momentos de tribulacion espantosa, y arrojan sobre el recinto multitud de sacos á tierra para defender el último cañon del reducto.

El enemigo observa este arrojado movimiento y dirige su mira á aquel punto, admirado de tanto valor y audacia.

¡Una bomba cae sobre aquel grupo, rueda humeante ardiendo su espoleta hasta detenerse entre las ruedas de aquella última pieza, y.. hace su terrible esplosion!... vuela el mástil y las cureñas, el cañon se desploma, y todo queda envuelto en una densa nube de humo y de polvo.

Al disiparse aquella sombra, se dejó ver el cuadro magnífico de la heroicidad humana.

Ingenieros y zapadores estaban arrojados sobre los cadáveres de sus compañeros, palpitándoles aún las abiertas heridas por donde á borbotones salia la sangre humeante.

Ramiro sostenia al bravo Platon Sanchez, que yacia desmayado y con una herida abierta en la cabeza; Sanchez Ochoa veía entre la calada visera de su kepí y con las lágrimas del sentimiento y del corage aquella hecatombe espantosa.

La bandera nacional cubria con su sombra á las heróicas víctimas de la patria.

Oyóse de repente un ruido espantoso como el de un torrente que arrastra en su pos la rocas de la montaña: era la Penitenciaría que se derrumbaba, cubriendo con sus escombros cadáveres y cañones despedazados, y hombres, como desaparece un pueblo bajo la ceniza de los volcanes.

Un soldado de Guanajuato salta de los escombros con el arma hecha pedazos, y grita con voz terrible:

—*¡Cabo cuarto! ¡no tengo puesto, el enemigo me ha desalojado!*

V.

Platon Sanchez vuelve de su desmayo, le vendan la herida y se resiste á abandonar el fuerte.

El general García insiste en la defensa y trae otra batería de batalla; aquello no tenia nombre, era el esfuerzo sobrehumano de un pueblo ántes de entregarse prisionero en manos de su enemigo.

¡Una batería de batalla para resistir *ochenta* cañones!

¡Aquel espectáculo arrancó un grito de entusiasmo, alarido del corazon en aquella crísis de muerte y desolacion!

Llegan tropas de refresco y el combate sigue con mas empeño.

Una granada cae en la paralela francesa, y el comandante general de artillería Bernay de L'Aumière, cae muerto con el grupo de sus oficiales, y herido La Tour D'Auvergne.

Un grito de rabia se exhala del campo enemigo, las baterías converjen hácia el baluarte, y en breves instantes las seis piezas son desmontadas y envueltas en los escombros.

Ya no queda esperanza, el fuego es incesante, el fuerte está arrasado; y el asalto debe verificarse en aquellos momentos; pero el enemigo desconfia de su victoria, sabe que en el interior de la Penitenciaría y sobre aquellas piedras, lo aguardarán á la bayoneta.

Suspéndese por unos momentos el fuego, y los defensores del fuerte creen llegado el momento.

Mas de mil cadáveres llenan las esplanadas, la jornada se habia prolongado sangrienta y terrible; pero no llegaria al fin sin que tanto heroismo fuese premiado por *Aquel* que en el azote de sus iras, recoge, sin embargo, en su seno, el amargo llanto de la afliccion humana.

VI.

El fuerte está arrasado; pero el enemigo lanza sus fuegos sobre el primer muro de la Penitenciaría, le inquietan aquellas paredes, sospecha que tras ellas encontrará la muerte, y su artillería las rompe y las desgrana.

La reedificacion era imposible en aquellos momentos, sobre los escombros debia librarse una batalla.

Las infanterías de Guanajuato penetran en la derruida plaza, Negrete llega con las reservas.

Los fuegos á metralla de la Plaza de Toros, redientes de Morelos y convento del Cármen, se cruzan con éxito sobre el enemigo.

Los fuegos de toda la línea francesa converjen sobre la Penitenciaría para apagar los fuegos de los infantes que salen sin cesar de entre aquellas ruinas.

El clarin de los zuavos suena, llamando al asalto.

Los cazadores de Vincennes y tropas de línea siguen la vanguardia de los soldados de brecha y aquella columna, protegida por sus cañones, se precipita sobre el fuerte.

¡El momento era terrible!

Los zuavos llegan á los fosos, descienden á las contra-escarpas; las bombas que se hallaban bajo el césped, hacen explosion, y los atrevidos soldados de la Francia, vuelan en pedazos, y la vanguardia de la columna desaparece.

Aquella masa retrocede acribillada; Smith, el valiente Smith, cuyo valor va hasta la temeridad, se lanza con los cuerpos de Guanajuato fuera de parapetos, lo siguen las infanterías de Rioseco y un batallon de Puebla al mando del coronel Juan Ramirez, y apoyados por el flanco izquierdo del fuerte, por los denodados cuerpos de rifleros de San Luis, con Salazar y Hernandez á la cabeza, y por Auza al mando del 3º, 4º y 5º de Zacatecas, se precipitan en la llanura á la bayoneta, y arrollan por completo al enemigo y lo arrojan mas allá del *glasis* del fuerte, dejando un reguero de cadáveres hasta los bordes del camino cubierto, frente á la tercera paralela.

El campo quedó en silencio.

Así terminó aquella sangrienta jornada, página de oro en los anales del sitio; acaso hayamos olvidado algunos nombres y algunos hechos, pero la historia recogerá siempre con mas escrupulosidad que nosotros, las escenas gloriosas de esa epopeya.

CAPITULO V.

De como el alma de una mujer tiene mucho del espíritu de un ángel.

I.

El estudiante sacó á doña Blanca de la Penitenciaría, donde el riesgo era inminente, y delirante y perdida la condujo á la casa del Sr. Mons, llevóla á su aposento, donde la dejó para que entrase en calma.

Doña Blanca se arrojó en un sillon desesperada, su pensamiento, á fuerza de seguir girando en un mundo abstracto, se fué encarrilando y acabó por recobrar su curso ordinario.

La infeliz jóven echó de ver el desórden de sus vestidos, sintió su cabello azotar su frente, volvió su faz hácia el espejo, contempló su rostro y se estremeció al ver la impresion profunda, la variacion espantosa que habia sufrido en tan pocas horas.

Levantóse azorada como si dejase la sepultura y volviese de

aquel silencio á la luz de la existencia, temió sériamente por su razon exaltada, y al pensar que podia perder el juicio en uno de aquellos terribles accesos, se estremeció de espanto.

Cuando el alma está en esas crísis de amargura en que el vértigo y una alucinacion dolorosa puede causar hasta la muerte, entonces se busca un corazon que armonice con nuestra angustia, que nos auxilie en los instantes supremos de afliccion y nos preste el rocío de sus lágrimas y el aliento vital de sus palpitaciones.

Doña Blanca estaba sola, veía en su torno á seres á quienes habia ofendido y de quienes no podia alcanzar sino el perdon.

Sintió necesidad de llorar, porque el torrente de sus lágrimas la ahogaba, y su pecho no alcanzaba la respiracion.

Dirigióse á la puerta, se puso á escuchar y percibió que el estudiante se paseaba por los corredores, entonces avanzó algunos pasos y habló á Mondoñedo.

El estudiante, á quien siempre impresionaba el timbre de aquel acento, se volvió inmediatamente.

—¿Qué me quereis, señora?

—Os suplico que me llameis á Eloisa, decidla que la necesito.

—Está bien,—replicó Mondoñedo. Y se dirigió inmediatamente á la estancia de la señorita Mons.

Eloisa no habia hecho saber á doña Blanca que poseía un secreto, guardó en el fondo de su alma el terrible desengaño, y veló bajo una apacible sonrisa la amarga hiel de sus infortunios.

La pobre Eloisa habia despedido sus ilusiones, como el invierno con sus cierzos á las golondrinas.

De aquel amor no quedaba ya mas que un recuerdo vago, la sombra de una memoria que se iba desvaneciendo como las nieblas á los rayos del sol.

Habia amado con pasion; pero al recordar los horribles crímenes confesados por el mismo labio del conde, se habia horrorizado, y por instinto separado de aquella alma siniestra suspendida en el abismo sin fondo de la desgracia.

La jóven, cuyo candor y virtud no podian contagiarse con la ponzoña de un aliento envenenado, se plegaban como las hojas de la sensitiva, y huyeron al contacto impuro de aquel corazon ennegrecido por el extravío y el crímen.

El alma de la jóven se alzaba digna, heróica, condenando su amor, despedazando sus creencias, anatematizando su *ayer*, y evocando sublime el porvenir en medio de su martirio.

¡Cuántos sufrimientos, cuantas angustias traia consigo esa resolucion arrancada al mas terrible de los destinos!

Sufrir, llorar, revolverse en el lecho espantoso del tormento, he aquí la predestinacion humana!

¡La filosofía acude cuando el dolor se ha mitigado; pero ella no hace sino presentarnos desnudas las miserias de la vida, paralizar los latidos del corazon, apagar los relámpagos del cerebro, que son las ilusiones de la existencia; entonces el alma alza los ojos al cielo en pos de ese mundo que se agita allende el azulado cristal de los cielos, y llama á Dios con la exhalacion de su espíritu y con el vapor ardiente de sus lágrimas!

II.

La señorita Mons penetró indecisa en la estancia de doña Blanca, la vió tan abatida y profundamente desconsolada, que se acercó, y tomándole una mano, la dijo con ternura:

—¿Qué teneis, amiga mia?

—¡Eloisa, yo me muero!

—Contadme vuestras penas, hace algunos dias que me ha sido imposible el veros; perdonadme, pero á mi vez he sufrido algo con un negocio de familia, que no he podido ni aun revelaros mis padecimientos.

—¿Vos sufrís tambien?

—Tambien, amiga mia,—respondió la señorita Mons con una expresion de concentrada amargura.

—Sois un ángel, Eloisa, en vuestra frente aun no pasan los huracanes de la desdicha, vuestro labio no se ha puesto trémulo con el llanto, ni vuestros ojos se han enturbiado con ese jugo amargo de los infortunios.

—Es verdad, pero mi corazon está lacerado y acaso para siempre.

—No, no desconfieis,—dijo doña Blanca,—vuestro espíritu se alzará radiante como el sol despues de la tempestad, tornarán al campo de vuestras ilusiones las flores de una nueva primavera, y el perfume siempre constante sobre el corazon vírgen y lleno de virtudes, embalsamará las serenas horas de vuestra existencia.

—He perdido la esperanza.

—Pronto la recobrareis, vos no habeis nacido para la desgracia; mi sér, Eloisa Mons, está predestinado para las grandes vicisitudes.

—No os comprendo, Amalia.

—Oidme, yo tengo un gran secreto que revelaros, y... vos no me negareis el perdon.

—Es singular vuestro lenguaje, amiga mia.

—No lo será cuando sepais todo el mal que os he hecho.

—¿Todo el mal?

—Sí, yo os he ofendido sin conoceros, y despues resbaló mi planta por el mismo camino.

—No os comprendo, Amalia, habladme con mas claridad.

Doña Blanca se acercó á la jóven, tomó entre las suyas la mano de Eloisa, y dijo con un timbre de dolor espantoso:

—Pertenezco á una de las mas nobles familias de España, y en mis venas corre su sangre; soy hija de Cárlos Isidro de Borbon.

Eloisa ya sabia el secreto de doña Blanca, pero la actitud de la condesa la interesó vivamente y se quedó mirando de hito en hito á la Montemolin.

—Hija bastarda de un rey,—prosiguió la jóven sacudiendo su frente donde se marcaban los tintes del rubor,—no he temblado ante la mas árdua de las empresas; en los campos de América debo encontrar mi legitimidad, y acudo á ellos con la fé del que lucha por una causa sagrada.

—¿Y bien, señora?—preguntó Eloisa.

—Mañana puedo pisar los escaños de un trono; pero mi planta resbalará con la sangre de los mexicanos... esto es terrible para el corazon que rechaza por instinto el crímen; pero no he sido yo, señora, ni mi famlia, los autores de este proyecto; á la sombra de una bandera buscamos lo que nos dió la conquista en otro siglo. Don Juan de Borbon es el candidato para la monarquía, y yo oigo su nombre entre ese fuego continuo que como una tormenta se ha estacionado en el cielo de la ciudad; he aquí, señora, el secreto de mi ambicion.

—Yo nada sé, señora,—dijo Eloisa,—pero lo que pasa me tiene horrorizada.

—Yo tengo,—repuso doña Blanca,—que cerrar mis ojos y llevar mis manos á los oidos, pues el lamento de las víctimas me estremece y acobarda; Dios acaso me pone delante el precio de mis aspiraciones, para que retroceda y maldiga la idea que arrastra en su pos un torrente de sangre y una larga série de cadáveres que vuelven hácia mí sus miradas torvas y sombrías pidiéndome cuenta de su martirio. ¡Sí, Eloisa, yo tiemblo ante un espectáculo tan terrible, y deseara atravesar con las alas del ave esa inmensidad y posarme en las playas natales, de donde pluguiera á Dios no hubiera salido nunca!

La condesa se echó á llorar con desesperacion.

—Calmaos, señora,—dijo Eloisa,—calmaos en nombre del cielo.

—¡He aquí,—prosiguió doña Blanca,—el lado risueño de mi existencia, he aquí el jardin encantado de mis esperanzas!

Habia tanta amargura en ese sarcasmo, que Eloisa se estremeció.

—Eloisa, vais á saber ahora el eslabon acerado que une nuestras almas al traves del silencio.

—Ya os escucho, señora.

—En el camino de mi existencia,—prosiguió la aventurera,—encontré á un hombre de quien oí el relato de su vida. Elevado al romanticismo, mi cerebro se forjó un héroe, y cuando lo conocí, me arrastró hácia él la imaginacion mas bien que un rasgo de simpatía.

Eloisa comenzó á ponerse densamente lívida y su lábio á temblar como si estuviese próximo á estallar su llanto.

—Le ví en medio del Océano, bajo la bóveda estrellada de los cielos oí su acento, que entonaba un cántico marino saludando las olas que azotaban los costados del buque; lo ví alzarse sobre el cristal de las aguas dominando con su actitud desdeñosa el peligro, y sentí que lo amaba.

La señorita Mons inclinó su frente y comenzó á llorar en silencio.

—Ese hombre,—continuó la condesa,—me engañó como un miserable.

—Todo, todo lo sé,—dijo balbuciente Eloisa.

—Sí,—continuó la condesa levantándose terrible,—me creia una mujer del pueblo, y cambió mis amores por los vuestros; ese hombre ha encadenado la fortuna, el ángel acudia á su llamado, porque vos tambien le amais, ¿no es verdad?

—Señora, yo desprecio al conde, sus manos están empapadas en

sangre, su corazon está manchado, y mi amor se ha tornado en arrepentimiento, en arrepentimiento profundo... ¡lo he olvidado para siempre!

—Eloisa,—gritó la condesa,—vuestra virtud me humilla, ¡miradme á vuestros piés arrodillada!

—Alzad, señora, en mí encontrareis siempre á la amiga.

—Yo necesito que me tendais vuestra mano, que enjugueis este llanto de desolacion que va secando el tallo de mi vida, que tengais compasion de mi juventud!

—Sin conoceros os habia perdonado, y cuando he sabido los extravíos espantosos de ese hombre, que en mala hora dirigió hácia mí sus miradas, os he compadecido, porque ese corazon depravado nunca se hubiera puesto á la altura de vuestro amor.

—¡Es verdad, es verdad!

—Quien ha derramado la sangre por satisfacer una ambicion innoble, una aspiracion monstruosa, desdeñaria el cariño sublime de una mujer, porque á esas almas encenegadas en el vicio las inquieta todo lo bueno y generoso, no comprenden sino esos sentimientos groseros que los lanzan al vértigo del mundo entre el aplauso de la sociedad.

—Sí, sí, yo tambien me he sentido arrebatar por esa corriente impetuosa: he cedido á la influencia magnética de ese hombre.

—Dios me ha apartado de la senda fatal en los momentos en que mi porvenir iba á decidirse; Dios no lo ha querido, señora, y yo vuelvo á la calma de mis primeros dias; vuelvo desgraciada, es verdad, pero viviré tranquila, y mis lágrimas se orearán con el vuelo del tiempo.

—Vuestro porvenir es claro como la luz del horizonte, mientras que el mio se envuelve en una noche sin término.

—Aun es tiempo, señora.

—Yo no puedo retroceder, ya estoy lanzada en la pendiente de este abismo, y caigo, caigo irremisiblemente, ¡ese es mi destino y yo obedezco!

—Abjurad de vuestras ambiciones, renunciad á vuestras esperanzas, y la calma renacerá en vuestro corazon; vuestra alma os abandona, cede al sentimiento de vuestro sér, y acabareis por enfermar vuestro espíritu en esa lucha terrible.

—¡Sí, Eloisa, yo me siento desfallecer ante la razon, entrar en el mundo del estravío y de la muerte!

—¡Callad, callad por compasion!

—Mis vigilias se prolongan, el sueño ha huido de mis párpados, y las visiones acuden á mi cerebro; las veo, las palpo, les hablo, y responden, y mi voz me despierta de esa alucinacion mental que tanto me asusta y horroriza.

—Entrad en calma.

—¡Esta agitacion mortal acabará por volverme loca!... ¡mis nervios desfallecen, mi aliento mengua, y me siento languidecer y... morir!

—Esto es superior á mis fuerzas,—murmuró Eloisa.

—Hoy habrá un fantasma de menos en mis sueños: antes os veía llegar á pedirme cuenta de vuestro amor burlado.

—Sí, yo os perdono con todo mi corazon, quiero ser vuestra hermana, no separarme de vos un solo instante, ampararos en vuestra soledad; sí, doña Blanca, de hoy mas viviré en vuestra estancia, y ya no os acosarán esas pesadillas que tanto os impresionan, porque me tendreis á vuestro lado; cuando sufrais esos accesos de afliccion, entonces oraremos, sí, oraremos para que Dios se duela de vuestras angustias.

—¡Orar!... ¡orar!... la elevacion del espíritu á su Creador, sí, yo lo necesito como el rocío del alma, como el respiro á mi corazon apesarado, porque sufro intensamente, Eloisa, no tengo un solo momento de calma. En este mismo instante, en que tanto bien me habeis hecho, siento el corazon aprisionado bajo el peso de mis memorias y de mi situacion: comienzo ya á tener miedo, todo me causa pavor, mi sombra me hace estremecer, el silencio me acobarda, y ese continuo estallido de los proyectiles que caen sobre la plaza me hace temblar... Yo no sabia lo terrible de la guerra, no comprendia sus formidables estragos, y un azoramiento nervioso ataca desapiadado todo mi sér... ya, ya comienzan á llegar los fantasmas ensangrentados... se acercan... me miran... me tocan... ¡compasion!...

—No es nada, amiga mia, es vuestra imaginacion solamente.

—No, es la realidad, ellos me hablan, me preguntan por sus padres... por sus hijos... pos sus esposas... No, yo no quiero veros, nada hay de comun entre nosotros, vuestra sangre me horroriza... huid... huid... ese eco de la artillería me alarma, me revienta el tímpano de los oidos... el humo de la pólvora me ahoga... ¡yo muero!...

Doña Blanca se desplomó en el suelo dando un alarido horrible.

III.

El estudiante Mondoñedo escuchó el grito terrible de la condesa y acudió violentamente.

La señorita Mons atendia á la desgraciada jóven, que fuera de sentido habia entrado en un desmayo.

—¿Qué pasa, señorita?

—Callad, Mondoñedo, estoy horrorizada.

El estudiante salpicó con agua el rostro de doña Blanca.

—Ya vuelve,—dijo Eloisa.

La condesa levantó su cabeza y buscó la mirada de Eloisa.

— Aquí estoy—dijo la señorita Mons,—volved en vos, estais entre vuestros amigos, nada temais.

—He tenido una pesadilla espantosa.

—Todo ha pasado ya.

—¡No os separeis de mí, por compasion!

—Ya os he dicho que desde este momento quedo instalada aquí.

—Gracias, Eloisa, sois un ángel.

—Señora,—dijo el estudiante,—descansad, el sueño puede aliviaros algun tanto, ¡adios!

—¡Adios!—murmuró la condesa.

Eloisa tendió su mano al estudiante, que la estrechó suavemente, y salió del aposento impresionado con aquel espectáculo.

—El sueño huye de mis párpados, habladme, vuestra voz es el acento de los serafines,—dijo la Montemolin.

—Venid,—dijo Eloisa,—aquí hay una imágen, hablemos con ella.

¡Doña Blanca y Eloisa se postraron frente á la imágen de la Vírgen, y con ese acento apagado que sube en alas de un ángel invisible, levantaron al cielo una plegaria, eco de honda afliccion en las tribulaciones de la vida humana, evaporacion misteriosa del espíritu que busca el consuelo fuera de la pesada atmósfera de esta existencia miserable, y desprendida del sagrario del alma cae en lluvia apacible sobre esas heridas que abre á nuestro seno la mano inflexible de la fatalidad!

CAPITULO VI.

La toma del fuerte de San Javier.

I.

El dia 27 la Ambulancia recogia los cadáveres del enemigo que yacian en los fosos y glasis del fuerte. La plaza de San Javier estaba desierta: solo se veian los restos ensangrentados del combate.

El cuadro variaba de aspecto en el interior de la Penitenciaría, allí todo era vida y actividad, la defensa estaba muy adelantada, y el piso de los patios ocultaba multitud de minas.

Los corredores de la parte baja del edificio estaban cerrados por fuertes parapetos construidos con sacos á tierra y en ellos piezas de montaña.

Los heróicos batallones de Guanajuato, Puebla y Morelia, se mantenian firmes y dispuestos á disputar al extrangero aquellos escombros salpicados con la sangre de sus hermanos.

El general dispuso que los cuatro tenientes coroneles, Smith, Sanchez Ochoa, Montesinos y Rosado, defendiesen hasta el último trance la Penitenciaría.

Auza, el bravo zacatecano cuyo nombre debia inmortalizarse en los momentos supremos de la lucha, defiende las redientes de Morelos y manzanas adyacentes.

Rifleros, Mixto de Querétaro y Reforma, á las órdenes de Rio-Seco defendian las manzanas que circunvalaban la retaguardia de San Javier.

Arrasado el fuerte, la artillería enemiga convergió sobre sus flancos haciendo terribles estragos en los redientes de Morelos, el Cármen y Plaza de toros.

La brecha para llegar al interior de San Javier estaba practicada hasta el segundo patio interior de aquel edificio formidable: se veía una grande obra al traves de las ruinas, que espantaba.

La ciudad se artillaba á gran prisa, y todo auguraba una resistencia terrible y sin cuartel.

Los batallones de Puebla, llenos de ese indomable valor que parece una herencia de sus antepasados, aguardaban impasibles el instante de morir matando.

Negrete, á la cabeza de sus tropas y lleno de una indignacion sombría, ansiaba la revancha, y la buscaria á todo trance.

El dia 28 el fuego de brecha era incesante sobre el fuerte y la ciudad: era la víspera de ese dia sangriento y memorable que la historia declara ser una de las páginas mas gloriosas del heroismo nacional en la lucha de su independencia.

II.

El sol de 29 de Marzo no era el sol de la victoria, era el astro de la fatalidad, la antorcha siniestra que debia dar sus luces sobre el anfiteatro de aquella lucha gigante, alumbrando un cadáver herido en el corazon.

Comenzaba á declinar el dia, cuando gruesas columnas enemigas bajaban por la falda del cerro de San Juan como una vertiente que se sorbia en los fosos y caminos cubiertos.

El reflejo de las bayonetas que salian en los puntos de las paralelas, marcaba perfectamente la multitud de soldados que se agrupaban prolongándose en el camino de zapa, que estaba á *treinta varas* de los baluartes, y casi á las contra-escarpas de los fosos.

La una y minutos de la tarde serian cuando el huracan se hizo sentir con sus ochenta bocas de fuego: la Penitenciaría tiembla y se estremece al duro y constante choque de los proyectiles; las bombas caen sin cesar dentro de los patios de la fortaleza, las brechas están todas listas y practicadas, y sin embargo, el fuego sigue, y sigue sin interrupcion.

No era aquello un lujo de ciencia militar, era la cobardía escondiéndose tras de la táctica; ¡dudaban aún de su victoria!

La vista que presentan los muros de la Penitenciaría es verdaderamente aterrador: una cascada de escombros, un torrente de piedras, ladrillos y tierra se desprende desde lo alto de las almenas, donde no obstante aquellos efectos de tan terrible estrago, se puede percibir el constante fuego de rifle que dirigen los valientes de Nuevo-Leon.

Como para dar un aspecto mas imponente, sopla en aquellos instantes un viento fuerte del Sur, y los patios y corredores de San Javier se cubren de polvo, así como los soldados que defienden el punto.

Son las tres y media de la tarde, el fuego cesa de súbito: hay un momento de silencio en el que no se oye mas que el aire que azota y arroja torbellinos de tierra que arranca de las abiertas brechas.

Entonces, y en aquel instante solemne, tiene lugar una escena conmovedora.

En el patio interior de la Penitenciaría, los cuatro gefes defensores de aquel reducto, los cuatro tenientes coroneles á quienes estaba encomendada la defensa, se estrechan en un ardiente y fraternal abrazo de despedida; el llanto corre por sus mejillas,

lágrimas que el entusiasmo arranca á la juventud y al patriotismo.

¡Sepáranse prometiendo buscarse en el peligro, arengan á sus tropas, y los soldados responden con aclamaciones y vivas de júbilo ante el aspecto sereno del valor y la grandeza!

III.

El silencio del campamento frances se interrumpe por el estallido de una bomba: aquello era una señal.

Los soldados embrazan las armas y el movimiento se nota dentro de los caminos cubiertos.

Pasan algunos minutos, y la segunda bomba atruena el espacio con su detonacion.

Un torrente de soldados comienza á salir de los caminos y de las paralelas; pero todos en silencio y avanzando á paso veloz.

Una tercera bomba da por fin la última y fatal señal, y un grito de guerra desprendido de aquella masa de diez mil combatientes, se deja oir como el eco del infierno en la hora de la destruccion humana.

En medio de los *hurras* y vivas á la Francia, agitan el pabellon desgarrado de Magenta y Solferino, que cayó en los fosos de Guadalupe el 5 de Mayo y fué recogido heróicamente por los hijos de la Francia.

Los zuavos van á vanguardia, ellos son siempre los soldados de brecha. Los siguen los regimientos de Vincennes, los cazadores, los veteranos del 99 y otros batallones de línea.

Como huracan atraviesan los fosos, y plantan sobre las ruinas que llegan hasta las escarpas, la bandera de la Francia.

La plaza del fuerte de San Javier donde tanto se ha combatido y donde tantos mexicanos han muerto por la patria, está ya en poder de las infanterías francesas.

Los zuavos siguen penetrando llevando siempre su estandarte rojo que les sirve de guía, y el clarin marca sin cesar paso de ataque.

Hasta ese momento los soldados que marchan al asalto no han tenido pérdida alguna, y creen por un momento, que el fuerte está desierto y abandonado; llegan por fin al segundo patio y siguen avanzando, pero lentamente.

El patio donde llegan ya los zuavos es extenso, lleno tambien de escombros, pues los proyectiles han penetrado hasta aquel sitio para ampliar suficientemente la brecha.

Al frente de los soldados que llegan hay un corredor algo derruido y cubiertos en parte sus arcos por altas bardas de tabique.

Detras de las columnas está oculto un sargento de artillería, su rostro está pálido y su mirada conserva la serenidad; tiene en su mano el extremo de una cuerda que se pierde en el escombro, es el hilo conductor de una de las minas establecidas en el centro del patio.

Detras de la otra columna y á veinte pasos del sargento está un gefe de ingenieros; su mirada es inquieta, pero en su actitud se nota la resolucion firme y enérgica, tiene asida una cuerda que con-

duce á otra mina mas terrible aún; el gefe se llama Sanchez Ochoa.

Los franceses penetran al sitio fatal, se escuchan sus pasos, se perciben distintamente sus voces, se oye el ruido de sus armas.

El sargento mexicano se agita y fija sus ojos en el ingeniero, que permanece en acecho esperando que se reuna mas número de soldados sobre las minas.

Una turba de zuavos engrosa las filas de sus compañeros, el momento oportuno habia llegado.

De súbito se oyó la voz terrible de «¡fuego!» y de aquel patio, como una erupcion volcánica, se desprenden grandes trozos de piedras y vuelan los soldados al impulso formidable de la pólvora; la explosion es producida por mas de tres quintales y de siete á ocho bombas de catorce pulgadas.

La ciudad toda se estremece al impulso de tan horrible explosion; por el aire se ven elevarse y descender rápidamente pedazos informes de cadáveres y armas despedazadas.

El patio lleno de polvo y de escombros ya no contiene un solo soldado.

Smith llega con los restos de Guanajuato, da un estrecho abrazo á Sanchez Ochoa, y le dice lleno de entusiasmo: «Compañero, aquí estoy con mis soldados, ahora que vengan».

Un alférez llamado Cárlos Campa coloca bajo los arcos sus cañones y esperan de nuevo con las infanterías de Morelia y Guanajuato la llegada del enemigo que se extiende y posesiona de todo el edificio, librando combates donde quiera y derramando su sangre con profusion.

En el patio de la derecha de la Penitenciaría, se traba un combate con el 2° de Guanajuato á las órdenes de Rosado, que se sostiene con indecible heroismo.

Emilio Rodriguez cae prisionero con los zapadores, y la lucha continúa con ardor y sin descanso.

IV.

Una columna francesa avanza por la parte de la Alameda frente á la Plaza de toros, y otra por el flanco derecho del fuerte de San Javier, y ambas parecen cerrar la entrada de la Penitenciaría con mas de seis mil hombres; pero el general Negrete la recibe con sus reservas. Ghilardi atraviesa con las fuerzas de Zacatecas desprendidas del Cármen la llanura que se interpone por la izquierda hasta cerca del pueblo de Santiago.

Cárlos Salazar con el batallon de Rifferos se acerca atrevido por la derecha hasta el foso del fuerte.

Tres batallones de Puebla, tambien á pecho descubierto, al mando de Prieto y Negrete, reforzaron la línea y entraron en batalla con el enemigo.

Por la parte de la Alameda los batallones de Puebla y Reforma rompen sus fuegos; pero la columna francesa hace un movimiento, cambiando su formacion en batalla, y descarga sus armas contra las fuerzas de Rioseco.

En medio del combate se oyen multitud de gritos: «Parque, falta el parque, no hay parque»; entonces Rioseco se avanza á la línea y dice: «Soldados, es cierto que no hay parque, pero teneis bayonetas y aquí está la bandera de la patria y firme vuestro coronel.»

Este ejemplo de valor sostuvo la moral de los soldados hasta la llegada de los pertrechos.

V.

Despues de la sorpresa y el terror producidos por las minas, el asalto torna con mas vigor en la Penitenciaría; las columnas han sido reforzadas y nuevos y valerosos franceses emprenden de nuevo el combate sangriento.

Oyese la voz de Smith, Ochoa, Montesinos y Rosado que no cesan de animar á sus soldados; suena el clarin y la sangre torna á manchar los escombros del edificio.

De una parte elevada de la Penitenciaría arrojan granadas de mano los mexicanos, la pelea dura mas de una hora y los franceses han penetrado en el patio donde Montesinos los aguarda á la bayoneta con el 6° de Guanajuato, que se mezcla en una carnicería espantosa con el enemigo.

La sangre corre por los caños del patio, las baldosas están cubiertas de cadáveres, ¡fatal combate!... ¡terrible lucha!... ¡espantosa desolacion!

En la parte alta de la Penitenciaría hay varias compañías de Morelia y Puebla que hacen un fuego nutrido sobre zuavos y cazadores de Vincennes.

Cirillo Castillo manda los fuegos de los corredores con un entusiasmo grande y un valor á toda prueba.

Octavio Rosado cae prisionero con la mayor parte de sus oficiales y soldados; pero salvando su bandera.

El fuerte ha sido tomado en su mayor parte por los franceses, pero la lucha continúa, sí, continúa, pero sin esperanza, entonces hay un postrero y sangriento combate en la puerta del fuerte que está defendida por Sanchez Ochoa, con un obus de montaña; á su lado está Campa que muere á los primeros tiros y Hernandez que vuelve á ser herido.

Los ingenieros sirven la pieza y caen agonizantes bajo la cureña.

En esos momentos se reunen Smith y Montesinos á Ochoa con los restos de sus batallones, hay un momento de entusiasmo, la última chispa de la hoguera que se extinguía, óyense los gritos de los gefes: «¡Viva México!» «¡Mueran los franceses!»; á ese grito de guerra responden los disparos del enemigo y se renueva de una manera desesperada la lucha y el encarnizamiento.

Los gefes se disputan el honor de llevar la bandera y todos se lanzan á la arena y penetran de nuevo al interior de la Penitenciaría.

Al pasar los mexicanos por la puerta del fuerte, y cuando ya

estaba todo perdido, se presentó un cuadro verdaderamente grande y héroico; la bandera del 6º batallon se estaba perdiendo y ya los zuavos tenian parte de su gaza, cuando el comandante de batallon Manuel Alvarez se lanza con un puñado de soldados en compañía de los oficiales Juan Topete y Agustin Alvarez, cruzan sus bayonetas con las de los zuavos y rescatan entre un mar de sangre y de matanza aquella insignia sagrada símbolo augusto de nuestra independencia.

Manuel Alvarez y Topete están agonizantes sobre la arena.

Una nueva columna de reserva refuerza al enemigo, que arrolla por completo á aquellos heróicos soldados que tan valientemente habian defendido la Penitenciaría, poniendo muy alto el honor nacional.

Perdiendo palmo á palmo el terreno, dejando un reguero de cadáveres y cubriendo con sus cuerpos el estandarte de la patria, salieron de la Penitenciaría en número de quinientos los restos ametrallados de los defensores y se refugiaron tras de la próxima línea que comenzaba á disparar sobre el enemigo.

Caía la noche cuando las legiones francesas tomaban completa posesion del fuerte de San Javier.

Envalentonado el ejército invasor con una victoria tan cara, creyó desmoralizado á su adversario, y creyendo oportuno el momento para sorprender la segunda línea, dispuso un asalto con tropas de refresco; entonces aquella segunda línea descarga á metralla sus obuses y la fusilería nutrida destroza al enemigo que altanero se arroja sobre los parapetos.

Negrete, lleno de desesperacion, se avanza con la rapidez del rayo por uno de los flancos, y los invasores retroceden ametrallados dejando multitud de víctimas como el pregon del escarmiento sobre aquel suelo ensangrentado.

Los zuavos abandonan la Alameda y la plazuela de Guadalupe para refugiarse en su campo y el reducto tomado.

A las dos horas hicieron otra intentona formidable; pero aquella fortificacion con sus bocas de fuego los alejó despavoridos despues de las impresiones espantosas del dia.

El fuego duró hasta la media noche, en que pareció que el ejército frances habia perdido la esperanza de sorprender á los republicanos despues de su victoria sobre el reducto de San Javier.

Así concluyó la jornada mas sangrienta que se registra en los anales del sitio de 1863.

Siete mil hombres de ambos ejércitos habian sucumbido.

VI.

Al dia siguiente, 30 de Marzo, en el parte dado por el general en gefe al ministro de la guerra, comunicaba la gloriosa defensa de la Penitenciaría y la pérdida despues de una resistencia heróica.

En la órden general del dia, el cuartel-maestre citaba los nombres de los gefes y batallones que habian concurrido á la defensa y anunciaba al ejército de Oriente y á la nacion entera, que los cuatro

La joven contempló algunos momentos aquella cabeza ensangrentada.

Pág. 450.

jóvenes valientes, héroes de esta sublime epopeya, eran premiados por la república con las bandas de coroneles.

Sanchez Ochoa, Smith, Rosado y Montesinos, han dejado sus nombres sobre aquellas paredes ennegrecidas por el fuego, y desde entonces son saludados en los dias espléndidos de los recuerdos pátrios.

CAPITULO VII.

Los héroes de la segunda línea.

I.

La mañana del 31 de Marzo salieron los cónsules extrangeros á ener un conferencia con el general en gefe de la expedicion, para onseguir que las familias saliesen de la plaza, porque el estrago de as bombas se hacia sentir en los niños y mujeres mas bien que en os reductos.

Multitud de personas se agrupaban por el lado de San Javier en spera de los emisarios; el fuego se habia suspendido por algunos nomentos.

Entre aquella turba que deseaba salvarse, estaba Felipe Cuevas on su estuche de medicina.

—¡Hola, doctor!—le gritó Pablo Martinez,—en qué número se uenta usted, ¿en el de los niños, ó en el de las hembras?

—En ninguno; mis servicios son necesarios en el ejército del entro.

—Aquí está el centro de los balazos, y no lo dejo salir á usted unque lo mande el general en gefe.

—Señor capitan, ese es un atentado horrible, yo voy á ejercer ni alta mision á Ocotlan.

—¿Va usted á curar al vigía?

—No faltará á quien aliviar sus dolencias.

—Pues amigo mio, usted no pasará las trincheras, dígalo el comandante Santiago Gonzalez que viene ahí en su *clavileño.*

—Presente,—respondió Gonzalez,—¿de qué se trata?

—De que el señor trata de escaparse.

—Corrija usted esa palabra, señor capitan, aqui nadie habla de escapatorias.

—¿Cómo es eso? Tú no nos abandonarás, necesitamos morir untos, ya está dispuesto todo en Santa Inés; el coronel Auza nos anda, y veremos quién mata á quién.

—Yo no estoy aquí para pelear, sino para atender á los heridos; onque, vayan dejando plaza á la medicina.

—No hay mas plaza que la de Santa Inés.

—Déjenlo salir,—dijo una vieja,—el señor es muy buen médico, curó á mi esposo, que de Dios goce.

—Así están todos sus enfermos, gozando de Dios, porque no deja ro con vida.

—Siempre los mismos,—exclamó Felipe Cuevas,—ya sé que tod es broma.

—Así parece; ya verás cuando ataquen los *gabachos*.

—No, no lo quiero ver, hoy mismo he estado á punto de ser muer to por esos bandoleros; metieron una bomba en el hospital, la fo tuna mia fué no estar allí en esos momentos; pero si me hubiera er contrado en el lugar donde cayó la bomba, me aplasta como rator

—Mira, Felipe,—dijo Gonzalez,—á los cobardes son á los qu buscan las balas.

—Puede ser, pero si ese adagio fuese cierto, ya estaria en el can posanto; yo les confieso que no he nacido para la guerra, este espe táculo me molesta muchísimo, no sabia todo el amor que se le tiene la vida hasta ahora que la veo peligrando, así es que yo necesito sa lir de la plaza á todo trance.

—Tiene razon,—dijo la vieja,—no todos nacemos para héroes, cada uno es muy dueño de su miedo.

—No hay quien lo niegue,—respondió Martinez,—y este docto es capaz de desmoralizar á todo el ejército.

—Creo que sí, porque el corazon se me sale por la boca cada cañonazo, y hasta rezo; figúrense ustedes que en Nueva-Yo nunca presencié un combate, yo solo entiendo de duelos, y de coña y de naufragios; pero eso de resistir á todo un ejército, no está e mis convicciones.

—Ni en las nuestras,—dijo Martinez;—pero el caso es que resistiremos, y que usted estará á nuestro lado como buenos am gos que somos.

—Yo no soy amigo de nadie, yo soy estudiante, y nada mas.

—Yo tambien lo soy, y me bato.

—Sí, pero será por tu voluntad.

—Pues saldrás de Puebla, pero cuidado con ir despues á cont heroicidades.

—Yo prometo referir solamente las de ustedes.

—No deje usted de contar la muerte de mi esposo, que estu muy bien dispuesta, señor doctor.

—Este Felipe va á tener por clientes á todas las casadas de poblacion.

—No hagan ustedes aprecio de las vulgaridades; su esposo la señora ha muerto de catarro agudo, no lo pudo salvar ni la a putacion de la nariz, fué un caso precioso.

—No es mal catarro el que producen la bombas francesas.

Un rumor se alzó de aquella multitud agrupada en la aveni principal de la garita.

Los cónsules entraban en la plaza, trayendo la fatal noticia que el general Forey no permitia á las familias que saliesen Puebla.

Este rasgo de barbárie fué el prólogo de esa historia de horro cometidos en nuestro suelo por el ejército frances.

II.

Grandes pérdidas habia costado á los invasores la toma del primer reducto; pero la plaza iria cayendo por secciones. ¿Cuál era el plan salvador en aquellos momentos de conflicto? ¿Qué objeto habia en sacrificar á aquel valiente ejército, haciéndolo morir hora por hora, hasta el dia aciago en que los franceses completaran su victoria?

La defensa *pasiva* era la derrota; morir matando era la sola esperanza de aquellos héroes, dejando sus cuerpos sobre el *lignum* del martirio como un ejemplo de abnegacion al porvenir.

La bandera seria tomada cuando no hubiera un solo brazo que la sostuviese; la plaza se envolveria en los pliegues de su estandarte, como la mortaja gigante que debia cubrirla en sus últimos momentos.

Los generales cuya opinion no podia ser sospechosa, propusieron á Ortega romper el sitio, aventurar una batalla, y salir al fin de aquella situacion insostenible, toda vez que estaba rota la primera línea de defensa.

Ortega no accedió á aquella nacional y patriótica demanda, salvadora del ejército de Oriente, y entonces se tuvo que apurar el cáliz de la desgracia, y resignarse á quedar sepultados bajo los escombros de Zaragoza.

El 1° de Abril la division Berriozábal recibió órden de entregar á otras fuerzas republicanas los fuertes del Loreto y Guadalupe, y ocupar algunos puntos importantes del perímetro de la plaza, entre ellos el convento de San Agustin y puntos avanzados.

La division se componia de las magníficas brigadas de Toluca, Jalisco y Oaxaca, á cuyo frente se encontraba el general Porfirio Diaz.

El 2 de Abril los franceses, despues de un formidable ataque, habian ocupado el Hospicio y situado en la puerta dos piezas rayadas que jugaban sobre las manzanas avanzadas de San Agustin, punto defendido por el general Diaz.

Durante todo el dia sin interrupcion, las mencionadas piezas estuvieron batiendo con el objeto de abrir brecha para lanzarse los zuavos al asalto.

El general Diaz se ocupó con indecible actividad en preparar la defensa interior de la manzana que se le habia confiado.

Sus soldados hacian oficio de zapadores, y todo el frente que daba al enemigo estaba lleno de escombros y tierra, presentando una gran dificultad para practicar su brecha.

El patio interior, que seguia á la muralla de tierra, estaba ya preparado para esperar en él un sangriento combate.

Un profundo foso lleno de agua estaba al pié de un parapeto levantado con sacos á tierra, elevándose á una tercera parte del patio, hácia el fondo, punto opuesto á la entrada por donde el enemigo tenia que pasar sobre la brecha.

Los corredores bajos estaban tambien parapetados para fuegos

de fusilería, que se cruzaban perfectamente con los del frente del parapeto, en el que se hallaba una pequeña tronera donde estaba situada una pieza de montaña.

Las galerías de arriba estaban igualmente parapetadas; algunas paredes avanzadas se habian artillado para la defensa.

Los trabajos todos se estaban terminando, y las fuerzas dispuestas para el combate.

El general Diaz parecia estar satisfecho, y esperaba que sus soldados no desmentirian su acreditado valor y patriotismo.

Pasóse el dia en espectativa: á las seis de la tarde la artillería francesa abre implacable la brecha con sus proyectiles.

En el fondo del patio del Hospicio se deja oir esa gritería de los franceses que precede al asalto, aquella es la última plática de batalla.

La noche caia y los fuegos continuaban con mas vigor.

A las ocho de la noche se suspende aquella tempestad; el general Diaz manda á sus soldados armar la bayoneta porque la hora del asalto habia llegado.

Dos ó tres veces intenta tapar la brecha, pero es imposible, aquello está desmantelado.

En medio de la oscuridad y sobre el escombro, se ven los cadáveres de los soldados de Oaxaca, que habian caido al colocar los gaviones á treinta varas del enemigo.

El silencio se prolongaba, la hoquedad de la brecha era horrorosa. Por ahí debian pasar los asaltantes, aquella crátera debia devorarlos.

De súbito el clarin de los zuavos se oye en el interior del Hospicio, y momentos despues los hurras y vivas al emperador y á la Francia.

Mas de mil zuavos se lanzan á la calle, atraviesan su latitud como la corriente de una avenida, y penetran por la brecha.

Una bomba colocada sobre el escombro hace explosion en los momentos en que los primeros franceses pisan aquel sitio siniestro.

La mina hace su efecto, y el enemigo sigue, pero sigue desmoralizado sobre el camino de la brecha, creyendo volar á cada paso.

Despues de la rápida y pasagera luz que iluminó aquella vía, todo se hundió en la mas densa oscuridad; sin embargo, avanzan, y llegan á la descubierta del patio, cuando de repente caen de lo alto una multitud de luces verdes y encarnadas; son los fuegos de Bengala que los ingenieros mexicanos lanzan sobre las ruinas para ver al anemigo y deslumbrarle con aquella luz tórrida y perderlo.

¡Hermoso es el espectáculo! El enemigo se aprovecha de aquella luz para reconocer el terreno, sabe que le acechan, que marcan su posicion los sitiados, sufre los horribles fuegos del contorno del patio, y busca una salida, un sitio por donde batir á su adversario.

En medio de aquel fulgor siniestro se veian las *calottes* de los zuavos y sus vestidos rojos.

El enemigo trae su bandera marcada con el número *tres*, y junto de ella aparece la arrogante figura del clarin tocando ataque.

El fondo del patio, los corredores y pasillos superiores están en-

vueltos en una oscuridad bien calculada, mientras que el enemigo está inundado de luz, la luz de las antorchas con que los reciben sus huéspedes.

Caen las ráfagas luminosas, los mexicanos observan á su enemigo y rompen sus fuegos mortíferos.

La pieza de montaña está oculta, la tronera por donde va á romper sus fuegos cubierta por algunas faginas que vuelan al primer disparo. La metralla lanzada del parapeto del fondo, es como la seña fatal, y una nube de fuego de fusil atruena el recinto y detiene á los asaltantes.

Los zuavos se rehacen y avanzan sobre los cadáveres de sus compañeros, tropezando con el escombro que ha esparcido el proyectil de brecha.

Un oficial de ingenieros viene á la cabeza, y ya llega con el grueso de los zuavos al fondo del patio, cuando otro oficial de zuavos se le adelanta con su compañía; el parapeto iba á ser tomado, cuando se ve entre una tormenta de fuego y en el centro de sus soldados á Porfirio Diaz, como el dios de la guerra: su rostro ennegrecido por la pólvora y la tierra, presenta un aspecto sombrío, á la luz pálida de las llamas de Bengala.

El momento es decisivo y terrible; el general está al pié de la pieza, se precipita sobre los artilleros, toma él mismo la *piola*, se oye el chasquido del cápsul sobre el bronce del obús y... el tiro no sale.

El enemigo, que observa aquel contratiempo en medio del reflejo que arrojan los disparos de fusil, se precipita clamando: ¡Adelante! ¡á la victoria!

En aquel momento angustioso y solemne, un oficial de artillería salta de súbito al lado de Porfirio Diaz, coloca un nuevo cápsul en el obús, entrega la cuerda al general, y esta vez el tiro á metralla sale quemando el enemigo y haciendo desaparecer á dos oficiales de vanguardia.

—¡Ahora á mí, soldados de Oaxaca!—gritó Porfirio Diaz, y arrebatando la bandera, brinca el foso y parapeto, y al toque de ataque de los oaxaqueños, carga á la bayoneta y arroja á los zuavos de la brecha, y los hace replegar á sus posiciones del Hospicio, rechazados y en dispersion.

Aquella escena fué terrible, el colorido de la luz de Bengala daba un tono siniestro y romancesco á las ruinas donde tenia lugar el drama de devastacion y de matanza.

Si álguien se hubiese asomado á aquellos corredores, le hubiera parecido la llegada del Dante á las puertas del infierno.

III.

El 6 de Abril las operaciones del enemigo comenzaron por el costado del Hospicio que da frente á la manzana de la *Estampa*.

Despues del frustrado ataque á los puntos defendidos por el general Diaz, ya nada intentaron sobre aquellos lugares, y todos sus trabajos se dirigieron á batir la referida manzana de la Estampa.

Aquel sitio estaba ocupado por fuerzas de Veracruz á las órdenes del valiente Llave.

El batallon de Túxpan se encontraba allí, auxiliado por los batallones de Veracruz y Huatusco, á las órdenes de Gonzalez Paez, y el Fijo de Veracruz, con Sanchez á la cabeza y el denodado Luis Teran.

Todo el dia los fuegos de brecha batieron el reducto: á las cuatro de la tarde ya estaba derrumbado el frente del edificio, por donde se iniciaba un nuevo asalto.

El general Llave trabajaba en persona con sus soldados en las fortificaciones interiores de la manzana; lo ayudaba el ingeniero Foster, y preparaban como el general Diaz, las fortificaciones en el patio; pero no les habia sido posible concluirlas por falta de tiempo, y porque la parte donde se hacian aquellos trabajos era sumamente estrecha y reducida.

El frente que daba al costado del Hospicio habia sido preparado con rellenos de tierra y escombro. Las piezas ó cuartos que seguian al frente por donde debia entrar el enemigo, estaban sin pisos y con una profundidad de mas de tres metros, pues la tierra se habia extraido para rellenar los parapetos y demas obras; pero como los soldados tendrian de pasar por allí, el ingeniero Foster colocó tablas que figuraban pisos; al mismo tiempo serian batidos en los flancos por fuerzas colocadas al efecto.

La tarde comenzaba á caer entre la niebla: desde las cinco habia comenzado una lluvia débil pero constante; el piso de las calles estaba resbaladizo; un viento húmedo se hacia sentir, mas penetrante á medida que la noche avanzaba.

Los valientes soldados de Veracruz con su general á la cabeza, esperaban en sus puestos al enemigo, sobre los escombros, porque el fuego de brecha habia derribado el lienzo que daba al frente del Hospicio.

A las siete de la noche cayó la barda tras la que trabajaban los ingenieros. Al desplomarse aquellas riunas cediendo al poder de la artillería, una nube de piedras, ladrillos y tierra, envolvió al valiente general Llave, que salió herido y cubierto el rostro y el vestido con el polvo y caliche de las ruinas.

Estaba rodeado el general de sus oficiales que le examinaban cuidadosamente sus heridas, cuando se oye la algazara de los franceses, y un instante despues ya están sobre la brecha, y penetran sobre aquel puente falso preparado por el ingeniero Foster.

Como el movimiento habia sido rápido, aquella multitud lanzada entre las sombras, cae incauta en los fosos y lanza alaridos y gritos desesperados, porque las tropas mexicanas hacen fuego sobre el abismo.

El resto de la columna ignora en medio de las tinieblas lo que pasa á sus compañeros, y retrocede instintivamente ante un peligro desconocido.

Mientras pasaba esta escena en el lado derecho de la brecha quinientos zuavos del tercer regimiento habian logrado penetrar hasta el pequeño patio donde estaba el general Llave, y simultánea

mente á derecha é izquierda se rompe un fuego nutrido y asolador, pero en vano, porque el fuego no detiene á los asaltantes, que llegan hasta cruzar sus marrazos con las bayonetas de los mexicanos.

Los soldados de Túxpan se baten con Galindo á la cabeza, con Galindo que cae muerto atravesado el pecho por el filo cortante de un marrazo en un golpe libre de esgrima á la bayoneta.

Otros oficiales caen tambien en la arena; el comandante Robleda arroja sin cesar granadas de mano sobre el enemigo, hasta que uno de esos proyectiles se le incendia al dispararlo, hace su explosion y pierde las dos manos, recibiendo fuertes heridas en el rostro.

La lucha es sangrienta por todas partes; ya los soldados de Túxpan vacilan en medio de la matanza, cuando aparece el general Llave con los soldados del Fijo y Rifleros de Veracruz, y en medio de la tormenta de fuego y de esterminio, deja oir su acento poderoso: ¡Viva México! ¡Viva la independencia! ¡Mueran los franceses! Y con su espada brillando como un rayo se lanza á la pelea, seguido de Teran y de otros bravos oficiales, méxclanse con el enemigo, luchan cuerpo á cuerpo, restablécese la moral y la lucha es incierta.

Los zuavos se detienen, pero no retroceden; suena el clarin frances tocando *retirada*, y á esa señal el general Llave torna con mas brío á la carga con indecible esfuerzo, y los zuavos huyen dejando en el campo los heridos y cadáveres de sus compañeros.

Llave, con los soldados de Veracruz, avanza hasta arrojar por completo fuera de brecha á los franceses.

Los zuavos que han caido en los fosos preparados por Foster en la parte izquierda de la manzana, á pesar de su situacion, se baten y rehusan rendirse á los mexicanos. Lalane, el capitan Casarin y Luis Teran están sobre el enemigo, y logran que aquellos desgraciados se rindan.

Sale del foso el teniente que habia caido con mas de la mitad de su compañía, y se entrega prisionero con sesenta zuavos del tercer regimiento.

Toda la línea toca diana, y la noticia de aquellos triunfos es solemnizada por el ejército.

¡Llave y Porfirio Diaz son los héroes de esa jornada, y sus nombres son saludados por los valientes hijos de la República en una tierna y ardorosa espansion de patriotismo!

CAPITULO VIII.

De lo que cuenta la historia sobre el asalto de los franceses á Santa Inés.

I.

El 20 de Abril de 1868, las fuerzas francesas que operaban sobre la plaza, habian logrado penetrar por algunas manzanas entre los puntos del Cármen y de San Agustin.

El convento de Santa Inés se encontraba entre estos reductos

improvisados, formando los tres una línea perfectamente fortificada.

Las fuerzas de Jalisco ocupaban San Agustin. La huerta habia sido convertida en una plaza de combate, en el fondo de ella y por la vía que debian atravesar los asaltantes se elevaba un parapeto, donde estaban establecidas tres piezas de montaña.

Al pié del parapeto estaba un ancho foso que tenia en su lecho algunas minas de bombas y otras de pólvora sobre el *glasis*.

Las paredes laterales en el interior de la huerta habian sido derruidas, y con sus escombros, hechas trincheras para la colocacion de fuerzas que hirieran de flanco á quema-ropa á los asaltantes.

Inmediata al convento seguia la manzana del *Pitimini*, contigua al convento de Santa Inés; dicha manzana estaba igualmente fortificada por los ingenieros Troncoso y Ramiro, y la defendian los valerosos cuerpos de Toluca, distinguiéndose el segundo regimiento al mando de Padrés por estar al frente del enemigo.

Santa Inés puesto en tren de defensa por Mariscal, estaba perfectamente artillado tanto en su parte interior como en la exterior.

Las infanterías de Zacatecas tendrian el honor de los combates sobre aquel formidable reducto.

En la huerta se colocaron los batallones tercero y cuarto de aquella division, y toda la fuerza estaba al mando del valiente coronel Auza.

Seguia el convento del Cármen, y las dos manzanas intermedias entre este punto y Santa Inés, habian sido fortificadas por el coronel de ingenieros Cárlos Gagern, y presentaban un aspecto tan sério, que los franceses no intentaron trabajo alguno sobre aquellos reductos.

Ghilardi al frente de las fuerzas de Zacatecas defendia los puntos mencionados.

Decididamente á aquella division le tocaba su dia en esa historia sublime de abnegacion y patriotismo.

Cerca de estas líneas, y como en acecho, se encontraba la division de reserva Negrete, parecia multiplicarse.

Dos minas que partian, la una del convento de San Agustin y la otra de una de las manzanas que ocupaban las fuerzas de Veracruz, hicieron un efecto formidable en las fuerzas invasoras que se acercaban tenazmente á las posiciones.

Por la parte de la Merced habia intentado el enemigo varios ataques, pero fué rechazado por Antillon con aquellos restos heróicos de la division de Guanajuato y las tropas de reserva.

El fuerte de Santa Anita mandado por Hinojosa era hostilizado de continuo, hasta que el general hizo una salida violenta y atrevida, y arrojó á los franceses hasta su campamento.

El fuerte de Guadalupe tambien era amagado y sus cañones tenian que jugar sobre las fuerzas que lo inquietaban.

Ingenieros y *Zaragoza* permanecian en continuo movimiento, batidos por una batería rayada de á doce, colocada en el cerro del Tepotzúchil y que habia causado algunos estragos en ambos fuertes.

Patoni con las fuerzas de Chihuahua y Durango, se sostenia en

Ingenieros, desesperado de que los franceses no emprendieran un ataque formal sobre el reducto.

Los zuavos con su sistema de avance, costruyendo fosos, habian llegado hasta la garita de Teotimehuacan, practicando igual operacion los cazadores de Vincennes, enfilando los fuertes del *Cármen* é *Ingenieros*.

He aquí la actitud que presentaba la plaza Zaragoza hasta esa fecha avanzada.

II.

El dia 25 por la mañana se notaba una grande actividad en los campamentos, parecia que algun incidente venia á despertar el entusiasmo que se amortiguaba con las vigilias y constantes trabajos.

El ataque no estaba aún determinado por el enemigo, las manzanas que daban su frente á San Agustin, Santa Inés y el Cármen, se poblaron de infanterías francesas.

Por los parapetos que habian levantado en las calles, establecieron su artillería, y en los balcones y ventanas de los edificios, se veian parapetados á los cazadores de Vincennes, el 18 de cazadores de á pié y otros cuerpos de tiradores, mientras que en el interior se encontraban los zuavos y tropas de línea prontas para el asalto.

En la manzana del *Pitiminí*, practicaba el ingeniero Sanchez Ochoa una obra subterránea, era una contramina; pues los ingenieros franceses tenian el *tunel* de una mina que haria su explosion en el *Pitiminí*, resguardado por el segundo de Toluca.

Se hacian perceptibles los trabajos del enemigo que se dirijian al convento de Santa Inés, que Mariscal intentaba cortarles.

A las cuatro de la tarde el gefe de ingenieros reconoció sus trabajos y el avance subterráneo del enemigo, que era ya tan marcado, que dicho gefe resolvió no separarse de allí hasta la conclusion de sus obras.

A las seis de la tarde, el ingenero sale vivamente inquieto de aquel recinto, hace llamar al coronel Padrés y le dice:

—Todo está perdido, los franceses tienen terminado su tunel y crucero y en este momento cargan sus minas, cuyos hornillos están bajo nuestros piés, retire usted inmediatamente á la tropa, sitúela usted en el tercer patio, porque el fuego va á estallar y tendremos en seguida el asalto; voy á dar parte al cuartel general.

Ochoa vuelve á la media hora al patio del *Pitiminí*, observa que sus órdenes no se han cumplido, insiste en que la tropa está sobre un cráter.

Quedaban algunos soldados del segundo de Toluca en el tunel que trataban de practicar los ingenieros, cuando dos minas que con tenian mas de cuatro quintales de pólvora hacen su explosion.

La ciudad se estremece como sacudida por un terremoto, sus piedras y escombros que arrojan tan terribles explosiones caen diseminados en todas direcciones, lo mismo que algunos fragmentos de armas y restos humanos enteramente deformes.

Aquel estallido es la señal de mando en el asalto.

¡El patio es un monton de ruinas, las paredes todas han cedido á tan formidable estrago; y de los soldados del segundo de Toluca han desaparecido entre los escombros y el fuego *ciento sesenta!*

Oyense los lamentos que parecen exhalarse de aquellas piedras desmoronadas.

Las paredes siguen derrumbándose sobre los moribundos y un humo denso flota sobre el campo de aquella catástrofe.

Al estallido de aquella erupcion, responde el clarin de los zuavos y su algazara; la turba de brecha avanza en medio de la oscuridad trepando sobre los escombros y sobre los cadáveres y atropellando á los heridos.

Sucede un silencio aterrador, los zuavos caminan con el oido atento y en actitud de desconfianza; parece que los defensores del fuerte han desaparecido.

Llegan los franceses al segundo patio seguros de su victoria, cuando una descarga á metralla les avisa que su enemigo se conserva sereno en sus posiciones.

Una nube de granadas de mano cae entre los asaltantes haciendo un estrago espantoso, las llamas azuladas y rojas alumbran todo el recinto, el terreno está iluminado por pabellones de fuego como los de las auroras boreales en las regiones del polo.

Entonces se perciben claramente á algunos soldados heridos, que apoyados en las piedras del muro hacen fuego al enemigo quitando el parque á sus compañeros que yacen muertos entre la tierra.

Ese cuadro sublime entusiasma á los mexicanos, aquellos restos ensangrentados se arrastran aún sobre los escombros á disparar su último cartucho, esta accion va mas allá de la heroicidad, el mundo no ha inventado la palabra para expresar en el lenguaje humano rasgo de tanto valor y patriotismo.

Los asaltantes se detienen ante aquella defensa inesperada, los fuegos de fusilería los diezman, pero no retroceden, disparan sin cesar y ya en los momentos de la derrota llega en su apoyo una columna de zuavos; entonces lanzan hurras de entusiasmo, y entre la tempestad del fuego y sobre las granadas de mano avanzan á la bayoneta.

Los heróicos soldados de Toluca les salen al encuentro y cruzan sus bayonetas; pero el número es inferior y ya ceden á los golpes múltiples de sus adversarios, cuando se escucha el grito de: ¡viva México! ¡mueran los franceses!... Eran Padrés y el ingeniero Ochoa, Berriozábal y Camaño con fuerzas de Toluca y parte de la division de Jalisco.

Toluca, el inmortal Toluca, quiere vengar á sus hermanos, y Jalisco se ostenta como siempre, indomable y heróico en el combate.

Renuévase la lucha, y en un empuje desesperado y gigante arrojan á los franceses fuera de la brecha, gozándose en la matanza; la sangre corre á torrentes y los combates personales son por ambas partes heróicos.

El enemigo vuelve diezmado á sus posiciones.

III.

Generalizóse el fuego en toda la línea y los morteros no cesaron de arrojar bombas durante la noche sobre la ciudad.

Así pasó el resto de aquella noche siniestra, que procedió al asalto de Santa Inés.

Llegó por fin el 25 de Abril, dia fecundo en acontecimientos históricos y que la patria recoge en el gran libro de sus glorias.

Los clarines de todas las líneas y puestos avanzados tocaban dianas saludando los primeros albores del dia, el viento sacudia las últimas gazas de la noche, y el crepúsculo esmaltaba las montañas y dibujaba la ciudad en el fondo del horizonte.

Los soldados que ocupaban el convento de Santa Inés, habian trabajado incesantemente las obras interiores del fuerte, porque el ataque se iniciaba de una manera terminante por aquel punto.

Desde la tarde anterior se percibian las obras subterráneas del enemigo que adelantaban considerablemente; el ruido de perforacion no habia cesado en toda la noche.

El coronel Miguel Auza en persona, activaba los trabajos, teniendo por compañeros á Gonzalez Cosío, Sanchez Roman que mandaba uno de los batallones que defendian el punto, y otros gefes de Zacatecas.

Serian las cinco de la mañana, cuando la ciudad se vuelve á estremecer, y se estremece al estallido de cuatro minas, que casi simultáneamente hacen su explosion.

Aquella erupcion despide á grande altura hombres y escombros; las tapias de Santa Inés habian desaparecido, sus ruinas están diseminadas y la calle que da al frente del enemigo obstruida completamente.

El interior de la huerta tiene un aspecto aun mas sombrío que la manzana del *Pitimini*.

Al hacer la explosion, mas de sesenta soldados quedaron muertos entre las ruinas, algunos heridos se arrastran con las piernas despedazadas, y otros casi en agonía, claman por unirse á sus compañeros y morir al pié de su bandera.

Tres piezas de artillería están desmontadas en el centro de la huerta.

Los hijos valientes de Zacatecas no se desmoralizaron ante aquella catástrofe espantosa, saltan sobre los escombros en busca de su coronel que ha desaparecido, lo buscan entre las ruinas y el humo denso de la pólvora que flota sobre aquellas piedras amontonadas.

De repente un alarido de despecho se deja oir en un grupo de soldados; acude la multitud, y encuentra al coronel Auza con el rostro sombríamente sereno, y pugnando por salir de entre los escombros donde estaba enterrado; parecia una de esas figuras magestuosas del Juicio Final de Miguel Angel que van saliendo de la tumba.

—¡Viva México!—exclama con voz terrible, y se desploma en el suelo ensangrentado.

Los soldados lo toman en sus brazos, y lo sacan de aquel lugar siniestro en medio de un torbellino de fuego que juega sobre el edificio.

IV.

Sigue implacable el fuego de brecha, para abrir paso entre las ruinas á los asaltantes.

El teniente coronel Gonzalez Cosío cubre con nuevos refuerzos de Zacatecas las bajas tenidas por la explosion.

Las ambulancias recogen á los heridos, y algunos zapadores extraen de los escombros los cadáveres y los moribundos que aun se agitan en el último estertor de la muerte.

Por todas partes hay fragmentos humanos, y algunos de ellos han sido arrojados hasta la plazuela del Cármen.

Al frente del edificio los franceses han establecido una batería rayada que abre sus fuegos poco despues de la explosion. Aquella batería está oculta y parece incrustada en el muro del edificio; sus tiros son incesantes, mientras que todas las paredes adyacentes están cubiertas de aspilleras, los baluartes y azoteas parapetados, dominando el punto objetivo del ataque y los flancos del convento del Cármen.

La plaza está en alarma: las torres, los edificios y parapetos están cubiertos de soldados.

Porfirio Diaz ha ocupado con fuerzas de Oaxaca el punto de San Agustin, y en la manzana del Pitiminí yacian firmes los soldados de Toluca, en espera del enemigo.

El Cármen continuaba á las órdenes de Ghilardi, ayudado por el hábil coronel de ingenieros Cárlos Gagern.

Berriozábal acudia á todos los puntos ocupados por la fuerza de su division.

Serian las nueve de la mañana, y el fuego de brecha continuaba con mas ardor: los estragos eran inmensos, y abrian una ancha huella mas allá de los destrozos recientes de las minas.

De vez en cuando salian por uno de los lados contiguos á la batería uno ó dos oficiales de ingenieros, acompañados de los zapadores, á reconocer la brecha, y decidir si estaba terminado el trabajo de los artilleros y lanzar á los zuavos al asalto.

En la esquina de San Agustin, y á dos cuadras de distancia del lugar donde el enemigo habia colocado las piezas que batian á Santa Inés, se elevaba un fuerte parapeto en el que estaban establecidas dos piezas de batalla y dos obuses de á veinticuatro, dirigidos por el capitan Platon Sanchez, quien se encontraba ya restablecido de sus heridas.

Aquellas piezas batian constantemente las manzanas ocupadas por los franceses, y estaban destinadas á cruzar sus fuegos á metralla por toda la calle que venia perpendicular al punto por donde debian salir los zuavos al asalto.

La artillería enemiga ya comenzaba á desmantelar el parapeto sostenido por Platon Sanchez; era necesario su reparacion.

Entonces Sanchez Ochoa y el general Alejandro García saltan la trinchera seguidos de los artilleros, y el capitan de Oaxaca Rincon toma un rifle y se encara al enemigo con un denuedo inimitable.

El merlon se repara á toda prisa, mientras el bravo y arrojado capitan sigue disparando sobre los cazadores que lanzan sobre él una lluvia de balas.

Cuando ya el parapeto estaba reparado en lo posible, una bala atraviesa el pecho á Rincon, que cae revolcándose en su sangre.

Los soldados lo levantan, y Porfirio Diaz recoje las últimas palabras de aquel héroe.

V.

Daban las diez y cuarto cuando los obuses entraban en batería sobre el parapeto: los artilleros tienen en su mano las cuerdas adheridas á la cápsula; hay un momento solemne de silencio. Cesa el fuego repentinamente; un gefe de ingenieros frances atraviesa en direccion á Santa Inés seguido de algunos oficiales y soldados: óyese la gritería de ordenanza entre los zuavos, y mas de mil franceses desembocan en direccion á la brecha, cuando los obuses cargados á metralla barren y arrasan á la columna; el fuego de los balcones se empeña con furor, los soldados de Oaxaca y Jalisco lanzan al aire sus *schacós* y prorrumpen en vivas á la patria.

No cesan los disparos en la calle transversal; el general Diaz anima con su presencia á los soldados, y Berriozábal dispara él mismo los cañones, animando el combate con sus gritos de batalla.

El general García lleva una batería que establece por las manzanas del Cármen, para atacar de flanco al enemigo, y Manuel Inclan lleva en persona parque y piezas de montaña, y penetra animoso en el convento de Santa Inés.

Negrete acude con la reserva, en la que se distingue Juan Ramirez con los soldados de Puebla y dos cuerpos mas de Zacatecas, y el valiente Gargen al frente de los zapadores.

Se oye en el interior del convento un fuego horrible de fusilería, acompañado de disparos continuos de obuses de montaña y explosiones de granadas de mano.

La columna primera de ataque es reforzada, porque el fuego le ha causado grandes estragos; penetra á Santa Inés con un arrojo desesperado, marcando su tránsito con un reguero de sangre y de cadáveres.

El general Douay refuerza mas y mas la columna de zuavos, y repara á los cazadores para el momento supremo.

Luego que los zuavos se ponen sobre la brecha, los arrogantes cuerpos de Zacatecas les disputan el terreno á la bayoneta con indomable furia.

La vanguardia se detiene y ataja el avance de la segunda columna, los zuavos hacen un esfuerzo desesperado; los batallones de Zacatecas vacilan á su vez, porque su número es inferior con mucho al del enemigo, pero no ceden el terreno sin mezclar al torrente de su sangre la de los franceses, que pelean con encarnizamiento.

Ya los zuavos se han posesionado de la mitad del edificio, y sus clarines saludaban á la victoria, cuando penetran como un golpe de huracan otros batallones de Zacatecas, cuyo honor se empeña con heroismo en aquel punto; Palacios y Ghilardi están á la cabeza. Sigue el denodado Gagern con sus zapadores y Juan Ramirez con los hijos de Puebla, y comienza un ataque á la bayoneta al grito de: ¡Viva México! ¡Viva la libertad!

Allí se disputa el triunfo mas costoso en las escenas todas del sitio; aquel cuadro no podrá pasar nunca á los lienzos del artista, ni á la pluma del escritor.

Entre aquel tumulto de sangre y de matanza, hay un hombre predestinado á grandes acontecimientos, y á quien reservaba el destino para el drama solemne de Querétaro; aquel hombre era el general Escobedo.

VI.

Para distraer la atencion de los mexicanos, el enemigo atacs toda la línea, amagando sin cesar los puntos adyacentes.

En el *Camposanto* pasa una escena terrible; las granadas comienzan á hacer explosion sobre los nichos y á descubrir las tumbas y regar aquellos restos en descomposicion.

Los gases comienzan á emponzoñar la atmósfera, y el contagio es inminente.

Entonces los ingenieros empapan lienzos en cloro y se los atan al rostro, y sigue aquel repugnante espectáculo de despedazar á los muertos, y se ven por todas partes cráneos de mujer mutilados y girones de ropa, y cadáveres de niños y de hombres, y astillas de ataudes.

Aquel cuadro no podia contemplarse sin horror.

Por la parte derecha del convento los zuavos se han apoderado de la iglesia y de la portería, por donde hacen disparos continuos. Ya han logrado tomar la artillería del parapeto que dá su frente al Pitiminí; entonces por una horadacion sale de la manzana una columna compuesta de los restos de Toluca, y avanza sobre los zuavos á la voz de Padrés y del gefe de los ingenieros. Los gefes se lanzaron los primeros, y seguidos de sus soldados, sin detenerse arrojan al enemigo, y lo rechazan y lo acribillan sin compasion.

Llega Toluca al frente de la portería; Ochoa coloca una pieza de montaña, á cuyo disparo cae aquella puerta que cede á la descarga, y entre el humo y las astillas penetran los valientes batallones llevando á la vanguardia al heróico Mendez, que cae atravesado por las balas de los zuavos.

Los franceses, envueltos en las nubes de pólvora, toman amedrentados el paso de los corredores, donde los reciben á descargas cerradas los soldados del Fijo de Veracruz.

Aquel golpe inesperado los desmoraliza, y siguen huyendo hasta entrar en una espaciosa galera, donde hacen un débil esfuerzo, y los acuchillan y hacen prisioneros los mexicanos.

Oyense de súbito algunas fuertes detonaciones en los claustros

como estallidos de bombas y granadas, á cuyas detonaciones se mezclan gritos terribles y alaridos desesperados.

Aquella alarma era producida por mas de doscientos zuavos que buscaban en vano la brecha para huir á su campamento y eran seguidos á la bayoneta por los mexicanos.

Gagern y Ghilardi con Zacatecas han cortado la rettrada; entonces los franceses retroceden, y se encuentran con Rifleros al mando de Salazar, que los detiene á la bayoneta. Tornan á buscar la brecha, la encuentran al fin, pero los Zapadores están allí y los rechazan.

Desesperados, jadeantes, con los labios arrojando espuma sangrienta y la vista extraviada, buscan la salvacion entrándose en un corredor de arcos cerrados, y defienden la puerta de entrada con un valor sobrehumano; pero el techo de aquel corredor está poblado de aparatos compuestos de pequeñas tablas, que sostienen en su superficie horizontal numerosas granadas de mano; aquellas tablas, al entrar los zuavos, cambian su posicion en un plano inclinado de rápido descenso, á la vez que se incendian instantáneamente todas las espoletas que comunican su bien calculado fuego, y revientan al caer en el corredor donde estaban los refugiados.

Pasado aquel momento de muerte, los que sobreviven se entregan prisioneros.

Negrete llega á las puertas del convento con la reserva y Alatorre con mas fuerzas de Zacatecas, y deciden los últimos momentos de la lucha en una espléndida victoria.

Aquella jornada, en la que rivalizaron en disciplina, arrojo y decision aquellos batallones, será una página sombría en la historia de la Francia, y un timbre de heroismo para los valientes que supieron poner tan alto el honor de su patria.

VII.

¡Gloria á vosotros, sublimes mártires de la libertad, cuya sangre ha salpicado los derruidos muros de Santa Inés!

¡Gloria á vosotros, que habeis sucumbido en la lucha gigante de nuestra independencia, muriendo al pié de ese estandarte que clavado sobre vuestras tumbas, es la vela que al viento de la gloria llevará vuestro nombre á los mundos del porvenir, entre el himno de cien y cien generaciones!

CAPITULO IX.

La agonía del héroe y la agonía vulgar.

I.

Santiago Gonzalez habia acompañado al general Ghilardi en la defensa de Santa Inés.

El estudiante sintió una conmocion desconocida en su espíritu, vió alejarse los albores de su juventud en el horizonte de la vida,

y caer las nieblas de una tristeza profunda en el estrecho cielo de su alma.

Santiago Gonzalez habia tenido una existencia tranquila y apacible, sin pensar en el porvenir, y viviendo con el dia; sus esperanzas se ensanchaban hasta creerse un doctor con una fortuna regular, y nada mas.

Fuera del círculo del colegio, nada le agitó hasta entonces sériamente; pero al espectáculo formidable de la guerra, su espíritu despertó del profundo letargo en que se hallaba, y comenzó á percibir algo desconocido que lo hacia ensancharse como una vela sacudida por el vendabal.

El estudiante oyó con terror las primeras detonaciones, tembló ante el peligro, pensó un instante en la fuga; pero despues entró en el reposo, desdeñó el peligro y acabó por amarlo.

La tormenta de fuego llegó á regocijarle con una alegría expansiva, feroz, y una satisfaccion audaz y siniestra.

El estudiante se paraba en el silencio de la noche sobre los parapetos delante de su alma atrevida y valerosa, llamaba á gritos á la muerte, no porque deseara que viniese, sino por ostentacion ante su mismo sér.

Despues de los combates recorria el campo, y sus plantas resbalaban entre la sangre detenida en charquerones entre los escombros.

Aquello era un vértigo inexplicable, una satisfaccion del infierno.

Despues su corazon comenzó á converger por el lado del amor patrio; amaba los campos, el cielo, las montañas, el horizonte.

—Todo esto es mio, este conjunto forma la patria,—pensaba el estudiante, y sentia celo de ver á los franceses bajo la sombra de los árboles, y apagar su sed en las purísimas linfas del agua.

—¡Esto es un robo! la sombra y el agua son nuestras nada mas, Dios nos las ha dado.

Aquel sentimiento era una de las faces del amor patrio en la sensibilidad de los sentidos.

Una reaccion noble y generosa succedió á esas ideas estravagantes; contempló á la sociedad, anatematizó la fuerza que se opone al derecho, vió la usurpacion de las prerrogativas sociales como un atentado, y se infiltró en el espíritu de los héroes.

No eran ya las tumbas de sus padres las que iba á defender, ni la sombra ni el agua, porque la civilizacion abre al extrangero las compuertas del mundo; iba á defender la independencia de su patria, la soberanía de un pueblo, y la propiedad de ese suelo tan querido, herencia de sus mayores, en la gloriosa conquista de sus libertades.

Veía que un enemigo poderoso forjaba la cadena de hierro de la esclavitud, y veia al mismo tiempo encadenadas á las generationes que debian succederle en ese reffujo constante de la vida humana.

Sublevado el amor propio que se encarnaba en el de la patria, se decidió á morir antes que ceder un solo palmo de tierra al extrangero.

Llegó el ataque de Santa Inés, cuya descripcion hemos trazado de una manera imperfecta, y Gonzalez se mezcló con la tropa batiéndose cuerpo á cuerpo con el enemigo.

Cuando los zuavos penetraron en el corredor de los arcos cerrados, Gonzalez entró en pos suya, quedando encerrado con el enemigo.

El estudiante cruzó su espada con la del oficial de los zuavos y reñia con desesperacion en aquel duelo á muerte, cuando los proyectiles comenzaron á caer del techo y á hacer una explosion mortífera.

El oficial frances bajó su acero, pero Gonzalez le gritó con voz ahogada: ¡Adelante! y el combate se hizo encarnizado y terrible, el estudiante recibió una herida en el costado derecho por la que echaba la sangre á borbotones.

Llevó su mano á contener la hemorragia y continuó hasta arrojarse sobre su enemigo atravesándole de parte á parte el corazon.

Entonces los soldados franceses se precipitaron sobre el estudiante, que se defendió algunos momentos hasta caer acribillado por los marrazos de los zuavos; sus labios palpitaban aún, cuando las sombras de la muerte comenzaron á enseñorearse de aquel rostro dándole un aspecto sereno y de reposo.

Contúvose la sangre que se congelaba al derredor del cadáver, que con los ojos entrecerrados parecia dormir tranquilo el sueño eterno.

II.

En la casa de alojamiento del capitan Martinez, Manolo Balboa velaba por su tesoro, veía acercarse el momento en que debia disfrutar de aquel fabuloso caudal y rogaba al cielo que concediese la victoria á los invasores.

El andaluz se hizo pasar por un hombre tímido y cobarde para que á Martinez no se le ocurriese llevarlo al lugar del peligro como se lo tenia ofrecido.

Acurrucado en el rincon de la caballeriza y repasando en su imaginacion las cuentas de su oro y sus billetes, no echaba de menos el alimento que ya iba escaseando en la ciudad.

Manolo se mantenia con la esperanza, pensaba desquitarse de las privaciones que lo habian atormentado durante su existencia y tomar revancha de media vida de pobreza y maltrato.

Una casualidad habia llevado á sus puertas la fortuna y Balboa no la dejó pasar; estaba en su derecho, se trataba de un país con el que nada tenia que ver; libre de simpatías y acaso sin comprender todo el mal que causaba, se prestó á la traicion y al espionaje.

Como una consecuencia vino la avaricia, pero una avaricia proporcionada á la situacion; mucho adquiria y mucho ambicionaba; aquel desgraciado hubiera llegado á los excesos mas grandes por aumentar su tesoro.

El mismo dia del ataque de Santa Inés, el andaluz acobardado de una manera horrible, se habia refugiado en ese lugar que calentaba á todas horas con su cuerpo.

Ya hemos dicho que las baterías de morteros arrojaban sin cesar sus proyectiles en aquellos momentos de crísis terrible para el ejército expedicionario.

Una de aquellas bombas que despedazaban de continuo los edificios, cayó de improviso en la casa del capitan Martinez derrumbando el piso alto y estremeciendo toda la casa.

Manolo se asustó, y con ese instinto de la propia conservacion, salió corriendo como un desesperado.

La bomba hizo explosion en la pieza que daba sobre la caballeriza, derrumbando una parte del piso que cubrió de escombros el lugar del tesoro.

Manolo se rehizo y tornó al sitio donde tenia sepultado su dinero y sus billetes, y trepó con valor sobre las piedras casi llorando de furor.

Quiso apartar las piedras para poner en salvo su corazon, su sangre, su porvenir, en fin su oro.

El techo amenazaba ruina y una lluvia de tierra anunciaba el próximo desplome.

III.

El capitan Martinez entró en el convento de Santa Inés luego que concluyó el ataque: el bravo guerrillero buscaba á Santiago Gonzalez entre los montones de cadáveres que poblaban aquel recinto, porque de seguro no estaba entre los vivos, toda vez que no habia buscado á su querido amigo.

Llegó Martinez al corredor de los arcos, apartó los cuerpos de los zuavos y descubrió al fin á Santiago entre un lago de sangre negra.

Martinez se echó á llorar como un niño, levantó el cadáver del estudiante, le sacudió el rostro, y en la jerga de uno de los soldados lo llevó en direccion á su casa para *velarlo* y darle una sepultura digna del valiente que sacrifica su existencia en aras de la patria.

Mondoñedo estaba á la salida del convento de Santa Inés cuando salia aquel siniestro cortejo.

—¿Qué pasa, Martinez?

—Nada, mi comandante.

—¿A quién llevas ahí?

El guerrillero no respondió

—Vamos, capitan, qué demonio, ¡cuestion de tiempo!

—Sí,—dijo Martinez;—pero...

—¿De quién se trata?

El guerrillero sacó su pañuelo y comenzó á limpiarse las lágrimas que se escapaban de sus pupilas.

Mondoñedo tuvo curiosidad, y acercándose á los soldados tiró de la jerga y descubrió el cadáver de Santiago Gonzalez.

El antiguo compañero de colegio dió un grito y se arrodilló junto á aquel cuerpo mutilado.

—No, no puede ser, esto es mucho, no lo esperaba... pobre amigo mio, tan bueno, tan generoso...

Mondoñedo apartaba con su mano el cabello que caía sobre la frente lívida de Gonzalez.

—¡Adelante!—gritó Martinez desesperado; y los soldados tiraron á andar rumbo á la casa del capitan.

Al llegar á la casa cayó una bomba; los soldados corrieron á la acera del frente dejando al cadáver en el dintel de la puerta.

—Esperen,—dijo Martinez; y penetró decidido en el patio de la casa.

Oyó á poco unos gritos, pero no le parecieron de moribundo: internóse en el segundo patio, de donde salian los clamores, avanzó hácia los escombros que acababa de esparcir la bomba, y percibió allá en el fondo oscuro á Manolo Balboa, que con las uñas rascaba la tierra y queria apartar las piedras.

—Aquí, aquí está; ¡quiero morir antes que perderlo!

—¿Qué pasa, Manolo?—gritó Martinez;—retírate de ahí que no dilata en desplomarse el techo.

—¿Quién me habla?... ¿Quién me acecha?

—Yo soy, el capitan Martinez.

—No os conozco, ¡fuera, fuera de aquí!

—Manolo se ha vuelto loco,—dijo el guerillero,—es necesario sacarlo porque va á perecer.

Y acercándose al andaluz, trató de separarlo del peligro.

Manolo Balboa tomó una actitud desesperante, irguióse terrible, y tomando una gran piedra, dijo á Martinez:

—Si no os alejais de aquí, os abro la cabeza.

—¡Sosegado!—gritó Martinez.

—¡Que os alejeis de aquí! Me habeis sorprendido mi secreto; fuera, fuera, ó morís á mis manos.

—Quieto, Manolo.

—¡Que os vayais he dicho!—gritó Manolo.

—¡Que no quiero!—respondió con altanería el guerrillero.

—Puesto que me estrechais, vais á morir.

Y lanzó sobre Martinez la piedra, que zumbó como una bala llevándose el sombrero del capitan.

—¡Está loco este demonio! es necesario salvarlo

Y se echó fuera de aquel lugar buscando el auxilio de sus soldados para sacarle de aquel sitio.

Cuando Manolo se vió libre de Martinez, tornó á rascar la tierra con desesperacion, sin hacer caso de la lluvia de tierra.

Las vigas se habian incendiado, y los fragmentos se desplomaban sobre el piso, que se derrumbó al fin con un estruendo horrible.

Manolo dió un alarido de condenado al dejar los sesos entre las piedras.

—¡Ya cargó el demonio con el andaluz!—gritó Pablo Martinez; otro dia lo sacaremos, porque toda la casa amenaza ruina.

En seguida llevó el cuerpo de Santiago Gonzalez al cuartel, y el siguiente dia le dió sepultura con todos los honores de ordenanza.

CAPITULO X.

De lo que aconteció el 8 de Mayo de 1863 en el campo de San Lorenzo.

I.

Al cabo de cincuenta dias de una resistencia heróica contra lo: primeros soldados del mundo, resistencia que ocupará una página de oro en los anales militares del siglo XIX y que recordarán co admiracion y gratitud los pueblos celosos de su independencia, lo: soldados todos de la democracia y del principio republicano, e general Ortega, en gefe del ejército sitiado, profirió el primer grit de alarma.

La plaza de Puebla que en vano habian asaltado repetidas vece bombardeándola dia y noche los vencedores de Sebastopol, Magent y Solferino; la Zaragoza del Anáhuac, tan heróica é indómita com la Zaragoza española, estaba próxima á sucumbir ante aquel ene migo omnipotente y aterrador que se llama... ¡EL HAMBRE!

El gobierno mexicano no podia permanecer sordo ó indiferent á la voz del caudillo que desde los escombros de la plaza sitiad pedia un pedazo de pan para sustentar á sus exhaustos soldados.

Juzgóse urgente auxiliar al ejército de Puebla introduciendo toda costa un convoy de víveres en aquella plaza.

Ocurrióse á una combinacion cuya audacia puede solo expl carse en vista de circunstancias tan apremiantes y en fuerza d denuedo y abnegacion del soldado mexicano, siempre pronto á ofr cerse en holocausto por la salvacion de la patria.

El ejército del centro, al mando del bizarro general Comonfor cooperaba á la defensa de Puebla ocupando una extensa líne exterior y resguardando el camino de la capital de la República.

Sus operaciones, desde el principio de la campaña, no sol tendian á aislar al enemigo, sino á llamar su atencion median una movilidad constante y con ataques parciales que, sin exponer suerte de Puebla al éxito de una batalla decisiva, obligaran á l franceses á fraccionar sus fuerzas para mantener en jaque tan á los defensores de la plaza, como á sus auxiliares de fuera; resu tando de esta táctica algun descanso para los primeros.

El desarrollo de este plan militar habia producido sucesiv mente los encuentros y combates de Cuautlancingo, Cholula, D lore, Atlixco y Ocotlan, que costaron la vida á muchos entusiast y beneméritos defensores de la independencia mexicana.

Para corresponder á la urgente necesidad de auxilio que mar festaba el general Ortega, fué preciso suspender estas operacion del ejército del centro para confiarle la mision de introducir convoy destinado á Puebla salvando las líneas francesas, forzan sus posiciones, y, en una palabra, rompiendo el sitio que estrechal á la plaza como en un círculo de hierro.

La empresa era temeraria.

Para llevarla á cabo se necesitaba atacar á pecho descubier

al numeroso y aguerrido ejército frances retrincherado en posiciones dominantes escogidas y protegido por los fuegos cruzados de una artillería formidable.

Este plan atrevido entrañaba dos acciones simultáneas: la ofensiva, para sobreponerse á la fuerza enemiga, saltar sus fosos, sus parapetos y demas obras de fortificacion; y la defensiva, para resguardar á la vez el convoy que se pretendia introducir á la plaza.

Ademas, en el caso de que una suerte propicia adormeciera la vigilancia del sitiador ó nulificara momentáneamente sus elementos poderosos de destruccion, permitiendo así á nuestros intrépidos soldados el cumplimiento de su heróica mision; estos requerian un segundo esfuerzo igual al primero y una fortuna tan decidida, para regresar despues á su campamento y volver á ocupar sus posiciones.

Aquella combinacion tocaba al imposible.

Bajo las condiciones de una derrota inevitable, nuestros sufridos y héroicos soldados marcharon serenos y entusiastas hácia los cerros de San Lorenzo y Santa Cruz, situados al Norte de Puebla, para de allí dirijirse sobre la plaza escudando al convoy con la muralla de sus corazones.

II.

El enemigo, á quien inquietaba la presencia del ejército del centro teniéndolo en una constante alarma, se dispuso á disputarle el paso á costa de una batalla.

Movióse en el silencio de la noche, destruyó las obras que nuestros zapadores habian llevado adelante para hacer posible el paso del convoy, y, cargando sus fuerzas hácia el cerro de la Cruz, se apoderó oportunamente de él, lo fortificó á la ligera y estableció sus baterías para impedir el paso de nuestras tropas; cuya 1ª division se colocó en el cerro de San Lorenzo situado á un tiro de cañon del de la Cruz y separado de este por la barranca honda que se extiende de Oriente á Poniente hasta el Atoyac.

El general Bazaine, á la cabeza de catorce mil hombres, se ocultó en la falda del cerro que mira al Sur, y en las alturas no se percibieron mas que un regimiento de zuavos y la chusma desordenada de los traidores.

En esta posicion se hallaban ambos ejércitos el dia 7 de Mayo, observándose mútuamente y tratando de flanquearse y aprovechar el momento oportuno de burlar la vigilancia del enemigo para dar cima á sus proyectos encontrados.

Bazaine, con tropas infinitamente superiores por su número y su armamento, comprendió las ventajas que le resultarian de tomar la iniciativa, y en la madrugada del dia 8 se movió con su fuerza formidable dividida en cinco columnas de ataque sobre el campo de Comonfort.

La 1ª division del ejército del centro que no pasaba de dos mil y quinientos infantes, ocupaba las posiciones en San Lorenzo.

La cortísima distancia que separaba á los dos campamentos enemigos permitió á Bazaine salvarla instantáneamente.

Al rayar el alba empezó un fuego nutridísimo de fusilería acompañado de un sinnúmero de granadas que arrojaba el invasor sobre nuestras avanzadas.

La 1ª division, sorprendida por este ataque tan brusco y terrible, resistió heróicamente á los primeros empujes de los franceses y argelinos, no obstante la desproporcion numérica que favorecia á los invasores.

Fué tan impetuoso el choque del enemigo que, salvándose la distancia que generalmente media entre contendientes y que se hace necesaria para aprovechar las punterías, se trabó una lucha á la arma blanca, una lucha cuerpo á cuerpo terrible y sangrienta como lo son todas las de esa naturaleza.

Allí se vieron lances sublimes de arrojo, de valor indómito y admirable serenidad.

El terreno se disputó palmo á palmo.

El comandante en gefe de la division, general José María Echeagaray, fué herido desde un principio por un casco de granada.

El coronel Lopez á la cabeza de su batallon hizo prodigios de valor, y abrazado de su bandera recibió heróicamente la muerte en compañía de sus valientes soldados.

Los coroneles Rojas, Montenegro, Legorreta, el teniente coronel Espinosa y el general Leyva al mando de sus cuerpos respectivos, hicieron esfuerzos inauditos por defender la posicion.

En los momentos mas críticos y cuando una lluvia mortífera acribillaba á los heróicos soldados de la República, el general Comonfort aparece en medio de ellos á la cabeza de su Estado Mayor, pálido y demudado por la emocion.

Los gefes que quedan aun con vida se agrupan en el acto en torno suyo y conmovidos; pero denodados y arrogantes le presentan las banderas destrozadas por las balas enemigas, pero honradas sobre aquel campo de batalla.

Hora y media habia durado la lucha encarnizada.

Los franceses, dueños de las principales eminencias del cerro, habian establecido ya en ellas su certera y destructora artillería rayada y diezmaban á las falanjes republicanas.

Hora y media habia durado la lucha encarnizada.

Batallones de quinientas plazas se veían reducidos á la cuarta parte de la fuerza primitiva.

La retirada se volvió indispensable.

No era posible diferirla por mas tiempo, pues habia, para llevarla á cabo, que atravesar el rio Atoyac bajo el fuego mortífero de la artillería francesa y bajo la presion tambien de cinco columnas convergentes hácia el puente reducido ocupado aún por los restos de la 1ª division.

Esa retirada pasando el rio en tan terribles y aflictivas circunstancias, presentaba un cuadro imponente á la vez que aterrador.

La 2ª division al mando del general Trias se habia movido, por órden del general en gefe, á la márgen opuesta del Atoyac para proteger el paso á los restos de la division derrotada; pero tal era la confusion entre mexicanos y franceses que no pudo hacer uso de su

artillería en contra de los segundos por temor de dañar igualmente á los primeros.

En medio de ese caos espantoso, del choque de las armas y de los estragos del cañon, el general Comonfort, á caballo, en el Atoyac á igual distancia de ambas riberas, desesperado, pero indómito y sereno, dirigia el movimiento.

Ese puesto de honor lo ocupó hasta salvar al último de sus soldados.

Minutos despues, un batallon de zuavos coronaba las alturas inmediatas y enfilaba con su fuego de fusilería el camino que acababan de recorrer los últimos restos de la 1ª division.

Entonces notaron los ayudantes que acompañaban á Comonfort, que el caballo del general habia recibido cinco balazos en la refriega, aunque el noble animal parecia todavía capaz de llevar con intrepidez á su ginete á la cabeza de su ejército.

III.

Los franceses creyeron que todo habia terminado y que una carga final bastaria para que del ejército del centro no quedara sino la memoria.

No habian contado con el valor y constancia de nuestros soldados, con la infatigable actividad de sus gefes y con la prevision de su general.

Bazaine, poseido del delirio del triunfo, arenga á sus tropas, las prepara á dar el último empuje y acelera con tal objeto su marcha sobre los vencidos.

Pero al despejarse repentinamente el horizonte que le ocultaban las sinuosidades del terreno, ¿cuál seria su asombro y su despecho, al ver formado como por encanto, en las lomas del Capulin, al ejército del centro en una nueva línea de batalla?

La 2ª division, del general Trias; la 3ª division, del general Vega, y los restos de la 1ª division, del general Echeagaray, formaban el centro de ese ejército imponente, cuyas alas derecha é izquierda eran protejidas por dos fuertes secciones de caballería al mando de los gefes O'Horan, Carbajal y Rivera.

Comonfort montado en su fogoso corcel, que chorreaba sangre por todas partes, recorria el frente de aquellas tropas, victoreando á la patria, á la independencia, á la bandera nacional.

El ejército todo, electrizado por el entusiasmo, aclamando á su gefe, prorrumpió en vivas por la patria y esperó de pié firme al enemigo.

Pero el enemigo se detuvo.

Un pensamiento terrible cruza la mente de Bazaine.

Su rostro se cubre súbitamente de una palidez mortal, y con voz conmovida y ansiosa manda emprender precipitadamente el camino de Puebla, dejando tan solo una brigada para cubrir su retaguardia y contener cualquier movimiento de hostilidad por parte del ejército del centro.

¿Temió acaso medir de nuevo sus armas con fuerzas que caminaban ya de retirada?

La posicion topográfica de estas era dominante y favorable, pero el número cuádruplo de los franceses les daba todavía una superioridad incontestable y mas aun despues de una victoria.

Bazaine creyó que las fuerzas de la plaza pudieran aprovechar aquel momento, y rompiendo el sitio, se encontrase repentinamente en una situacion desesperada, batido por vanguardia y retaguardia y malogrado el triunfo que acababa de arrancarle á la fortuna en el campo de San Lorenzo.

¡Ah! si en estos momentos en que los sucesos de la guerra deciden de la suerte de las naciones, al general Ortega hubiese ocurrido el mismo pensamiento, otra habria sido quizá la marcha futura de los acontecimientos que trajeron consigo los horrores de la invasion y del imperio.

En efecto, la batalla de San Lorenzo habia obligado á los franceses á desprenderse de un número considerable de sus fuerzas, y las operaciones consiguientes habian dejado descubierta ó débilmente guarnecida toda la faja que se extiende al nordeste de Puebla.

¿Qué habria sucedido si el ejército de Oriente aprovecha ese momento para salirse, aun á costa de grandes pérdidas?

No lo efectuó su general en buen tiempo, y horas despues ya no fué practicable porque Bazaine estaba de regreso.

Volvamos al ejército del centro.

Libre del amago de los franceses, desfiló rumbo á Tlaxcala, lo cual efectuó en un órden perfecto y como si se tratara de una evolucion de parada.

El general en gefe movió sus fuerzas hácia el puente de Texmelucan, donde, con la debida prevision, tenia establecida su segunda línea de defensa.

IV.

El general Comonfort se sintió movido por uno de esos ímpetus que eran bien conocidos de sus compañeros, y pretendió lanzarse á la cabeza de cuatrocientos caballos sobre el enemigo que aun no desocupaba las lomas vecinas, para hallar una muerte gloriosa ya que el triunfo habia sido negado á sus banderas.

No le era lícito disponer con objeto personal tan desesperado, de aquella fuerza de la Nacion, y pretendió consumar, solo con su Estado Mayor, el heróico sacrificio que le aconsejaba su alma noble, excesiva delicadeza y pundonor militar.

Ya habia adelantádose hasta cerca de la fuerza enemiga que tiroteaba con dos obuses de montaña recogidos casualmente sobre la marcha con ese objeto; era irrevocable su propósito de morir y queria consumarlo á toda costa.

Los gefes Moreno, Echeagaray, Zérega, O'Horan y Carbajal, el coronel Ibarra y otros varios que advirtieron sus movimientos y adivinaron sus miras, volaron á su encuentro, esforzándose por conciliar el respeto que debian á su alta graduacion, con los sentimientos de ansiedad y recelo que les inspiraba el peligro que corria.

El coronel Estanislao Cañedo, gefe de su Estado Mayor, su ami-

en la desgracia, su compañero en el destierro, su fiel soldado que sde las márgenes del Bravo lo acompañaba en todas las horas de ueba y en los momentos de peligro, no pudo resistir á la voz de su ofundo cariño.

Tomó las riendas del caballo y dando órden al Estado Mayor e lo siguiera, arrebató así á una muerte segura al valiente y paiota general Comonfort del campo de San Lorenzo.

V.

Consagraremos aquí un recuerdo entusiasta á los guerreros mostos y arrojados que intentaron romper el sitio de Puebla, tan echamente establecido por cuarenta mil franceses, con la remota peranza de auxiliar á sus hermanos del ejército de Oriente y la uy probable de perecer en la demanda.

¡Honor á los valientes del ejército del centro que pelearon en mpo raso contra una fuerza tan superior!

¡Honor á esos batallones improvisados con hijos del pueblo, que r primera vez empuñaban las armas, y que resistieron el choque catorce mil veteranos adiestrados por las campañas mas gloriosas e registra la historia de la época actual!

¡Gloria á los que cedieron el terreno palmo á palmo, en son de erra, con lanza en ristre, bayoneta calada y banderas desplegas, salvando su artillería, sus trenes, y aun la mayor parte del nvoy destinado á los héroes de Zaragoza.

El prisma deslumbrador al traves del cual la Nacion conmovida stinguió á los mexicanos que con tan admirable bizarría pelearon r su independencia en los muros de Puebla, no permitió entonces arse bastante en el mérito intrínseco, en el patriotismo y la abnecion de los que pelearon fuera de la plaza para alcanzar el mismo n.

¡Hoy, que el íris de la justicia y de la paz señala el término de la ciente tormenta y que nos aplicamos á descubrir por do quiera la uella de nuestras patrióticas falanjes para ensalzar sus hazañas, la atria confunde en un mismo sentimiento de admiracion y gratitud los defensores interiores y exteriores de la heróica Puebla de Zaraoza, así como los confundió la muerte en el campo de batalla, como s confundió el destierro en las prisiones de Francia, y como los conndieron constantemente los lazos fraternales de una misma fé en causa de la República, de la democracia y del porvenir nacional!

CAPITULO XI.

Un duelo á muerte.

I.

La tarde del 8 de Mayo, cuando el ejército frances solemnizaba u triunfo sobre el ejército del centro, Wask se dirigió á la tienda de Ir. de Saligny. El hábil diplomático bebia á la salud de Napo

leon III invitando de continuo al conde del Jaral, que preocupa de una manera terrible, rehusaba las invitaciones del plenipote ciario.

—Es negocio concluido,—decia Saligny,—dentro de breves di la plaza estará en nuestro poder, no es posible que faltando mu ciones de boca y guerra, se obstinen en defenderla.

—Soy de la misma opinion,—dijo Wask,—y os confieso que comenzaba á desconfiar, porque tantos dias de silencio é inacci me tenian alarmado.

—Es que se esperaban las piezas rayadas de marina para ech abajo, si era posible y necesario, á toda la ciudad.

—Cuestion de albañilería,—contestó el aventurero,—demolici de edificios.

—Cuestion de guerra, contestó irritado el ministro,—estos at ques son de mucho mérito.

—No lo niego; pero el negocio de tomar la plaza por asalto, tie sus dificultades.

—Caballero, los que han asaltado el reducto Malakoff, no se c tendrian ante estas murallas; y os advierto de hoy para siempre, q me es en extremo importuno sufrir vuestras bromas, y mas aún p ser frances que por mi carácter de plenipotenciario.

—Tengo la desgracia,—dijo Wask,—de ser importuno; siemp que hablo, aunque sea con la mejor buena fe del mundo, se inte pretan mis palabras desfavorablemente; dígalo mi amigo el señ don Fernando, que hace dias ni aun me saluda.

El conde permaneció en silencio.

—En fin,—dijo Saligny con tono ágrio y altanero,—¿habeis v nido para tratar algun negocio?

—Precisamente, señor ministro.

—Hablad, porque tengo que ver dentro de media hora al gener Forey.

—Seré muy esplícito.

—Bien.

—El ejército de Juarez acaba de perder una batalla que ha dec dido sobre la *ocupacion* de la plaza.

—Sobre la *toma*, caballero.

—Sea como vos querais; decia que nuestro *negocio* está conclui y ha llegado el momento de cumplir el contrato que tenemos cel brado sobre la entrega de los *bonos* de Jecker.

—Creo que es una exigencia de parte vuestra, cuando nos hall mos aún bajo la tienda de un campamento.

—Es que tenemos algunas necesidades y es necesario cubrirla esos bonos ya comienzan á correr aquí, sobre ese difícil campo qu vos pintais, y acaso era oportuno el momento para hacer algun transaccion ventajosa.

—Os repito que no es posible hacer la entrega en estos momento

—Y yo os repito, señor ministro, que necesito mis papeles.

—¿Os olvidais del carácter que tengo en la expedicion?

—¿Y qué me importa si sois mi cómplice en esta empresa?

—Wask,—dijo don Fernando,—es necesario reportarse.

Wask miró con marcado desden á don Fernando, y continuó encarándose á Saligny.

—No creo,—exclamó enrojeciéndose el rostro,—que se trate de poner en duda mis derechos.

—Ciertamente,—respondió Saligny;—pero no es hora de hacerlos valer.

—Es que estoy expedito para exigirlos á cualquiera hora.

—Veo que no nos entendemos.

—Creo que este asunto toma un giro distinto ya en los instantes de su realizacion.

—Hablad claro.

—No tengo inconveniente: paréceme de pocos dias á esta parte, que el señor conde y vos traeis algun misterio entre manos referente á mi persona.

—Os engañais,—dijo don Fernando.

—No alceis la voz, caballero, vuestro tono molesta algo el oido.

—Es el que siempre he usado.

—Bien, es cuestion de poco momento, lo que importa es que yo no sea defraudado.

Saligny sacudió la cabeza y se contuvo temiendo un escándalo en el campamento.

—¡Wask!—gritó don Fernando—¡por mi vida que os propasais!

El aventurero se rió con una ironía terrible, y luego añadió:

—¿Será esta la primera estafa en que os encontrais?

Alzóse terrible el conde, y encarándose al aventurero, le dijo con acento trémulo de coraje:

—Miserable bohemio, ¿cómo te atreves á insultarme cuando hace algunos meses te arrastrabas á mis plantas esperando de mi lábio una palabra?

—¡Bien habeis aprendido el lenguage de la alta sociedad! no en balde llevais ese nombre postizo.

—¡Esto es demasiado!—dijo don Fernando, y buscó su pistola que por una casualidad no la llevaba.

Wask volvió á sonreirse.

Saligny se puso entre los dos temiendo una desgracia.

—Echémonos fuera,—dijo el conde con una calma siniestra,—quiero dar á ese hombre una leccion, quiero escarmentar á ese miserable.

—Sea en hora buena,—respondió Wask con su risa satánica.

Saligny trató de apaciguarlos y salió en pos de ellos, que echaron paso adelante buscando un terreno á propósito para combatir.

Despues de algunos minutos de una marcha apresurada, llegaron á un parage donde el declive del cerro de San Juan parece aplanarse.

—¡Aquí!—exclamó don Fernando, y arrojó su capa entre las piedras.

Wask comprendió el movimiento del conde y se despojó de su levita y chaleco, arremangóse las mangas de la camisa mostrando unos músculos de acero, arrojó su corbata, ajustó el cinturon y esperó en guardia á que su adversario se pusiese en tren de combate.

Don Fernando hizo los mismos preparativos, y se paró rígido como una estátua de piedra frente al aventurero.

Saligny se puso á distancia entre aquellos dos hombres que iban á empeñar una lucha salvaje en el choque de la fuerza física.

Se trataba de un duelo al *box*.

II.

Atravesóse la mirada torva de Wask con el rayo encendido de la de don Fernando, contempláronse algunos instantes, y atraidos por una fuerza magnética irresistible, se aproximaron.

Cuando se estravía la razon en el vértigo indomable de la ira vengadora, el hombre se asemeja á las fieras y acepta la furia salvage en sus instintos sanguinarios, hunde la frente en el polvo inmundo de su ser, y pierde el aliento de la Divinidad.

¡Qué odioso es el espectáculo de la destruccion humana!

¡Qué horrible el presenciar ese cuadro sombrío en que el hombre le disputa á Dios la existencia, en que llama atrevido á las puertas de la tumba para arrojar un cadáver en la sed insaciable de sus iras!

Hay algo generoso que se revela en el fondo del corazon, que arroja en nuestra alma la idea de morir mas bien que de matar, cuando la sociedad pone el acero en nuestras manos.

Pero en esas luchas del rencor y de la saña, en ese impulso miserable que arrastra la dignidad en el fango de las pasiones desencadenadas, entonces sí se despierta el hambre de matanza, la fiebre de la sangre, el deseo de aniquilar y desaparecer una existencia.

Esa hidrofobia del corazon era la que sentia el aventurero y se comunicaba con una irradiacion del infierno á don Fernando.

El testigo presencial de aquella escena fúnebre estaba lívido, su ceño se habia plegado y cruzaba sus brazos para apagar los saltos del corazon.

Adelantóse don Fernando, describió un movimiento rápido y descargó su puño de acero sobre su enemigo, que detuvo el golpe con admirable serenidad.

Instantáneamente devolvió aquel golpe terrible y su puño chocó con el rostro del conde.

Dos chorros de sangre brotaron por la nariz del jóven inundando su pecho.

Aquella sangre fué el señal terrible para comenzar, por decirlo así, el combate.

Arrojóse el conde á su adversario con tan indomable furia, que este se hubo de desmoralizar retrocediendo algunos pasos.

Oyéronse despues una sucesion de golpes secos, é imprecaciones blasfemas y palabras entrecortadas.

Retrocedieron ambos combatientes á la misma fuerza de sus ataques.

Wask sacudia su melena, y de su frente se desprendian algunas gotas de sangre.

Don Fernando tenia partido el cútis sobre el pómulo izquierdo, que se habia hinchado instantáneamente.

Respirando con fuerza como los buzos al salir del agua, tornaron jadeantes á combatir.

Wask se lanzó sobre el conde y lo tomó por la cintura para derribarlo.

Don Fernando, no pudiendo evitar la caida, se olvidó de tomar la posicion conveniente de la lucha, y solo trató de librarse á cualquiera costa de su enemigo.

Con toda la fuerza de su nervudo brazo, descargó el puño sobre el rostro del aventurero.

Wask lanzó un grito espantoso, terrible, como nunca se ha escuchado, y rodó á los pies de don Fernando.

El conde se quedó inmóvil esperando á que Wask se levantase.

Cuando aquel hombre se alzó del suelo y quitó sus manos de la cara, se vió un espectáculo sangriento: el golpe le habia reventado un ojo al aventurero, y un rio de sangre salia por aquella órbita vaciada.

Don Fernando se estremeció.

—¿Dónde?... ¿dónde está ese bastardo miserable?... quiero sacarle el corazon con mis uñas,—gritaba Wask;—¡Vendadme, señor de Saligny, vendadme, porque siento morirme!

Saligny sacó su pañuelo y vendó á Wask, que acometido de una rábia espantosa, solo aspiraba á la venganza.

—No puede continuar el duelo,—dijo Saligny,—esto es imposible.

—No, no puede bajo estos términos; pero es necesario ajustarlo ahora mismo, no importa cómo.

—Bien, caballero, lo aplazarémos.

—¡Aplazarlo!... no, es necesario matar ó morir, yo quiero injuriar á ese hombre, humillarlo, atravesarle el corazon; mirad, en vuestra presencia le escupo al rostro.

Y arrojó una saliva á la cara del conde.

Don Fernando rugió como una fiera.

—¡Caballero!—gritó á Saligny,—es necesario pisotear á esa sabandija, aplastar la cabeza á esa víbora; ¡pero al instante, porque siento que voy á matarle!

—Conteneos, caballero,—dijo Saligny,—todo quedará arreglado, os lo ofrezco bajo mi palabra de honor.

III.

Caía la tarde cuaando el conde del Jaral, Wask, Saligny y Manzanedo, tomaban asiento á los cuatro lados de una mesa bajo una tienda de campaña.

El rostro de don Fernando estaba horriblemente desfigurado, su barba en desórden, sus labios sangrientos y su camisa en girones.

Wask era presa de la fiebre; pero el valor indomable y la sed impura de la venganza le sostenian.

Manzanedo yacia trémulo ante aquel espectáculo imponente.

Saligny no podia convencerse de que aquello era realidad.

—Concluyamos,—gritó Wask.

Manzanedo y Saligny cargaron dos pistolas de duelo y las entregaron á los combatientes, que no se movieron de sus asientos.

Cuando se hallaron dispuestos, Manzanedo tomó el estremo de un pañuelo y Saligny el otro, quedando atravesado el lienzo entre Wask y don Fernando, velándose aquellos rostros deformes y sangrientos.

Saligny dió las voces de mando.

—¡ Uno !

Wask y el conde prepararon las pistolas.

—¡ Dos !

Los adversarios tendieron el cañon de su arma apuntándose al través del pañuelo á quema-ropa.

Hubo un momento terrible.

—¡ Fuego !—gritó Saligny.

Simultáneamente dispararon las pistolas aquellos hombres, y el lienzo voló en pedazos.

Al disiparse el humo que envolvia á los actores de tan terrible escena, se vió al aventurero con la cabeza echada hácia atras, y una caverna en el corazon.

—Hemos concluido,—dijo el conde perfectamente tranquilo.

—Hemos concluido,—repitió sombríamente Saligny.

CAPITULO XII.

Del asalto á las paralelas en los últimos momentos de la ciudad sitiada.

I.

Las provisiones se habian consumido, y de los almacenes del ejército se proveía el pueblo, que agonizaba de hambre.

Las municiones de guerra tocaban á su término, y la esperanza de un éxito feliz en las operaciones habia desaparecido.

Quedaba en pié aquel esqueleto de bronce con toda la solemnidad histórica del heroismo.

Al caer ese gigante sobre los escombros de la plaza demolida, podia dejar sepultados á mil enemigos bajo su acerada armadura.

El momento se aproximaba, y la señal fúnebre de su muerte la habia dado la artillería sobre la arena ensangrentada de San Lorenzo.

El ejército no se rendiria sin haber quemado sus últimos cartuchos.

El fuerte de Santa Inés, reparado por el audaz Cárlos Gagern, habia infundido temor á los franceses, que se decidieron á abandonar la empresa de su toma.

Aquella avalancha convergió hácia el lado del polígono, que abrazaba los puntos del Cármen; fuerte Zaragoza y Teotimehuacan; ese punto debia haber sido objetivo de ataque desde el principio del

o, porque era la llave de la ciudad; esto lo conocieron los fran-
es ya en vísperas de la rendicion.
El orgullo frances pretendia aún la toma de la ciudad por asalto;
s no quiso conceder á las águilas de Montebello plantarse vence-
as sobre aquellos muros entre el estruendo de la batalla.

II.

La derrota de San Lorenzo alentó á Forey, que llevaba muchos
de silencio bajo su tienda de San Juan.
El dia 9 dió el ejército frances señales de vida; las baterías re-
adas del Tepotzúchil abrieron sus fuegos sobre los fuertes de
enieros y Zaragoza, enfilando uno de los flancos del convento
Cármen.
Zuavos y cazadores avanzaban sobre esos puntos, amparados
su sistema de pozos, mientras los trabajos seguian sin descanso
e la línea.
El fuerte de Ingenieros seguia defendido por los valientes sol-
os de Durango y Chihuahua, á las órdenes del malogrado ge-
l Patoni.
La noche del 9 los ingenieros franceses trabajaron sin descanso,
medio de la oscuridad se distinguian los reflejos de sus linter-
y casi podian adivinarse los nuevos trazos que estaban dando
a línea de ataque.
A las primeras luces del dia 10 se percibió el enorme avance del
nigo.
El ramal comenzado hacía dos noches, marcaba decididamente
aque á Ingenieros.
La cabeza de zapa caminaba violentamente á la garita de
imehuacan. Entretanto, los fuegos de Tepotzúchil no cesaban
atir los puntos mencionados, y habian ya causado un gran
ero de desgracias.
Las obras muertas y barracas que se habian construido en la
a del fuerte de Ingenieros, comenzaban á caer demolidas por
roy ectiles.
Entre Ingenieros y Zaragoza se estableció una fortificacion en-
nando las dos posiciones, trabajando como ingenieros los va-
es surianos á las órdenes de Pinzon, y los soldados de Chiapas,
defendian tambien el fuerte de Zaragoza.
Los soldados de Durango y Chihuahua seguian tambien sus
ajos, á pesar de la debilidad producida por el hambre, que se
a sentir en todo el ejército. En el Cármen y sus manzanas
as se improvisaban fortificaciones por órden de Ghilardi, eje-
das por Gagern.
Los franceses avanzaban, y sus fuegos de rifle enfilaban los
puntos marcados para el asalto.
Los franceses, que no tenian mas enemigo que el de la plaza,
chaban mas y mas aquella línea terrible de circunvalacion.
rabajos de sus ingenieros se encontraban el dia 12 á 800 metros
uerte, estando establecida la primera paralela y el camino cu-
o siempre á su avance.

Otras obras se practicaban sobre los demas reductos y t
aseguraba un asalto general bajo las reglas mas precisas de
estrategia.

III.

Serian las cinco y media de la mañana cuando la artillería
la paralela se hizo sentir sobre los baluartes y cortinas del fu
de Ingenieros, siguiendo incontinenti el Tepotzúchil con sus c
piezas rayadas, jugando simultáneamente sobre el mismo pu
de enfile, haciendo tales estragos, que á los pocos momentos
bravos soldados de Durango y Chihuahua se veian tendidos po
plaza del fuerte horriblemente mutilados, y los que quedaron
con vida, permanecian firmes y disparando sus armas de conti
contra los franceses que asomaban por las paralelas, fosos y ca
nos cubiertos.

Hacia una hora que el fuego de brecha luchaba en vano
abrir un camino entre aquellos muros; sin embargo, algunas pi
estaban desmontadas y el capitan García estaba junto á sus
lleros que exhalaban en aquel instante su postrer aliento.

Patoni permanece sereno entre aquella tormenta de fu
apenas repara en uno de sus ayudantes que espira á sus piés a
vesado por el plomo.

Despues de dos horas los muros cedian al choque de los
yectiles y la brecha estaba practicada.

Cesa el fuego y los ingenieros tratan de reparar los estrago

Alejandro García lleva en persona cañones de á 12 y obuse
á 36 para sustituir las piezas desmontadas, renovando las esc
de San Javier.

La ambulancia no cesa de conducir á los heridos; aqu
ambulancia estaba dirijida por el doctor Navarro, á quien t
debe el mundo de la política y el de la ciencia.

El resto del dia se lanzaron bombas á la ciudad y por la n
seguia el trabajo de zapa por los franceses y la reparacion int
por mexicanos, que lograron cubrir la brecha practicada.

Amaneció el dia 13 y la segunda paralela estaba trazada, y
el rumbo del Cármen, el ramal que se desprendia del centro
camino, marcando una línea de zig-zag mas quebrada que
anteriores, para el establecimiento de una nueva batería.

Otro ramal avanzado á Teotimehuacan, marcaba otra líne
ataque, así es que todas las baterías de brecha quedaban á 800
tros del fuerte de Ingenieros.

La noche del 13 y cuando ya la desesperacion se iba int
ciendo de una manera terrible en el alma de aquel heróico ejé
el general Patoni y Sanchez Ochoa pensaron en hacer una s
audaz sobre las paralelas á disputar cuerpo á cuerpo con el ener
que se acercaba cauteloso en el silencio de la noche al abrig
sus bocas de fuego y con todas las ventajas de su posicion.

Pidieron auxilio al general en gefe para el movimiento
ñalando los cuerpos de Durango y Chihuahua, formando co

reserva un total de mil hombres que en columna se echarian sobre los franceses.

Patoni apoyaria el fuerte con sus cañones y auxiliaria en un momento dado á los iniciadores de tan temeraria empresa.

Sanchez Ochoa aguardó en vano las reservas, Patoni lo envió á la plaza porque el tiempo trascurria violentamente y el crepúsculo matutino se dejaba sentir en el horizonte.

El momento del asalto pasaba y la ansiedad era inmensa, los valientes de Durango y Chihuahua descansaban sobre las armas esperando el instante de combatir.

Trascurrió una hora y otra hora, el sol apareció radiante alumbrando el campamento enemigo, haciendo brillar las innumerables bayonetas que salian de las paralelas y caminos cubiertos.

Patoni tuvo que abjurar de su esperanza y prescindir de un proyecto combinado en medio del entusiasmo patriótico.

El general en gefe no habia creido oportuno cumplir la oferta de enviar las reservas para el asalto.

IV.

A las ocho de la mañana llegó Sanchez Ochoa al fuerte de Ingenieros; venia furioso con tanta espera.

—General,—dijo, saltando de su caballo,—todos se oponen al movimiento, nos quieren tener encarcelados hasta el último instante, hemos perdido mil ocasiones en que la victoria nos brindaba con sus laureles.

Patoni se levantó como inspirado, y tendiéndole la mano á Sanchez Ochoa, exclamó:

—¡Compañero, al asalto!

—¡Al asalto!—repitió entusiasta el ingeniero, y pocos momentos despues los clarines del fuerte tocaban llamada de tropa.

Organízanse dos columnas, una de seiscientos hombres al mando de Sanchez Ochoa, y otra de cuatrocientos á las órdenes de Moreno, compuestas ambas de los heróicos soldados de Chihuahua y Durango.

Aquella calaverada militar, aquel movimiento contra la órden del general en gefe, estaba condenado por la disciplina; pero ya en esos momentos de espantosa crísis tenia mucho de heróico, y mas aún, de arrojado y romancesco.

«Desobedecemos, pero sabremos morir,» dijeron Patoni y Ochoa, y llamaron á la muerte con la evocacion espontánea de su valor y patriotismo.

V.

Brilla el sol sobre el bronce de los cañones del fuerte cargados á metralla, los parapetos y cortinas están cubiertos por un escaso número de soldados que aguardan inquietos el espectáculo sangriento que va á presentarse sobre aquella escarbada arena.

Patoni, como uno de los caballeros de la edad media, yace

sobre los parapetos ostentando su arrogante figura, que se destaca majestuosa al frente de sus soldados y bajo aquella bandera santa clavada sobre el reducto.

Todo en aquel momento es grande y sublime, el enemigo ni aun sospecha el golpe audaz que se le prepara, está fuera de su alcance tal arrojo y valor.

De súbito los clarines se dejan oir y las pequeñas columnas salen al toque de marcha por el glasis del fuerte y se encaminan serenas é impertérritas sobre la paralela.

El enemigo duda un instante, pero al ver un avance tan decidido, descarga á metralla sus cañones, desdeñando á la débil oruga que atraviesa el campo para morder el bronce terrible de su artillería.

Los fuegos de zuavos y cazadores son mortíferos por lo corto de la distancia, las columnas siguen y siguen avanzando.

Sanchez Ochoa y Moreno lanzan víctores de entusiasmo para animar á sus soldados á quienes acribilla la metralla y fusilería.

Los soldados saludan á la patria, los clarines tocan paso de carga, y los tiradores á izquierda y derecha no cesan en sus disparos contra el enemigo.

Una nube de polvo y humo envuelve á las columnas, nube que al azote del viento deja ver las banderas de los batallones que no retroceden ante la muerte que los diezma y despedaza.

Los franceses no dudan ya del intento de los mexicanos y como un torrente acuden á las paralelas y caminos cubiertos, lugar del ataque, para rechazar á tan audaces adversarios.

En medio de aquel fuego nutrido, se oyen las voces de los asaltantes que ya llegan á las paralelas.

Suena un último toque: aquella masa compacta se extiende en una sola línea de batalla, y corren y llegan sobre las tierras escarbadas de la segunda paralela, y traban un combate sangriento, á la bayoneta, y zuavos y cazadores se encuentran desmoralizados, y huyen por los caminos atropellándose y muriendo, y regando con su sangre el campo del combate.

La columna de Sanchez Ochoa coloca su bandera en el extremo izquierdo de la segunda paralela; pero la tercera parte de sus soldados yacen tendidos en la arena.

El jóven coronel de ingenieros blandia su espada victoriosa sobre la línea de ataque del ejército frances.

La paralela, desierta y abandonada, servia de ancha fosa á los soldados de la Francia, y las valientes tropas de Durango y Chihuahua lanzan gritos de emocion al consumar aquella victoria!

VI.

La columna de Moreno aun no llega á la paralela; pero sigue avanzando sobre la línea entre la muerte y el esterminio.

El enemigo se rehace, y en número de cuatro mil hombres vuelve furioso á recobrar su campo.

¡Momento angustioso y terrible para aquellos héroes! conservar la posicion es imposible, librar una batalla irrealizable.

Los vencedores disparan sus armas y esperan á la bayoneta.

Oyese el toque de retirada que suena en los baluartes de Ingenieros, y comienza á operarse el movimiento en el mejor órden, conteniendo al enemigo que se arroja á la bayoneta.

Las columnas asaltantes retroceden, cuando los franceses saltan de los caminos cubiertos y se disponen á pagar su visita á los asaltantes.

En esos momentos supremos, una fuerza mexicana aparece entre el fuerte del Cármen y el de Ingenieros, que avanza decidida; desplega en batalla, y proteje la retirada á sus hermanos, que vuelven victoriosos del campo de la lucha.

Detiénese el enemigo y comienza un desastroso combate.

La batalla mexicana la forma el Mixto de Querétaro, Rifleros de San Luis, siempre con Salazar y Fernandez á la cabeza, y el batallon de Aguascalientes, que se encontraba con un número reducido de soldados, porque la mayor parte habia sucumbido en los encuentros.

Durante aquel terrible fuego graneado á pecho descubierto, el porta-bandera del Mixto de Querétaro recibió un balazo en la mano con que sostenia el estandarte del batallon; el bravo militar lo empuña con la otra y sigue en su puesto.

Otra bala le hiere la pierna derecha y cae hincado; pero no suelta su bandera. ¡ Qué hermoso espectáculo ! ¡ Qué figura tan bella la de aquel jóven héroe bañado en sangre y empuñando la bandera de su batallon ! ¡ No en vano lo eligieron para sostenerla !

¡ Un tercer proyectil atraviesa el aire y penetra en el corazon del abanderado, que cae instantáneamente cubriéndose con la faja tricolor del estandarte venerando !

Al mismo tiempo que tenia lugar aquella escena, el mayor del batallon, Rómulo Bautista, moria al frente de sus soldados.

Aquellos episodios eran dignos de figurar en el grandioso cuadro de aquel dia.

Al pié de la línea de batalla se veian multitud de oficiales y soldados tendidos sobre la arena.

El batallon Reforma fué acribillado por el enemigo, batiéndose heróicamente.

Replegóse la línea de batalla, y á la retaguardia de las columnas, entre un huracan de hierro candente y una tormenta de metralla, regresó aquella heróica falange victoriosa á sus parapetos.

VII.

Ha trascurrido una hora despues del asalto á las paralelas: los restos de Durango y Chihuahua, así como los batallones que protegieron su retirada, están ya dentro del fuerte, descansando sobre sus armas.

Veamos ahora el campo de la reciente batalla:

En una superficie de 800 metros de longitud, en derechura á la segunda paralela, hay regados mas de *seiscientos* soldados de Chihuahua y Durango; ¡ horrible matanza !

Entre aquellos mártires de la independencia está Porras, gefe de un batallon de Durango; su cadáver se encontraba sobre la segunda paralela, marcando el lugar donde se plantó vencedora la bandera de la República.

Los heridos se arrastran entre la yerba para acercarse á los parapetos; la ambulancia acude al campo en busca de los soldados; pero los desgraciados que están entre el fuerte de Ingenieros y la línea de ataque francesa, no es posible atenderlos, porque los zuavos y cazadores de Vincennes disparan sus rifles contra las camillas, vengado su derrota en aquellos nobles heridos, cuando no pudieron resistir el choque de sus armas.

Patoni está livido como un cadáver; pero satisfecho de esos soldados con quienes atravesó las soledades del desierto para combatir en los campos de Zaragoza.

Aquel último rasgo sobrepujaba á cuantas escenas de arrojo y de valor indomable se habian desplegado en tan gigante lucha.

¡ El fuerte de Ingenieros habia realizado su destino; su estandarte quedaba condecorado por la mano de la fortuna y del heroismo!

CAPITULO XIII.

Del golpe terrible dado á los partidarios de don Juan de Borbon, y otros descubrimientos no menos interesantes.

I.

El general Forey estaba desesperado con la resistencia tenaz de los mexicanos; en *sesenta dias* de ataques continuos, solo el fuerte de San Javier habia caido en sus manos; esto le contrariaba, porque no podia relatar victorias ni heroicidades.

El ataque último dado sobre las paralelas, no podia menos que demostrarle que aquel ejército no cederia ante la fuerza de sus baterías ni ante el estrago de las bombas.

Forey calculaba que ya no podian existir en la plaza municiones de boca, y menos de guerra; pero se resistia á dar parte á Napoleon III de que esta circunstancia motivaria la rendicion de la ciudad.

El paquete frances llegó, y la correspondencia estaba llena de inquietudes por la suerte del ejército frances.

Los que habian resuelto en unos cuantos dias sobre los campos de Solferino la cuestion de Italia, aun no daban el primer paso, despues de un año de campaña y dos meses de sitio, sobre la plaza de Zaragoza.

Forey y Saligny veian su correspondencia, que por cierto carecia de interes, cuando el plenipotenciario dió un puñetazo sobre la mesa.

—¿Qué pasa, señor conde?

—Nada,—contestó riendo Saligny,—estos Borbones tienen muy

peregrinas ocurrencias.

—¿De qué se trata?

—De que el príncipe don Juan de Borbon, cuando ha visto la popularidad de Maximiliano, renuncia generosamente la candidatura al trono de México.

—Tiene su mérito ese documento.

Al menos la novedad. Hoy se lo enseñaré á uno de sus mas ardientes partidarios.

—¡Hola! ¿conque tenemos en el campo partidarios de don Juan?

—¿Y por qué no?

—Teneis razon, el país va á elegir monarca, justo es que todas las candidaturas concurran á la ánfora electoral.

—Pues no conteis ya con el refugiado de Inglaterra.

—Es de sentirse que un Borbon no gobierne á este desgraciado país.

—No puede negarse que son hábiles hasta el despotismo, y desinteresados hasta dejar á los pueblos sin un céntimo.

—Estais de broma, señor ministro.

—Sí, voy á dar hoy una terrible.

Sobrecartó el pliego y llamando á uno de los ayudantes, le dijo:

—Entregad este pliego á un español llamado Manzanedo, que se encuentra bajo mi tienda.

II.

El conde del Jaral y Manzanedo conversaban sobre la realizacion de sus planes, asunto que los preocupaba de una manera terrible.

—Si don Juan entra al poder, somos felices, amigo mio.

—Lo creo, pero yo no conservo relaciones con Cabrera.

—Yo haré que entableis las amistades, es una persona que hasta ahora es poco conocida, se le ha juzgado siempre mal; pero ya vereis cómo se porta luego que mi amo y señor acepte el trono de México.

—Lo que deseo es salir de esta atmósfera.

—Vuestras aspiraciones son fáciles de satisfacer, poseeis una gran fortuna, los bonos de Jecker os hacen punto menos que millonario, y teneis todos los elementos para desempeñar una embajada en las cortes extrangeras.

—Ese es todo mi deseo, acaso olvidaré algo de las escenas que han pasado como una sombra por mi existencia.

—Siempre lo mismo, don Fernando

—Cualquiera diria que he olvidado á Wask; oidme, Manzanedo, la imágen de ese hombre me persigue; si creyese en el espiritismo, creeria que ese hombre no se apartaba de mi lado: su memoria me irrita y asusta algunas veces; me parece verlo con la cabeza caida hácia atras, el ojo vaciado, la órbita descubierta, y aquella terrible herida en el corazon, donde acudia en borbotones la sangre negra y espumante.

—Callad, ¡eso es horroroso!

—Yo sé que lo he matado en buena lid; pero me acobarda pensar que puede llegar una hora tambien siniestra para mí.

—¿Y en qué os fundais, caballero?

—Dentro de los muros de aquella plaza, que combatimos momento á momento, hay un hombre que ha jurado mi muerte.

—¿Y qué os importa?

—Oidme: es débil, tal vez cobarde, pero ha sido burlado por una mujer, y yo me he atravesado entre ella y su corazon.

—Temeroso estais, señor conde.

—Tengo un presentimiento, y el corazon jamas ha dado un aviso en falso.

—¡Supersticion!

—Verdad, Manzanedo.

—¡Locura!

—Locura, sí, pero que estoy acostumbrado á ella: jamas se ha quedado sin realizar uno solo de mis pensamientos, y es horrible pensar que un porvenir comprado á costa de sangre, de crímenes y sacrificios, pueda arrebatármelo la hoja helada de un puñal.

—Desechad esas ideas que os traen desalentado y sombrío; no sois un hombre vulgar, retraeos solamente y no penseis en nada malo delante de esa vía ancha y florida que se abre delante de nosotros.

III.

—¡Hola!—dijo don Fernando,—un ayudante del Cuartel general.

—¿El señor Manzanedo?—preguntó el oficial.

—Servidor vuestro, caballero.

—Aquí teneis vuestra correspondencia, y este pliego que os envía su excelencia el señor ministro de Francia.

—Gracias, caballero.

El ayudante se retiró saludando cortesmente al conde y á Manzanedo.

—Veámos qué dice la madre patria.

—¿Os incomodo?

—Por el contrario, deseo que sepais lo que pasa en aquellas regiones.

Manzanedo reservó para postre las cartas del conde de Morella, porque llamó su atencion un pliego con carácter de «urgente.»

Rompió la cubierta y leyó:

«Señor Manzanedo:—Os ruego pongais en manos del caballero Edmundo Mons, la correspondencia que os remito; leedla antes y ayudadle á buscar á su hijo.—*Justo Rodriguez.*»

—¡Es particular!—dijo el conde,—veamos lo que dicen estos papeles respecto á ese buen amigo que tiene en su casa á la Montemolin.

—¿Sabeis, señor conde, que esto pica en historia?

—Sí, veamos.

«Edmundo:—Seducida por un hombre te abandoné, consumando la mas terrible ingratitud... Perdóname, lo que voy á revelarte es espantoso. Mi seductor no me permitió llevar conmigo á nuestro hijo y lo dejé entregado á manos extrañas. Un hombre llamado Heráclio Mondoñedo se ha encargado de su educacion; no he cesado de

remitirle cantidades de dinero para sus necesidades. Hoy que la muerte se acerca á mis párpados y va congelando la sangre del corazon, reuno todo lo que poseo y lo envío á ese desgraciado expósito, recompensando al hombre que tan generosamente lo ha adoptado; él te buscará para entregarte á mi hijo, ámale, ya que no en memoria de la mujer que te ha injuriado, sí en cumplimiento de un deber y de los últimos ruegos de una moribunda.—*Clotilde.*»

—¡Demonio!—dijo el conde,—¡Mondoñedo hermano de Eloisa!

—¿Luego conoceis á ese jóven?

—Perfectamente, es la misma persona de quien os he hablado, mi enemigo irreconciliable.

—Con esta carta podeis conquistar su amistad.

—Por el contrario, tendrá dos ofensas que vengar.

—Teneis razon.

—No obstante, quiero ser el portador de ese pliego, al caballero Mons le soy deudor hasta de la honra y le devolveré á su hijo.

—Como gusteis, tomad estos billetes que importan veinte mil pesos y devolvedlos á ese caballero.

—Lo haré exactamente, como os encarga vuestro amigo.

—Corriente.

—Esto tiene algo de dramático; me parece que Mondoñedo se ha enamorado de su hermana.

—¡Diablo! eso sí es algo sério.

—Ya lo creo, es preciso evitarlo á toda costa, me reservo estos papeles para el dia en que caiga la plaza.

Manzanedo continuó la lectura de sus cartas, mientras el conde reflexionaba sobre tan extraña coincidencia.

IV.

Nuestros lectores querrán saber algo sobre esta historia.

Hemos visto la audacia del gallego Heráclio Mondoñedo al desprenderse de la cintura la botella donde guardaba los papeles interesantes remitidos de España

Mondoñedo luchó una hora larga con la muerte; juguete de las olas creia llegar al buque encallado entre las rocas á una gran distancia de la playa.

Jadeante, asfixiado y ya sin poder hacer esfuerzo alguno, se dejó llevar por aquella corriente impetuosa que lo estrelló contra el costado de la nave.

Una gran mancha de sangre se pintó momentáneamente entre las olas, el cadáver mutilado flotó algunos momentos y despues desapareció en el abismo para siempre.

Disipóse la tormenta, las campanas de *Los Santos Mártires* enmudecieron y la lancha que habia sobrevivido á la catástrofe marítima, arribó al puerto donde todos los marineros la recibieron en medio de las aclamaciones de regocijo.

La tripulacion del *Fénix* veía á lo lejos los restos de su buque, y á la mañana siguiente hizo un pequeño viaje para visitarle y ver si podia recobrar algunos objetos.

Es costumbre entre la gente de mar, cuando salva de un desastre, llevar en hombros algunos de los palos despedazados del buque al templo del Cármen; porque esa Vírgen es la patrona de los náufragos.

Los marineros del *Fénix* regresaron trayendo los despojos del buque, que en hombros fueron trasladados á la iglesia de Nuestra Señora.

En un punto de la costa, llamado el *Sardinero*, se paseaba el español D. Justo Rodriguez que habia recogido á Manuel Mondoñedo los primeros años de su vida, cuando huyó de la casa del gallego, y abandonado á su vez, cuando regresó á España á consecuencia de sus negocios.

El honrado español no dejaba de recordar al estudiante, vagabundo y perdido en la capital de la república; en vano habia procurado noticias de Mondoñedo, no hubo quien le diera razon de aquel pilluelo á quien abandonó obligado por la necesidad.

Hemos dicho que D. Justo Rodriguez se paseaba en el *Sardinero*, en compañía de su inseparable amigo Marañon, tratando de asuntos de comercio y de porvenir.

Cerca de la playa jugaba un niño, hijo de Rodriguez.

—Vamos, Atilano, vas á caerte en el mar; mira que esas olas te empapan el vestido.

—Déjelo usted que juegue, no hay riesgo en esa orilla.

—Este muchacho es caprichudo como la madre; Atilano, Atilano, mira que te voy á traer de una oreja.

—La he de pescar,—respondia el niño,—la he de pescar, esa botella viene muy bien cerrada.

—Efectivamente,—dijo Marañon,—la botella es sospechosa.

Las olas aventaron á la playa la codiciada botella, que Atilano atrapó instantáneamente; rompió el cuello contra una roca y las cartas aparecieron.

Marañon era hombre rico y D. Justo Rodriguez la esencia de la honradez, así es que conservaron en depósitos los billetes despues de enterarse del contenido de las cartas, y resolvieron á toda costa enviarlas á una persona de confianza que cumpliese con aquel testamento.

V.

Manzanedo seguia en la lectura de su correspondencia, mientras el conde luchaba con sus ideas sombrías.

Repentinamente el secretario de Cabrera prorrumpió en una exclamacion terrible de honda desesperacion.

Levantóse don Fernando y acercóse á su amigo, que azotaba su frente sobre la mesa.

—¿Qué teneis? ¿Qué pasa?

—Caballero, Dios nos castiga, hemos regado nuestro camino con sangre, y cosechamos desengaños. Mirad, leed, ¿y decidme si es posible que tantos sacrificios y tantas esperanzas se burlen con una palabra?

Don Fernando tomó el pliego y leyó;

«MANIFIESTO DEL PRÍNCIPE JUAN DE BORBON.

«Heredero del trono de España por mis derechos de nacimiento, espero aún llegar á ser rey por la eleccion del pueblo. Para mí, la tierra de México no tiene atractivo. No soy partidario del plan de Iguala, que decidió que un príncipe español succediese al poder que entonces estaba perdido para la madre patria.

«No soy conocido en México, ni tengo allí partidarios, sino solo algunos *amigos personales* entre los partidos que dividen á aquel desgraciado país; de suerte, que no puedo aspirar á ocupar el trono de éste, sino apoyado por bayonetas extrangeras.

«Semejante posicion repugnaria absolutamente con mis ideas, y nada me obligaria nunca á buscar el poder al precio de la violacion de esa libertad de eleccion que he invocado yo mismo y en la que quiero apoyar mis derechos á la corona de España.

«En mi opinion, la única verdadera base de la grandeza de un príncipe, consiste en el afecto de su pueblo; y yo, como *elegido por los extrangeros*, seria siempre considerado ahí como un opresor.

«Ante estas consideraciones comprendereis *que no puedo ser candidato á la corona de México*, y que dejo el campo libre á los demas.—*Juan de Borbon.*»

—¡Horrible! ¡espantoso!—murmuró don Fernando.

—¿Y doña Blanca? ¡Dios mio!—exclamó Manzanedo.

—Yo necesito hacer un sacrificio por ella, sacrificio que apenas puede retribuir los males que le he causado.

—¿Y qué podeis hacer, caballero, cuando estamos perdidos?

—A toda costa es preciso trasladarla á Europa y decirle la verdad entera.

—¡Sí, la verdad entera!... va á morir de desesperacion; ella tan noble, tan constante, tan valerosa, no podrá resistir á ese golpe aconsejado por la mas ruin de las cobardías.

—Es cierto.

—Ved la carta del general Cabrera y aconsejadme:

«Manzanedo:—Es necesario abjurar de nuestros planes; los manejos de la diplomacia francesa han arrojado al rey don Juan de su puesto; regresad á Europa, traed á mi querida Blanca; en nombre del cielo, que nada le suceda, consoladla en su infortunio, y decidle que mis lágrimas la acompañan, y que la espero para estrecharla sobre mi corazon.»

—Yo no puedo deciros mas, obedeced al conde de Morella, alejaos de esta tierra maldita, y salvad á la hija de vuestro rey.

—Un último favor, caballero.

—Hablad.

—No me dejeis solo en estos momentos, ofrecedme salvar á doña Blanca, ved que estoy solo y la desgracia me sigue como una sombra.

—Manzanedo, esta misma noche estaremos dentro de la plaza, y os juro bajo mi fé de caballero, que la hija de Isidro de Borbon será protegida por mi acero hasta ponerla en las orillas del Océano.

—Gracias, gracias,—murmuraba llorando el fiel amigo de los Borbones,—ya nada nos detiene en este suelo; me arrepiento de

haber pisado las playas de mi patria; vine como el hijo ingrato á venderla, y el cielo me castiga... estos remordimientos que me acosan serán el torcedor perpétuo de mi existencia; yo siento que mi vida va á acelerarse con estos sufrimientos; quisiera con mi sangre borrar el pasado, pero esto es imposible... ¡imposible!

—Aprovechemos el armisticio; con un tanto de arrojo nos ponemos dentro de la ciudad, porque va á llegar un momento aflictivo en que puede peligrar la vida de la condesa; la tercera paralela sobre el fuerte de Ingenieros está ya establecida, y todo dispuesto para un ataque general, que acaso no será resistido por los republicanos.

—Ellos morirán antes que los franceses pisen uno solo de sus parapetos; os confieso que el orgullo nacional se siente halagado; hemos visto la defensa heróica de la plaza, y detenido al ejército frances frente á esos muros desmantelados.

—No malgastemos el tiempo; seguidme, que ya la noche cae á toda prisa.

El arrojado aventurero, seguido del infeliz secretario de Cabrera, echó á andar rumbo á las manzanas del Hospicio, para proporcionarse la entrada á la ciudad.

CAPITULO XIV.

Pan y pólvora.

I.

Los dias que succedieron á la batalla de San Lorenzo, Forey trató de tomar á viva fuerza la plaza de Zaragoza atacando el fuerte de Ingenieros que se sostuvo heróicamente.

Las municiones tocaban á su término, y el hambre se hacia sentir á un estremo espantoso; un puñado de habas tostadas era ya todo el alimento que podia proporcionarse á los soldados, que exhaustos y sin fuerzas quemaban ya sus últimos cartuchos sobre el enemigo.

La plaza habia llegado á su último dia, y el general Ortega reunió á los gefes para resolver sobre situacion tan extrema.

Aquellos hombres empeñados en la lucha temible del heroismo, tuvieron que ceder ante la realidad de los hechos, y como un último rasgo de su valor indomable quisieron que pasara el ataque iniciado por los franceses antes que ajustar los preliminares de una capitulacion.

El 19 de Mayo, que la historia marca como término al sitio de Zaragoza, se oyeron al amanecer las rodadas de la artillería sobre la línea enemiga, y era que ya la última paralela estaba concluida y saludaria con sus cañones al fuerte de Ingenieros.

Los soldados del reducto en la rabia de su situacion estaban ansiosos de verter su sangre.

A las primeras luces del amanecer, *sesenta* bocas de fuego mandaban con una increible celeridad sus proyectiles rayados sobre el fuerte de Ingenieros.

La línea de ataque francesa era formidable, la tercera paralela contaba con doce piezas, y las baterías de los ramales del molino del Cármen y garita de Teotimehuacan habian sido aumentadas con seis piezas mas cada una.

Las baterías del Tepotzúchil disparaban sin cesar, enfilando las cortinas y baluartes del fuerte, mientras que zuavos y cazadores se acercaban al glasis de Ingenieros.

El fuerte Zaragoza y el Cármen protejian con sus fuegos al punto atacado; Pinzon y Ghilardi compartian los últimos combates al frente de sus arrogantes batallones.

Trascurren dos horas de aquel fuego mortal y el espectáculo es profundamente doloroso; las brechas están practicadas y el fuerte está casi reducido á escombros, y aquel desastre es de imposible reparacion.

Entre el destrozado césped y los gaviones y sacos á tierra despedazados, están los artilleros y zapadores agonizantes, otros se arrastran entre los cadáveres y mueren sin exhalar una queja.

La mayor parte de la artillería yace desmontada y los pelotones muertos entre los cañones y ruedas desgranadas.

De súbito una bomba cae entre las siete ú ocho piezas que hay en la plaza del fuerte, veinte artilleros caen deshechos por aquellos cascos, y tambien Ochoa á quien las balas habian respetado en cien combates, cae herido atravesado de una pierna, se apoya en un sargento, que lo sostiene sombrío como la fatalidad; á un lado está el gefe García cubierto de tierra y con los vestidos despedazados.

Los soldados de Durango y Chihuahua no tienen ya donde guarecerse, algunos permanecen en el camino cubierto en espera del asalto.

Cuatro piezas responden á tan formidable fuego con disparos lentos, porque ya el parque falta en las cajuelas.

Cortinas y baluartes han desaparecido completamente, no hay ya mas que surcos de tierra que han dejado á su paso los proyectiles, la brecha es toda la línea, los cañones desmontados arrojan el humo de su última descarga, como los moribundos el postrer aliento.

La bandera está acribillada y flota en jirones al paso de las balas, sobre su asta hecha pedazos y teñida con la sangre de sus hijos muertos en el combate.

¡Un oficial la sostiene, porque el parapeto está reducido á escombros, y no hay donde colocarla!...

Patoni está en la plaza del reducto, dos de sus ayudantes acaban de espirar, otro está tendido, solo Frias y Ramos han quedado para acompañar á su bizarro general.

El gefe de Ingenieros á pesar de su herida permanece sobre los escombros; quiere mas abandonar la vida que aquellos escombros que en dias felices habia levantado en union de tantos compatriotas que yacian bajo la sagrada tierra de aquellos parapetos.

El parque de artillería ha concluido; aquellos valientes que no han pedido pan en las negras horas del hambre, piden llorando «parque» para sus cañones.

Los artilleros retiran dos piezas que han quedado y ya no pueden jugar sobre el enemigo; ellas vuelven victoriosas al centro de la ciudad, habian sobrevivido á las rotas murallas de Ingenieros.

Los infantes de Durango y Chihuahua se avanzan á pecho descubierto y disparan sus fusiles sobre aquellas sesenta bocas que vomitaban bronce sobre las ruinas, ¡demencia del valor desesperado! ¡alarde heróico al caer en el abismo de la tumba!

A las nueve de la mañana cesa de improviso el fuego enemigo, disipóse el humo del combate... ¡El fuerte de Ingenieros ha desaparecido!... ¡queda un monton de escombros, y sobre ellos, una bandera despedazada!... ¡aquella bandera es la de la patria!

II.

El general Gonzalez Mendoza habia conferenciado con el general Forey sobre los ajustes de una capitulacion.

El sitiado pedia salir de la plaza á tambor batiente y banderas desplegadas rumbo á la Capital, donde quedaría espedito para continuar defendiendo el territorio patrio.

Forey contestó que concedería todos los honores de la guerra si se le ofrecia guardar neutralidad hasta la conclusion de la campaña.

Aquella proposicion era inadmisible, y Forey se rebajaba al injuriar á aquellos bravos soldados á quienes no habia podido vencer en la arena de los combates.

Celebróse una última junta y se resolvió sucumbir heróicamente, entregándose á la merced del vencedor, antes que pactar algo que rebajase el honor de la república.

La historia con su mirada implacable acudia aquella noche para recojer en su álbum, frase por frase, aquellas pláticas que debian resonar en el porvenir.

¡De pié la nacion entera! ¡la plaza va á pronunciar su última palabra!

«*Orden general del Cuerpo de Ejército de Oriente, del dia* 17 *de Mayo de* 1863 *á la una de la mañana.* — No pudiendo seguir defendiéndose la guarnicion de esta plaza, por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenia, á extremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le dará el enemigo á las primeras luces del dia, segun las posiciones que ocupa y conocimiento que tiene de la situacion en que se halla esta plaza; oido ademas por el señor general en gefe el parecer de muchos de los señores generales que forman parte de este ejército, cuya opinion va de absoluta conformidad con el contenido de esta órden; dispone el mismo señor general en gefe: que para salvar el honor y decoro del cuerpo de ejército de Oriente y de las armas de la república, de las cuatro á las cinco de la mañana de hoy, se rompa todo el armamento que ha servido á las divisiones durante la heróica defensa que han hecho de esta plaza, y cuyo sacrificio exije la patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningun aspecto, utilizarlo el ejército invasor.

A la misma hora, el señor comandante general de artillería dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada la plaza.

A la hora ya citada, esto es, de las cuatro á las cinco de la mañana, los señores generales que mandan divisiones, á cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta órden, así como los que mandan brigadas, disolverán todo el ejército, manifestando á los soldados que con tanto valor, abnegacion y sufrimientos defendieron la ciudad, que esta medida, que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no los excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron; y que por lo mismo, el citado señor general en gefe se promete que cuanto antes se presentarán al supremo gobierno, para que en torno suyo sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, á cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

Los señores generales, gefes, oficiales y tropa de que se compone este ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, y que si ella va á ser ocupada, es debido, *no al poder de las armas francesas, sino á la falta de víveres y municiones*, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora «toda ella con sus respectivos fuertes» se halla en poder del ejército de Oriente, á excepcion del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

A las cinco y media de la mañana se tocará parlamento, y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes y cada una de las manzanas y calles que dan frente á las manzanas y calles que ocupa el enemigo.

A la misma hora estarán presentes los señores generales, gefes y oficiales de este ejército en el átrio de Catedral y palacio de Gobierno para rendirse prisioneros, en el concepto, que respecto de este punto, el general en gefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros, y por lo mismo los señores generales, gefes y oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean mas conveniente á su propio honor de militares y á los deberes que se han contraido para con la nacion.

Los caudales que existen en la Comisaría, se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa.

De órden del señor general en gefe, el cuartel-maestre, general *Mendoza.*»

Esta es la página de oro del sitio de Zaragoza; ella dirá á la historia y al porvenir, que los primeros soldados del mundo, que ese ejército que recorre vencedor los escarbados campos de la Europa, y cuyo nombre se lee sobre las posiciones mas formidables del Viejo Mundo, encalló como una nave-gigante en los sagrados muros de Zaragoza, y su bandera, como un homenage al heroismo de nuestros soldados, no se enarboló victoriosa en los palacios de Puebla.

El estandarte de la Francia solo flamea sobre los muros que han asaltado sus legiones.

CAPITULO XV.

Postrema nox.

I.

El general Gonzalez Ortega habia tomado sus disposiciones para el cumplimiento de la heróica resolucion tomada en la junta de guerra.

Cuando los bravos generales salieron en silencio y llenos de una amargura horrible, en direccion á sus cuarteles, para disolver los batallones y romper las armas, Ortega redactó su última nota para enviarla al general Forey.

Hé aquí su contenido, que tanto importa á la verdad histórica:

«Señor general.—No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa toda la artillería.

Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupacion violenta, cuando ya no hay motivo para ello.

El cuadro de generales, gefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio del gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra.

No puedo, señor general, seguir defendiéndome por mas tiempo; si pudiera, no dude V .E. que lo haria.

Acepte V. E., etc.—*Gonzalez Ortega.*»

Dobló aquel pliego y esperó á que amaneciese para enviarlo al general frances, que á esas horas ignoraba que estaba vencedor.

II.

Manzanedo y el conde del Jaral penetraron en la plaza á favor del desórden que ya comenzaba en la ciudad.

—¿Qué pasa, señor conde?—preguntaba Manzanedo.

—Noto un movimiento extraño, esos soldados que acaban de salir de su cuartel, van desesperados y murmurando en alta voz; sea lo que fuere, entrémonos en la casa del señor Mons; mientras vos le entregais estos papeles que le revelan súbitamente la existencia de su hijo, yo hablaré con doña Blanca.

—Bien; apresuremos el paso, porque estoy temeroso al ver lo que está pasando en la ciudad.

Aquellos dos hombres llamaron á la puerta de la casa del señor Mons y penetraron cuidadosamente cada uno en su departamento.

Don Fernando dió un toque á la vidriera donde estaba doña Blanca, ésta salió apresuradamente y se encontró con el conde de Jaral.

—¡Blanca!—exclamó don Fernando sin poderse contener.

La joven se arrojó en los brazos de su amante, y este besó con entusiasmo el rostro angelical de la Montemolin.

—¡Fernando, hemos triunfado, la plaza está rendida!

—¡Rendida!—exclamó con un gozo siniestro el conde, y luego añadió con voz sombría:—¿qué nos importa esta victoria?

—¡Caballero!—prorrumpió exaltada la condesa desasiéndose de los brazos de su amante,—¿qué es lo que decís?

—Es necesario que me escuches con calma, porque lo que voy á decir es espantoso.

—¡Hablad, caballero, hablad por compasion, que me estais asesinando con vuestro silencio!

—Pues bien, el foco de vuestros sueños, el sol de vuestras esperanzas se desvanece al soplo omnipotente de Dios; él no ha querido vuestra felicidad.

La condesa abria inmensamente los ojos y su pecho se agitaba en un vértigo terrible.

—Habeis soñado mucho tiempo con un trono, hé aquí la página mas amarga de vuestros desengaños.

El conde mostró los pliegos en que estaba escrita la renuncia del príncipe don Juan de Borbon al trono de México.

La condesa arrebató los papeles y leyó violentamente aquel documento fatal, que arrancaba á su corazon el soñado mundo de sus ilusiones; con una crispatura nerviosa, mordió su labio hasta hacerse sangre, paseó una mirada torva en su derredor, levantóse el cabello de su frente y conteniendo la explosion amarga de sus lágrimas murmuró con voz concentrada y cavernosa: ¡imbécil!... la vacilacion... la cobardía!...

—Serenaos, Doña Blanca, vais á perder el juicio.

—¡Sí, la locura ante desgracias tan espantosas... la abdicacion del sentimiento moral en la lucha de lo irrealizable y lo desconocido... morir, morir de desesperacion... de impotencia!... ¡el infortunio... la predestinacion... maldita la hora en que se apoderó de mi cerebro la fiebre espantosa de la ambicion!

La condesa se paseaba por la estancia fuera de sí, bajo la impresion del rudo golpe que acababa de herirla en el centro del alma.

Despues sus rodillas flaquearon y cayó hincada en el suelo.

—¡Madre!... ¡madre mia!—gritó dando libre rienda al llanto que la ahogaba,—mírame en las regiones extranjeras, abandonada al mas cruel de los dolores, á la mas amarga de las tribulaciones... piedad... piedad!

—¡En nombre del cielo!—exclamó don Fernando,—volved en vos, mirad que peligra vuestra existencia, estoy á vuestro lado, todo puede faltaros en el mundo menos mi amor, este amor inmenso que me manda sacrificarme por vuestro reposo; mandad, estoy dispuesto á obedeceros ¿quereis mi sangre? romperé las arterias del corazon, ¿qué quereis?... hablad, hablad por compasion, mirad que vuestra angustia me está haciendo daño, doña Blanca, acudid á vuestra memoria ¿no me conoceis?

—Sí, os conozco, y vos sois la única tabla de salvacion en el naufragio de mi existencia.

—¡Gracias, Blanca mia, gracias!

—Me entrego toda á tí, no quiero pensar mas en el porvenir huirémos para siempre de este suelo, nos refugiarémos en el último rincon del mundo; no conozco á nadie, los Borbones nada tienen de comun con doña Blanca; el conde de Morella es mi enemigo; estoy sola, sola en el mundo; quiero vivir para tí, para tí que me ha acompañado en las vicisitudes de esta lucha, en la que dejo hasta mi nombre; yo soy Rosa, Rosa nada mas, aquella viajera de «Conway» á quien le decias amores en las noches serenas de los trópicos, á quien le llevabas serenatas en las apartadas callejuelas de México... Fernando, Fernando, ya no volveremos á separarnos nunca; viviré para tu cariño, y este amor calmará la desesperacion inquieta de mi espíritu, la fiebre que en olas de sangre incendia mi corazon, porque yo he sufrido mucho, mucho: hija de un rey desgraciado, he tenido el infortunio por herencia, porque mi frente debia acariciarla, ceñirla una corona; ¡yo soy Blanca de Montemolin, y corre por mis venas la sangre de Borbon!...

—Olvidemos el pasado,—se apresuró á decir don Fernando para interrumpir el curso de aquellas ideas extraviadas;—tenemos el porvenir todo para nuestro amor, ¿no es verdad?

—No, caballero, esa es la existencia del vulgo, los cadáveres sociales, las almas muertas á las aspiraciones; mi vida es un meteoro que cae en el abismo; ¡se apagará como el sol, en un horizonte inmenso y en la profundidad del Océano!

—No hay esperanza,—murmuró don Fernando,—es preciso aguardar á que pase la impresion.

—Perdona,—dijo doña Blanca un tanto serena,—esta agitacion es natural despues de un desengaño tan monstruoso; pero ya esto en mí, sé que estás en mi presencia, y que el cielo te envía para salvarme huyendo á Europa; mis plantas se queman con esta arena; tengo, como tú, remordimientos que se apagarán en la soledad y en el silencio.

El conde inclinó la frente agobiado por la pesadumbre.

—Estás sombrío como la noche de nuestro destino; yo te animaré con el golpe eléctrico de mis labios.

Y tomando entre sus manos la cabeza del conde, le dió un beso en la frente.

En aquel momento la puerta de la estancia se abrió dejando ver la cabeza de un hombre.

Aquel personaje, cuyo rostro estaba lívido y descompuesto, vió aquella escena con una mirada salvaje y se recató furioso de doña Blanca y del conde, saliendo inmediatamente á la calle que estaba desierta.

—Necesito una hora para disponer mi viaje,—dijo Blanca.

—Hasta dentro de una hora,—respondió el conde, y besó la mano de la Montemolin.

Bajó el conde las escaleras, abrió el zaguan y se deslizó por la banqueta.

Un hombre se puso en su seguimiento hasta darle alcance en una de las plazuelas mas solitarias de la poblacion.

—¡Caballero! ¡caballero!

—¿Quién me habla?

—¿Sois el conde del Jaral?

—A vuestras órdenes, caballero.

—Sigamos, que tengo algo que deciros.

Los dos interlocutores echaron paso adelante hasta llegar á uno de los cuarteles abandonados.

—Entremos.

—Entremos,—dijo el conde resuelto á luchar con el destino en aquella noche siniestra.—¿Y bien, qué me quereis?

—Lo vais á oir, señor conde.

—Yo no recuerdo haberos hecho ningun mal.

—Oidme: ayer os hubiera atravesado el corazon por celos, porque he sido burlado cruelmente por vos y por una mujer...

—Mondoñedo, yo ignoraba vuestros amores.

—Lo sé; pero despues me habeis escarnecido, pisoteado mi corazon, vírgen á las impresiones fatales de una pasion que hoy maldigo.

—Teneis razon.

—Señor conde, no es ese el negocio que nos trae en esta noche al borde del abismo que debe tragar á uno de los dos; es la venganza en nombre de mis hermanos, sacrificados á vuestras miras infames de poder y de ambicion.

—Yo no os comprendo, Mondoñedo.

—Recordad que en San Andrés pusísteis fuego al parque, y quedaron sepultados bajo aquellos muros esos soldados que eran la esperanza de la nacion.

—Estoy perdido,—murmuró el conde.

—Desde entonces no habeis cesado de conspirar en contra de México; vuestro cómplice, cuyo cadáver se encontró arrojado en los campos de San Lorenzo, fué el que dió al general Zaragoza el filtro que lo llevó á la tumba, y todo por vuestros consejos é infernales instigaciones.

—¡Mentira!—gritó el conde tratando de romper aquella situacion.

—Despues os habeis introducido en nuestro campamento para seducir á los incautos y obligarlos á la traicion; pero ellos han resistido, y vuestros trabajos han fracasado como el primer ataque al fuerte de San Javier.

—¿Qué quereis de mí, Mondoñedo? concluyamos de una vez.

—Oidme hasta el fin. Esta noche se rompen nuestras armas, y la plaza está rendida al ejército frances: la hora que tanto habeis esperado llega al fin; pero aun teneis que saltar sobre un cadáver, y ese cadáver es el mio.

—Al fin nos entendemos.

—Entendidos, señor conde, ¡duelo á muerte!

—¡A muerte!—gritó don Fernando: y sacó su revólver.

Mondoñedo sacó su cilindro de seis tiros, y comenzaron á dispararse á quemaropa.

Aquello era espantoso.

Una bala pasó rozando las sienes del estudiante y arrancó un mechon de su revuelta cabellera.

Otro disparo de Mondoñedo hizo volar el sombrero de su adversario.

Los seis tiros habian salido de las pistolas y los combatientes nada habian sufrido; la rabia los cegaba y las sombras de la noche los envolvian.

—¡Vivimos!—exclamó con risa satánica don Fernando.

—¡Vivimos aún!—gritó el estudiante,—y sin embargo es preciso que álguien muera.

—¡Pues á la muerte!—exclamó el conde haciendo relucir su espada.

—¡A la muerte!—repitió Mondoñedo, y echó al aire la suya.

Cruzáronse los aceros, cuyo chasquido se oía entre el respiro agitado de los batalladores.

—¡No importa!—gritó el estudiante despues de algunos momentos de combate, y era que su enemigo habia llegado con la punta de la espada á la clavícula, donde se habia roto.

La ventaja estaba por parte de Mondoñedo.

Siguió la lucha mas encarnizada aún y mas violenta.

Oyóse un cuerpo que se desplomó súbitamente y un ronquido sordo y profundo.

—¡Lo he matado!—murmuró el estudiante,—¡ahora le toca á ella!

Y se precipitó sobre el cadáver con la rapidez de un buitre y separó la cabeza del tronco, que se agitó en las últimas convulsiones.

Envolvióla en su capa y regresando por el mismo camino por donde habia seguido á don Fernando, llegó á la casa de Mons, subió con rapidez los tramos de la escalera, acechó por la cerradura y viendo desierta la estancia de la Montemolin, penetró atrevido y depositó la cabeza del conde sobre la mesa.

Salióse precipitadamente y asomó su rostro de condenado por los cristales de la ventana, para gozarse en la escena que iba á desarrollarse á su insaciable encono.

Doña Blanca oyó que álguien penetraba en su aposento, creyó que era el conde, y acabando sus aprestos salió al encuentro de su amante.

Paseó una mirada por la estancia en busca de don Fernando y la detuvo sobre el bulto que estaba sobre la mesa.

Acercóse, y por un instinto de horror inesplicable se retiró; pero venciendo su repugnancia, tiró del lienzo y descubrió la cabeza de su amante.

El rostro conservaba un gesto terrible de desesperacion, los ojos mates y saltándose de las órbitas, la barba y el cabello en desórden, la frente y las megillas lívidas y amoratadas y los lábios entreabiertos.

La jóven contempló algunos momentos aquella cabeza ensangrentada, estiró sus brazos rígidos como barras de hierro y se desplomó dando un alarido horrible.

Una carcajada del infierno respondió tras los cristales de la ventana, á aquel alarido de espanto y desesperacion.

Mondoñedo abandonaba la casa loco y delirante, cuando oyó la voz del señor Mons que le gritaba:

—¡Hijo!... ¡hijo mio!

—Yo soy hijo de la fatalidad,—respondió el estudiante.

Y se perdió en la tinieblas de la noche.

III.

Luego que se supo en los cuarteles la órden del general en gefe, los soldados comenzaron á romper sus armas contra los reductos, murallas y parapetos.

Algunos lloraban de despecho y hubo otros que se arrojaran sobre sus bayonetas buscando la muerte, antes que ver á los invasores hollando con su planta aquellos muros donde estaban aún los cadáveres insepultos de sus hermanos.

Aquella escena era conmovedora, los batallones se desbandaban por las calles de la ciudad.

Oíanse las imprecaciones mas terribles, y los últimos disparos de la artillería al romperse los cañones que, sobre los parapetos, habian detenido el impulso del ejército frances.

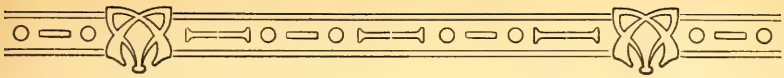
En los escombros del allanado fuerte de Ingenieros, se alzaba una hoguera como la pira de aquella inmensa tumba en el sacrificio heróico de los hijos de Zaragoza.

La llama devoraba las armas de los defensores del fuerte; que agrupados en torno de ella, hacian el juramento sagrado de morir en defensa de la patria.

¡Aquel espectáculo grandioso que presentaba un ejército al disolverse y quebrantar sus armas y quemar sus banderas, antes que doblar la cerviz al enemigo, era la epopeya en el sublime cuadro de nuestra independencia, era solemne y majestuoso como el último canto de la Iliada!

El sol de Mayo veló sus luces á la ciudad prisionera y desarmada; no quiso alumbrar el estigma de la conquista que en hora aciaga pusieron sobre su frente las legiones vencedoras de la Francia.

FIN.



EPILOGO

El 18 de Mayo de 1863 la ciudad de Zaragoza fué ocupada por el ejército de Napoleon III.

Concentráronse los franceses todos en la capital, para seguir en esa vía de sacrificios, que determinaron mas tarde la salvacion de la República.

Resolvióse por las juntas de guerra, que la defensa se haria en el interior del territorio y en las gargantas inaccesibles de nuestras montañas.

La capital se entregàba á las armas conquistadoras.

El 31 de Mayo de 1863, el pueblo armado se dispersaba en todas direcciones á defender el suelo pátrio, llevando consigo el sagrado depósito de nuestra bandera.

Sobre aquel estandarte ungido con la sangre de los mártires de la independencia, y en aquellos momentos solemnes, la sombra inmortal de Zaragoza se alzó con sus sudarios, y como el genio poderoso del heroismo, impuso sus manos sobre la enseña de la patria y pronunció las misteriosas palabras que resuenan aun proféticas en el mundo del porvenir: *In hoc signo vinces.*

¡CON ESTE SIGNO VENCERAS!

INDICE

LIBRO PRIMERO.

La cabeza del Bautista.

Capítulo I.—De como apareció en el cielo el primer aviso de la intervencion 5
Capítulo II.—En donde se da cuenta de quien era Mondoñedo y de los hábitos y costumbres de este histórico personaje 15
Capítulo III.—De como es una verdad de á fólio el refran antiguo de que la soga se revienta por lo mas delgado 20
Capítulo IV.—De como los ojos negros de una muchacha pueden ocasionar mas estrago, que dos bombas de á catorce pulgadas 26
Capítulo V.—De como una equivocacion elevada á la cuarta potencia puede costarle á un prójimo la fractura de una costilla 30
Capítulo VI.—Donde verá el lector por sus propios ojos como se confeccionan los pasteles diplomáticos . . . 36
Capítulo VII.—De lo que el vulgo y los peritos en la materia llaman «Crónica escandalosa» 42
Capítulo VIII.—De la manera sencilla con que vuela una muchacha y cien patacones 47
Capítulo IX.—De la operacion química por la que un hombre se petrifica y una muger se exhala 53
Capítulo X.—Donde se ve que la herida cuando viene de mano de estudiante no trae aparejada amputacion. . 59
Capítulo XI.—De como es preferible tener una estocada en el brazo, que un dardo en el corazon 66
Capítulo XII.—De como el inválido Torre-Mellada por darle al violin le dió al violon 71

Capítulo XIII.—Historia del ultimatum frances y sus efectos sobre la respetable persona de un gallego . . . 77
Capítulo XIV.—Donde se da á conocer una prenda viviente de la guerra de los carlistas 84
Capítulo XV.—De como salen á la cara los negocios hechos á cencerros tapados 92
Capítulo XVI.—Donde se demuestra que entre los preparativos de una boda y su celebracion, hay concordancia gallega 97
Capítulo XVII.—Donde se da cuenta de una musica en que no han pensado Verdi ni Bellini 103
Capítulo XVIII.—Donde prueba el autor la facilidad de hacer sufrir á una mujer el tormento de Juana de Arco 108
Capítulo XIX. —Donde se ve que el robo de las Sabinas se vuelve por pasiva en el siglo XIX 113

LIBRO SEGUNDO.

Una Cruzada en el siglo diez y nueve.

Capítulo I.—De lo que pasó en el palacio de Versalles la memorable noche del miércoles de Ceniza de 1861 . 118
Capítulo II.—Donde se demuestra que esa cartilla que se llama «Derecho de Gentes» es letra muerta cuando la invoca una nacion desarmada 124
Capítulo III.—Donde comienza la historia del primer aparecido 133
Cpítulo IV.—De como una chispa telegráfica puede incendiar una nacion entera 137
Capítulo V.—Donde sigue la historia del segundo aparecido . 142
Capítulo VI.—De como es cierta la sentencia que se halla en los manuscritos Rabinos, de que tres gatos en un costal no pueden estar 148
Capítulo VII.—De como empezó á desarrollarse la hidrofobia entre los partidarios de la intervencion . . . 154
Capítulo VIII.—De los toros y cañas con que obsequiaron á los señores porta-pliegos en la sociedad conservadora de México 158
Capítulo IX.—De la primera plática que tuvieron los señores de la liga con los descendientes de Moctezuma *en el pueblo de la Soledad* 164
Capítulo X.—De lo que suele hacer Dios en su laboratorio químico 168
Capítulo XI.—De como el destino es una especie de serpiente que atrae á los hombres como á un pajarillo . . 177

Capítulo XII.—Donde se trata de los percances que sufre el primer introductor de una moda 185
Capítulo XIII.—Del primer golpe contuso que sufrieron los convenidos de la Soledad, y de como se hizo fafelaices el tratado de Lóndres 190
Capítulo XIV.—Donde se demuestra que los franceses en materia de *palabras de honor*, estaban á la misma altura el año de 8 en España, que en México en 1862 195
Capítulo XV.—De la manera con que se confecciona un Gefe Supremo 202
Capítulo XVI.—Sigue la historia del tercer aparecido . . . 208
Capítulo XVII.—Las cumbres de Acultzingo 214
Capítulo XVIII.—De como las piedras rodando se encuentran . 217
Capítulo XIX.—De lo que pasaba en los campamentos frances y mexicano la víspera de la batalla 225
Capítulo XX.—El sol de Mayo 234
Capítulo XXI.—De las no muy gratas noticias que recibieron los señores intervencionistas la tarde del 5 de Mayo de 1862 242
Capítulo XXII.—Donde se ve que el ejército frances se retiró como todo hijo de vecino, despues de la derrota del 5 de Mayo de 1862 250

LIBRO TERCERO.

Por derecho de conquista.

Capítulo I.—*Voilá votre oeuvre, madame*: lo que quiere decir en buen castellano: ha quedado usted de todos los diablos 258
Capítulo II.—Del modo heróico con que desapareció la bandera de Zapadores, en la batalla de Barranca Seca . 264
Capítulo III.—De como se pueden encontrar dos exhalaciones en un punto dado del horizonte. 270
Capítulo IV.—De la manera política con que el capitan Martinez trata á un prisionero de guerra . . . 277
Capítulo V.—De como el general Gonzalez Ortega fué sorprendido en las cumbres del *Borrego* 284
Capítulo VI.—De como hay sueños que parecen realidades, y realidades que parecen sueños 294
Capítulo VII.—De la oruga que mina el cimiento del pedestal 300
Capítulo VIII.—Donde se prueba que la muerte es come el rayo, se descarga sobre los puntos mas elevados . . 307

Capítulo IX.—De los funerales del general Zaragoza en la capital de la República 313
Capítulo X.—De lo que pasaba el dia 4 de Diciembre en la ciudad de Puebla de Zaragoza 321
Capítulo XI.—De como pueden ir dos almas sobre la misma huella 330
Capítulo XII.—Del paréntesis que abre el autor de este libro para decir algo sobre el gefe supremo 340
Capítulo XIII.—Del consejo de guerra, y otros incidentes que sabrá el curioso lector 350

LIBRO CUARTO.

El sitio de Zaragoza en 1863.

Capítulo I.—De la llegada de los señores franceses al frente de la ciudad de Puebla, y de sus primeras operaciones sobre la plaza 359
Capítulo II.—Del zig-zag interno y el zig-zag externo 367
Capítulo III.—Del primer asalto sobre la línea 376
Capítulo IV.—Tres cuartos para la toma de un fuerte 383
Capítulo V.—De como el alma de una mujer tiene mucho del espíritu de un ángel 389
Capítulo VI.—La toma del fuerte de San Javier 395
Capítulo VII.—Los héroes de la segunda linea 401
Capítulo VIII.—De lo que cuenta la historia sobre el asalto de los franceses á Santa Inés 407
Capítulo IX.—La agonía del héroe y la agonía vulgar . . . 415
Capítulo X.—De lo que aconteció el 8 de Mayo de 1863 en el campo de San Lorenzo 420
Capítulo XI.—Un duelo á muerte 425
Capítulo XII.—Del asalto á las paralelas en los últimos momentos de la ciudad sitiada 430
Capítulo XIII.—Del golpe terrible dado á los partidarios de don Juan de Borbon, y otros descubrimientos no menos interesantes 436
Capítulo XIV.—Pan y pólvora 442
Capítulo XV.—Postrema nox 446
Epílogo — 452

FIN DEL ÍNDICE.

IMPORTANTES LIBROS DE HISTORIA DE MÉXICO

Iturbide, Maximiliano, Márquez, Juárez, Ocampo

VIDA Y MEMORIAS DE AGUSTÍN DE ITURBIDE, EMPERADOR DE MÉXICO. — Nacimiento. Primeros pasos en la vida pública Guerra de Independencia. Batalla en el Monte de las Cruces. Iturbide expoliador. El ejército y el clero. La Constitución. El plan de Iguala. Coronado Emperador. En el destierro. Aprehensión y fusilamiento. Detalles oficiales. Testamentos. Cartas . . . **$. 1,50**

SUEÑO DE IMPERIO: MAXIMILIANO. — La verdad de la expedición á México, según documentos inéditos de Louet, pagador en jefe del Cuerpo Expedicionario Francés, por P. Gaulot . . . . . **$. 1.50**

LA MONARQUÍA EN MÉXICO: ITURBIDE Y MAXIMILIANO. — Libro de J. M. Hidalgo, de la Comisión Imperial Mexicana en Miramar, ex-Ministro de México en varias Cortes de Europa, amigo de los Emperadores Napoleon III y Maximiliano de Austria, confidente de la Emperatriz Eugenia é hijo predilecto de confesión de Pío IX **$. 1,50**

EL IMPERIO Y LOS IMPERIALES: MANIFIESTOS: La intervención. El Imperio. Mis consejos al Emperador. Sitio y ocupación de México. Como escapé de caer en manos de los republicanos. Libro del General Leonardo Márquez, Lugarteniente del Imperio. Retrato y biografía del autor **$. 2,50**

OBRAS COMPLETAS DE BENITO JUÁREZ, EX-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEXICANA:

Tomo I. — Exposiciones: Como se gobierna. Retrato y biografía del autor . . . . . **$. 1.50**

Tomo II. — Discursos y manifiestos, desde 1833, cuando era diputado á la legislatura del Estado de Oaxaca, hasta 1872, en que, al frente de la presidencia de la República, le sorprendió la muerte . . . **$. 1.50**

Tomo III. — Miscelánea: Comunicados. Respuestas. Iniciativas. Dictámenes. Informes. Pesquisas judiciales. Cartas . . . . . **$. 1,50**

Tomo IV. — Correspondencia de Juárez y Moncluc. Desde 1858 hasta 1872 . . . . . **$. 1,50**

OBRAS COMPLETAS DE MELCHOR OCAMPO.

Tomo I. — Polémicas religiosas: El apostol y su credo **$. 1,50**

Tomo II. — Escritos políticos: La República. La Constitución de 1857. La Reforma. Retrato y biografía del autor . . . . . **$. 1,50**

Tomo III. — Letras y ciencias. En peregrinación, de Pomoca á Tepeji del Río, lugar el primero donde fué aprehendido el Reformador, y el segundo, en el que le sacrificó el Clero . . . . . **$. 1,50**

EL LIBRO ROJO. — Historia de los grandes crímenes de la Conquista, el Gobierno Virreinal, la Esclavitud y la Inquisición. Libro de Riva Palacio, Juan A. Mateos, Manuel Payno y R. Martinez de la Torre, defensor de Maximiliano. *2 Tomos* . . . . . **$. 3,—**